

Ciencia



INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA HISPANOFILIPINA

Editado por ROCÍO ORTUÑO CASANOVA,
BEATRIZ ÁLVAREZ-TARDÍO, AXEL GASQUET,
JORGE MOJARRO y EMMANUELLE SINARDET



ROUTLEDGE

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA HISPANOFILIPINA

Introducción a la literatura hispanofilipina ofrece una panorámica sobre la literatura en español producida en Filipinas.

Introducción a la literatura hispanofilipina, primer libro de este tipo escrito en el siglo XXI, reúne en un solo volumen el conocimiento de múltiples académicos expertos en la literatura filipina en español. El libro, que está ordenado cronológicamente, aborda los debates actuales y ofrece un amplio panorama del corpus literario filipino, que presenta con pericia, sirviendo de introducción al campo tanto para estudiantes como para profesores. Los capítulos abarcan un amplio abanico de movimientos literarios y periodos temporales, desde la expedición Magallanes-Elcano hasta nuestros días, y a menudo representan el primer estudio jamás realizado sobre los textos que abordan.

Este volumen es esencial para estudiantes, profesores e investigadores de literatura en lengua española, estudios hispánicos y estudios asiáticos. También será un recurso inestimable para quienes busquen incorporar elementos, temas o autores filipinos en sus clases o investigaciones.

Rocío Ortuño Casanova es investigadora sobre conexiones literarias entre Filipinas y otros países de lengua española. Actualmente trabaja en la UNED y está conectada a la Universidad de Amberes, Bélgica, donde ha sido profesora durante seis años.

Beatriz Álvarez-Tardío es profesora en la Universidad Rey Juan Carlos, España.

Axel Gasquet es catedrático de Literatura latinoamericana en la Université Clermont-Auvergne, Francia.

Jorge Mojarro es profesor de Literatura filipina en español en la Universidad de Santo Tomás de Manila, Filipinas.

Emmanuelle Sinardet es catedrática de Estudios históricos y culturales latinoamericanos en la Université Paris Nanterre de Francia.

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA HISPANOFILIPINA

*Editado por Rocío Ortuño Casanova,
Beatriz Álvarez-Tardío, Axel Gasquet,
Jorge Mojarro y Emmanuelle Sinardet*

*Técnico de edición: Xavier Ortells-Nicolau
Asesor para la colección de español:
Javier Muñoz-Basols*

Designed cover image: Obra de Kidlat de Guia (1975–2022) *in memoriam*, representa la figura de José Rizal, el escritor filipino más importante, entretejida con el genio procedente de sus raíces indígenas.

First published 2025

by Routledge

4 Park Square, Milton Park, Abingdon, Oxon, OX14 4RN

and by Routledge

605 Third Avenue, New York, NY 10158

Routledge is an imprint of the Taylor & Francis Group, an informa business

© 2025 selection and editorial matter, Rocío Ortuño Casanova, Beatriz Álvarez-Tardío, Axel Gasquet, Jorge Mojarro, and Emmanuelle Sinardet; individual chapters, the contributors

The right of Rocío Ortuño Casanova, Beatriz Álvarez-Tardío, Axel Gasquet, Jorge Mojarro, and Emmanuelle Sinardet to be identified as the authors of the editorial material, and of the authors for their individual chapters, has been asserted in accordance with sections 77 and 78 of the Copyright, Designs and Patents Act 1988.

The Open Access version of this book, available at www.taylorfrancis.com, has been made available under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivatives (CC-BY-NC-ND) 4.0 license.

Trademark notice: Product or corporate names may be trademarks or registered trademarks, and are used only for identification and explanation without intent to infringe.

British Library Cataloguing-in-Publication Data

A catalogue record for this book is available from the British Library

ISBN: 978-1-032-24632-1 (hbk)

ISBN: 978-1-032-24629-1 (pbk)

ISBN: 978-1-003-27954-9 (ebk)

DOI: 10.4324/9781003279549

Typeset in Galliard

by Newgen Publishing UK

La investigación para este libro y su publicación en acceso abierto ha estado financiada por la Unión Europea a través del proyecto Erasmus + KA2 de cooperación interinstitucional y creación de redes de conocimiento ref. 2020-1-BE02-KA203-074821 “DigiPhiLit”, coordinado por la Universiteit Antwerpen (Bélgica) y en el que participan la Ateneo de Manila University (Filipinas), la UNED (España), la Universidad Rey Juan Carlos (España), la Université Clermont-Auvergne (Francia) y la Université Paris Nanterre (Francia).



Cofinanciado por el
programa Erasmus+
de la Unión Europea



TABLA DE CONTENIDOS

<i>Lista de autores</i>	<i>x</i>
Renovación de los estudios sobre literatura filipina en español <i>Rocío Ortuño Casanova</i>	1
PARTE I	
Literatura en torno a Filipinas. 1565–1810	13
Hacia una delimitación de la literatura hispanofilipina colonial <i>Jorge Mojarro</i>	15
1 Literatura hispanofilipina colonial: el siglo XVI <i>Jorge Mojarro</i>	23
2 La cultura de la letra impresa en Manila (1604–1810) <i>Jorge Mojarro</i>	29
3 Literatura colonial tagala: expropiación y reinención <i>John D. Blanco</i>	41

vi Tabla de contenidos

4	El teatro en Filipinas (siglos XVI–XVIII) <i>Miguel Zugasti</i>	55
5	La poesía hispanofilipina en el siglo XVII <i>Miguel Martínez</i>	64
6	La literatura cristiana en Filipinas (1593–1800) <i>Regalado Trota José</i>	76
7	Presencia musulmana y literatura: la representación del Otro <i>Ana M. Rodríguez-Rodríguez</i>	87
	<i>Bibliografía Parte I</i>	96
PARTE II		
	Literatura del siglo XIX. 1811–1901	107
	En busca de la literatura hispanofilipina del siglo XIX <i>Beatriz Álvarez Tardío</i>	109
8	Imprenta, producción textual y literatura (1811–1872) <i>Jorge Mojarro</i>	115
9	Literatura política de inicios del XIX: el concepto de “filipino” <i>Ruth de Llobet</i>	125
10	El teatro hispanofilipino del siglo XIX <i>Mario Roger Quijano Axle y Ester Haba Montés</i>	132
11	Los Ilustrados y <i>La Solidaridad</i> <i>Gaspar A. Vibal</i>	144

12	Nacionalismo en Isabelo de los Reyes: reconciliando opuestos <i>Fernando N. Ziálcita</i>	156
13	Hacia una novela fundacional en las postrimerías del siglo XIX <i>Antonio Huertas Morales</i>	167
14	La poesía hispanofilipina en el siglo XIX <i>Beatriz Álvarez Tardío</i>	176
15	El costumbrismo filipino <i>Mignette Marcos Garvida</i>	185
	<i>Bibliografía Parte II</i>	195
	PARTE III	
	De la ocupación estadounidense a la ocupación japonesa. 1902–1942	209
	La “Edad de oro” de las literaturas filipinas en español <i>Emmanuelle Sinardet</i>	211
16	Prensa y literatura: espacios de diálogo y de intersección <i>Emmanuelle Sinardet y Rocío Ortuño Casanova</i>	220
17	Literatura de viajes hispanofilipina <i>Matthew Nicdao y Paula Park</i>	231
18	Poesía: modernismo, modernidad y tradiciones prehispánicas <i>Rocío Ortuño Casanova</i>	240

viii Tabla de contenidos

19	Narrativas de ficción: alianzas soñadas y almas locas <i>Sony Corañez Bolton y Ernest Rafael Hartwell</i>	257
20	El teatro hispanofilipino durante la ocupación estadounidense <i>Eugenio Matibag</i>	266
21	Literatura en español, teatro lírico, cine y música <i>Mario Roger Quijano Axle y Miguel Ángel Feria</i>	276
22	Autoras hispanofilipinas: contribuciones literarias y aspiraciones políticas <i>Irene Villaescusa Illán</i>	286
	<i>Bibliografía Parte III</i>	299
	PARTE IV	
	De la ocupación japonesa al final del premio Zóbel (1942–2001)	313
	Ocaso de la cultura hispánica: ocupación y emancipación <i>Axel Gasquet</i>	315
23	Literatura y política: los contactos con el fascismo <i>Emilio Vivó Capdevila</i>	321
24	Testimonios en español de la ocupación japonesa en Filipinas <i>Axel Gasquet</i>	330
25	La hispanidad y la guerra en la poesía y en el teatro (1942–1965) <i>Rocío Ortuño Casanova</i>	340

26 Una aproximación a la narrativa esencial entre 1946 y 1965 <i>Axel Gasquet y Philippine Martin</i>	353
27 Literatura en español: de Ferdinand Marcos al fin del premio Zóbel (2001) <i>Rocío Ortuño Casanova</i>	366
<i>Bibliografía Parte IV</i>	375
Coda. Literatura hispanofilipina contemporánea <i>Andrea Gallo</i>	383
A modo de epílogo <i>Daisy López, University of the Philippines Diliman</i>	397
<i>Lista de figuras, tablas e imágenes</i>	401
<i>Índice temático y onomástico</i>	402

LISTA DE AUTORES

Beatriz Álvarez Tardío es profesora en la Universidad Rey Juan Carlos, España. Ha publicado *Writing Athwart: Adelina Gurrea's Life and Works* (2009), las ediciones críticas de *Cuentos de Juana de Gurrea* (2009) y *Relatos de Laygo* (2015), junto a varios artículos y capítulos sobre el tema. Fue comisaria de la exposición “Na linia secreto del horizonte: literatura hispanofilipina” para el Instituto Cervantes (2021). Coordina el MOOC “Literatura hispanofilipina”, resultado del proyecto Erasmus+ DigiPhiLit.

John D. Blanco es profesor de Literatura comparada, Español y Estudios culturales en la University of California en San Diego, en Estados Unidos. Es el autor de *Frontier Constitutions: Christianity and Colonial Empire in the Nineteenth Century Philippines* (UC Press 2009; UPhilippines Press 2010) y de *Counter-Hispanization in the Colonial Philippines: Literature, Law, Religion, and Native Custom* (2023).

Sony Coráñez Bolton es profesor de español e inglés en Amherst College, Estados Unidos. Es el autor de *Crip Colony: Mestizaje, US Imperialism, and the Queer Politics of Disability in the Philippines* (Duke 2023).

Ruth de Llobet es profesora en el Writing Department en la New York University en Shanghai (NYU-Shanghai) en China e historiadora especializada en la Filipinas de los siglos XVIII y XIX. Es co-autora del libro *Los Roxas. Filipinas en el siglo XIX a través de una familia hispano-filipina* (Marcial Pons 2020).

Miguel Ángel Feria es investigador en la Universidad Complutense de Madrid, España, poeta.

Andrea Gallo es el director de la colección “Oriente” de Literatura filipina contemporánea en española, Asistente editorial de *Revista Filipina* y miembro de los comités del Premio Rafael Palma y del Premio Antonio Abad.

Mignette Marcos Garvida es la coordinadora de Español y de Educación permanente y profesora de Español en la Toronto Metropolitan University de Canadá.

Axel Gasquet es catedrático de Literatura latinoamericana en la Université Clermont-Auvergne, Francia, e investigador del IHRIM (CNRS). Es investigador del proyecto Erasmus+ DigiPhiLit. Publicó doce obras monográficas, destacándose: *Hispanoamérica, Filipinas y las culturas de Asia. Estampas de un orientalismo periférico 1875–1950* (UNAM, 2023), *Argentinean Literary Orientalism. From Esteban Echeverría to Roberto Arlt* (Palgrave Macmillan, 2020) y *El llamado de Oriente, historia cultural del orientalismo argentino 1900–1950* (Eudeba, 2015). Realizó seis ediciones críticas, entre ellas: Benigno del Río, *Cuentos filipinos* (PUM, 2023); José Rizal, *Noli me tangere, roman tagal* (Classiques Garnier, 2019). Coeditor de once obras colectivas, entre las últimas: *Transnational Philippines: Cultural Interactions and Encounters in Filipino Literature in Spanish* (U. of Michigan Press, 2024); *Literatura filipina en español: el impulso hacia la modernidad* (Brill, 2022); *Cultural and Literary Dialogues Between Asia and Latin America* (Palgrave Macmillan, 2021).

Ester Haba Montés es investigadora doctoral en la Universidad Rey Juan Carlos de España.

Ernest Rafael Hartwell es profesor de Español y está afiliado a la Facultad de Estudios latinoamericanos de la Western Washington University de Estados Unidos. Escribe e imparte clases sobre literatura y cultura latinoamericanas y filipinas del siglo XIX, centrándose especialmente en escritura anticolonial de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Antonio Huertas Morales es profesor de Didáctica de la lengua española y su literatura en la Universidad Rey Juan Carlos, España.

Regalado Trota José es profesor y archivero en la Universidad de Santo Tomás de Manila, Filipinas.

Daisy López es profesora jubilada de Español e Italiano en la University of the Philippines Diliman, Filipinas. Es poeta y también trabaja a menudo como traductora e intérprete. Es la autora del libro de poemas *En la línea del horizonte* (2018).

Philippine Martin es estudiante de Máster de Investigación en la Université Clermont-Auvergne de Francia. Su línea de investigación principal está relacionada con Filipinas y la Segunda Guerra Mundial, principalmente el testimonio del Padre Juan Labrador en su diario *Conquista y Reconquista de Manila* que escribió durante la ocupación japonesa del archipiélago.

Miguel Martínez es catedrático de Literatura española en la University of Chicago, Estados Unidos, y autor de *Front Lines. Soldiers' Writing in the Early Modern Hispanic World* (2016) y de *Comuneros. El rayo y la semilla, 1520–1521* (2021).

Eugenio Matibag es profesor emérito de Español en la Iowa State University de Estados Unidos.

Jorge Mojarro es profesor de Literatura filipina en español en la Universidad de Santo Tomás de Manila, Filipinas. Imparte clases e investiga sobre estudios transpacíficos, encuentros iberoasiáticos (1550–1700), conexiones entre las literaturas española y latinoamericana, y Literatura filipina en español. Ha editado el libro de viajes *Hacia la tierra del Zar* de Teodoro Kalaw (2014), y *Entre las tribus de Luzón central* de Buenaventura Campa (2016).

Matthew Arnold Marasigan Nicdao se doctoró en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Nueva York (NYU) y actualmente es investigador asociado en el Centro de Estudios Puertorriqueños (CENTRO) del Hunter College (CUNY, Estados Unidos). Su investigación se centra en cuestiones de raza y formación(es) de nación(es) expresadas en las culturas literarias y visuales del imperio español del siglo XIX, particularmente en Puerto Rico y Filipinas.

Rocío Ortuño Casanova es investigadora sobre conexiones literarias entre Filipinas y otros países de lengua española. Actualmente trabaja en la UNED y está conectada a la Universidad de Amberes, Bélgica, donde ha sido profesora durante seis años. Es la directora del portal de literatura filipina en español en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, creadora de la base de datos Filiteratura, coinvestigadora principal del proyecto PhilPeriodicals, e IP del proyecto Erasmus+ DigiPhiLit. Es autora de *Mitos cristianos en la poesía del 27* (2014).

Paula C. Park es profesora de Español en Wesleyan University, en Estados Unidos. Es la autora de *Intercolonial Intimacies: Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964* (2022).

Mario Roger Quijano Axle es profesor y musicólogo en la Facultad de Música de la Universidad Veracruzana, en México.

Ana M. Rodríguez-Rodríguez es profesora de Literatura y Cultura española en la University of Iowa, en Estados Unidos. Ha escrito *Letras liberadas. Cautiverio, escritura y subjetividad en la época imperial española* (2013) y ha editado *Valor, agravio y mujer* de Ana Caro (2020).

Emmanuelle Sinardet es catedrática de Estudios históricos y culturales latinoamericanos en la Université Paris Nanterre de Francia. Es la directora del Centre d'Études Équatoriennes y del Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-américaines (CRIIA). Escribe e imparte clases sobre nacionalismo e imaginarios nacionalistas de América Latina en los siglos XIX y XX. Es investigadora del proyecto DigiPhiLit, y directora de los proyectos ILA (“Les Amériques et les mobilités trans-impériales, trans-coloniales et trans-nationales,” y “Le transnationalisme par ses acteurs — Subjectivités et stratégies d’adaptation (16^e-21^esiècles)”).

Gaspar A. Vibal es el director ejecutivo de Vibal Foundation, en Filipinas.

Irene Villaescusa Illán es profesora del programa de Análisis literario y cultural de la Universiteit van Amsterdam, en Países Bajos. Su investigación en literatura filipina en español se centra en la escritura de mujeres y la transculturación. Es miembro del comité externo de calidad del proyecto DigiPhiLit y autora de *Transcultural Nationalism in Hispano-Filipino Literature* (2020).

Emilio Vivó Capdevila es un investigador doctoral en la Universiteit Antwerpen, en Bélgica. Es miembro del proyecto DigiPhiLit y del Antwerp Centre for Digital humanities and literary Criticism. Su investigación se centra en las representaciones de raza, nación y género en la literatura sobre Filipinas y Guinea Ecuatorial.

Fernando N. Zialcita es profesor emérito de Antropología en la Universidad de Ateneo de Manila, Filipinas. Es el autor de *Authentic Though Not Exotic: Essays on Filipino Identity* (2005) y coautor de *Endangered Splendor: Manila's Architectural Heritage 1571–1960* (2021).

Miguel Zugasti es catedrático en la Universidad de Navarra (Spain). Es especialista en Teatro y Literatura de los siglos XVI-XVIII y trabaja con literaturas en español tanto de España como de otros lugares (América y Filipinas). Ha publicado más de 200 ensayos críticos.



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS SOBRE LITERATURA FILIPINA EN ESPAÑOL

Rocío Ortuño Casanova

Es raro que se hable de Filipinas, o de su literatura o de cualquier aspecto de su herencia colonial en los medios sin que se mencione el olvido al que ha sido relegada. Las palabras *olvido* y *desconocimiento* se repiten como un mantra en Europa –y en especial en España– a lo largo de artículos, libros, noticias y documentales sobre cualquier cuestión filipina. Sin embargo, en los últimos diez años ha tenido lugar una explosión de trabajos críticos sobre literatura hispanofilipina procedentes de universidades europeas y norteamericanas (incluyendo México, Estados Unidos y Canadá) al calor de la digitalización de textos y el lanzamiento de bibliotecas virtuales especializadas.¹ En estos diez años, se han publicado volúmenes completos sobre esta literatura (Coráñez Bolton 2023; Ortuño Casanova y Gasquet 2022a; Gasquet y Ortuño Casanova 2024; Park 2022; Villaescusa Illán 2021),² se han organizado al menos cuatro congresos,³ se han realizado monográficos en revistas,⁴ exposiciones⁵ y cursos de verano.⁶ Sin embargo, todo este trabajo de recuperación de una literatura cuya existencia sigue sorprendiendo a propios y extraños dentro y fuera de Filipinas no ha tenido todavía mucha repercusión en los currículos universitarios europeos, ni mucho menos en otros niveles educativos. Conscientes de esto, algunos investigadores e investigadoras interesadas en este ámbito nos propusimos un análisis de las carencias que habían llevado a que la literatura hispanofilipina no tuviera espacio en las aulas de literatura en español.

En primer lugar, observamos el problema de la dificultad de acceso a las obras primarias por parte del público lector y el académico. Estas obras, escritas en su mayoría entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, han permanecido en bibliotecas dispersas de Filipinas, Australia, Estados Unidos, Alemania y España, entre otros lugares, en un estado de conservación precario, con ejemplares muy escasos debido a la gran destrucción de libros y prensa que

se dio en la II Guerra Mundial en Filipinas (Hernandez 2001). Hoy en día, diversos esfuerzos de digitalización han logrado que muchos de los libros y revistas estén a un clic del usuario. Es paradigmático el ejemplo de la Biblioteca Digital de la Universidad de Santo Tomás de Manila.⁷ Sin embargo, dichos esfuerzos no son todavía suficientemente conocidos. Una de las razones puede ser el círculo vicioso que se genera a partir del desconocimiento de la literatura hispanofilipina que hace que no se busquen y aprovechen estos materiales en las clases de literatura. A pesar de ello y gracias al boca a boca, a las redes sociales y a los contactos por medio de listas de correo, proyectos de investigación y congresos, algunos recursos como el portal de Literatura filipina en español de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes han llegado a colegas de Francia, España y Estados Unidos, permitiéndoles introducir unidades sobre Filipinas en el temario o, incluso, crear cursos completos.

En segundo lugar, hay una evidente falta de especialistas en el área, tanto en el resto del mundo como en Filipinas, donde se ha dado un complejo de circunstancias, encabezadas por el hecho de que el español haya sido siempre una lengua marginal en el archipiélago que desde la II Guerra Mundial no tiene apenas peso cultural, lo que ha conllevado que solo escasos investigadores de allá se dediquen al estudio de textos filipinos. La Universidad de Filipinas en Diliman es la única que ha mantenido intermitentemente alguna asignatura sobre este tema, pero lo cierto es que es una literatura que difícilmente atrapa al público actual por lo arraigada que está en su contexto histórico y porque no ha tenido demasiada continuidad en la actualidad, como se explica en el último capítulo o “coda” de este volumen. Por otro lado, fuera de Filipinas su implantación es conflictiva debido a que los textos a menudo ostentan ciertos valores ultraconservadores y nacionalistas –como argumentaciones contra el sufragio femenino o exaltaciones a la raza– que hoy en día tienden a considerarse anacrónicos (Ortuño Casanova y Gasquet 2022b, 14–15). Además, la división institucional del campo académico de las literaturas escritas en lengua española entre Literatura Española Peninsular y Literatura Latinoamericana excluye varias tradiciones literarias en lengua española como la filipina, la del África negra, la magrebí, la sefardí, la rumana, la estadounidense, la literatura de diásporas o exilios y un largo etcétera. Se trata en realidad de un problema derivado de la concepción de los estudios literarios como estudio de literaturas nacionales que aborda Jorge Mojarro en la introducción a la Parte I de este libro.

A partir de este análisis, un grupo de filipinistas, de especialistas en literaturas hispánicas y de especialistas en humanidades digitales de las universidades de Clermont-Auvergne, Paris-Nanterre, Ateneo de Manila, Rey Juan Carlos y de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia) iniciamos el proyecto Erasmus+ de alianzas estratégicas DigiPhiLit, que se proponía paliar la situación descrita mediante la creación de un MOOC y materiales accesibles sobre literatura hispanofilipina que aprovecharan el material ya escaneado y

lo analizaran con metodologías digitales para extraer datos cuantitativos y ofrecer así una panorámica de los diferentes periodos y géneros. El resultado es este libro, con el que esperamos conseguir que estudiantes, curiosos y el profesorado interesado tengan por dónde empezar a la hora de abordar esta literatura, de forma fácil, con una aproximación moderna, teniendo en cuenta textos antes inencontrables, ocultos en periódicos y otros materiales efímeros, y hoy recuperados gracias a la digitalización. Aparte de ofrecer una mayor variedad de materiales textuales que rompen con el canon establecido en la primera mitad del siglo XX de la literatura hispanofilipina, el volumen cuenta con una diversidad de voces y perspectivas críticas alejadas de las agendas nacionales y políticas que previamente habían caracterizado a las historias de la literatura hispanofilipina.

En cuanto a la organización de los materiales, este compendio está ordenado de modo cronológico a la manera tradicional y se circunscribe a una sola de las muchas lenguas que se han utilizado en Filipinas, lo cual causa evidentes problemas, ya que se ignora el paradigma literario completo del territorio y va en detrimento de otras perspectivas que pueden ser útiles hoy en día, como la temática. Sin embargo, siendo nuestro objetivo crear un primer acercamiento y lograr cierta integración de la literatura filipina en los estudios hispánicos, el orden cronológico nos ha parecido la manera más adecuada de organización, ya que de este modo se suele abordar la historia literaria en los currículos europeos. Lo hemos compensado, eso sí, proporcionando conexiones con otras literaturas, en particular con las prehispánicas filipinas y las hispánicas del resto del mundo. Así pues, la historia literaria filipina comienza aquí con las crónicas de religiosos y funcionarios españoles que describen el país desde una perspectiva colonial para justificar la necesidad de la ocupación y la evangelización y que discurren paralelamente a las crónicas de Indias escritas sobre América. Estas crónicas darán lugar, en la primera parte, al estudio de la representación de los grupos de población que habitaban las islas de manera previa a los españoles, como eran los musulmanes. Encontraremos también en esta época obras de teatro y poesía barroca que incluyen subgéneros bien conocidos tanto en la península como en América.

En el siglo XIX la literatura refleja el inicio de las inquietudes identitarias y nacionalistas por medio de la poesía romántica y la narrativa costumbrista. Para principios del siglo XX, la poesía modernista latinoamericana ha sido adoptada con unos tintes locales muy interesantes, como es la autoorientalización, o más bien, la identificación de Filipinas con el Oriente escapista que dibujan poetas americanos como Rubén Darío. Más adelante, ya mediando el siglo XX, se recuperarán historias mitológicas filipinas dando lugar a una especie de “gótico tropical” en los *Cuentos de Juana* de Adelina Gurrea (1943). Este género fue acuñado por el filipino anglófono Nick Joaquin (1972) y después extendido al estudio y clasificación de ciertas obras literarias y fílmicas latinoamericanas (Casanova Vizcaíno y Ordiz 2018), australianas (Wolff 2019), asiáticas (Daly

2018) y africanas (Lundberg *et al.* 2019). La narrativa filipina prácticamente concluye con las narraciones traumáticas de la II Guerra Mundial, que resuenan a menudo al género del testimonio latinoamericano (Coráñez Bolton 2024), habiendo transitado antes la literatura de viajes, el ensayo feminista –muy en la línea de autoras como Clorinda Matto de Turner o de la española Colombine– y el relato breve. La diversidad de géneros y la trayectoria de esta literatura rompen los esquemas nacionales para sumergirnos en una complejidad de redes de comunicación transnacional que muestra cómo el estudio de las literaturas en español se enriquece si se adopta para ello una perspectiva transoceánica.

Volvemos a la pregunta, entonces, de cómo puede ser que se haya omitido el estudio de toda esta diversidad que tan bien encaja en el puzzle de las literaturas hispánicas. Me remito, tras las consideraciones iniciales, a algunas justificaciones de tipo más bien ideológico que tienen que ver con quiénes y cómo habían reivindicado antes esta literatura: debemos tener en cuenta que España ha sido la puerta de acceso a Europa de la cultura filipina en español, y que en este país, durante el franquismo (1939–1975), se apeló a Filipinas como antigua colonia que les era favorable y que, en un principio, sirvió para proyectar la vocación de imperio falangista en una fantasía neocolonial, por lo que tuvo gran presencia en los medios. Se hicieron visitas institucionales, cómics, novelas y películas apelando a la hispanidad de los habitantes del archipiélago, además de estudios antropológicos, culturales y literarios: en la época se publicaron en España obras de filipinistas hispanohablantes –algunos de los poquísimos que quedaban– que a menudo hacían doblete como diplomáticos. De esta manera, el Instituto de Cultura Hispánica, fundado durante el franquismo, publicó una *Historia de Filipinas* en dos volúmenes de Rafael Palma, las *Leyendas Filipinas* de las becarias del Instituto Leonor Agrava y Araceli Pons (1955), o el discurso *Filipinas y la cultura española* de Carlos Rómulo (1966). Por su parte, la ganadora del premio Zóbel, Belén S. de Argüelles, participó representando a Filipinas en el I Congreso de Instituciones Hispánicas (*Presente y futuro de la lengua española: Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones hispánicas* 1964, 281–296) que intentaba establecer de nuevo una jerarquía cultural en los países hispánicos apelando a vínculos históricos que eran evidentemente coloniales.

A su vez, como explica Emilio Vivó en el capítulo 23 de este volumen, destacados políticos españoles del momento también visitaron Filipinas y se interesaron por su cultura y su literatura, redescubriendo a los poetas clásicos de la primera mitad del siglo XX y buscando estrategias para la recuperación y difusión de este acervo cultural que no solo no era tan remoto –la literatura escrita por filipinos en lengua española empieza prácticamente en el siglo XIX–, sino que además era muy minoritario. De esta manera tenemos estudios sobre la influencia española en la poesía y la cultura filipina escritos por Blas Piñar (1961; 1957), y otro sobre la figura de José Rizal, el más conocido novelista filipino en lengua española, escrito por Ernesto Giménez Caballero (1971),

siendo ambos, Piñar y Giménez Caballero, dos relevantes figuras del régimen franquista. Las agendas de nostalgia colonial y prohispanistas en estos textos son más que evidentes y también afloran, acaso no tan obvias, en el último compendio español sobre la literatura hispanofilipina, *La literatura filipina en castellano*, publicado por Editora Nacional y escrito por Luis Mariñas (1974), un diplomático de la era franquista que estuvo destinado en Manila. Por otro lado, en México se dio también un *boom* de la evocación de los lazos coloniales entre ambos países y se publicaron en las décadas de los 60 y 70 obras en las que aparece cierta reivindicación de la desigual hermandad entre ambos países, como es el libro de Rafael Bernal *México en Filipinas* (1965) o la colección de discursos por el día de la amistad entre México y Filipinas (Comité del Año de Amistad Filipino-Mexicana 1965).⁸

Vistas las últimas referencias, era pues muy necesaria una renovación del campo que, además, acercara esta literatura a las otras literaturas escritas en español para favorecer su relación, y, por qué no, su inserción en las aulas. Sin pretender que se cree una asignatura específica de literatura hispanofilipina, sí que se puede empezar por incluir –por poner un caso– un ejemplo de un poema modernista filipino en una clase en la que se trate el modernismo. Hay otras oportunidades de apertura: la inclusión de expresiones culturales en español de periferias que no se ubican en los cajones tradicionales en los que se divide la literatura en español obliga, como decía más arriba, a pensar en circulación de ideas, en literatura mundial y en completar el puzzle de la historia literaria con estas rarezas para que dejen de serlo. Caminamos en este sentido hacia una concepción más inclusiva y más diversa de la literatura. Por esta vocación inclusiva no podíamos tampoco nosotros quedarnos limitados por las categorías tradicionales que impone la idea de literatura nacional. Por esta razón, y para profundizar en la idea de relación, hemos contrapuesto literatura en castellano producida sobre Filipinas a literatura producida por personas nacidas en Filipinas escrita en castellano. Es el caso, por ejemplo, de la literatura costumbrista. Mientras el capítulo 13 de este volumen, que Antonio Huertas dedica a la novela del siglo XIX, se aproxima a obras de narrativa costumbrista escrita por dos filipinos de la generación llamada ilustrada,⁹ Pedro Alejandro Paterno y José Rizal, el capítulo de Mignette Garvida aborda los escritos costumbristas que algunos autores varones nacidos en España escribieron en torno a Filipinas dando su visión sobre la entonces colonia española.¹⁰ Son dos partes de un diálogo sostenido en los periódicos y llevado al campo político de finales del siglo XIX que es necesario contraponer. Del mismo modo, es difícil entender ideas y textos de autores filipinos, como son Isabelo de los Reyes y su texto sobre el pirata chino Limahong, que aborda Fernando Zíalcita en el capítulo 12,¹¹ sin tener en cuenta que lo que estos autores aprendieron de la historia de Filipinas se basaba en las crónicas escritas por europeos en los siglos XVI, XVII y XVIII y que es contra eso que se rebelan, con lo que un acercamiento a esas crónicas debía ser necesariamente incluido en este breve volumen introductorio.

Aunque pese, hay que incidir en lo de “breve”: este volumen está concebido como una primera aproximación a la literatura hispanofilipina en forma, eso sí, de mosaico polifónico. Para facilitar la identificación y comparación con otras literaturas, lo hemos dividido en periodos y géneros que también serían identificables en la literatura española o en la latinoamericana. La primera sección abarca desde el primer contacto con el archipiélago de la expedición de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano en 1521, pasando por el inicio de la colonización española con la llegada del adelantado Miguel López de Legazpi y la fundación de las ciudades de Cebú en 1565 y Manila en 1571, hasta 1810. El fin de la exclusividad de las órdenes religiosas mendicantes sobre la imprenta, la convocatoria de las Cortes de Cádiz y las revoluciones independentistas en las repúblicas americanas de principios del siglo XIX marcan el camino de los futuros intelectuales que escribirán la literatura filipina más moderna. Esta primera parte se centra, sobre todo, en escritos de españoles, en su mayoría frailes, que describen su experiencia en Filipinas, su descubrimiento de la variedad del país, cómo se posicionan respecto a ella y qué materiales producen para difundir su visión del mundo –incluyendo la religión– en el archipiélago. En diálogo con esto, el texto de John D. Blanco explora qué aportan estos colonizadores europeos a las tradiciones literarias locales, qué permanece de las tradiciones previas y qué se sincretiza, marcando cierta diferencia con parte de la crítica previa que se había centrado en hablar solo de las influencias españolas en la literatura filipina colonial, dando una génesis europea a unas tradiciones literarias que venían de antiguo.

La segunda parte abarca de 1810 a 1901 y explora la compleja sociedad filipina decimonónica y el ascenso de ciertas élites económicas nativas y mestizas que darían lugar a una intelectualidad liberal y al enfrentamiento con el poder colonial. Es también el momento de ascenso de textos literarios muy marcados por la política y de textos políticos muy marcados por la literatura, que se publicaban principalmente en periódicos y raras veces como libros exentos –como ocurrirá desde el siglo XIX a lo largo de toda la historia de la literatura hispanofilipina–. Esta preeminencia de la prensa es la que nos ha llevado a incluir una sección en el capítulo 15 sobre las polémicas entre filipinos y españoles en la prensa escrita, un capítulo sobre el periódico *La Solidaridad*, en torno al que se agrupaban los intelectuales filipinos afincados en España a los que se les suele llamar “Ilustrados” o “Propagandistas” (capítulo 11) y otro capítulo, ya en la parte siguiente, sobre prensa escrita en general (capítulo 16).

La primera mitad del siglo XX es la de mayor producción literaria hispanofilipina. Esto y la complejidad de eventos que se suceden en estos años y que influyen radicalmente en la producción literaria son lo que nos ha llevado a dividir el siglo en dos partes. La primera se aborda en la parte 3 y abarca la etapa de ocupación estadounidense de Filipinas hasta la invasión japonesa, de 1902 a 1942. Son años en los que el español, a pesar de haber sido una lengua

colonial, se utilizaba como instrumento de resistencia ante la imposición colonial y la aculturación estadounidense. Los escritores hispanohablantes, conscientes del declive de su cultura y de sus privilegios ante la política del nuevo invasor, desarrollan una conciencia hispánica que los lleva a vincularse literariamente primero al romanticismo y, luego, al modernismo hasta una época muy tardía. Proliferan los admiradores de José de Espronceda, Rubén Darío y José Santos Chocano y se recibe con alborozo a Salvador Rueda, a Blasco Ibáñez y a Gerardo Diego (Luque Talaván 2013; Ortuño Casanova 2018).

La parte cuarta aborda el periodo que transcurre entre la II Guerra Mundial en el Pacífico hasta 2001. Es un periodo convulso, marcado por la invasión japonesa del país, pero también por la llegada de la anhelada independencia en 1946 y la llegada al poder de Ferdinand Marcos en 1965. En este periodo la literatura filipina en castellano ya está totalmente de capa caída. Los últimos escritores se aferran a los valores tradicionalistas y a la nostalgia española, que los acabarán vinculando a un régimen franquista ávido de obtener relevancia internacional y anhelante de tiempos imperiales. Surgen tras la guerra narrativas que dan testimonio del trauma sufrido y alguna novela de ciencia ficción que imagina un futuro para Filipinas. Sin embargo, la muerte de los últimos escritores educados en la colonia española va marcando también un cambio de rumbo y de aires.

Finalmente, la coda escrita por Andrea Gallo nos lleva a la época contemporánea, desde 2001 hasta 2022 con el ascenso del segundo Marcos, Bombong, el hijo de Ferdinand. En esta coda se cuentan con cierto detalle los últimos vestigios de esta literatura ya tan rara.

A lo largo de todo el libro se encontrarán, como decíamos, capítulos breves, introductorios, apenas aperitivos de la historia de esta literatura, que se pueden ampliar en las obras que se han publicado recientemente sobre el tema por los mismos autores, dedicadas a un público iniciado, como los volúmenes sobre la modernidad en español en Filipinas (Ortuño Casanova y Gasquet 2022a), la literatura hispanofilipina contemporánea (Donoso y Gallo 2011) o el alcance transnacional de la literatura hispanofilipina (Villaescusa Illán 2021; Park 2022; Ortuño Casanova y Gasquet 2024). Además, se han puesto múltiples recursos a disposición de las personas interesadas, como es la base de datos *Filiteratura*.¹²

Al ser capítulos tan breves, hemos agrupado las referencias bibliográficas al final de cada sección, de manera que la persona interesada podrá tener una panorámica bibliográfica completa de la época recogida en un mismo lugar.

Si esta obra es un paso adelante en un campo cuyo estudio está resucitando en el contexto de la literatura mundial, esperamos que no sea el último. Ojalá que dé lugar a otros estudios, quizás más genéricos, sobre literaturas en español, en los que se aborde también, entre otras, la literatura filipina escrita en lengua española.

Notas

- 1 Hace unos años, Anna Sarmiento y yo escribimos un panorama de la digitalización acerca de Filipinas (2021). Se puede encontrar una versión actualizada de repositorios digitales con materiales filipinos en el capítulo 1 del libro *Las humanidades digitales en la enseñanza de las literaturas hispánicas. Aplicaciones prácticas*, integrado en este mismo proyecto (Ortuño Casanova 2024b). Podemos destacar el Portal de literatura filipina en español de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes por ser el primero dedicado en exclusiva a esta literatura (Ortuño Casanova 2014).
- 2 En la década anterior habían ya aparecido algunos libros fundacionales de esta nueva ola de crítica literaria y cultural hispanofilipina, entre ellos, la obra de Beatriz Álvarez sobre Adelina Gurrea, *La escritura entrecruzada de Adelina Gurrea* (2009), el de Donoso y Gallo, *Literatura hispanofilipina actual* (2011), el volumen editado por Isaac Donoso, *Historia cultural de la lengua española en Filipinas* (2012), los volúmenes de *More Hispanic Than We Admit* editados por Isaac Donoso (1, 2008), Gloria Cano (2, 2015) y Jorge Mojarro (3, 2020) y los dos libros sobre el tema escritos por Adam Lifshay, *The Magellan Fallacy* (2012) y *Subversions of the American Century* (2015), además de la colección de clásicos hispanofilipinos editada por el Instituto Cervantes.
- 3 Me refiero a congresos con el tema principal de la literatura filipina en español. El primero fue en San Luis, México, en 2016 organizado por Salvador García; el segundo en Amberes en 2018; el tercero en Oslo en 2022 y el cuarto en Málaga en noviembre de 2023 (Mojarro 2021; Donoso 2019).
- 4 Algunos de ellos publicados en la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *Unitas* o *Kritika Kultura*, todos ellos de libre acceso. Los recoge Mojarro (2021).
- 5 Se han dado en las últimas décadas al menos dos online (la comisariada por Marlon Sales, disponible aquí <https://apps.lib.umich.edu/online-exhibits/exhibits/show/translation-memory>, y la comisariada por Rocío Ortuño Casanova, disponible aquí <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/>), y dos presenciales: una comisariada por María Dolores Elizalde Pérez-Grueso sobre la figura de José Rizal (“Entre España y Filipinas. José Rizal, escritor | Biblioteca Nacional de España”, 2011) y otra comisariada por Beatriz Álvarez Tardío (“Na linia secreto del horizonte. El legado de Filipinas al mundo hispánico: la literatura hispanofilipina”, 2021).
- 6 Uno tuvo lugar en la Universidad Rey Juan Carlos en julio de 2021 y otro en la Université Paris Nanterre en julio de 2022, ambos bajo el paraguas del proyecto DigiPhiLit.
- 7 <https://digilib.ust.edu.ph/>
- 8 Paula Park ha estudiado en profundidad el flujo de relaciones entre México y Filipinas y la voluntad de crear un nuevo modelo de hispanidad descentralizado que no pasara por España (Park 2019; 2022).
- 9 Los ilustrados fueron una generación de filipinos y mestizos cuyas familias se habían enriquecido en años anteriores, a menudo gracias a la apertura de los puertos filipinos al comercio internacional, y que, tras estudiar en las instituciones de Educación superior filipinas, viajan a Europa a completar sus estudios. Allí fundan diversas asociaciones y periódicos, se inician muchos de ellos en la masonería y adoptan como misión la reforma de la situación colonial de Filipinas y la propaganda sobre esta situación en España.
- 10 Debe aclararse que también hubo mujeres españolas que escribieron desde y sobre Filipinas a finales del siglo XIX, entre ellas Antonia Rodríguez de Ureta, Josefa

Estévez de García del Canto o Ana García de la Torre. El estudio de los textos de estas autoras, su objetivo y su propuesta para la Filipinas colonial están aún por estudiar.

- 11 Para más información, Ortuño Casanova dedica el capítulo 7 del volumen *Transnational Philippines* a las reescrituras de la leyenda de este pirata (2024).
- 12 <https://filitratura.uantwerpen.be>

Bibliografía

- Agrava, Leonor, y Araceli Pons García. 1955. *Leyendas filipinas*. Madrid: Imprenta Dosan.
- Alvarez Tardío, Beatriz. 2009. *Writing Athwart Adelina Gurrea's Life and Works = La Escritura Entrecruzada De Adelina Gurrea*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- Bernal, Rafael. 1965. *México en Filipinas; estudio de una transculturación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cano, Glòria (ed). 2015. *More Hispanic Than We Admit Insights into Philippine Cultural History 2*. Quezon City: Vibal Foundation.
- Casanova Vizcaíno, Sandra, e Inés Ordiz, eds. 2018. *Latin American Gothic in Literature and Culture. Routledge Interdisciplinary Perspectives on Literature*. Nueva York: Routledge.
- Comité del Año de Amistad Filipino-Mexicana, ed. 1965. *Filipinas y México: colección de discursos y conferencias pronunciados con ocasión de la celebración del Año de Amistad México Filipina en el cuarto centenario de la llegada de la expedición mexicana en Filipinas*. Manila: Comité del año de Amistad Filipino-Mexicana.
- Corañez Bolton, Sony. 2023. *Crip Colony: Mestizaje, US Imperialism, and the Queer Politics of Disability in the Philippines*. Durham: Duke University Press.
- Corañez Bolton, Sony. 2024. "The Ethnology of the Atomic: Gender, Japanese Occupation, US Empire, and the Testimonio Filipino of José Reyes' Terrorismo y redención (1947)". En Axel Gasquet y Rocío Ortuño *Transnational Philippines*. Ann Arbor: University of Michigan Press. 266–284.
- Daly, Sathyabhama. 2018. "Gothic Spaces and the Tropical City: Reading the Crocodile Fury, Haunting the Tiger, Life's Mysteries". *eTropic: Electronic Journal of Studies in the Tropics* 17, n.º 2 (1 de septiembre de 2018). <https://journals.jcu.edu.au/etro-pic/article/view/3653>
- Donoso, Isaac (ed.). 2012. *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*. Madrid: Verbum.
- Donoso, Isaac. 2019. "Informe de los congresos filipinistas y la actualidad en torno al estudio de la literatura hispanofilipina". *Revista Filipina* 6, n.º 1.
- Donoso, Isaac, y Andrea Gallo. 2011. *Literatura hispanofilipina actual*. Madrid: Verbum.
- Gasquet, Axel y Rocío Ortuño Casanova, eds. 2024. *Transnational Philippines*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Giménez Caballero, Ernesto. 1971. *Rizal*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- Gurrea, Adelina. 1943. *Cuentos de Juana*. Madrid: Imp. de Prensa Española.
- Hernandez, V.S. 2001. "Trends in Philippine Library History". *Libraries & Culture*. Vol. 36, n. 2, pp. 329–344. <https://www.jstor.org/stable/25548913>
- Joaquin, Nick. 1972. *Tropical Gothic*. St. Lucia: University of Queensland Press.
- Lifshey, Adam. 2012. *The Magellan Fallacy: Globalization and the Emergence of Asian and African Literature in Spanish*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- . 2016. *Subversions of the American Century: Filipino Literature in Spanish and the Transpacific Transformation of the United States*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Lundberg, Anita, Katarzyna Ancuta, y Agnieszka Stasiewicz-Bieńkowska. 2019. “Tropical Gothic: Arts, Humanities and Social Sciences”. *eTropic: Electronic Journal of Studies in the Tropics* 18, n.º 1 (30 de mayo de 2019). <https://doi.org/10.25120/etropic.18.1.2019.3685>
- Luque Talaván, Miguel. 2013. “Como meteoros incandescentes. Mensajeros de ciencia y de letras españoles en la Filipinas de principios del siglo XX”. *Perro Berde: Revista Cultural Hispano-Filipina* 4: 78–84.
- Mariñas, Luis. 1974. *La literatura filipina en castellano*. Madrid: Editorial Nacional.
- Mojarro Romero, Jorge (ed.). 2020. *More Hispanic Than We Admit 3: Quincentennial Edition 1521–1820: Filipino and Spanish Interactions over the Centuries*. Quezon City: Vibal Foundation.
- Mojarro, Jorge. 2021. “Últimos avances en los estudios literarios hispanofilipinos (2018–2021)”. *BAFLE (Boletín de La Academia Filipina de La Lengua Española)*, n.º 1 (enero): 131–141.
- “Na linia secreto del horizonte. El legado de Filipinas al mundo hispánico: la literatura hispanofilipina”. 2021. Actividades Culturales del Instituto Cervantes. 25 de marzo de 2021. <https://cultura.cervantes.es/espanya/es/na-linia-secreto-del-horizonte.-el-legado-de-filipinas-al-mundo-hispanico%3a-la-literatura-hispanofili/141233>
- Ortuño Casanova, Rocío. 2014. “Literatura filipina en español”. (Web). *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. www.cervantesvirtual.com/portales/literatura_filipina_en_espanol/
- . 2018. “Embajadores culturales: recepción y trascendencia del viaje de Gerardo Diego a Filipinas en el archipiélago asiático”. *Revista de literatura* 80, n.º 159: 223–243.
- . 2024a. “China Was No Longer the Enemy: The Reassessment of Limahong in Philippine Literature in Spanish”. En *Transnational Philippines*, editado por Axel Gasquet y Rocío Ortuño Casanova. Ann Arbor: University of Michigan Press. 126–151.
- . 2024b. “¿Dónde puedo encontrar textos para trabajar con herramientas digitales? Búsqueda y utilización de corpus existentes y bases de datos en las literaturas en español”. En Clara I. Martínez Cantón *et al.* (eds) *Las humanidades digitales en la enseñanza de las literaturas hispánicas. Aplicaciones prácticas*. Londres: Peter Lang. 25–42
- Ortuño Casanova, Rocío, y Axel Gasquet (eds). 2022a. *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*. Leiden: Brill.
- . 2022b. “La cultura letrada hispanofilipina y el desafío de la modernidad”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, 1–30. Leiden: Brill.
- Ortuño Casanova, Rocío, y Anna Sarmiento. 2021. “Humanidades Digitales en Filipinas: proyectos, dificultades y oportunidades de la colaboración Norte-Sur”. *Digital Scholarship in the Humanities* 36 n.º 1: 55–67.
- Park, Paula C. 2019. “Transpacific Intercoloniality: Rethinking the Globality of Philippine Literature in Spanish”. *Journal of Spanish Cultural Studies* 20, n.º 1–2: 83–97.

- . 2022. *Intercolonial Intimacies: Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964*. Pitt Latin American Series. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Piñar, Blas. 1957. *Filipinas, país hispánico*. Madrid: Cultura Hispánica.
- . 1961. *El sentimiento hispánico en los poetas filipinos*. s.l.: s.n.
- Presente y futuro de la lengua española: Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas*. 1964. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Rómulo, Carlos P. 1966. *Filipinas y la cultura española: conferencia pronunciada ...* Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- VV.AA. 2011. “Entre España y Filipinas. José Rizal, escritor”. (Dossier de prensa). Madrid: Biblioteca Nacional de España. www.bne.es/es/dossieres/joserizal
- Villaescusa Illán, Irene. 2021. *Transcultural Nationalism in Hispano-Filipino Literature. Historical and Cultural Interconnections between Latin America and Asia*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Wolff, Mark. 2019. “In Search of a Tropical Gothic in Australian Visual Arts”. *eTropic: Electronic Journal of Studies in the Tropics* 18, n.º 1 (30 de mayo de 2019). <https://doi.org/10.25120/etropic.18.1.2019.3691>



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

PARTE I

Literatura en torno a Filipinas. 1565–1810



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

HACIA UNA DELIMITACIÓN DE LA LITERATURA HISPANOFILIPINA COLONIAL¹

Jorge Mojarro

En principio, la literatura hispanofilipina podría definirse como aquella que “comprende el conjunto de textos literarios producidos en español por autores nacidos en Filipinas”. La definición es excesivamente estrecha, cuando no ingenua: apenas uno se asome de pasada por los autores y sus textos, percibirá que el marbete es rápidamente desbordado. El problema no es exclusivo de esta literatura. La dificultad definitoria viene dada por la tradición filológica decimonónica que fundó las áreas de conocimiento de las diversas literaturas nacionales europeas como si fueran organismos esenciales e inamovibles, a modo de compartimentos estancos caracterizados por unos supuestos rasgos nacionales, y que aún pervive, mal que bien, en el seno de muchas entidades académicas. La literatura, en este sentido, es, antes que nada, una institución nacional (Even-Zohar 1996).²

El asunto se vuelve especialmente complicado en territorios multilingües, sometidos durante largos años a múltiples poderes coloniales o grandes procesos migratorios, donde trazar los límites que determinen los textos pertenecientes a una tradición o a un corpus conduce a la confusión y suele resolverse en el arbitrio más acomodaticio. Para lo producido en periodos de dominio imperial, la cuestión se complica aún más: los memoriales de Quirós – un portugués que escribía en español–, la *Historia de los Indios de la Nueva España* de fray Toribio de Motolinía o las cartas en español, portugués o latín de los misioneros jesuitas en India o Japón, suscitan una lógica controversia en cuanto a en qué medida son textos literarios, y si lo son, en base a qué podemos justificar su pertenencia, su adscripción a un determinado género literario o a un corpus literario nacional.

Portugal y Holanda fueron las potencias coloniales que, junto con España, llegaron al sudeste asiático durante el siglo XVI. Los lusos conquistaron Malaca

en 1511, implantaron una red de factorías comerciales en el sudeste asiático y se establecieron en Macao en 1567, mientras que los primeros navegantes holandeses llegaron a la zona a finales del mismo siglo. La presencia de estas dos potencias marítimas produjo, lógicamente, una copiosa e interesante cosecha de textos sobre Asia. En este sentido, mientras que la literatura luso-asiática es simplemente incluida dentro de la literatura portuguesa,³ poco podemos sacar de provecho desde el punto de vista teórico de la crítica literaria holandesa con respecto a la literatura colonial producida en o sobre Indonesia para responder a estas cuestiones. Tanto en el trabajo seminal de Rob Nieuwenhoys (1982) como en el de su continuador y discípulo E. M. Beekman (1996), se prefiere hablar de una “literatura holandesa colonial de las Indias Orientales”, y se asumen como integrantes de ese campo tan solo los textos escritos por holandeses nacidos en Indonesia o que tratan preferentemente, aunque sea desde la metrópoli, temas coloniales. No se mencionan a los escritores indonesios en lengua holandesa, que proliferaron especialmente en el primer tercio del siglo XX y abordaron fundamentalmente la temática independentista: esa curiosa producción literaria pertenece, según ellos, a otro cajón: el de la literatura indonesia en lengua holandesa. El único criterio seguido es el etnonacional.

Mucho más fructíferas son las aportaciones realizadas desde el área de la literatura hispanoamericana para delimitar el ámbito de estudio y establecer criterios para la inclusión de textos en un corpus de literatura colonial hispanofilipina. Walter Mignolo (1982) publicó un artículo fundamental en el que trataba de responder a una pregunta compleja: ¿qué textos deben formar parte del corpus de la literatura hispanoamericana colonial? Sus conclusiones son, en gran medida, válidas para la literatura hispanofilipina colonial. En opinión del crítico argentino, dentro de la prosa narrativa de este periodo deberían incluirse:

- a) Textos cruciales en la historia de una cultura, más allá de la lengua en la que fueron escritas. Esta propuesta dinámica e inclusiva, que desintegra la concepción tradicional de historia literaria, ha encontrado un desarrollo teórico en una propuesta más reciente, que opta por hablar de una “historia de la cultura literaria” (Valdés de San Martín, 2005) y es especialmente relevante para explicar el desarrollo de la literatura hispanofilipina.⁴ Este criterio permite la inclusión en nuestro corpus del *De Moluccis Insulis* (1522) de Maximilianus Transylvanus, o el *Viaggio intorno al mondo* (1536) de Antonio Pigafetta. Ambos forman parte del conjunto de textos que informan acerca de un evento capital en la historia de España y Filipinas, y del mundo (Gruzinski 2019): la primera circunnavegación del planeta y el primer contacto entre filipinos y europeos; por ende, aunque ambos textos puedan

solaparse legítimamente con otros marbetes, como la literatura latina renacentista o la literatura italiana de viajes del Cinquecento, pueden incorporarse en este estudio al resto de fuentes escritas del viaje de Magallanes-Elcano (1519–1522).

- b) El criterio cronológico-ideológico. Aunque la literatura hispanofilipina colonial se extiende hasta principios del siglo XIX, para este estudio consideramos dos periodos diferenciados entre 1521, fecha del primer contacto entre los europeos y los habitantes del archipiélago, y 1810, último año del monopolio impresor de las órdenes religiosas en Manila. La divisoria estaría en el año 1604, fecha de la puesta en funcionamiento de la primera imprenta de tipos europea. Otras subdivisiones son plausibles, como se verá en los capítulos siguientes.
- c) Unidad: los textos producidos durante estos dos periodos están caracterizados por una afinidad discursiva asistemática: por una parte, navegantes y misioneros que tratan de reducir a la escritura la experiencia del primer contacto cultural a través de géneros circunstanciales con pretensiones de veracidad; por otra, el desarrollo de un sistema literario, con su característica tipología textual y fuertemente condicionado por el contexto colonial.

Entre la historia y la ficción

Las reflexiones del filósofo de la historia Hayden White también ofrecen instrumentos –aunque lo haga inadvertidamente, pues su propósito es otro– para proceder a la construcción de una teoría de la literatura colonial y argumentar acerca de la literariedad de los textos coloniales. En *Metahistory* (1973), White declara que las obras historiográficas del siglo XIX (Michelet, Tocqueville, Burckhardt, Croce, etc.) están impregnadas de literatura desde su misma gestación, ya que configuran la narración de un determinado evento histórico en base a un estilo (heroico, poético, irónico, nostálgico, etc.), unos presupuestos ideológicos generalmente implícitos y cuatro tropos básicos: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía. Esto es así, arguye, porque la labor fundamental que realizan los grandes historiadores es la de crear relatos, construir una narración coherente y creíble.

La obra posterior de White retoma, para desarrollarlas, dos ideas fundamentales de la filosofía de la historia de Collingwood: primero, “que el historiador es sobre todo un narrador” y, segundo, que “la sensibilidad histórica se manifiesta en la capacidad de elaborar un relato plausible a partir de un cúmulo de ‘hechos’ que, en su forma no procesada, carecen por completo de sentido” (White 2003, 112). Incide en cómo el historiador construye una trama específica en relación con un conjunto de acontecimientos históricos para configurar una determinada situación histórica como trágica, dramática,

irónica, paródica, etc. White afirma que “esto es esencialmente una operación literaria, es decir, productora de ficción” (115). Y añade:

La antigua distinción entre ficción e historia, en la que la ficción se concibe como la representación de lo imaginable y la historia como la representación de lo real, debe dejar lugar al reconocimiento de que sólo podemos conocer lo real contrastándolo o asemejándolo a lo imaginable. (White 2003,137)

Aunque no las mencione, el profesor norteamericano se está refiriendo al modo en que se construyeron obras como *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) de Jakob Burckhardt o *La democracia en América* (1835–40) de Alexis de Tocqueville, es decir, obras puramente historiográficas.

Mi hipótesis es que si la literatura, la ficción y la atención a la forma del relato son decisivas en la composición de las narraciones históricas en cuanto a que emplean un número más o menos limitado de fuentes que seleccionan, interpretan y comentan para servir al señalado propósito constructivo –este será uno de los prismas empleados para analizar el *Libro XX* de Gonzalo Fernández de Oviedo–, lo mismo cabe decir de las fuentes de las que estos estudios históricos se surten. Es decir, si los estudios históricos constituyen ficciones verdaderas,⁵ debe subrayarse que el componente literario conforma igualmente un elemento indispensable y definitorio en los textos primarios de la literatura colonial tanto latinoamericana como hispanofilipina, y sale a relucir en cuanto se comparan los diversos relatos del viaje de Magallanes-Elcano (Pigafetta, Maximiliano Transilvano, Ginés de Mafra), las diferentes versiones de las acciones de Hernán Cortés (sus cartas de relación frente a la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo), las cartas agustinas en defensa de los indios y, por supuesto, obras de creación sin propósito de historiar. Por lo tanto, si las obras historiográficas son, al decir de White, “ficciones”, son, en todo caso, “ficciones en segundo grado”, ya que se basan en los relatos testimoniales de los protagonistas de los eventos que tratan de interpretar. Así pues, el estudio literario de los textos de la literatura colonial no es solo legítimo, sino también útil, necesario y enriquecedor porque abre nuevas perspectivas en la indagación de lo ficcional y aborda dimensiones connotativas que suelen ser ignoradas en la lectura literal que tratan de proporcionar los estudios históricos.

En este sentido, las relaciones de Legazpi, la crónica de Aduarte o los sermones de Martínez de Arizala no fueron escritos, evidentemente, con propósitos literarios; no atendían a una estética literaria más allá de un estilo de época, no estaban destinados a producir placer en sus destinatarios –aunque sí tuvieran como misión informar, ocultar, seducir y convencer– ni publicarse en letras de molde y, por último, no sancionaban el consabido pacto lúdico de la ficción entre el creador y un hipotético lector. Pero, como afirma Mignolo:

Si las cartas y las relaciones forman parte de la “historia literaria” o de la “historia de la historiografía”, no la forman por la intención de escritura [...] sino por un cambio epistemológico en el cual se consolidan la historia literaria y la historia de la historiografía y se recuperan, del pasado, aquellos textos que “muestran”, desde la perspectiva de la recepción, ciertas propiedades o historiográficas o literarias, aunque estas propiedades no sean características en la producción de tales discursos. (Mignolo 1982, 59)

Este crucial cambio epistemológico, que tiene lugar en el lector, explica que hoy se pueda decir legítimamente que la crónica de Bernal Díaz del Castillo sea novelesca y divertida, que las peripecias trágicas que nos relata Pigafetta nos parezcan un entretenido relato de aventuras o que hallemos un punto de sublimidad en las cartas de Domingo de Salazar, porque, al fin y al cabo, “son relatos tan mentirosos como las novelas, tan llenos de rencores e ilusiones como cualquier documento autobiográfico, tan fascinantes como cualquier trozo de vida” (Mainer 2012, 40). O, parafraseando a Rolena Adorno, especialista en literatura colonial latinoamericana, la capacidad para observar, interpretar, sintetizar y expresar de un modo cautivador una nueva realidad es aquello que hace que los textos coloniales sean literarios y valiosos (Adorno 2011, 3).

En la misma línea, afirma Mercedes Serna que, en numerosos textos y crónicas de este período, “la verdad histórica tenía que ver con el recuerdo, con la evocación, con una realidad espiritual oculta a los ojos de los hombres vulgares, pero accesibles a los dotados de una visión poética” (Serna 2009, 15). Aunque esta concepción de la escritura de la historia es válida, no debemos olvidar que la mayoría de los autores no reclamaban para sí credibilidad en tanto que poseedores privilegiados de una supuesta visión especial de la realidad –algo más propio de autores de fechas muy posteriores–, sino como protagonistas y testigos de los hechos que señalan, algo que no se cansarán de repetir. Así pues, moviéndonos en el ámbito de lo narrativo, los relatos de la conquista de Filipinas o las relaciones de sucesos son una extensión particularmente austera de esa literatura imaginativa, imbuida de expectativas y lecturas medievales, que caracterizó a los relatos coloniales de América.

La literatura hispanofilipina colonial comparte numerosos rasgos con su contraparte hispanoamericana, aunque con diferentes matices. La tendencia a la fabulación y a la inserción de historias fantasiosas es menos acusada, en especial a partir de la llegada de Legazpi. Muestra igualmente una inmediata necesidad de comprender y asimilar lo ajeno: el imperativo de conocer al sujeto a dominar; una mentalidad renacentista, segura de sí misma, que se muestra en la conciencia de haber superado los hechos referenciados en las autoridades clásicas;⁶ las constantes referencias a la Biblia y al determinismo redentor de la empresa hispánica –la denominada vocación ecuménica del imperio español (Oviedo 2007, 73)– abundan debido a la cuantiosa presencia de misioneros y nutren el cuestionamiento y crítica de las actuaciones propias frente a la

justificación de los actos de gobernadores y soldados; por último, al igual que en Hispanoamérica, escribir y conquistar aparecen como actos simultáneos. Y dado que el sistema literario filipino se origina propiamente en el siglo XVII, su cronística será más teológica que etnográfica, lo maravilloso se vinculará a los milagros y a los hechos sobrenaturales de base cristiana, y aportará una idea más definida y beligerante de *conquista espiritual* (Serna 2023, 64–65).

Entre lo iberoasiático y lo hispanoamericano

Uno de los elementos a tener más en cuenta es que la literatura hispanofilipina colonial está ubicada en una encrucijada de culturas: la austronesia (a la que pertenecían los pueblos conquistados), la europea (a la que pertenecían los invasores) y la asiática (la de los países vecinos y, en especial, China). La aparición de los primeros libros hacia 1593, impresos según el sistema chino de presión con bloques de madera, y la llegada de la imprenta en torno a 1604, significó la aparición de un nuevo sistema cultural y literario que, con el devenir del tiempo, ha acabado reemplazando a la rica literatura oral preexistente en las diferentes culturas del archipiélago, una literatura oral cuyos últimos vestigios están hoy en peligro de extinción (Revel 2006; Coben 2010).

Por cuestiones geográficas, la literatura colonial de Filipinas se solapa en diversos sistemas literarios que testimonian y narran los diversos encuentros entre Oriente y Occidente:

- la literatura iberoasiática: englobaría a las diferentes producciones textuales referentes a la presencia de españoles y portugueses en India, China, Japón, el sudeste asiático, las Molucas, Filipinas y el Pacífico. *Viaje de las Indias Occidentales y Orientales* (1606), de Miguel de Jaque de los Ríos, *Relacion del Reyno de Nippon* (1612), de Bernardino de Ávila Girón, o el *Tratado dos descobrimentos* (1563) de António Galvão,⁷ son acabados ejemplos. Estos textos tienen en común el no pertenecer al acervo cultural de los países de los que tratan, al contrario de lo que ha ocurrido con la literatura colonial latinoamericana, lo que explica el abandono intelectual en el que se encuentran y la misma inexistencia de la literatura iberoasiática –una literatura esencialmente colonial– como área de conocimiento.
- la literatura misionera: descartando las esperables doctrinas cristianas, novenas, misales y libros de devoción –aunque son muy importantes para realizar un seguimiento de la historia de la imprenta en estos territorios–, esta área de conocimiento engloba todos aquellos textos que dan cuenta del encuentro entre misioneros europeos, fundamentalmente portugueses y españoles, y pueblos y naciones del sudeste asiático. Aquí estarían incluidas las cartas de San Francisco Xavier (1549–1551), la monumental *Historia de Japao* (1597), del jesuita portugués Luis Frois, o la *Relación verdadera de las cosas de Taibin* (1575), del agustino Martín de Rada.⁸

- la literatura de viajes del Renacimiento y el Barroco: el *Viaje a las Islas del Poniente* (1542) de García de Escalante Alvarado, *Andanzas Asiáticas* (1640), escrito en español por el flamenco Jacques de Coutre, o la interesantísima *Breve y Verdadera Relación de los Sucesos del Reino de Camboya* (1604), de Gabriel de San Antonio.⁹

Por último, el elemento asiático hace acto de presencia en la literatura hispanofilipina desde el momento en que se imprimen los primeros libros en el paríán de Manila, esto es, Binondo: el barrio donde vivían los sangleyes (comerciantes chinos) dedicados a la manufactura y al comercio, especialmente a través del galeón de Acapulco. Los dominicos procedieron inmediatamente a evangelizar a esta población con el objetivo subsiguiente de instalarse en China.

Lo hispanofilipino colonial designa, en definitiva, un modo cultural heterogéneo formado por el aporte hispánico, las culturas prehispánicas y otros grupos minoritarios como los mestizos o los sangleyes. Sus géneros, sus formas textuales, sus discursos y sus ideas beben de España y del resto de Europa, ya que siguen pautas estilísticas occidentales y del contexto imperial en que se producían, pero en el caso hispanofilipino, estamos ante un espacio cultural repleto de intersecciones. Debido a su singular devenir histórico y localización geográfica, la literatura hispanofilipina constituye un campo privilegiado para el estudio y la comparación del desarrollo de las literaturas en contextos coloniales. El corpus de textos que constituye la literatura hispanofilipina colonial había sido abordado tradicionalmente por historiadores y bibliógrafos (Mojarro 2018a). Solo recientemente ha recibido atención más sistemática, entendida por fin como un conjunto de producciones culturales originales, y se han tratado de recuperar algunos de sus textos más descollantes (Mojarro 2021a, 134–135).

Notas

- 1 Este texto es resumen y actualización de un subcapítulo de mi tesis doctoral (Mojarro 2016a).
- 2 La crítica a esta concepción tradicional de “literatura nacional” es muy frecuente, sobre todo, entre los comparatistas. Una reflexión iluminadora al respecto en Lambert (2006).
- 3 Un caso paradigmático es la fabulosa *Peregrinação* (1614) de Fernao Mendes Pinto (1514? –1583). Lo luso-asiático es un concepto que se suele utilizar para todo aquello que tiene que ver con la sociedad criolla en Asia, especialmente en Macao.
- 4 La interesante propuesta del profesor Valdés supone, en cierto modo, una vuelta a una concepción de la historia literaria alejada de la crítica textual y preocupada por la contextualización sociohistórica y las condiciones externas que permiten la aparición de obras literarias (Valdés y Kadir 2004).
- 5 Hayden White afirma una y otra vez que el componente ficcional de las historias no las hace menos verdaderas o válidas, sino que es imprescindible para su función cultural: la construcción de una determinada imagen del pasado.

- 6 “Il viaggio fatti per gli Spagnuoli intorno al Mondo è una delle più grandi e maravigliose cose che si siano intese a tempi nostri: e ancor che in molte cose noi superiamo gli antichi, pur chesta passa di gran lunga a tutte l’altre infino à questo tempo ritrovate”, afirma el compilador de viaje veneciano Ramusio al introducir los textos que tratan de la primera circunnavegación del mundo (1563, 347a).
- 7 Ediciones modernas: Jaque de los Ríos (2008); Ávila (2020); Galvão (1989).
- 8 Ediciones modernas: Frois (1976–84); Folch (2022).
- 9 Ediciones modernas: García de Escalante (1999); Coutre (1991); Ferrando (1988).

1

LITERATURA HISPANOFILIPINA COLONIAL

El siglo XVI

Jorge Mojarro

Relaciones de viaje a Filipinas

Toda literatura colonial es inevitablemente, en sus inicios, literatura de viajes. Los relatos de navegación y de encuentros con culturas desconocidas hasta entonces plantean, desde el punto de vista literario, problemas de tipo formal y temático. Una premisa fundamental a la hora de abordar estos textos pasa por no obviar su carácter histórico y circunstancial: los diferentes diarios, informes, derrotas o cartas no estaban, en su inmensa mayoría, destinados a ser impresos para un gran público, sino que tenían el objetivo de presentar testimonios de sus experiencias a autoridades civiles y eclesiásticas. Se trata, pues, de escrituras motivadas coyunturalmente: quieren dejar constancia de unos hechos extraordinarios, y sus autores, conscientes de la importancia de las acciones en las que estaban tomando parte, trataron de darlas a conocer a destinatarios concretos, generalmente monarcas, mecenas, letrados, miembros del Consejo de Indias, comerciantes con intereses en la empresa o figuras de la alta jerarquía eclesiástica. Esta naturaleza circunstancial del relato de viajes a Indias también repercute decididamente en el modo en que ha llegado a transmitirse –los problemas de transmisión textual y la supervivencia del texto– y al género al que pertenecen. La consecuencia es la hibridez: la proliferación de textos con características esenciales atribuibles a varios géneros.

Los primeros textos referentes a Filipinas en la literatura occidental son fruto de la primera circunnavegación del planeta (1519–1522). La larguísima, accidentada e histórica travesía dio lugar a la producción de, al menos, dos textos destacados. El primero de ellos es *De Moluccis Insulis* (Colonia, 1523), relación latina del secretario del rey Carlos I, Maximiliano Transilvano, fruto de las entrevistas en Valladolid con algunos de los supervivientes. Escrita en

forma de epístola a una dignidad, este texto inaugura, a pesar de sus numerosas inexactitudes y su carácter propagandístico, una nueva epistemología de la geografía asiática en la que las informaciones de los viajeros se tienen por más fiables que los conocimientos transmitidos por los sabios de la antigüedad.

El segundo de ellos es, por méritos propios, un clásico de la literatura universal: la *Relación* de Antonio Pigafetta. Publicada por primera vez en una edición resumida en francés en fecha desconocida (entre 1526 y 1534), el texto cobró fama a partir de una inserción en la clásica colección de viajes de Ramusio (Venecia, 1550). Solo en 1801 se dio a conocer el manuscrito italiano más fiel al original de Pigafetta, hallado en la Biblioteca Ambrosiana, titulado curiosamente –y que traducimos como– *La navegación y descubrimiento de la India Superior*. La *Relación* de Pigafetta es una narración íntegra y sin divisiones que pretende dar respuesta a la mayoría de las preguntas que pudiera inquirir un lector de la época acerca de un viaje sin precedentes. Probablemente basado en el diario que entregó al rey en Valladolid tras la vuelta de la Victoria, su estructura externa es la de un largo palimpsesto formado por grandes focos de información que van apareciendo sucesivamente y sin transición: peripecias del viaje, datos de tipo comercial, referencias geográficas, descripciones de carácter antropológico, listas de vocabularios e historias fabulosas se apelmazan sin mayor argamasa que la continuidad cronológica del viaje. Destacan sus observaciones acerca de los indígenas de Filipinas, en las que se limita a describir sin emitir juicios morales.¹

Las siguientes tres expediciones transpacíficas –Loaysa (1525–1536), Saavedra (1527–1529) y Villalobos (1542–1546)– dieron lugar a una apreciable producción textual en la que el archipiélago filipino y sus pobladores aparecen con frecuencia. Las relaciones más destacadas de cada viaje son, respectivamente, *Relación del viaje de la Armada del Comendador García de Loaysa a las Islas de la Especiería o Molucas en 1525, y sucesos acaecidos en ella hasta el de 1536*, de Andrés de Urdaneta (Urdaneta 1978); *Relación de todo lo que descubrió y anduvo el capitán Alvaro de Saavedra...*, de Vicente de Nápoles (Nápoles 1866); y *Viaje a las Islas del Poniente*, de García de Escalante (García de Escalante 1999).²

Historiografía

Dentro de la historiografía indiana del siglo XVI –crónicas de vanagloria imperial–, la presencia de Filipinas y del sudeste asiático es ciertamente marginal debido a la atención que recibía América. Las primeras menciones a Filipinas pertenecen al capítulo séptimo de la quinta década de *De Orbo Novo* (Alcalá, 1530), de Pedro Mártir de Anglería: es una relación en forma de epístola entretenida y llena de lagunas. Francisco de Gómara desarrolla algunas noticias de Filipinas, a modo de excursión asiático, en su *Historia general de las Indias* (1552), en los capítulos XCI–CVII de la primera parte, ofreciendo, en lo que

se refiere a los avatares de los españoles en el Pacífico, una historia acabada y muy consistente desde el punto de vista literario: un relato trágico y sinuoso de supervivencia con final feliz.

De mucho más interés es el Libro XX de la *Historia general y natural de las Indias* (Valladolid, 1557), de Gonzalo de Fernández de Oviedo, dedicado a las expediciones de Magallanes y Loaysa. Este Libro XX, desigual, heterogéneo, repetitivo a veces y falto de informaciones en otras ocasiones, renuncia a ofrecer una versión sintética y cohesionada de la primera circunnavegación en aras de su búsqueda de la verdad, mientras que la narración de la expedición liderada por Loaysa contiene todas las virtudes y defectos de la relación original de Urdaneta. En Oviedo –como en Anglería o en Gómara–, la imagen que se ofrece de Filipinas todavía en el tercer cuarto del siglo XVI está marcada por la precariedad, tan borrosa como los mapamundis que, por entonces, trataban de ubicar y delinear el contorno a ese universo “archipelágico” cuya lejanía había acabado por preterirlo en el concurso de los conocimientos humanos y geográficos (Mojarro 2019a).

La más importante crónica de Filipinas en todo el siglo XVI continúa curiosamente inédita³ –su manuscrito se conserva en Lilly Library (Indiana)– y abarca los hechos de los españoles en Filipinas y el sudeste asiático desde la llegada de Legazpi hasta 1596 aproximadamente. Sin autor atribuido durante mucho tiempo, recientemente se ha confirmado que su autoría corresponde al contador Juan de Bustamante (Mojarro 2021b), aunque no es descartable que en su redacción colaboraran más personas. Se titula *De la historia de las Islas Philipinas* y fue redactada enteramente en Manila. Rasgos sobresalientes de esta crónica son los pasajes autobiográficos, la profusión detallada de noticias que, en otras fuentes, apenas son mencionadas y la abundancia de contenido de carácter etnográfico.

Las crónicas de conquista

Las crónicas de la conquista de Filipinas, iniciada en 1569, reflejan una suma de contradicciones, pues son el producto de una empresa exitosa, pero sin objetivo claro en sus inicios, y acusan así mismo una profesionalización en lo que se refiere a la escritura de relaciones, informes y cartas debido a la previa experiencia americana, así como una visión más bien derogatoria del indio filipino que solo irá menguando y transformándose a medida que las órdenes religiosas vayan acaparando poder en el archipiélago. La mayoría de estas relaciones surgieron en tiempos de los gobernadores López de Legazpi, Guido de Lavezaris, Gonzalo de Ronquillo, Francisco de Sande y Santiago de Vera; es decir, desde 1566 hasta 1590. De esta abundante producción, apenas estudiada, deben destacarse el breve impreso *Copia de vna carta venida de Sevilla a Miguel Salvador de Valencia* (Barcelona, 1566), la “Relación muy

singular y circunstanciada...” de Alonso de Arellano, la “Relación de los acontecimientos...” (mayo de 1565) y la “Relación muy circunstanciada...” (julio de 1567), atribuidas ambas a Legazpi, que conforman una narración continua de los avatares de la expedición; relatando los acontecimientos que ocupan el mismo arco temporal hasta la primera partida hacia Nueva España, se halla la cruda “Relación” (junio de 1567) de Esteban Rodríguez. La “Relación del viaje de Martín de Goiti” (mayo–junio de 1570), probablemente escrita por Hernando Riquel, aborda una campaña punitiva en Mindoro y la conquista de Manila, mientras que la “Relación anónima de la conquista de Luzón” (abril de 1572) narra los mismos sucesos desde otro punto de vista, actualizando los eventos últimos.⁴

Las más interesantes son las atribuidas a Legazpi. Desde el punto de vista formal, son los típicos informes funcionariales, escritos con detalle, pulcritud y aparente objetividad, que devienen en una animada narración de eventos azarosos con profusas digresiones. Son, por encima de todo, una apología del adelantado Legazpi, con la particularidad de que están escritas en tercera persona, hábil estrategia para dotar al texto de una mayor imparcialidad, a diferencia del relato en primera persona que solían presentar la mayoría de las relaciones de conquista. Se presenta al capitán general como un hombre con experiencia y gran capacidad de liderazgo, astuto, paciente y pragmático en el trato con los indios filipinos, cauto en la toma de decisiones, diligente en la obtención de informaciones, meticulosamente leal a las instrucciones reales, moderado en lo que concierne al uso de la violencia, a la vez que benigno y generoso con sus enemigos (Mojarro 2016a, 297–346).

Las primeras etnografías de Filipinas

Aunque gran parte de la literatura de este periodo contiene en mayor o menor medida información de tipo etnográfico, incluimos en este marbete textos cuyo objetivo declarado era acumular y organizar todo el conocimiento disponible acerca de los diversos pueblos que habitaban en el archipiélago. Curiosamente, a diferencia de lo que ocurrió en América y en otras regiones de Asia, los primeros textos dedicados al estudio de la cultura filipina no vinieron por iniciativa propia de los misioneros. Deben incluirse aquí la “Relación de las Islas del Poniente” (1570) de Juan de la Isla, el *Tratado de las Islas Filipinas* (1582) de Miguel de Luarca, los tratados del franciscano Juan de Plasencia y el denominado *Boxer Codex* (1592?), que destaca por encima del resto.

Así, el capitán Juan de la Isla describe a los isleños en términos negativos con el objetivo de desviar la atención imperial a China (Isla 1887); el hacendero Miguel de Luarca redacta un *Tratado* de gran valor remarcando la organización social, las creencias, las leyendas y las leyes de los bisayas (Luarca 2010); fray Juan de Plasencia redacta sendos informes acerca de las normas y costumbres

por las que se regían los tagalos y los pampangos, con el objetivo de ayudar al buen gobierno. Por último, el *Boxer Codex* es un texto sobresaliente tanto por su contenido –una enciclopedia de los pueblos del sudeste asiático a fines del siglo XVI, con especial énfasis en los grupos étnicos de Luzón y Bisayas– como por la belleza de las ilustraciones, obra de un artista chino del Parián (Mojarro 2016a, 347–394).

La defensa del indio

Del mismo modo que en América, la lucha por los derechos de los indígenas fue liderada por Bartolomé de las Casas, quien, impactado por el sermón de Antonio de Montesinos (1511), desarrolló conceptos de jurisprudencia delineados por el jurista Francisco de Vitoria en Salamanca. La conquista de Filipinas fue el terreno donde se libró una continuación de esta lucha por la justicia, inicialmente liderada por los agustinos que acompañaron a Legazpi en su primera expedición. Así, Martín de Rada fue capaz de escribir en una carta de 1570:

Para conquistar esta tierra no son menester soldados, porque ellos no miran por el bien de la tierra, sino cómo ynchir de presto para boluere a su tierra, y como no se puede cumplir su deseo destruyen y abrasan la tierra, mas avían de enviarse pobladores que pretendiesen permanecer en ella. (Rodríguez 1978, 25)

Los agustinos en numerosas cartas pusieron en duda la legalidad de la presencia ibérica en Filipinas y denunciaron los malos tratos y abusos que sufrieron los indígenas a manos de los soldados. Alegaban, además, que el único motivo posible para iniciar una guerra era haber recibido injuria, algo que no podía ser de aplicación a Filipinas.

A partir de este discurso utópico lascasiano, que defendía la catequización de los indígenas sin intervención de la violencia, tan solo atrayéndolos libremente a través de la predicación, las órdenes religiosas lograron obtener una gran cuota de poder en el archipiélago. Estas reivindicaciones de los misioneros cristalizaron en el Sínodo de Manila de 1582, liderado por el primer arzobispo Domingo de Salazar, que incluían normas para el buen trato de los indios y una evangelización cristiana que incumbían al poder civil. Años después, en la plena expansión de los primeros años misioneros, Miguel de Benavides redactó su *Ynstrucción para el gobierno de Filipinas* (hacia 1595), probablemente la obra de mayor entidad que se redactara en torno al tema del buen gobierno y los derechos de los indígenas en el archipiélago durante el siglo XVI (Mojarro 2018b). Esta cruzada por los derechos de los nativos del archipiélago fue liderada por los frailes dominicos hasta bien entrado el siglo XVII.

Notas

- 1 Un volumen asequible con las fuentes de este viaje, incluidas las mencionadas, es Hidalgo Nuchera (1995).
- 2 Se estudia pormenorizadamente esta literatura en Mojarro 2016a, 143–262.
- 3 Aunque Clive Griffin y John Crossley llevan más de una década preparando una edición bilingüe.
- 4 La mayoría de estas relaciones se encuentran recopiladas en Hidalgo Nuchera (1995).

2

LA CULTURA DE LA LETRA IMPRESA EN MANILA (1604–1810)

Jorge Mojarro

Introducción

La llegada de la imprenta de tipos europea en el año 1604 (Mojarro 2020a) significó el arraigo definitivo de nuevos usos de la escritura y la lectura, usos que se han venido desarrollando y multiplicando desde entonces hasta hoy. Los orígenes de la escritura en Filipinas se remontan, sin embargo, a tiempos anteriores: los habitantes del archipiélago poseían un alfabeto propio, el *baybayin*, que se escribía en madera y en hojas, por lo que tenía una naturaleza perecedera (Potet 2018). A partir de la introducción de la tinta y el papel, las funciones de la escritura y la lectura en la sociedad indígena sufrieron un cambio radical. La firma de documentos, acuerdos y contratos, muchos de ellos llevados a cabo también en el *baybayin* nativo, se entendieron como producciones materiales de autoridad y durabilidad en las relaciones sociales: lo escrito no solo transmitía información, sino que venía revestido de valor y de autoridad.

La implantación del libro en Filipinas, producido localmente, vino a institucionalizar el poder de lo escrito –esta vez, en su forma impresa– y a ampliar sus usos, en un régimen de servicio a los intereses de las órdenes religiosas, quienes siempre regentaron las imprentas hasta la segunda década del siglo XIX; esto es, la función evangelizadora y catequética, el aprendizaje y el estudio de las lenguas locales, el fomento de las devociones o la preservación de hechos memorables de los misioneros, la divulgación de bandos, decretos y noticias particulares; la perpetuación en la memoria de eventos y celebraciones de carácter civil o religioso, el entretenimiento edificante, etc. También supuso, dentro de los límites del contexto de los territorios de ultramar de la Monarquía Hispánica, la creación de un particular sistema literario con unos géneros relativamente bien definidos y recurrentes, y centrado casi exclusivamente en la ciudad de Manila.

Los primeros libros

Los tres primeros libros que se imprimieron en Manila debieron elaborarse en el paríán de los sangleyes, pues fueron impresos xilográficos. Vieron la luz todos en torno a 1593 y sus títulos son *Doctrina Christiana en lengua española y tagala* (Wolf 2nd, 1947), *Doctrina Christiana en letra y lengua china* (Gayo Aragón y Domínguez 1951) y el denominado *Shih Lu* o *Apología de la verdadera religión*, este último del dominico fray Juan Cobo (1986). La primera de estas doctrinas fue, en gran parte, trabajo del franciscano fray Juan de Plasencia y tiene la particularidad de que su contenido está redactado en español, en tagalo usando el alfabeto *baybayin* y en tagalo transcrito en alfabeto romano. Es muy probable que esta obra haya contribuido inadvertidamente a fijar tanto la caligrafía del alfabeto nativo como del tagalo. La segunda obra está redactada enteramente en chino y estaba destinada a ser usada en la evangelización de la populosa comunidad china de Manila. Ambas obras constan del mismo contenido, típico de las doctrinas en la América hispana: el padrenuestro, el avemaría, el credo, la Salve Regina, los artículos de la fe, los mandamientos de la ley de Dios, los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, los sacramentos, los pecados mortales, las obras de misericordia, la confesión y las preguntas. La doctrina china, obra de los padres dominicos que trabajaban en el paríán, contiene adicionalmente una explicación de los misterios del rosario, obra de fray Domingo de Nieva. La tercera de estas obras, escrita en chino clásico y a modo de un diálogo irregular entre un padre y su discípulo, está dividida en nueve capítulos: los tres primeros tratan discusiones teológicas, mientras que el resto explica conceptos de cosmografía occidental, geografía e historia natural. Esto lo convierte en el primer libro que trata de introducir la ciencia europea en el mundo chino. Tomando como modelo la *Introducción al símbolo de la fe* (1584) de fray Luis de Granada, obra con la que guarda evidentes paralelismos temáticos y argumentativos, trata de demostrar la existencia de Dios a través de la observación de la naturaleza; es la creación divina la que demuestra la sabiduría y perfección de Dios.

Juan Cobo fue además el traductor al español de *Beng Sim Po Cam* (“Espejo rico del claro corazón”), que se conserva en un manuscrito redactado entre julio de 1589 y junio de 1590. Se trata de la primera traducción a una lengua europea de un texto chino: una colección de sentencias y diálogos sapienciales de contenido moral extraídas de filósofos chinos (Cobo 2005).

Imprenta y producción literaria hasta 1768

La primera imprenta de tipos europea se construyó en Filipinas bajo la iniciativa del dominico Fr. Francisco Blancas de San José. Los regentes de las imprentas fueron casi siempre filipinos, así como los artistas y grabadores. Algunos de ellos, como Francisco Suárez y Nicolás de la Cruz Bagay, produjeron obras

verdaderamente admirables, como la conocida *Carta Hydrographica y Chorographica de las Yslas Filipinas* (1734) de Murillo Velarde.

Los primeros libros tuvieron un marcado carácter religioso e instrumental. De 1604 son *Ordinationes Generales*, de Fr. Juan de Castro, y *Libro de las Quatro Postrimerías*, del padre Blancas de San José. En 1610, vieron la luz *Arte de la Lengua Tagala*, del mismo padre, y la primera *Doctrina Christiana Breve* en bisaya, del jesuita Fr. Cristóbal Jiménez. Con el pasar de los años, la tipología de impresos se fue expandiendo y alcanzó un periodo de esplendor durante la primera mitad del siglo XVIII, cuando en Manila llegaron a funcionar tres imprentas: la dominica, la jesuita y la franciscana (Retana 1911).

No se puede hablar para este periodo en Manila de la existencia de un sistema literario en su sentido moderno, pues el mercado local era limitado – la mayoría de los libros en español o latín se exportaban, y se hacían tiradas relativamente cortas– y no se tiene constancia de que hubiera librerías hasta principios del siglo XIX, crítica literaria o círculos literarios, o ni tan siquiera certámenes literarios hasta la segunda mitad del siglo XVIII –los organizados por la Universidad de Santo Tomás–. Lo que existió en Manila fue un sistema de producción de textos de tipología muy variada: sermones, diccionarios, gramáticas, bandos, manuales para frailes, novenarios, devociones y doctrinas – en diferentes lenguas locales–, informes, hojas de servicio, escritos polémicos, sentencias jurídicas, hagiografías, etc. Ya en el siglo XVIII vieron la luz obras de otro tipo, como el manual de medicina *Remedios fáciles para diferentes enfermedades* (Manila, 1712), del jesuita Pablo Clain, o el bellamente impreso manual para pilotos *Navegación Especulativa* (Sampáloc, 1734), de José González Cabrera Bueno.

Dada la prohibición para publicar obras de ficción en Indias, a excepción de las narraciones edificantes, las prácticas estrictamente literarias se centraron en torno a la fiesta tanto religiosa como civil, y en géneros en los que más modernamente identificamos valores indudablemente literarios, como la crónica, la poesía festiva o la relación de sucesos.

Los primeros libros con cualidades narrativas publicados en las prensas manileñas fueron las relaciones de martirios en Japón, una interesante literatura que se leía ávidamente en México y Europa, donde se hicieron numerosas reediciones y traducciones. Estos impresos poseían un doble interés: por una parte, narraban las persecuciones y los heroicos suplicios a los que eran sometidos los frailes en Japón, a veces con abundancia de detalles truculentos que excitaban la imaginación de los lectores; por otra parte, describían el territorio y las costumbres de un pueblo altamente sofisticado y muy alejado del que se deseaban obtener noticias curiosas. El objetivo de estas narraciones era ensalzar la labor misionera de las órdenes, hacer saber a la Santa Sede los pormenores de sus acciones en tierras lejanas y animar al reclutamiento de nuevos misioneros dispuestos a entregarse a una vida de aventura y santidad.

La publicación de las relaciones de martirios se detuvo temporalmente en 1641, seis años después de que se ejecutara el edicto de Sakoku, por el que Japón quedaba voluntariamente aislado del exterior y prohibía la entrada de cualquier extranjero, pero volvieron a tomar un breve impulso en la segunda mitad del siglo XVIII, con los nuevos casos en China y Tonkín.

La primera de estas obras impresas en Filipinas fue *Relación de el martyrio de el S. F. Hernando de S. Ioseph en Iapon, y del santo F. Nicolas Melo en Mosconia...* (Bacolor, 1618), del agustino Fr. Hernando Becerra, y le siguieron muchas, entre las que cabe destacar la del franciscano Fr. Diego de San Francisco: *Relación verdadera, y breve, de la persecución, y Martyrios, que padecieron por la confession de nuestra sancta Fee catholica en Japon quinze Religiosos de la Provincia de S. Gregorio de las Islas Philipinas* (1625), un verdadero superventas del que se hicieron numerosas reediciones (Sánchez Fuertes 2014). Incluso Lope de Vega llegó a hacerse eco de los martirios de Japón en su *Triunfo de la Fee en los Reynos del Japón* (1618).

De entre las que se imprimieron en Manila durante el siglo XVIII, alcanzó especial popularidad *La Christiandad de Fogan* (1748), escrita desde la prisión por el dominico Francisco Serrano, quien describe en primera persona las torturas y martirios de sus compañeros de misión en Fujian (China). Un apéndice a esta obra fue publicado por Francisco Pallas, relatando el martirio del propio Francisco Serrano y ya la obra conjunta se publicó en 1749, incluyendo curiosas estampas que ilustraban la ejecución del padre Pedro Sanz. La obra, que narra en una prosa llana y un realismo que no necesitaba adornos las rocambolescas aventuras, los suplicios y las decapitaciones de los mártires dominicos, se convirtió en un éxito editorial de la época, reimpressa durante los años siguientes en Sevilla, Barcelona y Valencia, y se tradujo también al italiano.

Las fiestas que celebraban el nacimiento, las bodas, el fallecimiento o la entronización de un rey, la llegada de un nuevo papa, la inauguración de una nueva iglesia o la beatificación de religiosos ilustres, daban lugar con frecuencia a la publicación de volúmenes conmemorativos que incluían sermones, una crónica de los eventos, poesías –muchas de ellas habían sido declamadas, otras formaban parte del arte efímero con que se decoraban las calles– y obras de teatro. El más temprano ejemplo de este tipo de libro misceláneo –el libro de fiestas– es el manuscrito *Relación verdadera de las exequias funerales que la ynsigne ciudad de Manila celebró a la muerte de la magestad del Rey Felipe Terçero y reales fiestas que se hicieron a la felice sucesión de su único heredero y señor nuestro Felipe 4^o* (1625), obra del soldado Diego de Rueda y Mendoza (Martínez 2017a y 2017b). En el siglo XVII, encontramos dos obras remarcables: *Cenotaphio Real de la Catholica Magestad Philippo Quarto* (Manila, 1668), obra del cura Francisco Deza que relata el aparato fúnebre que se celebró en Manila con motivo del fallecimiento del monarca y que incluye poemas en español y latín con acrósticos y juegos visuales. La

otra es, sin duda, *Sagrada fiesta tres vezes grande...* (Manila, 1677), en la que aparecen impresas las cinco primeras obras de teatro hispanofilipino, escritas por un fraile dominico anónimo –muy probablemente Fr. Baltasar de Santa Cruz–: las comedias “Las virtudes de la rosa”, “Los albores de la rosa”, “El gobierno milagroso del santo Pío Quinto, Pontífice Máximo”, además del “Entremés del envidioso” y el “Sarao agitanado entre ocho hombres y mujeres”.¹

Para el siglo XVIII se computan al menos diecisiete libros de fiesta –dos de ellos impresos en México (Mojarro 2020b, 443–444)–. De entre estos, vale la pena mencionar *Sermones, Certamen, y Relación de la Fiesta, con que solemnizó el Máximo Colegio de la Compañía de Jesús de Manila la Canonización de los dos Nuevos Astros de la Iglesia, S. Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga* (Manila, 1729), obra con la que se estrena el erudito y prolífico Pedro Murillo Velarde. Se incluyen de este jesuita una excelente crónica de las fiestas en octavas reales y una breve obra de teatro: “No hay competencia en el cielo”. *Llanto de los Astros en el ocaso del sol nuestro Santísimo Padre Benedicto XIII* (Manila, 1733): es un título muy estimable por sus juegos barrocos (Mojarro 2020c, 284).

La primera crónica impresa no religiosa acerca de Filipinas fue *Sucesos de las Islas Filipinas* (México, 1609), de Antonio de Morga, que narra los hechos más destacados de cada gobernador y cuyo capítulo octavo es de especial interés por el detalle con el que describe las islas y a sus habitantes. Sin embargo, la inmensa mayoría de las crónicas filipinas fueron de carácter eclesiástico. Las órdenes religiosas que trabajaron en Filipinas contemplaban en sus estatutos la redacción de crónicas que perpetuaran las acciones de la orden en las provincias donde hacían misión, anunciaran al público letrado y a las jerarquías eclesiásticas en España y Roma los avances realizados en la propagación de la fe y ensalzaran la labor de los miembros más preclaros de cada corporación. El cargo de cronista era, pues, una responsabilidad para la que se designaba generalmente al miembro de la orden con más aptitudes para el estudio y la escritura. El resultado de su trabajo era una obra que debía poseer los rasgos de un monumento legado a la posteridad: una organización rigurosa (generalmente las crónicas se dividían en periodos cronológicos y regiones geográficas), un estilo elevado y alejado de toda vulgaridad, una profusión de referencias cultas –generalmente extraídas de la Biblia como referente de comparación, aunque también autores clásicos– y una cuidada selección y elaboración del material narrativo (Mojarro 2014, 102–103). Los cronistas insistían con frecuencia en la verosimilitud de lo narrado citando extensamente documentos originales y, siempre que podían, testigos oculares.

El jesuita Pedro Chirino publicó su *Relación de las Islas Filipinas* en Roma en 1604, obra que siguió escribiendo hasta su fallecimiento en 1636 y de la que se nutrió abundantemente Francisco Colín para la primera historia oficial de los jesuitas en Filipinas: *Labor Evangélica* (Madrid, 1663).² La segunda y

última crónica jesuita de Filipinas fue la de Pedro Murillo Velarde: *Historia de la Provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús* (Manila, 1749). Los más perseverantes en historiar los hechos de su provincia religiosa fueron los padres dominicos, quienes llegaron a publicar cuatro tomos: Diego Aduarte (1640), Baltasar de Santa Cruz (1693), Vicente de Salazar (1742) y Domingo Collantes (1783).³ Los agustinos, por su parte, contaron con un gran historiador, Gaspar de San Agustín –polígrafo erudito que tocó todos los géneros–, quien publicó *Conquistas de las Islas Filipinas* (Madrid, 1698). La continuación de esta obra se publicó en 1890 en Valladolid, pero erróneamente atribuida a Casimiro Díaz. Los franciscanos publicaron entre 1738 y 1744 en tres volúmenes una obra de carácter enciclopédico: *Chronicas de la Apostólica Provincia de San Gregorio...* De especial interés es el primer volumen, donde su autor, Juan Francisco de San Antonio, provee abundante información acerca de la historia natural y la etnografía del archipiélago. Los recoletos decidieron no llevar a cabo crónicas separadas de sus provincias religiosas, sino integrarlas en una historia general de los recoletos.

Las relaciones de sucesos fueron el género histórico-literario más publicado en Filipinas durante dos siglos. Constituyeron un plausible precedente del moderno periodismo y se publicaban normalmente en forma de panfleto con motivo de un evento excepcional o positivo que valía la pena dar a conocer al mundo. El número de ejemplares impresos en cada tirada debió variar bastante (entre los 200 y los 1.500); el hecho de que varios de ellos llegaran a reimprimirse en México y España, y se tradujeran, indica que gozaron de cierta popularidad y que existía un público lector ansioso por obtener noticias de aquello que acontecía en lejanas tierras. La naturaleza efímera de su publicación –eran productos de rápido consumo– y lo endeble de su impresión material –algunas constaban tan solo de dos hojas a doble cara– explica que nos hayan llegado escasos ejemplares. Los temas más frecuentemente tratados fueron las guerras contra los holandeses, los sucesos milagrosos, la piratería mora, catástrofes naturales y noticias del éxito de las misiones. Algunas de las primeras fueron la *Relación del Estado de la Fe...* (Valencia, 1601; Mojarro 2016b), y la *Relación del levantamiento de los sangleyes...* (Sevilla, 1606), que narra una de las muchas revueltas protagonizadas por los chinos del parián. A esta siguieron un gran número, algunas de ellas muy curiosas, como la *Relación verdadera de gran admiración y espanto...* (Lisboa, 1623), sobre un eclipse ocurrido en Manila en 1622, o *Suceso raro de tres volcanes...* (Manila, 1641), sobre un evento geológico que fue interpretado en términos bíblicos. En el siglo XVIII, se publicaron una veintena de relaciones de sucesos de tema filipino. De especial interés son aquellos relativos a los avances de las misiones franciscanas en Sierra Madre, y las misiones dominicas y agustinas en Cordillera (Mojarro 2018c). Muy curiosa es la *Relación de la entrada del Sultán de Joló Mahamad Alimuddin en esta ciudad de Manila* (Manila, 1750), de Juan de Arechederra.⁴

Algunas obras de importancia

Existen otras obras destacadas que merecen mencionarse y que no pertenecen a los géneros literarios anteriormente mencionados:

Barlaam y Josafat

Entre los muchos dominicos que se dedicaron al cultivo de las letras, se destaca la figura de Baltasar de Santa Cruz (1627–1699), quien escribió la primera novela publicada en tierras filipinas: *Verdad nada amarga: Hermosa bondad: honesta, útil, y deleitable, grata, y moral historia de la rara vida de los Sanctos Barlaam, y Iosaphat...* (1692).⁵ Se trata de una traducción del griego de la obra atribuida a Juan Damasceno (675–749), una reformulación cristianizada de la leyenda india de los santos Barlaam y Josafat que sigue la estructura narrativa oriental de los *exempla* con moralejas: “por medio de fábulas y paradojas, se haze la forzossa al gusto más forastero de este género de lecciones”, se nos informa en la nota introductoria.⁶ La novela constituye un nivel más en la sofisticación de los modos a través de los cuales se hizo llegar la fe cristiana a la población del archipiélago. *Barlaam y Josafat* es comparable a otras novelas edificantes publicadas en América como *Los sirgueros de la virgen* (1620), del novohispano Francisco Bramón. La traducción de Baltasar de Santa Cruz posee valor narrativo, está aligerada de sintaxis barroca y posee un argumento muy cohesionado.

Disertación histórico-política

El franciscano José Torrubia (1698–1761) fue misionero en Filipinas entre 1721 y 1733, aunque estuvo más dedicado a los estudios de paleontología y a la erudición que a las tareas propiamente evangelizadoras, algo que creó animadversión en sus compañeros de orden.⁷ Publicó en Madrid en 1736 una *Disertación Histórico-Política, en que se trata de la extensión del Mahometismo en las Islas Philipinas...* La obra en cuestión es un diálogo ininterrumpido entre dos amigos, un cortesano y un filipino, que llevan a cabo un recorrido cronológico de la piratería mora desde sus orígenes, con un recuento de los muchos estragos que los musulmanes de Mindanao y Joló habían causado en las islas pobladas por cristianos en busca de esclavos para su comercio, así como una propuesta final para remediar este problema. El estilo es didáctico y expositivo: su objetivo es informar a los españoles peninsulares de la gravedad de cuanto está aconteciendo en las islas y convencer al gobierno de la conveniencia de ejecutar sus proposiciones. Al lector se le ofrece una narración coherente en la que aparecen tres colectivos: el gobierno civil (gobernadores, capitanes y soldados), indígenas filipinos cristianizados protegidos por misioneros y musulmanes del sur. Torrubia plantea que la conquista material y espiritual

de las Filipinas se encuentra a punto de fracasar debido a los persistentes ataques de los musulmanes, para cuya contención propone la rehabilitación con fuerzas militares del Fuerte del Pilar en Zamboanga. La obra despertó interés en España y mereció una segunda edición en 1753.⁸

El serafín custodio

El mismo año vio la luz en la imprenta franciscana de Sampaloc el primer superventas de la literatura hispanofilipina –se reeditó en 1785 y en 1854– y constituye probablemente la narración original más destacada. Escrita por un oscuro misionero franciscano de quien no se conoce otra obra escrita, Miguel de San Bernardo (1698–1770), *El Serafín Custodio* (1740) narra con abundantes detalles dos acontecimientos históricos en los que el patrón de Manila, San Francisco, ofreció protección a la ciudad y la salvó del desastre. Aunque el propósito propagandístico es perceptible en la obra desde su mismo título, las narraciones muestran el talento del autor cuando se trata de construir argumentos basados en hechos históricos que sirven de marco a los milagros. El estilo, afectado en ocasiones por cierta profusión verbal barroca, es bastante directo, especialmente a partir del capítulo segundo; los personajes adquieren cierto relieve, sobre todo desde el punto de vista moral, y los acontecimientos se van desarrollando imaginativamente y con ritmo, manteniendo la atención del lector, sin apenas digresiones que entorpezcan la lectura. *El Serafín Custodio* es algo más que una curiosidad literaria: merece por sus cualidades un rescate editorial.

Academia Devota

La colección poética *Academia Devota* (1740)⁹ está dividida en dos partes. La primera, firmada por un funcionario de Nueva España llamado Pedro Núñez de Villavicencio, es la narración en verso, a modo de palimpsesto en el que se mezclan las más dispares formas métricas, de la vida de San Pedro de Verona desde su nacimiento hasta su muerte en catorce capítulos, con inclusión de bulas pontificias en prosa y relaciones de sus muchos milagros; la segunda tiene como autor a su sobrino Nuño Núñez de Villavicencio, sargento residente en Manila, y es una imaginativa traducción en verso de un impreso en toscano que trata de la traslación del cuerpo del santo. Afirmar Retana que este volumen “constituye la obra poética más variada que se ha publicado en Filipinas” (Retana 1906, 303), y no cabe duda de que es así: la colección incluye redondillas, sonetos, octavas, décimas, coplas, liras, endechas, romances, etc., con numerosos acrósticos, juegos y anagramas. Los poemas, escritos al estilo barroco, parecen agavillados en lo que resulta una pura demostración del ingenio poético de sus autores, hasta tal punto que el tema religioso parece a veces una simple excusa para ejecutar dificultades poéticas (Hill 2018).

Dentro de la tratadística, mucha de ella encaminada a la denuncia de las fallas y el mejoramiento del archipiélago, deben mencionarse el *Discurso Parenético* (1659) de Salvador Gómez de Espinosa, los estudios histórico-políticos del padre Francisco Combés –casi todos aún inéditos–, y un perspicaz tratado titulado *Demostración del mísero, deplorable estado de las Islas Filipinas...* (1765), obra de un ilustrado fiscal de la Audiencia de Manila: Francisco Leandro de Viana. Esta obra debiera leerse en compañía con otra de un tenor sorprendentemente similar publicada algunos años después: *Remedio político y civil para corregir los defectos de una república...* (Sampáloc, 1779), del juriconsulto Manuel del Castillo y Negrete.

Autores nacidos en Filipinas hasta 1769

El primer autor filipino en español del que se tiene conocimiento es Francisco Bagonbanta, quien incluyó un romance con versos intercalados en tagalo y español conocido por su primera línea: “Salamat nang ualang hanga”, incluido en *Memorial de la Vida Christiana en Lengua Tagala* (Binondo, 1605), de Fr. Francisco Blancas de San José. El poema es un elogio del libro como instrumento a través del cual los filipinos podrán acceder al verdadero conocimiento: el que otorga la fe católica.

Aunque esté escrito en tagalo, debemos incluir un libro extraordinario: su *Librong Pagaaralan nag manga Tagalog nag uicang Castila* (Bataan, 1610), una gramática del español del impresor Tomás Pinpín, un hombre sin conocimientos de lingüística que fue capaz de estructurar de manera original el castellano para ayudar a sus paisanos.

El padre Andrés López, dominico, nacido en Manila de padres españoles, fue autor del *Sermón predicado en la yglesia de la Encarnación del Real campo de la Ciudad de Manila [...] en acción de gracias por la famosa victoria q se acababa de cōseguir cōtra el Rey de Joló y su cerro* (1638).

El padre mestizo Francisco Moreno es el autor de una interesante y poco leída *Historia de la Santa Iglesia Metropolitana de Filipinas* (1655), cuyo manuscrito se ha perdido y que se conoce a través de la edición manileña de 1877. Se trata del primer intento de hacer una historia de la iglesia secular en Filipinas.

El agustino Fr. Ignacio de Mercado, mestizo, es el autor de una interesante obra de botánica y medicina local titulada *Declaración de las Virtudes de los Árboles y Plantas que se encuentran en este libro* (1698). Se imprimió por primera vez en 1883 como apéndice al volumen IV de *Flora de Filipinas*, de Fr. Manuel Blanco, OP.

El primer autor filipino de teatro fue el agustino Fr. Nicolás de San Pedro. Publicó dos sermones (1704 y 1710), un poema en latín,¹⁰ dejó manuscrito un libro de poesía y su nombre aparece en las aprobaciones de dos libros importantes: la traducción al tagalo de *Barlaam and Josafat* (Manila,

1712) de Antonio de Borja, SJ, y el anteriormente mencionado *Remedios fáciles...* (Vela, 255–257). Incluyó un vejamen y dos loas en la obra en libro *Leales demostraciones*.¹¹ Desde un punto de vista literario, su virtuosidad técnica, su familiaridad con la literatura grecolatina, su conocimiento del latín y su hábil manejo de los trucos del género teatral, orientado a la suntuosidad y a la búsqueda del impacto en los espectadores, indican que Fr. San Pedro fue un cumplido dramaturgo en el paisaje colonial y quizás le animara competir con su prestigioso compañero de orden, Fr. Gaspar de San Agustín.

Martín José de Endaya y Rayo, cura proveniente de dos de las más prósperas familias de Manila, fue el autor más prolífico del siglo XVIII en Filipinas gracias a los ocho sermones que publicó entre 1733 y 1747.

Luis Beltrán Pegu, un líder isinay de Burubur (Nueva Vizcaya), escribió en Carranglán en 1756 una historia de aquel territorio en su lengua nativa. El original se ha perdido, pero un fragmento del mismo, que trata de la llegada del cristianismo, se tradujo al español y se incluyó en *Compendio Cronológico sobre el camino para Cagayán de por la provincia y misión de Ituy, su descubrimiento, entradas, y sucesos* (1790), del dominico Francisco Antolín. A pesar de su brevedad, es un texto de especial interés por haber sido escrito desde una perspectiva indígena (Fernández 1989).

Bartolomé Saguinsín (1694–1772), un cura de extraordinaria cultura originario de Antipolo, fue el autor del primer libro de poemas escrito por un filipino, y lo hizo en latín: *Epigrammata* (Sampáloc, 1766),¹² un elogio de la figura de Simón Anda y Salazar, quien organizó la resistencia en Bulacán durante la ocupación británica de Manila (octubre de 1762–mayo de 1764).

Periodo 1769–1811

Es este un poco conocido periodo de transición desde el punto de vista de la publicación de libros en Filipinas. Los jesuitas fueron expulsados en 1768 y su imprenta fue incautada por el arzobispo Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina. Sus numerosos sermones y cartas pastorales comenzaron a aparecer como impresos por el Seminario Conciliar. Así mismo, las imprentas dominica y franciscana comenzaron un periodo de paulatina decadencia. Solo sobrevivió la primera tras renovar sus tipos en la primera mitad del siglo XIX. Arribaron también a las islas las ideas liberales e ilustradas, muchas de ellas traídas por gobernadores generales como Basco y Vargas, a quien el criollo conservador Manuel de Zumalde dedicó un corrosivo diálogo: *La Bascoana* (1779).

Comienzan a aparecer autores locales con más frecuencia, casi siempre vinculados a la institución eclesiástica. Mariano Pilapil, más conocido por ser el editor de una popular *pasyon*, publica en 1796 una *Oración Panegírica*. Sin embargo, los dos autores locales más interesantes son el cura José Javier de Torres y el excéntrico Luis Rodríguez Varela. Del primero se publicó en 1795 una traducción de su defensa en latín para obtener su doctorado en cánones,

y en 1804 vio la luz su original, a fuer de prosaica, *Colección de cincuenta satyras instructivas para modelo de los que las quieran formar en beneficio de la humanidad y corrección de costumbres* (Manila, 1804). Es este título el primer libro de poesía hispanofilipina de autoría local. En cambio, Rodríguez Varela, quien se hacía llamar Conde Filipino, inició su carrera literaria con un largo poema incluido en un libro de fiestas de 1792 firmado por el dominico Manuel Barrios (Mojarro 2021c). De entre su prolífica obra, destaca su extraño poemario, entre patriótico y lúdico, *El Parnaso Filipino* (Sampáloc, 1809). El autor creyó conveniente publicar una segunda edición muy aumentada, con poemas en las más variadas formas estróficas y sorprendentes acrósticos, que vio la luz en la misma imprenta en 1814. En cualquier caso, y más allá de los méritos literarios que tuvieren, en estos dos autores comienza, aunque sea seminalmente, la literatura hispanofilipina con sabor local. Son obras que, a pesar de su rareza –apenas se conoce un ejemplar de cada título– no son del todo desconocidas y esperan una lectura atenta.

Por último, en este periodo vieron la luz dos obras históricas excepcionales. Del historiador recoleto Juan de la Concepción se publicó póstumamente en 14 volúmenes su *Historia General de Philipinas* (Manila-Sampáloc, 1788–1792), obra que, aunque escrita desde la perspectiva de un religioso, aborda fundamentalmente la historia civil del archipiélago. De especial interés es el prólogo del volumen, donde teoriza acerca de las tareas del historiador. El agustino Joaquín Martínez de Zúñiga publicó en 1804 una *Historia de las Islas Filipinas* (Sampáloc, 1803), en la que cada capítulo se dedica independientemente a un gobernador. Sus méritos le granjearon una traducción al inglés en 1814. Solo es de lamentar que ambas obras finalicen su recorrido antes de la ocupación británica de Manila.¹³

Notas

- 1 Esta obra está siendo estudiada y rescatada por Miguel Zugasti (2016, 2018 y 2020).
- 2 La editó modernamente Pablo Pastells con abundantísimas notas en tres volúmenes (Barcelona, 1900–1903).
- 3 Juan Peguero dejó inédito un *Compendio Historial* (1691) cuya primera parte se ha recuperado en los tres números de *Philippiniana Sacra* del año 2020.
- 4 La rescató Wenceslao E. Retana en el tomo primero de su *Archivo del Bibliófilo Filipino* (Madrid, 1895).
- 5 El título completo es *Verdad nada amarga: Hermosa bondad: honesta, útil, y deleitable, grata, y moral historia de la rara vida de los Sanctos Barlaan, y Iosaphat, según la escribió en su idioma griego el glorioso doctor, y Padre de la Iglesia S. Iuan Damasceno: y la pasó al Latino el Doctísimo Iacobo Biblio: de donde la expone en lengua Castellana a sus Regnicolas el mínimo de los Predicadores de la Provincia del Sancto Rosario de las Islas Philippinas Fr. Baltasar de Sancta Cruz Comisario del Sancto Officio de Manila. Con un corolario devoto de meditación y contem-plación de la Vía mas Sacra sobre siete estaciones de Corona, Llagas, y Sepulcro de nuestro Señor*

- Redemptor Iesu Christo*. Manila: Colegio de Sancto Thomás de Aquino, por el Capitán d. Gaspar de los Reyes, 1692.
- 6 *Ibíd.*, “Prólogo del traductor al lector”, s. p.
 - 7 Se le acusó de haber malgastado los fondos de la provincia en viajes para sus estudios. Se le considera el padre de la paleontología española por su *Aparato para la Historia Natural Española* (Madrid, 1754).
 - 8 Otra obra que vale la pena mencionar es el raro *Diálogo Mixti Fori* (Manila, 1734), una divertida sátira en forma de coloquio contra el *Papel...* (1734) de Isidoro de Arévalo, un panfleto acerca de las jurisdicciones de los frailes. La ha estudiado Hill (2021).
 - 9 El grueso de la edición fue enviado a México, donde se esperaba que se vendieran bien, pero acabó siendo un fracaso comercial. (Agradezco a Cayetano Sánchez, AFIO, esta información).
 - 10 Titulado *Epigramma* e incluido en Rayo Doria (1702).
 - 11 *Vexamen que se dio a la nobilissima ciudad de Manila en las fiestas reales que celebros en el cumplimiento de años de su Magestad y nacimiento de nuestro Príncipe, y Señor D. Luis Fernando, que Dios Guarde; Loa que se representó en el carro triunfal al natalicio de nuestro príncipe y Señor; Loa en obsequio y nacimiento de gracias por el cumplimiento de años de la Magestad.*
 - 12 También escribió obras en tagalo: *Doctrina cristiana y otros tratados en idioma Tagalog* (1762), manuscrito HC397/504 (Hispanic Society, Nueva York).
 - 13 Martínez de Zúñiga fue además autor del primer libro de viajes moderno en Filipinas: *Estadismo de las Islas Filipinas* (1803-1805). Solo vio la luz en 1893, rescatado por Retana.

3

LITERATURA COLONIAL TAGALA

Expropiación y reinención

John D. Blanco

Cualquier examen de la presencia y el papel de la cultura española en Filipinas, o partiendo de los epítetos de imitación y mimetismo o, más recientemente, los eufemismos de hibridez y sincretismo, también ha de tener en cuenta las connotaciones de palabras descriptivas como “tradición”, “influencia”, “desarrollo” y “herencia”, ya que estos procesos se desenvuelven dentro de un campo de reclamos en disputa, atravesando la historia y la política del colonialismo español, el imperialismo estadounidense y europeo, la descolonización y la independencia poscolonial de Filipinas como república nacional. Estos términos implican un sentido del linaje, estirpe, o crecimiento orgánico partiendo de una raíz. En el caso de literatura colonial, sin embargo, ¿cómo es que dependemos de esos mismos términos para identificar los parámetros y descriptores de una literatura filipina más allá de lo que podría llamarse una tradición exclusivamente española o estadounidense? ¿Se puede decir, por ejemplo, que el subcampo de la literatura hispanofilipina refleja una tradición explícitamente hispánica con la participación ocasional de algunos escritores filipinos en lengua castellana? ¿O es más bien una amalgama de tradiciones filipinas que desvelan préstamos ocasionales de recursos poéticos y genéricos, que son del origen español o europeo? ¿Hasta qué punto queda ignorado un análisis de la literatura en calidad de ser, no originalmente hispánica ni filipina, sino más bien incrustada en las transformaciones históricas de una conquista incompleta en el transcurso de tres siglos?

La polémica subyacente del estudio pionero de Bienvenido Lumbera *Tagalog Poetry 1570–1898: Tradition and Influences in its Development* consistió en presentar esta problemática a los lectores, dándonos a reflexionar sobre cómo estos descriptores –tradición, influencia, desarrollo– se habían utilizado históricamente para condicionar (si no evitar) el horizonte de posibilidades creativas para los filipinos y su conexión con el resto del mundo. El título del

libro refleja el esfuerzo del autor para reivindicar los mismos términos y su empleo para negar cualquier evidencia de agencia histórica entre los súbditos coloniales y poniendo en su lugar una historia en la que los filipinos de habla tagala son los productores centrales de una tradición literaria. Examinó los ejemplos de poesía tagala escrita, muchos de los cuales se encuentran en los diccionarios (vocabularios), manuales de instrucción (artes) y compendios lingüísticos. Eran los frailes los autores de estos manuales, y los publicaron con la intención de enseñar el idioma tagalo a sus compañeros de orden. Lumbera se esfuerza por subrayar cómo varios rasgos formales de la poesía tagala sobrevivieron el trauma colectivo de la transformación cultural, poniendo en manifiesto cómo se vieron modificados en su encuentro con los misioneros. Estos escribieron sermones y versos en tagalo, o reclutaron a escritores nativos competentes en castellano a fin de traducir imágenes e ideas cristianas de una manera persuasiva e inocua, si no discreta. Para el siglo XIX, según Lumbera, las diversas facetas tanto de la poesía popular oral como de la cultura del pueblo misionero se concretaron en la obra de Francisco Baltazar (también conocido por su apellido original, Balagtas), cuya poesía reflejaba la “formalización” estética de estos elementos (1986, 112–137).

La adhesión de Lumbera a una metodología de lectura minuciosa de la Nueva Crítica le permitió resaltar las superposiciones y yuxtaposiciones de formas poéticas en su proceso de transformación a lo largo de tres siglos, tal como aparecieron en manuales misioneros y publicaciones oficiales (es decir, sancionadas por la Iglesia). No debe sorprendernos que la mayor parte de esta literatura tuviera un propósito explícitamente teológico, pastoral/paralitúrgico o didáctico. Sin embargo, a partir de los límites impuestos sobre la producción de esta literatura, Lumbera construyó y sostuvo una polémica contra la noción de que la historia de la literatura filipina consistiera en la imitación de formas literarias importadas de España y Europa. Los elementos de esta polémica ofrecieron a los futuros estudiosos las herramientas para volver a analizar una tradición que, en su superficie, parece del origen español pero que, en un nivel más profundo, va reflejando los rasgos resistentes de la expresión nativa.

Tómese, como primer ejemplo, la cuarteta octosílaba o la quintilla, las cuales llegaron a asociarse con los géneros literarios del *korido* (a la manera del corrido mexicano o romance caballeresco) y la *pasyon* (a la manera de la Pasión española), respectivamente, durante el siglo XVIII. A pesar de su categorización en español, Lumbera demuestra el carácter prehispánico del verso octosílaba (y también el *tanaga* o heptasilábico), así como el carácter monorrimo de los poemas (llamados *dalit*) que se publicaron en la literatura misionera.¹ Lumbera también analiza la naturaleza de la metáfora nativa del tagalo, o *talinghaga*, para enseñar sus matices en comparación o contraste con la metáfora en general (1986, 12–14).² El análisis de estos aspectos de la poesía tagala prehispánica prepara al autor para subrayar un punto clave sobre la cristianización en función del instrumento de la conquista: que

la adopción de los géneros y las sensibilidades literarias españolas por los pueblos nativos fue precedida y dependiente de la apropiación previa por parte de los misioneros de las sensibilidades y formas poéticas nativas. Fueron estas las que se pusieron al servicio de la colonización para facilitar la conversión cristiana y estimular las disciplinas de la fe cristiana: la oración, confesión, catecismo, liturgia y servicio semiobligatorio e indefinido para la parroquia (*tanores*).

La identificación de una sensibilidad autóctona –la composición de canciones y poemas en torno al *talinghaga*, la persistencia del verso monorrimo, la cuarteta octosílaba– sirvió a Lumbera como punto de referencia para concretar las transformaciones de la poesía tagala y su redesplicue por parte de los misioneros españoles. También le facilitó al autor la exposición del carácter “colonial” de la literatura tagala bajo España (según los trabajos más recientes de Vicente Rafael y Virgilio Almario), y el enmarañamiento de la voz nativa con la evangelización. Se trataba de la expropiación de los hablantes orales (nativos) de su(s) lengua(s) y la refuncionalización y hasta *reinención* de estos idiomas bajo el patrocinio y posesión de la palabra escrita por las órdenes religiosas.³ El carácter explícito de esta expropiación y redesplicue se ilustra mejor en la cita de Lumbera del fraile dominico e historiador Fr. Juan López:

Y porque solían y suelen aquellos indios quando muchos a una hacían alguna cosa, como quando arrastrauan algún palo grande o piedra o remauan en sus embarcaciones, cantar canciones suzias ... (el misionero Francisco de San José) les compuso muchas coplas en su lengua... y las introdujeron entre ellos... con que les hicieron olvidar las antiguas que olían algo a su Gentilidad passada. (cit. Lumbera 1986, 35)

El editor (en el siglo XVIII) de *Meditaciones, cun manga mahal na pagninilay na sadia sa Santong pag Eexercicios* [Meditaciones, con apreciadas reflexiones intencionadas sobre los Ejercicios Sagrados] (orig. 1645) del P. Fr. Pedro de Herrera reitera el mismo sentimiento: “Sa cadolohan nitong Libro,y, nangararatig yaong manġa Dalit na quinatha din ng MRP Lector Fr. Pedro de Herrera, na sucát ipalit, at inhalili doon sa ibang manġa masasamang auit at manġa plosang nacapanlolomay sa inyo,t, nacalolompo nang tanang cagalingan nang inyong manġa loob.”⁴

El libro mencionado por el P. López, el *Memorial de la vida cristiana en lengua tagala* (1605) de Francisco Blancas de San José (OP), es significativo por dos motivos. Primero, representa el primer ensayo de un misionero español para explicar la doctrina cristiana (en este caso, los Diez Mandamientos) en una especie de verso libre tagalo; al hacerlo, San José origina lo que Lumbera llama “un nuevo tipo de poesía tagala... bastante diferente de las composiciones nativas en la tradición oral” (1986, 30). En

segundo lugar, San José solicitó dos contribuciones de escritores indígenas las cuales marcan la inceptión de una literatura intencionada tagala que fue escrita por tagalohablantes.⁵ El primer poema de un cierto Fernando Bagongbanta exhibe la fluidez bilingüe del escritor con la composición de un *dalit* que va entrelazando versos tagalos con su traducción en castellano. En cambio, el segundo poema nativo (y anónimo) se aprovecha de los principios compositivos de la expresión oral prehispánica para poner en escena los retos de un neófito en el mantenimiento y defensa de su fe.

En conjunto, estos tres escritores y sus respectivos trabajos van enmarcando las diversas direcciones de la expresión poética tagala bajo una “literatura de fe” (*panitikan ng pagsampalataya*), medio para enmascarar la conquista (Almario 1992, 43–58). A través de la expropiación del tagalo nativo como instrumento de colonización y conversión cristiana, el poema de Bagongbanta expresa la redirección de la poesía lejos del sentido estético del *talingbagá* y hacia una contemplación y aceptación más enigmática del misterio de la autoridad política y religiosa colonial, a partir del objeto Libro (que puede referirse a la Biblia, el *Memorial* de San José o los libros en general). En cambio, el poeta tagalo anónimo dramatiza la lucha por comprender el valor y significado de este Libro en los términos concretos y pragmáticos de la sociedad nativa (Almario 1992, 56).⁶ Ambas respuestas nativas al Libro, así como los propios ensayos de versificación de Fr. San José, presagian la constitución del sujeto colonial en torno a su inserción dentro de una jerarquía de intérpretes y transmisores de una autoridad central, por muy imaginaria y fantasmagórica que fuera esa autoridad en realidad.⁷

El rol de intermediario en estos escritores requeriría una mejor comprensión de la lengua castellana, y también competencia en el alfabeto romano y con los principios abreviados de la doctrina cristiana.⁸ En 1610, el impresor nativo tagalo Tomás Pinpin escribió y publicó un manual de instrucciones (en verso y prosa) para que los hablantes nativos de tagalo aprendieran castellano como parte de este proyecto más amplio [*Librong pagaaralan nang manga tagalo nang uicang Castilla*].⁹ Cabe señalar que, en oposición a las entusiastas autoevaluaciones de los esfuerzos misioneros para educar a la población nativa en gramática y alfabetización en castellano, la evidencia histórica sugiere que los miembros de las órdenes religiosas dudaron o se opusieron a enseñar el español, y fracasaron los repetidos esfuerzos de la Corona por disponer de una educación en español hasta el regreso de los jesuitas en 1859. El manual de instrucciones de Pinpin evidencia esta falta de educación, exhortando a que los hablantes nativos de tagalo se responsabilicen de su inserción dentro de la sociedad colonial. Su argumentación también subraya la aguda sensación de doble conciencia que afligió al pueblo conquistado, cuyas creencias religiosas fueron sumariamente

descartadas y calumniadas como viciosas o inspiradas por el diablo.¹⁰ Para Pinpin, el súbdito colonial se vio obligado a *españolizarse* sin tener acceso ni recursos para saber de qué se trataría:

Di baquin ang ibang manga caasalan at caanyoan nang manga Castila ay inyong guinalogdan at ginagad din ninyo sa pagdaramitan at sa nananandataman at paglacadman... Ay aba itopang isang asal macatotohanang sapanongosap nang canila ding uica ang di sucat ibigan camtan?... Caya nga ang iba, y, baquit na cacasti-castila nang pagdaramit na ualang di cacastila ang asal solual: bago con saca sila dologui,t, paquiusapan nang uicang castila ay totonog tongog na sa hahangal

[Sin duda te gustan e imitas las formas y la apariencia de los españoles en cuestiones de vestimenta y el porte de armas e incluso de andar... Sin embargo, [la competencia de español es] el último rasgo que reflejaría (tu capacidad) para hablar en su propio idioma mediante la conversación, ¿y ni siquiera quieres realizarlo? ... Además, ¿por qué imitar la vestimenta española, pero no el comportamiento español *en su totalidad* [*solual / sa luwal*]: y luego cuando te presentas ante otros que están conversando en castellano, sueñas verdaderamente estúpido]. (citado en Rafael 1988, 58; traducción del autor)

El prefacio de Pinpin destaca una paradoja poco estudiada en la política del lenguaje y la literatura durante el periodo colonial. Mientras los miembros de las órdenes religiosas se dedicaron a reformular (si no a censurar por completo) la poesía y expresión oral del tagalo nativo para mejor impartir la doctrina cristiana y realizar el proyecto de la aculturación, escritores como Pinpin expresaban la urgencia de *aprender* castellano para comprender mejor y tener acceso a la autoridad colonial. Los intereses yuxtapuestos de los misioneros y sus sujetos coloniales nos remiten a la amonestación de Damon Woods de que no se confunda la *cristianización* de Filipinas con el proyecto supuesto de *hispanización* (ver Woods 2011, 134–140).

Mientras escritores ladinos (esto es, nativos) como Tomás Pinpin experimentaban con el aprovechamiento de las tradiciones musicales y poéticas que precedieron a la llegada de los españoles, para familiarizarse mejor y participar más activamente en la lenta formación de una sociedad colonial, los misioneros continuaron aprehendiendo las características familiares de estas tradiciones nativas para producir una literatura colonial en tagalo.¹¹ Esta literatura introdujo las enseñanzas abreviadas de la teología y piedad cristiana bajo la impresión falsa de que estas ideas eran, a fin de cuentas, nativas. Ambos enfoques, sin embargo, se cruzaron en proyectar y promocionar la fluidez de traducción entre castellano y tagalo como un modelo y sinécdoque de una conquista idealizada.¹²

Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta apropiación al tagalo es *Meditaciones* de Fr. Pedro de Herrera, OSA (1645). El libro consta de 185 estrofas de verso *dalit*, divididas en cinco partes. Herrera se muestra experto en enmarcar muchos de sus versos en torno a la comprensión nativa de la metáfora (*talinbagá*), la cual había sido abandonada y censurada por otros misioneros en favor a la promoción de un didactismo más directo (Lumbera 1986, 36; Almario 1992, 108–132). A mediados del siglo XVII, la adopción de la forma *dalit* por parte de Herrera debió de parecer ya suficientemente natural para los súbditos coloniales. Al principio del siglo XIX, la cofradía espiritual encabezada por Apolinario de la Cruz (responsable de la rebelión en Tayabas en 1841), incluía un *dalit* de Herrera entre sus himnos [*Dalit sa Caluwalhatian sa Langit na Cararatnan ng mga Banal / Dalit sobre la gloria del cielo que vendrá sobre los justos*]. Reflexionando sobre la rápida expansión de la cofradía entre los años de su formación y la rebelión de 1841, Reynaldo Ileta comenta que el *dalit* de Herrera bien pudo haber jugado un papel en atraer seguidores al movimiento (Ileta 1997, 36; las estrofas de Herrera se publicaron en su Apéndice I [257–258]).

Sin embargo, la adopción de formas poéticas nativas para promover la piedad cristiana bajo la apariencia de una sensibilidad nativa no podía sino introducir nuevos recursos poéticos de origen foráneo, ya sea que los misioneros lo hicieran intencionadamente o no. Las formas retóricas de discurso e interpelación, por ejemplo, que eran rasgos característicos de la homilía en la liturgia cristiana, se manifestaban en el uso poético del apóstrofe y la personificación.¹³ Este nuevo nivel de abstracción empoderó la posición del escritor filipino en tagalo, elevándole dentro de la jerarquía colonial. El *dalit* escrito por Pedro Suárez Ossorio, que sirve de introducción a *Explicación de la doctrina cristiana en lengua tagala* de Alonso de Santa Ana en 1627, ofrece un ejemplo. En las estrofas finales de su poema, Ossorio se dirige al libro de Santa Ana en la siguiente manera:

Icao paraluman naming
 Tú eres nuestra estrella guía
 Ang sucat nga naming sundin
 Que indica a dónde debemos seguir
 Hanggang di cami macarating
 hasta que finalmente podamos llegar
 Sal lalauigang mahimbing
 Al lugar final de descanso
 (Citado en Almario 1992, 89)

La personificación del libro le permite al autor a expresar su situación a través de la súplica (*panambitan*). Al mismo tiempo, la elevación del hablante al estatus de escritor le autoriza a representar la jerarquía colonial desde una

posición más alta dentro de ella, es decir, diferenciada de aquellos oyentes o lectores que quedan por *debajo* de él.

En su estudio del tema, el poeta, crítico y Artista Nacional Virgilio Almario demuestra cómo el *dalit* escrito por Felipe de Jesús como introducción a la traducción de la leyenda de Barlaam y Josafat ofrece un contraejemplo al sometimiento de la voz nativa a una autoridad superior. La representación de la autodegradación en el contraejemplo no solo resalta la posición superior de un lector, sino también la posición inferior de otro(s) lector(es) o espectador(es). Las estrofas primera y cuarta del poema de De Jesús demuestran este poder de interpelación:

Aba cristiano tagalo
 Ay, tagalo (cristiano) neófito

Na bagong pisa sa itlog
 Recién nacido del huevo

Tanggap nang Magandang loob
 Que recibas de buen corazón

Itong panagano,t , handog
 Esta ofrenda de instrucción
 (Citado en Almario 1992, 90)

El uso del apóstrofe, que va interpelando al lector como ingenuo y necesitado de orientación, proviene directamente de la tradición homilética, pero ya dentro de una expresión poética que los hablantes tagalos ya reconocían como parte de la suya. Quizás aún más significativo, el trasplante del apóstrofe hace disponible el poder performativo y la actividad del adoctrinamiento religioso a los súbditos coloniales [*patalastas*], incluyendo el poder de expresar juicio, condena, advertencia e incluso amenaza, desde una posición superior al oyente (ver Almario 1992, 92).

Lumbera (y más tarde, Virgilio Almario) rastrean la elaboración de innovaciones y reocupaciones de la tradición poética oral bajo el nombre de literatura filipina, hacia su convergencia en la tradición de la *Pasyon*. La adaptación y versificación del relato de la Pasión de Cristo en tagalo fue escrita por primera vez por Gaspar Aquino de Belén bajo el título “Mahal Na Passion ni Iesu Christong P(anginoong) Natin na Tola” [Amada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en Verso Poético] en 1704.¹⁴ Aquino de Belén adopta la estructura de los *dalit* (versos monorrimos octosílabos), con la excepción de un quinto verso añadido a cada estrofa a la manera de la *quintilla española*.¹⁵ En reconocimiento de la expresión bilingüe de varios poetas nativos, la narración de la Pasión viene intercalada con citas bíblicas en latín, manteniendo la medida

y rima de la forma *dalit*. Finalmente, la *Pasyon* incorpora y amplifica el uso de la personificación y el apóstrofe en las secciones del poema denominadas *Aral* [Lección], en las que el autor da rienda suelta a la retórica (cristiana) introducida por Felipe de Jesús: una retórica de abyección, acusación y condena:

Cristianos icaoy honghang
Christian, eres un descerebrado

Ibig mong pagpalaloan,
todo lo que quieres es presunción

si Christong Poon mong tunay
Cristo es tu verdadero Señor

bago an alipi ycao,
Antes eras (solo) un esclavo

Valan halagang boliyang
Para estar azotado sin consecuencia
(Aquino de Belén, 110r–111v)

La sorprendente severidad y amenaza subyacente en la retórica de Aquino de Belén va imitando la retórica de “fuego y azufre” entre los predicadores cristianos y frailes. Aquino de Belén también compara al oyente o lector de estos *Aral* con un esclavo [*alipin*], un gusano [*uod*] o una inmundicia [*dumi*]. Indirectamente el poema aborda la condición social de abyección y servidumbre a la que eran sometidos los indígenas de los pueblos de misión en nombre de la salvación y la liberación. No debe sorprender que una de las quejas más comunes de los funcionarios coloniales y de la Iglesia oficial con respecto a las órdenes religiosas entre los siglos XVII y XIX se refería a la licencia del fraile para infligir castigos corporales sin clemencia o responsabilidad ante cualquier ley.¹⁶

Las múltiples reediciones de la *Pasyon* atestiguan su gran popularidad. La obra inspiró no solo una nueva literatura popular, sino también una nueva tradición oral: la *pabasa* –lectura en voz alta– en la que se lee en voz alta o se canta una Pasión versificada en un idioma vernáculo durante la Semana Santa, en familias y grupos cuyos miembros se turnan para leer (o cantar). René Javellana argumenta persuasivamente que esta tradición tiene su origen en el ritual paralitúrgico del *maggpapahesus* [preparación para Jesús / muerte], en el cual los miembros de una cofradía religiosa parroquial visitaban a los enfermos y moribundos para que no se sometieran a la tentación de “reincidencia” de sus ritos no cristianos (1988, 12).

La emergencia de las tradiciones *magpapahesus* y *pabasa* reflejó las consecuencias a largo plazo de la “conquista espiritual” como un eufemismo para la conquista *incompleta* y la asignación de su cumplimiento a las órdenes religiosas. Por un lado, es innegable que estas órdenes contribuyeron a la transformación de la cultura indígena. Por otro lado, el papel asignado a los ladinos y nativos alfabetizados para facilitar esa expropiación –su inserción en el orden colonial como traductores, intermediarios, informantes y subordinados– también los dotó de una agencia para evaluar y seleccionar o mantener las convenciones e innovaciones literarias en tagalo. La proliferación de nuevas tradiciones orales como el *magpapahesus* y *pabasa* pone en evidencia la supervivencia de una tradición poética oral que quedaba yuxtapuesta al proyecto de inventar una literatura colonial y religiosa. Además, la creciente participación nativa en actividades paralitúrgicas para el bienestar del pueblo misionero (sobre todo la formación de cofradías para cumplir diversas tareas) tal vez sugiere que los súbditos coloniales se sentían cada vez más autorizados para manipular los dispositivos de poder.

La proliferación de romances métricos (*awits* y *koridos*) en el siglo XVIII, así como su actuación en la producción teatral de *moro-moro* y *komedya* (a la manera de la “comedia española”), ilustran el florecimiento de la participación nativa en el desarrollo de la sociedad colonial. La identificación de los romances métricos como *awits* y *koridos* es irónica. *Awit* es un término tagalo que se refiere generalmente a canciones o cantos indígenas; en cambio, por razones desconocidas, llegó a asociarse con la métrica dodecasílabo de la poesía, la cual con toda probabilidad procedía no de Filipinas, sino de España. A la inversa, la palabra *korido* es un hispanismo que remite al verso octosílabo, el cual precedió la llegada de los españoles (Almario 1992, 30–31 y 37). Puede especularse que estas formas de romance métrico llegaron a difundirse a principios del siglo XVII, cuando las escuelas jesuitas organizaban a sus alumnos para representar obras de teatro religiosas o *comedias* con motivo de una fiesta del pueblo o un evento cívico, como la llegada de un alto cargo español (Retana 1909, 16–30; Fernández 1996, 5–10; Tiongson 1982, 9–10). Fr. San Agustín, en 1703, citó un ejemplo temprano del *awit* que se basaba en la traducción tagala de una *comedia* sobre la vida de San Dionisio Aeropagita (ver San Agustín, en Almario 1996, 8).¹⁷ Debido a que los guiones de estas obras casi siempre estaban escritos en verso, al igual que las loas introductorias, es lógico presumir que la popularización del teatro en este periodo correspondiera a la de la difusión de romances en verso y prosa.¹⁸ La publicación tardía de estos romances en tagalo a principios del siglo XIX indica la emergencia de un público alfabetizado y también decididamente no hispanizado o hispanohablante; y el reconocimiento de los impresores, bajo el patrocinio de las órdenes religiosas, de un interés puramente secular y apenas ligado a la *propaganda fide*.

Un comentario del viajero francés Guillaume Le Gentil en 1767 atestigua la transformación dialéctica de la literatura por el teatro y el teatro por la literatura a mediados del siglo XVIII. Le Gentil quedó impresionado por el “entusiasmo singular [entre los tagalos] por la poesía y las representaciones de tragedias; se les ve actuar, *siguiendo un guión leído*, como si estuvieran en un teatro. En Manila, donde entienden bien el español, han traducido y arreglado en verso varias piezas españolas en su idioma”.¹⁹ La observación de Le Gentil sienta las bases para los estudios posteriores sobre las diferencias peculiares de *komedya* en calidad de una tradición nativa. A diferencia de la “comedia española”, en la que los actores van encarnando a personajes que memorizan sus diálogos, las representaciones nativas se basaban en un texto en verso que se leía en voz alta. Sin embargo, a la inversa y recíprocamente, la puesta en escena de estas tragedias parece haber ejercido una influencia sobre la poesía escrita en tagalo. Por un lado, espectáculos como la *komedya* y *el moro-moro* (una danza o pantomima de romances métricos protagonizados por cristianos y moros o musulmanes en torno al tema de las Cruzadas y la Reconquista de la Península Ibérica) engendraron un nuevo campo de actividad social en el cual ni los frailes ni las autoridades coloniales intervenían. La tentativa del arzobispo Diego Camacho y Ávila para prohibir la *komedya filipina* hacia 1701 subraya el peligro de las nuevas diversiones paralitúrgicas:

Así por el concurso mismo de entrambos sexos, en que el enemigo común [el Diablo] no cesa jamás de soplar incentivos, con que abrazar las almas en el fuego infernal de la Cupisencia, como por lo que de semejantes Comedias, y representaciones se origina, ya por ser ellas mismas arte Diabólica de enseñar venganza, duelos, liviandades, y de poner en práctica modos, y medios ilícitos, y deshonestas de ofender la Magestad del Dios.²⁰

Uno puede rastrear casi una línea directa desde las preocupaciones del arzobispo Camacho y su realización en los fragmentos de versos y dramas, los cuales nos ha transmitido el nieto del primer dramaturgo tagalo conocido, José de la Cruz (1746–1829), también conocido como Huseng Sisiw (Pollito José).²¹ Los poemas amorosos del autor, que fueron escritos no solo para él mismo, sino también para los clientes comprometidos en los cortejos, van inspirando la misma concupiscencia, venganza y lascivia que, en palabras del Arzobispo, “ofenden la Majestad de Dios”. Un poema reprende al amado por hacer esperar al amante:

Ano’t ang ganti mong pambayad sa akin,
¿cómo me has pagado?

Ang ako’y umasa’t, panasanasain,
me hicieron esperar y anhelar (por ti)

at ilinagak mong sabing nahabilin
y las únicas palabras que me dejaste

Sa langit ang awa saka ko na hintin!
“La misericordia está en el cielo” ¡y debo esperar!
(Rivera 1933, 11; Lumbera 1986, 81)

Un *korido* escrito por Huseng Sisiw, “Floro en Clavela”, trata de una pareja pobre y enamorada, cuya belleza llama la atención de un sultán moro (para Clavela) y de la mujer del sultán (para Floro). Cuando las maquinaciones del sultán y su esposa para seducir a la pareja cristiana y convencerles de que traicionen sus amores terminan en fracaso, el sultán los hace decapitar. Por su parte, un romance métrico atribuido a Huseng Sisiw tiene sus raíces en la leyenda española de Bernardo del Carpio. En el romance, el autor narra la seducción de la madre del protagonista por su padre Don Sancho en vísperas de ir a la batalla con los moros así:

Di co pag-aanhin guinipit nang udyóc
 Cuando se trata del amor, nunca yo antes,
Nang tungcól sa sinta,t, nag-isa nang loob
 al ser presionado para someterme, compartiera el mismo deseo.
Ipinaghaguisan ang hiyang inimpóc
 Se tiró toda la vergüenza acumulada
Pagtanao sa conde nang manga pagluhos.
 Mientras contemplaba la súplica del Conde.

Ito ang mulâ nan ang pamumucadcad
 De aquí vino el florecimiento
Nang catouatouâ at mabanġong rosas,
 De rosas alegres y fragantes
Baquit caagapay ang signos planetas
 Por lo tanto, junto con el destino de las estrellas
Sabay na tumubó sa isang macetas
 De un golpe de machete se sembró una semilla
(Citado en Jovita 1985, 29; estrofas 116–117)

El desciframiento de estas y otras metáforas lascivas, que con frecuencia escaparon a la vigilancia del párroco, ponen a prueba una poética expresiva que proviene de la poesía misionera del siglo XVII (Lumbera 1986, 92). Fue allí, según Lumbera, donde surgió por primera vez el sentimentalismo expresado en los recursos poéticos del apóstrofe y la personificación. A fines del siglo XVIII, ese sentimentalismo llegó a reorientarse hacia un conjunto de pasiones y aspiraciones demasiado mundanas y vulgares. Sería solo cuestión de tiempo

antes de que tales pasiones y aspiraciones tomaran un valor cada vez más político, como lo demuestra el famoso poema decimonónico de Fernando Baltazar “Ang Pinagdaanang Buhay ni Florante en ni Laura sa Kahariang Albania” [La continuación de la saga de Florante y Laura en el Reino de Albania].

Volviendo a las aportaciones originales de poetas misioneros como el Fr. Pedro de Herrera, Lumbera desvela los múltiples y enredados hilos de la conquista colonial, la conversión de las almas y los agentes de la ley y la autoridad en la sociedad fronteriza del pueblo misionero. Estas fuerzas sirvieron para torcer, distorsionar y rearticular ideas de “tradición”, “influencia” y “desarrollo”, más allá del marco de la hispanización y la resistencia a ella. La vida en el pueblo misionero, donde las paraliturgias de la piedad cristiana suplementaban (si no reemplazaban) el conocimiento y conformidad a la ley, dio luz a un campo de prácticas culturales, donde la participación de los súbditos coloniales se manifestaba en torno al espectáculo de la fe y se expresaba en las oraciones, cantos, himnos y escenificaciones.

El empeño de Lumbera por unir los hilos hasta la afirmación de una “tradición formalizada” de literatura en tagalo bajo la obra de Francisco Baltazar nos invita a considerar el arco amplio de préstamos y contraprestamos de escritores, intérpretes y traductores a través de la división *español-nativo*, para aproximar la coalescencia del coloniaje y su reformulación necesaria a ambos lados. También nos deja en una encrucijada respecto a la consideración de la literatura colonial como una tradición “hispanofilipina”. ¿La formalización de una práctica poética tagala nativa dejó obsoleta la distinción entre rasgos e influencias extranjeras (españolas) y nativas en la creación de una literatura filipina moderna? ¿O dejó intacta (como ha argumentado Virgilio Almario en otro lugar) la confrontación inmanente entre formas culturales nativas y foráneas, cada una luchando por sobrevivir y resistir la erosión de los valores culturales incrustados en esas formas (ver Almario 2010, 116–117)? ¿O (una tercera posibilidad) se abre la diferenciación entre lo “hispano” y lo “nativo” de una especie de *mise en abyme*, en la que cada término parece presuponer la “influencia” del otro precursor?

Notas

- 1 En su *Compendio del arte de la lengua tagala*, el P. Gaspar de San Agustín describe a los *dalit* en contraste con otro tipo de poesía llamado *talingdao*: “Sus géneros de poesía suelen ser dos, el uno dramático, porque uno canta una estrofa, y otro responde con el estribillo, y a éste llaman *talingdao*.... El otro llamado *dalit* es más grave y sentencioso, al modo de los que los Griegos y Latinos llamaron épico-ditirámicos. Con él se dilatan en argumentos serios” (San Agustín, en Almario 1996, 8).
- 2 El principio organizador de *talinghagá* se correspondía con la forma de escritura que practicaban muchos indígenas en la época de la llegada de los españoles.

- Lumbera describe este silabario nativo, llamado *baybayin*, como “críptico” y poco adecuado a la precisión del alfabeto romano: “el uso del silabario en la escritura era fácil, pero leer lo que se había escrito era caer en conjeturas” (1986, 25). Vicente Rafael sostiene, sin embargo, que tal ambigüedad puede haber sido precisamente su valor en sí (1988, 54).
- 3 “El castellano”, escribe Rafael, “ataba la traducción a un doble movimiento: por un lado, el de articular la maquinaria lingüística del tagalo con referencia a la gramática latina, por otro lado, el de convertir... los significantes tagalos, ligándolos al significado castellano. A los escritores de *artes* y *vocabularios* se les encargó entonces la tarea de retener simultáneamente la sintaxis y el sonido del tagalo mientras creaban un espacio detrás de las palabras *dentro del cual alojar referentes y significados distintos a los que habían existido previamente*” (Rafael 1988, 28–29; cursiva añadida; traducción del autor).
 - 4 “Al final mismo de este Libro se adjuntan aquellos *dalits* compuestos también por el Reverendísimo Padre Lector Pedro de Herrera, que deben reemplazar y sustituir a las diversas *anits* [cantos] y *plosas* [exclamaciones] malvadas que os embrujan y paralizan todo lo bueno en su corazón [loob]”. Véase Lumbera 1986, 50–51, y Almario 1992, 110.
 - 5 Ver el apéndice de Lumbera, donde se publicaron los poemas del poeta anónimo (1986, 150–151) y Fernando Bagongbanta (240–244).
 - 6 Cabe añadir que, a lo largo de la época colonial bajo el dominio español, el Nuevo Testamento nunca fue traducido al tagalo: solo fue traducido en 1903 bajo la dirección de los protestantes.
 - 7 La inserción del escritor nativo en la jerarquía colonial corresponde a la reformulación de la *principalía* nativa como recaudadores de tributos y supervisores del trabajo obligatorio, donde los miembros de la clase subalterna se pusieron al servicio de obras públicas. Véase Alonso Álvaro (2005) y Sánchez Gómez (2004).
 - 8 La paradoja de la colonización española por parte del cristianismo en Filipinas radica en que las órdenes religiosas se encargaron de reasentar y “reducir” o concentrar las poblaciones autóctonas a pueblos (lo que era obligatorio); pero también asumieron el cargo de enseñar los principios de la religión cristiana, lo que aparentemente conduciría a la profesión de fe *no impuesta por fuerza al neófito*. En un ejemplo clásico de colocar el carro delante del caballo, se suponía que la conversión del nativo al cristianismo fuera una condición prioritaria (aunque no siempre respetada) para someterlo a las obligaciones del tributo, la conscripción al trabajo manual obligatorio y la venta forzosa de bienes a un precio fijado por el gobierno colonial; sin embargo, su aceptación del cristianismo dependía en gran parte de su coerción previa para vivir en asentamientos fijos.
 - 9 Ver Woods (2011).
 - 10 Sobre la condición de la doble-conciencia, véase DuBois (1999, 10–11).
 - 11 Los tagalos a veces reaccionaban a los esfuerzos de los padres misioneros con recelos, si no incredulidad. Relató Fr. Gaspar de San Agustín la respuesta de los nativos al leer los versos del P. Francisco Blancas de San José (OP): “Otros metros para ellos son muy agenos... Como las que al fin de su arte puso el Ven. Padre P. Francisco de S. José no les parece bien; y responde, *magaling, datapoua hindi tola* [buenos, pero no es poesía]. Y no hay que persuadirles otra cosa” (citado en Almario 1992, 10; ver también Martínez de Zúñiga, 1893, 61).

- 12 En palabras de Almario, “tagumpay ang pagsasalin-pananakop kung ang mga insinasaling idea at konsepto ay maihanap ng katugmang paliwanag sa pinagsasalinan” [la conquista en tanto traducción tiene éxito cuando las ideas y los conceptos que se van traduciendo parecen ser incrustadas en las rimas mismas del texto traducido (Almario 1992, 111).
- 13 Véase Almario 1992, 87–98. Lumbera sitúa el surgimiento de estos dispositivos mucho más tarde en la poesía de Baltazar/Balagtas: ver 1986, 136.
- 14 Este poema apareció al final de una traducción de un libro de poemas para muertos y moribundos de Tomás de Villacastín, *Manġa panalang ġing pagtatagobilin sa calolova nang tavong naghibiñ galo* (1706), que iba en su quinta edición en 1760.
- 15 René Javellana cree que Aquino de Belén tenía relatos versificados en español de la Pasión, específicamente el libro del siglo XVI de Juan de Padilla, *Retablo de la vida de Cristo, hecho en metro* (1585): ver Javellana 1988, 11.
- 16 Véase D. Salvador Gómez de Espinosa, *Discurso parenético*, en Cummins 1986, 170 (par. 61) y 177 (par. 91).
- 17 El manuscrito de una *comedia* sobre la vida de este santo se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid bajo el título “Gran [El] Ateniense y sol eclipsado”: ver *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de manuscritos en la Biblioteca Nacional*, 456; ver también Retana 1909, 43–44.
- 18 Véase la introducción de Eugenio (1987). Para una historia de la comedia como *komedya* en Filipinas a lo largo del período colonial, véase Retana (1909) y Tiongson (1982 1–30).
- 19 “Ils ont un goût singulier pour les vers & les représentations de Tragédies; on les voit représenter, en lisant, comme s’ils étoient sur un Théâtre. A Manille, ou ils entendent tous très-bien le Castellan, ils ont traduit & mis en vers dans leur Langue, des Pièces espagnoles” (Le Gentil de la Galaisière 1780, 131). Véase también Martínez de Zuñiga 1893, 64.
- 20 “Edicto para prohibir las comedias” (1701). Una reproducción del edicto (de puño y letra) del *Anales Eclesiásticos de Philippinas, y de la Excelencia de Potestad, que los Sres. Arzobispos Gozan Como Metropolitanos d’ellas* en 1707, aparece en Gatbanton (1979, 39). Véase también Irving (2010, 210-12 y 321; n. 76). Huelga decir que las descripciones de la *komedya filipina* a lo largo del siglo XVIII parecen confirmar que se ignoró el edicto del arzobispo Camacho.
- 21 La historia de estos ejemplares y su rescate se vuelve a contar en Rivera (1933, 3–6).

4

EL TEATRO EN FILIPINAS (SIGLOS XVI–XVIII)

Miguel Zugasti

Teatro misionero

Una breve referencia del cronista Antonio de Morga (1609) señala que los misioneros se valieron del teatro edificante desde los inicios de la evangelización, cuando los nativos ya solían representar “autos y comedias en español y en su lengua con buena gracia, que esto se debe al cuidado y curiosidad de los religiosos, que sin cansarse entienden en su aprovechamiento” (1609, fol. 153r). Por esa misma época, el P. Chirino ponderaba la habilidad idiomática de los primeros isleños cristianizados, capaces de traducir “con elegancia” a su lengua “cualquier comedia española” (Colín y Chirino 1663, I, 13, 54). No siempre es factible casar afirmaciones tan genéricas con datos fehacientes, pero sí disponemos de alguna información en la órbita de los franciscanos que abre el camino. Así, en la temprana fecha de 1601, el P. Marcelo de Ribadeneira, en su *Historia de las islas del Archipiélago*, nos habla de cómo fray Francisco de la Trinidad (fallecido en 1594) “hacía comedias en la lengua [tagala] de las vidas de los santos, ensayando a los indios para representarlas, porque en la representación viesan la vida de aquel sancto y la obligación que tenían de imitarle” (1601, III, 24, 298). En la misma dinámica podemos situar al P. Juan Álvarez (activo en la última década del siglo XVI), quien celebraba la fiesta del Corpus Christi en su misión con “bailes y danzas, y a los niños de la escuela y seminario les enseñaba a representar en su lengua, para que ansí creciesen los fieles en la fe” (Ribadeneira 1601, III, 31, 333). El propio Marcelo de Ribadeneira nos brinda algún caso más:

Representan en su lengua la vida de los santos con tanto sentimiento interior que a los circunstantes, así españoles como a los indios, mueven

a muchas lagrimas y compunción, y a renovar la vida. Como se vio en el pueblo de Sinaloa [Siniloan], adonde representándose *El juicio final*, hizo tanta impresión en muchos infieles, que casi todos pidieron con muy grandes veras y humildad los bautizasen, y así se hizo. (Ribadeneira 1601, I, 14, 55)

Datos más prolijos hallamos en la localidad de Lumbang (provincia de Laguna), cuando en el año 1600 se organizaron grandes fiestas durante cuatro días (8–11 de octubre) en torno a la solemne colocación del Santísimo Sacramento en el convento de los franciscanos. Sánchez Fuertes (2020) acaba de publicar una inédita relación de los fastos, merced a la cual sabemos que hubo procesiones, altares callejeros, colgaduras, barcos engalanados que llegaban por el río, un carro triunfal, salvas de arcabucería, sones de chirimías y vihuelas de arco, cantos de coros, invenciones varias, un toro fingido corriendo por la calle, muchas danzas (entre ellas, una sobre *La degollación del Bautista*), bailes de gigantes, etc. El teatro no podía faltar en una celebración de esta magnitud, de modo que en un carro triunfal se escenificó un coloquio del *Depósito del pan divino*, seguido poco después de otro sobre el *Sacrificio de Abraham*. A continuación, en el interior de la iglesia, se hizo “una comedia de grande aparato y aderezo y tanta suntuosidad que hasta hoy no se ha atrevido nadie a tornarla a hacer. Trataba del *Triunfo de la muerte y juicio final*, que representaron los indios del mismo pueblo de Lumban”. La tarde siguiente (10 de octubre de 1600) “representaron los de Pangil una *Comedia de la Magdalena*” (Sánchez Fuertes 2020, 224–225).

Si los franciscanos madrugaron a la hora de servirse del teatro evangelizador, serán los jesuitas quienes, desde los inicios del siglo XVII, hagan un uso más extendido de tal práctica escénica, dado que aún la doctrina y catequesis con el entretenimiento, la declamación y la oratoria. A partir de las *cartas annuas*, podemos extraer noticias de representaciones en colegios de la Compañía ubicados en Cebú, Silang, Catubig, Carigara, Antipolo, Bohol o Baclayon, y no solo en español o latín, sino también en lenguas tagala, bisaya y acta (Tormo Sanz, 1983, 1483–84; Fernández 1996, 49–51; Retana 1910, 22–23; CATEH, fichas 2435, 2434, 1041, 2436 y 2437).

Una interesante referencia nos envía al pueblo de Antipolo, donde se restituyó un icono de la Virgen María que había sido profanado por los sangleyes en el alzamiento de 1639. El 21 de septiembre de 1653 llegó la nueva imagen mariana al pueblo, cuyos habitantes “tenían prevenidas en el camino varias loas en metro tagalo y muchos villancicos de bien concertada música de voces y instrumentos, donde explicaban a la Santísima Virgen el gran regocijo que sentían sus pechos en verla restituir a sus antiguos montes. Y para mayor reconocimiento representaron la antigua batalla entre españoles y sangleyes en el mismo sitio que se había dado” (Murillo Velarde 1729a, III, I, fol. 212r).

Casi un siglo después, en 1748, de nuevo los habitantes de Antipolo agasajan la misma talla de la Virgen con cantos, danzas y saraos de muy diversa índole. El cronista anota que se hizo al efecto un coloquio en verso tagalo, una loa “en el bárbaro idioma de los aetas” y otra loa más recitada por un niño que supo realzar el verso con la viveza de la voz y el accionar de sus manos (Murillo Velarde 1729a, III, 3, fol. 219).

Algo muy semejante a esto aconteció en la misión franciscana de Santa Cruz (Laguna), en junio de 1748. Hasta allí llegó fray Hermosa de Sanbuenaventura con un icono de Nuestra Señora de la Portería que él mismo portaba desde Ávila (España). En los fastos por la colocación de la imagen en el altar mayor, las gentes del lugar hicieron una comedia en castellano y dos entremeses, seguidos esa misma noche (18 de junio) de “muchos voladores, bombas y otros dos entremeses”. Pero el día grande fue el 19 de junio, con procesión solemne, misa con varios predicadores y danzas de niños y niñas; en el patio de la iglesia se dispusieron cuatro altares: “en cada uno de ellos cantaron un villancico y cuatro loas, representaron el asunto cuatro niños, las dos en castila y las dos en tagalog”. Esa tarde “se representaron en lengua tagala una comedia y dos entremeses, y por la noche otros dos entremeses en lengua castila” (Sánchez Fuertes 2020, 228–229).

Sirvan estos datos para dar por buenas afirmaciones como las de Morga y Chirino sobre la pericia de los nativos filipinos para verter a su lengua y representar piezas dramáticas provenientes de España, opinión que mucho después ratificarán otros misioneros como Gaspar de San Agustín, Francisco de Santa Inés, Juan José Delgado, Juan Francisco de San Antonio o Joaquín Martínez de Zúñiga. Todos coinciden en la intención evangelizadora y catequética de dicho teatro, pero sin descuidar el componente de amenidad y entretenimiento.

Teatro escolar

Sin duda, jesuitas y dominicos –y tras ellos franciscanos y agustinos– fueron los más activos a la hora de aprovechar el teatro como elemento de formación y entretenimiento en sus colegios. Herramienta imprescindible para asomarnos a esta modalidad escénica es el *Catálogo del Antiguo Teatro Escolar Hispánico* (CATEH), base de datos creada y alimentada por Alonso Asenjo, que abarca todo el espectro hispánico, incluidas América y Filipinas.

En el ámbito jesuita, se documenta una intensa actividad en colegios de Manila (1597, 1601, 1610, 1641), Cebú (1598) y un largo etcétera. La llegada a Filipinas de novedades tipo beatificaciones, canonizaciones, bulas, etc., fue terreno abonado para que distintas órdenes religiosas organizaran festejos *ad hoc* donde el teatro era perfecto complemento del culto eclesiástico. Los ejemplos se suceden en cadena. En 1611 la Compañía conmemoró la beatificación de su fundador Ignacio de Loyola con la exhibición de numerosos

coloquios, diálogos, danzas, loas, comedias, entremeses, etc., escenificados en Manila, Cebú y Tinagob, entre otros lugares (Retana 1910, 23–28; CATEH, fichas 1042, 1047–1052, 1054, 2211). Una década después tocó celebrar la beatificación de Francisco Javier (diciembre de 1621), ocasión que los estudiantes jesuitas aprovecharon para escenificar tres comedias inspiradas en su vida (Murillo Velarde 1729a, I, 5, fol. 16; CATEH, ficha 2679). En breve plazo (noviembre de 1623), la Compañía puso de nuevo su maquinaria a trabajar con ocasión de la doble canonización de san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier, ofreciendo un buen ramillete de comedias y coloquios, sin que faltaran las danzas, carros triunfales, músicas, procesiones y otros espectáculos callejeros (Murillo Velarde 1729a, I, 7, fols. 24–25; CATEH, ficha 2680).

En febrero de 1630 el testigo recayó en manos franciscanas, responsables de un octavario festivo por la beatificación de los protomártires de Nagasaki en 1597: fray Pedro Bautista y sus compañeros de religión (Retana 1910, 31–32; CATEH, ficha 1057). En 1672 la pelota volvió al tejado de dominicos y jesuitas, al hilo de la canonización de ciertos miembros de ambas órdenes (Santa Rosa de Lima, S. Luis Beltrán y S. Francisco de Borja), con extensión de culto universal a varios beatos (Margarita de Saboya, Alberto Magno, Estanislao de Kostka). Los fastos jesuitas (pero no los dominicanos) los refiere con bastante detalle José Sánchez del Castellar en *Descripción festiva y verdadera relación de las célebres pompas* (Manila, 1674). La Orden de Predicadores pudo resarcirse del olvido poco tiempo después (noviembre de 1676), merced a la beatificación de tres de sus miembros: el papa Pío V, Diego de Mevania (o Bebaña) y Margarita de Castelo. Esta vez los dominicos sí pusieron todo el empeño en sacar a luz el libro-relación de las fiestas, compuesto por fray Baltasar de la Cruz, aunque en la portada solo se consignó el nombre de Felipe Pardo, provincial de la orden: *Sagrada fiesta, tres veces grande* (Manila, 1677).¹ La singularidad de este volumen es que por primera vez en Filipinas se hizo el esfuerzo de publicar los textos de todas las obras dramáticas allí representadas: dos loas, un entremés, un sarao y tres comedias hagiográficas (Zugasti 2016, 2018 y 2021).

Si saltamos al siglo XVIII, localizamos más ejemplos afines en la órbita de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, quienes festejaron por todo lo alto la emisión de una bula papal a favor de su Hermandad: ver el libro-relación de Antonio del Niño Jesús, *Plausible regocijo* (Manila, 1726). La Compañía de Jesús volvió a echar la casa por la ventana en febrero de 1729 para celebrar la canonización de san Estanislao de Kostka y san Luis Gonzaga. El padre Murillo Velarde publicó la oportuna relación en su libro de *Sermones, certamen y relación de la fiesta* (Manila, 1729b), donde incluyó un coloquio escrito de su propia mano para la ocasión: *No hay competencia en el cielo*.

A lo largo de los siglos hubo muchas más ocasiones de practicar el teatro escolar o de colegio, que no podemos inventariar aquí por razones de espacio, pero valgan como muestra estos dos botones: en 1619 llegó a Filipinas una



FIGURA 1 Anales eclesiásticos de Filipinas, vol. I, fol. 190r (detalle). Inicio de la loa.

bula papal que autorizaba el culto a la Inmaculada Concepción de María, de modo que los jesuitas prepararon un “coloquio muy elegante y propio del asumpto” (Murillo Velarde 1729a, I, 4, fol. 12r); en 1743 se inaugura la nueva iglesia de San Francisco en Manila, con exhibición del coloquio *Fraternidad confirmada y amistad verdadera*, donde un “blasón” dominico y otro franciscano se prodigan mutuos elogios en un sencillo diálogo amenizado por la música (Mojarro 2020c, 285–286).

Cerramos esta sección con un caso especial porque no se trata de teatro escolar propiamente dicho, pero sí de una loa sacra declamada por niños actores. Tuvo lugar el 13 de febrero de 1666 al hilo de la traslación de la imagen de Nuestra Señora de Guía a su ermita, situada extramuros de Manila. La pieza es anónima, pero conjeturo que su autor pudo ser Miguel Ortiz de Covarrubias. Ha permanecido inédita hasta fechas recientes (Zugasti 2022; CATEH, ficha 2678), integrada en los *Anales eclesiásticos de Filipinas*, manuscrito ricamente coloreado e ilustrado con dibujos como el que sigue.

La fiesta civil

La fiesta pública y civil es otro vector que se sirve del teatro para su mayor lucimiento y boato. Proclamaciones de nuevos reyes, natalicios y bodas regias, entradas de gobernadores o victorias bélicas fueron ocasiones propicias para ello. Un ejemplo temprano lo hallamos en 1623, cuando los filipinos celebraron la subida al trono de Felipe IV. Los soldados del regimiento montaron tres comedias en la Plaza Mayor de Manila, acción que detalla el alférez Diego de Rueda y Mendoza en una *Relación verdadera* escrita *ad hoc* (Martínez 2017a). Décadas después, en 1659, el gobernador Manrique de Lara organizó en Manila unos dilatados festejos por el natalicio del príncipe heredero, Felipe

Próspero (Madrid, 1657–1661): abundó el teatro, acompañado de desfiles, mascaradas, toros, cañas, luminarias y alcancías, de todo lo cual nos informa puntualmente Alonso del Valle en sus *Prensados fastos* (Manila, h. 1660). Otro hito reseñable se dio en 1677, con las fiestas por la mayoría de edad de Carlos II, donde hubo máscaras, loas y comedias, según recoge Francisco de Moya y Torres en *Lealtad empeñada* (Manila, 1678).

Una situación análoga surgió a principios del s. XVIII con el joven heredero al trono Luis Felipe (futuro Luis I), por el doble motivo de su natalicio y posterior jura como príncipe de Asturias. Lo llamativo de este caso es que, en apenas cuatro años, se sucedieron tres libros de fiestas: Gaspar Aquino de Belén, *Leales demostraciones* (Manila, 1709), Juan Ignacio de Ochoa, *Expresión panegírica* (México, 1710) y *Breve relación de las aclamaciones festivas* (México, 1713). Entre todos abrazan un nutrido ramillete de comedias y loas dedicadas al joven príncipe; dos de estas loas dramáticas las compuso el fraile mestizo Nicolás de San Pedro, quien ostenta el honor de ser el primer dramaturgo de origen filipino cuyo nombre conocemos (Mojarro 2020c, 274). Acciones del mismo tenor se repitieron en torno a Fernando VI, primero por su boda con Bárbara de Braganza (*Descripción de las fiestas reales*, 1731), y después por su ascenso al trono de España (*Relación de las expresivas demostraciones*, 1749). Al dominico Manuel de Barrios le cupo en suerte hacer lo propio con Carlos IV: *Descripción de la proclamación y jura* (Manila, 1791), texto reeditado hace poco por Mojarro (2021c).

Las entradas de gobernadores y otras personalidades de alto rango concitaron asimismo la práctica teatral y festiva. Caso muy señalado fue el del gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera, quien tras derrotar en 1637 a Cachil Corralat (Kundarat), sultán de Mindanao, entró victorioso en Manila. Se erigió al efecto un arco triunfal con sus pinturas y tarjas, lugar donde se le recitó la loa (25 de mayo de 1637). Poco después, el 5 de julio, los jesuitas le obsequiaron con “una gran comedia de la toma del pueblo de Corralat y conquista del cerro, cosa extremada, así en poesía como en la representación” (Zugasti 2021, 131–132). El dato es muy relevante, pues estamos ante la primera comedia de asunto filipino compuesta en el archipiélago, cuya temática histórica entronca además con la tradición de los moros y cristianos (Retana 1910, 34; Donoso 2012 y 2016). No conservamos el texto, pero sí se sabe que su autor fue el jesuita Jerónimo Pérez.

Disponemos de más referencias en torno a nuevos gobernadores como Manrique de Lara (julio de 1653) y Fausto Cruzat (julio de 1690), con erección de arcos y declamación de loas. Pero los gustos y sensibilidades cambian, y lo que al principio fue distinción y fastuosidad, a finales del siglo XVIII se transformó en etiqueta rígida y pesada. Así, en 1793, el recién llegado gobernador Rafael María de Aguilar, en carta privada a un amigo suyo, habla de “alboroto”, “molimiento de obsequio” y “formalidades” que le tuvieron “preso” en palacio. Sin embargo, parece que el teatro sí fue de su

agrado: “¡Cosa admirable el ver un teatro a seis mil leguas de la metrópoli!” (Retana 1906, I, 430–432; Hidalgo Nuchera 2015, 641–642).

Mención especial merece el gobernador interino don Juan de Arechederra Tobar, a la sazón dominico y obispo de Nueva Segovia, quien puso gran empeño en convertir al cristianismo al sultán de Joló (o Sulú), en Mindanao, llamado Alimuddin (Azim ud-Din). Hay una *Relación de la entrada del sultán de Joló* (h. 1750), reeditada por Retana (1895, I), que nos sirve de fuente. Por ella sabemos que, desde 1737, ya existía un acuerdo de amistad entre la corona española y este sultán, pero será en enero de 1749 cuando Alimuddin visite Manila por primera vez y se le reciba con gran magnificencia. Poco antes de entrar en la capital, en Binondo, ya se le obsequió con comedias representadas por mestizos y naturales. El momento culminante fue el de su bautizo (se le puso el nombre de Fernando I), ceremonia que tuvo lugar en el pueblo de Paniqui (diócesis de Nueva Segovia). La comitiva regresó a Manila, donde continuaron los fastos con luminarias, fuegos artificiales, toros, danzas, mojigangas y tres comedias. Estas últimas se ejecutaron en la Plaza de Armas: “muy al vivo, con sainetes, loas y otras piezas que se entresacaron del Parnaso” (*Relación de la entrada* 1750, 36).

Teatro chino, teatro en lenguas vernáculas

En la temprana fecha de 1589, el dominico Juan Cobo ya habla de los chinos que habitan el parían de Manila y de su afición al teatro: “El modo [de sus representaciones] es con grandes apariencias y vestidos, de suerte que gastan un día en una comedia larguísima. Representan con grandes voces, aunque con eficaces meneos y afectos, y gran parte de la comedia cantando”. Un compañero suyo de hábito, Cristóbal de Salvatierra, no ve las cosas con tanta indulgencia y en 1592 inicia un pleito de excomunión contra el gobernador de Manila, Gómez Pérez Dasmariñas, por permitir que los chinos hagan en público tales comedias, a su entender contrarias a la fe católica (Zugasti 2021, 120–123).

Dicho lo cual, algunos chinos se cristianizaron sin perder su afición a las artes escénicas. En 1623 el alférez español Diego de Rueda y Mendoza asistió a una boda china por el rito católico, con este resultado:

Cuando los novios y toda la gente vino de la iglesia serían entre las nueve y las diez horas de la mañana. A esta hora se comenzó la comedia y duró hasta puesto el sol, que ya iba escureciendo la noche. Salieron en ella muchas figuras ridículas haciendo muchas cerimonias y visajes, representando pasos de amores y de desdenes, de soledades y guerras, con ademanos a nuestro parecer –como no los entendíamos– fríos e impertinentes, y para los chinos de general gusto y pasatiempo, como se recitaba en su lengua y a su usanza.

(Rueda y Mendoza 1625, fol. 123v; Martínez 2021, 97)

Algunos ejemplos sueltos de representaciones de sangleyes o chinos vinculados al contexto cristiano se registran en cierta comedia sobre san Francisco Javier ejecutada en 1633 “en su lengua y a su modo” (Murillo Velarde 1729a, I, 16, fol. 63v), otra más en 1790 durante los fastos por la entronización de Carlos IV (Mojarro 2021c, 935), así como un par de piezas en honor de San Nicolás Tolentino y de Nuestra Señora de Puerta Vaga de que nos informa el agustino Martínez de Zúñiga (1893, I, 211 y 320).

En lo atañadero al teatro en lenguas vernáculas, además de lo dicho sobre el teatro misionero, con ejemplos de obras traducidas al tagalo, bisaya y aeta, contamos con los testimonios de Colín-Chirino y Gaspar de San Agustín, quienes insisten en que el teatro tagalo estaba muy desarrollado en la segunda mitad del siglo XVII. Hacia 1704, el dramaturgo filipino Gaspar Aquino de Belén, que hablaba tagalo y español, traduce el texto de una *Pasión de Jesucristo* al tagalo: *Ang Passion ni Jesu Christong Panginoon Natin na Tola*, obra muy representada durante Semana Santa, que cuenta con numerosas ediciones y versiones adaptadas.

Pero el gusto popular se decantó por una variante del teatro de moros y cristianos, la llamada comedia *moro-moro*. Fray Joaquín Martínez de Zúñiga vio algunas de ellas en enero de 1800 y nos cuenta sus impresiones:

Las comedias de los indios se componen de tres o cuatro tragedias españolas, cuyos pasajes están entrelazados unos con otros, y forman al parecer una sola pieza. Siempre entran en ellas moros y cristianos, y todo el enredo consiste en que los moros quieren casarse con las princesas cristianas y los cristianos con las princesas moras [...]. Cada una de estas comedias tiene su héroe, que se ve en muchos apuros, de los cuales lo saca siempre algún Santo Cristo u otra imagen o reliquia que le dio su madre antes de morir [...]. Cada comedia tiene uno o dos graciosos que hacen reír mucho a la gente [...].

Si la comedia no tiene tres o cuatro reyes, muchos príncipes y princesas, muchos actores que ellos llaman personajes; si no hay tramoyas como águilas que se aparecen, leones, osos u otros animales que quieren devorar a un hombre, y si no hay apariciones o milagros, tienen por mala la comedia; de modo que más gustan de satisfacer la vista que el oído.

(Zúñiga 1893, I, 73–74, 140)

Disponemos de datos suficientes para atisbar algún precedente del género *moro-moro*. Un hito temprano nos retrotrae a 1606, cuando Pedro de Acuña, gobernador y capitán general de Filipinas, liberó la plaza de Terrenate (Islas Molucas) de manos holandesas. Acuña firmó un tratado de paz con Cachil Sultán Zaide, rey de Terrenate (o Ternate), y en junio de 1606 entraron juntos en Manila. La victoria tuvo tal resonancia que los jesuitas, en su *carta annua* de 1609, mencionan esta suerte de representación:

En el pueblo de Taytay armaron un castillo en el patio de una iglesia y, a imitación de los españoles, hicieron el combate y toma de la fuerza de Terrenate, vistiendo a lo castellano los que hacían los españoles, y combatiendo el castillo con arcabuces. Los de dentro traían armas y vestidos a su usanza antigua, y unos turbancillos a la traza de los que traen los terrenates (fól. 47r).

Otro ejemplo de mayor entidad sería la escenificación de la “gran comedia de la toma del pueblo de Corralat y conquista del cerro”, obra de Jerónimo Pérez (Manila, 5 de julio de 1637) inspirada, como hemos visto, en una victoria cristiana sobre los moros de Mindanao. Una tercera referencia nos conduce a Antipolo, cuando el 21 de septiembre de 1653 los habitantes del lugar “representaron la antigua batalla entre españoles y sangleyes en el mismo sitio que se había dado”. Estimo que estos tres ejemplos van de la mano y señalan el germen de la singular afición filipina a las comedias de moros y cristianos; o lo que es lo mismo, a la *komedya* vernácula o *moro-moro*, de amplio desarrollo durante los siglos XVIII–XIX. Interpreto que el origen de la *komedya* está en la confluencia de elementos de doble naturaleza: de un lado, lo autóctono filipino, como es el gusto por el baile y la danza guerrera; de otro lado, la comedia española, con contrastada presencia en el archipiélago, según queda señalado. Del cruce de ambas corrientes, sumado al amor de los filipinos por la farándula y las escenas bélicas repletas de acción, nace la *komedya*, marca de todo un país.

Nota

- 1 La atribución del libro a Baltasar de la Cruz la señala con alto grado de fiabilidad fray Vicente de Salazar en su *Historia*, pp. 726–727. Agradezco el dato a la pericia y amistad de Jorge Mojarro.

5

LA POESÍA HISPANOFILIPINA EN EL SIGLO XVII¹

Miguel Martínez

En enero de 1597 una juvenil Manila celebraba el desembarco en sus riberas, año y medio antes, de un cargamento de reliquias donadas por el Papa de hasta 155 mártires, entre los que se encontraba Santa Potenciana, patrona de la ciudad. Las escenas que describió Diego Sánchez, el jesuita que primero dio noticia de la fiesta, habrían de repetirse a lo largo de los siglos siguientes. En torno al tabernáculo que custodiaba algunas de las piezas, “había a trechos sus arcos, que fueron por todos once, altos y de figuras, y los que no las tenían eran de piezas de China, y tocas tan ingeniosamente enlazadas que los hacían muy vistosos; y en algunos, versos y poesía española” (Sánchez 1596, 11r). La iglesia por donde procesionaban los religiosos con otras reliquias estaba “entapizada y con muchos papeles que los nuestros hicieron en hebreo, griego, latín, castellano y lengua tagala que en tres hileras corrían por la nave mayor, sin otros que en proporción se pusieron en lugares distintos”. La festividad concluiría con un certamen poético sobre los santos y sus huesos, que dio lugar a “unas declamaciones graves en materia y de muy buena poesía española” al que se halló presente “el gobernador y religiones y demás del pueblo”.²

Esta noticia, una de las primeras que tenemos sobre la escritura de versos en las Islas del Poniente, puede servirnos para esbozar algunas ideas básicas sobre la poesía hispanofilipina del siglo XVII. Por un lado, la poesía como práctica social está casi siempre al servicio de la fiesta pública, tanto cívica como religiosa. La institucionalidad literaria de la Manila colonial se solapa casi exactamente con la del poder imperial hispano; y son casi siempre frailes, escribanos y soldados quienes escriben este tipo de poesía pública. Buena parte del exiguu corpus que conservamos de poesía hispanofilipina colonial se desplegó además como escritura expuesta (Petrucci 1986; Castillo Gómez

2005), o “poesía visualizada” (Orozco 1983), en el espacio urbano antes de formar parte de un libro impreso o manuscrito. Por otro lado, la poesía emerge a menudo como parte de un crisol de prácticas culturales que aspiraban a armonizar hegemonícamente la complejidad lingüística y étnico-racial del archipiélago. Es una poesía, en suma, imperial, festiva, expuesta y multilingüe. Es al mismo tiempo oficial y callejera, cosmopolita y parroquial, efímera y omnipresente.

Pocos años después, la carta jesuita de 1611, escrita por Gregorio López, da cuenta de la intensificación de todos los rasgos que vamos esbozando –los de una poesía urbana, pública, anónima, heterónoma y multilingüe–. En el certamen que convocaron los de la Compañía para celebrar la beatificación de San Ignacio de Loyola, “entraron en competencia más de doscientas y cincuenta composiciones latinas, griegas, italianas, castellanas, portuguesas, vizcaínas, tagalas, visayas y mexicanas, de varios géneros de metros” (López 1611). En las Filipinas, la lírica en la lengua del colonizador siempre se recortó sobre un paisaje métrico y sonoro profusamente multilingüe y mayoritariamente nativo. Pero más que celebrar la diversidad lingüística, o la armonía polifónica de un imperio ordenador, la agregación de poemas en lenguas europeas (clásicas y modernas) e indígenas aspiraba casi siempre a espectacularizar el virtuosismo verbal de los frailes que mayoritariamente las componían.

El certamen estaba en parte financiado por el regimiento de la ciudad y convocó, siempre según la misma carta, a las élites civiles y eclesiásticas de la colonia:

acudieron sin ser convidados a nuestra iglesia el señor Arzobispo, Real Audiencia, Ciudad y Religiones a gozar de las poesías, a que dio principio un breve y sentencioso coloquio en que se representó el bien que nuestro Santo Padre y la Compañía ha hecho al mundo por medio de las letras. Luego se fueron leyendo las composiciones premiadas y algunas otras muchas de religiosos de Santo Domingo y San Francisco y San Agustín, las demás de capitanes y estudiantes y soldados, quedando todos admirados de que lo último del orbe y donde más se trata de guerras que de letras, tenga tan excelentes poetas como en esta ocasión parecieron. (López 1611)³

El solapamiento entre el campo literario y el campo de poder es casi perfecto y típico, como sugirió Ángel Rama (1984) en un trabajo célebre de la ciudad letrada como formación cultural específicamente urbana y colonial. Los poetas de la ciudad letrada son oidores, misioneros, maestros y estudiantes, escribanos y soldados. Y la poesía académica, tan característica del siglo XVII, ofrecía formas de consumo y socialización que serían particularmente necesarias, como estrategia distintiva, y gratas a la minúscula república de europeos que siempre habitó precariamente Manila, “fatal sepulcro de los españoles y como red barredera de la muerte” (Alcina 1996b, 39).

La más sorprendente y completa colección de poesía hispanofilipina es relativamente temprana. En 1623 tuvo lugar en Manila –siempre con dos años de retraso en la colonia más distante– la celebración pública de la sucesión monárquica entre el tercero y el cuarto de los Felipes. Y en 1625, el escribano y alférez Diego de Rueda y Mendoza concluiría una *Relación verdadera de las exequias funerales que la ynsigne ciudad de Manila celebró a la muerte de la majestad del Rey Felipe tercero y Reales fiestas que se hicieron a la felice sucesión de su único heredero y señor nuestro Felipe IV* seguramente sea el documento literario más importante de las letras hispanofilipinas del seiscientos (Martínez 2017a). Entre la prosa de la relación de fiestas, el soldado Rueda entreveró una antología poética de los versos que habían vestido las paredes de Manila para la celebración.

La poesía adornó el túmulo de Felipe III y las naves de la iglesia catedral, como parte de un despliegue visual que amplificaba los versos en lienzos y tarjetas que, a menudo, excedían el metro cuadrado: “pusieronse a trechos más de cuatrocientos papeles de varias poesías, orlados todos de colores, que los más pequeños fueron de a vara en cuadro” (Martínez 2017a). Algunos textos se sostendrían por sí solos, exentos, mientras otros eran parte de composiciones emblemáticas, yendo acompañados de “muchos jeroglíficos que se pusieron en los pedestales de las columnas y pirámides y en otras partes del túmulo” (Rueda 1625, 51v). La mayoría de ellos, como suele ser el caso, constituyen “emblemas nudos”, ya que no hemos conservado la *pictura* (López Poza 2013, 112). Los motes y epigramas, en latín y en castellano, que recoge Rueda, habrían adornado originalmente “jeroglíficos pintados al olio” y “figuras de escultura” (Rueda 1625, 43r–46v), además de la nave de la iglesia mayor. Diseño poético y programa iconográfico son inseparables en la fiesta barroca, tanto en la colonia como en la metrópolis: “inserta en esos entramados simbólicos”, comenta Antonio Castillo Gómez, “la escritura expuesta, epigráfica o pintada, enunciaba la dominación del poder y las elites, al mismo tiempo que intervenía en las relaciones sociales con el fin de obtener la adhesión al orden político, social y religioso imperante” (Castillo Gómez 2005, 38).

La *Relación* de Rueda incluía canciones (8), sextinas (1), sonetos (27), décimas (11), tercetos (3), liras (1), octavas (18), letras (59), romances (6) y redondillas (7). Además de los versos españoles, el manuscrito antologaba textos en latín (33), letras en portugués (4), un *awit* o canción en tagalo y varios poemas “escritos en la lengua japona y china” (aunque en realidad el folio reservado al texto japonés figura en blanco, como a la espera de calígrafo).⁴ Algunos de estos textos se atribuían colectivamente a las *naciones* que convivían en Manila, como una décima de los chinos cristianos (105v) o unas octavas de los sin convertir” (105r). La espectacularización urbana de la diversidad étnica y lingüística del archipiélago, y particularmente de Manila,

es uno de los rasgos más característicos de la producción cultural filipina de la época colonial, y también de su poesía:

Las gentes y naciones son diversas,
diversas sus costumbres y cuidados,
las fortunas son prósperas y adversas,
favorables y adversos son los hados.
Los japones, los chinos y los persas,
los españoles, presentes y pasados,
nos iguala la muerte según vemos,
y en nacer y en morir nos parecemos.
(Rueda 1625, 125v)

En la étnicamente compleja sociedad manileña, los tópicos morales en torno a la *vanitas* barroca cobran nuevo sentido en esta danza macabra solo aparentemente igualadora de algunas “gentes y naciones”: naturales, mestizos, africanos o malabares esclavizados escapan a la lógica poética y teológica de la trascendencia. La mayoría de los textos se debe a los “hombres de intramuros” (Bernal 1965, 110–111), los letrados españoles que, ya originarios de la península de la Nueva España, gobernaban la colonia, y fundamentalmente sus instituciones eclesiásticas. “No se escriben todos”, dice Rueda, “sino los que han parecido ser más a propósito, hechos algunos por padres dominicos y otros por religiosos de la Compañía de Jesús y otros por religiosos augustinos de la Recolectión y por otros varios ingenios que los hay sutiles y agudos en estas partes” (Rueda 1625, 51v).

La que Simón Díaz (1995) llamó literatura mural” ofrecía diferentes formas de interacción a los públicos amplios y heterogéneos de la ciudad altomoderna. Por un lado, la propia naturaleza efímera de los papeles, unida a la energía poética que convocaba el ritual público, hacía codiciable el contenido textual de lienzos y tarjetas. Algunos aspirantes a la república de las letras se abalanzaban sobre ellos incluso antes del final de la celebración. En la celebración pública de la beatificación de Ignacio de Loyola, los estudiantes del madrileño Colegio de la Compañía “algún rato estuvieron con paciencia leyendo parte de ellas”, pero “en un punto las tomaron todas sin poderse resistir”. En 1612, en Murcia, se pusieron ocho guardias para proteger los poemas expuestos en el túmulo de la reina Margarita de Austria (Simón Díaz 1995, 171). Por otro lado, sin embargo, la epigrafiya poética de una ciudad como Manila tendía a poner de relieve “la dimensión estética del signo escrito, entendido como juego geométrico de la inscripción y trazo” (Rodríguez de la Flor 2000, 333), más allá del contenido de textos que muy pocos podían leer. A pesar de que los funerales, como el resto de los rituales públicos, convocaban a “mucha multitud de hombres y mujeres, así españoles, vecinos e infantes, indios o

naturales, esclavos y de otras diversas naciones” (Escoto 1668, 16r-v), la mayor parte de su aparato simbólico es de circuito cerrado y recalitrantemente elitista: el acceso de los grupos subalternos, en una ciudad como Manila, a los códigos poéticos del barroco global es inevitablemente limitado.⁵

La relación de Rueda, primera y principal antología de poesía hispanofilipina, es también la primera en registrar la escandalosa reinención de la lengua poética (Blanco 2012) que llevaron a cabo el *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora a partir de 1613. La “Canción en que llora Manila la muerte de su rey” despliega toda la pirotecnia verbal de la nueva poesía en una fecha muy temprana, tanto que antecede, extrañamente, a las primeras muestras de gongorismo novohispano:⁶

Al pie de un árbol triste que de plantas
noturno búho es, no filomena,
a quien Pasis efímera canoro,
que un día le da cuna y tumba, tantas
veces le besa cuantas le encadena
con lengua y grillos de cristal sonoro,
donde el festivo coro
un tiempo se veía
de ninfas y se oía
de sirenas canoras mil con plumas
que tienen verdes ramas por espumas,
la que al viento enfrenaba melodía
ninfa triste a los cielos, mar y viento
sus males confesaba en su tormento.

(Rueda 1625, 51v-52r)

El hipérbaton, la hipálage, los cultismos y algunas metáforas e imágenes de pura raigambre gongorina estructuran el canto fúnebre de la ninfa Manila que, a orillas del Pásig, llora a su rey Felipe III. El texto es prueba de la rapidez y profundidad con las que la nueva lírica barroca se interioriza y se vuelve idioma estético de las élites coloniales del imperio. Y no es el único poema escrito en el registro de la nueva poesía en la *Relación*: en el mismo registro lírico hablan “Mi pleto destemplado, ronco aliento” (77v) y “Lastimosas de amor tiernas querellas” (91v), que dialoga con el “lagrimosas de amor, dulces querellas” de la *Primera Soledad* (v. 10).

La antología contiene sonetos en eco (“Sin duda que anda el desterrado, errado”, 69v), en vizcaíno fingido (“¡Pardiez! Cuando Felipo estáis parido”, 100r) y otros artificios barrocos, aunque de larga tradición renacentista. La poesía de Góngora, Quevedo o Lope, a juzgar por sus imitadores antipodales, circula en el archipiélago y determina en buena medida los códigos estéticos del barroco hispanofilipino. Tal vez menos esperable sea la existencia de “otro

soneto a lo villanesco” que comienza imitando, para rápidamente invertir su sentido, el famoso soneto con estrambote de Cervantes, “Voto a Dios que me espanta esta grandeza”:

Por San Benito que es bello el tumuloso
y que no fue mejor el de Sevilla,
tiene Manila en sí una maravilla
que aunque es pequeña es de muy gran vaso.

Hala guardado el rey con fuerte brazo
con tanta estimación como a Castilla,
llora Luzón su ya perdida silla,
que en lágrimas al reino ha sido escaso.

Así que simulacro este pomposo
paga amorosa es que da la tierra
que quisiera a Filipo verle eterno.

Dios da el dolor y luego vuelve el gozo
con un Hércules bravo que en la guerra
será rayo de fuego sempiterno,

y a pesar del infierno
por ser de Dios lo que gobierna y manda
ha de volver a su corona Holanda.

(Rueda 1625, 92r-v)

Más que imitar a Cervantes, se apropia de la situación enunciativa que implicaba la anécdota narrativa del original. Pero lo hace para invertir casi completamente el sentido del texto: en lugar de descubrir el derroche simbólico del funeral regio, “la infraestructura que oculta todo aparato espectacular” (Rodríguez de la Flor 1999, 358), el soneto filipino considera el “simulacro pomposo” justa paga al señor de la tierra. La degradación rufianesca y agermanada de la máquina fúnebre se torna aquí en exaltación épica.

Al ritual sucesorio de 1623 seguirían otras muchas festividades que darían lugar al tipo de ceremonial público que hemos visto hasta ahora, siempre acompañado de la poesía. En algunos casos, la fiesta contaría con un relator como Rueda y Mendoza que se cuidaría de perpetuar el “efímero de Estado” (Rodríguez de la Flor 2000, 161–185). Pero de ellos, apenas un puñado han llegado hasta nosotros, a menudo en copias únicas disgregadas por el disperso archivo del colonialismo español en Filipinas. No contamos con ningún estudio sistemático de la producción poética filipina colonial escrita en español, cuyo

corpus habrá que elaborar fundamentalmente a partir de las relaciones de fiestas. En 1637, por ejemplo, la entrada del gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera, tras pelear en Mindanao contra el sultán Qudarat, dará lugar a un puñado de poemas panegíricos (Barrantes 1878, 310–317; Donoso 2016, 29–31). En 1649, el impresor tagalo Simón Pinpín publicaría el *Aparato fúnebre y real pira de honor que erigió la ciudad de Manila a las memorias de Balthasar Carlos*. Y el nacimiento de Felipe Próspero en 1657 se celebraría en Manila, con los habituales dos años de retraso, y la pompa municipal quedaría registrada en los *Prensados fastos, descriptivos mapas de festivas aclamaciones, y pomposos júbilos, con que inundó en perennes alegrías a la insigne ... Ciudad de Manila ... el Señor Don Sabiniano Manrique de Lara ... su Gobernador... por la felicísima nueva del nacimiento del más deseado príncipe Don Felipe Próspero* (Manila, 1660), de Alonso del Valle, sacerdote en la catedral, capellán del tercio del fuerte de Santiago e importante letrado de la colonia. Como las otras, esta relación combina la prosa y el verso que recoge de las calles y las sedes del poder colonial en Manila. En el segundo día de las celebraciones, Alonso del Valle dice haber adornado un arco iris el palacio del nuevo gobernador de Manila, don Sabiniano Manrique de Lara. El capellán relata los versos que, al efecto, “conceptuó un discreto”:

Ese délfico Dios, titán flechero,
mina de rayos, corazón del mundo,
protolunar del cielo archifecundo,
padre de luces, que las gira arquero,

con las que flecha el húmido hemisfero,
prohija a Iris, como a sol segundo,
porque sea en el globo vagamundo
de su poder y rayos pregonero.

Así, señor, el rey sol de influencia
con los rayos que fia a vuestra mano,
os prohija por Iris de excelencia

por vicesol del globo manilano:
comenzáis con la vuestra a hacer notoria
la legítima luz, que dio su gloria.

(del Valle 1660, E2v)

Manrique de Lara, nuevo y afamado gobernador de las islas, es a Felipe IV lo que Iris es al sol Apolo, hecho aquí padre de la ninfa. Manila es figurada poéticamente como centro de un nuevo “globo manilano”, ese “tercero y nuevo mundo” (Jaque 2008, 64) que, en el discurso colonial de las élites imperiales,

se imaginaba a la vez en continuidad y ruptura con la Nueva España, virreinato del que dependía este subsistema estelar, con su propio *vicesol*.

En 1668 Simón Pinpín, impresor de los jesuitas, volvería a sacar a la luz dos nuevas relaciones de fiestas: la *Llorosa descripción, sentido duelo, funebre monumento* que Andrés Escoto compiló con ocasión de la muerte del arzobispo de las Filipinas, Miguel de Poblete, y el *Cenotaphio real de la magestad de Philippo Quarto* de Francisco Deza, que se ocupaba de los funerales de Felipe IV. Deza, que estaba a cargo de la parroquia de Santiago extramuros de Manila, era uno de los jesuitas a los que parece haberse convocado para el diseño poético del túmulo real. Estas dos octavas “con moral enseñanza de la brevedad de la vida” adornaban el cenotafio:

Este, que ves, túmulo erigido,
 este que ves asombro de tristeza,
 este despojo y ruina del olvido
 termina de Filipo la grandeza.
 Del mundo fue la gala, la entereza,
 del uno al otro polo obedecido
 Atiende tú, mortal, y considera
 Que es cometa la vida en su carrera.

Este obelisco en sombras arrogante,
 este Olimpo en incendios impaciente,
 este en tinieblas Etna centellante,
 este en cometas Mongibelo ardiente,
 este en bayetas enlutado Atlante
 y este en volcanes cáucaso eminente,
 por ley fatal de la atrevida Parca,
 es mausoleo del mayor monarca.

(Deza 1668, 19r)

El poema ensaya temáticamente algunos de los topoi más convencionales de la *vanitas* barroca. La deixis, combinada con el hipérbaton y a menudo anaforizada (“Este, que ves, túmulo erigido”) se había casi fosilizado como armazón sintáctica de la poesía funeral. Góngora, por ejemplo, había escrito en 1615 “Esta, que admiras, fábrica, esta prima” para la tumba del cardenal Sandoval en la catedral de Toledo (Góngora 2019, 1252); mientras que Quevedo ensayó la forma, entre otros, en “Estas que veis, aquí pobres y oscuras” y “Este, en traje de túmulo, museo” (Quevedo 1969, nos. 142, 253). Sor Juana Inés de la Cruz ofrecería, tras ellos y tras el anónimo filipino de Deza, la versión más memorable de este tipo de “elogio déictico” en “Este, que ves, engaño colorido”, que comparte con el anónimo filipino de Deza tanto la

estructura sintáctica y prosódica del verso inicial como algunos motivos, como los obeliscos o los volcanes, característicos de su imaginación tardobarroca.

Además de los funerales, las canonizaciones y las coronaciones dieron lugar también a breves colecciones poéticas. La canonización de san Francisco de Borja dio lugar a la *Descripción festiva* de José Sánchez del Castellar (1674). En 1677, los fastos en torno a otros tres nuevos beatos dejarían rastro en la *Sagrada fiesta, tres veces grande* (Pardo 1677), que además de poesía dramática (Zugasti 2016, 2018) contienen interesantes enigmas, villancicos y otros textos poéticos. En 1678, se imprimiría también en Manila *Lealtad empeñada* que había compilado el capitán Francisco de Moya y Torres. Y ya en el siglo XVIII, obras como la *Academia devota* de 1740 (Hill 2018; Mojarro 2020b), la obra poética trilingüe –tagalo, latín y castellano– del polígrafo Gaspar de San Agustín (McManus 2018; Donoso 2016, 32–35), los anónimos poemas de cautiverio de los *Trabajos leytanos* de 1740 (Donoso 2007) o la obra latina de letrados indígenas como Bartolomé Saguinsín (McManus y Leibsohn 2018) prolongarán las prácticas poéticas del Bajo Barroco al tiempo que abrirán poco a poco nuevos caminos a la lírica filipina. Considerada conjuntamente, la poesía del barroco hispanofilipino moviliza la ingeniería introspectiva del petrarquismo, el lenguaje tensionado del gongorismo y las tradiciones icónico-poéticas de la emblemática para elaborar una especie de afectividad pública y espectacular que modula, al ritmo marcado por sus élites letradas, el júbilo y el luto de la multitud urbana.

La monumentalización fastuosa de la ciudad colonial, la que Merrim describe como “la ciudad espectacular” (Merrim 2010), no fue, sin embargo, la única dimensión estética y política de la poesía hispanofilipina. Es posible detectar otras prácticas poéticas en los contornos de la ciudad letrada. En julio de 1610, el comisario del Santo Oficio en las Filipinas interceptaba un cargamento de libros dudosos en los muelles de la bahía de Manila. Entre los cuerpos de libros que reportaba al tribunal de México, del que dependía la actividad inquisitorial en las islas como parte del virreinato, el comisario requisaba unos “papeles que aquí me dieron que son unas bachillerías que se pueden escusar y mostrar sus ingenios en otras cosas y no poner por principios disparates como los hace en esa copla: ‘Adán no pudo pecar, / Cristo no resucitó, / San Juan no le bautizó, nadie se puede salvar’, que para gente ignorante escandaliza, y no saben de glosas ni sabe qué fin tienen” (Santa Catalina 1610, 536r). Las varias series de coplas, décimas y romances que el comisario envía a México conservan notación musical, tal vez cifrada para guitarra, y nos hablan de la existencia de una cultura poética festiva que, en ocasiones, rozaría lo herético. Y aunque carecemos, por ahora, de los testimonios suficientes, resultaría interesante explorar las ramificaciones transpacíficas de esa cultura poético-musical culta y popular que Antonio García de León asoció con la amplitud del Caribe afroandaluz (García de León 2016); repensar como *mar de los deseos* el que Spate llamó, con hipérbole imperial también barroca, el lago español.⁷

La poética urbana del barroco hispanofilipino también parece haber sido reinventada por algunos letrados ladinos. Tomás Pinpín, impresor como su hijo Simón, pero para los dominicos, nos dejó en su *Librong Pagaaralan nang manga Tagalog nang uicang Castila* (1610) unas canciones bilingües que alternaban versos o hemistiquios en castellano y tagalo.⁸ Los textos, que fueron concebidos como herramienta pedagógica para la enseñanza de léxico castellano a los nativos, nos revelan oblicuamente lo que Flores Galindo (1991) llamó, refiriéndose a la Lima virreinal, “la ciudad sumergida”, reverso asimétrico de la ciudad letrada y espectacular que construía la poesía de las relaciones de fiestas:

Amit

Panday bacal, herrero,
managangso, cazador,
manaacay, escudero,
magsasaca, labrador.

Mapagbanta, invencionero,
sampon naman, inventor,
mag tatauag, pregonero,
ang may catha, ay el autor.

Anlioagui, carpintero,
pintacasi, intercesor,
panday pilac, platero,
mangangadlit, sangrador.

Magaalac, vinatero,
mangagapas, segador,
at ang sogo’y, mensajero,
maglilingcod, servidor.

Ulang asaua, soltero,
manonocso, tentador,
ang mang aahit, barbero,
mag bobono, luchador.

Mananayom, sintorero,
palainom, bebedor,
ang bibigan es parlero,
mapagbibig, hablador.

Mamomocot, chichorrero,
mamamandao, pescador,
mag lalangis, aceitero,
palasugal, jugador.

Mag sa sampan, champanero,
mag bobobo, fundidor,
mapamasag, quebrador,
ang magbababuy, porquero,
hocom, alcalde mayor.

(Artigas 1910, 177)

El *awit* alinea una procesión de trabajadores y tipos sociales urbanos, llenando de vida plebeya las arquitecturas un tanto huecas de la pompa imperial. No hay jerarquía ni patrón reconocible más allá de la rima encadenada y la simetría bilingüe de los hemistiquios, que Vicente Rafael describió como *sincopada* (Rafael 1993, 63). Esta lista rimada de sustantivos comunes evoca, sin embargo, el rico paisaje humano de la Manila colonial: los carpinteros de los astilleros de Cavite, los valorados herreros y plateros de Cagayán o Pintados, los pregoneros que, según Loarca (1582, cap. 11), ya existían en las sociedades filipinas prehispánicas, los barqueros (champaneros) chinos y mestizos en las playas y muelles del Pásig, los sangradores y barberos tagalos que gozaban de fama en la Nueva España (Cope 1994, 21), o los más de tres mil *chinchorreros* sangleyes que en 1603 habitaban las comunidades pescadoras de Tondo y Binondoc (Alva Rodríguez 1997, 40). En este y otros *awits*, Pinpín despliega un registro coloquial, mestizado y un tanto indecoroso que contrasta tanto con el barroco global de los letrados de la monarquía como con las coplas bachilleras de los heterodoxos. Pinpín concluye su galería poética con el contraste, seguramente satírico, entre *porquero* y *alcalde mayor*.

Casi con toda seguridad, las culturas poéticas de la Manila barroca fueron más variadas y conflictivas de lo que deja ver la cuidadosa ordenación simbólica de las parcas colecciones que nos han llegado. Las relaciones de fiestas, es verdad, conservan algunos de los testimonios más vívidos de la vida pública y callejera de la Manila colonial, pero apenas nos permiten atisbar, por ejemplo, la compleja interacción que parece haber existido entre oralidad y escritura, y entre los múltiples registros orales y escritos de las muchas lenguas en contacto; o entre un tipo de elevado barroco imperial, globalizado, y sus vernacularizaciones plebeyas y locales; o entre las tradiciones poéticas europeas y las filipinas, cuya “latitud y abundancia” el padre Francisco de Alcina en 1668 hacía rivalizar con la de las lenguas clásicas, imaginando a los poetas visayas como Góngoras indígenas por su “facilidad y agudeza” y por sus “finísimas metáforas” (Alcina 1996a, 5, 7).

La falta de metarrelatos críticos e históricos en torno a la producción cultural filipina del primer momento colonial podría ser una ventaja a la hora de, tras el giro transpacífico (Mojarro 2019b, 2020b, 2021d; Lee y Padrón 2020; Park 2022), dotarla de sentido. Tal vez valdría la pena interrogar el corpus textual que aquí apenas hemos esbozado a la luz de las efervescentes discusiones que tuvieron lugar en torno al Barroco americano o Barroco de Indias como estética constitutiva de América Latina en tanto territorialidad cultural, como dispositivo cultural –masivo, dirigido– del estado imperial, como lenguaje de la conciencia criolla, como arte de la contraconquista, como espacio de heterogeneidad y transculturación, o como espejo y depósito premoderno de estéticas posmodernas. La poesía filipina seiscentista podría también prestarse a lecturas que se atrevan a teorizar, por ejemplo, el tipo de poética transnacional (Ramazani 2009) que animó esas prácticas líricas en una de las ciudades más diversas y políglotas del planeta barroco (Gruzinski 2000).

Notas

- 1 Este trabajo se inscribe en las investigaciones del proyecto *Vox Populi. Espacios, prácticas y estrategias de visibilidad de las escrituras del margen en las Épocas Moderna y Contemporánea* (PID2019-107881GB-I00), financiado por el Gobierno de España y dirigido por Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas.
- 2 Tanto Chirino (1604) como Colín (1900, vol. 2, 105) se valieron de esta carta.
- 3 Ver también Colín 1904, 3: 268–73; Retana 1909, 26.
- 4 Se puede ver un comentario y traducción al inglés de los poemas chinos, por Carl Kubler, en McManus y Leibsohn (2018; 573–574).
- 5 Para calibrar la distribución social de la emblemática ceremonial, es interesante ver el diálogo entre Maravall (2002, 501–524) y Rodríguez de la Flor (2009, 209–252, esp. 214).
- 6 Me he ocupado de este asunto más por extenso en Martínez (2019).
- 7 Sobre la cultura musical del archipiélago en la época colonial, ver el excelente trabajo de Irving (2010), con observaciones importantes sobre música y poesía.
- 8 Sobre Pinpín y sobre estos textos ver Lumbea (1986, 38–39), Rafael (1993, 55–83) y Woods (2011).

6

LA LITERATURA CRISTIANA EN FILIPINAS (1593–1800)

Regalado Trota José

Introducción

Si entendemos que la literatura producida por la iglesia católica durante los dos primeros siglos del régimen español en Filipinas tuvo como objetivo la evangelización, se concluirá entonces que prácticamente todas sus obras debieran estar incluidas bajo el marbete “literatura cristiana”.¹ Los miembros de la Iglesia, desde obispos hasta misioneros y autores laicos, escribieron con el objetivo primordial de la cristianización, traer el reino de Cristo a la tierra y procurar la salvación de las almas. Incluso obras tan aparentemente mundanas como los diccionarios se compilaron para que la predicación y la administración de los sacramentos se pudieran realizar a través de los idiomas nativos. Los frailes, asimismo, presentaron de forma impresa quejas contra funcionarios del gobierno y miembros de otras organizaciones religiosas debido a los impedimentos que sufrían para llevar a cabo sus labores misioneras. Las actas capitulares de las órdenes proporcionan valiosa información sobre la situación religiosa del archipiélago.

También debemos tener en cuenta que, aparte de lo que suele formar parte de la literatura a la que aquí nos aproximaremos, como los libros y los folletos, existieron obras de carácter más efímero que tomaron la forma de volantes o grandes hojas de papel, destinadas a colocarse en las puertas de las iglesias, como los aranceles o los bandos, u hojas de papel más pequeñas, las llamadas “hojas volantes” que contenían anuncios de defensas de tesis en la Universidad de Santo Tomás, certificados de miembros profesos de cofradías, obituarios o, incluso, invitaciones a procesiones. El volumen de impresos publicados fue sustancial: en la década de 1631–1640, hubo unas 35 publicaciones; en la década de 1681–1690, el número de libros fue sorprendentemente menor: 26.

Los números cambiaron drásticamente en el siguiente siglo. Entre 1731 y 1740, se imprimieron 98 títulos, debido a que ya funcionaban entonces tres imprentas: la dominica, la jesuita y la franciscana. Aunque las obras de autoría civil ascendieron a 12, la Iglesia volvió a estar en la cima: 21 actas y manuales institucionales de la iglesia; 20 sermones; 16 novenas y devociones privadas; 11 conflictos eclesiásticos 8 catecismos; 6 obras religiosas misceláneas (incluidos libros de texto académicos); y 4 obras de lingüística misionera (diccionarios y gramáticas). En la década de 1781–1790, vieron la luz 140 títulos: el gobierno civil cobró un gran protagonismo en las publicaciones con sus 48 obras de entre las 140 inventariadas.

Comprendiblemente, las obras destinadas a ser leídas por los misioneros y los oficios eclesiásticos se escribieron en español y latín. Además, se publicaron libros en chino de Fujian y japonés durante los primeros cincuenta años de la historia de la imprenta. Estos estaban destinados no solo a las comunidades de Manila, sino también a los nuevos territorios misioneros fuera de Filipinas. Pero desde el principio, los tratados religiosos se publicaron en español junto con los idiomas locales. La *Doctrina Christiana* de 1593 [#1] incluía traducciones de textos españoles en tagalo, tanto en su escritura prehispánica llamada *baybayin* como en forma romanizada. El trabajo más antiguo en bisaya data de 1610 [#16], aunque no está claro si se trata del bisaya de Cebú o de Panay. Estas diferencias se reconocen en trabajos posteriores: para la lengua de Panay, el ilongo 1730 [#408] y para la lengua cebuana, denominada “Zibuana”, 1731 [#416] o “Sugbuana”, 1731 [#422]. Los años iniciales para otros idiomas son: pampango, 1614 (Hernández 1998, 6–8); ilocano, llamado en su momento *sinasamtoy*, 1620 [#33], reeditado en 1621 [#35], lo que prueba que existía una cierta demanda popular; bicol, 1647 [#115]; pangasinense, 168 [#221], y más definitivamente en 1689 [#244]; e ibanag, denominada en los siglos XVII y XVIII “lengua cagayana”) 1720 [#341, #342]. Curiosamente, se publicaron al menos dos obras en portugués, en 1697 [#261] y 1722 [#350].²

Enseñar la fe: los catequismos

El primer obispo de Manila, Domingo de Salazar, convocó un sínodo en 1582 donde se acordó que los nativos de Filipinas fueran evangelizados en sus propios idiomas y que se adoptara un catecismo normalizado en tagalo preparado por el franciscano Juan de Plasencia. La *Doctrina Christiana en lengua española y tagala corregida por los Religiosos de las órdenes* fue finalmente impresa en bloques de madera en 1593 [#1]. Todos los textos iban seguidos por una traducción al tagalo en su escritura prehispánica, el *baybayin*. La *Doctrina* comenzaba con las letras del alfabeto español, señalando cómo debían pronunciarse, seguidas de los caracteres del *baybayin* (que, sin embargo, no correspondían al orden del alfabeto español). A continuación iban los rezos básicos: el padrenuestro,

el avemaría, el credo, la salve y los principios de la fe cristiana: los artículos de la fe, los mandamientos de la ley de Dios, los mandamientos de la santa madre Iglesia, los sacramentos de la santa madre Iglesia, los pecados mortales, las obras de misericordia y la confesión. La *Doctrina* termina con un conjunto de preguntas y respuestas sobre la fe, comenzando con “P. Eres cristiano? R. Si, por la misericordia de Dios” (*Christiano ca na? / Oo,t aua nang atin Panginoon Dios*).

Finalmente, también se introdujeron catecismos de autores católicos de otros países europeos, se aclararon con comentarios y se tradujeron de manera similar a otros idiomas filipinos. Algunos se redujeron a compendios. Siempre hubo una necesidad constante de reimpressiones, cuando no de copias manuscritas que se pasaban de mano en mano por necesidad. En 1769 [#727], el arzobispo de Manila Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina publicó una sustanciosa *Explicación de la Doctrina Christiana* de 190 páginas, utilizando el formato de diálogo introducido en 1593. Esta forma de enseñanza sería curiosamente parodiada a fines del siglo XIX por propagandistas antifraileños como Marcelo del Pilar, quien escribió *Dasalan at Tocsohan* (Oraciones y preguntas tentadoras; 1888).

Ordenar la fe: los manuales y las guías

A medida que crecían las comunidades cristianas y se construían iglesias, se escribieron manuales para la celebración ordenada de la misa y la correcta administración de los sacramentos.³ Se prepararon guías para la correcta recepción de la comunión, que necesariamente iban precedidas de la confesión. Tomás Pinpín tradujo preguntas para la confesión y las incluyó en su manual para que los tagalos aprendieran castellano, publicado en 1610 [#18] y reimpresso en 1752 [#625a]. Uno de los confesionarios más famosos fue el escrito por el franciscano Sebastián de Totanés (1745 [#561]). Las preguntas sobre los mandamientos sexto y noveno fueron profundamente penetrantes, y cualquier tagalo que hoy los leyera se sonrojaría.

Se imprimieron decretos pontificios y bulas, junto con cartas pastorales de los obispos y exhortaciones de los jefes de las diversas congregaciones religiosas. La Bula de la Santa Cruzada, que concedía indulgencias para ciertas obras de caridad, fue reimpresa varias veces y traducida a varios idiomas. Algunas de las cartas pastorales de monseñor Sancho tenían más de cien páginas; su *Carta Pastoral para sacerdotes, predicadores, confesores y párrocos de la archidiócesis* fue publicada en 4 partes entre 1773 y 1775 [#744, #752, #757]. Sancho incluso emitió un decreto en 1769 que permitía la lectura de libros contra los jesuitas, un peculiar contraste con el índice de libros censurados.

Una indicación externa del alto grado de cristianización de Filipinas en el siglo XVIII fue el mayor número de fiestas e, incluso, de campanas de iglesia. En 1737, el arzobispo de Manila, Juan Ángel Rodríguez, señaló que los

días festivos ahora ocupaban un tercio del año, y publicó un bando [#470] limitando el número anual de tales fiestas.

Vivir la fe: las devociones

El período español fue especialmente rico en devociones a Dios, a la Virgen María y a los santos. Las devociones impresas estaban pensadas tanto para ser leídas individualmente como en grupo. La mayoría se publicó en forma de pequeños folletos de pocas páginas. Las que se hacían populares recibían varias ediciones, mientras que otras eran copiadas a mano. Las traducciones en tagalo, cebuano e ilongo, fueron las más comunes, aunque también se hicieron versiones en pampango, ilocano, bicol, pangasinense e ibanag en menor número.

Se animó a los fieles, tanto españoles como filipinos nativos, a unirse en organizaciones y cofradías que combinaban el trabajo caritativo con una vida de oración activa. Los agustinos promovieron su Archicofradía de la Correa de San Agustín, mientras que los franciscanos tuvieron su Archicofradía de la Cuerda de San Francisco, y los jesuitas su Congregación de la Virgen María. Tanto los franciscanos como los dominicos atrajeron a miembros laicos a su Venerable Orden Tercera. La Hermandad o Cofradía de la Santa Misericordia llevó a cabo catorce obras de misericordia mientras funcionaba como banco para el comercio de los galeones. Estos grupos, que participaban en las procesiones religiosas con sus propios hábitos, estandartes e imágenes de santos patronos, fueron terreno fértil para los folletos religiosos y los libros de oraciones.

Otra literatura devocional religiosa proporcionaba meditaciones para cada día de la semana, o para rejuvenecer la vida interior, como *los Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, obra que tuvo al menos seis ediciones entre 1645 y 1800.

Devociones a Cristo

Sin duda, uno de los legados más duraderos y populares de la literatura de la era española fue la *pasyon*, la vida de Cristo en verso escrita por Gaspar Aquino de Belén. En la actualidad, durante la Semana Santa, se cantan versiones en varios idiomas filipinos. La *pasyon* más antigua que se conoce se publicó en 1703 [#280]: *Mahal na Passion ni Jesu Cristong Panginoon natin na Tola* [Vida preciosa de Jesucristo Nuestro Señor en verso] de Gaspar Aquino de Belén, impreso por los jesuitas en Manila. No se han encontrado copias de esta primera edición, pero conocemos la fecha de su primera impresión por las copias (solo quedan dos) de su quinta edición en 1760 [#684]. El *Mahal na Passion* fue la segunda parte de un libro, cuya primera parte fue un conjunto de oraciones por las almas de los moribundos del jesuita Tomás de Villacastín (impreso por primera vez en Zaragoza en 1613), traducido por Aquino de

Belén al tagalo como *Manga panalanging pagtatagobilin sa Calolova nang tavong nag hibingalo*. Esta obra estaba destinada a ser leída por miembros selectos de una comunidad en torno a una persona en sus últimos momentos, mientras que el *Mahal na Passion* debía cantarse durante el velatorio. La práctica era consolar a una persona moribunda y asegurarse de que ningún ritual prehispánico interviniera en la pérdida de esa alma ante el maligno (Javellana 1990).

Las bibliografías ofrecen evidencias de que se publicaron otras pasiones en el siglo XVIII, pero hasta ahora no han aparecido copias de estos impresos: una *Historia de la Sagrada Pasión del Padre Luis de la Palma*, traducida al tagalo por Pablo Clain, SJ, fue impresa al parecer en 1713 [#311]; también, interesantemente, una *pasyon* en ilongo fechada en 1738 [#480]; y otra en tagalo de don Luis Guian, miembro de la principalía tagala, impresa a instancias de otro jesuita, Juan Delgado, que escribió sobre esto a principios de la década de 1750 [#1038].

En el siglo XIX se hizo muy popular una *pasyon* con una redacción diferente (Javellana 1988), el *Casaysayan nang Pasiong Mahal ni Jesucristong Panginoon Natin na Sucat Ipag-alab nang Puso nang Sinomang Babasa* [Historia de la Preciosa Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, que encenderá el corazón de cualquier lector]. Aunque el texto del anónimo *Casaysayan* pasó por su primera censura previa antes de imprimirse en 1814, sus primeras estrofas iniciales son prácticamente las mismas que las de una *pasyon* escrita en 1794. Por su portada, sabemos que esta *Meditación de la Creación del Mvndo Vida, y Sagrada Pasión de Ntro. Señor Jesuchristo* [...] fue traducida al tagalo por Enrique Cortez, quien nació en Parañaque y entonces era residente de Ermita, dos distritos de Manila. Otro manuscrito tagalo, *Pasión en verso tagalo*, ha aparecido en los archivos agustinos de Valladolid, esta vez escrito en Bigaa (Bulacán), y fechado en 1813 [de la Calle 2020]. La sección sobre el Hallazgo de Cristo en el Templo se corresponde estrechamente con los versículos 392–395 del *Casaysayan*. Estos dos manuscritos son especialmente valiosos, no solo por sus ilustraciones, sino también porque son prácticamente los únicos que parecen haber sobrevivido a la instrucción del padre Mariano Pilapil en 1814 de reunir todas las pasiones antiguas y quemarlas (Javellana 1988, 14). Se ha datado este *Casaysayan* en los últimos años del siglo XVIII. Mientras que el *Casaysayan* y sus dos predecesores comienzan con la caída de Adán y Eva, el anterior *Mahal na Passion* comienza con el Jardín de Getsemaní. Sin embargo, todas estas versiones están relacionadas a través de los siglos porque coinciden en terminar con el juicio final.

También deberíamos incluir devociones centradas en ciertos aspectos de la vida de Cristo, como su salvación de almas, 1639 [#96]; las siete estaciones de la corona, las heridas y la sepultura de Nuestro Señor, 1692 [#253] (incluido en *Barlaam y Josaphat*); las reliquias sagradas de la Cámara Santa de Oviedo,

que incluían el sudario, la tela que supuestamente envolvía la cabeza de Cristo en el sepulcro, 1731 [#419]; y el Sagrado Corazón de Jesús, 1751 [#612].

Los santos se enumeran alfabéticamente, seguidos del año de la primera impresión conocida: Agustín, 1749 [#600]; Antonio Neiro, 1769 [#726]; Antonio de Padua, 1741 [#519]; Barlaam y Josafat, 1692 [#253]; Bienvenida, 1767 [#713]; Carlos Borromeo, 1749 [3590]; Estanislao Kostka, 1732 [#430] (el santo habló con Francisca Hocnio en 1729 y la curó); Francisco, 1771 [#735]; Joaquín, 1772 [#740]; José, 1648 [#125]; Juan de Dios, 1771 [#737]; Juan Nepomuceno, 1741 [#512]; Liborio, 1793 [#882]; Lucía, 1745 [#551]; Luis Gonzaga, 1758 [#666]; Magdalena de Pazis, 1731 [#413]; Mártires de Zaragoza, 1744 [#548]; Miguel, 1663 [#171]; Nicolás de Tolentino, 1614 (Hernández 1998, 6–8); Onofre, 1747 [#580]; Pedro de Alcántara, 1785 [#829]; Pedro de Verona, 1740 [#503] (la famosa *Academia Devota*); Rafael y Tobías, 1716 [#323]; Rita, 1747 [#573]; Rosa de Santa María, 1670 [#186] (Santa Rosa de Lima); y Vicente Ferrer, 1718 [#331].

Como dato curioso, la primera vida española de Santa Rosa de Santa María, ahora conocida popularmente como Santa Rosa de Lima, fue una traducción del portugués; se imprimió en Manila, y no en Perú: *Astro Brillante en el Nuevo Mundo...* (Manila, 1755), de Leonarda Gil de Gama, traducida por el dominico Fr. Antonio del Riego.

La elevación de los siervos de Dios a los altares también estuvo marcada con fiestas en Manila con sus correspondientes crónicas impresas: la canonización de Francisco de Borja, y la beatificación de Fernando Rey de España y Estanislao Kostka, 1674 [#204]; la beatificación del Papa Pío V, Diego de Bebaña y Margarita de Castello, 1677 [#213]; la canonización de Estanislao Kostka y Luis Gonzaga, 1729 [#397]; la beatificación del Papa Benedicto XI, 1742 [#533]; y la canonización de María de Jesús de Agreda, 1758 [#667].

Trabajos creativos

A falta de un término mejor, aquí se han agrupado algunos materiales literarios que no encajan del todo en las categorías anteriores. Estas son obras de naturaleza más creativa, no necesariamente destinadas a fines administrativos, pero ciertamente con la misma intención de fomentar la religión.

Entre los poemas de tema religioso, merece mencionarse un libro publicado con motivo de la inauguración de la nueva iglesia de Nuestra Señora de Guía en Ermita, a las afueras de las murallas de Manila, que consta de la historia del santuario y de la Virgen escrita íntegramente en verso por Fray Gaspar de San Agustín. Fue publicado hacia 1715 [#329]. También la famosa *Academia Devota* dedicada a San Pedro Mártir de Verona (1740 [#503]). Se publicó en Manila, aunque gran parte de los versos se compuso en Oaxaca, México. Se ha propuesto que las condiciones para su impresión en Manila en este momento, incluido un mejor papel, eran más favorables que en la Nueva España natal del

autor (Hill 2018). En 1753 [#631] y 1754 [#641], los franciscanos de Manila imprimieron poemas en honor de San Juan Duns Scoto en pliegos de gran formato, quizás destinados a ser leídos desde una pared o atril por grupos de devotos. Así mismo, la Universidad de Santo Tomás publicó una colección de poemas sagrados en latín para sus estudiantes en 1771 [#736].

Los sermones son alocuciones diseñadas para ocasiones especiales como nacimientos, bodas o funerales de personalidades destacadas, victorias militares, inauguraciones de iglesias, y canonizaciones o beatificaciones, y casi nunca se reimprimieron. Se llamaban “sermón panegírico moral”, “oración eucarística”, “acción de gracias” u “oración fúnebre” según la ocasión, y solían tener títulos prolijos y dramáticos. Los sermones constituyen un género único e importante cuya contribución a la literatura hispánica temprana en Filipinas aún se subestima y no han sido estudiados propiamente. Dan una idea de cómo fueron recibidos los acontecimientos de la patria en el reducto más lejano del imperio. Aunque los filipinos nativos no asistieron a las ocasiones en que se pronunciaron estas oraciones metropolitanas, la escritura prolija, las citas de fuentes extranjeras, la declamación ardiente y su gestualidad influyeron en el estilo de los párrocos locales. Tales manierismos todavía se pueden discernir hoy en la coronación poética de las bellezas provinciales o en las posturas de los candidatos políticos (pero ya no, irónicamente, en los pronunciamientos de los obispos). También se imprimieron colecciones de sermones para todos los domingos y ocasiones especiales del año, para ser leídos desde el púlpito (1684 [#233]; c.1726 [#375]; 1798 [#918]).

Lo que puede considerarse como una novela religiosa es la historia de *Barlaam y Josafat*, que llegó a Filipinas como un modelo de conversión escrita por San Juan Damasceno. La versión en español del dominico granadino Fr. Baltasar de Santa Cruz, en Manila (1692, [#253]) fue luego traducida al tagalo por un jesuita en la misma ciudad en 1712 [#304]. Sin embargo, estudios recientes han demostrado que este trabajo bastante grueso es, en realidad, una traslación cristiana de la vida de Buda (Levine 2019).

Crónicas

Cada una de las órdenes religiosas publicó historias largas y breves de sus instituciones que documentaban sus logros y retos en un estilo hagiográfico. A menudo incluían historias de milagros y mártires para edificación de sus lectores. De las historias de las órdenes publicadas en Manila, hay que citar las siguientes: para los agustinos recoletos, los 14 tomos de Juan de la Concepción, publicados entre 1788 y 1792 [#844–9, #854, #857–9, #867, #874–6]; para los franciscanos, las *Crónicas* de Juan Francisco de San Antonio (1738 [#478], 1741 [#523] y 1744 [#549])⁴; para los dominicos, las obras de Diego Aduarte (1640 [#100]), Vicente de Salazar (1742 [#534]) y Domingo Collantes (1783 [#815]); y para los jesuitas, la *Historia* de Pedro Murillo

Velarde (1749a [#595]). Los agustinos no publicaron ninguna historia en Manila durante el período en estudio, aunque sí en Madrid: *Noticia Histórico Natural...* (1763).

Inevitablemente surgieron conflictos entre la iglesia secular y las órdenes religiosas, entre las mismas órdenes religiosas o entre sectores de la iglesia y el gobierno civil. A menudo, en el centro de estos pleitos estaban los derechos percibidos del grupo religioso en cuestión de evangelizar según su propio método. Tales controversias involucraron principalmente a la comunidad española o novohispana, no a los nativos o mestizos. La publicación de una denuncia a menudo daba lugar a una serie de réplicas. Algunos de los conflictos que se vieron impresos trataron de la Santa Mesa de la Misericordia (1728 [#382, #384, #385 y #391]),⁵ la asignación de capellanes jesuitas a los galeones (1734 [#438–40], 1735 [#449–50] y 1737 [#465]) (ver Hill 2015 y 2021); el derecho de los jesuitas a la propiedad de la tierra, 1739 [#482, #483, #484, #485]; y la tormentosa liberación de Cecilia de Itta del beaterio de Santa Catalina (1751 [#615], 1752 [#620]).

Aunque decididamente poco edificantes, las réplicas proporcionaron una lectura morbosa en la vida normalmente tranquila de la ciudad.

Conclusión: Morir en la fe

A través de la publicación constante de catecismos, libros de oraciones, manuales y sermones, se intuye un tema o hilo conductor coherente. Existía una preocupación particular, rayana en la obsesión, por el culto al morir y a la muerte: es decir, un afán incesante por salvar almas del fuego del infierno para alcanzar la vida eterna. Los misioneros introdujeron una forma de vida cristiana que implicaba vivir en un estado de gracia. Los pecados que ensuciaban este estado de gracia debían ser confesados y absueltos. A principios del siglo XVII, los libros de confesión ayudaron a los penitentes a identificar sus pecados, así como prepararon a los sacerdotes para juzgar la gravedad de los pecados y dar la absolución correspondiente. Dichos confesionarios fueron escritos por miembros de las congregaciones religiosas destinadas a Filipinas (y dado que muchos escribieron por experiencia, sus tratados son excelentes fuentes de etnografía local) y traducidos a los diferentes idiomas: versiones en bisaya [#9] y tagalo [#15] posiblemente se imprimieron ya en la primera década del siglo XVII. La hoja de ruta espiritual del eventual viaje de una persona al más allá se trazó de manera complementaria para los nativos filipinos en las cuatro postrimerías, o las últimas cuatro cosas (muerte, juicio, cielo e infierno): ya en 1604 (por los dominicos) tanto para españoles y tagalos [#6], y 1623 (por los agustinos) [#46]. La impresión de 1604 fue, de hecho, uno de los primeros libros que se imprimieron tipográficamente (Mojarro 2020a).

El estado de gracia de una persona debía estar asegurado hasta su último aliento; uno de los incunables filipinos es una instrucción del arzobispo de

Manila, Miguel García Serrano, para absolver a un demente *in articulo mortis* (1621 [#38]). Se imprimían constantemente guías para ayudar a una persona a tener una buena muerte, primero en español (1673 [#198]), luego en tagalo (1703 [#280]) y en bisaya (1728 [#389]). En 1745 [#555] y 1783 se emitieron manuales para asistir a los moribundos en la preparación de su última voluntad y testamento (Ocampo 2017). La *Práctica de testamentos* de 1745 fue escrita por el renombrado jesuita Pedro Murillo Velarde; se reimprimió más tarde (1778 [#771]), e incluso en México (1765, 1792 y 1852) y París (1869). El conjunto más popular de oraciones por los moribundos y el velatorio dio lugar a la *pasyon* y sus múltiples versiones.

El culto a los muertos alcanzó alturas teatrales en la misa fúnebre de personalidades importantes, ya fuera para un difunto en su lecho o para un servicio conmemorativo. El punto álgido de tal ocasión fue el panegírico, conocido como oración fúnebre, y sabemos que tales eventos fueron tomados muy en serio porque se imprimieron muchas oraciones de este tipo, encuadradas en folletos que incluían descripciones detalladas de las exequias y grabados barrocos de los monumentos funerarios. Tales ritos eran principalmente asuntos de los ciudadanos españoles y americanos de Manila. De hecho, podemos extraer un recorrido de la historia del trono español repasando la lista de los sermones pronunciados para la realeza fallecida durante el período en estudio: la reina Margarita de Austria (entre 1610–1613 [#21]), el príncipe Balthazar Carlos (1649 [#127, #128]), el rey Felipe IV (1668 [#179]), el rey Carlos II (1702 [#272]), la reina María Luisa Gabriela de Saboya (1716 [#325]), Rey Luis I (1726 [#370, #376]), Rey Felipe V (1748 [#583], 1749 [#594]), Rey Fernando VI (1759? [#680], 1762 [#687]), la reina María Bárbara de Portugal (1760 [#683]), la reina regente Isabel Farnesio (1768 [#719]) y el rey Carlos III (1791 [#868]). De manera similar, se imprimieron elogios para funcionarios gubernamentales de alto rango, preladados, funcionarios de la iglesia y benefactores. El tono dramático de estos folletos se intuye en títulos como *España a un mismo tiempo afligida y consolada* [#272], *Estatua de verdadera grandeza* [#424], *Llanto de los Astros en el ocaso del Sol* [#437], *La cruz en la sepultura* [#491], *La piedra levantada en alto para mostrar el camino de la perfección* [#535], *El Moyses verdadero* [#542], *La Perla del Oriente derretida en llanto, y llanto elevado a perla fina de lealtad* [#583], *Nardo humilde* [#699] y *Espejo verdadero de Sagrados Pastores del Rebaño de Christo* [#782]. Cabe preguntarse si estas publicaciones especiales fueron leídas con avidez por los manileños; al igual que los sermones pronunciados y publicados en otras ocasiones, estas oraciones fúnebres posiblemente fueron embarcadas en el siguiente galeón para ser entregadas como una especie de tarjeta de presentación o regalo conmemorativo a las autoridades de México y España.

Hubo otro tipo de muerte que, en contraste con el fallecimiento de personalidades destacadas descrito anteriormente, fue ampliamente celebrado

y, en cierto modo, bienvenido. Estos fueron los martirios de los misioneros en tierras extranjeras, que proporcionaron ejemplos heroicos de profesar la fe frente a torturas insostenibles y la eventual ejecución. Se imprimieron sermones y narraciones de estos martirios en honor de los religiosos martirizados en Japón (1618–1641), en Tonkín (hoy norte de Vietnam, 1746–1776) y en China (1746–1767). Estos materiales fueron escritos en español y latín; uno de ellos (una versión de 1626 de [#52]) indicaba en la portada una imprenta falsa de Manila aunque se imprimiera en México para poder venderlo más caro.

El entierro de los muertos también justificaba una forma correcta de administración, para lo cual se imprimió un manual en 1722 [#351] y se reimprimió en 1741 [#522]. 509 copias impresas de una misa de difuntos se encontraban entre las enumeradas en la prensa jesuita en 1768 [#1055]. Como se señaló anteriormente, esta preocupación mortuoria podría rayar en la obsesión. En efecto, el arzobispo de Manila, Juan Antonio Orbigo y Gallego, puso el pie en el suelo en 1796 [#903] con un edicto moderando diversas prácticas eclesásticas, en particular la pompa abusiva de los funerales.

Aunque muertas y enterradas, las almas del purgatorio todavía necesitaban las oraciones de los vivos. Esta preocupación generó libros de oración especiales que explican los conceptos del purgatorio y el infierno, con oraciones para aliviar a las almas que se limpiaban en llamas antes de entrar al cielo. La mayoría fueron reimpresos de textos en español: *Gritos del purgatorio, y medios para acallarlos* (1711 [#297]), mientras que otros fueron traducidos a los idiomas locales. *Ang inhiernong nabvbvcas sa tavong Christiano, at nang hovag masoc doon* (Infierno que se abre para los cristianos y cómo no entrar allí, 1713 [#306]) se reimprimió al menos tres veces en el siglo XIX y se tradujo al cebuano (1731) [#416] y al ilongo (1740) [#509]). El traductor fue el prolífico jesuita bohemio Pablo Claín. Estaba dedicado al santo agustino Nicolás de Tolentino, que era el patrón de las almas, y en cuya festividad estos espíritus podían ser liberados del purgatorio con misas celebradas en su altar. En la catedral de Manila se fundó una cofradía para las Almas Benditas del Purgatorio, y en 1746 se concedió una serie de indulgencias para los miembros de esta cofradía [#566]. Muchos títulos de estas publicaciones funerarias llevan la palabra *honras*, honores para los muertos, de la que se deriva *undas*, la centenaria tradición filipina de visitar los cementerios los días 1 y 2 de noviembre.

Notas

- 1 Dado que el tema es muy extenso, este capítulo se ocupará, con algunas excepciones, de las obras publicadas –la cantidad de obra manuscrita es muy extensa–. Un aspecto inmediatamente observable es la larga extensión de los títulos de las obras, que incluso podían extenderse hasta la segunda página. Por esta razón, en lugar de citar títulos completos, se utilizará el número de entrada particular en la lista de *Impreso*

(José 1993), entre corchetes, y generalmente siguiendo el título abreviado o el año de la obra citada. Las entradas en *Impreso* también incluyen información recopilada de bibliografías anteriores, así como la localización de ejemplares.

- 2 El original de *Motivos que facem creivel...* fue escrito por un religioso español, pero traducido al portugués en Manila. Refutaba las ideas de luteranos y calvinistas.
- 3 No fue hasta 1798 [#912] cuando se publicó en Manila un manual ilustrado para misas, obra de Gregorio Galindo: *Sagradas rúbricas del misal romano*. Llevaba cuatro grabados del cura mestizo sangley Casimiro de los Santos. Solo se ha hallado un manual de música litúrgica, para canto gregoriano, en Bicol, impreso en 1727 [#379].
- 4 Para un estudio detallado de los trabajos publicados en este período, véase Sánchez Fuertes (1989).
- 5 Félix Huerta escribió alrededor de 1854 en su último libro: “se admira al ver las mentiras de este Resumen: la Misericordia no ha hecho otra cosa que robar a los partícipes de obras pías, y malgastar miles de pesos.”

7

PRESENCIA MUSULMANA Y LITERATURA

La representación del Otro

Ana M. Rodríguez-Rodríguez

La existencia de poblaciones musulmanas en Filipinas sorprendió a los españoles a su llegada a las islas en el siglo XVI y constituyó una de las mayores dificultades que debieron enfrentar en todo su imperio. Numerosos agentes coloniales escribieron sobre este encuentro y contamos con fuentes de gran riqueza donde indagar acerca de los procesos políticos, sociales, militares y culturales que lo caracterizaron. Dado que dos órdenes religiosas –los jesuitas y los agustinos recoletos– fueron las principales encargadas de evangelizar las islas del sur (Mindanao y el archipiélago de Joló), donde se concentraba la mayor parte de la población musulmana, podemos encontrar en los escritos de estas órdenes materiales de gran utilidad para estudiar este asunto. De este modo, las cartas producidas en ambas órdenes y los tratados históricos escritos por jesuitas y agustinos constituyen un componente fundamental para delimitar las líneas de la historia del encuentro hispano-musulmán en Filipinas y adentrarse en el estudio de la escritura producida en torno a este encuentro. Son de consulta obligatoria la *Relación de las islas Filipinas, y de lo que han trabajado en ellas los Padres de la Compañía de Jesús* (1604) y *Primera parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* (manuscrito publicado recientemente), ambas de Pedro Chirino; la *Labor evangélica* de Francisco Colín (1663), basada en la *Historia* de Chirino; la *Segunda Parte de la Historia de la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* (1749a), de Pedro Murillo Velarde, y la *Historia general de la Orden de Agustinos Recoletos* (Fabo del Corazón de María 1918, 1919a, 1919b). Además, podemos referirnos a un buen número de relaciones de sucesos que tratan de este tema, entre las que cabe destacar las siguientes: *Breve relación de la grande crueldad de gentiles y moros, contra los predicadores evangélicos del Orden de Santo Domingo y cofrades del Santísimo Rosario, en las Filipinas, Japón y en las Indias orientales, desde el*

año 1617 hasta 1627 (Barcelona, 1631); *Sucesos felices, que por mar y tierra ha dado N.S. a las armas Españolas en las Islas Filipinas contra el Mindanao, y en las de Terrenate, contra los Holandeses, por fin del año de 1636 y principio del de 1637* (Manila, 1637; Madrid, 1639); *Continuación de los felices sucesos que N.S. ha dado a las armas españolas en estas Islas Filipinas, por los fines del año de 1637 y principios del de 1638* (Madrid, 1639) y *Puntual relación de lo acaecido en las expediciones contra moros tirones, malanaos y camucones destacadas en los de 746 y 47* (Manila, 1747), de Juan de Arechederra.

Para los españoles, el enfrentamiento con el islam no era nuevo, tras siglos invertidos en el proceso conocido como “Reconquista” e, incluso después, tanto en forma de disputas con el imperio otomano en el Mediterráneo como dentro de la Península Ibérica, donde la relación con la población morisca originó constantes conflictos políticos y culturales que la expulsión de 1609–1614 trató de resolver sin lograrlo completamente. Esta larga historia de convivencia y conflictos determinó la aproximación a los musulmanes filipinos, muchas veces percibidos como continuadores de los enfrentamientos y las tensiones del pasado peninsular.

La conquista española de Filipinas propiamente dicha no comenzó hasta la expedición de Miguel López de Legazpi en 1565. Por esa época, la monarquía española luchaba contra los turcos en el Mediterráneo al mismo tiempo que atravesaba uno de los momentos más tensos en su relación con la minoría morisca, que acabaría provocando la sublevación de las Alpujarras en 1568. Percepciones y representaciones derivadas de ese conocimiento previo aparentemente podían contribuir a hacer más familiares para los autores y sus lectores unas realidades desconocidas. Pero, en realidad, esa experiencia vivida o aprendida impedía la posibilidad de apertura epistémica, por lo que los españoles en Filipinas a menudo apenas ajustaban sus propias percepciones al nuevo contexto que encontraban. Ante la desorientación que generaba el contexto desconocido, los funcionarios religiosos y gubernamentales españoles buscaron explicaciones en el ámbito de realidades que ya les eran bien conocidas.

A partir de 1565, los españoles aseguraron en apenas diez años el control de las provincias marítimas de las Filipinas en el norte y el centro del archipiélago. Sin embargo, en Mindanao y Joló se encontraron con musulmanes que resistirían intensamente al imperio español durante tres siglos. Las guerras entre españoles y musulmanes en Filipinas marcaron la vida en las islas durante generaciones. En 1635, se estableció en Mindanao el fuerte de Zamboanga, que encarnaba claramente las intenciones de España de conquistar los territorios musulmanes y convertir a sus habitantes al cristianismo. Las victorias españolas de 1637 y 1638 facilitaron el establecimiento de algunas misiones y la conversión de parte de la población, principalmente la no musulmana residente en la zona. Finalmente, los españoles abandonaron Zamboanga y todos los demás fuertes de la zona en 1663 por temor a un ataque a Manila por parte del corsario chino

Koxinga (Coseng en los textos españoles). No hubo combates significativos entre ambas fuerzas durante los siguientes cincuenta años.

Este conflicto no se definió en términos étnicos o raciales, ya que las poblaciones musulmanas y no musulmanas en Filipinas compartían el mismo origen étnico. La división que los españoles hicieron entre “indios” y “moros” como una forma de diferenciar a los nativos recién encontrados se basó en criterios religiosos. Esto se hizo evidente con el uso del término “moros” para referirse a todos los habitantes de Filipinas, entre los que se detectaron prácticas musulmanas más o menos implantadas.

Melchor de Ávalos fue destinado a Filipinas como primer oidor (juez) de la Audiencia, que se había constituido poco tiempo antes de su llegada. Llegó a Manila el 26 de mayo de 1584 y comenzó a enviar cartas a Felipe II sobre la situación de las islas, ofreciendo su evaluación y sugerencias. En dos de estas cartas, firmadas el 3 de julio de 1584 y el 20 de junio de 1585, Ávalos expresa sus opiniones sobre las medidas que el monarca debería implementar respecto a los filipinos musulmanes, contradiciendo en muchas ocasiones la política mandada por el rey y mostrando un arraigado rechazo al islam. Nos encontramos ante el principal exponente de la facción antimusulmana en Filipinas y sus escritos son fundamentales para entender las polémicas antiislámicas de la España de finales del siglo XVI.

En los textos de Ávalos, estos musulmanes recién encontrados principalmente en Mindanao y Joló son constantemente asociados con los de Berbería o con los moriscos, ya que el autor intenta representar lo que él percibe como una continuidad cultural y política basada en la similitud religiosa: “descendientes de los granatenses y otros enemigos de las Españas [...] desterrados, y con capital enemistad” (Ávalos 1585). Las cartas evidencian las tensiones entre las autoridades civiles y religiosas, que regularmente enviaban emisarios a la corte del rey para informarle sobre los abusos e injusticias que ocurrían en Filipinas, y Ávalos critica con fuerza lo que él percibe como excesiva indulgencia hacia los musulmanes por parte de las órdenes religiosas. Los jesuitas fueron los mayores opositores a las políticas que Ávalos defiende en sus cartas donde, por otro lado, presenta muy pocos hechos concretos que realmente sucedieran en las islas y se ocupa de relacionar a los musulmanes de Filipinas, por ejemplo, con los derrotados en Lepanto:

ningún príncipe cristiano debe consentir en sus reinos a los semejantes [musulmanes], y en lo que toca a conquistarlos claro está que se requiere menos cumplimiento que con los que son simplemente infieles, pues son los mahometanos enemigos de la Iglesia y de todo el Cristianismo.

(Ávalos 1585)

Un jesuita, Francisco Combés, escribió el documento más relevante con que contamos para conocer las relaciones hispanomusulmanas en Filipinas

en el siglo XVII. Se trata de la *Historia de Mindanao y Joló* (Madrid, 1667), cuyos mecanismos de escritura revelan un profundo intento por conocer, comprender y dominar una realidad desconocida que inicialmente intenta trasladarse a un terreno familiar mediante la asimilación a ciertos parámetros previamente conocidos de confrontación con el islam. Esto da como resultado un texto descentrado que se mueve entre la aparente confianza que provoca aquello que se sabe previamente y la constatación de que el conocimiento existente en realidad contribuye a la confusión, el caos y el fracaso.

Hay que recordar que Combés, al igual que los demás jesuitas que trabajaron en las islas, entendió que abandonar Zamboanga (1662), y con ello los intentos de evangelizar los territorios musulmanes filipinos, suponía un fracaso que echaría por tierra todos los esfuerzos previos de evangelización de la población indígena. La *Historia de Mindanao y Joló* forma parte de una red propagandística más amplia creada por los jesuitas para desacreditar esta decisión de las autoridades civiles, intentando provocar su reconsideración y destacando el afán de celebrar las glorias de los jesuitas y su lugar primordial en la política y evangelización de las islas:

Representé yo al gobernador por escrito, y de palabra todos los inconvenientes, haciéndole evidencia que la salud de las islas solamente consistía en tener guarnecido el puesto de Samboangan, porque con solamente residir allí los españoles [...] se le quitaba al Mindanao, y Joló la mitad del poder.

(Combés 1667)

No obstante, el texto trasciende esta intención primaria y ofrece la visión más completa disponible de la historia de Mindanao y Joló desde la llegada de los españoles, pero sobre todo representando al mismo tiempo la percepción y el proceso de comprensión del Otro musulmán. Además, el relato de estos hechos intenta rescatar de la periferia la labor de evangelización en un lugar tan marginal como el sur de Filipinas, y un libro como el de Combés sería fundamental como arma de persuasión jesuita en la Corte para la conservación de Filipinas en general, y de Mindanao y Joló en particular, aún más periféricas dentro del imperio, y cuyo único argumento de apoyo posible era la derrota del “moro”:

En estos Pueblos no hay más alcalde, ni justicia, ni gobierno que el Padre; porque aunque reconocen al gobernador de Samboangan, mas es en el miedo, que en el recurso [...]; a los Padres los tienen por de otro linaje de gentes, [...] cuidado que hoy los tiene pacíficos, y más justos.

(Combés 1667)

Francisco Combés es también el autor de otra importante obra, menos conocida que la *Historia de Mindanao*, pero imprescindible para profundizar en la escritura sobre el islam en Filipinas durante la época colonial. Se trata de la *Relación de las islas Filipinas* (Manila, 1654), en la que el autor aboga por el abandono de los esfuerzos militares en las Molucas para reforzar, en cambio, la presencia española en Mindanao, llegando a promover el enfrentamiento militar como prioritario frente a la exclusiva evangelización de la isla. Varios pasajes de esta *Relación* son replicados en la *Historia de Mindanao y Joló* y el relato de los eventos carece de la complejidad y las interesantes matizaciones de la última pero, con todo, vemos imprescindible la lectura de ambas obras para conocer y comprender asuntos tan importantes como la representación del islam filipino, las relaciones entre la orden jesuita y las autoridades políticas de las islas, y las prioridades de dicha orden en relación con la evangelización y conquista de la isla de Mindanao especialmente.

Algunos de los eventos narrados por Combés aparecieron previamente en la *Relación de las gloriosas victorias que en mar y tierra han tenido las armas de nuestro invictísimo rey, y monarca Felipe IV el Grande, en las islas Filipinas, contra los moros mahometanos de la gran isla de Mindanao, y su rey Cachil Corralat* (México, 1638), del también jesuita Diego de Bobadilla, y publicada inmediatamente después de que el gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera se enfrentara con éxito a las fuerzas musulmanas en la isla de Mindanao. Un jesuita muy destacado internacionalmente, el padre Marcello Mastrilli, formó parte de la expedición española durante su brevísima estancia en Filipinas, lo que le llevó a escribir una carta resumiendo los hechos de Mindanao al padre Juan de Salazar. La *Relación* de Bobadilla incorpora la carta de Mastrilli, junto con otras relaciones que ofrecen un cuadro completo de esta victoria española ampliamente celebrada.

La *Relación de las gloriosas victorias* se presenta en la portada del texto como sacada de varias relaciones de sucesos. Parecía haber un gran interés en la Ciudad de México por los recientes acontecimientos en Mindanao, pero la *Relación* no se limita a explicar estos hechos recientes y, aprovechando la participación directa del padre Marcelo Mastrilli en las campañas, incluye también la narración de cómo Mastrilli se recuperó milagrosamente de un accidente sufrido en Nápoles con la intervención de San Francisco Javier. Acto seguido, varias breves relaciones explican “Cómo llegó a las islas Filipinas el Padre Marcelo”, las características de la “gran isla de Mindanao”, “las hostilidades que aquellos mahometanos han hecho a las islas Filipinas” y “la batalla naval que nuestra armada tuvo con la de Cachil Corralat, y victoria que logró” (Bobadilla 1638). La parte más importante del texto es la “Carta del Padre Marcelo Francisco Mastrillo” antes mencionada. Finalmente, Bobadilla incluye la narración de las celebraciones que tuvieron lugar en Manila al

regreso triunfal del gobernador, soldados y misioneros de las islas del sur. Estas fuentes confirman el significado religioso que estos enfrentamientos tuvieron, entendidos y vividos como un episodio más de la milenaria lucha contra el islam. Se enfatizan los aspectos religiosos del conflicto general y se tiñe el conflicto con características de Cruzada contra el islam, trascendiendo las características de una lucha local y enmarcándose en la lucha global e histórica contra los musulmanes, representados como los enemigos por excelencia de la cristiandad. Las fiestas que celebraron las victorias en Manila enfatizaron estos aspectos, e incluyeron procesiones con cautivos rescatados, imitando las que tuvieron lugar en la Península Ibérica tras el rescate de prisioneros de Argel y otros enclaves otomanos en el Mediterráneo, ahora presididas por imágenes de Cristo y San Francisco Javier.

La *Historia de Mindanao y Joló* no caerá en el olvido, y otros autores posteriores se inspirarán en ella para retomar las discusiones y la presión acerca del control español del islam filipino. Concretamente, Zamboanga volverá a ser el centro del debate en 1736, cuando el franciscano José Torrubia publica en Madrid su *Disertación histórico-política, en que se trata de la extensión del mahometismo en las islas Filipinas*. Escrita en forma de diálogo y en estilo “llano, fácil y claro”, con la finalidad de instruir, la obra defiende el mantenimiento del fuerte de Zamboanga como el mejor medio de controlar la constante amenaza de los musulmanes contra los intereses españoles en la isla de Mindanao y zonas circundantes. Para ello recorre la historia de Mindanao desde la llegada de los españoles, incidiendo en los momentos en que el abandono del fuerte condujo al fracaso de los intentos de control del sur del archipiélago. Su principal objetivo es dar a conocer los problemas que afectan a las islas del sur, principalmente Mindanao, y hacer llegar la información a Madrid, ya que muchos en Manila no parecían estar suficientemente preocupados por la constante amenaza de los moros filipinos. Zamboanga es un nuevo Orán y su pérdida conduciría, según Torrubia, a los mismos nefastos resultados. El español peninsular, al que se dirige el texto, conoce la realidad mediterránea y Torrubia apela a este conocimiento para hacer entender el espacio de Filipinas, mucho más lejano y ajeno. Pero además el autor de la *Disertación*, en su afán por despertar el interés hacia la lucha contra el islam en las islas, depura la imagen del musulmán filipino aproximándolo a los estereotipos más reduccionistas, sin matices, que puedan desviar al lector del apoyo ciego a la causa antimora en Mindanao. El texto revela así una urgencia que le impide analizar la situación para caer en el ataque y la propaganda constantes, de forma mucho menos matizada a como lo había hecho Combés. Los musulmanes martirizan, cautivan, odian la fe católica y constantemente actúan con crueldad provocando muertes de ministros evangélicos, tratamiento sacrílego de objetos sagrados, pérdidas económicas, guerras continuas contra el crédito de la nación y disminución en el número de convertidos. La solución propuesta por Torrubia para Mindanao es mantener el fuerte de Zamboanga, epítome

del control de Mindanao y con él del enfrentamiento con los musulmanes en Filipinas. Más de cinco décadas después de la publicación de la *Historia* de Combés, el debate acerca de la permanencia en el sur del archipiélago se elabora de nuevo en torno a este enclave. Por otro lado, el hecho de que el debate siga produciéndose indica que dicha permanencia no dejó de ser cuestionada desde el comienzo de la presencia española en las islas hasta tan tarde como bien entrado el siglo XVIII. En 1736, sigue siendo el peligro del islam el argumento que tiene más posibilidades de inclinar la balanza en las decisiones que se tomen en Madrid, incluso ahora que los Austrias han sido sustituidos por el Borbón Felipe V, para “impedir a los moros salgan con tanta avilantez a cautivar nuestros pobres cristianos neófitos, que [...] no solo pierden la libertad, sino las almas” (Torrubia 1736, 78–79).

En la conciencia colectiva imperial, y ya en plena decadencia del imperio, el motivo religioso antiislámico es todavía el motor más fácil de arrancar para seguir empujando la defensa de las islas Filipinas y, más concretamente, Mindanao. Los textos indican claramente que durante los siglos XVII y XVIII no puede entenderse la colonización española del sur de las Filipinas sin tener a Zamboanga como punto de referencia espacial y simbólico. En el eje Manila-Zamboanga-Madrid se juegan las estrategias españolas del control de las islas. Manila es el centro de la realidad colonial filipina, sin lugar a dudas, pero, como hemos visto, varios autores sitúan a Zamboanga en primer plano cuando necesitan presentar en Madrid argumentos con fuerza que avalen la permanencia española en Mindanao e, incluso, en la totalidad del archipiélago filipino. En Mindanao y sus alrededores están los “moros”, cuya mención en el siglo XVIII todavía despierta ansiedades bien enraizadas en la conciencia española que animan al poder (bien por convencimiento o por estrategia) a volver una y otra vez a Zamboanga, reducto cristiano en Mindanao, última esperanza de poder controlar territorios en realidad nunca del todo controlados.

Torrubia escribe en un período caracterizado por la reanudación de los conflictos a partir del regreso de los españoles a Zamboanga en 1718. Las órdenes religiosas no habían perdido para entonces la esperanza de la introducción del catolicismo en Joló y Mindanao, y ese objetivo complicó las relaciones con las islas, y especialmente en relación con el sultán de Joló, Azim ud-Din, su conversión al cristianismo y las ramificaciones políticas de esta decisión.

En 1750, el sultán de Joló, Azim ud-Din de Joló (también conocido como Alimuddin) se convirtió al cristianismo. La controvertida conversión fue explotada por algunas autoridades para divulgar una imagen de éxito en relación con la presencia española en Filipinas, y fue acompañada de grandes celebraciones públicas en Manila con mensajes dirigidos a todos los grupos que componían la sociedad manileña (españoles, sangleyes y nativos), pero también a las autoridades de Nueva España y de Madrid. Además, inmediatamente después del bautismo, se imprimió un pequeño

texto encargado por el gobernador general y obispo de Nueva Segovia, Juan de Arechederra, que hasta hoy representa la única fuente de información contemporánea a los hechos con que contamos sobre este bautismo. Este impreso explicita cómo las autoridades españolas, y sobre todo la orden de los dominicos, a la que pertenecía Arechederra, deseaban que el evento fuera interpretado y difundido.

Las décadas de 1720 y 1730 habían sido testigo del resurgimiento de las guerras contra los musulmanes, con batallas abiertas e intensos asedios. Desacuerdos internos en Joló sobre sucesiones, así como conflictos entre los sultanatos, llevaron a los españoles a hacer ventajosas alianzas con algunas facciones musulmanas. Azim ud-Din fue una de las autoridades que llegó a acuerdos con los españoles, en gran medida para reforzarse contra sus enemigos internos, y en 1737 firmó un tratado de paz que incluía pactos para liberar prisioneros, entablar relaciones comerciales y proporcionar asistencia militar mutua. Además, el sultán permitió a misioneros jesuitas trabajar en Joló, la isla principal del sultanato, ante las presiones del rey de España en ese momento, Felipe V.

En 1748, Azim ud-Din expresó su deseo de visitar al gobernador general en Manila, y esto hizo que sus opositores se rebelasen contra su autoridad. Estos opositores, además de obligar a los jesuitas a salir de la isla, atacaron e hirieron a Azim ud-Din, que se vio obligado a trasladarse a territorio español, a Zamboanga, y después a Manila, donde llegó el 3 de enero de 1749. Se escenificó una entrada pública a la ciudad amurallada (Intramuros), y el sultán fue recibido por el gobernador general, Juan de Arechederra, con la presencia de más de treinta mil espectadores.

Las celebraciones incluían a los españoles de la ciudad, pero también a los sangleyes (población de origen chino, con los que las relaciones se basaban en la dependencia mutua, pero también en la conflictividad y permanente tensión), indígenas y mestizos de las afueras. Se organizaron cuatro días de luminarias, tres días de mojigangas, tres días de corridas de toros, cuatro noches de fuegos artificiales y tres comedias, rematando con una misa de gracias.

Las controversias en torno al sultán de Joló no cesaron con su conversión ni con las celebraciones festivas surgidas de esta, y solo unos años más tarde el arzobispo de Manila entre 1743 y 1755, el franciscano Pedro de la Santísima Trinidad Martínez de Arizala, escribió un *Manifiesto en defensa del Rey de Joló Fernando I, [...] bautizado en Manila capital de las Islas Filipinas, preso y arrestado en el Castillo de Santiago de la misma ciudad por falso testimonio*. El texto en defensa del rey de Joló declara en el prólogo que su misión es corregir las informaciones incorrectas y manipuladas sobre su prisión, y defenderlo de los falsos testimonios vertidos en torno a él. La pugna se encontraba en plena ebullición y gran parte de la misma se disputaba mediante escritos o espectáculos que trataban de atraer la confianza de las autoridades con poder para tomar decisiones en torno

al rey, la política joloana y la relación con los musulmanes de las islas en general. El autor del *Manifiesto* ataca a los jesuitas por animar a la conquista de Joló y manipular la percepción de la conversión del rey con el objetivo de materializar la posesión de la isla y se propone “desengañar al público lo mal informado que se halla sobre la prisión del rey de Joló, por las calumnias que han publicado sus émulos, hasta en las gacetas y mercurios, y defender de algún modo al mencionado rey de las imposturas, y falsos testimonios que le han levantado”. El cambio de gobernador y el apoyo del nuevo personaje en el cargo, el Marqués de Ovando, afecto a la Compañía de Jesús, favoreció, según el texto, la incompreensión y hasta el maltrato del rey y sus familiares. Ovando llegó incluso a ordenar la esclavización de todos los *datos* hallados en el reino de Joló y proceder a señalar sus caras con el símbolo de los esclavos, además de reducir a la servidumbre doméstica a las mujeres del cortejo real que habían acompañado al rey en su estancia en Manila. Para resarcir estas continuas ofensas, que duraron cuatro años, el autor propone la celebración en Manila de una ceremonia de desagravios que, aunque no llegó a celebrarse, es clara manifestación del impacto que estos rituales tenían en la sociedad manileña. La fiesta, con su poder de convicción y su capacidad para unificar el pensamiento comunitario, constituyó la estrategia de los dominicos tras la conversión en 1750 y vuelve a ser planteada en el *Manifiesto* como mecanismo que podría contribuir a solucionar el mismo problema, las falsedades difundidas por los jesuitas, principal objeto de ataque en el escrito.

Menos de veinte años más tarde, en 1767, los jesuitas serían expulsados de los dominios españoles y Filipinas se quedaría sin la orden más involucrada con la evangelización de los territorios islámicos de las islas. Esto cambiará profundamente la aproximación a la conquista de la parte sur del archipiélago, la distribución del poder entre las órdenes religiosas, las prioridades de las campañas frente al islam y las celebraciones de los (escasos) éxitos en las mismas. Todo sin demasiado éxito, pues Vicente Barrantes, en 1878, muy pocos años antes de la pérdida de la colonia, en sus *Guerras piráticas de Filipinas contra los mindanaos y joloanos*, seguía confrontando el problema planteado por las comunidades musulmanas en Filipinas, todavía en espera del milagro de una conquista que nunca llegó a producirse.

Bibliografía Parte I

- Adorno, Rolena. 2011. *Colonial Latin American Literature. A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press.
- Alcina, Francisco de. 1996a. En *Una etnografía de los indios Bisayas en el siglo XVII*. Editado por Victoria Yepes. Madrid: CSIC.
- Alcina, Francisco de. 1996b. *Historia natural de las Islas Bisayas*. Editado por Victoria Yepes. Madrid: CSIC.
- Almarino, Virgilio. 1992. *Kung sino ang kumatha kina Bagongbanta, Ossorio, Herrera, Aquino de Belen, Balagtas, atbp. Mga Imbestigasyon sa Panitikan ng Kolonyalismo*. Manila: Anvil Publishing.
- , ed. 1996. *Poetikang Tagalog: Mga Unang Pagsusuri sa Sining ng Pagtulang Tagalog nina Fray Gaspar de San Agustin, Fray Francisco Bencuchillo, José P. Rizal, Lope K. Santos*. Quezon City: Sentro ng Wikang Filipino.
- . 2010. *Muling-Pagkatha sa Ating Bansa. O Bakit PiInakamahabang Tulay sa Buong Mundo ang Tulay Calumpit*. Quezon City, Manila: University of the Philippines Press.
- Alonso Álvarez, Luis. 2005. “Los señores del barangay. La principalía indígena en las islas Filipinas, 1565–1789: viejas evidencias y nuevas hipótesis”. En *El cacicazgo en la Nueva España y Filipinas*, editado por Margarita Menegus, 355–406. México D.F.: CESU-UNAM y Plaza y Valdés Editores.
- Alva Rodríguez, Inmaculada. 1997. *Vida municipal en Manila (siglos XVI–XVII)*. Córdoba: Universidad.
- Antonio del Niño Jesús, Fray. 1726. *Plausible regocijo y devotas demostraciones ... de Manila ... a la translación del cuerpo de ... S. Juan de Dios*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Aparato synebre y real pyra de honor que erigio la ciudad de Manila a las memorias de Balthassar Carlos*. 1649. Manila: Simón Pinpín.
- Aquino de Belén, Gaspar. 1709. *Leales demostraciones, amantes finezas y festivas aclamaciones ... de Manila ... en acción de gracias por el ... nacimiento de nuestro príncipe ... Luis*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- . 1760. *Manḡa Panalanḡing Pagtatagobilin fa Clolova nang tvong nag hibiḡalo. Ang may catha sa vican Caftila ang M.R.P. Thomas de Villacafrin fa mahal na Compañia ni Iesvs. At yfinalin fa vican Tagalog ni D. Gafpar Aquino de Belen*. Manila: s.d.
- Arechederra, Juan de. 1747. *Puntual relación de lo acaedido en las expediciones contra moros tirones, malanaos, y camucones destacadas en los de 746, y 47*. Manila.
- Artigas y Cuerva, Manuel. 1910. *La primera imprenta en Filipinas*. Reseña histórica bio-bibliográfica. Manila: Tipo-Litografía Germania.
- Ávalos, Melchor de. 1584. *Carta de Melchor Davalos a Felipe II*. Manila, 3 de julio de 1584.
- . 1585. *Carta de Melchor Davalos a Felipe II*. Manila, 20 de junio de 1585.
- Ávila, Bernardino de. 2020. *Relación del reino del Nipón a que llaman corruptamente Japón*. Editado por Noemí Martín Santo. Madrid: Clásicos Hispánicos.
- Barrantes, Vicente. 1878. *Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*. Madrid: M.G. Fernández.
- . 1890. *El teatro tagalo*. Madrid: Tipografía de Manuel Ginés Hernández.
- Beekman, E. M. 1996. *Troubled Pleasures. Dutch Colonial Literature from the East Indies, 1600–1950*. Oxford: Clarendon Press.

- Bernal, Rafael. 1965. *México en Filipinas: estudios de una transculturación*. México: UNAM.
- Blanco, John D. 2021. “El príncipe cristiano oriental: el teatro jesuita en Filipinas durante el siglo XVII y la visión global de las monarquías compuestas”. *Guaraguao* 24, n.º 65: 65–89.
- Blanco, Mercedes. 2012. *Góngora o la invención de una lengua*. León: Universidad de León.
- Bobadilla, Diego de. 1638. *Relación de las gloriosas victorias que en mar, y tierra han tenido las armas de nuestro invictísimo rey y monarca Felipe IV el Grande en las Islas Filipinas, contra los moros mahometanos de la gran isla de Mindanao, y su rey Cachil Corralat, debajo de la conducta de don Sebastian Hurtado de Corcuera, Caballero de la Orden de Alcántara, y del Consejo de Guerra de Su Majestad, Gobernador y Capitán General de aquellas islas*. México: Pedro de Quiñones.
- Boxer Codex. 2022. *Boxer Codex*. Traducción y edición de Isaac Donoso. Quezon City: Vibal Foundation.
- Breve relación de las aclamaciones festivas ... con que solemnizó ... Manila ... la jura ... de el serenísimo príncipe de Asturias D. Luis*. México: Viuda de Miguel de Ribera, 1713.
- Breve relación de la grande crueldad de gentiles y moros, contra los predicadores evangélicos del Orden de Santo Domingo y cofrades del Santísimo Rosario, en las Filipinas, Japón y en las Indias orientales, desde el año 1617 hasta 1627*. 1631. Barcelona: Esteban Liberos.
- Castillo Gómez, Antonio. 2005. “Cultura escrita y espacio público en el Siglo de Oro”. *Cuadernos del Minotauro* 1: 33–51.
- Castro, Jovita Ventura, ed. 1985. *Anthology of Asean Literatures Philippine Metrical Romances*. Quezon City: APO Production Unit.
- CATEH. *Catálogo del Antiguo Teatro Escolar Hispánico*. Base de datos a cargo de Julio Alonso Asenjo. (Web). https://parnaseo.uv.es/Ars/teatresco/BaseDatos/Bases_teatro_Escolar.htm
- Chirino, Pedro. 1604. *Relación de las islas Filipinas y de lo que han trabajado en ellas los PP. de la Compañía de Jesús*. Roma: Esteban Paulino.
- . 2000. *Història de la província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581–1606*. Traducción de Jaume Górriz. Barcelona: Pòrtic.
- Coben, Herminia Meñez. 2010. *Verbal Arts in Philippine Indigenous Communities*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- Cobo, Juan. 1986. *Shib-Lu: apología de la verdadera religión*. Editado por Fr. F. Villarroel, OP y Fr. A. Domínguez. Manila: UST Press.
- . 2005. *Espejo rico del claro corazón*. Editado por Li-Mei Liu. Madrid: Letrúmero.
- Coello de la Rosa, Alexandre. 2019. “Políticas geo-estratégicas y misionales en el sur de Filipinas: El caso de Mindanao y Joló (siglo XVIII)”. *Revista de Indias* 89, no. 277: 729–763.
- . 2020. “Diplomáticos y mártires en la corte de Kudarat (Mindanao, siglo XVIII)”. *Espacio, tiempo y forma: Serie IV, Historia moderna* 33: 323–345.
- . 2022. “‘Against Muhammad’s Perfidy’: The Jesuit Francisco Combés and His *Relación de las islas Filipinas (c. 1654)*”. *Journal of Jesuit Studies* 9: 180–206.
- Colín, Francisco. 1663. *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús ... en las Islas Filipinas*. Madrid: Fernández de Buendía.
- . 1900–1904. *Labor evangélica. Ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús*. 3 vols. Editado por Pablo Pastells SJ. Barcelona: Henrich y Compañía.

- Combés, Francisco de. 1654. *Relación de las islas Filipinas* (Manuscrito). Manila.
- . 1667. *Historia de las islas de Mindanao, Joló, y sus adyacentes. Progresos de la religión y armas católicas*. Madrid: Herederos de Pablo del Val.
- Continuación de los felices sucesos, que N.S. ha dado a las armas españolas en estas islas Filipinas, por los fines del año de 1637, y principios del de 1638*. 1639. Madrid: Catalina del Barrio.
- Cope, Douglas R. 1994. *The Limits of Racial Domination. Plebeian Society in Colonial Mexico*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Cortez, Enrique. 1794. *Meditación de la Creación del Mvndo Vida, y Sagrada Passion de Ntro. Señor Jesuchristo [...] Traducido y Versado en Ydioma Tagala, por Enrique Cortez, Natural del Pueblo de Parañaque y Recidente en el Pueblo de la Hermita. Año de M.D.C.C.X.C.IV*. Manila: Luis Ma. Araneta Collection, San Agustin Museum.
- Coutre, Jacques de. 1991. *Andanzas asiáticas*. Editado por E. Stols, B. Teensma y J. Werberckmoes. Madrid: Historia 16.
- Crailsheim, Eberhard. 2022. “Missionaries and Commanders: The Jesuits in Mindanao, 1718–68”. *Journal of Jesuit Studies* 9: 207–228.
- Crossley, John. 2010. “Una biblioteca en las Filipinas en 1611”. *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica* 34: 189–224.
- Cummins, J. S. 1986. *Jesuit and Friar in the Spanish Expansion to the East*. Londres: Variorum Reprints.
- Descripción de las fiestas reales con que la ... ciudad de Manila ... celebró los felices desposorios de ... don Fernando, príncipe de Asturias, con la señora infanta de Portugal*. 1731. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Deza, Francisco. 1668. *Cenotaphio real de la magestad de Philipppo Quarto*. Manila: Simón Pinpín, Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Donoso, Isaac. 2007. “Trabajos Leytanos. Leyte, circa 1740”. *Studi Ispanici* 32: 315–324.
- . 2012. “El Barroco filipino”. En *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*, editado por Isaac Donoso, 85–145. Madrid: Verbum.
- . 2016. “La literatura filipina en español durante la era barroca”. *Humanities Diliman* 13, n.º 1: 23–61.
- . 2020. “La piratería malayo-mahometana y el origen del teatro en Filipinas”. En *I Congreso Internacional. Los piratas en las fiestas de moros y cristianos del mundo*, editado por la Comparsa de Piratas de Villena y la Sede Universitaria de Villena, 147–172. Villena-Alacant: Universitat d’Alacant.
- . 2021. “Ritual y danza en las representaciones de moros y cristianos en Filipinas”. En *La fiesta de moros y cristianos en el mundo*, II, editado por M. Cáceres Valderrama, 287–304. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- DuBois, W. E. B. 1999. *The Souls of Black Folk*. Nueva York: Norton.
- “Edicto para prohibir las comedias”. 1701. UST Archives. Libros Tomo 61.16.
- Escoto, Andrés. 1668. *Llorosa descripcion, sentido duelo, funebre monumento que alas heroycas prendas de la vida sancta, que a las tiernas memorias de la piadosa muerte del S. Don Miguel de Poblete, Arzobispo de Sancta Iglesia de Manila...* Manila: en la Compañía de Jesús, Por Simón Pinpin.
- Eugenio, Damiana. 1987. *Awit and Corrido: Philippine Metrical Romances*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Even-Zohar, Itamar. 1996. “The Role of Literature in the Making of the Nations of Europe: a Socio- Semiotic Study”. *Applied Semiotics-Sémiotique Appliquée* 1, n.º 1: 39–59.

- Fabo del Corazón de María, Pedro. 1918. *Historia general de la Orden de Agustinos Recoletos*. Tomo V. Madrid: Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.
- . 1919a. *Historia general de la Orden de Agustinos Recoletos*. Tomo VI. Madrid: Imp. de Gabriel López del Horno.
- . 1919b. *Historia general de la Orden de Agustinos Recoletos*. Tomo VI (segunda parte). Barcelona: Imp. de la Editorial Librería Religiosa.
- Fernández, Doreen G. 1988. “Pompas y Solemnidades: Church Celebrations in Spanish Manila and the Native Theater”. *Philippine Studies* 36, n.º 4: 403–426.
- . 1996. *Palabas. Essays on Philippine Theater History*. Manila: Ateneo de Manila.
- Fernández, Pablo. 1989. “Pigu’s Account in the Context of the Evangelization of Nueva Vizcaya (1591–1739)”. *Philippiniana Sacra* 24, n.º 70: 120–154.
- Ferrando, Roberto, ed. 1988. *Relaciones de la Camboya y el Japón*. Madrid: Historia 16.
- Flores Galindo, Alberto. 1991. *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760–1830*. Lima: Horizonte.
- Folch, Dolores. 2022. *Martín de Rada (1533–1578). Científico, misionero y embajador de las Filipinas en China*. Manila: Vibal.
- Frois, Luis. 1976–84. *Historia de Japam*. Editado por Joseph Wicki. Lisboa: Biblioteca Nacional.
- Galvão, António. 1989. *Tratado dos descobrimentos*. Editado por Luís de Albuquerque. Lisboa: Alfa.
- García de Escalante, Alvarado. 1999. *Viaje a las Islas del Poniente*. Editado por Carlos Martínez Shaw. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- García de León, Antonio. 2016. *El mar de los deseos. El Caribe afroandaluz, historia y contrapunto*. México: FCE.
- Gatbanton, Esperanza Bunag. 1979. *A Heritage of Saints*. Manila/ Hong Kong: Editorial Associates.
- Gayo Aragón, J., y Domínguez A., eds. 1951. *Doctrina Christiana. Primer libro impreso en Filipinas*. Manila: UST Press.
- Góngora, Luis de. 2019. *Sonetos*. Edición de Juan Matas Caballero. Madrid: Cátedra.
- Gruzinski, Serge. 2019. “La vuelta al mundo y los inicios de la mundialización ibérica”. En *Congreso Internacional de Historia “Primus circumdedisti me”*, editado por C. Martínez Shaw, 27–36. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Gruzinski, Serge. 2000. “Planeta Barroco”. En *Ultra Baroque. Aspects of Post Latin American Art*, editado por Elizabeth Armstrong y Victor Zamudio-Taylor. San Diego: Museum of Contemporary Art.
- Hernández, Policarpo F., O.S.A. 1998. *The Augustinians in the Philippines*. Makati: Colegio de San Agustín.
- Hidalgo Nuchera, Patricio, ed. 1995. *Los Primeros de Filipinas. Crónicas de la Conquista del Archipiélago*. Madrid: Miraguano Ediciones / Ediciones Polifemo.
- . 2015. “La entrada de los gobernadores en Manila: el ceremonial y sus costes”. *Revista de Indias* 75, n.º 265: 615–644.
- Hill, Matthew. 2015. “Intercolonial Currents: Printing Press and Book Circulation in the Spanish Philippines, 1575–1821”. Tesis doctoral, University of Texas at Austin.
- . 2018. “Polimetría y lo lúdico en la *Academia Devota* (1740)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 54, n.º 88: 89–109.
- . 2021. “Real Patronato, Military Ecclesiastical Jurisdiction, and the Licensing of Royal Chaplains in Manila, 1734–1737: A Case Study”. *Philippiniana Sacra* 56, n.º 169: 747–798.

- Ileto, Reynaldo Clemeña. 1997. *Pasyon and Revolution: Popular Movements in the Philippines, 1840–1910*. Quezon City: Ateneo University Press.
- Impelido, Nestor C., S.D.B. 2001. “Pastoral Writings of the Religious Orders (1700–1750)”. En *Chapters in Philippine Church History*, editado por Anne C. Kwantes, 85–136. Manila: OMF Literature.
- Irving, David R. M. 2004. “Musical Politics of Empire: the *Loa* in 18th-Century Manila”. *Early Music* 32, n.º 3: 384–402.
- . 2010. *Colonial Counterpoint. Music in Early Modern Manila*. Nueva York: Oxford University Press.
- Isla, Juan de la. 1887. “Relación de las Islas del Poniente y del camino que a ella se hizo desde la Nueva España”. En *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, 2^a serie, tomo 3. Madrid: Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneira, 226–243.
- Jaque de los Ríos, Miguel. 2008. *Viaje de las Indias Occidentales y Orientales*. Editado por Ramón Clavijo Provencio y José Luis Romero. Sevilla: Espuela de Plata.
- Javellana, René B., S.J. 1988. *Casaysayan nang Pasingong Mahal ni Jesucristong Panginoon Natin na Sucat Ipag-alab nang Puso nang Sinomang Babasa*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- . 1990. *Mahal na Passion ni Jesu Christong Panginoon Natin na Tola ni Gaspar Aquino de Belen*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- José, Regalado Trota. 1993. *Impreso. Philippine Imprints, 1593–1811*. Makati: Fundación Santiago and Ayala Foundation, Inc.
- Lambert, José. 2006. “En busca de los mapas literarios del mundo”. En *Naciones Literarias*, editado por Dolores Romero López, 113–128. Barcelona: Anthropos.
- Le Gentil de la Galaisière, Guillaume Joseph Hyacinthe Jean Baptiste. 1780. *Voyage dans les mers de l’Inde: fait par ordre du roi, à l’occasion du passage de Vénus, sur le disque de soleil, le 6 juin 1761, & le 3 du même mois 1769*, vol. 2. Suiza: Chez Les Libraires Associés.
- Lee, Christina, y Ricardo Padrón. 2020. *The Spanish Pacific, 1521–1815: A Reader of Primary Sources*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Leonard, Irving A. 1992. *Books of the Brave: Being an Account of Books and of Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth-Century New World*. Berkeley: University of California Press.
- Levine, Nathan H. 2019. “Barlaam and Josaphat”. *Brill’s Encyclopedia of Buddhism. Vol. II: Lives*, 39–46. Leiden y Boston: Koninklijke Brill NV.
- Loarca, Miguel de. 1582. Relación de las islas Filipinas, su descubrimiento, poblaciones de españoles, usos y costumbres de sus naturales. AGI, Patronato 23, R.9. En *The Philippine Islands, 1493–1803*, vol. 5, editado por Emma Helen Blair y James Alexander Robertson.
- López, Gregorio. 1611. *Lettera annua della prouincia delle Filippine dell’anno M.DC. VIII. Scritta dal p. Gregorio Lopez, Prouinciale in quell’isole; al molto r.p. Claudio Acquaniua, preposito generale della Compagnia di Giesù*. Roma: Bartolomeo Zannetti.
- López Poza, Sagrario. 2013. “Poesía y emblemática en el Siglo de Oro”. En *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: Centros y periferias*, editado por Rodrigo Cacho Casal y Anne Holloway, 109–132. Woodbridge: Tamesis.
- Luarca, Miguel de. 2010. “Tratado de las Yslas Philipinas”. En *Filipinas antes de Filipinas. El archipiélago de San Lázaro en el siglo XVI*, editado por Jaume Gorriz Abella, 37–92. Madrid: Polifemo

- Lumbera, Bienvenido L. 1986. *Tagalog Poetry 1570–1898. Tradition and Influences in its Development*. Manila: Ateneo de Manila University Press.
- Mainer, José Carlos. 2012. *La escritura desatada: el mundo de las novelas*. Palencia, Menoscuarto.
- Mallat, Jean. 1983. *The Philippines: History, Geography, Customs, Agriculture, Industry and Commerce of the Spanish Colonies in Oceania*. Manila: National Historical Institute.
- Maravall, José Antonio. 2002. *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel.
- Martínez, Miguel. 2017a. “Don Quijote, Manila, 1623: Orden colonial y cultura popular”. *Revista Hispánica Moderna* 70, n.º 2: 27–43.
- . 2017b. “La cuarta salida: Un testimonio inédito sobre el Quijote en las Filipinas (1623)”. En *Cervantes ayer y hoy*, editado por Nuria Morgado y Lía Schwartz, 108–134. Nueva York: Hispanic Society.
- . 2019. “Góngora asiático. Notas sobre poesía filipina inédita del primer Barroco”. En *Docta y Sabia Atenea. Studia in honorem Lía Schwartz*, editado por Sagrario López Poza, Nieves Pena Sueiro, et al., 473–490. Coruña: Universidade da Coruña.
- . 2021. “Theater and Society in Early Colonial Manila”. *Revista de Estudios Hispánicos* 55, n.º 1: 89–115.
- Martínez de Zúñiga, Joaquín. 1893. *Estadismo de las Islas Filipinas: mis viajes por este país*, editado por Wenceslao E. Retana. Madrid: Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- McManus, Stuart M. 2018. “Humanismo en la ciudad mundial: Gaspar de San Agustín”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 44, n.º 88: 111–130.
- . y Dana Leibsohn. 2018. “Eloquence and Ethnohistory: Indigenous Loyalty and the Making of a Tagalog Letrado”. *Colonial Latin American Review* 27, n.º 4: 522–574.
- Merrim, Stephanie. 2010. *The Spectacular City. Mexico and Colonial Hispanic Literary Culture*. Austin: University of Texas Press.
- Mignolo, Walter. 1982. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. En *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 1, editado por Luis Íñigo Madrigal, 57–116. Madrid: Cátedra.
- Mojarro, Jorge. 2014. “Notas en torno a tres crónicas eclesiásticas hispanofilipinas del siglo XVIII”. *Transmodernity. Journal of the Peripheral Cultures of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 100–111.
- . 2016a. “Crónicas de las Indias Orientales: Orígenes de la Literatura Hispanofilipina”. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca.
- . 2016b. “Historia misional y literatura en un raro impreso de fray Miguel de Benavides, obispo de Nueva Segovia: Relación del estado de la fe (1601)”. *Philippiniana Sacra* 51, n.º 153: 277–294.
- . 2018a. “El estudio de la literatura hispanofilipina durante el siglo XX”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 66, n.º 2: 651–681.
- . 2018b. “La defensa del indio en la temprana literatura hispanofilipina colonial (1569–1581)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 88: 13–32.
- . 2018c. “Relaciones de sucesos y terremotos en la Filipinas del siglo XVIII”. *Titivillus. International Journal of Rare Books* 4: 91–123.
- . 2019a. “Filipinas en la temprana historiografía indiana”. *Revista de Indias* LXXIX, n.º 277: 631–657.

- , ed. 2019. *Transpacific Connections of Philippine Literature in Spanish*. *UNITAS* 92, n.º 1.
- . 2020a. “Los primeros libros impresos en Filipinas (1593–1607)”. *Hispania Sacra* LXXII, 145, : 231–240.
- . 2020b. “Colonial Spanish-Philippine Literature between 1604 and 1808: A First Survey”. En *More Hispanic than We Admit* 3, editado por Jorge Mojarro, 423–465. Quezon City: Vibal Foundation.
- . 2020c. “Impreso, fiesta y teatro en la ultraperiferia imperial: Manila, 1700–1750”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 92: 269–291.
- . 2021a. “Últimos avances en los estudios literarios hispanofilipinos (2018–2021)”. *BAFLE. Boletín de la Academia Filipina de la Lengua Española* 1: 131–141.
- . 2021b. “Juan de Bustamante, autor de ‘De la Historia de las Philipinas’”. *Guaraguao. Revista de Cultura Latinoamericana* 65: 11–39.
- . 2021c. “Un raro libro de fiestas manileño de 1791: *Descripción de la Proclamación y Jura* del padre Manuel Barrios, OP. Una edición anotada”. *Philippiniana Sacra* 56, n.º 169: 909–948.
- , ed. 2021d. “Estudios transpacíficos. Filipinas”. *Guaraguao. Revista de Cultura Latinoamericana* 65 (número especial).
- Morga, Antonio de. 1609. *Sucesos de las Islas Filipinas*. México: Gerónimo Balli.
- Moya y Torres, Francisco de. 1678. *Lealtad empeñada, finezas de amor y bizarra idea de desempeños que dio la nobilísima ciudad de Manila cabeza y corte de las Filipinas en las festivas aclamaciones, con que aplaudió la feliz nueva de la gobierno del rey nuestro señor don Carlos Segundo*. Manila: D. Santiago Dimatangso.
- Murillo Velarde, Pedro. 1749. *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616–1716*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- . 1729b. *Sermones, certamen y relación de la fiesta con que solemnizó el Máximo Colegio de la Compañía de Jesús de Manila la canonización de ... S. Estanislao de Kostka y S. Luis Gonzaga*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Nápoles, Vicente de. 1866. “Relación de todo lo que descubrió y anduvo el capitán Álvaro de Saavedra, el cual salió del puerto de Yacatulo, que es en la Nueva España, a 1 de noviembre de 1527”. En *Colección de Documentos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, vol. V, editado por Luis de Torres Mendoza, 68–96. Madrid: Imprenta de Frías y compañía.
- Nieuwenhoys, Rob. 1982. *Mirror of the Indies: A History of Dutch Colonial Literature*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Nuñez de Villavicencio, Pedro, y Nuño Nuñez de Villavicencio. 1740. *Academia devota, poético sagrado certamen, vida panegyrica del gloriosísimo S. Pedro de Verona*. Sampaloc: Convento de Nuestra Señora de Loreto.
- Ocampo, Ambeth. 2017. “Filipiniana in Czechia”. *Philippine Daily Inquirer* 15: 28 de abril de 2017.
- Ochoa, Juan Ignacio de. 1710. *Expresión panegírica ... con que solemnizó el maestre de campo D. Tomás de Endaya ... el feliz nacimiento de nuestro príncipe ... Luis*. México: Francisco de Ribera Calderón.
- Orozco, Emilio. 1983. “Sobre la teatralización y comunicación de masas en el barroco. la visualización espacial de la poesía”. En *Homenaje a José Manuel Blecua*, 497–512. Madrid: Gredos.
- Oviedo, José Miguel. 2007. *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 1. Madrid: Alianza.

- Park, Paula. 2022. *Intercolonial Intimacies: Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964*. University of Pittsburgh Press.
- Petrucci, Armando. 1986. *La scrittura: Ideologia e rappresentazione*. Turín: Einaudi.
- Pilar, Marcelo Hilario del. 1888. *Dasalan at Tocsohan*. Barcelona: s.d.
- Pinpín, Tomás. 1610. *Librong Pagaaralan nang manga Tagalog nang uicang Castila*. Bataan: Diego Talaghay.
- Plasencia, Juan de. 1892. “Costumbres de los tagalos” y “Relación del culto que los indios tagalos tenían y dioses que adoraban, y de sus entierros y supersticiones”. *Crónica de la provincia de San Gregorio Magno de religiosos descalzos de N. S. P. San Francisco en las islas Filipinas, China, Japón, etc.*, vol. 2, en Francisco de Santa Inés, 592–603. Manila: Tip. Chofré y Cía.
- Postma, Antoon. 1992. “The Laguna Copper-Plate Inscription: Text and Commentary”. *Philippine Studies* 40, n.º 2, abril–junio: 182–203.
- Potet, Jean-Paul G. 2018. *Baybayin: The Syllabic Alphabet of the Tagalogs*. Raleigh, N.C.: Lulu Press.
- Quevedo, Francisco de. 1969. *Obra poética*. Edición de José Manuel Blecua. Madrid: Castalia.
- Rafael, Vicente L. 1993. *Contracting Colonialism. Translation and Christian Conversion in Tagalog Society under Early Spanish Rule*. Ithaca: Cornell University Press.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte.
- Ramazani, Jahan. 2009. *A Transnational Poetics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Ramusio, Giovanni Battista. 1563. *Delle Navigazione et Viaggi*, vol. 1. Venecia: Stamperì di Giunti.
- Rayo Doria, Francisco. 1702. *Llanto y consuelo de la monarchia de Hespaña en la muerte de su rey y señor natural, Carlos II, el Piadoso...* Manila: Imprenta del Collegio de Sancto Thomas.
- Relación de las expresivas demostraciones de la ... ciudad de Manila ... por la elevación al trono ... del grande rey ... D. Fernando Sexto*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús, 1749.
- Relación de la entrada del sultán de Joló Mahamad Alimuddin en esta ciudad de Manila y del honor y regocijos con que le recibió en 20 de enero de 1749*. Manila: Colegio y Universidad de Santo Tomás, 1750.
- Retana, Wenceslao E. 1895. *Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos, y estudios bibliográficos*. Madrid: Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1888. *El indio batangueno. Estudio etnográfico*. Manila: Tipo-Litografía de Chofré y Ca.
- . 1906. *Aparato bibliográfico de la historia general de Filipinas*, vol. 1. Madrid: Sucesora de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1910. *Noticias histórico-bibliográficas de el teatro en Filipinas desde sus orígenes hasta 1898*. Madrid: Victoriano Suárez.
- . 1911. *Orígenes de la imprenta filipina: investigaciones históricas, bibliográficas y tipográficas*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.
- . 1965. *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas*, vols. 1 y 2. Manila: Pedro B. Ayuda y Compañía.
- Revel, Nicole. 2006. *Literature of Voices*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- Ribadeneira, Marcelo de. 1601. *Historia de las islas del Archipiélago y reinos de la gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sián, Camboja y Japón*. Barcelona: Gabriel Graells y Giraldo Dotil.

- Rivera, José M^a. 1933. *Huseng Sisiv: Ang Makatang Guro ng Walang Kamatayang Francisco Balagtas*. Manila: Balagtasiana.
- Rodríguez de la Flor, Fernando. 1999. *La península metafísica. Arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- . 2000. *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580–1680)*. Madrid: Cátedra.
- . 2009. *Imago. La cultura visual y figurativa del Barroco*. Madrid: Abada.
- Rodríguez-Rodríguez, Ana M. 2014. “Old Enemies, New Contexts: Early Modern Spanish (Re)-Writing of Islam in the Philippines”. En *Coloniality, Religion, and the Law in the Early Iberian World*, editado por Santa Arias y Raúl Marrero-Fente, 137–157. Nashville: Vanderbilt University Press.
- . 2018. “Mapping Islam in the Philippines: Moro Anxieties of the Spanish Empire in the Pacific”. En *The Dialectics of Orientalism in Early Modern Europe, 1492–1700*, editado por Javier Irigoyen-García y Marcus Keller, 85–99. Londres: Palgrave MacMillan.
- . 2018. “Retorno a Zamboanga: Estrategias imperiales ante el Islam en las islas Filipinas”. *eHumanista: Journal of Iberian Studies* 40: 374–388.
- . 2021. “Soldados, sacerdotes e intelectuales en Filipinas: la escritura del islam desde los márgenes del imperio”. *Guaragua: Revista de Cultura Latinoamericana* 24, n.º 65: 159–183.
- Rodríguez, Isacio R. 1978. *Historia de la Provincia Agustiniense del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, vol. XIV. Manila: Arnoldus Press.
- Rueda y Mendoza, Diego de. *Relación verdadera de las exequias funerales que la insigne ciudad de Manila celebró a la muerte de la majestad del rey Felipe Tercero. Y reales fiestas que se hicieron a la felice sucesión de su único heredero y señor nuestro Felipe Cuarto*. Nueva York: manuscrito HC 397–501 de la Hispanic Society of America.
- Sagrada fiesta, tres veces grande, que en el discurso de tres días celebró el convento de Sancto Domingo de Manila... en la beatificación de los gloriosos Sanctos Pío Quinto, Diego de Bebaña y Margarita de Castello*. 1677. Manila: Colegio y Universidad de Santo Tomás.
- Salazar, Vicente de. 1742. *Historia de la Provincia de el Santísimo Rosario de Filipinas, China y Tunking, de el sagrado Orden de Predicadores. Tercera parte*. Manila: Colegio y Universidad de Santo Tomás.
- San Bernardo, Miguel de. 1740. *El Serafín Custodio de la M. N. y M. L. Ciudad de Manila, Metrópoli de Filipinas, S. Francisco...* Sampaloc: Convento de Ntra. Señora de los Ángeles.
- Sánchez, Diego. 1596. *Annua de la viceprovincia de las Filipinas de la Compañía de Jesús, año de 1595 y 1596*. ARSI, Filipinas, Litterae Annuae 1595–96. Vatican Film Library, St. Louis University.
- Sánchez del Castellar, José. 1674. *Descripcion festiva y verdadera relacion de las celebres pompas con que la Compania de Jesus aplaudio en estas Philipinas la canonizacion de san Francisco de Borja*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Sánchez Fuertes, Cayetano, O.F.M. 1989. “Chronica de unas Chronicas”. *Archivo Ibero-Americano* 49: 491–530.
- . 2014. *Vida clandestina de un misionero en Japón. Diego de San Francisco, OFM (1614–1632)*. Sevilla: Punto Rojo Libros.
- . 2020. “Los franciscanos y la evangelización de Filipinas (1578–1970). Apuntes para una síntesis”. *Archivo Ibero-Americano* 80, n.º 290: 107–239.

- Sánchez Gómez, Luis Ángel. 2004. “Las élites nativas y la construcción colonial de Filipinas (1565–1789)”. En *España y el Pacífico. Legazpi*, vol. II, editado por L. Cabrero, 37–70. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- San Pedro, Nicolás de. 1704. *Sermón predicado en la Capilla Real de esta ciudad el 20 sobre el Evangelio de las sillas, miércoles tercero de esta Quaresma*. Manila: Collegio de la Compañía de Jesús.
- . 1710. “Sermón que en las fiestas reales que celebró la milicia de esta Ciudad de Manila en acción de gracias al nacimiento de nuestro Príncipe y Señor D. Luis Phelipe Fernando”. En *Expresion [sic] panegírica, solemne demonstracion de las pompas conque solemnizó el maestro de campo D. Thomas de Endaya, con su sargento mayor, capitanes y Real Tercio de estas Islas Philipinas, el feliz nacimiento de nuestro príncipe y señor Don Luis Phelipe Fernando...*, editado por Juan Ignacio de Ochoa, 53–66. México: Francisco de Ribera Calderón.
- Santa Catalina, Bernardo de. 1610. Del padre fray Bernardo de Santa Catalina, de la Orden de Santo Domingo, comisario del Santo Oficio en las Islas Filipinas, que envía cartas sobre los libros que llegan a esta región, los poemas que se difunden entre la población y otros asuntos. AGN, Inquisición, Volumen 364, expediente 15.
- Santísima Trinidad, Pedro de. s.f. *Manifiesto en defensa del rey de Joló, Fernando primero, y en su infidelidad Alimodin Mahamad, bautizado en Manila, capital de las Islas Filipinas, preso y arrestado en el castillo de Santiago de la misma ciudad*. (Manuscrito). Madrid: Biblioteca Nacional.
- Serna, Mercedes, ed. 2009. “Introducción”. En *Crónicas de Indias*. Madrid: Cátedra.
- . y José Luis Villar, eds. 2023. “Introducción”. En *Crónicas de la conquista espiritual de América. Antología*. Madrid: Cátedra.
- Sierra de la Calle, Blas, O.S.A. 2020. “Pasión Tagala. Pinturas Filipinas de 1813”. *Archivo Agustiniiano* 104: 387–576.
- Simón Díaz, José. 1995. “La literatura mural”. En *Culturas en la Edad de Oro*, editado por José María Díez Borque, 169–179. Madrid: Editorial Complutense.
- Sucesos felices, que por mar, y tierra ha dado N.S. a las armas españolas en las islas Filipinas contra el Mindanao y en las de Terrenate contra los Holandeses por fin del año de 1636 y principio del de 1637*. 1637. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.
- Summers, William J. 1999. “The Jesuits in Manila, 1581–1621: The Role of Music in Rite, Ritual, and Spectacle”. En *The Jesuits, I: Culture, Sciences, and the Arts, 1540–1773*, editado por John W. O’Malley et al., 659–679. Toronto: University of Toronto Press.
- Tiongson, Nicanor G. 1982. *Kasaysayan ng komedya sa Pilipinas, 1766–1982*. Manila: Integrated Research Center, De La Salle University.
- . 1999. *Philippine Theatre: History and Anthology 2*. Komedya. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Tormo Sanz, Leandro. 1983. “Calderón y el teatro en Filipinas”. En *Calderón. Actas del Congreso Internacional sobre Calderón y el Teatro Español del Siglo de Oro*, vol. II, editado por L. García Lorenzo, 1479–1491. Madrid: CSIC.
- Torrubia, José. 1736. *Disertación histórico-política, en que se trata de la extensión del mahometismo en las Islas Filipinas, grandes estragos que han hecho los mindanaos, jaloes, camucones, y confederados de esta secta [...]. Escrita en forma de diálogo*. Madrid: Alonso Balvás.
- Urdaneta, Andrés de. 1978. “Relación del viaje de la Armada del Comendador García de Loaisa a las Islas de la Especiería o Molucas en 1525, y sucesos acaecidos hasta el de 1536”. En *Historia de la Provincia Agustiniiana del*

- Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, vol. XIII, editado por Isacio R. Rodríguez. Manila: Arnoldus Press.
- Valdés de San Martín, Mario J. 2005. “Historia de las culturas literarias: alternativa a la historia literaria”. En *Teorías de la historia literaria*, editado por L. Beltrán Almería y J. A. Escrig, 123–218. Madrid: Arco Libros.
- , y Djelal Kadir. 2004. *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*. Oxford: Oxford University Press.
- Valle, Alonso del. h. 1660. *Prensados fastos, descriptivos mapas de festivas aclamaciones y pomposos júbilos ... por la felicísima nueva del nacimiento del más deseado príncipe, don Felipe Próspero*. Manila: s.d.
- Vlakke, Bernard H. M. 1959. *Nusantara: A History of Indonesia*. Chicago: Quadrangle Books.
- VV.AA. 2003. *La primera vuelta al mundo*. Madrid: Miraguano Ediciones / Ediciones Polifemo.
- White, Hayden. 1973. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-century Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- . 2003. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Traducido por Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino. Barcelona: Paidós.
- Wolf 2nd, Edwin, ed. 1947. *Doctrina Christiana. The First Book Printed in the Philippines. Manila, 1593*. Washington D.C.: Library of the Congress.
- Woods, Damon L. 2011. *Tomas Pinpin and Tagalog Survival in Early Spanish Philippines*. Manila: University of Santo Tomas.
- Zugasti, Miguel. 2016. “Dos ejemplos del teatro cómico breve hispanofilipino: el *Entremés del envidioso* y el *Sarao agitanado entre ocho hombres y mujeres* (Manila, 1677)”. *América sin Nombre* 21: 141–165.
- . 2018. “Una loa en Filipinas a la fiesta de tres beatos dominicos (Manila, 1677)”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 88, n.º 2: 55–87.
- . 2020. “Apuntes para una historia del teatro filipino en los siglos XVI y XVII”. *Guaraguao* 65: 119–157.
- . 2021. “Una obra de teatro escolar en Filipinas: la *Loa segunda en las fiestas de los tres sanctos* (Manila, 1677)”. En *El tablado, la calle, la fiesta teatral en el Siglo de Oro*, editado por Miguel Zugasti y Ana Zúñiga, 319–349. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I.
- . 2022. “Rescate de una loa inédita en Manila a la traslación de la imagen de Nuestra Señora de Guía a su ermita (1666)”. *Rilce* 38, n.º 1, 335–364.

PARTE II

Literatura del siglo XIX. 1811–1901



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

EN BUSCA DE LA LITERATURA HISPANOFILIPINA DEL SIGLO XIX

Beatriz Álvarez Tardío

Sería difícil imaginar que alguien en Filipinas no supiera quién fue José Rizal (1861–1896) o que escribió dos novelas. Su figura impregna prácticamente todos los ámbitos de la vida filipina. Su estatua preside la mayoría de las plazas. Su vida y sus obras se estudian en todos los niveles educativos. Los personajes de sus novelas son arquetipos y modelos morales. Si se habla de matemáticas, de física o de otras ciencias, se busca qué pudo haber dejado escrito Rizal aplicable al tema. Con facilidad se tratan sus textos como una rama de bambú, que sobrevive ante las nuevas corrientes gracias a su capacidad para adaptarse al viento. Sus cartas, ensayos, ejercicios escolares y de traducción, poesías, novelas, y escritos diversos, se encuentran todos publicados en varios tomos que nos permiten saber casi todo sobre Rizal. Fueron publicados por la Biblioteca Nacional y la Sociedad Histórica Nacional de Filipinas entre 1930 y 1940, ampliados con la serie publicada en 1961 por la comisión nacional para conmemorar el centenario de su nacimiento. La disponibilidad de estos textos ha facilitado durante décadas que fuera el escritor más leído, traducido y estudiado.

El conocimiento de la literatura filipina del siglo XIX se ha visto distorsionado por la sombra alargada de las decenas de estudios sobre las obras de Rizal y su posición central en la cultura filipina. Con las celebraciones del centenario de la revolución, la independencia y la Primera República entre 1996 y 1999, otras obras fueron recuperadas y traducidas al inglés o al filipino, por ejemplo, las *Efemérides filipinas* de Jaime de Veyra y Mariano Ponce, que recorren siglos anteriores. El jugoso prólogo de Epifanio de los Santos describe el ambiente literario manileño a finales del siglo XIX. Sin embargo, otras obras siguieron olvidadas. Estos acontecimientos históricos y políticos finiseculares eclipsaron

la importancia de conservar y recuperar otros textos que también configuraron la literatura y la cultura filipina del siglo XIX.

La secularización de la literatura en Filipinas a lo largo del siglo XIX

Este apartado recorre un siglo convulso, marcado por las independencias en Hispanoamérica. El cese del galeón de Manila a partir de 1815 indujo al abandono de las estrechas relaciones que habían mantenido México y Filipinas, y provocó el aislamiento de Filipinas con respecto a España. El miedo a la pérdida del *statu quo* llevó a las autoridades al encapsulamiento de las Islas, mediante el refuerzo de la censura y de otras medidas represivas, como las ejecuciones de los padres Gómez, Burgos y Zamora en 1872 y la de José Rizal en 1896 (un panorama general se encuentra descrito en el artículo de Jorge Mojarro en esta sección).

El proceso de secularización de la literatura en Filipinas a lo largo del siglo XIX se enmarcó en el contexto de la modernización de la administración y de los debates entre el gobierno colonial y las órdenes religiosas (Elizalde 2018). Estas relaciones, ya fueran de confrontación o de alianza, articularon la vida cultural filipina.

En 1849, el gobernador Narciso Clavería dictó su famoso decreto de regularización de los apellidos, que implicó la confección de un padrón, base de la administración civil moderna. Otras de sus medidas impulsaron el desarrollo económico y aumentaron las expediciones militares en el sur del archipiélago. La Sociedad de Recreo fundada por Clavería en 1844, el desarrollo del teatro y las fiestas privadas activaron la vida social como lugares de encuentro más allá del ambiente religioso (ver el capítulo de Mario Quijano Axle y Ester Haba).

En cuanto a las comunicaciones, los grandes cambios se sucedieron tras la instalación del telégrafo ultramarino, la apertura del Canal de Suez en 1869, el establecimiento de la línea regular de vapores, que en un mes conectaba Filipinas con Europa, la mejora de las conexiones internas gracias a las líneas de tranvías, primero con caballos y después a vapor, junto con el establecimiento de nuevas y modernas empresas, como la Sociedad de los teléfonos de Manila, cuya lista de abonados en 1893 aporta información sobre imprentas, periódicos y revistas (Borque 2020). Todo ello contribuyó a la mejora de la situación económica, resultado de las alianzas entre las diversas comunidades que habitaban Filipinas (Elizalde 2017a).

La cultura letrada fue cimentada por el Decreto de Instrucción pública de 1863, que determinó la obligatoriedad de la educación primaria para niñas y niños (Isabel 2014). Las niñas recibían educación de maestras, quienes, tras previa formación, debían pasar un examen de acreditación (Camagay 1995). Tras este decreto, proliferaron los manuales y gramáticas para enseñar español,

los diccionarios bilingües, los libros de cuentos y de lecturas para aprender español.

Las autoridades promovieron la creación y el uso de bibliotecas públicas, y compraron y trajeron libros de España para llenarlas. Entre 1867 y 1874 el número de libros importados pasó de 4.802 a 17.207 y el papel para escribir y pautado de 8.096 a 41.952 (González Fernández 1875, 198). La Sociedad Económica de Amigos del País distribuyó de forma gratuita “1320 ejemplares de gramática, ortografía y cartilla de industria popular” en 1823; dedicó 150 pesos mensuales durante un año a “la publicación de un periódico de arte y comercio” en 1839; financió la publicación de la *Flora Filipina* del padre Blanco en 1840; y propuso enviar jóvenes a Europa para mejorar su formación en estudios mecánicos en 1856 (González Fernández 1875, 172–175). El Museo Biblioteca de Filipinas se creó en 1887, por Real Decreto, bajo la Dirección General de Administración Civil. Pedro Paterno asumió su dirección en 1894 y creó su boletín en 1895. El *Catálogo* de las obras de su biblioteca a la fecha de su inauguración en 1891 incluye las obras disponibles de Pérez Galdós, Pardo Bazán, Zola, entre otros nombres europeos.

Otro lugar de encuentro intelectual y creativo fueron las imprentas privadas que se fundaron a lo largo del siglo (ver el capítulo de Mojarro). Destaca Mojares el papel fundamental que tuvieron en la construcción de una comunidad en torno a la cultura letrada: “Los filipinos –en el uso actual del término– participaban cada vez más activamente en ese mundo emergente, como impresores y escritores”. También fueron fundamentales para el desarrollo de la literatura hispanofilipina. Mojares cita los recuerdos de Isabelo de los Reyes:

Empeñábamos nuestras aficiones literarias en escribir versos y floridas narraciones de amores en *La Oceanía Española*; pero el director, nuestro inolvidable maestro D. José Felipe del Pan, se oponía a ello, diciendo que perdíamos un tiempo precioso que debíamos emplear en escribir artículos de Folk-Lore, saber popular; más claro, en recoger esos cuentos de viejas y de criadas. ¡Un cubo de agua fría sobre nuestros ensueños de Zorrilla en canuto, o por lo menos, de Pérez Escrich, que, con todos sus floreos, sabía tanta gramática como nosotros! (2017, 553; 558)

Nosotros: *kami* y *tayo*

El tagalo, como otras lenguas del mundo, cuenta con dos pronombres para el plural de la primera persona: *kami* y *tayo*. Cuando dos personas regresan a casa tras un viaje, anuncian a sus habitantes: “ya estamos aquí” con el pronombre *kami*, que excluye a quien les recibe. Si estas mismas dos personas proponen a aquellos habitantes de la casa salir a pasear, entonces usarán el pronombre *tayo*, que engloba a quien escucha. Esta dicotomía lingüística refleja las

transformaciones a las que se vio sometido el término “filipino” como rasgo descriptivo en la literatura del siglo XIX. La modificación y ampliación del “nosotros” filipino tuvo momentos y textos clave en el siglo XIX.

En 1809 y 1813, el escritor Luis Rodríguez Varela (1790–1824) utilizó “el concepto de filipino clásico, es decir, el de español nacido en el archipiélago de legítimo matrimonio de un hombre español con una mujer española, nativa o chino mestiza”. A quien había nacido en Filipinas de padre y madre peninsulares, se le llamaba “hijo del país”, “español filipino” o “criollo”. Cuando se trataba de personas nacidas en la Península, se empleaba el término “peninsular”. Tras la Constitución de Cádiz se moduló este concepto. Destaca De Llobet (2018) que en 1814 “hay momentos en que utiliza ‘hispanos filipinos’ como término que parece incluir también a los nativos filipinos”, una muestra del debate que se vislumbraba.

Bajo el gobierno colonial español se empleaban cuatro términos para describir a la población: españoles, que englobaba a peninsulares y a criollos y mestizos españoles, es decir, de padre español; el vocablo “indios” –en el uso decimonónico del término– se refería a “habitantes malayos nativos de Filipinas”; los mestizos de chino, llamados sangleyes; y los chinos (Elizalde 2017b, 251). Estas categorías tuvieron derechos y obligaciones tributarias diferenciadas. La centralización y modernización llevada a cabo por España, la extensión del código civil y penal de la Península al archipiélago, y otras medidas tomadas a partir de 1880 supusieron cierta equiparación entre los distintos grupos de población. Redujeron las diferencias entre las provincias y pusieron bajo la misma ley a “indios”, criollos y mestizos (Zialcita 2005; Elizalde 2017b, 255). Quedaban fuera las tribus que vivían aisladas, alejadas del control de la administración, como los pueblos negritos e igorotes, sobre quienes escribió Isabelo de los Reyes.

El significado del término *filipino* en el siglo XIX osciló entre *kami* y *tayo*. Filipino, que denominaba a criollos y mestizos españoles nacidos en Filipinas, y excluía al resto, pasó paulatinamente a nombrar a quienes nacieron en Filipinas sin distinción de su origen. Este nuevo uso estuvo fuertemente marcado por las élites no españolas que habían obtenido éxito material y contaban con poder simbólico (Elizalde y Huetz de Lemps 2017, 37). Así, por ejemplo, en una carta a Blumentritt de 1887, escribió Rizal sobre sus amigos de *La Solidaridad*: “son jóvenes criollos de ascendencia española, mestizos sangleyes y malayos; pero nos llamamos solo filipinos” (1938, 115). Rizal utilizaba *malayos* para las gentes nativas del archipiélago, a quienes el gobierno colonial denominaba “indios” (sobre *La Solidaridad*, ver el capítulo 11; sobre Rizal, el 13).

La entidad política construida como Filipinas por estos autores en el siglo XIX, y el nacionalismo asociado a ella, obviaba que estaba habitada por una multiplicidad de culturas y de pueblos con modos de vida muy dispares entre sí. Este olvido tenía el propósito de ocultar rasgos divergentes de los criterios

de humanidad e inteligencia que habían sido dibujados por el nacionalismo europeo, con el que alimentaron sus relatos los ilustrados filipinos. En su capítulo, el profesor Zialcita enfoca nuestro interés hacia una joya narrativa con brillo propio, la obra de Isabelo de los Reyes, especialmente *El Folk-Lore filipino* (1889) y *Filipinas artículos varios* (1887). Zialcita recupera la obra de Isabelo de los Reyes para llevarnos a leer a un autor con un pensamiento diferente, que tuvo en cuenta a esos pueblos divergentes. Sus textos aportan otra perspectiva, una voz narrativa contradictoria, pero autónoma y singular, como muestra al escribir esta declaración de principios donde reafirma sus raíces: “Hermano de los selváticos, aetas, igorrotes y tinguianes y nacido en esta apartada colonia española, donde la civilización brilla aún con luz muy tenue” (De los Reyes 1889a, 20).

La transformación de la palabra *filipino* en la encrucijada del XIX ha originado una confusión sobre la pertinencia de incluir a autores y figuras clave, que pasaron de ser filipinos por su ascendencia española a ser excluidos por esta misma razón. La aplicación del uso actual del término filipino proyectada sobre el siglo XIX ha exiliado de la cultura y la literatura filipina a autores y obras, abandonándolos en tierra de nadie. Por ejemplo, el escritor y periodista José Felipe del Pan (1821–1891) nació en la Península Ibérica, vivió más de cuarenta años en Filipinas, fue filipino mientras vivió, pero en el siglo XXI se le describe como español. Del Pan, autor de novelas costumbristas (comentadas en el capítulo de Garvida), destacó por su notable influencia sobre el desarrollo de la prensa en Manila, y por su apoyo a jóvenes que ampliaron el panorama intelectual y literario filipino, como Isabelo de los Reyes. Es evidente que autores como Del Pan forman parte de Filipinas (Mojares 2017).

Zialcita explicó en *Authentic Though not Exotic* cómo se construyó la comunidad que dio en llamarse Filipinas. Por un lado, se configuró en respuesta a la opresión y a la violencia gubernamental española. El gobierno colonial forzó las alianzas de los filipinos nativos para defenderse, pero, al mismo tiempo, llevó valores, símbolos y una organización que tuvo como consecuencia la ampliación del sentido de comunidad a todas las Islas, reforzada por las alianzas entre grupos étnicos nativos en el ámbito local (2005, 55–70).

En busca de la literatura hispanofilipina del siglo XIX

El interés de la crítica ha convergido en los textos conectados con los procesos de configuración de lo filipino y la revolución de independencia, que por ello han sido objeto de análisis históricos, políticos y sociológicos. El abordaje de las obras del siglo XIX ha estado dominado por las revisiones de la historia de la revolución y la independencia que se hicieron a lo largo del siglo XX. La atención prestada desde estas perspectivas a determinados textos, como las novelas de Rizal, ha provocado ciertos efectos que se deben tener en cuenta al investigar la literatura hispanofilipina del siglo XIX. La primera consecuencia

es la escasez de estudios literarios; debido a ello, algunos autores y textos se han visto eclipsados. Se ha producido el abandono y, en ocasiones, la pérdida de obras que, al tener menos interés político, no despertaron la necesidad de ser conservadas como legado cultural. La segunda es la carencia de una historia literaria y del marco de conocimiento que nos aportaría. Sin caer en la ingenuidad, ofrecemos estos capítulos para contribuir a una historia de la literatura hispanofilipina en el siglo XIX, a través de esta empresa colectiva, porque es deseable. Aunque no pueda reproducir el pasado, su función es ofrecernos “ficciones útiles sobre el pasado” (Perkins 1992, 17; 182).

Los capítulos aquí reunidos presentan varias perspectivas complementarias entre sí. En conjunto, muestran cómo el estudio de la literatura hispanofilipina del siglo XIX es una pieza necesaria para comprender la complejidad de la cultura filipina de ese siglo, producto de una sociedad plural que se configuró más allá de las dicotomías (Elizalde y Huetz de Lempes 2017, 23). Para ello, es preciso buscar esta literatura y su contexto en fuentes primarias de diversa índole, yuxtaponer diferentes planos de estudio y atreverse con el “reto imposible de la historia literaria” (Gies 2004). Algunos capítulos ofrecen una visión panorámica, con el objetivo de dibujar una fotografía lo más amplia y detallada posible, dentro de las limitaciones de un libro introductorio (Mojarro, Quijano y Haba, Garvida, Álvarez-Tardío). Otros se adentran en autores, textos y temas clave que ensanchan las aristas del cuadro de la literatura filipina del siglo XIX (De Llobet, Zialcita, Vibal y Huertas).

El abanico de estudios posibles sobre el siglo XIX es indudablemente amplio. Quedan, sin embargo, tareas pendientes de abordar, especialmente aquellas de corte filológico. Son necesarios proyectos que contribuyan a la identificación de textos, rescaten las fuentes primarias, provean de ediciones modernas accesibles y anotadas, con traducciones que faciliten su acceso en Filipinas, dibujen el panorama cultural y literario, revisen las interpretaciones realizadas a lo largo del siglo XX, y renueven los análisis literarios desde teorías que ofrezcan perspectivas actualizadas.

Este apartado se aventura con todo el siglo XIX. Sin abandonar lugares más conocidos (Vibal, Huertas), se atreve a mirar hacia el abismo de las décadas menos estudiadas (Mojarro, De Llobet, Garvida, Quijano y Haba), repletas de interrogantes debido a la falta de estudios literarios y a las dificultades del acceso a las fuentes. Afronta la tarea con el convencimiento de que ofrecer estas semillas conducirá al fruto de futuras investigaciones y al rescate de obras.

8

IMPRESA, PRODUCCIÓN TEXTUAL Y LITERATURA (1811–1872)

Jorge Mojarro

Aunque las acotaciones de las periodizaciones literarias suelen tener, como es bien sabido, un cierto grado de arbitrariedad, existen sólidos argumentos para señalar los años 1811–1815 como fecha de inicio del siglo literario decimonónico en Filipinas. Los hitos histórico-culturales que lo justifican son la aparición del primer periódico filipino, *Del Superior Gobierno* (1811–1812); las reivindicaciones liberales de la Constitución de Cádiz (1812) que reverberarán durante algunos años en Manila. En 1814 empezará a funcionar la Imprenta Filipina de Manuel Memije, la primera no regentada por frailes; así mismo, en 1815 llegará a Manila el último galeón desde México, curiosamente llamado Magallanes. Todos estos eventos propiciarán que la vida cultural y la literatura se desarrollen en Manila desde aquellos años con menos control por parte de las órdenes religiosas y desvinculada de México. La debilitada unión con una metrópoli empobrecida y asediada por las Guerras de Independencia en América, y apenas mediado por una penosa navegación que rodeaba el Cabo de Buena Esperanza hasta la apertura del Canal de Suez (1869), no será impedimento para que las ideas liberales vayan penetrando en los miembros de la élite criolla manileña gracias a la llegada de algunos funcionarios peninsulares, a despecho de los frailes.

Por su parte, el año 1872 no es solo clave en la historia de Filipinas por la bien conocida revuelta de Cavite que terminó con la ejecución de Gomburza. En lo que se refiere a la producción de libros, a partir de aquel año el número de nuevas imprentas privadas se incrementará, así como la aparición de nuevos periódicos y revistas que modificarán la escena cultural del archipiélago. Se trata, pues, de un periodo no solo largo, sino también extraordinariamente complejo y muy poco conocido desde el punto de vista histórico-literario.

Imprentas y continuidad de géneros

Las primeras décadas del siglo XIX fueron paupérrimas desde el punto de vista de la producción de las imprentas, sobre todo si las comparamos con la primera mitad del siglo XVIII, en que la abundancia y la calidad material de lo impreso fue mucho mayor. La única imprenta que tuvo continuidad a lo largo de todo el periodo acotado fue la de la Universidad de Santo Tomás, que se encontró así mismo en un periodo de decadencia hasta la década de los cincuenta (Mojarro 2024). También continuó hasta 1846, pasando de mano en mano, la anónima imprenta de Sampáloc, anteriormente regentada por los franciscanos. La aparición de nuevas imprentas de capital privado contribuyó, a pesar de la censura, a dinamizar la escena cultural manileña. Entre las que surgieron en este periodo destacan la de Manuel Memije (1814–1831), la Imprenta de Amigos del País (1846–1898) y la de Ramírez y Giraudier (1858–1897) (Dizon 2023; Retana 1908).

Existió, lógicamente, cierta continuidad en la tipología de libros con respecto al periodo anterior. Se imprimieron numerosos catecismos y novenas en lenguas indígenas, así como gramáticas y vocabularios, pero algunos géneros fueron paulatinamente desapareciendo, como la relación de sucesos. El franciscano Francisco Aragonese publicó en Manila en 1814 *Suceso espantoso acaecido en la erupción del Volcán de Albay...*, obra que se reimprimió en Madrid al año siguiente (Fernández 1991). La última relación de tema misionero vio la luz en Valencia en 1833: *Sucinta relación de los progresos de las Misiones de los Igorrotes y Tinguianes en la isla de Luzón*, del agustino Francisco Villacorta. La literatura edificante en español se concretó con la tercera edición de *El Serafín Custodio* (1854)¹ del franciscano Miguel de San Bernardo –su primera edición fue de 1736– y las *Poesías Sagradas* (1863) de Mateo del Amo, dominico. Los heterogéneos libros de fiestas tuvieron sus últimos vislumbres en el curioso volumen *Descripción de la fiesta que dio la Real Mesa de la Sta. Casa de Misericordia* (1825) y en los impresos que siguieron a las celebraciones en honor de la llegada a Manila del retrato de Fernando VII, en diciembre de 1825, y la nueva reina, Isabel II, en 1834.² En todos estos libros abundan las poesías de tipo circunstancial.

Las crónicas eclesiásticas, tan abundantes en los siglos XVII y XVIII, serán prácticamente inexistentes durante este largo periodo, y solo se registra la publicación de la monumental *Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones...*, de los padres Juan Ferrando y Joaquín Fonseca, publicada en seis volúmenes entre 1870 y 1872 en Madrid.

Dentro de la literatura misional debe destacarse la activa labor editorial de los dominicos, quienes, como en periodos anteriores, sintieron la necesidad de dar a la imprenta los padecimientos y las persecuciones que estaban sufriendo en sus misiones; esta vez, en la región de Tonquín (norte de Vietnam) desde finales de 1837. La primera de estas publicaciones fue la *Carta en que se*

refieren varios martirios y persecución de la misión... en el reino de Tunkín (Manila, 1837), de Gerónimo Hermosilla. Desde 1858 empieza a imprimirse una gran cantidad de cartas e informes acerca de las misiones dominicas en esta región que culminarán con la aparición en 1866 de *El Correo Sino-Annamita*, publicación que perdurará hasta la segunda década del siglo XX. Este volumen anual incluirá información puntual acerca de los avatares de las misiones de la Provincia del Santísimo Rosario en Tonquín, China, Formosa y Filipinas, sobre todo de las difíciles misiones en las regiones de Cordillera, Nueva Vizcaya, Isabela y Cagayán (Mojarro 2014).

Periódicos y revistas

Del Superior Gobierno (1811–1812) fue el primer periódico publicado en Filipinas. Se trataba de una publicación periódica encaminada hacia la provisión de noticias del exterior, dado que España estaba enfrascada en varias guerras y existía en el archipiélago, aislado, una demanda de informaciones. Así pues, muy poca información sobre Filipinas se puede hallar en sus páginas. Del mismo tenor es *Noticias sacadas de las gazetas de los sucesos acaecidos en la península* (Sampaloc, 1813). El breve periodo de libertad de imprenta que se disfrutó en Filipinas durante el Trienio Liberal (1820–1823) propició la publicación de un gran número de folletos polémicos y periódicos: entre otros, *Ramillete Patriótico Manilense* (1821), *Noticioso Filipino* (1821), *Latigazo* (1821) y *La Filantropía* (1821–22).³ Este último “es, sin disputa, el periódico que ofrece mayor interés político” (Retana 1906, vol. III, 1.507) y el mayor vocero de las ideas constitucionales y liberales en el archipiélago.

El primer periódico de información general fue probablemente *Semanario Filipino* (1843), que contenía artículos doctrinales, noticias locales de actualidad, listas de precios, horarios de transporte marítimo, avisos y anuncios. Otro semanario del mismo tenor fue *La Estrella de Manila*, fundado en octubre de 1846 y que duró, al menos, hasta diciembre de 1848.⁴ Se titulaba “Diario de avisos y noticias” y contenía una sección religiosa, parte oficial (con decretos), noticias locales –escasas–, de España e internacionales, avisos y movimientos del puerto. Salía en la Imprenta de Amigos del País, que así mismo funcionaba como librería donde se vendían libros usados en español y francés. También se anunciaban representaciones en el Teatro de Tondo.

El primer periódico de publicación diaria fue *La Esperanza* (1846–1850), que salía de la imprenta de doña Remigia Salazar (Santiago 2012). Su contenido era muy similar al de los dos semanarios mencionados, y también incluía en sus páginas folletines seriados, aunque desconocemos sus títulos (Retana 1906, vol. III, 1.513–1.517).

Diario de Manila, en su primera época, nació en diciembre de 1848 y sobrevivió al menos hasta junio de 1852.⁵ Aparte de las noticias locales e internacionales, y los avisos de efemérides religiosas, incluía en sus páginas

folletines franceses y una sección denominada “Variedades” en la que se incluían heterogéneos artículos de opinión, reflexiones y literatura. Su segunda época, bajo una nueva dirección, se inició en 1860 y pervivió hasta 1899. Fue el periódico más importante de la segunda mitad del siglo XIX y en él escribieron autores como José Felipe del Pan y Antonio Vázquez de Aldana.

Una de las iniciativas más interesantes y singulares de este periodo fue el periódico quincenal *Ilustración Filipina* (1859–60). Dirigido por Ricardo de Puga, tuvo como objetivo elevar el nivel cultural de los filipinos incluyendo artículos de historia, piezas literarias –muchos poemas– y artículos de divulgación científica, muchos de ellos relacionados con la geología y la agricultura del archipiélago. De gran valor son las bellas ilustraciones, obras de Baltasar Giraudier y D. C. W. Andrews.⁶ A pesar de sus buenas intenciones, la falta de suscripciones y lectores forzó su temprano cierre.

Otros periódicos de importancia fueron la *Gaceta de Manila* (1861–1898), publicación de carácter oficial que incluía noticias locales; *El Católico Filipino* (1861–62) que, aunque de corta vida, merece mención por colaborar en ella Pedro Peláez, cura filipino de ideas avanzadas; y *El Porvenir Filipino* (1865–1877), dirigido por el novelista Francisco de Paula Entrala. En general, las primeras décadas de periodismo en Filipinas son mal conocidas y aún debemos referirnos a *El Periodismo Filipino*, incluido en el tomo tercero del *Aparato Bibliográfico* de Retana, para obtener información más o menos detallada, a pesar de que hoy muchos de los periódicos son de fácil acceso.

Las ideas liberales

La Constitución de Cádiz de 1812, que dio a Filipinas representación política en la metrópoli con la presencia de tres diputados, también fue objeto de animadas discusiones en Manila.⁷ Se conocen al menos dos títulos de carácter polémico que surgieron a propósito de este nuevo estatus político que se le concedió a Filipinas: *Diálogo entre un Español Europeo, y un Indio de Filipinas, sobre las ventajas que debe producir a sus naturales la Constitución Política de la Monarquía Española...* (Sampáloc, 1813), y *Coloquio Havidido en el Campo de Bagunbayan entre Don Juan Gurucucta, y Don Pedro Arripacochaga mandado imprimir por Don Franco Cisurreaba, que casualmente lo estuvo oyendo* (1813), en verso. En ambos impresos se ponderan los beneficios que puede llevar al archipiélago la nueva constitución; en el segundo título, además, se propone un programa económico que procure prosperidad y se acusa al galeón de Manila de ser la causa de la pobreza del archipiélago: “Busca los millones, / que de Acapulco han llegado, / y verás se han trasladado / todos a Cantón y Costa, / y que estos son la Langosta / que se absorbe la riqueza” (s.p.).

El breve paréntesis del Trienio Liberal propició el levantamiento de la censura y la publicación de numerosos panfletos polémicos que se deben estudiar en

conjunto con los periódicos mencionados anteriormente, pues dialogaban y discutían entre ellos, casi siempre de manera anónima, a veces usando un lenguaje ciertamente beligerante. Del lado reaccionario encontramos *El Beleño, la Adelfa, la Cicuta...* (1821), obra de los frailes dominicos, que arremetía contra el *Ramillete Patriótico Manilense*. Otro raro impreso sin título que comienza con un “Muy Señor Mío” (Sampáloc, 1821) arremetía con el autor de *Defensa del clero filipino* por criticar a las órdenes regulares. El impreso más importante de este numeroso grupo es *El Indio Agraviado* (Sampáloc, 1821) que respondía al segundo número de *El Noticioso Filipino*. Su autor fue el tagalo Leoncio Bernardo Panguilinan (De Llobet 2011, 244). Se alaba la nueva constitución, que los libraba de “la subyugación, opresión y esclavitud en que yacen más de dos siglos y medio por el despotismo y arbitrariedad de los españoles” y se acusa en él a los españoles de la ignorancia en la que viven los filipinos por no haber querido proveerles de educación. Este furibundo panfleto, comentado con matices en *La Filantropía*, es probablemente el escrito más trascendente de toda la primera mitad del siglo XIX y anticipa en más de sesenta años las reivindicaciones que harán miembros de la élite ilustrada filipina como Marcelo del Pilar.

La tratadística

No faltaron nunca en el archipiélago funcionarios ni frailes que discurrieran con sinceridad y buena voluntad acerca de las medidas que podrían tomarse en pro de la mejora económica y social del archipiélago. Oscilando entre la crítica constructiva y el señalamiento de culpables, estos textos heterogéneos proveen información muy valiosa acerca de Filipinas, aunque desgraciadamente sus buenas intenciones no hallaron casi nunca implementación política. El más temprano de estos estudios es *Estado de las Islas Filipinas en 1810* (Madrid, 1820), de Tomás de Comyn, quien fue durante ocho años factor general de la Compañía de Filipinas. Su publicación constituyó un hito, pues su autor recogió diligentemente numerosos datos acerca de la agricultura, las explotaciones mineras, la administración y el comercio, y denunció los monopolios de grupos de poder que asfixiaban la economía. Andrés García Camba publicó *Los diez y seis meses de mando superior de Filipinas* (Cádiz, 1839) para defenderse de los ataques que sufrió tras abandonar su puesto como capitán general de las islas. Su diligencia en la resolución de problemas y su talante liberal no fueron bien recibidos por algunos miembros de la sociedad. Otro informe constructivo, con datos y bien argumentado, es el de Luis Prudencio Álvarez y Tejero: *De las Islas Filipinas* (Valencia, 1842). Dentro de este grupo, el título que descuella es *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas* (Madrid, 1843), del erudito viajero y polígrafo Sinibaldo de Mas. Publicado en dos volúmenes, es de especial relevancia un tercer volumen del que se publicaron muy contadas copias y que se conoce como “Informe

Secreto”, donde aboga por tomar medidas que preparen a los habitantes del archipiélago para el autogobierno, en tanto que, entiende De Mas, sería algo muy beneficioso para ambas partes. De entre los frailes, destaca el dominico Francisco Gáinza, quien en *Memoria de Nueva Vizcaya* (1849) y *Memoria y antecedentes sobre las expediciones de Balanguingui y Joló* (1851) aborda la violencia producida por los grupos étnicos de la Cordillera filipina y los musulmanes de Mindanao y Joló.

La literatura de imaginación

La literatura de imaginación no estuvo estrictamente prohibida en Manila durante la segunda mitad del siglo XIX, pues desde los años cuarenta los periódicos empezaron a incluir folletines en sus páginas. El primer ejemplo lo encontramos en las páginas del semanario *La Estrella de Manila*, que publicó la primera novela moderna en Filipinas: *El Conde de Montecristo* (1846) de Víctor Hugo. *Diario de Manila* empezó a publicar en 1849 la novela *La hermana Ana* de Charles Paul de Kock, un folletín de engaños amorosos ambientado en París y, poco después, *La hija del diablo*, de Paul Feval. Otros folletines cuya publicación fue permitida en las páginas del *Diario de Manila* entre 1849 y 1852 fueron *Aventuras de Saturnino Fichet o la conspiración de la Rouarie*, de Frédéric Soulié; *Virginia*, de Marc Fournier; *Eugénie Grandet*, de Honoré de Balzac; *La dame de Monsoreau*, de Alexandre Dumas, padre; y *Teverino*, de George Sand. *Ilustración Filipina* (1859–60) optó por la novela costumbrista y romántica española y publicó *Amor a vista de pájaro*, de Juan de Ariza; *Simón, el veterano*, de Ildefonso Antonio Bermejo; *Una preocupación*, de A. Magariño Cervantes, y *No transige la conciencia*, de Fernán Caballero (Mojarro 2024). *El Pásig* (1861–1862) incluyó en sus páginas la lacrimosa *Julia. Historia de dos amores*, cuyo autor no se menciona. En líneas generales, la literatura de imaginación penetró en el sistema literario filipino a través de la publicación de folletines franceses, normalmente novelas de aventuras e intrigas, de exacerbado romanticismo, o novelas españolas de tono costumbrista. Fue a través de la lectura de estas novelas como se formó el primer gusto literario moderno en Manila. En cualquier caso, falta por hacer un listado de estas primeras novelas de ficción rastreando las páginas de los periódicos filipinos del siglo XIX, novelas que solo empezaron a publicarse como volúmenes independientes después de 1872.

Por otra parte, la novela de intrigas y aventuras *Los misterios de Filipinas* (1859), aunque ambientada con poco realismo en el archipiélago y redactada por un militar que permaneció siete años en el país, Antonio García del Canto, se publicó en Madrid. Ricardo Puga, animador de la apagada escena literaria filipina, reunió sus trabajos en prosa y verso en un modesto volumen: *Mis recuerdos* (1870).

La poesía (circunstancial y religiosa)

El numen poético en Manila estuvo constreñido durante estos años por lo circunstancial y lo religioso. El funcionario Domingo Díez Collantes aparece como autor de varios poemas durante las décadas de los 10 y 20, todos ellos de carácter conmemorativo. A pesar de su poca inspiración, algo de interés tiene su poema *El cementerio* (1822), que narra en una serie de octavas reales un paseo nocturno en el que el yo poético, acompañado de un interlocutor cómplice, expresa con un tono marcadamente melancólico tópicos clásicos como el *Ubi Sunt?* y el *Memento mori*:

¡Válgame Dios! Le digo contestando
a sus miedos pueriles. ¿Que a los muertos
cobarde temor, tienes? Descansando
están en sana paz; ¡ay, si los yertos
despojos que aquí yacen ocupando
estos lugares tristes y desiertos
pudieran solamente recordarnos
el fin que el mundo trata de ofuscarnos!

(Díez Collantes 1822, 8)

El filipino Antonio Gallegos es el autor de una *Canción* (1823) en catorce estancias en elogio de los hechos de armas de un militar. Fue leída públicamente en el Colegio de Santo Tomás, donde era alumno. Ha sido definida como una “loa empalagosa” (Retana 1906, vol. II, 521). Otros poemas de carácter circunstancial revisten mayor interés por tratar hechos históricos contemporáneos. Por ejemplo, la campaña militar de Joló de febrero de 1851 tuvo un muerto ilustre en batalla, el padre recoleto Pascual Ibáñez, por quien Gabino Leonor publicó *Últimos momentos del M. R. P. Fr. Pascual Ibáñez* (1851), en prosa y verso. El dominico Joaquín Fonseca es el autor de *Obsequio a los vencedores del Callao* (1866), breve canto épico en silvas redactado en ocasión de la visita que los combatientes hicieron a Manila. Probablemente el poeta más inspirado de este periodo fue el también dominico Mateo del Amo, quien dio a luz en 1858 una excelente traducción de las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio en versos endecasílabos.

Dos autores filipinos destacados: el padre Peláez y el padre Villafranca

Los autores filipinos en lengua española fueron casi siempre miembros de la clase eclesiástica y autores de literatura religiosa. Así, el presbítero Félix Valenzuela (?–1863) publicó en 1861, siendo magistral de la catedral, un volumen de 16 páginas titulado *Descripción de los honores fúnebres...*, que

contenía una breve crónica de dichas honras en español y un sermón fúnebre en latín. El también presbítero Vicente García (1817–1899), prolífico autor en tagalo y en bicolano, y conocido defensor del *Noli Me Tangere* en las páginas de *La Solidaridad*, publicó en 1862 su primera obra: una oración fúnebre en español en honor del obispo de Nueva Cáceres.

De una importancia que rebasa lo meramente literario es la malograda figura del padre Pedro Peláez (1812–1863). Autor de extensa formación – toda ella llevada a cabo en Manila– y numerosas lecturas, gozó de la confianza de los dominicos, con quienes fundó *El Católico Filipino* (1861–62). Fue, sin duda, el líder del clero filipino y denunció con firmeza y rigor los agravios que sufrían los curas nativos, casi todos seglares, frente a los frailes españoles, tanto en la asignación de parroquias como en las competidas plazas dentro de la Catedral de Manila (Blanco Andrés 2011). Su primera obra fue *Discurso que en la solemne festividad con que anualmente celebra la M. N. y S. L. Ciudad de Manila la victoria alcanzada por las armas españolas el día de San Andrés de 1574 contra el pirata Lim-aong* (1855), lectura pública para recordar el evento bélico que condujo a la proclamación de San Andrés como patrón de Manila. De carácter polémico es su recopilación *Documentos importantes para la cuestión pendiente de curatos en Filipinas* (Madrid, 1863) y *Breves apuntes sobre la cuestión de curatos de Filipinas* (1863), texto que quedó manuscrito. Sus sermones fueron recopilados póstumamente en Madrid (1869). Falleció sepultado por los cascotes de la catedral durante el gran terremoto de Manila, el 3 de junio de 1863.

El también malogrado padre Faustino Villafranca (1833–1871), amigo del padre Peláez, es el autor del primer libro de viajes publicado por un filipino: *Correspondencias de un viaje desde Filipinas a Europa por Sicilia, Nápoles, Roma, Italia, París, Londres y España* (1870), obra que merece ser leída no solo por su carácter pionero, sino por los méritos intrínsecos del propio texto. Está formada por setenta cartas imaginariamente enviadas a sus hermanos desde el 2 febrero al 25 de noviembre de 1869, fechas que comprenden el itinerario de su viaje. Las circunstancias que propiciaron su periplo nunca son explicitadas, pero cabe pensar que Villafranca debía participar como representante eclesiástico de Filipinas en una ceremonia presidida por el Papa Pío IX en Roma, y que usó este evento como excusa para alargar un viaje de puro placer y curiosidad por Europa. El libro posee una declarada intención didáctica: que los lectores filipinos puedan comprender cómo se vive en otras latitudes. La voz de Villafranca a lo largo de sus *Correspondencias* es la de un párroco de amplia formación intelectual, que se identifica por encima de todo como miembro de la Iglesia católica y que expresa una y otra vez críticas acerbas a otras religiones. Las anécdotas personales son mínimas y es muy escaso lo que podemos saber acerca de sus peripecias, de sus encuentros y, sobre todo, de sus impresiones personales. El narrador aparece cubierto por un excesivo y frío descriptivismo de templos, calles y edificios. Los detalles acerca

de los lugares que visita se acumulan capítulo tras capítulo, especialmente en su periplo por Europa (Mojarro 2022, 156–159).

Conclusiones

La cosecha estrictamente literaria de estas largas décadas no proporciona aparentemente ningún título realmente destacado, aunque la mayoría de los títulos señalados no han recibido ni un solo estudio pormenorizado. No se puede considerar este periodo como carente de interés desde el punto de vista de la historia literaria, pues es en este largo trayecto cuando tiene lugar la paulatina, pero imparable, transición de un sistema literario de tipo colonial, con todos sus condicionantes y restricciones, a un sistema literario moderno. En este sentido, puede considerarse el periodo que va desde 1811 hasta 1872, a pesar de las expuestas limitaciones, como un periodo de lenta ampliación del campo literario, de expansión de las posibilidades creativas, de continua y forzosa cesión por parte de los frailes y de creciente inclusión en el terreno de la producción textual de los filipinos –casi todos ellos curas seglares–. La multiplicación de las imprentas y los periódicos dotaron de cierto dinamismo un campo cultural rayano en lo yermo. La interesante historia del temprano periodismo en Filipinas, que nace con las polémicas entre aquellos que portaban ideas liberales y aquellos que defendían un *statu quo* conservador, no ha sido objeto de estudio, y muchos de esos periódicos y panfletos ocasionales merecen recuperarse y editarse en conjunto, poniendo así mismo en relación los ataques de unos y las respuestas de otros. Acerca de la penetración de los folletines y la formación del gusto lector en Manila no existe más análisis que las breves líneas de este artículo. Debe subrayarse, además que tanto *El indio agraviado*, como los escritos del padre Peláez y el libro de viajes del padre Villafranca –todos autores filipinos– poseen un indudable interés por motivos que desbordan lo estrictamente literario: son todas ellas obras dignas de estudio y edición. Entre los autores peninsulares quizás sea el padre Mateo del Amo la figura más destacada. Estamos, en definitiva, ante un periodo de gran interés y que merece mayor atención de la crítica y de los historiadores de la literatura y la cultura.

Notas

- 1 A lo largo de este artículo, solo se acompañará el lugar de publicación junto a la fecha cuando el lugar de impresión no sea Manila.
- 2 Se recogen la mayor parte de los impresos relacionados con este evento en Hidalgo Nuchera (2018, 120–215). Para las fiestas en honor de Isabel II, véanse los ítems #630 y #634 en Retana (1906, vol. II, 555–558).
- 3 Todos impresos en Sampáloc. De los tres primeros existen números sueltos en el Archivo General de Indias (Sevilla). Cuatro números de *Latigazo* fueron rescatados por Wenceslao E. Retana en el tomo V de su *Archivo del Bibliófilo Filipino* (Madrid,

1905). Una colección casi completa de *La Filantropía* se halla en la Biblioteca de los Agustinos en Valladolid.

- 4 La biblioteca de la Universidad de Santo Tomás posee la mayor parte de los números del año 1848. Han sido digitalizados y son de libre acceso: <https://ustdigitallibrary.contentdm.oclc.org/digital/collection/laestredema> [20/XI/2022].
- 5 La biblioteca de la Universidad de Santo Tomás posee la mayor parte de los números. Los ejemplares están digitalizados y son de libre acceso: <https://ustdigitallibrary.contentdm.oclc.org/digital/collection/diariodemana> [20/XI/2022].
- 6 Existe una colección completa en la Biblioteca de los Agustinos de Valladolid. Sus 24 números están digitalizados y son de libre acceso: <https://ustdigitallibrary.contentdm.oclc.org/digital/collection/ilusfilipin> [20/XI/2022].
- 7 Fueron estos el ilocano Ventura de los Reyes (titular), el mexicano José Manuel Couto y el manileño Pedro Pérez de Tagle (suplentes).

9

LITERATURA POLÍTICA DE INICIOS DEL XIX

El concepto de “filipino”

Ruth de Llobet

En 1822, en el contexto de la segunda implementación de la Constitución de Cádiz (1812) en el archipiélago, Manuel Rodríguez Varela escribió una carta anónima de parte de los principales de Binondo al gobernador interino Mariano de Folgueras y a la Diputación Provincial, advirtiéndoles que no reconocerían la jurisdicción del ayuntamiento de Manila sobre el pueblo de Binondo si no se repetían las elecciones. La razón: que a los ciudadanos de Binondo no se les había permitido participar en las primeras elecciones generales al ayuntamiento de Manila celebradas en diciembre de 1821, porque esa corporación culpó a las autoridades nativas y chino mestizas de Binondo de permitir los disturbios y posterior matanza de extranjeros tras el pánico que desató la epidemia de cólera morbo de 1820. Manuel Rodríguez Varela, un hijo del país –sobrino de Luis Rodríguez Varela, el Conde Filipino– escribió que los ciudadanos de Binondo no eran rebeldes, sino gente honrada y leal que acataba el nuevo orden político y, por tanto, debía participar en él:

Los Filipinos se glorian de amarla [la Constitución] de defenderla y de observarla en cuanto esté de su parte, indíquesela, alláneseles y guíeseles por el camino que ella señala y determina y se verá entonces si es o no practicable el nuevo orden de cosas y si son o no amantes de él. (De Llobet 2011, 271)

Ese fragmento contiene el primer uso conocido del término *filipino* para referirse no solo a los hijos del país o españoles filipinos, sino a nativos y chinos

mestizos. Y se enmarca dentro de los eventos que convulsionaron Manila entre 1820 y 1823, con la segunda implementación de la Constitución gaditana, que vino pareja con el estallido por primera vez de una epidemia de cólera morbo que llevó a una matanza de extranjeros, como ya he mencionado anteriormente, y que diezmo a la población de la ciudad y del archipiélago causando un profundo malestar social y político y que se tradujo en una fallida conspiración entre 1821 y 1822 y, finalmente, la revuelta del capitán Andrés Novales en junio de 1823.

La conciencia de ser filipino, compartida por los diferentes grupos étnicos que componían la sociedad –criollos (concepto sin connotación negativa en el archipiélago), nativos y chinos mestizos– no se generalizó hasta las décadas de los 60 y 70, gracias a los Reformistas (Rodríguez Varela 1809a, 5). Pero si bien emerge durante los dos periodos de implementación de la Constitución de 1812, sus raíces estaban en las dinámicas socioeconómicas de finales del siglo XVIII, con la implementación de las Reformas Borbónicas que supusieron un empoderamiento económico de diversos sectores de la sociedad colonial como, por ejemplo, los chinos mestizos. La llegada de la Constitución gaditana entre 1813 y 1815 abrió las puertas no solo a nativos filipinos, sino también a otras minorías, como chinos y chinos mestizos, a participar políticamente en todos los niveles de gobierno –aunque eso fuese más una promesa en el papel que una realidad–. La segunda reencarnación de la carta de 1812 –entre 1820 y 1823– enmarca esta anécdota inicial y ejemplifica el lento cambio político que pondría las bases para el liberalismo filipino.

En el texto escrito en 1822 por Manuel Rodríguez Varela, *filipino*, como identidad unitaria frente al poder colonial español encarnado en los españoles peninsulares, no nació de debates contruidos en torno a divisiones raciales, sino en torno a intereses e idearios políticos distintos sostenidos por grupos de diversos orígenes étnico-raciales. En el ejemplo inicial, un hijo del país se posiciona junto a la élite nativa y chino mestiza de Binondo porque coinciden en desear el nuevo orden político liberal. Dentro de un marco histórico, a través de textos que comunican y explicitan la reelaboración discursiva del lenguaje, como es el caso de la inserción del término *filipino* en esta carta, se modifica el marco conceptual sobre el cual interpretar el término. Su inserción en un texto, utilizado de un modo específico, configuró un modo de expresarse que abría las puertas hacia una modificación del imaginario sobre Filipinas (Lakoff 2004, 15).

La primera semilla que da lugar al surgimiento del concepto *filipino* la sembró la Corona en 1769, cuando obligó a todos aquellos que quisieran comerciar con el Galeón desde Manila a asentarse en el archipiélago. Esto llevó a que, con el tiempo, peninsulares, mexicanos y sus hijos, muchos de los cuales hasta ese momento circulaban entre Nueva España y Filipinas, consideraran las islas un espacio económico y político a defender frente a los intereses peninsulares (Yuste 2016, 121–147). Otros aspectos de las reformas

hechas por la Corona a finales del siglo XVIII generaron también una mayor identificación entre las élites nativas y chino mestizas con el imperio español como súbditos del rey (McManus 2018, 522–574). Estas identificaciones no estaban del todo reñidas con posiciones de resistencia ante el poder colonial español, y más bien, denotaban la complejidad de la vida política en la colonia.

Este capítulo explora los usos del concepto *filipino* que se fragua en los debates políticos de inicios del siglo XIX y que estaba estructurado alrededor de alianzas, antagonismos, intereses familiares, políticos y económicos articulados y desarticulados con el nuevo orden político. El capítulo analiza dos textos relevantes de ese periodo: *El Parnaso Filipino*, de Luis Rodríguez Varela –ampliado en 1814 tras una primera versión escrita en 1809– y *El Indio Agraviado*, del nativo filipino Leoncio Bernardo Panguilinan, escrito en 1821. Aunque Luis Rodríguez Varela articuló su concepto de *filipino* en dos textos más, concretamente en *La Proclama Historial* en 1809 y *Glorias de España y de Filipinas* en 1813, en ellos expresa el concepto de *filipino* clásico, es decir, el de español nacido en el archipiélago de legítimo matrimonio de un hombre español con una mujer española, nativa o chino mestiza (Rodríguez Varela 1809b, 2; 1813, 1). Pero he escogido *El Parnaso* porque da una visión alternativa a la clásica, que demuestra cómo la Constitución, alteró la concepción de lo que significaba ser *filipino*. Además, *El Parnaso* y *El Indio Agraviado* expresan ideas y conceptos que subyacen en las reivindicaciones de los Reformistas de los años 60 y de los Ilustrados de las décadas de los 80 y 90 del siglo XIX.

Aunque desde aproximaciones políticas, periodos históricos y categorías étnicas diferentes, tanto *El Parnaso* como *El Indio Agraviado* emergieron dentro de la implementación de la Constitución de Cádiz en las islas en dos momentos diferentes, y tienen como eje central la reivindicación de la participación política de la población filipina –fuese esta nativa o de otros orígenes– en el gobierno de la colonia y su lealtad a la Corona y al sistema constitucional. En un marco político referencial que seguía siendo la monarquía y no la nación, ambos hacen hincapié en “lo filipino” como una identidad separada de lo peninsular, si bien, como súbditos del mismo rey, todos eran españoles. Pero los *filipinos* eran los españoles que mayor legitimidad tenían a la hora de participar en la administración y gobierno del territorio que habitaban y amaban.

Además, *El Parnaso* y *El Indio Agraviado* tienen otros temas en común, en particular, la centralidad de la educación para articular sujetos políticos activos, reclamación que estará presente constantemente a lo largo del siglo XIX. El Conde Filipino reivindicaba que la educación equiparaba a los *filipinos* con los peninsulares o los envilecía, dependiendo de si carecían de ella o no. En su *Indio Agraviado*, Leoncio Bernardo Panguilinan denunciaba la injusticia del yugo español sobre los nativos filipinos a partir de la crítica a un escrito de un hijo del país publicado en el *Noticioso Filipino* que recomendaba restringir la

participación de los nativos en la vida política del archipiélago por su falta de educación (Panguilinan 1821, 1). Panguilinan se quejaba de que el nativo no podía ser ciudadano de pleno derecho en el nuevo sistema político sin acceso a la educación, y que al negárseles esta educación, se les negaba la participación política. Así, argumentaba veladamente que negar la educación a una parte de la nación suponía ir en contra del orden constitucional y, por tanto, las autoridades coloniales filipinas estaban ilegítimadas políticamente. Por esto, *El Indio Agraviado* fue considerado peligroso y las autoridades coloniales pidieron a Luis Rodríguez Varela, que en aquel momento era el corregidor de Tondo donde se encontró el texto, que averiguara quién era el autor.

Panguilinan denunciaba que, después de dos siglos los españoles no habían invertido en la educación de los nativos filipinos, pero añadía que había hijos del país y peninsulares que sí apoyaban a los nativos: “Dije casi todos los Españoles porque hay muchísimos así Europeos como Filipinos que son más humanos que los otros, y que llevados de la buena razón hablan bien de los Indios” (Panguilinan 1821, 4). En este extracto, el término *filipino* es utilizado en su acepción colonial (de español nacido en el archipiélago) contrapuesto al español nacido en la península (peninsular). Y es que en el texto de Panguilinan subyace la idea de las dos “repúblicas” –la república de indios y la república de españoles– que imperaba en los primeros dos siglos de la colonización y que conllevaba una serie de leyes, obligaciones y privilegios distintos para los miembros de cada grupo. Como sucedió en otros espacios del imperio, esta era ya una división artificial a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, y la llegada de la Constitución de 1812 la anuló completamente, pues su nueva ordenación política se articulaba alrededor de la idea de que todos los habitantes varones del imperio que no fuesen esclavos, deudores o sirvientes eran ciudadanos españoles porque eran súbditos de la monarquía española, encarnada en el Estado liberal y derivaban sus derechos políticos de esta relación.

El *Parnaso Filipino* de Luis Rodríguez Varela, un hijo del país de pensamiento conservador, también encarnaba ese concepto colonial de *filipino*, es decir, el de español filipino. Rodríguez Varela escribió la primera versión de *El Parnaso* en 1809, tras la llegada de la noticia del secuestro de Fernando VII por parte de Napoleón, reivindicando la lealtad a la Corona española de los filipinos –los españoles nacidos en las islas, de padres o abuelos peninsulares (De Llobet 2009, 65–92). La segunda versión se publicó después de la primera implementación de la carta gaditana, en 1814. Este texto reitera la lealtad de los filipinos a la Constitución como una nueva fuente de legitimidad de la Corona:

Todo es lealtad, todo amor, y toda unión a la España Europea. Si se instala la Junta Suprema, los Filipinos son los primeros en reconocerla; si se instala un Consejo de Regencia, allí están los Filipinos con su obediencia; si se instalan Cortes, allí están los Filipinos a reconocerlas y a enviar sus

Diputados; si se promulga la Constitución, allí están los Filipinos con su sumisión. (Rodríguez Varela 1814, v-vi)

En el prefacio de la versión de 1814, una recopilación en prosa de una serie de poemas del Conde Filipino, este celebra la pertenencia al archipiélago y diferencia a los españoles filipinos de los peninsulares y mexicanos. Además, hay momentos en que utiliza “hispanos filipinos” como término que parece incluir también a los nativos filipinos:

En el gobierno del Señor Aguilar, pidieron los Cagayanes el local de más riesgo para defender a los españoles quando viniese el enemigo. Sin contar con otros hechos hazañosos que refieren las historias, en que la Valerosa Espada Indiana mostró su agradecimiento a los Españoles sus padres, a quienes los Filipinos amamos tiernamente. De esto resulta que los *Hispanos Filipinos*, no son *Autómatas* y menos se les puede considerar unas *hordas de salvajes* [...] (Rodríguez Varela 1814, xv-xvi)

El texto de Rodríguez Varela fue sancionado por el gobierno colonial en su primera versión de 1809, cuando aún no había libertad de imprenta, y fue publicado otra vez en 1814. Aunque Rodríguez Varela no lo vendió, posiblemente lo distribuyó entre conocidos y eso lo hizo circular. Su *Parnaso* alaba al rey a la par que celebra la lealtad y el amor que se le tiene en Filipinas, lo que es propio de la élite articulada en el *statu quo* que siempre buscaba el favor real. Pero, además, muestra una nueva concepción de los habitantes del archipiélago como una comunidad, o sea, una unidad política circunscrita en el archipiélago, aunque compleja y dividida jerárquicamente en diferentes grupos étnicos y de clase.

En contraste, *El Indio Agraviado*, publicado en 1821, fue un panfleto que se distribuyó de forma anónima. De hecho, el propio Luis Rodríguez Varela, que en aquel momento era Corregidor de Tondo, sacó a la luz el nombre del autor, Leoncio Bernardo Panguilinan, un escribiente de quien se sabe muy poco (De Llobet 2011, 244). Sí se sabe, sin embargo, que su texto era una réplica a un artículo publicado en el número 2 del *Noticioso Filipino* el 5 de agosto de 1821, cuyo autor defendía que los nativos filipinos tenían que ser controlados, no fuera que se hiciesen con el poder por su gran número y su falta de instrucción.

[...] ni siquiera corregir el morbo que padece la educación de la juventud de Manila, por venir esta medicina de la botica del egoísmo, y de consiguiente contra Constitución, por que estando prevenido en el artículo 368 del título 9 capítulo único: *el plan general de enseñanza será uniforme a todo el reyno etc.etc.* Se opone VM a él diametralmente, y por lo mismo le acuso de anti-constitucional. (Panguilinan 1821, 5)

Así, mientras Rodríguez Varela define la comunidad política desde el *statu quo*, Panguilinan critica ese *statu quo*, reclamando un espacio para los nativos filipinos y su participación en el gobierno:

Pregunto más ¿dónde está la igualdad nacional? ¿Dónde está la caridad del español? ¿Dónde está su humanidad, y la religión, que tanto decanta y hace alarde? Se volvió humo. ¿Esto no es arbitrariedad? ¿Esto no es Despotismo? Y en fin ¿no es esto infringir la Constitución? Y el Ciudadano que contraviene a ella ¿no es un Anti-Christo? Digo: Anti-Constitucional, y por tal le acuso, en cumplimiento de los artículos 372, y 373 del tit. 10 cap. Único”. (Panguilinan 1821, 11)

Es evidente que durante este periodo se fue esbozando una comunidad política filipina donde el concepto de *filipino* empieza a tener más acepciones, y vemos cómo el término emerge no solo entre miembros de una élite de origen español que se identifica políticamente con el espacio en el que nacieron o se asentaron, sino también entre nativos filipinos y chinos mestizos. El gentilicio configuraba de manera asimétrica y desordenada un espacio político propio enmarcado dentro de un imperio y que se mantenía en una constante interacción. Así, mostraba el espacio colonial no solo como un espacio de opresión –que lo era–, sino también un espacio creativo, donde la interacción de los diferentes grupos, las tensiones y debates políticos, como las alianzas socioeconómicas, fraguadas a través de matrimonios, asociaciones comerciales y las simples amistades, cohesionaban un espacio propio distinto del peninsular y el mexicano y que conminaba lealtad e identificación. El liberalismo de la Constitución de 1812 fue fundamental en la generación de esta comunidad –la filipina– como la que legítimamente ocupaba y habitaba el espacio político del archipiélago.

De ahí que Manuel Rodríguez Varela utilizase la palabra *filipino* para referirse a una comunidad política más amplia, que incluía a todo aquel nacido y criado en el archipiélago. A diferencia de su tío Luis, Manuel se identificaba menos con los españoles que con las élites nativas y chino mestizas, y, de hecho, según un testigo, Manuel dijo alguna vez que si supiese qué venas llevaban su sangre española, se las arrancarías (De Llobet 2011, 271). Aunque no estaba generalizado entre las élites criollas, ese sentimiento antiespañol se acucia más con los debates entre liberales y conservadores en Manila durante el segundo periodo constitucional.

No se han encontrado otros textos que mencionen estas acepciones del concepto *filipino*. Esto es debido, no solo a que este tema no ha sido lo suficientemente investigado, sino también al hecho de que este periodo de la historia del archipiélago no tiene gran abundancia de textos, debido a la destrucción de estos por el paso del tiempo, el clima tropical y la II Guerra Mundial. Aun así, la escasez de documentos donde el concepto *filipino* se

mencione en sus diferentes significados no impide ver que en ese periodo la identidad política, aunque estaba emergiendo, no era aún un debate central. El debate central era la lucha por el derecho de representación y educación, que suponía el acceso a no-peninsulares –fuesen blancos o no– a instituciones de gobierno dentro de la colonia y así por primera vez compartir la parcela de poder dentro del nuevo sistema político liberal. Aunque el debate identitario no fuese relevante, estos ejemplos son importantes porque son de los pocos que muestran este cambio de significado, y son el testimonio de los primeros balbuceos históricos de la transformación del concepto y cómo el marco político que creó la Constitución de 1812 fue el vehículo para esa transformación.

En conclusión, la evolución del concepto *filipino* se enmarca en un debate fundamental tras la llegada de la Constitución de 1812, el debate de la representación política. Emerge la idea de “ciudadano español”, que pone en pie de igualdad, al menos por escrito, a todos los varones con derecho al voto que estaban avocados en el archipiélago. En ese contexto, “español” no se refiere a un origen étnico o racial, y ni siquiera a un elemento lingüístico o cultural, sino a la pertenencia al espacio bajo dominio del Estado-Monarquía liberal español. Emerge una política articulada alrededor de identidades políticas que juegan un papel relevante al cimentar una visión elaborada alrededor de derechos ciudadanos que, si bien fueron de vida corta en el archipiélago, dejaron mella en la conciencia de las élites, fuesen estas criollas, nativas o chino mestizas. Aunque el liberalismo y su lucha por la representación política de los habitantes del archipiélago no volvería hasta la década de los años 60 del siglo XIX, no fue olvidado, sino que el primer nacionalismo filipino fue configurado en gran parte por las ideas liberales que, surgidas a principios del siglo XIX, pervivieron en la memoria política y resurgieron décadas más tarde.

10

EL TEATRO HISPANOFILIPINO DEL SIGLO XIX

Mario Roger Quijano Axle y Ester Haba Montés

Introducción

El teatro en las Filipinas fue un espacio de convergencia de diversas manifestaciones socioculturales además de las propiamente artísticas. Durante el siglo XIX se impulsaron las actividades de entretenimiento a semejanza de aquellas que se realizaban en la corte. Sin olvidar que “el teatro en Filipinas desde sus orígenes va a tener un carácter dogmático y religioso con el fin de captar el espíritu de las poblaciones indígenas, directrices que se van a mantener hasta muy avanzado el siglo XIX” (Cabrerero 1973–1974, 83–96), la modernización y secularización de la Administración española en Filipinas tiene un efecto de espejo en la sociedad y sus formas de entretenimiento.

En esta modernización fue clave la posibilidad de acceder a una educación y una cultura hispánica común, gracias a la ascensión económica de nuevas élites no españolas y a una incipiente política de instrucción pública. Fue decisivo el Decreto de Instrucción pública de 1863, que estableció por primera vez la educación primaria para niños y niñas. Las maestras, en un principio formadas por los jesuitas, iban finalmente a pasar a partir de 1892 por una Escuela Normal Superior.

Los intercambios con España y Europa aumentaron. Llegaron compañías españolas y europeas para llenar los teatros que las sociedades de recreo habían construido a imitación de la metrópolis, para los que escribieron dramaturgia laica y en los que representan y difunden modelos sociales nuevos.

Como indica Miguel Luque (2021, 543–560), las fechas de los estrenos que en Manila se representaron en los cerca de diez teatros estables con los que llegó a contar la ciudad a lo largo del siglo XIX permiten comprobar cómo las

novedades de la escena peninsular llegaban en ocasiones con relativa rapidez a los escenarios manileños. Piezas que, salvo excepciones de escritura autóctona, solían pertenecer a la tradición europea. Contribuyó, sin duda, la apertura del canal de Suez en 1869, que permitió una mayor fluidez en las comunicaciones marítimas y, también, la llegada de compañías teatrales europeas en gira por las colonias europeas en el sudeste asiático.

Antecedentes

Las obras de teatro se incluían para festejar acontecimientos, ya sean religiosos o civiles, siendo que los primeros se veían propiciados especialmente por el clero regular (agustinos y jesuitas entre los más) por medio de certámenes poético-literarios, cuyos ganadores no solamente obtenían un premio, sino que veían su obra puesta en escena. Los temas necesariamente se circunscribían al tema religioso, ya que eran festejos para conmemorar fiestas patronales o alguna devoción a reliquias. En aquellas piezas los personajes bien podían ser alegóricos o reales. De manera paulatina, ese teatro fue pasando de los espacios eclesiásticos, saliendo de las aulas y centros de formación, para ocupar puntos civiles más públicos.

Cabe anotar que el teatro en tagalo también estaba teniendo su propio desarrollo, así como el espacio de solaz de la población china, con manifestaciones que se presentaban en los teatrillos temporales conocidos como carrillos. El género vernáculo del *moro-moro* convivía con las demás obras de teatro criollo pudiendo presentarse en las festividades cristianas. Sin embargo, el género en castellano se ubicó en los espacios académicos de formación, siendo que ahí se concentraba la sociedad supuestamente ilustrada, pero si se deseaba una mayor difusión y aceptación por parte de la población, habría que incluir vislumbres de costumbrismo y de lengua autóctona. Es por ello que el primer espacio teatral a finales del XVIII, el Teatro Cómico, seguramente fue de y para criollos, mientras que los tagalos y chinos se presentaban en sus propios recintos.

Contradiendo a Barrantes (1889, 56–57), que afirma que no hubo teatros en el siglo XVIII, el único a documentar el Teatro Cómico es Wenceslao Retana:

En la descripción de la proclamación y jura de Carlos IV, impresa en Manila en 1791, se lee: “Entre las fiestas permitió el M. Y. Gobernador se representasen cuatro comedias en el Teatro Cómico de esta Capital. [...]” Este Teatro Cómico es que sepamos, el primero que se construyó en Manila y en las Islas, y acaso no nos equivoquemos si añadimos que fue cosa de españoles y para los españoles, así peninsulares como insulares. (Retana 1910, 56–57)

Siguiendo a Retana, durante este período la actividad teatral en castellano fue escasa. Se aprovechó la libertad de imprenta de la Constitución de 1812 para prosa política y panfletaria, desestimando la dramaturgia. Y fue justo en esta fecha en que data su desaparición:

No creemos, pues, que haya temeridad en afirmar que si el Teatro Cómico duró hasta 1812, después de este año se lo llevase la trampa: porque del Cómico ni de ningún otro teatro se dice nada que nos conste en lo publicado durante el primer tercio del siglo XIX. (1910, 61)

El teatro escolar

En el transcurso del siglo XIX, el teatro misionero será heredado por el teatro escolar. Los textos dedicados a los santos son recurrentes en la formación dentro los colegios, que eran administrados por religiosos, siendo una práctica común en otras colonias españolas. Había, no obstante, modalidades, ya que no era lo mismo un teatro para educar o misionar que para entretener, siendo este último para un público conocedor de lo que se hacía en Europa. El proceso de inculturación planteaba el objetivo de formar a los futuros dirigentes del país.

Festividades públicas

Hacia finales del siglo XVIII, las festividades públicas consistían en corridas de toros, puestas en escena de comedias, fuegos artificiales, paseos y cabalgatas. Había en las calles luminarias, desfilaban mojiengangas y la gente se reunía en saraos para festejar. Las razones son varias, desde fiestas religiosas (marianas, hagiográficas, etc.) hasta la llegada de nuevos dignatarios o conversiones de lugareños.

Por no haber un teatro o lugar para las festividades, para inicios del siglo XIX, lo más viable era que se realizasen en la plaza mayor de Manila, en el caso de los toros en un tendido, que da idea lo que vendría a ser un antecedente de los espacios teatrales elementales.

Hacia el final de la primera mitad del siglo XIX, fueron asomando otros géneros como la ópera, la zarzuela o la opereta, que tuvieron que esperar a que hubiera mejores locales con las características adecuadas para su escenificación.

Primer Teatro de Arroceros

Los primeros espacios públicos de entretenimiento fueron los teatros de bambú y nipa para la representación del teatro tagalo, siendo el primero

mencionado un coliseo de nipa en el área de Arroceros. Estuvo en funciones hasta su descenso en los años que van de 1840 a 1845 y en él se presentaban comedias de capa y espada.

Jean Mallat (1846, vol. 2, 161–162), amplía un poco más la descripción de ese primer teatro de Arroceros y sintetiza de manera fehaciente el contexto de las actividades teatrales de una parte de la población:

Se tocan comedias españolas e incluso vodeviles traducidos del francés. ¡Pensemos qué interés puede tener para un público manilense la traducción del *Gamin de Paris!* Los actores son a menudo jóvenes de Manila y algunos indios, que se esfuerzan lo mejor que pueden sin poder evitar que el público bostece y duerma; pero, a pesar del aburrimiento que allí sentía este público, la asistencia de los espectadores era tan considerable, que solo se necesitaron unas pocas actuaciones para cubrir los costos de construcción de la sala. Los pueblos de Tondo y San Sebastián tienen teatros donde se representan obras en lengua tagala: son tan largas, que, a razón de tres horas por noche, una sola pieza es suficiente para llenar varias. Tratan temas religiosos: a veces son las guerras entre católicos y mahometanos (*moros*), a veces los amores de desafortunadas princesas encerradas en guaridas salvajes cuya entrada está custodiada por bestias feroces y donde los héroes los liberarán. Además, estos actores, así como los que hablan español, se mutilan entre sí, a quién mejor, el idioma que cargan; no entienden español puro ni tagalo elegante.

El Teatro de Tondo

Por la misma época, el otro teatro a la par en desarrollo se ubicará al norte de la ciudad, en el arrabal de Tondo. El teatro de Tondo empezó siendo un teatro pequeño para obras tagalas. Lo curioso es que entre las piezas tagalas se fueron incluyendo zarzuelas cortas y comedias castellanas.

La secularización del teatro

Hasta el año 1822, los capitanes generales eran civiles, pero a partir de ese año, fueron siempre militares. Se establecieron los gobiernos y comandancias militares, muy numerosos dado el elevado número de islas y la extensión del distrito.

En 1844 llega Narciso Clavería y Zaldúa como gobernador y capitán general de las Filipinas. En cinco años introduce cambios relevantes para la administración, pero también para la sociedad civil y favorece la secularización de la vida civil y la aparición de un teatro y de unos modelos sociales al margen del ámbito eclesiástico.

Todas las medidas iban encaminadas a modernizar Filipinas, tanto el comercio como la agricultura o la industria, y reproducir la sociedad laica peninsular, con un mercado espíritu liberal:

1. La expedición militar a la isla de Balanguingui ejecutada con éxito; situada en el archipiélago de las Joló y considerada desde siempre como uno de los principales refugios de piratas.
2. El decreto de cambio de calendario del 16 de agosto de 1844, que permite unificar la fecha, ajustándola a la asiática.
3. El decreto de 23 de noviembre de 1849 a fin de regularizar los apellidos y nombres patronímicos de que, en general, carecían la población indígena; lo que permitió una fiscalización controlada.
4. Abordó también otros temas como la minería o el cultivo de azúcar.

La Sociedad de Recreo

En este empeño de secularizar la sociedad, Clavería fundó el 31 de octubre de 1844 la Sociedad de Recreo, una institución social constituida como espacio de entretenimiento cultural. Retana (1910, 64) le dedica un capítulo completo y la describe así:

Al poco de llegado, y con su apoyo moral, se inauguró una institución sin precedente en el país, la Sociedad de Recreo, entre cuyos afiliados figuraron las personas de mayor cultura, pero señaladamente las amantes de las manifestaciones de la vida artística. La Sociedad tuvo su teatrillo. Y á mediados de noviembre del mismo año verificose la primera función con la famosa comedia *Marcela, o cuál de las tres*, que representaron aficionados; pues que por entonces no había aún en Manila actores españoles profesionales. De los apuntes de Juan Atayde parece deducirse que esta Sociedad—considerada también como el primer Casino que en Manila—tuvo su domicilio en un caserón de la calle de Anda, esquina a la de Cabildo (Intramuros), que andando los años López Ariza transformó en teatro.

Esta Sociedad de Recreo se asemeja a las sociedades de recreo peninsulares, cada vez más abundantes, ligadas habitualmente a un teatro. Los espacios escénicos se amplían, ya no son solo las ciudades importantes como Madrid o Barcelona; capitales de provincia más modestas tienen una actividad cultural propia. Son centros de ocio, o mejor son centros de negocio, de relaciones sociales, de lucimiento, escaparates sociales para una sociedad que quiere ser librepensadora y, además, son centros culturales.

En el caso de Filipinas, supone sacar el teatro del espacio escolar, vinculado a las órdenes y a la temática religiosa. Un dato relevante en el caso filipino es que además son centros frecuentados por mujeres, a diferencia de la mayoría de las sociedades cerradas y elitistas europeas, pensadas solo para hombres.

El *Diario de Manila* relata una noche de lujo social, y describe el esplendor de las estancias, la exquisitez de los refrescos y el adorno de las señoras y caballeros: “La Sociedad de Recreo de esta capital celebró anoche la primera función, que marca el artículo 3 de su reglamento, con el lujo y ostentación que debía esperarse. [...] La función empezó a las nueve de la noche y acabó a las cuatro de la madrugada de hoy” (1850, 135).

La Sociedad de Recreo, y las que se crearán después, son centros que Clavería importa de la Península, pero carecen de los recursos que allí tienen, si bien llegarán más tarde. Como ha indicado Retana, faltan dramaturgos y compañías teatrales profesionales. Hablamos, pues, de teatro de aficionados, actores no profesionales que representan obras escritas por militares u otros profesionales vocacionales, uno de ellos Ricardo Monasterio, tío de Adelina Gurrea.

Si pensamos en el panorama teatral de principios del siglo XIX, y teniendo en cuenta algunos antecedentes como el Cómico, no encontramos otra cosa que teatro de aficionados que interpretaron y compusieron distintas obras de ocasión con motivo de la celebración de distintas efemérides oficiales. Como actos organizados por la llegada a la ciudad en 1825 de un retrato del rey Fernando VII firmado por Vicente López y traído por el gobernador y capitán general Mariano Ricafort y Palacín (Moreno Garbayo 1977; Hidalgo Nuchera 2018), o con las funciones literarias organizadas con motivo de la declaración de la mayoría de edad de la reina Isabel II en 1844 que destaca Leoncio Cabrero (1973–1974, 91–92).

La Sociedad de Recreo daría lugar, tiempo después, al primer Casino de la capital donde se vinculó su élite cultural. Recibió también el nombre de Liceo de Manila.

En la Sociedad de Recreo se puso en escena *La agencia matrimonial*, comedia en dos actos y en verso, de Manuel Rancés Hidalgo y José María Birotteau, estrenada en la función lírico-dramática del 10 de diciembre de 1846 (Mallat 1846, 161–162; Retana 1904, 261–262).

Teatro de Binondo

En 1846 se erigió el teatro de Binondo gracias al abogado Manuel Ponce de León y del ingeniero y comerciante José Bosch, quien organizó un grupo de aficionados locales. En él empezaron a montarse las obras españolas románticas de García Gutiérrez, o de Zorrilla, habiendo igual un gusto por las obras francesas traducidas al castellano. Para Barrantes, fue el primer teatro

con cierta trascendencia para la ciudad, quien cita la descripción de Rafael Díaz Arenas:

Hace cuatro años que se ha construido desde sus cimientos en el sitio de San Jacinto. Su entrada en las noches de función es por la calle Nueva. Por ella se entra en el edificio, que tiene vestíbulo por todo el frente, coronado de una galería alta, cubierta, la cual sirve de desahogo en los entreactos. También tiene dos alas que comprenden dos salones altos y en la parte baja dos cafés. (Barrantes 1889, 38–39)

En 1848 llegó a Manila un grupo de deportados políticos, entre ellos Álvaro Carazo y Narciso de la Escosura, siendo este último quien tomó el teatro de Binondo y comenzó a subir a escena obras del repertorio español. Sus programas consistían en piezas del teatro clásico y romántico al cual añadió comedias de magia. Trabajó en Manila con su segunda esposa, Carlota Coronel, quien había hecho carrera en el Teatro del Príncipe de Madrid. A su regreso a Cádiz con Coronel, Escosura animó al director de la compañía del Teatro del Balón de Cádiz, Manuel López de Ariza, a viajar a Filipinas para hacer algunas temporadas de teatro lírico y dramático. López de Ariza arribó a Manila en el año de 1852, momento en que sobresale el estreno de la obra local *Salir a tiempo de pobre* de Antonio Robles, ensayo cómico en un acto y en verso, estrenada la noche del 18 de mayo de 1852.

López de Ariza pasó del teatro de Binondo al local de la Sociedad de Recreo, ya que algunas adecuaciones físicas que había hecho Escosura en el edificio no habían sido las pertinentes y lo habían vuelto no apto para las funciones. El teatro de Binondo permaneció inservible hasta sucumbir el 3 de junio de 1863 debido a un terremoto. Por esas mismas fechas llegó el maestro de baile Apiani, con lo que comenzó una etapa de desarrollo de las artes dancísticas en las islas al formar una compañía de baile. Al parecer estuvo en la misma época que Ariza, e igual por lo inadecuado del teatro de Binondo, se trasladó al de Tondo, para posteriormente fundar su propio pequeño teatro en el barrio de Sibacón (entre Binondo y Santa Cruz). Ahí estuvo por muy corta temporada ya que su local se vio afectado por el terremoto del 16 de septiembre de 1852, siendo que en 1853 sucumbió finalmente.

Censura y teatro

La libertad de prensa anunciada en la Constitución de Cádiz de 1812 duró poco. Los vaivenes sobre esta materia acaban en 1856 con la creación de la Comisión Permanente de la Censura en Filipinas, además del Reglamento de asuntos de imprenta de 1857. Afectaba a toda la producción escrita además de a la llegada de libros o diarios del extranjero. Por supuesto también se extendió a las comedias. Retana (1907a) describe cómo era la tramitación de

las publicaciones y recoge una lista de producciones censuradas y las razones de la prohibición:

Las razones de censura de las comedias eran, entre otras:

- a) acciones obscenas o lúbricas: *No me siga usted* de Mariano Pina; *Las víctimas del amor*; *Isang batang nila*;
- b) espanto del público (había un duelo): *La segunda dama duente*;
- c) ideas políticas o motines: *Los apuros de un guindillal*. (Retana 1907a, 225)

Teatros de transición

Un teatro elemental levantado en 1852 en la zona de Gunao (Quiapo) no fue suficiente para continuar con tradición alguna del teatro hispanofilipino, siendo el mismo asiento en el que se había fundado el antiguo teatro tagalo. Algo debió preservarse cuando otra sociedad recreativa, *La España*, se presentó en los teatritos de Sibancón y Gunao y tomó la iniciativa de levantar el nuevo teatro de Arroceros, que se llamaría Teatro del Príncipe. Otras sociedades fueron *La Alianza* y *La Confianza* (Retana 1910, 77). La Sociedad de Recreo se trasladó a una casona frente a la iglesia de Binondo y renombrándose “Nuevo Casino”, realizando tantos gastos que quebró.

De 1853 a 1860 funcionaron los teatros de Tondo, dedicado al teatro tagalo, y el de Quiapo, de corte bilingüe:

[...] que ambos subsisten aunque mejorados y perfeccionados, por modo que permite juzgar de lo que debieron de ser en sus primerías, míseros y hasta impropios de una ciudad populosa. Cuando el arte español no ha tenido elementos para apoderarse de ellos, cosa harto frecuente, o no acudían a Manila saltimbanquis o prestidigitadores, el indígena, Dios sabe cómo, los ocupaba, y así iba creándose un personal de aficionados... vamos al decir. (Barrantes 1889, 40)

En el de Quiapo la noche del 8 de septiembre de 1860 se presentó la comedia en un acto original y en verso, *Amor de alojamiento* de Federico de Bouvier.

Nuevo Teatro de Arroceros o del Príncipe Alfonso

La sociedad denominada Teatro del Príncipe Alfonso levantó una nueva sala con la denominación de Nuevo Teatro de Arroceros. Debió de empezar a funcionar alrededor de 1862; el teatro estuvo abierto no solo a dramas y comedias, sino también a ópera, alternando temporada teatral y lírica (Cabrero Fernández 1973–1974, 95). Se inauguró con la presencia de un violinista y luego se presentó una compañía de ópera francesa. Debido al terremoto de 1863, pasó a ser el espacio provisional de las oficinas de la Secretaría del

Gobierno General. Fue en esta década y en este teatro donde se puede decir que las artes líricas progresaron y se empezó a notar un mejor nivel en las representaciones y compañías.

De 1865 es el estreno de *La conquista de Joló*, drama histórico de gran espectáculo, en tres actos y en verso, de Antonio García del Canto. Barrantes la califica “más que drama es una zarzuela, a juzgar por el papel que en la acción representan la música y el canto” (1878, 387). Otro de los estrenos se debió a Enrique Tovar con el propósito en un acto y en verso *La vuelta del marino*, llevada a escena la noche del 16 de octubre de 1866.

En 1869 el Teatro del Príncipe Alfonso cambió de denominación y pasó a llamarse “Español”. Cabrero señala que “en este mismo año, Federico Casademunt y Regino Escalera, peninsulares los dos, escribieron *Una página de gloria*, pieza en un acto y en verso, obra de matiz patriótico, ensalzando la figura del general Malcampo” (Cabrero Fernández 1973–1974, 95). Sin embargo, Retana comenta que no hubo obra escrita en la colonia y estrenada en este teatro, sino hasta la noche del 23 de abril de 1876 que se puso dicho a propósito “dedicada a los vencedores de Joló” (Retana 1910, 89).

La dupla Casademunt-Escalera realizó otras composiciones, como *República... doméstica*, comedia de costumbres filipinas en un acto y en verso, estrenada el 30 de junio de 1878. Del elenco sobresalen los que abrirían una época fructífera del teatro hispanofilipino: Barbero, español, y Tronquet, al parecer mestizo. Fue la última obra en presentarse en el Español, ya que el 13 de octubre de 1878 un incendio acabó con él (Gutiérrez Gay 1881, 37).

Teatro-Circo de Bilibid

Quesada, un cabo español que se había distinguido como picador en los cortos momentos de auge de las fiestas taurinas a mediados del siglo XIX, decidió convertirse en ganadero y construyó una pequeña plaza de caña y nipa en Sibacón. Al tener un cierto éxito, posteriormente edificó una nueva plaza de madera y techo metálico frente a la cárcel de Bilibid. La afición al poco tiempo decayó y el espacio se convirtió en teatro, cerrando el redondel con un gran techo de hierro en forma de paraguas, pasando a convertirse en el “Circo Teatro” o “Teatro-Circo de Bilibid”. Se iluminó con mecheros de gas, siendo el primer ensayo de tal alumbrado en la ciudad (Retana 1910, 97). Al poco tiempo se incendió el Español, y durante dos años pasó a ser el teatro más adecuado para las actividades teatrales de Manila.

Cristina Lacónico-Buenaventura (1979) coloca en este teatro a las hermanas Cecilia y Carolina Campini, junto a Juan Antonio Barbero, bajo la dirección de Antonio García-Écija. Es un momento en que peninsulares y filipinos escribían en español, y llegaban compañías de España para actuar e inyectar nuevas influencias en el teatro local.

Teatro de Variedades

Por esas fechas y antes del incendio del Español, frente a este se levantó una especie de quiosco para bailes públicos militares. Desaparecido el Español, el quiosco se adecuó como teatro, llamándose al parecer primero “Teatro de Novedades” y después “Variedades”. Para 1881 se le daba el nombre de “Coliseo Artístico”. En este lugar se presentó la compañía de Darío Céspedes, quien impulsó la zarzuela de género grande a finales de 1878 y principios de 1879 (Retana 1910, 97–98). De manera semejante que para el Español, los terremotos de septiembre de 1880 hicieron que el Variedades fuese temporalmente oficinas de la Capitanía general. Volvió a ser teatro para 1881 hasta que el 21 de octubre de 1882, un baguio (tifón) destruyó el inmueble.

En 1880 se estrenó la comedia en un acto y en verso de costumbres filipinas *José el carpintero* de Juan Zulueta de los Ángeles, el primer filipino en componer en castellano una pieza de usanzas insulares. Otras obras a mencionar del mismo año son las de José García Corso *Orgullo e ingratitud*, en dos actos y en verso y *Lo que puede la fe*, en un acto y en verso.

Hacia finales de la década de los 70, se fundó el “Liceo Artístico-Literario”, entre cuyos miembros se encontraba José Rizal. El Liceo tuvo una buena presencia en la difusión del arte y la cultura, pero para 1883 cesó su existencia. El Ateneo Municipal de Manila invitó a Rizal a componer una obra y surgió una pequeña zarzuela llamada *Junto al Pásig*, que se estrenó en el Ateneo el 8 de diciembre de 1880. En 1881 se publicó, pero se desconoce si fue estrenada, *Matrimonio por poder*, juguete cómico en un acto y en verso, original de Ricardo Castro Ronderos.

Teatro Filipino

El siguiente teatro en aparecer fue el llamado Filipino. Según publicó *El Comercio* de Manila el 13 de octubre de 1880:

mañana se inaugura un nuevo teatrillo, ha tiempo en construcción, en la calle de San Roque [...]. El local es bastante espacioso y está ligera pero decentemente decorado: se ha bautizado con el nombre de Teatro Lírico Filipino, y creemos que ha de hacer buen negocio por el punto en que se halla y porque los empresarios tienen proyectado dar variedad a las funciones.

Gutiérrez Gay (1881, 37) escribe sobre él que estaba en la “calle de San Roque esquina a la de Echagüe en Quiapo. En este teatro las funciones tienen lugar casi todas las noches, y la mayor parte de las veces está muy concurrido”.

El Filipino fue testigo de la presencia de los quehaceres teatrales de Alejandro Cubero y Elisea Raguer, artistas peninsulares que llegaron en 1881.

Su labor fue un parteaguas en las artes líricas filipinas por profesionalizar a los elementos que ya tenían cierta carrera en los escenarios de la época, como Práxedes Fernández, Patrocinio Tagaroma, Nemesio Ratia y José Carvajal, entre otros. El Filipino con Cubero verificó el estreno en 1882 del sainete en dos cuadros y en verso *Cuadros filipinos* de Francisco de P. Entrala, quien había llegado a las islas en 1873, y el 1 de marzo de 1884 de la zarzuela en un acto y en verso *Una novia de encargo* de Ricardo Castro Ronderos con música de Alfredo Goré. Sin Cubero y sin Ragner, y en las últimas relevantes obras presentadas en el Filipino, el 8 de enero de 1892 subió a escena *El secreto de un médico*, comedia en un acto y en prosa de Camilo Millán y Villanueva, que para Retana:

es sin duda una de las mejores de cuantas se han escrito en Filipinas, aunque salpicada de chistes burdos y toda ella trabajada con escasa finura literaria. En *El secreto de un médico*, lo que hay que apreciar es la trama de la obra, lo que abunda en situaciones cómicas y la acción, que no decae un instante. (Gutiérrez Gay 1881, 160)

En la línea de lo que pretendió Entrala nueve años antes con sus *Cuadros filipinos*, otra obra de costumbres filipinas fue *Apuros de un pedáneo*, juguete sin pretensiones, a propósito de costumbres filipinas en un acto y en verso de José Conde y de la Torre y Mariano García del Rey, ambos peninsulares. La obra subió al escenario por primera vez en el Filipino el 23 de agosto de 1891 (Gutiérrez Gay 1881, 163).

Juan Barbero, actor y director de escena con un buen tiempo en las tablas manileñas, por lo que es considerado como el punto de inicio de la tradición lírica hispanofilipina, construyó un teatro alrededor de 1885. Ubicado en el área del puente de San Nicolás y por estar en la calle del Príncipe, de ella tomó su nombre:

Teatro pequeño sumamente modesto. El público era casi todo democrático. Allí había poco arte, es cierto, pero en cambio había mucha sicalipsis, como ahora se dice, y, por lo tanto, no hay que añadir que entre los espectadores predominaba la gente joven y alegre. Allí la Tagaroma hizo prodigios... así en el cancan como en el tango. ¡Tenía lindas piernas! (Retana 1910, 153)

Teatro Zorrilla

El declive del Filipino comenzó al inaugurarse el Teatro Zorrilla el 17 de agosto de 1893, “de grandes proporciones y un tanto lujoso”. Al estar localizado en la calle del Iris, una de las mejores de la ciudad, por fin se podía decir que el puerto disponía de un teatro de buen nivel, ya que “Manila no contaba con más

teatros que el antiguo de Tondo, grande, pero destartado; el Filipino, que no valía nada, y el del Príncipe, que valía menos todavía” (Retana 1910, 168).

En el Zorrilla se estrenó *El diablo mundo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y en verso, de los hermanos Emilio y Rafael del Val, con música de José Estella, en la noche del 25 de octubre de 1893, esto es, a los pocos meses de inaugurado. Dentro del elenco de la obra, sobresale el retorno a las islas de Elisea Ragner, después de la muerte de Cubero en España, siendo que permanecerá unos cuatro años más para regresar a la Península en 1897 (Retana 1910, 153).

Próximo ya a los años de la pérdida de las islas (1898) se inauguró el Teatro Colón. Junto con el Teatro Zorrilla, ambos continuaron con las representaciones de autores españoles y de autores hispanofilipinos, mezclando lo autóctono con lo europeo (Cabrero Fernández 1973–1974, 95).

Teatros en las provincias

Los modestos teatros de la provincia contaron con las visitas periódicas de compañías teatrales, pero en cuanto al estreno relevante de una obra filipina en español son exiguos los registros. El 22 de marzo de 1896 en el teatro de Iloilo se estrenó una revista cómico-literaria en un acto y dos cuadros *A 7 con 7 el pico ó la llegada del “peso insular” y el fin de los contratos usurarios* de Eduardo Saavedra con música de Ramón Roco (Retana 1910, 172–173).

Doreen Fernandez (1982, 231–261) relata cómo las compañías del Teatro de Tondo y del Circo de Arroceros hacían *tours* por las ciudades cercanas a Manila y provincias con un repertorio de comedias, hijas de la tradición del Siglo de Oro de Lope de Vega.

11

LOS ILUSTRADOS Y LA SOLIDARIDAD

Gaspar A. Vibal

La Solidaridad fue un quincenal de temática política publicado entre el 15 de febrero de 1889 y el 15 de noviembre de 1895, inicialmente en Barcelona y más tarde en Madrid. En tanto que órgano de la campaña filipina por la representación política en España, el objetivo inmediato de la publicación fue el de “combatir toda reacción” y ser “un propagandista más de todos los ideales de la democracia, aspirando que impere en todos los pueblos de aquende y allende los mares” (“Nuestros propósitos” 1889, 1). Durante los siete años en que se publicó, se convirtió en la vanguardia del llamado Movimiento de Propaganda y sirvió de plataforma para las ideas progresistas y nacionalistas de los ilustrados filipinos residentes en Europa.¹ Si bien su primer editor fue Graciano López Jaena (1856–1896), en noviembre del primer año de publicación le sustituyó Marcelo del Pilar (1850–1896), a la sazón delegado oficial del Comité de Propaganda de Manila, el principal financiador de *La Solidaridad* (Schumacher 1996, iv).

La Sol—como se apodó al periódico— publicó 160 números, con un total de 1.313 artículos (Vibal 2021). Su campaña para conseguir el apoyo de las Cortes españolas a la representación parlamentaria para Filipinas y a las reformas en la administración colonial recibió las adhesiones de la asociación filipina *La Solidaridad* y de la Asociación Hispano-Filipina, el grupo de presión de Miguel Morayta (un político liberal republicano español) compuesto por simpatizantes españoles y filipinos. Los primeros números de *La Solidaridad* fueron sufragados por Pablo Rianzares (abogado nacionalista filipino), que también nombró editor a López Jaena.² Anteriormente, Mariano Ponce (1863–1918) había ofrecido el puesto a José Rizal (1861–1896), pero este lo rechazó alegando sus actividades en Londres (Rizal 1931, 55–56). Finalmente, la dirección recayó en Marcelo del Pilar gracias a sus influyentes contactos en

España y a su capacidad para canalizar las donaciones filipinas hacia objetivos políticos.

El periódico sufrió un duro revés cuando Rizal, su principal ideólogo, dejó de contribuir con sus artículos. Su detención y deportación debilitaron aún más la revista. Se persiguió a los suscriptores, se bloquearon las fuentes de financiación del periódico y Del Pilar se vio obligado a interrumpir la publicación en noviembre de 1895, cuando el último de sus patrocinadores filipinos, el Cuerpo de Compromisarios (representado por el reformista reconvertido en revolucionario Apolinario Mabini, 1864–1903), dejó de remitir fondos.

El contexto histórico en España y Filipinas

Entre 1868 y 1871, en un periodo enmarcado por la Revolución Gloriosa, el destronamiento de la reina Isabel II y la ascensión al trono de Amadeo I, se sucedieron en España una serie de acontecimientos importantes. En paralelo en Filipinas estalló el descontento que había ido acumulándose durante casi un siglo por la asignación de las parroquias a las órdenes religiosas españolas en detrimento de los sacerdotes seculares filipinos. La causa de los sacerdotes filipinos fue defendida por el fraile criollo Pedro Peláez (1812–1863) y, a su muerte, por su protegido el padre José Burgos (1837–1872), con quien el conflicto adquirió tintes raciales durante lo que vino a llamarse Movimiento de Secularización (Schumacher 1972, 23–24).

Diversos sectores liberales de la colonia, como la “principalía” (la élite), los estudiantes, los empresarios y el clero secular filipino, se unieron a la cruzada del padre Burgos. Alentados por las declaraciones del recién llegado gobernador general Carlos María de la Torre, el grupo (que más tarde sería conocido como el Comité de Reformadores) defendió desde un marco asimilacionista una serie de reformas políticas y la representación parlamentaria de los filipinos en España.

Esta campaña se vio truncada en 1871 con la sustitución de De la Torre por un gobernador general de línea dura, Rafael Izquierdo. Los acontecimientos escalaron hasta la noche del 20 de enero de 1872, cuando doscientos soldados filipinos de infantería y de marina acuartelados en el puerto de Cavite al mando del sargento Lamadrid se amotinaron y asesinaron a su comandante y a otros oficiales (Schumacher 2011, 62). En represalia, el padre Burgos fue acusado de ser el cabecilla de un supuesto “gobierno revolucionario” que incluía a otros prominentes ciudadanos identificados con la campaña reformista. La ejecución a garrote de Burgos y los también sacerdotes Mariano Gómez y Jacinto Zamora, así como la deportación a las islas Marianas del resto de acusados, supuso la piedra de toque para la formación de una conciencia nacional filipina, pues las represalias inspiraron a jóvenes familiares y conocidos de los deportados, como Joaquín Pardo de Tavera, Ambrosio Rianzares Bautista o el padre Toribio del

Pilar, a unirse a la causa. Algunos decidieron proseguir sus estudios en España, desde donde impulsaron el movimiento reformista (Mojares 2006, 446).

En las dos últimas décadas del siglo XIX, Barcelona se había convertido en el centro comercial y logístico de las relaciones entre la Península y Filipinas. La ciudad condal acogió a los más dinámicos ilustrados filipinos, como Del Pilar, su discípulo Mariano Ponce o López Jaena.³ Este último era un entusiasta orador originario de las Visayas que había llegado a España como estudiante y se había unido al Partido Republicano, en particular a la facción radical del ex primer ministro Manuel Ruiz Zorrilla (1833–1895). Entre los mentores de López Jaena también encontramos a políticos de izquierdas como Emilio Junoy y Juan Sol y Ortega (Retana 2018, 143; Cano Garcia 2005, 78).

Del Pilar llegó a Barcelona huyendo de las represalias por su papel en una manifestación contra frailes españoles encabezada por su amigo Doroteo Cortés, el 1 de marzo de 1888 en Manila (Retana 1892, 155–367).⁴ Un año antes, en junio de 1887, su protegido Mariano Ponce había llegado a la ciudad para continuar sus estudios, si bien se había dedicado principalmente a crear un órgano que sustituyera a la publicación madrileña *España en Filipinas* (1887).⁵

El fracaso de *España en Filipinas* se debió a la división de opiniones entre moderados y progresistas de la colonia filipina acerca de la Exposición de Filipinas de 1887. Diseñada a conciencia por el ministro de Ultramar Víctor Balaguer (1824–1901), la Exposición quería ofrecer una muestra del desarrollo comercial, industrial y artístico de la colonia filipina, e incluyó exposiciones vivientes de comunidades etnolingüísticas marginadas, como los igorotes y los musulmanes. Sin embargo, para los expatriados más liberales, como Evaristo Aguirre, López Jaena o Rizal, la exposición, lejos de impulsar el desarrollo de la colonia, venía a perpetuar la noción de una Filipinas “primitiva” y, en consecuencia, incapaz de autogobernarse.⁶ Por su parte, moderados como Pedro de Govantes y Eduardo de Lete, quienes habían apoyado las campañas en pro de la asimilación, acogieron con satisfacción la oportunidad de mostrar la realidad de la colonia. Cuando *España en Filipinas* publicó un artículo crítico que consideraron subversivo, tanto Govantes como Lete retiraron su apoyo a la publicación. Esta división se acrecentó cuando el ministro Balaguer repitió la exposición en Barcelona en 1888, lo que aumentó el número de progresistas que demandaban una publicación que les sirviera de altavoz. Sin proponérselo, pues, Balaguer aceleró aún más la consolidación del proyecto nacional filipino (Delgado 2015).

La campaña en favor de los derechos y libertades de los filipinos y la representación en las Cortes estuvo financiada por un grupo de Malolos y Manila informalmente denominado Comité de Propaganda (Retana 1907, 159–160; Mojares 2006, 457–458). Los fondos recaudados sirvieron para financiar la impresión de octavillas, folletos y otras publicaciones en Filipinas y en España. El Comité también se encargó de distribuir sus publicaciones en Filipinas y Hong Kong, a pesar del riesgo de confiscación y arresto.

José Rizal fue clave en el desarrollo del movimiento. Su fama como pensador y escritor le precedió a su llegada a Madrid como estudiante. Schumacher ha establecido una línea de influencia directa entre la campaña filipina del padre José Burgos y los polémicos artículos de Rizal contra los frailes publicados en *La Solidaridad* (Schumacher 1972, 34; 1991, 2).

Entre los simpatizantes peninsulares de la causa filipina destacó Miguel Morayta (1834–1917). Anticlerical y librepensador, Morayta desempeñó un papel decisivo en la configuración de la campaña de los propagandistas. Morayta reunió a influyentes políticos españoles y a ilustrados filipinos en el grupo de presión llamado “Asociación Hispano-Filipina”. La Asociación llevó a cabo recogidas de firmas, organizó banquetes y reuniones e impulsó peticiones y resoluciones a las Cortes (Schumacher 1996, vi). Al amparo de esta organización, Morayta impulsó los ideales ilustrados y el espíritu de fraternidad, animando a los filipinos a unirse a las logias masónicas de España y a establecer otras en Filipinas que articularan sus ideales liberales (Schumacher 1991, 4–5). En calidad de Gran Maestro del Gran Oriente Español, Morayta reunió a simpatizantes españoles de la causa filipina y consiguió que las peticiones filipinas recibieran el apoyo de miles de masones (Schumacher 1996, vii).

El también español, masón y ministro de Ultramar en dos ocasiones Manuel Becerra (1820–1896), fue otro importante defensor de los expatriados filipinos, como prueban los diferentes homenajes que le granjeó la comunidad filipina. Por su parte, el acérrimo republicano Rafael María Labra (1840–1916), quien defendió en su actividad parlamentaria la autonomía de su Cuba natal, también criticó la esclavitud en América y fomentó la formación de partidos políticos. Finalmente cabe destacar el papel del austríaco Ferdinand Blumentritt (1853–1913), el primer defensor a escala internacional de los propagandistas y amigo de José Rizal. Su inclinación erudita se reflejó en artículos etnográficos e históricos que escribió para *La Solidaridad*, lo que incluso le granjeó la admiración de Wenceslao Retana, filipinista que en sus inicios sostuvo una campaña de desprestigio hacia los Ilustrados y, más tarde, hacia los poetas filipinos en español.

Algunos de los destacados filipinos residentes en Madrid, como Pedro Paterno, no tuvieron un papel activo en la Propaganda, ni en los lazos con la masonería ni con *La Solidaridad*. Paterno prefirió gravitar en torno a políticos españoles de más éxito, como Emilio Castelar (1832–1899), el anteriormente citado Víctor Balaguer o el hombre de estado de ideología federal Francisco Pi y Margall, con quien también tuvo contacto Rizal (Mojares 2006, 13–14).

Panorámica del contenido editorial de *La Solidaridad*

Tras unos artículos iniciales sobre política española, *La Solidaridad* presentaba textos sobre reformas en Filipinas, noticias, cartas de corresponsales, reseñas de libros, una sección de “Letras y artes” y ensayos más extensos sobre

historia y cultura filipinas. Durante los siete años de su existencia, muchos de sus artículos fueron de relleno, reprints de otras publicaciones con un interés periférico para sus lectores filipinos o meras reimpressiones de textos de las campañas contra los frailes españoles (Schumacher 1996, iii-iv).

Al tratarse de una revista política, *La Solidaridad* estaba conectada con la dinámica esfera pública de la sociedad española de la segunda mitad del siglo XIX. En 1887, existían 41 periódicos en Madrid que representaban una amplia gama de perspectivas ideológicas, desde el ultraconservadurismo católico, el carlismo y el monarquismo al republicanismo, el liberalismo, el socialismo o el anarquismo (Ortiz 2000). En este contexto, *La Solidaridad* fue la publicación periódica española más longeva entre las que abogaban por la causa filipina.

La mayoría de los artículos se escribían bajo seudónimo; entre estos destacan Plaridel, Kupang o Maitalagá (Del Pilar), Kalipulako, Naning o Tikbalang (Ponce), Dimas Alang o Laong Laan (Rizal), Taga-ilog (Antonio Luna), Juan Totoo (Clemente José Zulueta), Jomapa (José Panganiban) o Kikil (Gregorio Aguilera y Solís) (Retana 2018). El recurso del anonimato, tan frecuente en la prensa española y filipina de finales del siglo XIX, se justificaba por la naturaleza altamente polémica de los artículos, sujetos tanto a la censura como a las leyes del honor. A pesar de estas precauciones, en las páginas de *La Solidaridad* se puede encontrar mucha polémica con periódicos rivales. Del mismo modo, se puede pensar que gran parte de las opiniones o editoriales que se publicaban en la época conectaban con intereses políticos que estaban detrás de la financiación del periódico (Schumacher 1996, iv).

A partir del 15 de diciembre de 1889, cuando Del Pilar se hizo cargo de la dirección, la línea editorial de *La Solidaridad* se hizo más afilada y consciente. Ahora bien, ya desde sus inicios el periódico se había destacado por su tratamiento de la influencia de las órdenes religiosas en el gobierno civil de Filipinas, tanto a nivel local como colonial, y que bajo el término de *frailocracia*, se criticaba como el poder de facto de los frailes españoles sobre los asuntos de la colonia. Aún más: para *La Solidaridad*, el gobierno colonial actuaba como un mercenario a las órdenes de los frailes y amparaba un oscurantismo católico conservador a las antípodas de las demandas progresistas de los filipinos.

Un segundo tema de interés para el periódico lo constituían las “leyes especiales” que se aplicaban en la colonia desde la promulgación de la Constitución de 1837 y que habían privado al archipiélago de representación parlamentaria (Cañas de Pablos 2005, 64).⁷ Los propagandistas, fijándose en los movimientos independentistas de varios países latinoamericanos, advertían de lo que podría pasar en Filipinas si no se tomaban en cuenta sus demandas reformistas.

Consciente de que José Rizal era el líder moral de la colonia filipina, Del Pilar quiso atraerlo hacia el periódico. En un primer momento, Rizal participó en la elaboración del discurso ideológico, pero progresivamente tomó

conciencia del poder absoluto que Del Pilar ejercía sobre la línea editorial. A finales de 1890, Rizal llegó a Madrid para proponer que se sometiera a votación quién debía dirigir la causa nacionalista –lo que incluía la dirección de *La Solidaridad*–. Si bien Rizal saboreó una pírrica victoria al ganar aquella votación, pronto se dio cuenta de que él no controlaría ni el periódico ni las asociaciones y actividades en torno a él, que se centraban en España. En este contexto, Rizal consideró que no tenía otra opción que abandonar *La Solidaridad* (Schumacher 1996, vii–viii).

Contribuciones significativas

En los materiales y noticias publicados en *La Solidaridad* se aprecia una importante habilidad para combinar los intereses de grupos distintos. En varios números se daba protagonismo a la Asociación Hispano-Filipina, organización hermana de la revista, dando cobertura a sus actividades o informando de su activismo sobre asuntos filipinos.⁸

Desde Manila, Isabelo de los Reyes contribuyó con un ensayo sobre la historia de la representación política de la colonia filipina en las Cortes, dando así un marco histórico a la lucha de los propagandistas (De los Reyes 1889b). De los Reyes incluso publicó noticias provenientes de *La Solidaridad* en sus periódicos filipinos –en tagalo– y alineó la agenda política de sus diversas empresas periodísticas con la del quincenario madrileño (Thomas 2006, 396–397).

Por su parte, Del Pilar y Ponce cubrieron la guerra sino-japonesa y los movimientos expansionistas de Japón y resultaron clarividentes en su predicción del ascenso nipón a potencia mundial. En “Relación entre las Cortes y el archipiélago filipino”, un anónimo escritor advertía a las Cortes españolas de la hegemonía japonesa y la afinidad de los filipinos hacia la política nipona como el nuevo peligro al que España se enfrentaba en Asia (1895, 62–63). Del mismo modo, Del Pilar advertía que el atractivo del panasianismo que Japón encarnaba y que auguraba que la “identidad o igualdad de razas entre japoneses y filipinos” radicalizaría aún más a los filipinos contra su amo colonial (Del Pilar 1894, 209–212).

Antonio Luna, quien posteriormente se convertiría en un temido general revolucionario, destacó por sus ligeros artículos de viaje e impresiones en *La Solidaridad*. En “Impresiones madrileñas de un filipino”, adoptaba la voz de un etnógrafo para escribir sobre Madrid y sus habitantes y describir su decepción al no encontrar en la capital española la belleza que había imaginado.⁹ Luna exhortaba a sus lectores:

Filipinos que estáis en Filipinas: no os dejéis arrebatar por el canto de sirena al piélago inmenso de las fantasías, porque el desencanto será terrible. Nos hablan tanto de *ella* [Madrid], nos ponderan tanto su belleza y su

hermosura, (de la Puerta del Sol quiero decir) la ponen tan alto, tan alto... que, derretidas las alas de la imagen formada ante el calor del realismo, la caída es mortal. (Luna 1889, 210–212)

En una carta a Rizal cuando las *Impresiones* se recogieron en un libro, Luna identificaba la intención subversiva de su sátira como la “maldita presunción de arrojar al ídolo haciendo trizas el pedestal”.¹⁰

Los artículos políticos, académicos, históricos y etnográficos de Ferdinand Blumentritt dieron al periódico el prestigio de un reconocimiento internacional. En la serie de ensayos titulada “La separación de las colonias españolas de la América continental, reflexiones y consideraciones”, Blumentritt ensayaba posibles escenarios para el archipiélago si España persistía en ignorar las demandas filipinas (Blumentritt, 1892–1895).

Considerado de facto como el ideólogo del movimiento, Rizal publicó en la revista varios de sus ensayos más importantes. “Sobre la indolencia de los filipinos” (Rizal 1890a) cargaba las tintas contra la supuesta “pereza del nativo”,¹¹ que los pensadores españoles atribuían al clima tropical, y defendía este comportamiento como una forma de resistencia popular contra la opresión a la vez que promovía entre sus lectores filipinos la importancia de la educación, la principal tarea en la redención nacional (Bonoan 2015, 204).

Por otra parte, en “La verdad para todos”, Rizal denunció las detenciones arbitrarias y las deportaciones, y advirtió sobre sus perniciosos efectos que agravaban aún más la subversión.

Dad libertades, para que nadie tenga derecho a conspirar, diputados para que las quejas y murmuraciones no se condensen en el seno de las familias y desde allí sean la causa de futuras tempestades. Tratad bien al pueblo, enseñadle las dulzuras de la paz, para que la adore y la mantenga. Si seguís ese sistema de destierros, prisiones y sobresaltos por nada, si castigais en él vuestras propias faltas, le desesperais, le quitais el horror a las revoluciones y a los disturbios, le endureceréis y le excitáis a la lucha. En Filipinas todavía no hay filibusterismo, pero lo habrá de seguro y terrible si se continúa el ojeo: si quieres que el perro de tu vecino rabie, publica que está rabioso. ¿Qué más filibusterismo que el filibusterismo de la desesperación? (Rizal 1889a, 81–85)

En “Sobre la nueva ortografía de la lengua tagalog (Carta a mis paisanos)”, Rizal amplió los estudios de Trinidad Pardo de Tavera sobre los silabarios prehispánicos como el baybayin. Animaba a los filipinos a rechazar grafías hispanizadas, y antinaturales, del tagalo y promovía la nueva ortografía, como ya habían apoyado compañeros de *La Solidaridad* como del Pilar, Ponce, Serrano Laktaw o Isabelo de los Reyes (Rizal 1890b, 88–92). Las reformas ortográficas serían tan poderosas que la recién introducida “k” adquirió

identidad política y se convirtió en símbolo de la Revolución Filipina (el grupo nacionalista armado “Katipunan” era representado por una bandera con tres “k”), en un ejemplo de lo que Thomas ha llamado “orthographic nationalism and decolonization” (Thomas 2007, 938–939).

El sarcasmo de Rizal se hizo manifiesto en una refutación en dos partes al crítico Vicente Barrantes sobre las supuestas deficiencias del teatro y civilización tagalos. En una defensa de la raza, Rizal juraba aceptar todos los insultos vertidos sobre su pueblo mientras hubiera un solo español honorable que albergara,

una centella de amor para nuestro país, mientras haya ministros que planteen liberales reformas, mientras el clamoreo de invectivas no borre de nuestra memoria los nombres de Legazpi, Salcedo, Carriedo y sobre todo los nombres de los antiguos reyes católicos que protegían desde lejos a los desgraciados malayos de Filipinas! (Rizal 1889b)

En “Filipinas dentro de cien años”, Rizal predijo el creciente poder de unos ambiciosos Estados Unidos y cómo esta nueva hegemonía afectaría a Filipinas (1889–1890). Rizal también depositaba grandes esperanzas en una prensa libre y dinámica que sería garantía de democracia y, lo que es más importante, subrayaba el valor de la educación y la superación personal como principal motor de cambio (Álvarez Tardío 2018, 178). Es precisamente en la primera entrega de este ensayo donde se halla una de sus máximas que había de quedar grabada en la memoria de los filipinos: “Para leer el destino de los pueblos, es menester abrir el libro de su pasado”.

Los contradiscursos de *La Política de España en Filipinas*

En enero de 1891, los hermanos José y Pablo Feced y Wenceslao Retana fundaron *La Política de España en Filipinas*. El quincenal contó con colaboradores como Ventura Fernández López, Vicente Barrantes, Gonzalo Repáraz y, quizá sorprendentemente, con el mejor amigo de Rizal, Ferdinand Blumentritt.¹² En su manifiesto fundacional se anunciaba que su razón de ser era combatir el reformismo en Filipinas. Los editores se proponían luchar contra el antiespañolismo de los filipinos expatriados y se postulaban como el enemigo de *La Solidaridad*. Ante cada intento filipino de engrandecerse, *La Política de España en Filipinas* menospreciaría y denigraría a los colonizados con un discurso abiertamente racista (Cano García 2005, 193–194).

En su número inaugural, y haciendo un juego de palabras con el nombre de la publicación adversaria, los editores se conjuraban a la “[g]uerra, pues, sin tregua a todo lo que *solidario* se haga de aquellos crasos errores o propósitos aviesos que indicados quedan; guerra a toda *solidaridad* que algo español combata en nuestra colonia, y pretenda arrojar sobre ella, a título de progreso

político, la túnica de Neso de reformas inoportunas, absurdas y perturbadoras” (1891, 1). Según Glòria Cano,

The anticlericalism of *La Solidaridad* thus becomes pro-clericalism in *La Política*; the reformism advocated by Filipino ilustrados becomes anti-reformism and pro-conservative ideas for Retana and Feced. The collaborators of *La Solidaridad* considered themselves prepared to become a province of Spain; Retana considered the Philippines had not yet come of age. (Cano Garcia 2005, 194)

La Política era, en términos de tono y contenido, tan ultraconservadora y religiosa como la *Unión Católica* (Cano Garcia 2005, 191); su defensa de las órdenes religiosas era tan estridente que James LeRoy y Manuel Artigas y Cuervas sospecharon que estas mismas órdenes financiaban la revista (Cano Garcia 2005, 169; 172). Su cobertura de los temas filipinos alcanzó su etapa más estridente entre 1891 y 1895, cuando estuvo coeditada por Pablo Feced y Retana. Las polémicas en respuesta a las acaloradas argumentaciones de *La Solidaridad* dieron lugar a discursos extremos que son “uninspiring, not to say distressing, reading today” (Schumacher 1991, 137).

El rabioso antifilipinismo de *La Política* amainó en 1896, cuando los hermanos Feced vendieron su parte a Retana y este condujo la publicación en una dirección más moderada y académica. En los números del 30 de abril y del 15 de mayo de 1896, Retana atribuía el auge del filibusterismo al odio de los filipinos hacia los frailes, a reformas a su juicio equivocadas (como la Ley Maura o los códigos penal y civil) cuya aplicación debería haberse limitado a la Península, a la difusión del republicanism y de la masonería, y a la política de atracción de los ilustrados del gobernador general Ramón Blanco (Cano Garcia 2005, 216).

La Solidaridad en la historia intelectual española, filipina, americana y global

Dentro de la tradición intelectual española, las raíces de *La Solidaridad* se alimentan del movimiento nacionalista catalán (Cano Garcia 2012). En su principal escritor, José Rizal, se percibe una fuerte traza del krausismo (Bonoan 2015; Álvarez Tardío 2018). Aunque a corto plazo no se consiguieron las reformas políticas que se perseguían, Schumacher ha considerado que *La Solidaridad* tuvo éxito en la creación de una consciencia filipina y la construcción de la Revolución.¹³ De hecho, Schumacher enmarca el periódico en un discurso nacionalista cuyo programa de reformas era un primer paso para un objetivo final más ambicioso.

Por su parte, el influyente historiador nacionalista Teodoro Agoncillo consideró la pacífica campaña del quinquenario como un fracaso que explicaba

por sus orígenes de clase media, que no habrían alimentado “the courage and the vigorous hope necessary to continue an unequal struggle” (Agoncillo 1956, 178).¹⁴ Desde el marco analítico del materialismo histórico, Renato Constantino caracterizó la campaña de mero movimiento reformista porque la mayoría de sus líderes pertenecían a una “wealthy (adinerada) *clase ilustrada*”. Sin embargo, e incluso teniendo en cuenta, como apuntaba Constantino, que el número de lectores del periódico (así como de las novelas de Rizal y de otros textos propagandísticos) era “limitado”, la influencia de *La Solidaridad* entre los ilustrados filipinos –que más tarde serían los líderes de la revolución– fue sin duda importante (Constantino 1975b, 153).

En *Imagined Communities*, Benedict Anderson examinó cómo una comunidad política puede imaginarse a sí misma como “both inherently limited and sovereign” (1991, 6). La relación que Anderson planteó entre el incipiente nacionalismo criollo del siglo XIX y el “capitalismo de imprenta” (*print capitalism*) se corroboraba así en el proyecto nacional de los ilustrados filipinos, a quienes atribuyó la creación de la primera *intelligentsia* real de Filipinas que inauguró “the self-conscious consolidation of a pan-Philippine (except for the Moro areas) meztizo stratum, where their elders had formed dispersed clusters of provincial caciques” (Anderson 1991, 198–199; Schumacher 1991, 2–3).

Para Megan Thomas (2012, 12), la Propaganda tenía un carácter “protonacionalista” en la medida en que sus escritos “articulate (albeit sometimes imperfectly) the existence and legitimacy of the Filipino nation” y así anticipaban la revolución. También ha rastreado la genealogía de su producción de conocimiento hasta sus orígenes europeos (no españoles) y ha destacado cómo los propagandistas emplearon marcos analíticos alemanes y franceses para, por un lado, indigenizar y, por otro, tener autoridad sobre el conocimiento filipino.

Para Vicente Rafael, los textos propagandísticos de *La Solidaridad* son parte del esfuerzo ilustrado por usurpar el papel de intermediario entre el colonizador y las masas a través del poder y de las técnicas de traducción. En este sentido, destaca cómo *La Solidaridad* acusó a los frailes de bloquear el acceso universal al castellano en Filipinas, pues temían perder de ese modo su autoridad sobre los asuntos civiles y de gobierno. Las órdenes religiosas, en tanto que enemigas de la modernidad y el progreso, se ganaron la especial enemistad de la publicación (Rafael 2005, 20–22).

En la actualidad, se considera que *La Solidaridad* es el origen de los proyectos de producción de conocimiento de la escuela de la indigenización¹⁵ así como de la periodización nacionalista de la historia en tres periodos (Salazar 1983; Reyes 2022). Desde el marco *Pantayong Pananaw* (“nosotros hablando con nosotros”), el discurso de los ilustrados del Movimiento de Propaganda puede caracterizarse como un contradiscurso meramente reactivo o defensivo (*pangkaming pananaw* o “nosotros hablando con ellos”) ante

las previamente distorsionadas construcciones coloniales de la subjetividad filipina (Mendoza 2002, 90). Si bien emancipadora y moderadamente anticolonial, la campaña solo podría considerarse como el inicio de una praxis de producción de conocimiento indigenizada. Por su parte, como originario del *kasaysayan* (la concepción nativa de la historia) de distintas narrativas nacionalistas, el análisis histórico de la Propaganda ha tenido sin duda un impacto notable. La periodización tripartita “luz-oscuridad-luz” (*liwanag-dilim-liwanag*) sitúa un periodo oscuro (el periodo colonial español) entre dos periodos positivos o de “luz”: el periodo prehispánico y el poscolonial (Salazar 1983, 108).

Finalmente, en el marco de la historia intelectual asiática, es de destacar la contribución de *La Solidaridad* al pensamiento anticolonial a través de Mariano Ponce, considerado uno de los primeros defensores del panasianismo (Aboitiz 2020). En una fecha tan temprana como 1893, y mientras cubría el ascenso de Japón, Ponce tomó conciencia de la importancia de la guerra sino-japonesa de 1894–1895 y advirtió a sus lectores de que Japón se convertiría en el antagonista del imperialismo occidental. En la política nipona de “Asia para los asiáticos”, Ponce vislumbró una inspiración para los filipinos. Más allá de su carrera como propagandista, en Japón Ponce participó en la causa revolucionaria filipina y entabló amistad con otros revolucionarios asiáticos, como el general coreano An Kyong-su y el líder nacionalista chino Sun Yat-sen.

Notas

- 1 Schumacher (1997) traza una cronología de quince años para esta campaña de activismo a favor de las reformas en Filipinas, desde los escritos económicos de Gregorio Sancianco de 1880 hasta el final de *La Solidaridad* en 1895. Por su parte, Resil Mojares (2006) sitúa el inicio en 1888, con la fundación del Comité de Propaganda.
- 2 Schumacher (1997, 124) identifica a Pablo Rianzares como el hijo de Ambrosio Rianzares Bautista, quien había sido deportado tras ser acusado de complicidad en el motín de Cavite de 1872.
- 3 Sobre la influencia de Barcelona para la comunidad de ilustrados filipinos, ver el artículo “Ateneo Barcelonés” en *La Solidaridad* (1893, 72–74).
- 4 Del Pilar y Cortés habían sido inspirados por el gobernador general Emilio Terrero, de inclinaciones liberales, así como por sus subordinados José Centeno y Benigno Quiroga. Cuando el agresivamente conservador Valeriano Weyler sustituyó a Terrero, Del Pilar no tuvo más remedio que huir y se convirtió en el delegado del Comité de Propaganda en Barcelona.
- 5 El periódico había sido instituido como el portavoz de los derechos de la colonia filipina, en línea con los intereses de Puerto Rico y Cuba, por los conservadores hispano-filipinos Felipe M. de Govantes y su tío Manuel Azcárraga.

- 6 Sobre la solidaridad entre los filipinos decepcionados, ver por ejemplo “Discurso pronunciado el 25 de Febrero de 1889 en el Ateneo Barcelonés” (López Jaena 1891, 18–20); Carta de “‘Cauit” [Evaristo Aguirre] a Rizal (Rizal 1930, 204–207).
- 7 Véanse las extensas discusiones sobre las “Leyes Especiales” en Blanco (2009, 65–66, 90–94).
- 8 Ver “Discursos pronunciados en el banquete dado por la Asociación Hispano-Filipina el 23 de diciembre último en honor del señor Becerra” (1891).
- 9 Para el contexto de la temprana literatura hispanofilipina de viajes y su desilusión con la modernidad europea, véase Mojarro (2022).
- 10 “Carta de Antonio Luna a Rizal, 11 de abril de 1891” (Rizal 1961, 645).
- 11 Véase Alatas (1977) y Santiago (2015). Según esta visión, los nativos, a fin de expresar resistencia, recurrían a estrategias y tácticas dilatorias, como el disimulo, la ignorancia fingida o el falso acatamiento.
- 12 Uno de los principales artículos de Blumentritt en esta publicación fue “Filipinas y las ideas separatistas” (1894), donde articulaba sus dudas sobre el separatismo filipino.
- 13 Estos últimos sintagmas parafrasean, claro está, el subtítulo del libro de Schumacher, *The Propaganda Movement, 1880–1895: The Creation of a Filipino Consciousness, the Making of the Revolution* (1997). Luis Zurriel Domingo ha resumido sucintamente los intentos de *La Solidaridad* como “the petri dish of the development of national consciousness” (2021, 217–225). Estas valoraciones positivas contrastan notablemente con los juicios de Teodoro A. Agoncillo (1956) y Renato Constantino (1975), que pintaron el Movimiento de Propaganda como de inútil movimiento reformista.
- 14 Los orígenes clasistas del pensamiento nacional filipino impregnan los programas escolares y los libros de texto filipinos.
- 15 Entre los movimientos de indigenización están los proyectos Pantayong Pananaw y Sikolohiyang Pilipino.

12

NACIONALISMO EN ISABELO DE LOS REYES

Reconciliando opuestos

Fernando N. Ziálcita

El movimiento llamado “Propaganda”, al que pertenecieron José Rizal, Trinidad Pardo de Tavera, Pedro Paterno y Mariano Ponce, imaginó Filipinas no solo a la luz de la Ilustración, sino también a través de lentes isleñas. En ello, Isabelo de los Reyes destacó por su originalidad, su bravura y su radicalismo. Mientras que sus colegas pretendían recrear un pasado precolonial que abarcaría todo el archipiélago, De los Reyes se interesó, además, en la historia y las tradiciones de una región particular, su Ilocos nativo. Debido a que esta era una región muy lejana geográfica y espiritualmente de la metrópoli, algunos de sus compañeros le menospreciaron por “provinciano”. Otra diferencia estaba en su variedad de fuentes: como De los Reyes quería reconstruir la historia de Filipinas con una voz filipina, examinó a los testigos del primer siglo de contacto como, por ejemplo, Antonio de Morga, Pedro Chirino, Francisco Colín o Juan de Plasencia, y los comparó para tamizar los prejuicios colonialistas. Igual que sus contemporáneos europeos, profundizó en el folclore como fuente de sabiduría no escrita de la gente acerca de los diferentes aspectos de la vida. Además de algunas fuentes escritas, gran parte de su estudio del folclore viene de sus conversaciones con una variedad de gente en Ilocos (De los Reyes 1889a, 110; 180), lo que le convierte en un pionero en hacer trabajo de campo. Visitó a los tinguianes de Abra, quienes, a pesar de tener un idioma hermano del ilocano y de compartir casi sus mismas creencias y costumbres, escaparon de la hispanización por retirarse a las tierras altas. Documentó las fases del ciclo de vida del pueblo tinguian: el nacimiento, el cortejo, el matrimonio y la muerte (De los Reyes 1887, 1–38). Subrayó la importancia del estudio de la vida ilocana: muchos elementos de la tradición endémica sobrevivieron mejor en Ilocos, ya que se encontraba muy al norte, a diferencia de Bisayas y Mindanao,

que recibieron más influencias del exterior, como del hinduismo o del islam (De los Reyes 1909).

De los Reyes no solo utilizó la pluma: tomó las armas durante la Revolución de 1896 contra España. Fue entonces encarcelado en el castillo de Montjuïc en Barcelona. Llegó a conocer a socialistas y anarquistas. Tras su liberación, volvió a Filipinas y, bajo el dominio estadounidense, coorganizó la primera unión laboral para luchar por los derechos de los obreros en contra de los capitalistas filipinos (Scott 1992). Para institucionalizar el nacionalismo, cofundó una iglesia rebelde: la Iglesia filipina independiente. Bien resume Mojares lo que era De los Reyes: “the country’s most unorthodox intellectual” (2006, 255).

Para mí, sin embargo, De los Reyes tiene otra relevancia: fue el primer antropólogo filipino, y supo hacerlo, además, con una perspectiva filipina. En el presente ensayo, quisiera mostrar lo que se puede aprender de Isabelo de los Reyes en esta tarea de reconciliar dos opuestos –el cristianismo y la religión austronesia– en la narrativa nacionalista. Al mismo tiempo, apuntaré las limitaciones de su perspectiva y reflexionaré sobre la necesidad de superarla. Me centraré en cuatro de sus libros: *El Tinguian* (1887), *El Folk-lore filipino* (1889a), *Historia de Ilocos* (1890) y *La Religión antigua de los Filipinos* (1909). Veremos que la manera en la que De los Reyes aborda el nacionalismo es compleja porque es dialéctica: reconoce “la identidad en diferencia”.

Las dos caras del nacionalismo

No se debería confundir el nacionalismo, una narrativa que apareció a finales del siglo XVIII, con el patriotismo. Mientras que el segundo se centra en el amor por el lugar de nacimiento, el primero es más abstracto y más inclusivo. Propone que toda la gente dentro de un territorio circunscrito imagine que, a pesar de las diferencias en su idioma, raza, clase social y religión, comparten un pasado y un futuro común, así como un conjunto de valores (Renan 1992, 6–7; Gellner 1983). Mientras que el amor patrio está, quizás, presente en cualquier sociedad, el nacionalismo está ligado con las revoluciones liberales que ocurrieron en las Trece Colonias británicas, en Hispanoamérica y en Francia. La democracia introdujo la idea de que la legitimidad del Estado provenía de los súbditos mismos, quienes tenían el derecho de dirigirlo mediante sus representantes (Anderson 2003, 21), es decir, de la “Nación”. El blasón de un Estado ya no significaría más una dinastía, sino una nación. A pesar de la globalización, no se puede decir que el nacionalismo sea arcaico. El orden internacional utiliza la Nación-Estado como la unidad fundamental de la soberanía.

El nacionalismo tiene dos caras: una benévola, que inspira a los ciudadanos a preocuparse por el prójimo y a obrar por un bien común, y otra malévol, que persigue a los que se diferencian de la mayoría. Los posmodernistas advierten contra las “grandes narrativas” (*grands récits*) que dividen y excluyen

(Lyotard 1984), porque el nacionalismo es una narrativa inventada que nos obliga a imaginar que todos, dentro de un espacio, formamos una comunidad. Sin embargo, una identidad abstracta que no reconozca las diferencias de raza, etnia, religión y clase social fomenta una uniformidad tiránica (Gellner 1983). Además, poner el énfasis en las diferencias imposibilita el sentido de una identidad compartida. ¿Cómo, entonces, mantener el sentido de una “identidad en la diferencia”? Este concepto, propuesto por Hegel y más tarde desarrollado por Maurice Merleau-Ponty, permite configurar una unidad que abarca la diversidad.

En este ensayo, veremos cómo De los Reyes reconcilia tales opuestos en su visión de una nación filipina. Fue considerado, según Scott (1982, 266–284), el “primer nacionalista filipino”, por razones que se desarrollarán a lo largo del capítulo.

Otras miradas sobre Isabelo De los Reyes

Durante la segunda mitad del siglo XX, por fin De los Reyes ganó la atención y el respeto de los estudiosos. En varios artículos, el historiador William Henry Scott alabó tanto su contribución al nacionalismo filipino mediante sus escritos como sus sacrificios por la causa (Scott 1982a, 245–265; 266–284; 1982b). Resil Mojares, un historiador cultural, escribió un libro sobre cómo De los Reyes, Pedro Paterno y Trinidad Pardo de Tavera fueron pensadores clave en la conceptualización de “una nación filipina” a finales de siglo (2006). En 2021, el historiador Francis Gealogo examinó un proyecto específico sobre Isabelo De los Reyes y su indigenización del cristianismo en la Iglesia filipina independiente que cofundó (Gealogo 2021, 147–168). Mi ensayo se enfoca en un aspecto teórico: cómo Isabelo reconcilia tendencias opuestas identificando una identidad compartida.

Costumbres sangrientas

Fue más radical Isabelo De los Reyes que sus colegas de la Propaganda al describir la vida prehispánica. Afirmó que las costumbres violentas desempeñaban un papel importante y no trató de ocultarlas. Nos informó de que el dueño de los esclavos “podría enajenarlos como si fueran cosas, matarlos como si fueran animales irracionales de su propiedad”. Los prisioneros de la guerra, llamados *adipen* o *kinayaoan*, podrían ser sacrificados por la creencia llamada “panagtutuyó” o “sibrong” que “se practicaba durante un duelo”. Aseveró Isabelo De los Reyes que esa costumbre todavía sobrevivía en Ilocos en sus días, pero de una manera distinta: “consiste en cortar dedos meñiques de hombres vivos, cuantos dedos haya dejado extendido al morir un principal [...]. Después los mataban para que no informasen a las autoridades” (De los Reyes 1890, tomo 1, 106; 110–111; 189–235). A diferencia de sus

compatriotas educados, que tenían que los foráneos tomasen a los filipinos por gente bárbara, no quiso De los Reyes ocultar estas costumbres. William Henry Scott (1982a, 248) apunta que, mientras que sus colegas querían comprobar que los filipinos eran tan competentes como los europeos, De los Reyes no dudaba de que lo fueran. Tenía confianza en la capacidad de sus paisanos y en que compartían una identidad fundamental –la humanidad– con los colonialistas.

En el Occidente de la segunda mitad del siglo XIX, dominó un racismo que justificó el imperialismo occidental con el pretexto de que los no-blancos eran física y mentalmente inferiores a los blancos (Harris 1968, 80–81; 98–99). Afortunadamente, sobrevivió la convicción ilustrada del siglo XVIII de la igualdad de todos los hombres, pese las diferencias, lo que confirmó la nueva ciencia de la antropología al comparar distintas sociedades humanas para definir lo que constituye el ser humano. De los Reyes estaba al tanto de esta corriente emancipatoria. Citó al estudioso y amigo del Dr. José Rizal, el Dr. Ferdinand Blumentritt, quien aseveró que la antropología y la etnología habían comprobado que todos los hombres tienen “una misma inteligencia” y que las diferencias se pueden atribuir al temperamento personal, al clima y al influjo histórico (De los Reyes 1890, tomo 2, 160). De los Reyes afirmó haber encontrado “negritos que superaban a los tagalos en inteligencia, aunque, como es consabido, los tagalos son los más inteligentes de todos los filipinos” (Scott 1982a).

Mostró De los Reyes que algunas costumbres filipinas que podrían parecer desdeñables tenían sus equivalentes en Europa. Cuando cuenta que el poeta ilocano Pedro Bukaneg fue abandonado por sus padres debido a su ceguera –según una costumbre común entre los ilocanos paganos– nos recuerda que la misma costumbre se observaba entre los espartanos de la Grecia clásica (De los Reyes 1890, tomo 2, 65). Esa manera de pensar se manifestaba a pesar de la diferencia espacial y temporal. O, por ejemplo, los filipinos se comunicaban con los *anito* a través de individuos poseídos por estos espíritus ancestrales. La tradición ilocana, menospreciada por los educados por ser atrasada, distinguía entre el *aniaas* o *karkarma*, que está cuando el cuerpo está vivo, y el *anito* o *kalolua*, que se separa cuando el cuerpo muere. Fácilmente se olvida que espiritistas europeos organizaban sesiones donde los fallecidos se comunicaban a través de un médium y que estos distinguían entre el alma, unida al cuerpo, y el espíritu, separado del cuerpo (De los Reyes 1909, 141).

El evolucionismo cultural es, según la antropología, una forma de explicar las diferencias y las semejanzas entre las sociedades. Por ejemplo, la experiencia del sueño podría haber originado las religiones (Tylor 1958a): mientras el cuerpo está inmóvil, el yo deambula y se topa con las ánimas. Así, la primera forma de religión fue el animismo, que se convirtió en politeísmo y, más tarde, en monoteísmo. Las diferencias entre las religiones se dan porque cada una de ellas se sitúa en un peldaño particular de la evolución. En Filipinas, De los

Reyes reemplaza “ánima” con “anito” y denomina la religión antigua de los filipinos como “anitismo” (De los Reyes 1909, 143). En su estudio sobre la religión antigua, como Tylor, De los Reyes exploró el mundo de los sueños y del inconsciente, asumiendo que existe una identidad fundamental que los filipinos comparten con el resto del mundo.

Las raíces endémicas de la desigualdad social

Un problema que el nacionalismo enfrenta es cómo explicar la desigualdad que se manifiesta en su comunidad imaginada. En la actualidad, en EE. UU. y en Europa es común culpar al forastero –al inmigrante– de varios problemas sociales. En el caso de Filipinas, se culpa a los españoles, como indiqué arriba. Pero De los Reyes apuntó que algunos de los problemas eran endémicos: el periodo precolonial no fue un Edén donde todos eran iguales. Describió los abusos de los *agturay*, la élite ilocana, que pretendían dominar a los vulnerables, dando préstamos con interés elevado para que los pobres se endeudasen y se hiciesen sus seguidores (“el poder excitaba más la avaricia”). Bajo el colonialismo persistió su poder. De los Reyes criticó las exigencias tanto de los *agturay* (De los Reyes 1890) como de los misioneros españoles. Bajo el dominio estadounidense, la desigualdad asumió otra forma: el conflicto entre capitalistas y proletarios. Entonces, De los Reyes luchó no solo en contra de los nuevos maestros coloniales, sino también contra los capitalistas endémicos. Con Dominador Gómez, ayudó a organizar la primera unión laboral filipina cuyos miembros eran litógrafos e impresores. Escribió su constitución. Estalló una huelga que tuvo como consecuencia que los nuevos maestros coloniales encarcelaran momentáneamente a De los Reyes. Aunque duró poco, esta iniciativa inspiró el nacimiento del movimiento laboral filipino (Scott 1992).

Ayudó que De los Reyes se hiciera amigo de socialistas y anarquistas durante su encarcelamiento en el castillo barcelonés de Montjuïc en 1897 por su involucramiento en la Revolución de 1896, y durante su estancia posterior en la ciudad. Leyó a Marx y a otros autores que reclamaban derechos sociales. El radicalismo de De los Reyes surgió de su deseo de justicia, que era más amplio que el de los otros propagandistas que se inspiraron en la Revolución francesa de 1789 que, encabezada por la burguesía, buscaba derechos civiles como la libertad de opinión, de religión y de elección, pero no opinaba acerca del derecho de los obreros a organizarse en sindicatos. Rizal menospreciaba al proletariado madrileño, al que calificaba de ser “la canalla”, y alababa a la burguesía madrileña por su “bon ton” (1912). Influyó también que el mundo de De los Reyes fuera más amplio que el de sus colegas. En *El Folk-lore filipino* y en *El Tinguian*, vemos que sus fuentes eran sus conversaciones con gente ordinaria, fuera de su clase social, sirvientes, agricultores, obreros... Así, De los Reyes podía ver el mundo a través de las lentes de filipinos ordinarios

que sufrían dos opresiones: de los colonialistas españoles y de sus paisanos poderosos. Entonces, en De los Reyes pervivía la influencia de la segunda Revolución francesa, la de 1848, que luchó por el derecho de los obreros de participar en elecciones y de formar uniones laborales. El nacionalismo de De los Reyes era realista. Reconocía que las diferencias endémicas surgen ineluctablemente por las diferencias en el acceso al poder. El colonialismo puede tener raíces endémicas.

Un pensamiento claroscuro: religión e iglesia

Isabelo De los Reyes consideraba que todas las religiones son “buenas y venerables” porque tienen su origen en “el instinto natural de buscar el verdadero Dios para rendirle el tributo de nuestra adoración y gratitud”. Aunque simpatizaba con el “anitismo”, no lo estimaba superior al cristianismo. El anitismo, mosaísmo, romanismo y protestantismo eran todos erróneos “a causa de la imperfección de sus conocimientos científicos” (De los Reyes 1889). Criticaba a los católicos, a quienes denominaba “romanistas”, por introducir costumbres como el ayuno, pues, al no ser natural, contradecía la razón. Afirmaba que Dios, “el Sublime Bienhechor”, habla directamente a los seres humanos a través de sus sentimientos y de la razón, no de “engañosos intermediarios” (De los Reyes 1909, 220; 247).

Pero De los Reyes no dudó en retener símbolos, ritos y elementos organizacionales de la Iglesia romana en la Iglesia filipina independiente que él y Gregorio Aglipay fundaron en 1902. ¿Qué aspectos de la Iglesia romana eran relevantes? Admiraba De los Reyes a Jesucristo como “el Gran Maestro” y “el buen Pastor”, pero no lo veía divino. De los Reyes insistía en el monoteísmo. También vio el valor de la veneración de los santos y la retuvo. Escribió explícitamente que ambos cultos se asemejaban (De los Reyes 1909, 12; 142; 206). Otra razón es que el culto de los santos le permitía incluir el culto de los héroes filipinos en el rito oficial de la Iglesia filipina independiente. En 1928, su hijo, Mons. Isabelo de los Reyes y López, y Mons. Gregorio Aglipay, el Obispo máximo, escribieron un breve folleto en el que comparaba su Iglesia con la Iglesia romana. Citaban el Novenario de la Patria y el Novenario del Dr. Rizal, y propusieron que se enseñara sobre Dios y los maestros filipinos Rizal, Mabini y Bonifacio. Aunque fue De los Reyes hijo quien escribió parte del folleto, es lógico suponer que su padre –que era muy sensible a la importancia del contexto cotidiano– influyó en este punto. Probablemente los dos apreciaban que, aunque el monoteísmo era el ideal, la gente necesitaba modelos personales e imágenes cuando rezaba. Pervivieron algunas costumbres católicas en la Iglesia filipina independiente, pero de forma nueva.

No solo era pragmático el nacionalismo de De los Reyes, también era matizado. Isabelo De los Reyes luchó contra el dominio de los misioneros

españoles, pero su interpretación no era en blanco y negro, sino en claroscuro. De los Reyes tenía dos perspectivas sobre los frailes españoles: escribiendo después de la Revolución filipina de 1896–1898, denunció a los frailes por haber matado a muchos cristianos inocentes y los acusó de masones o filibusteros (De los Reyes 1909, 97); en *Historia de Ilocos* (1890), no obstante, alabó a los misioneros católicos por su empeño en “reducir a vida civil a los monteses” que vivían en “escabrosidades” y “en bosques de Ilocos y Abra”. Vivir civilmente era vivir en un “pueblo”, y no en una rancharía pequeña que constara solo de unos cuantos domicilios. Gracias a la ilustración¹ que se adquiría en las escuelas de un verdadero pueblo (es decir, una ciudad o urbe o polis), el individuo descubría su “dignidad” y pensaba más allá de su familia. “Adecuenta no solo su casa, sino también su pueblo”. Estimaba De los Reyes tanto a los misioneros españoles como a los misioneros filipinos, y tanto a los religiosos como a los sacerdotes diocesanos. Entre los religiosos españoles que nombraba, citó al Fr. Juan Pareja, quien, por vivir entre los tingüanes, no comía más que tubérculos y, a pesar de la hostilidad de los tingüanes e igorotes, pudo convertirlos y fundar pueblos. Apuntó que había párrocos abusivos, pero “no hacen ni la tercera parte de los abusos de los encomenderos”. Sus faltas se reducían a su “excesivo deseo de predominar” (De los Reyes 1890, tomo 2). En *Religión antigua de los filipinos* (1909) afirmó que, antes de la llegada de los misioneros, los naturales que vivían en grandes pueblos en las costas ya eran civilizados (De los Reyes 1909, 48) a diferencia de los monteses, que, por vivir en asentamientos pequeños y dispersos, eran incivilizados. No negó De los Reyes la importancia de la empresa misionera para llevar la vida civil a los monteses bajo el dominio español. Pero hay limitaciones en su narrativa.

Las limitaciones de De los Reyes

Las razones de estas limitaciones son el contexto histórico de su pensamiento, el marco teórico que usa y su etnicidad. De los Reyes interpretó los datos a la luz de los marcos teóricos de su día. Durante los años 1870–1900, había comenzado, con Edward Tylor, la separación de los términos “cultura” y “raza”. *Cultura* se conceptualizó como “el conocimiento que se aprende como miembro de una sociedad, no como un conocimiento heredado biológicamente” (Tylor 1958b, 1). Esta clara distinción no estuvo presente en De los Reyes, aunque conoció y citó la obra de Tylor. Comprendía que la inteligencia no tiene nada que ver con el color de la piel y, por tanto, nada que ver con la raza. Sin embargo, como muchos de su generación, usaba “raza” en vez de “etnicidad”, cuyo fundamento está en el idioma y en las tradiciones culturales, como en estos ejemplos: “cuando el entendimiento de la raza ha acertado ya á hacer de sus antepasados unos dioses” (157); “las razas primitivas...” (165); “Las razas incivilizadas...” (194).

El segundo problema se relaciona con el marco teórico, el evolucionismo cultural. Esa teoría nos pinta la evolución de una sociedad en general, pero no nos explica particularidades concretas de dicha sociedad. No responde satisfactoriamente a preguntas como las siguientes: ¿por qué se mantiene una sociedad en una etapa de la evolución del pensamiento religioso, como el politeísmo, mientras que otra ha ascendido al monoteísmo? ¿Cómo es que la religión antigua de los filipinos, durante la llegada de los misioneros, era politeísta, mientras que el cristianismo, a pesar de sus santos, profesaba abiertamente el monoteísmo? Tampoco nos explica el evolucionismo cultural por qué lo sencillo tiende a lo complejo. Se resolvería la pregunta en el siglo XX, cuando antropólogos, junto con historiadores, sociólogos y geógrafos, mostraran lo que ocurre cuando variables como la tecnología, la economía, la organización social y la organización política operan en conjunto.

Un tercer problema es que De los Reyes no respondió explícitamente a esta pregunta: si todas las religiones proceden del mismo instinto de rendir homenaje al Creador y si todas las religiones premodernas están llenas de errores, ¿qué contribución hizo el cristianismo cuando llegó a Filipinas? A pesar de su respeto por la religión precolonial, De los Reyes no reintrodujo el culto de los anitos en la Iglesia que cofundó. Al contrario: retuvo el culto de los santos y de Cristo, a quien llamaba “el Gran Maestro”, mientras luchaba contra el poder de la Iglesia romana. Pero, por lo menos en los escritos manejados para este ensayo, no nos explica claramente el porqué. Tenemos que inferirlo de otras palabras y hechos, como se hizo arriba. Quizás una razón del silencio de De los Reyes al respecto era su preocupación por mostrar que la religión prehispánica, como producto humano, estaba a la par de otras religiones, incluso del cristianismo. Una explicación más explícita nos hubiese ayudado en la actualidad a responder a dos desafíos: cómo conectar con nuestra tradición indígena dentro de nuestras circunstancias y cómo definir la contribución auténtica del cristianismo a la formación de nuestra nación sin ignorar los abusos de sus ministros.

El evolucionismo cultural funciona mejor en un nivel macro y no explica costumbres de nuestra tradición austronesia nativa en un nivel micro. Por ejemplo, De los Reyes mencionó con poco detalle la costumbre ilocana de matar al forastero. En vez de meter las religiones en un gran esquema evolucionista, el historicismo –tradición estadounidense empezada por Franz Boas entre 1900 y 1940– propuso la articulación de historias particulares enfocadas en un grupo etnolingüístico y la exploración del mundo desde la óptica de la comunidad misma, es decir, desde dentro. Esto produjo los estudios detallados de Barton (1969), Dozier (1966), Renato Rosaldo (1980b) y Michelle Rosaldo (1980a). En la década de 1990, al tratar de poner en relieve la voz de los cazadores de cabezas, Michelle Rosaldo desveló su significado como rito de paso para los ilynógos. Los jóvenes lo veían como una preparación para el matrimonio. El acto de degollar a la víctima liberaba la energía del cuerpo y enfocaba la mente,

según los testimonios de los matadores. Socialmente, se integraba el matador en el mundo adulto de su padre y de otros varones, como un igual (Rosaldo 1980a). Entonces, el bautismo cristiano no borraba la necesidad de este rito de paso (Yang 2011). Escuchando al Otro, en su diferencia, permite descubrir que el Otro tiene sus razones entendibles.

Para aclarar esto, ya se apreciaba, durante la segunda mitad del siglo XIX, la necesidad de hacer trabajo de campo. Entonces fue De los Reyes a las aldeas tinguianas para hacer sus propias investigaciones. Sin embargo, el cuarto problema es que la orientación mentalista del evolucionismo cultural no le permitió investigar un aspecto muy importante de la vida cotidiana: la tecnología utilizada para generar la alimentación. Tampoco le permitió escuchar bien la voz del Otro a quien estudiaba. Como observa Jularbal en una reciente reseña, tendía De los Reyes a moralizar e interponer sus opiniones (2017). Dijo que, entre los tinguianos, “la industria es nula” y que el tinguian era “apático y falto de aspiraciones”, mientras que el ilocano era “laborioso, bondadoso, amable, aficionado al tráfico” (De los Reyes 1887, 11; 27–28). ¿Cómo explicar la diferencia? En su informe de 1922, Fay Cooper-Cole notó que los tinguianos no practicaban el riego, sino la tala y quema (o roza) (Cole 1922). Ahora ya sabemos, por los estudios ecológicos que ganaron importancia en la antropología durante la segunda mitad del siglo XX, que este tipo de cultivo requería menos esfuerzo y daba una alimentación más variada que el cultivo del arroz en riego que practicaban los ilocanos, así como otros filipinos de las tierras bajas de Luzón y Bisayas, con la ayuda del arado (Schlegel y Guthrie 1972). Debido a que su campo producía un solo cultivo, el arroz, el agricultor se obligaba a adoptar otros medios de subsistencia. En el Ilocos del siglo XIX, muchos agricultores plantaban el añil para la industria ilocana de tejidos de algodón durante parte del año. Fijándonos en su metodología (Legarda 1999, 177), De los Reyes interpretaba la vida de los tinguianos solo desde la óptica de un forastero. Si hubiese examinado detenidamente el contexto material, y si hubiese escuchado la voz de los tinguianos, descubriría que la diferencia entre el tinguian y el ilocano no es ontológica: es el producto de las circunstancias.

El quinto problema deriva de la posicionalidad de Isabelo De los Reyes frente a otras etnias en las islas. Pensaba y escribía desde el punto de vista de un ilocano de Vigan, es decir, de un intelectual con siglos de urbanización e hispanización como herencia. A pesar de sus esfuerzos, no entendía aspectos de la vida de los monteses. Esto se ve claramente en su contraste entre el ilocano y el tinguian, dos pueblos ligados por un idioma compartido, pero separados por el nivel de urbanización e hispanización. Pero este problema no es exclusivo de De los Reyes. Nos afecta a todos nosotros en las tierras bajas que hemos tenido la misma herencia que él. No pido que nos arrepintamos de ello: solo que reconozcamos nuestras limitaciones. En la tarea de cómo reconciliar el cristianismo con la herencia austronesia dentro del nacionalismo,

es menester escuchar diferentes voces, tanto de los monteses como de los tagalos, ilocanos y bisayos de las tierras bajas.

Conclusión

Aún es urgente la tarea de construir una narrativa nacionalista que, aunque reconozca las diferencias que han existido en nuestra historia, busque simultáneamente una vía que las trascienda. Es menester hallar un sendero entre el atavismo romántico y la obsequiosidad frente a influencias colonialistas. Estamos agradecidos a Isabelo De los Reyes por haber plasmado su propio sendero. Enfrentó dos tradiciones opuestas, el anitismo endémico y el cristianismo impuesto, y reconoció los méritos de ambas; las reconcilió en su propia vida a través de la Iglesia nacionalista que cofundó, y fue perseguido por sus ideales. Por ser la nación una comunidad imaginada, que pretende ser inclusiva, el nacionalista debería utilizar el concepto de la identidad en la diferencia cuando formula la idea de su nación.

No dudaba Isabelo De los Reyes en describir las costumbres sangrientas de los ilocanos precoloniales y precristianos, porque estaba convencido de la identidad fundamental que ellos compartían con otra gente del mundo, por ejemplo, en Europa. Es una identidad fundada en la capacidad racional. Tampoco minimizaba las diferencias que surgen por el acceso al poder. No solo pensaba en la “nación”, sino también en “las clases sociales”. De los Reyes estaba en lo cierto al reconocer el conflicto entre clases sociales. Una nación que no admite esta división interna para poder remediarla es una casa dividida dentro de sí. Como se dan ineluctablemente diferencias en una nación –no solo por la existencia de clases sociales, sino también por razones de idioma, costumbres locales o parentesco–, una organización con símbolos y costumbres translocales ayuda a crear un sentimiento nacional. Por esto, De los Reyes no vacilaba al incluir algunos símbolos, costumbres y elementos organizacionales de la Iglesia católica en la Iglesia filipina independiente que cofundó con Gregorio Aglipay.

Pero hay limitaciones que vienen de su marco teórico y de su contexto histórico y cultural. El evolucionismo cultural del siglo XIX le sirvió bien porque afirmaba la igualdad entre seres humanos. Pero ese mismo marco no permitía explicar bien la diferencia entre los filipinos y los europeos en el campo de la religión ni tampoco la diferencia entre los filipinos mismos –por ejemplo, entre los ilocanos y los tinguianes–. Es menester interpretar las diferencias utilizando una variedad de métodos como, por ejemplo, examinar la intervención de la política, la economía, las relaciones ecológicas (que involucran necesariamente los medios de producción) y tener en cuenta las perspectivas de los protagonistas mismos. También es muy importante que el investigador con perspectiva nacionalista sea consciente de que en una nación hay varias etnias y que, ineluctablemente, la lente con que la que mira será la de su etnia.

Nota

- 1 Desafortunadamente en la actualidad en Filipinas no se distingue entre “cultura” y “civilización”. Creen muchos que son lo mismo. Para los antropólogos, todas las sociedades humanas, avanzadas o no, poseen una cultura. La “civilización” es un tipo de cultura conectada con una ciudad (*civitas* en latín) o con una urbe. Es decir, una manera de vivir en una sociedad donde ya existen una diversidad de ocupaciones, mentales y manuales, no conectadas con el cultivo del suelo. Este uso es muy corriente aún en la arqueología y en la etnología anglófona, pero no en la etnología francófona, ya que esta no distingue entre “civilización” y “cultura”. De los Reyes utiliza “civilización” para referirse a una vida en el seno de una ciudad o urbe o polis.

Por su parte, “ilustración”, en español, denota 1) la educación, pero también cualquier forma de cultivo intelectual y 2) el Gran Movimiento del siglo XVIII que introdujo un respeto por la dignidad y los derechos del individuo. En este contexto, De los Reyes se refiere a la primera denotación. Desafortunadamente, en la Filipinas de hoy, por la pérdida del español, “ilustrado” denota un individuo de gran riqueza. Contradice por completo su significado para De los Reyes y otros hispanohablantes (De los Reyes 1890, tomo 2, 166).

13

HACIA UNA NOVELA FUNDACIONAL EN LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XIX

Antonio Huertas Morales

En la segunda mitad del siglo XIX, a la novela le corresponde en Filipinas un discreto papel secundario frente a otros géneros, como el ensayo o la poesía. Aunque los logros liberales, en especial la Revolución Gloriosa y el sexenio democrático (1868–1874), no permitieron en la entonces colonia la misma libertad que en la metrópolis, la literatura europea ya había empezado a aparecer, seriada, en la prensa filipina, donde vieron la luz las novelas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Fernán Caballero y muchos otros (Hernández-Chung 1998), mientras que las imprentas, solo hasta bien entrado el siglo fuera del monopolio de las órdenes religiosas, daban a conocer las traducciones al español de obras de autores como Dumas, Sue o Hugo. A su vez, muchos de los peninsulares que habían pasado o habían sido destinados a Filipinas convirtieron sus experiencias, o el mismo Archipiélago, en el centro de relatos costumbristas y realistas inevitablemente sesgados: visión de foráneos para otros foráneos. Es entonces cuando también aparecerá una literatura nacionalista (Mariñas 1974, 37) desde una doble vertiente: de exaltación de lo típicamente filipino, para darlo a conocer, como sucederá con la obra de Pedro Alejandro Paterno, y de protesta, como sucederá con José Rizal. La labor literaria de ambos, fundamentalmente propagandista, habría que contextualizarla, como ya apuntara en su momento Retana (1907b, 73), en la propuesta hecha por Rizal, en 1884, durante las reuniones de la colonia filipina en Madrid, de mostrar la realidad de Filipinas en España y en Europa. De los diarios de Rizal (1960, 73–74) se desprende que, frente a dificultades y obstáculos, el proyecto no cuajó, pero Rizal empezó ese mismo año su *Noli me tangere*, y al año siguiente, Paterno, que ya había dado a la imprenta sus *Sampaguitas* (1880), publicó su novela *Ninay*.

El pionero intento fallido de Pedro Alejandro Paterno: *Ninay*

Se considera *Ninay* (*Costumbres filipinas*), de 1885, la primera de las novelas filipinas en español, mérito que no se le cuestiona a Pedro Alejandro Paterno (1857–1911), uno de los primeros nacionalistas en desarrollar su labor en España, a la que llegó en 1871, si bien no sucede lo mismo con su interés y calidad literarios (p. ej., Schumacher 1991, 122; 1997, 54; Mojarro 2017) y con la poca o nula impronta que dejó tanto en los españoles como en los filipinos (Mojarro 1983, 127). La obra narra la trágica historia de amor de Antonina Milo y Buísan, conocida como Ninay, la *dalaga* más bella de las orillas del Pásig, hija de potentados comerciantes, y Carlos Mabagsic, de una distinguida familia venida a menos. Paterno nos presenta a un narrador que, de regreso a Filipinas tras años de ausencia, casi extranjero en su patria, se encuentra en el cementerio de Manila con el lujoso féretro y la nutrida comitiva que acompaña el cadáver de Ninay. Instado por el débil anciano al que ha ayudado, acudirá a la casa de doña Margarita Buísan, donde se celebra el *pasiám* por la joven, cuya desafortunada historia narra el indio Taric a lo largo de las nueve jornadas en las que se desarrolla la tradición fúnebre. Cierta artificiosidad en la narración (por ejemplo, Pilar narra la historia de Lóleng a Ninay, cuya historia es contada por Taric, cuyo relato es el que recogerá por escrito el narrador) que, para Arighi (2022, 45), permite a Paterno “plantear la posición ambivalente de los filipinos ilustrados”, es lo más reseñable de una novela que, aún bajo la fuerte impronta romántica y folletinesca,¹ pretende presentar – con todo detalle, como si fuera para ciudadanos europeos, se le pide a Taric – las costumbres filipinas. Este es precisamente el subtítulo de la obra, aunque tanto localizaciones como personajes bien podrían ser tomados por extranjeros (Lumbera 1997, 42–43) e, incluso, como nota López-Calvo (2019, 152), la cultura filipina parezca observada desde los ojos del colonizador.

La intención, sin embargo, ha sido percibida como un demérito, puesto que el débil plan narrativo viene lastrado e interrumpido continuamente por las numerosas notas y explicaciones, de manera que apenas puede valer el interrogante que plantea Arighi (2022, 46): si la obra de Paterno ofrece una de las primeras autoetnografías de filipinos y servía como herramienta para educar respecto a una cultura tagala en proceso de nacionalizarse.

Como anota Salazar (2008), Paterno evita la crítica y elige el costumbrismo amable, puesto que escribía para una burguesía en la que quería integrarse y por la que quería ser reconocido, con miras políticas que lo convertirían en una figura de primer orden años después, en los que también seguiría dedicándose a la literatura. De ahí que en el momento de su publicación no gozara de la comprensión de sus compatriotas, mientras que la posterior crítica nativista lo acusó de querer presentar una imagen de la cultura filipina asimilable a los gustos occidentales (García Castellón 2011, 154). Por ello, en *Ninay*, los dos personajes malvados, Juan y Federico Silveryro, son portugueses; ningún

papel desarrollan las órdenes religiosas, si exceptuamos el irrelevante consejo del padre Rafael, confesor de doña Carmen; y, si críticas hay, se limitan a la arbitrariedad de la justicia con don Evaristo, preso en la fuerza de Santiago y desterrado posteriormente. Frente a eso, no duda Paterno en mostrarse lisonjero hacia la labor del “bizarro” Capitán General Primo de Rivera y otras “inteligencias ilustradas” para con el país.

Si seguimos a Mojares (2006), Paterno, familiarizado con la literatura europea y española, se ve como participante de la misma y, “apropiándose de la autoridad de Europa, labró una ‘civilización tagala’ como objeto del conocimiento, y al situarla en un plano idealizado, la distanció de las descripciones negativas hechas por observadores extranjeros”. El fracaso no se debe tanto a la endeble trama como a la corta mira de su concepción. La novela se convierte así en oportunidad de lucimiento erudito para su autor – constatable en las fuentes consultadas –, interesado en dibujar un cuadro de la vida filipina. Sin embargo, su peculiar sesgo intelectual se revela en el hecho de que lo que se propone es representar la vida de la nobleza tagala, con el fin de lucir sus costumbres, romantizadas, y demostrar que participan de la gracia de la vida aristocrática feudal en la propia Europa, ante quien reclama reconocimiento y derechos no tanto para su pueblo como para su propia clase (Mojares 1983, 129–130). Sus aspiraciones, como anota Matibag (2010), acabarían realizándose bajo otra bandera.

“Ahora el instrumento principal del corazón y de la cabeza es la pluma”.² La obra de José Rizal

Habrà que esperar, por lo tanto, hasta la pluma de José Rizal (1861–1896) para encontrarnos con las novelas que habían de fungir como textos fundacionales, y así marcar una nueva dirección del arte y la literatura filipinos respecto al nacionalismo (Schumacher 1991, 122). Se trata “No sólo [de] la figura más importante en la historia de Filipinas, sino [d]el primer pensador moderno de Asia” (Donoso 2012a, I), “una de las individualidades del nacionalismo decimonónico más notables, románticas e indiscutibles” (Mariñas 1974, 41), amén de casi el único autor filipino que aparece mencionado en las historias de la literatura (Álvarez Tardío 2008).

Formado en el Ateneo y la Universidad de Santo Tomás, en Manila, tanto en Filosofía y Letras como en Medicina, estudios que completaría a lo largo de su primer viaje a España, donde se integró en la colonia filipina de Madrid, Rizal cultivó la poesía, el teatro, la novela, el ensayo, el periodismo, y de su labor tenemos un extenso epistolario y diarios de juventud. Sin embargo, el símbolo de Rizal –el héroe, el mártir, el gran malayo– se impuso a su pluma. Tras su muerte, la trascendencia de su figura en las convulsas décadas que marcaron el destino de Filipinas y sus exigencias nacionales desplazaron a un discreto segundo lugar la relevancia literaria de sus obras. Tal valoración queda

justificada por tratarse de un proyecto propagandista o, si se quiere, de una narrativa ideológica, nacional (Mojares 2011), que bien puede emparentarse en intención, forma y contenido con sus coetáneas hispanoamericanas (Mojarro 2017) –igual que la figura de Rizal se ha puesto en relación con la de los autores de las mismas, especialmente la de José Martí (Laso Prieto 2003; Anderson 2008, 139–141; Rodríguez Sánchez 2011)–, pero también se ha debido, sin justificación alguna, a las primeras críticas de los peninsulares.

En cuanto a que la de Rizal es una obra de combate, con una clara intención política, nada puede objetarse. Es más, como argumenta convincentemente Schumacher (2011), toda su narrativa fue concebida con el mismo objetivo. Sin embargo, la lectura política ha hecho que, desde los orígenes, se haya focalizado el interés en su análisis por dilucidar las pretensiones de Rizal: o reformista-asimilacionista o independentista. La primera posición es la que defendió en su día el “segundo” Retana (1907), aunque con el tiempo se ha venido proclamando la radicalización de sus planteamientos o, como expresa Alinea (1964, 27), del cambio de Ibarra-Rizal, optimistas reformistas, a Simoun-Rizal, pesimistas-separatistas (véase también Laso Prieto 2003; Garvida 2022), cuando no directamente se defiende su voluntad independentista (Schumacher 1991; Rodríguez Sánchez 2011, 65), paradójicamente, la que le atribuyeron sus primeros detractores y por la que fue perseguido.

La recepción crítica coetánea, y en especial la de Retana, merece, como mínimo, una revisión. Aunque el ilustre filipinólogo tildó la obra de Rizal de mediocre (en sus propias palabras, “*Noli me tangere*, como obra *literaria*, no vale gran cosa”; Retana 1907b, 162),³ opinión aún esgrimida por estudiosos como Caudet (1983), habría que recordar que, lejos de objetivo, el juicio de Retana, amén de cambiante, era más que interesado, y que su valoración del *Noli* tenía poco de literario. O, como señala Álvarez Tardío, que “en su mayor parte, consistió en apreciaciones sesgadas por todos estos componentes ideológicos coloniales que desdeñaban cualquier valor estético o cualidad literaria en su obra, reduciendo sus conclusiones a alegatos políticos y religiosos” (2011, 136).

Noli me tangere, “el *Nuevo Evangelio*, la *Nueva Biblia* del pueblo filipino, como muchos le han llamado” (Retana 1907, 108), le debe el título al Evangelio de Juan 20:17.⁴ En palabras del propio Rizal, “contient donc des choses dont personne chez nous n’a jusqu’à présent parlé: tant elles sont délicates qui ne consentaient point à être touchées par quel qui ce soit. Moi je tentai de faire ce que personne n’a voulu” (“contiene cosas de las que nadie ha hablado aún en nuestro país: son tan delicadas que no consentían ser tocadas por nadie. Yo he intentado hacer lo que nadie ha querido hacer”) (Rizal 1961b, 89). Comenzada en Madrid a finales de 1884 o principios de 1885, continuada en París y acabada en Alemania, fue publicada probablemente en Berlín en febrero de 1887 (aunque en la dedicatoria se indique “Europa, 1886”). Comenzó a circular en marzo y, como el mismo Rizal expresó, pronto levantó

gran polvareda –y aún más– en Filipinas, donde su introducción y circulación quedó prohibida, y en España, donde llegó a ser incluso asunto del Senado.

En cuanto a su argumento, el *Noli* (como se suele conocer a la novela) presenta el regreso a Filipinas de José Crisóstomo Ibarra tras una larga estancia en Europa. En la icónica escena inicial –el banquete celebrado por el capitán Tiago en honor de Ibarra– el lector descubre que al joven filipino, que aspira a retomar los amores con la joven María Clara, no le espera una plácida bienvenida. Enterado de la infamante muerte de su padre, Ibarra decidirá apartar la venganza y realizar los nobles pensamientos de su progenitor, apoyando la creación de una escuela, intento optimista y bienintencionado que, como su relación con María Clara, fracasará ante la frailocracia (como llama el autor al poder de las órdenes mendicantes en el archipiélago), gran responsable, aunque no única, del estado de su país, ansioso de reformas. Como le intentará hacer ver Elías, quizá el personaje más destacado de la novela, si estas reformas no llegan, habrá que tomar las armas, acaudillando el alzamiento de los tulisanes, pero ambas vías quedan cercenadas o, al menos, aplazadas: Elías muere protegiendo a Ibarra, a quien, ante la persecución sufrida, solo le queda el recurso de la huida.

El personaje de Ibarra puede recordar al narrador de *Nínay*, con el que se pueden establecer otros paralelismos –Berto y Elías como tulisanes, el ingreso de Nínay y María Clara en un convento, etc.–, pero muchas más son las diferencias que separan las novelas de Paterno y Rizal, ya desde la misma intención: a través de un amor aún deudor de las pasiones románticas de la primera mitad del siglo, Rizal, como indica en el prólogo dedicado a la Patria, quiere presentar los males de la sociedad a sus compatriotas –estableciendo un paralelismo con la medicina, tópico que repetirá en otros de sus textos, nos habla de un cáncer–.⁵ De ahí los esfuerzos para hacer que la novela llegara a su país, a pesar de los impedimentos y de las reacciones que pudiera suscitar. Y en ese retrato, que debía alcanzar la “redención a través de la verdad”, en palabras de Donoso (2012a, xix), y que nadie había querido realizar antes, sus paisanos, y hasta el propio Rizal, tenían parte.

Como Rizal escribió a Blumentritt y otros amigos, el *Noli* se compuso con intención de “imparcialidad”: retratar la sociedad filipina desde los acontecimientos de Cavite. Si parece claro que Paterno escribía para lectores españoles o europeos, los destinatarios de la obra de Rizal eran fundamentalmente filipinos, aunque no excluyera al público europeo y español, sobre todo a aquel interesado en Filipinas: se sirve de la literatura en boga para dar cuenta de los vicios sociales –y no resulta descabellado percibir la impronta krausista del poder transformador del arte (Sánchez 2004; Álvarez Tardío 2018) en su narrativa y en su vocación educativa–. Pero lo hace como filipino, por lo que su literatura es también respuesta (ideológica, política, literaria) a las plumas de esos otros autores costumbristas españoles, algunos de los cuales aparecen directamente mencionados o aludidos en las novelas

y que, con una mirada ora parcial ora paternalista, divulgaban la imagen del archipiélago (véase Valmaseda 2014).

Los juicios que recibió de sus amigos de Europa fueron unánimemente favorables y entusiastas: destacan lo verídico del relato, lo genuino de las descripciones, lo auténtico del retrato. El mejor testimonio es posiblemente el de A. Regidor, en carta fechada el 3 de mayo de 1887, cuando afirma: “no he leído nada más verídico ni más gráfico referente á aquella tan calumniada como castigada sociedad. ¿Quién no conoce al Pde. Dámaso? ¡Ah! yo le he tratado [...]” (Rizal 1931, 2).

Sus personajes surgen de la realidad filipina que Rizal conocía y, como ha venido destacando la crítica, resultan más o menos identificables, así como también es posible encontrar en ellos rasgos del propio Rizal e, incluso, mérito de la fidelidad del retrato, que algunos pasajes puedan tomarse como premonitorios o anticipatorios –ficción proléptica, en términos de Anderson (2008, 38)– de lo que acabaría aconteciendo: literatura transmutada en vida. Sin embargo, resulta poco oportuna la asimilación simplista que se estableció entre Rizal e Ibarra, de la misma manera que se identificó a Elías con Andrés Bonifacio (Retana 1907b, 120). Más bien, como aventurará Unamuno (Retana 1907b, 479), habría que buscar al autor en ambos, cuando se contradicen, y nos permitimos añadir que aún más allá: en la dialéctica de toda la novela. No obstante, la lectura simbólica de los personajes resulta útil, porque viene a demostrar que, aunque “en Rizal se puede observar el proceso de evolución que experimentarán otros intelectuales *ilustrados* filipinos hacia la reivindicación del Realismo frente al Romanticismo, del Positivismo frente al Idealismo”, y aunque Blumentritt se refiriera a la novela como *sittenroman* (Rizal 1930, 256), el ya clásico acercamiento de Radaíć (1961) sigue vigente para dar cabal comprensión de la obra, genuina muestra de realismo, en concreto de novela de tesis (Rizal 1997, 19; Donoso 2012a, xv), si bien el cuadro de costumbres y el paisajismo muestran aún un color romántico, como los personajes, capaces de trascender sus inmediatos referentes. Amén de Ibarra y Elías, María Clara es el mejor ejemplo de ello: recuerdo de la amada de Rizal, Leonor Rivera, pero a la vez símbolo de la desdichada Filipinas –de ahí que la revolución se plantee por ella– e ideal nacional cuya impronta alcanza nuestros días (Álvarez Tardío 2013; Sanchez Pons 2015, 2017).

Entre la publicación del *Noli* y la segunda novela de Rizal, *El filibusterismo*, que vio la luz en septiembre de 1891 en Gante, median tan solo cuatro años, aunque correspondieron a una época convulsa en la que cabría destacar los sucesos de Calamba, de los que Rizal incluso llegó a ser responsabilizado. Por eso, el Rizal que, contra todas las advertencias de sus allegados, regresa a Filipinas ya no es el mismo, como no lo será tampoco Crisóstomo Ibarra en esa continuación o segunda parte. Habiéndose enriquecido en América tras su huida al final de *Noli*, reaparece en su país con ánimo vengador, en la que, para Anderson (2008, 12), es probablemente “la primera novela anticolonial

incendiaria escrita por un súbdito colonial fuera de España”. Bajo la falsa identidad del joyero Simoun, mano negra del capitán general, alienta el vicio y el enfrentamiento para que estalle la revolución, si bien su ánimo flaqueará cuando, hasta en dos ocasiones, se le presente el momento. Ciertamente, el *Fili* mantiene algunos de los motivos centrales del *Noli*, como la educación, también capital en la ideología de Rizal (la venganza de Ibarra transcurre paralela a los intentos de los estudiantes universitarios de fundar una escuela de español); en sus páginas transita buena parte de los mismos personajes, aunque algunos son desplazados u ocupan un lugar simbólico (desde el narcotizado capitán Tiago hasta María Clara, enclaustrada hasta su muerte), e incluso es posible aventurar cierta voluntad estructural (de manera circular, el *Fili* viene a acabar en la casa del capitán Tiago, donde el *Noli* toma inicio, con el fin del año). Sin embargo, considerar el *Fili* como una mera continuación del *Noli* resulta problemático. Y la escisión, de la que el propio Rizal, quien se refería a la segunda como continuación o segunda parte, fue consciente,⁶ sintetizada para Retana (1907b, 201) en la oposición “obra sentida vs. obra pensada”, viene a considerar aspectos como la divergencia de lo genuino de Ibarra a lo inverosímil de Simoun, el carácter de los parlamentos de los personajes o la corrección y el estilo.⁷

La lengua adquiere una relevancia en la obra rizalina –véase, para el conjunto de su obra, Donoso (2012b)– que merece ulteriores explicaciones. En primer lugar, porque la pulcritud estuvo presente en las primeras críticas de los peninsulares, y algunos usos también en las de sus propios compatriotas –valga recordar que la lengua materna de Rizal era el tagalo–. En segundo lugar, como Martinell (1998) esbozó, porque Rizal tenía un alto grado de conciencia lingüística y parte de su crítica se canaliza a través de un planteamiento lingüístico. No solo empleó distintos registros para mejor reflejar la realidad, sino también para caricaturizar a sus personajes y algunas de sus actitudes, lo que permite poner su obra en relación con el realismo occidental y llamar la atención sobre uno de los grandes méritos de su obra narrativa. En tercer lugar, porque ocupa un lugar central en tanto que tema narrativo, indisociable de su proyecto ideológico y en lo que a los destinatarios de su obra se refiere (Anderson 2003, 2008, 50–51), tal y como hemos anotado más arriba. Finalmente, porque las disquisiciones en torno a la lengua que Rizal apuntaba en sus novelas pronto iban a erigirse en asunto central en el futuro y el devenir de Filipinas y alcanzan la recepción de su obra en nuestros días: tanto el *Noli* como el *Fili* “son lecturas obligatorias en los institutos de secundaria y universidades a lo largo de todo el Archipiélago, donde se leen traducidas, y a menudo se estudian en versiones reducidas o condensadas, algunas veces interpretadas a partir de cómics” (Ocampo 2011, 111), mientras que, aunque ambas han sido recientemente reeditadas por Donoso (Rizal 2011, 2021) en Filipinas, carecemos de una edición crítica en el mercado español, puesto que las últimas realizadas (1992, 1997) ya se encuentran descatalogadas.

Respecto a las fuentes, de las cuales nos ceñiremos a las exclusivamente literarias, sus diarios y el testimonio de sus allegados dan cuenta de un intelectual que dedicaba gran parte de su sostén a los libros. Sin lugar a dudas, Rizal era un magnífico conocedor de la narrativa occidental europea, también la más reciente: durante su estancia en Madrid, cursó los estudios de Literatura General y de Literatura Española en la Universidad Central, materias ambas que superó con la calificación de sobresaliente. Rizal leyó desde a Horacio y Dante hasta Voltaire, Cantú, Renan, Weber, Lessing, Scott, Dumas, Sue o Verne; tradujo a Schiller y a Andersen al tagalo por encargo de sus compatriotas; Espronceda parece referencia innegable en sus poesías, y en sus epístolas y diarios cita tanto a Heine como a Goethe, a Schiller, a Shakespeare o a Dickens. Resulta quizás especialmente sugerente apuntar sobre aquellas lecturas de juventud que bien pudieran haberle impresionado, entre ellas, *Burg-Jargal* y *El conde de Montecristo*, así como su estimación por la obra de Larra, cuya crítica debió de seducirle, y la impronta de Galdós, puesto que, si bien Rizal nunca lo menciona, resultan insoslayables las concomitancias con *Doña Perfecta*, publicada en 1876, no solo en la trama, sino también en la caracterización de los personajes, como ya apuntaron Sánchez Fuertes (1988, 107–110) o Sánchez (2004).⁸

El resto de la obra narrativa de Rizal es mucho más desconocida, tanto porque se trata, en ocasiones, de piezas inconclusas, como porque no se editaron hasta pasadas décadas de su muerte. Hoy el lector puede acceder a ellas a través de las compilación de Donoso Jiménez (2014) y de Ruiz Casanova (Rizal 2014) y suponen un testimonio imprescindible para comprender la formación, los intereses y el alcance del proyecto ideológico y literario de Rizal. Se podrían mencionar al respecto el manuscrito “Un rumboso gobernadorcillo”, una de sus primeras composiciones satíricas que nos presenta a un personaje muy semejante al Capitán Tiago, lo que demuestra que el *Noli* fue ensayado durante años con diversos materiales (Donoso Jiménez 2014); “Los animales de Suan”, alegoría de granja de animales que bien pudo constituir el germen, descartado por excesivo, del *Noli*; o “La visión de Fr. Rodríguez”, alegoría publicada en Barcelona –con el pseudónimo de Dimas Alang– mediante la cual respondió a las críticas contra su *Noli*, concretamente a las *Cuestiones de Sumo Interés*.

Asimismo, *Maligaya* y *María Sinagtala* es un intento de Rizal por componer una novela histórica ambientada en la Filipinas prehispana, posiblemente concebida cuando anotaba el texto de Morga y buscaba en las raíces filipinas; según Donoso Jiménez (2014), quedó abandonada en favor de una segunda parte del *Noli*. Finalmente, *Makamisa*, su tercera novela, hallada e identificada por Ocampo (1992), pudo ser ideada tras conocer de primera mano, en Hong Kong, los sucesos de Calamba. En un primer momento Rizal quiso componerla en tagalo y para los tagalos, amén de que se tratara de una obra meramente literaria, de arte por el arte o, como afirma Anderson (2008, 171–172), una reversión al *Noli* y no un paso más allá del *Fili*.

Notas

- 1 Pueden señalarse, entre los ingredientes de esa “débil trama de un trasnochado romanticismo” (Mojarro 2007), muestra del exotismo romántico que había imperado en las letras filipinas hasta los ilustrados, la caracterización de unos personajes ideales que se ven arrastrados por una pasión que toma su contrapartida en la naturaleza; los duelos (así la muerte Federico ante Berto); la fuga de los amantes (como es el caso de Berto y Lóleng); el transcurrir del tiempo como plazo angustioso; el naufragio (de Carlos, en su viaje a Singapur); y un largo etcétera.
- 2 Rizal (1931, 21). Sobre qué es y qué pretende el *Noli*, resulta interesante la réplica de Rizal a la crítica de Barrantes (Rizal 1931, 294–303).
- 3 Retana atacó a Rizal en su “Estudio crítico acerca de la novela *Noli me tangere*”, publicado en *La Política de España en Filipinas* (Madrid) entre el 29 de marzo y el 22 de noviembre de 1892, números 30 a 36, 43, 46 y 47.
- 4 En una carta a Félix Resurrección Hidalgo fechada el 5 de marzo de 1887, Rizal sitúa equivocadamente el fragmento bíblico en el evangelio de Lucas (Rizal 1961b, 89).
- 5 En múltiples ocasiones se referirá Rizal al público de su obra. Véanse, como ejemplo, las cartas a Blumentritt del 26 de agosto de 1888 (Rizal 1938, 291–294), o a Ponce del 30 de septiembre de 1888 (Rizal 1931, 49).
- 6 Carta a José M. Basa del 30 de mayo de 1891: “La escribo con más ardor que el *Noli* y aunque no es tan alegre, al menos es más profunda y más perfecta” (Rizal 1933, 194). En la del 6 de agosto, tras las dificultades: “Es una lástima, porque me parece que esta segunda parte tiene más importancia que la primera, y si no la termino aquí, no se terminará jamás” (Rizal 1933, 205–206).
- 7 Véase, para ello, entre otros, Retana (1907b 201, 223–4), Palma (1949, 199–201), Gurrea (1967, 27 y 39–40), Veyra (1961, 53–58), el prólogo de Molina (Rizal 1997, esp. 14–22) o (Donoso 2012a, xxi–xxii).
- 8 Sobre Galdós y Rizal, véanse las ideas de Anderson (2008, 55–56), cuya obra resulta recomendable para profundizar en las fuentes que “alquímicamente” transformó Rizal.

14

LA POESÍA HISPANOFILIPINA EN EL SIGLO XIX

Beatriz Álvarez Tardío

Introducción

En 1957, Miguel A. Bernad dijo en su clásico ensayo “Philippine Literature: Perpetually Inchoate” (2008a), que, a finales del siglo XIX, varios escritores filipinos habían adquirido el dominio completo del español. El primero era José Rizal, seguido de Fernando María Guerrero, aclamado como el poeta de la revolución, y del joven Cecilio Apóstol. La situación cultural de Filipinas a lo largo del siglo XIX favoreció el alcance de este dominio, pues habían tenido la oportunidad de estudiar y de desarrollarse en centros educativos como el Ateneo Municipal de Manila. Sin embargo, continúa Bernad, el florecimiento de esta cultura se vio truncado. Estos autores perdieron a su público lector cuando dejó de entender la lengua en la que escribieron.

La poesía hispanofilipina transitó el siglo XIX de forma paralela a la literatura de los que fueron los virreinos hispanoamericanos y sus procesos de independencia, aunque, evidentemente, con su propia idiosincrasia y con unas fechas posteriores, algo más cercanas a las de Cuba y Puerto Rico. Esta semejanza se resume en una cultura letrada modelada por la latinidad clásica y definida por una censura marcada por la religión católica, que permeó la sociedad a través la oración y de los géneros literarios sacros. La incorporación de las ideas de la Ilustración europea al ideario de la poesía generó un conflicto existencial entre lo religioso y la razón, que a su vez alentó la creación literaria con objetivos emancipatorios y civilizatorios, y además participó de los debates de civilización y barbarie. En este marco, la lengua castellana se usó por diversas razones, entre las que destacaron: como lengua civilizatoria, tenida como superior por su legado literario; como lengua internacional que permitía una

gran difusión; y como lengua apropiada para construir una cultura emancipada del poder colonial (Donoso 2012).

Durante la segunda mitad del siglo XX, la crítica estudió principalmente la poesía que podía ser reconocida por su aportación a la lucha por la independencia. Sirvió a este propósito doblemente: fue concebida para enfrentarse al yugo colonial español, y continuó su labor alentando a quienes lucharon contra la imposición estadounidense. Este interés tan específico favoreció la repetición de los mismos autores, de determinados poemas y de los mismos comentarios críticos sobre su inspiración patriótica. La alta transmisión y la conservación de este tipo pueden llevarnos a pensar que no existió otro tipo de poesía. El resto de las obras poéticas y de autores que no encajaban en este marco fueron desatendidos, hasta el punto de que probablemente se hayan perdido piezas que ya sean irre recuperables.

Estudios previos y antologías

La revista *Nuestro tiempo* publicó en 1909 una separata con el título *De la evolución de la literatura castellana en Filipinas; los poetas*, de Wenceslao E. Retana, el famoso filipinólogo más cercano en el tiempo. Dedicada a Marcelino Menéndez Pelayo, Retana sigue su enfoque al afrontar la tarea crítica. Algunos rasgos de esa línea fueron su afán por buscar el espíritu de la latinidad como “peculiaridad nacional”, para definir un “genio ibérico” asociado a la raza y la “continuidad de ciertos rasgos en la literatura española” (Muñoz Cortés 1957).

Retana presentó “lo escrito en castellano por los filipinos de sangre filipina”, es decir, “por los que nosotros llamábamos indios, o sea, los filipinos de raza malaya”. Este “nosotros” se refería a la perspectiva de su público en España. No tuvo en cuenta la literatura indígena en las diversas lenguas del archipiélago, ni aquella que denominó “producción criolla”. En su crítica al estilo del modernismo en la poesía filipina, apuntó a que la elección del léxico modernista la estaba “desnaturalizando, deslocalizando”. Como indicaron Donoso (2008) y Mojarro (2018b), su afán era mantener la línea de literatura nacional iniciada por Rizal. El efecto de la crítica de Retana se puede rastrear en los prólogos y comentarios a las recopilaciones de poesía posteriores.

Pellicena Camacho publicó “Poetas hispano filipinos” en el primer número de la revista *Cultura Filipina* (1910). Incluyó autores “que, nacidos en el archipiélago, riman en castellano”, atendiendo solo al lugar de nacimiento y al idioma, pero sin tener en cuenta la raza. Comentó dos aspectos relevantes para el desarrollo de la poesía en el último tercio del siglo XIX: por un lado, el hecho de que las letras filipinas en castellano y en tagalo florecieran casi al mismo tiempo; y, por otro, la influencia de los escritores hispanoamericanos, entre quienes nombra a Olegario Andrade, Juan de Dios Peza, Rubén Darío

y Santos Chocano (Pellicena 1908 y 1910). Se centró en la poesía de la revolución, el que llama “periodo heroico y épico”. La nómina de poetas de finales de siglo que recogió Pellicena Camacho, fue completada por Vicente Elio en otro breve artículo del mismo título (1910). De todos ellos decía Elio poseer composiciones poéticas, impresas y manuscritas, varias inéditas.

La antología de Eduardo Martín de la Cámara, *Parnaso Filipino. Antología de poetas del archipiélago magallánico* de 1922, se convirtió en una fuente principal para libros de texto, historias de la literatura y otros estudios, a menudo utilizada, aunque no siempre citada. Incluyó autores nacidos el último tercio del siglo XIX, como Fernando Canon y Fernando M. Guerrero, pero su fecha de comienzo es 1898.

A partir de 1900, la creación de centros educativos de todos los niveles académicos en Filipinas supuso un cambio de perspectiva importante (Bernad 1998). Primero, favoreció la introducción de otras corrientes intelectuales que ofrecían perspectivas diferentes a las tradiciones escolástica e hispano-latina que habían dominado las enseñanzas. Segundo, despertó la necesidad de crear materiales docentes que respondieran a su realidad propia. De este modo, ya no solo se estudiaban textos foráneos, sino que también se compusieron manuales de literatura filipina de nueva creación. Hasta ese momento no se habían puesto sobre el mismo escenario a las variadas literaturas de Filipinas (Reyes 2014). En 1937, Castillo y Tuazon elaboró la primera versión de su historia de la literatura filipina, una antología con poco aparato teórico, cuya organización y estructura significaron un modo de entenderla y, en concreto, de situar a la literatura filipina escrita en español. Su versión ampliada de 1964 fue un manual clave, reeditado hasta 1974. En los capítulos sobre poesía en español, traduce y parafrasea a Retana sin citarles (Mojarro 2018a).

En la década de 1960 se publicaron varias antologías de poesía filipina, cuya selección de obras respondía a la política de enseñanza de la lengua española. Aprobada en junio de 1957, unos meses antes del artículo de Bernad, la Ley núm. 1881, conocida como ley Cuenco, ordenaba que la enseñanza del español no se apartara del espíritu nacionalista. Mandaba expresamente compilar antologías que incluyeran poesías con sentimientos patrióticos y que ensalzaran las grandezas de la patria. Los nombres de los poetas figuraban en el texto de la ley; dentro del ámbito de este capítulo: Rizal, Cecilio Apóstol, Fernando Ma. Guerrero y José Palma. Para cumplir este propósito, nació *Discursos de Malolos y poesías filipinas en español* (1ª ed. 1959, 3ª revisada y aumentada 1963), que seleccionó poesías relacionadas con la revolución y la independencia de Filipinas. Casi a un tiempo apareció la antología bilingüe de Alfredo Veloso *Anguish, Fulness, Nirvana* (1960) con la aprobación del Departamento de Educación, que cambió de título a *Poética* en su novena revisión de 1966. Estas antologías oficiales, junto con el manual universitario de

Alinea *Historia analítica de la literatura filipinohispana* (1964) y la antología que lo acompañó (Alinea y Rosales 1970), fueron utilizados para aprender español. Los poetas de la ley Cuenco y los poemas de aquellas antologías siguen siendo los más reconocidos y estudiados.

En *Brown Heritage* (1967), libro clave en la historiografía literaria filipina, Manuud evidenció, en su ensayo sobre la poesía filipina escrita en español, los efectos de mantener una perspectiva nacionalista, que condicionaba el estudio de las obras y tenía en cuenta solo aquellas apreciables bajo criterios de patriotismo. Estas consecuencias se alargaron durante el siglo XX. La renovación de los estudios sobre literatura hispanofilipina de principios del siglo XXI ofrece nuevas lecturas críticas de la poesía hispanofilipina. Para nuevas perspectivas en el análisis del modernismo véase Álvarez-Tardío (2019) y Feria (2018). Para una reflexión sobre las antologías y su conexión política con el régimen de Marcos véase el estudio de Rocío Ortuño (2015).

Panorama de la poesía hispanofilipina en el siglo XIX

Las fechas de los primeros poemas vienen a corroborar el marco cronológico para el comienzo del siglo literario decimonónico que plantea Mojarro (véase capítulo 8). Rodríguez Varela escribió la primera versión de *El Parnaso Filipino* en 1809, que revisó en 1814 para incorporar la lealtad a la Constitución como una nueva fuente de legitimidad de la Corona (De Llobet, véase capítulo 9).

Entre la poesía de ocasión encontramos aquella que servía para animar en los festejos; conservadas en impresos como el *Pequeño poema* de Manuel Zaragoza, dedicado a la entrada del retrato de Fernando VII en Manila en 1825. Hacia la mitad del siglo continuó presente la poesía circunstancial y la religiosa. Destaca el nacimiento de publicaciones que intentaron crear un ambiente literario letrado en Manila. El quincenal *Ilustración filipina* (1859–60) despuntó con una sección poética donde aparecieron más de cien piezas (Sierra de la Calle 2003). Entre los autores se encontraban Ricardo de Puga, su principal promotor, autor de 29 poesías, F. de Lerena, autor de unas 23 poesías, el agustino P. Juan Tombo que utilizó el seudónimo Corene, y Serafín Olabe con 31 poesías, de cuyo poema “Mis soledades” salen estos versos dedicados a la naturaleza de Luzón:

¡Dios me escuchó! La nave salvadora
 Hizo crujir la espalda de los mares,
 Y tierra que enamora
 Me ha devuelto la paz y los cantares,
 Suavizando las penas
 De que se encuentran mis memorias llenas.

Poesía publicada en España

Con anterioridad a 1880 hubo un escaso número de filipinos que se desplazara a España, debido al excesivo coste del viaje y de la estancia. Reconocido por su obra pictórica, Miguel Zaragoza y Aranquizna (1842–1923) publicó en 1864 su poemario de juventud *Flores filipinas*, mientras estudiaba arte en Madrid (Pilar 1992). Para encuadrar su poesía puede leerse a García-Castellón (2008; 2012).

La casa de Pedro Paterno en Madrid fue el centro de reunión de la colonia filipina, donde escuchaban a “eminencias españolas como Castelar, Moreno Nieto, Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla” (*La Solidaridad* VI, 120, 31 enero 1894). De esas veladas literarias surgieron las composiciones poéticas, líricas y dramáticas de Paterno, quien inauguró la *Biblioteca Filipina* en 1880. La colección fue ideada por el músico Luis Arnedo, que sustrajo sin conocimiento de su autor las composiciones de ese volumen, *Poesías líricas y dramáticas*. Paterno posteriormente las revisó y editó con el título *Sampaguitas*. En algunos poemas hay diferencias sustanciales. El prólogo de Daniel Balaciart influyó en el ideario literario que observaron los filipinos ilustrados y que encontramos en *La Solidaridad*. Con el fundamento de la razón y el derecho, Balaciart reclamaba la lucha contra la injusticia y la opresión que se apoyaban en las teorías sobre la incapacidad de la raza, el sexo o la clase. Exigía el derecho a la literatura en todos los pueblos, destacando el valor de la poesía. Señaló Balaciart que “la ciencia, el arte, la literatura en todas las edades, en todos los pueblos han contribuido a ensanchar los límites de la verdad”. Y remarcó que “los poetas, sobre todo, han sido y son apóstoles del arte y profetas de la verdad” (XXIII).

La poesía en *La Solidaridad*

El grupo de filipinos conocido como los Ilustrados intentó varias publicaciones periódicas en España, y la que pervivió fue *La Solidaridad* (LS), un quincenario publicado entre 1889 y 1895, en Barcelona primero y después en Madrid (véase Vibal capítulo 11). En la sección “Artes y Letras” aparecieron ensayos, relatos y poesías con regularidad hasta mayo de 1892. Las poesías se distribuyeron de manera desigual: 4 en 1889; 5 en 1890; 1 en 1892; 4 en 1893 y 1 en 1894. La poesía formaba parte de los géneros literarios que libraban la lucha intelectual, la batalla del pensamiento, que los Ilustrados entendían como generadores de ideas y, al modo krausista, regeneradores de la sociedad (Álvarez-Tardío 2018).

Fernando Canon (1860–1938) en su soneto “A las dalagas malolenses” (LS I, 3, 15 marzo 1889) ejemplifica el concepto krausista de “poesía útil”. Estaba dedicado a las muchachas de Malolos, que habían solicitado de la autoridad competente la apertura de una escuela en su pueblo para poder estudiar y aprender español. El soneto clásico, con una rima perfecta, acompañaba el

artículo con la información referente a esta escuela. Alentaba a las jóvenes a que no se dejaran amedrentar y siguieran defendiendo su propia historia, que se concibe como un camino hacia el progreso: “No temáis al necio maldiciente, / Inicuo detractor de vuestra historia”.

Las poesías de José Rizal fueron recopiladas en un volumen para la edición del Centenario en 1961. Su poema más famoso es “Mi último adiós”, escrito la noche antes de morir, traducido a varios idiomas y analizado desde múltiples perspectivas. Donoso ofrece en “La lengua de José Rizal” un resumen sobre su figura, su poesía y la utilización de sus escritos (2012b).

“¡Me piden versos!” de Rizal fue publicado por primera vez en *La Solidaridad* (1889), aunque escrito en 1882. Es una poesía personal e intimista en la que habla de la frustración de las esperanzas e ilusiones que llevaba consigo al partir de Filipinas.

“Flores de Heidelberg” escrita en 1886, apareció el 15 de diciembre de 1889. Es un canto intimista y nostálgico en el que apremia a esas flores que, desde Heidelberg, viajan a Filipinas aprisionadas por las páginas de un libro para que transporten sus sentimientos.

“A mí” (1890) publicada bajo el seudónimo de Laong Laan, recogió sus preocupaciones internas, poco después de los sucesos de Calamba y de las deportaciones a Mindoro, que habían padecido su familia y amistades en Filipinas. Rizal compartía la idea de que literatura es un arma que contribuye al progreso de un pueblo, pero dejaba ver en estos versos las dudas que le asaltaban. En esta poesía se manifiesta la combinación de elementos antitéticos que comprenden la realidad según las ideas krausistas sobre la literatura. Lo temporal y lo inmutable, así como lo accidental y lo absoluto quedan expuestos en su devenir habitual. El arte y la poesía representan lo permanente que en toda circunstancia da ánimo y moral al individuo. Las circunstancias que amenazan la vida de ese poeta-individuo son temporales y variables. Reconoce la voz del poeta que ya no pueden seguir los derroteros de la musa artística, puesto que hay otros impulsos más fuertes en la coyuntura que le rodea.

Poesía publicada en Manila

Artigas (1917, 883) describió la carrera militar de Juan Atayde (1838–1901) y su conexión con el movimiento de propaganda. Fue fundador del Círculo Hispano Filipino y su revista en 1882 junto con Eduardo de Lete y López Jaena. Conocido por sus artículos sobre el teatro en *La Ilustración Filipina* (Tiongson 1982) Atayde, o Ataide, fue un ilustrado que escribió y publicó poesía. De la velada dedicada a Cervantes en el Casino Militar de Manila en 1887 fue famoso su himno, que musicó Fausto Manzanque. Otros poemas para la ocasión fueron de Gregorio de Viana “Entre col y col, lechuga” y José García Collado “A Cervantes” (1887, 86–89, 95–97, 103). Otros poemas de Atayde aparecieron en el *Almanaque filipino* de 1888 (Artigas dice 1898, es

una errata), en *La España Oriental*, donde colaboró y fue propietario a partir de 1889, citamos dos ejemplos, “Por León XIII” (Manila, 20 de enero de 1888, año I, núm. 2) “¡Bendito seas, Patrón!” (Manila, 10 de abril de 1888, año I, núm. 10).

Pellicena dedicó varias páginas a la vida y los versos de Anselmo de Jesús y Vergara (1869–1901) que colaboró en varios periódicos, donde publicó sus versos. Llamen la atención sus “seudónimos favoritos: 0'50 de poeta y El Ripiador tagalog”, entre otros. Gran parte de los datos con los que Pellicena contaba provenían de la correspondencia privada del autor y de sus poemas manuscritos, que clasificó en “amorosos, filosóficos y en patrióticos” (16). Destacó sus influencias románticas y su sentimentalismo, con la presencia de Heine en su inspiración. Con la revolución y el inicio de la guerra, De Jesús escribió poesía de protesta.

La poesía hispanofilipina finisecular

La poesía de los últimos años del siglo XIX circuló durante los peligrosos años de revolución y de guerra en formatos endebles, tanto en periódicos como en copias manuscritas. Varios periódicos nacieron y sobrevivieron, como pudieron, a las batallas. Gracias a la labor de Jaime C. de Veyra contamos con ediciones de los poemas de muchos autores. No obstante, estas ediciones no siguieron criterios filológicos. A menudo no figuran las fuentes, por lo que resulta complicado comprobar los datos cuando parecen contradictorios o inexactos. Es recomendable tomarlas con precaución.

Antonio Luna fundó *La Independencia* pocos meses después del comienzo de la ocupación americana en 1898. Publicó e impulsó la creación de versos que emanaban de la lucha y del dolor. Luna congregó alrededor de *La Independencia* a poetas como los siguientes.

Fernando María Guerrero (1873–1929) inauguró el primer número de *La Independencia* (3 de septiembre de 1898) con su poema “Mi patria”, que se incluyó después en todas las antologías. Su poemario *Crisálidas*, recopilado en 1914, nació “mientras tronaban los cañones en nuestra gran epopeya de 1898”, según indicó su propio autor en la nota previa. Nueve poemas están fechados entre 1898 y 1899, cuatro en 1900, y tres en 1901. Otros tantos sin fecha se acercan mucho en tema y estilo a los anteriores. El resto lleva fechas posteriores. La edición de 1952 facilitó su difusión y el hecho de que Fernando Ma. Guerrero fuera un referente para la ley Cuenco.

En *Aves y flores*, una recopilación de 1970, aparecieron fechadas algunas poesías de finales del siglo XIX. Son las siguientes: “Vanitas Vanitatum” de 1894; premiada en el Ateneo Municipal de Manila una oda elegíaca “Borja ante el cadáver de la emperatriz D^a Isabel” de 1895; de tipo religiosa: “Apoteosis de San Juan de la Cruz” de 1893, “Protégenos” y “Al Sagrado Corazón de Jesús” de 1894; “A mi querido amigo Jaime C. de Veyra” y dedicada al mismo

el soneto “La orgía”, ambas de 1896; “Meditación” de 1898 y el “Árbol muerto” de 1900; entre las patrióticas “Flor de la sampaguita”, también bajo el título “Flor filipina” y “A Rizal” de 1898. Jaime de Veyra explicó en 1934 en “Alrededor de Guerrero, el poeta”, ensayo que precede a *Aves y flores*, que la poesía “Árbol muerto” fue atribuida a José Palma erróneamente. Los paratextos que acompañaban a ambos poemarios apuntaban a la confusión en la atribución de las obras, a manuscritos en malas condiciones, a publicaciones periódicas ilocalizables y a la gran dificultad de fijar un corpus de su poesía.

José Palma (1876–1903) fue uno de los poetas asociados con más fuerza a *La Independencia* y a la revolución. Sus poesías, ordenadas cronológicamente de 1893 a 1902, compusieron el libro póstumo *Melancólicas* (1912). En el prólogo, Cecilio Apóstol defendía la originalidad de Palma, mientras reaccionaba a los comentarios de Retana (1909) sobre la influencia del modernismo. Donoso Jiménez (2011) analizó su estética y describió la transformación de su temática paralelamente a los graves acontecimientos sufridos.

La Independencia publicó el 30 de diciembre de 1898 y de 1899 poesías en honor a Rizal. Los aniversarios de su fusilamiento dieron lugar a una serie de poesías panegíricas y de exaltación heroica, que contribuyeron al culto a su figura. Palma en su poema “En la última página del *Noli me tangere*” (1898) transmitía estos cambios:

¡Cómo sentía, al recorrer tus hojas,
Lástima por mi patria esclavizada!
¡Cuál lloraba contigo en mis insomnios,
Y ansiaba, como tú, la luz del alba!

Mas un día... sonaron los fusiles,
Ahogó los suspiros la metralla,
Y, fulminando muertes, al derecho
Pronto abrieron paso las espadas.

Se proclamó la Constitución de Malolos en enero de 1899. Las tensiones aumentaron y comenzó la guerra filipino-americana. Malolos fue capturada, el general Antonio Luna fue asesinado, pero su periódico *La Independencia* continuó apareciendo. El poema de José Palma más conocido es la letra del himno nacional filipino, publicado en el número de 3 de septiembre de 1899.

De Veyra recopiló con el título de *Pentélicas* las poesías de Cecilio Apóstol (1878–1938). En el prólogo a la edición revisada de 1950 explicó que añadía “Ráfagas”, dieciséis composiciones escritas en 1899. También aclaraba que no había incluido todas las poesías del autor que conocía. La ausencia de datación en su mayor parte dificulta la tarea de identificar aquellas piezas escritas al cambiar los siglos. Una de las más conocidas, *El terror de los mares índicos*, fue publicada en *El Comercio* en 1894, según recogía su biografía en *Discursos de*

Malolos (ix). Otras son: “Invitación” de 1897, “Al héroe nacional” de 1898, “A los mártires anónimos de la patria”, publicada en *La Independencia* el 2 de noviembre de 1898 (Artigas y Cuerva 1917, 663), “Al Yankee” de 1899, y “Pentélica” de 1899, que transporta al horror de la guerra:

¡Hórrido teatro! La histérica muerte
flores de sangre en los campos sembró;
gritos que rasgan las fibras del alma
son de los campos la horrible canción.

Conclusiones

Mientras los estudios se basen principalmente en las antologías creadas bajo el marco de la ley Cuenco de 1957, el resultado seguirá marcado por los criterios de aquellas décadas. Gracias a Pellicena, Elio y Martín de la Cámara, registramos la existencia de una nómina de autores desconocidos, que permite cuestionar afirmaciones como que no hubiera literatura filipina escrita en español por autores filipinos de grupos étnicos autóctonos. Otra asignatura pendiente es la recuperación y el estudio de los almanaques, que en el siglo XIX reproducían poesías y cuentos detrás de las fechas. Mojares ya apuntó su importancia como medio para extender la cultura letrada (2013). Futuras investigaciones ampliarán el marco y nos permitirán añadir obras de autores filipinos de diverso origen y rescatar nombres de autoras.

15

EL COSTUMBRISMO FILIPINO

Mignette Marcos Garvida

Introducción

El costumbrismo filipino en torno a Filipinas encierra mucho más que las novelas de Rizal y Paterno. Existe un amplio y variado volumen de colecciones de cuentos publicados por otros autores, españoles que vivieron en Filipinas en esa misma época, que del mismo modo se enfrascaron en plasmar su amor a la patria y la preocupación por el estado de la colonia del sudeste asiático. El primer nombre que resalta es el de Antonio García del Canto, precursor de este género literario y en cuyas obras intentó pintar a sus conciudadanos en el contexto filipino del siglo XIX. Tras él, otros españoles como Francisco de Paula Entrala, José Montero y Vidal, Francisco Cañamaque y Jiménez, José Felipe Del Pan, Pablo Feced, Antonio Chápuli Navarro, Wenceslao Retana, Francisco Vila, Manuel María Rincón y Antonio Vázquez de Aldana también describieron sus impresiones sobre las vivencias de sus compatriotas en el archipiélago asiático.

Estos escritores eran más que unos meros “viajeros peninsulares”. Aunque llegaron a la colonia para desempeñar diferentes funciones en el gobierno de la metrópoli, con el paso del tiempo se involucraron en la vida cotidiana del país. Mientras cumplían con su deber o tras finalizar su misión en la colonia, muchos optaron por labrarse un nuevo futuro en estas lejanas tierras dedicándose, sobre todo, al periodismo, que ya por esa época empezaba a florecer. Muy pronto, ya desde sus respectivos puestos como director de algún periódico, como redactor o como un simple corresponsal, empezaron a plasmar la situación que atravesaba Filipinas y el futuro que le deparaba al país. Como bien ha señalado Beatriz Álvarez Tardío (2014, 43), “la literatura es libre para

buscar la nación más allá de su sentido político, y encontrarla también en su concepción personal y privada, en una política de lo personal”.

Escritores costumbristas sobre Filipinas

La lista que presentamos a continuación quizá no recoja la totalidad de los autores costumbristas que abordaron temas filipinos, pero desde nuestro punto de vista sí incluye a los más relevantes que hasta la fecha se han podido catalogar. Sus obras son conocidas por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque gracias al gran trabajo de conservación y digitalización llevado a cabo por instituciones como la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, HathiTrust Digital Library, National Library of Australia y Google Books, estas obras se han hecho accesibles al público. En segundo lugar, por la importante labor de investigadores que, con sus estudios, han dado a conocer las obras de muchos escritores filipinos y españoles del denominado período de la literatura filipina en castellano. Entre estos hay que citar los trabajos realizados por Álvarez Tardío (2014), Garvida (2006, 2022), Hernández-Chung (1975), Mojarro (2021), Arighi (2022), Ortuño Casanova (2021), Guillén Arnáiz (2021) y Tolliver (2021). Se considera “literatura filipina” porque los personajes y lugares donde se desarrollan sus narraciones están ambientadas en la sociedad filipina de su época (Retana 1906, 1549).

Antonio García del Canto (1824–1886) publicó *Misterios de Filipinas* (1859), una novela dividida en dos tomos, tras su estancia en Filipinas como oficial de la sección de guerra de la Capitanía General entre mediados de 1847 y 1850. Mientras desempeñaba su labor como funcionario, vivió meses en el interior del país y visitó comunidades en las zonas montañosas que conservaban intactas sus costumbres y vivían al margen del gobierno de la metrópoli. Él mismo nos advierte de sus intenciones en el prólogo de su novela: “...pintar lo que he visto, sin exageración de ninguna especie... señalar y anatematizar los vicios que más me han repugnado... dando de paso alguna pincelada a los de la Metrópoli...”.

Francisco de Paula Entrala (1824–1882) publicó, entre otras obras literarias, las siguientes narraciones costumbristas filipinas: *Las bienaventuranzas* (1874), *Narraciones filipinas. Olvidos de Filipinas* (1881a) y *Sin título: Novela de costumbres* (1881b). Decía con orgullo que era un “aplatanado” de Filipinas, es decir, un español que se había adaptado muy bien a las costumbres de las islas: “Soy filipino en nuestra España y español en estas playas... Odio a España y daría por ella el alma, amo a las islas y las miro prevenido” (1881a). En cuanto a su labor como escritor, decidió escribir sobre las costumbres filipinas por ser “tan maltratadas y desconocidas por otros en artículos y libros” (1881b).

Francisco Cañamaque y Jiménez (1851–1891) publicó *Recuerdos de Filipinas* en dos partes (1877, 1879), la primera tras ocho años en las islas en

tiempos de la República. Al sacar a la luz los cuadros costumbristas filipinos creía estar prestando un gran servicio al país, ya que su narración incluía “cosas, casos y usos que [eran] completamente ignorados” (1879, ix). Aseguró que lo que había escrito era “exacto” y lo que había incluido en su narración era “también el testimonio de un número considerable de españoles que como yo han estado en aquel país y pudieran rectificar mis afirmaciones y poner en tela de juicio mi buena fe” (1877, 1).

José Montero y Vidal (1851–1936), además de escribir varios libros sobre la geografía e historia general de Filipinas, también publicó *Cuentos filipinos* (1876), una colección de historias ambientadas en diferentes partes del país tras “haber prestado a los naturales de las Islas Filipinas un servicio útil” y “merced a los muchos años de residencia en dichas Islas” (1876, 4).

José Felipe del Pan (1821–1891) es conocido como el decano del periodismo filipino gracias a su labor como director de reputados periódicos de aquella época (*Diario de Manila, Revista de Filipinas, La Oceanía Española*), pero también como un pionero de los estudios filipinos al haber sabido inculcar a los jóvenes el deseo por indagar sobre la cultura e historia de Filipinas. Entre sus discípulos más importantes encontramos a Wenceslao Retana y a Isabelo de los Reyes, autores de referencias obligadas para todos los estudiosos de la historia y de la literatura filipina. Un rasgo que distingue a Del Pan es que todas sus novelas están inspiradas en mujeres y a ellas van dedicadas, porque lo que persigue es “...ofrecerles alguna enseñanza”. *Los pretendientes de Carmen* (1882) se la dedica a Francisca Jaume de Márquez; *Cinco horas en el limbo* (1883) a su hija Luisa; *¡Hay que vivir!* (1884) a su hija Concepción, y *Aderezo de Paquita* (1887) a una tal F.D. de C. *El idilio entre sampaguitas* (1886), aunque no se la dedica a nadie en concreto, fue sugerida por una mujer. Del Pan escribía “sobre escenas de la vida real y de la clase media, que más conozco... limpio, no malsano y repugnante, sin grandes pasiones, sin crímenes, poniendo en movimiento personajes con los cuales se codea uno a cada paso, y hablan como hablamos todos” (1882).

Antonio Chápuli Navarro (1863–19??) publicó dos libros sobre temas filipinos: *Pepín* (1892), del que algunos capítulos fueron publicados en la prensa de Manila bajo el seudónimo de Arakel, y *Siluetas y matices (Galería filipina)* (1894), una colección de cuadros en los que describe a Filipinas, su sociedad, sus tipos y voces a través de una narración minuciosa.

Pablo Feced (1834–1900) llegó a Filipinas en 1884 para ocuparse de una finca que le había cedido su hermano, un antiguo magistrado de Manila. La vida rural no le sentó bien, por lo que pronto comenzó a colaborar con los periódicos de Manila bajo el seudónimo de Quioquiap. Su colección de cuentos *Filipinas: esbozos y pinceladas* (1888) había sido publicado anteriormente en el periódico madrileño *El Liberal*. Según el propio autor, la utilidad de su “obrita” era la de “Da[r] a conocer los rasgos fisonómicos de una comarca,

pedazo de la grande, remota Patria... Da[r] a conocer algo, allá y aún acá en parte principal desconocido... el conocimiento es fecundo” (1888).

Francisco Vila (¿?) fue promotor fiscal y juez de primera instancia de diferentes distritos de Filipinas. Escribió *Escenas filipinas: Narraciones originales de costumbres de dichas islas* (1882) fruto de su estancia en las islas y “en la actual carencia de obras, principalmente de amena literatura, referentes a aquellas regiones, la presente viene a contribuir en algo a llenar aquel vacío” (1882, 15).

Manuel M.^a Rincón (1859– ¿?) fue director de *Manililla* (1889–90), un periódico en el que conocidos escritores y artistas que integraban la sociedad filipina del momento publicaban sus obras acompañadas de dibujos. También trabajó para *Diario de Manila* y *La Oceanía Española* donde publicó algunos cuentos y artículos. Muchos colegas de prensa sentían gran aprecio por él. Retana llegó a decir que, al contrario de algunos colaboradores de prensa, Rincón nunca denigró a nadie y siempre hallaba la frase apropiada: “Rincón era quien discurría la fórmula, y la soltaba, y de ahí que se haya dicho que fuese Rincón el único que supiese decir... lo que no puede decirse” (Retana 1906, 1.634).

Entre las obras destacadas de Rincón encontramos *Cháchara: Páginas de la vida manileña*, con ilustraciones de J. M. Villegas (1897), y *Romances de ciego: Galería humorística de tipos populares*, con ilustraciones de J. M. Villegas y A. de Velasco (1896) donde, con una lengua amena, a veces satírica, pero nunca ofensiva, pintó algunos tipos y escenas de la capital filipina.

Antonio Vázquez de Aldana (?) escribió *Trastos viejos* (1884), una colección de cuentos en cuatro tomos que fueron publicados en diferentes periódicos en el espacio de dieciséis años. Colaboró para el diario *El Porvenir Filipino* (1864) y la revista semanal *El Oriente* (1875).

Wenceslao Emilio Retana (1862–1924), quizá el filipinólogo más citado y estudiado de la historia de la literatura y el periodismo filipinos, no necesita casi presentación. De sobra son conocidos sus análisis y críticas sobre el período colonial español en Filipinas. No obstante, a su larga lista de estudios debemos añadir también su labor como periodista y literato. Entre sus numerosos trabajos destacan *Filipinas: Cosas de allá (Páginas literarias)* (1893), una colección de cuentos publicados en periódicos filipinos entre 1886 y 1889, y *Transformismo (Diálogos con un bago)* (1889), escrito bajo el pseudónimo Desengaños.

Temas principales en el costumbrismo sobre Filipinas

Como hacían todos los escritores costumbristas del siglo XIX, los autores peninsulares que cultivaron este género literario también pintaron la realidad bajo su punto de vista con el objeto de “revivir la historia de España” en los territorios de ultramar: “el recuerdo, la nostalgia de todo lo desaparecido

y olvidado... desde lo pasado al porvenir y de lo presente al pasado... su experiencia nacional” (Montesinos 1960, 32).

Los escritores costumbristas de Filipinas fueron testigos de los grandes avances que se estaban produciendo en aquella época, como la mayor facilidad para viajar desde España a Filipinas sin necesidad de dar la vuelta al mundo, las nuevas oportunidades económicas que trajo consigo la abolición del Galeón de Acapulco, así como la introducción de nuevos valores en la sociedad y la creación de una estructura social más acorde con los tiempos que corrían. De ahí que muchos jóvenes comprendieran la necesidad de recibir una buena educación como garantía para encontrar otras maneras de ganarse la vida.

Estos autores eran conscientes del progreso económico que experimentaba el mundo y cómo esta transformación podía repercutir en la sociedad, ya que “siempre que los Imperios llegan al apogeo de su grandeza, la ociosidad y la corrupción de costumbres... principia la época de su decadencia” (García del Canto 1859, 124). Las observaciones que ellos hicieron de la realidad filipina eran consecuencia directa de sus interacciones cotidianas con casi todos los tipos del país: peninsulares, insulares, mestizos, nativos y chinos. También aprovecharon sus escritos para ejercer la crítica sobre las ridiculeces sociales y faltas comunes que obstaculizaban el progreso del país y denigraban el estatus de sus compatriotas españoles.

Entre el progreso y el estancamiento

La apertura del canal de Suez fue un acontecimiento histórico celebrado no solo en Filipinas, sino también por los españoles que viajaban a las islas magallánicas. El orgullo por este hito queda reflejado en las impresiones de los personajes del género costumbrista (Cañamaque y Jiménez 1879, 9; Entrala 1881a, 15; Chápuli Navarro 1892, 170–174; Chápuli Navarro 1894, 156–157).

La apertura del canal de Suez fue muy importante para el desarrollo del comercio mundial, puesto que facilitó la comunicación entre Europa y el sur de Asia. Sin embargo, los españoles que llegaban al archipiélago asiático no tardaron en percatarse de que Filipinas seguía estancada en el pasado en cuanto a la manera de gobernar. La casi inexistente infraestructura para conectar la capital con el resto del país y la pobreza en la que vivían casi todos sus habitantes, incluidos algunos paisanos españoles, dejaba mucho que desear entre los recién llegados. Por supuesto, alguno que otro de sus ilustres habitantes se quejaba de esta situación y añoraba los grandes logros de antaño:

[P]erla del Oriente... Venecia del Asia. Tú, que fuiste un tiempo el emporio del comercio, el Bagdad de la China ¿por qué yaces abandonada de todas las Naciones? ¿Qué fue de tu riqueza? ¿dónde está tu poderío? ¿Dónde yacen las cenizas de héroes que vencieron a los Tupas y a los Raja-Matandá,

y te defendieron de los Li-Ma-Hong? Ni aun conservas para oprobio y vergüenza de tus dueños un miserable recuerdo de tu gloria. (García del Canto 1859, 455)

Otros expresaban de una manera más explícita su desilusión con esta “tierra de Jauja” riéndose irónicamente:

Por eso me gusta este país; aquí no cambia nada, todo sigue lo mismo...

Aquí se codean, se chocan y entremezclan el lujo y la miseria... Es este verdaderamente el país del doublé, brillo por afuera y hueco por dentro. (Feced 1888, 20; 211)

Llega el “bago” creyendo encontrar la tierra de promisión, el vellocino de oro o el rico país de Jauja, donde se atan los perros con longanizas y hasta los gatos llevan zapatos. (Chápuli Navarro 1894, 53; cf. Retana 1893, 33)

La prensa y la literatura en la sociedad filipina

Y, como digno corolario de tan grandes progresos, cruzó... ese maravilloso vehículo de la palabra... (Chápuli Navarro 1892, 173–174)

La prensa y la producción literaria en Filipinas están estrechamente relacionadas, si tenemos en cuenta que todos los escritores costumbristas que trataron temas filipinos se dedicaron al periodismo y publicaban por entregas sus obras literarias en los periódicos de mayor tirada del país. Más tarde, muchos de estos ensayos fueron recopilados en formato de novela o de colección de cuentos. En estas mismas crónicas, sobre todo las que ocupaban las páginas de periódicos tan populares como *La Oceanía Española*, *Diario de Manila*, *El Comercio* o *El Porvenir*, además de alguno en España, sus autores no perdían la ocasión para criticar las reformas o las nuevas leyes introducidas por el gobierno de turno. Feced, consciente del papel que podía desempeñar el periodismo para el progreso de la sociedad, escribió: “es ante todo un gran reflector del oleaje social, y es también una lente que concentra las luces y las energías del paisaje vivo” (1888, 191).

Del Pan criticó con dureza la introducción “apresurada” del Banco español-filipino al estilo europeo en sus novelas *El aderezo de Paquita* (1887), *Idilio entre sampaguitas* (1887), *Hay que vivir* (1884) y *Los pretendientes de Carmen* (1883). Dicha decisión provocó que muchos empresarios e inversores españoles tuvieran que acudir a usureros para poder mantener a flote sus negocios. Pero como la naturaleza de sus empresas era considerada de “alto riesgo” por estar concentrada en altamar, no tuvieron otra salida que liquidar sus bienes, viéndose dañado su estatus social y muy mermado su poder económico. Sin embargo, esta oportunidad, por otra parte, fue rápidamente aprovechada por los nativos –filipinos y mestizos chino-españoles– cuyos respectivos negocios

eran locales y a nivel nacional. Este hecho repercutió favorablemente en su estatus social, así como en sus finanzas.

Por su parte, Entrala escribió *Olvidos de Filipinas* (1881a) en respuesta a las inexactitudes que Cañamaque había descrito en *Recuerdos de Filipinas* (1877). En la misma línea, García del Canto no tuvo reparo en criticar a Sinibaldo de Más por su *Informe sobre el estado de las islas Filipinas en 1842*, donde basada su impresión sobre el país no solo en los desaciertos, sino también en la falta de conocimiento de los autóctonos (1843).

El sentimiento patriótico

A los escritores costumbristas siempre les unió el sentimiento de amor y lealtad a España o a la madre patria, como solían referirse en ocasiones a la metrópoli: “Filipinas es un pedazo querido de la patria” (Entrala 1881b, 260); la patria es “nunca tan bella como en la ausencia” (Cañamaque y Jiménez 1877, 7). Llegaron a Filipinas para servir a la corona, primero, y después, como un ciudadano más en aquellas islas, decidieron escribir obras de ficción donde describieron tipos, locales y costumbres de cada grupo social, al tiempo que criticaban el comportamiento reprochable de sus conciudadanos.

En opinión de los autores, nada más pisar el suelo filipino, el comportamiento de algunos españoles, por el mero hecho de creerse europeos, sufría una metamorfosis difícil de explicar. Se creían aristócratas, exigían a los demás que les trataran de “don” y se negaban a hacer cualquier trabajo manual por no estar acorde con su posición social en las islas, aunque en realidad tuvieran un origen humilde. Se sabía que de profesión algunos eran zapateros, sastres, armeros, cesantes o, incluso, que habían sido desterrados a Filipinas por haber cometido algún crimen en España. Sin embargo, Manila les ofrecía prestigio social y una mejora de sus economías. Se presentaban “distinguidos, elegantes, buenos sujetos, aristocráticos, etc., sí, hay muchos; pero ¡con dos pesetas!” (Rincón 1897, 55). García del Canto, por su parte, también nos dibujó sarcásticamente esta transformación (1859, 408–410). Debido a sus extravagancias y cursilerías, muchos pasaban necesidades en su propio hogar. Otros se endeudaban para mantener las apariencias o se arriesgaban a pasar vergüenza ante sus anfitriones durante alguna visita: un “bago,” recién llegado de España por ser expuesto de vivir de “vales”: “Señor, me han dicho en el almacén que no dan la botella si no llevo dinero; que no quieren *vales* de nadie, y de aquí menos” (Retana 1893, 111–112).

Sin embargo, pese al progreso que los españoles ya experimentaban en la Península, en Filipinas, según nos describió Feced, “no hay herrero y carpintería, pero hay platero; no hay médico y botica, pero hay música; no hay mesón, pero hay taller de coches; no hay hospital, pero hay gallera” (Feced 1888, 202; cf. Rincón 1897). Tampoco existían los servicios públicos fuera de la capital. Las demás provincias del país carecían de todo tipo de infraestructura

para el buen funcionamiento de una ciudad. Frustrado por esta dejadez de la administración y de los cargos públicos, Feced concluye que “nosotros aquí, después de tres siglos, tenemos por toda señal de influencia, una bandera roja y amarilla, y jueces que dictan sentencias en castellano” (1888, 32).

La identidad “filipina”

¿Qué es un filipino? Es la pregunta que durante siglos muchos historiadores y académicos han tratado de responder sin llegar a una definición clara. Los costumbristas sobre Filipinas también intentaron resolver este dilema porque el tema de las razas siempre estuvo presente en sus escritos. Feced, por ejemplo, tenía claro que “el filipino es un español, es nuestro compatriota. Esto no lo saben los españoles netos hasta no poner el pie en las angostas y retorcidas calles de la Perla del Oriente” (Feced 1888, 8). Aunque el término “filipino” se usaba para los nativos, la mayoría de los escritores costumbristas optaron por usar “filipinos” y solo lo precisaban cuando les interesaba diferenciar a los tipos que describían en sus obras: “filipino”, eran los hijos de españoles nacidos en las islas, “filipino natural” se refería a los nativos del país y se llamaba “filipinos mestizos” a todos los hijos de nativos y ciudadanos españoles o de raza china. De todos modos, hay que aclarar que casi siempre se decantaban por los términos “filipinos”, “mestizos” e “indios” para evitar malentendidos.

Toda esta mezcolanza de nombres también fue motivo de discordia entre los habitantes de la colonia española, ya que algunos filipinos de ascendencia española se sentían menospreciados por parte de sus compatriotas europeos. Montero y Vidal trató, sin éxito, de resolver esta rivalidad entre los españoles peninsulares y los filipinos: “son hijos de España, y si alguna distinción señala nuestras leyes entre las provincias situadas en la Península y las de Ultramar, todas las cuales constituyen la nación española...” (1876, 6).

No obstante, los españoles filipinos y los mestizos eran los que más sospechas despertaban entre la colonia de españoles peninsulares (Entrala 1881b; Cañamaque y Jiménez 1879; García del Canto 1859), que dudaban de su lealtad a España, quizás porque se consideraban más “filipinos” que nadie por haber nacido en las islas. De los mestizos tampoco se fiaban porque decían que por sus venas corría la sangre de los nativos del país:

[U]no mira a la Península ibérica, otra mira a Filipinas; una que sonrío dulcemente, otra que se contrae y palidece; una que causa candidez, modestia, satisfacción, otra que denuncia envidia, rencor, desasosiego. Es la primera imagen del indio, el vivo retrato del español que sufre es la segunda. (Cañamaque 1877, 204–208)

La jerarquía socioeconómica y la construcción discursiva de autoridad

Por mucho tiempo, según García del Canto, en Filipinas solo existieron dos clases sociales: la aristocracia y el proletariado. Para pertenecer a la primera no era necesario poseer ningún título nobiliario, ser europeo bastaba. La raza malaya, el color de piel aceitunado o bronce oscuro dejaba claro la pertenencia al segundo grupo. Esta jerarquía dio un giro brusco cuando empezaron a mermar las finanzas de los españoles peninsulares frente al aumento del poder adquisitivo de la burguesía nativa, china y mestiza. Como resultado apareció la clase intermedia, que era “opresora hasta lo sumo de la última” y entre las dos clases “no hay entre ellas ningún lazo de simpatía por medio del cual pudieran unirse para subyugar a su vez a la más potente” (García del Canto 1859, 217). Como señalamos antes, los escritores costumbristas retrataron en sus obras todos los tipos de la sociedad filipina del momento, aunque las corrompidas clases pudiente e intermedia fueron casi siempre el blanco de sus irónicas burlas.

Los “matandas” o españoles “aplatanados”, que por los años que llevaban en las islas se habían acostumbrado a todo lo que acontecía en esas tierras, fueron los primeros en maldecir el suelo que les había dado la bienvenida. Los “bagos” o españoles recién llegados, por otra parte, no tenían ni idea del futuro que les deparaba la vida fuera de España, y si no aprendían rápidamente los zigzags del día a día en la colonia, lo más probable era que terminaran arruinados, víctimas de su propia extravagancia o, lo que era peor aún, que fueran timados por comerciantes locales. Eso sí, una vez se acomodaban, en los hogares de los españoles peninsulares, sin importar el empleo que tuvieran o rango que ostentaran, se necesitaban unos cinco criados para realizar las labores básicas, mientras la señora de la casa se limitaba a dar órdenes: “¡Cómo hacerla entrar en la cocina! ¡Cómo consentir que friegue los platos! ¡Cómo dejarla barrer los suelos!... Esto es imposible. ¿Y el prestigio de la raza?... ¿Y las conveniencias sociales?” (Chápuli 1894, 178).

Los autores costumbristas también criticaron el comportamiento de los hijos del país y de los mestizos hacia los filipinos nativos porque “en ningún país civilizado se castiga más que en Filipinas porque los que verdaderamente oprimen y vejan a los indios y hasta que quisieran que se les permitiese tratarlos como esclavos, son los mestizos ricos y los hijos del país” (García del Canto 1859, 181).

En resumen, podemos argumentar que los escritores costumbristas sobre Filipinas se valieron de su posición social y de su pluma como instrumento de crítica para llamar la atención tanto del gobierno como de sus compatriotas precisamente en la lengua que compartían, el castellano. Defendieron la

necesidad de tomar medidas a fin de preservar Filipinas para el reino de España antes de que fuera demasiado tarde:

Acordémonos, nosotros los españoles singularmente, de que el mundo no se gobierna con la fuerza sino con los principios... acordemos, sobre todo, de que España ha perdido siempre por su intolerancia lo que conquistara con su heroísmo. América, Portugal, Holanda, Alemania, Bélgica, Italia, ¿por qué huyeron de nuestro lado? ¿por qué arrojaron de sí nuestro nombre? Leed la historia...

Las Islas Filipinas son un diamante cuyo valor real no sabe o no quiere saber el artífice. Y aquí el artífice es España. Las Islas Filipinas son un tesoro, inexplorado por ese espíritu de ociosidad que se parece al suicidio. Las Islas Filipinas viven misérrimamente asfixiadas por una rutina recelosa y estéril. La rutina es nuestra menguada administración, nuestra tradicional política de intolerancia. Púlase ese diamante, explótese ese tesoro, desaparezca esa rutina, y el Archipiélago será, no lo dudo, la más rica provincia española. (Cañamaque 1877, 251–288)

Bibliografía Parte II

- Aboitiz, Nicole Cuunjieng. 2020. *Asian Place, Filipino Nation: A Global Intellectual History of the Philippine Revolution, 1887–1912*. Nueva York: Columbia University Press.
- Agoncillo, Teodoro A. 1956. *The Revolt of the Masses. The Story of Bonifacio and the Katipunan*. Quezon City: Universidad de Filipinas.
- Alatas, Syed Hussein. 1977. *The Myth of the Lazy Native: A Study of the Image of the Malays, Filipinos, and Javanese from the 16th to the 20th Century and its Function in the Ideology of Colonial Capitalism*. Londres: Frank Cass and Company Limited.
- Alinea, Estanislao B. 1964. *Historia analítica de la literatura filipinohispana (desde 1566 hasta mediados de 1964)*. Quezon City: Imprenta Los Filipinos.
- Alinea, Estanislao B., y Rosales, Concepcion, L. 1970. *Antología Filipino-Hispana. Obras escogidas de los más renombrados héroes filipinos escolares, escritores y poetas, en su versión original en español*. Quezon City: Universidad de Ateneo.
- Almanaque Filipino para 1888. 1887*. Manila: Establecimiento Tipográfico de M. Pérez, hijo.
- Álvarez Tardío, Beatriz. 2008. “La Literatura Hispano-Filipina en la Formación del Canon Literario en Lengua Española”. *Linguae et Litterae* 6: 62–79.
- . 2011. “El problemático lugar de José Rizal dentro de la literatura española”. En *Entre España y Filipinas: José Rizal, escritor*, editado por María Dolores Elizalde, 127–148. Madrid: AECID.
- . 2013. “María Clara y la comunidad imaginada en *Noli me tangere* de José Rizal”. *CIEHL* 19: 110–118.
- . 2014. “El privilegio de subvertir: la literatura hispanofilipina”. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 41–52.
- . 2018. “La Solidaridad y el krausismo”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 44, n.º 88: 175–196.
- . 2019. «“Un bizarro poema de granito al infinito”: Modernismo and Nation-building in Philippine Poetry in Spanish.» *UNITAS* 92 (1): 167–199.
- Anderson, Benedict. 1991. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- . 1998. *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia, and the World*. Londres: Verso.
- . 2003. “Forms of Consciousness in *Noli me tangere*”. *Philippine Studies* 51, n.º 4: 505–529.
- . 2008. *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*. Madrid: Akal.
- Apóstol, Cecilio. [1941] 1950. *Pentélicas*. Manila: Manila Gráfica.
- Arighi, William. 2016. “The Literary Economies of Philippine Custombrismo”. *Hispanic Review* 84, n.º 2: 213–234.
- . 2022. “El espejo del costumbrismo: costumbre, conocimiento y autonomía en las obras de Pedro Paterno y José Rizal”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño y Axel Gasquet, 43–57. Leiden: Brill.
- Artigas y Cuerva, Manuel. 1917. *Galería de filipinos ilustres*. Manila: Casa Editora Renacimiento.
- Atayde, Juan. 1887. “Himno a Cervantes”, *Revista del ejército y la armada de Filipinas*. Tomo IV. Manila, Establecimiento Tipográfico de M. Pérez, hijo. 103–104.

- Baldick, James, ed. 2013. *Ancient Religions of the Austronesian World: From Australasia to Taiwan*. Londres: I.B. Tauris.
- Barrantes, Vicente. 1878. *Guerras piráticas de Filipinas: contra mindanaos y joloanos*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández.
- . 1889. *El teatro tagalo*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández.
- Barton, Roy. 1969. *Ifugao Law*. Berkeley: University of California Press.
- Bernad, Miguel A. 1998. “Philippine Literature in English: Some Sociological Considerations”. En *The King’s Phrase. Some Philippine Literary and Cultural Perspectives*, editado por Miguel A. Bernard, 10–24. Quezon City: Office of Research and Publications. Ateneo de Manila University.
- . 2008a. “Philippine Literature: Perpetually Inchoate”. En *The Waiter and the Fisherman, and Other Essays in Literature and Culture*, editado por Miguel A. Bernard, 35–41. Quezon City: Ateneo de Manila UP.
- . 2008b. “The Poets of the Philippine Revolution”. En *The Waiter and the Fisherman, and Other Essays in Literature and Culture*, editado por Miguel A. Bernard, 101–114. Quezon City: Ateneo de Manila UP.
- Blanco Andrés, Roberto. 2011. “Pedro Peláez, líder del clero filipino”. *Hispania Sacra* 63, n.º 128: 747–782.
- Blanco, John D. 2009. *Frontier Constitutions: Christianity and Colonial Empire in the Nineteenth-Century Philippines*. Berkeley, CA.: University of California Press.
- Blumentritt, Ferdinand. 1892–1895. “La separación de las colonias españolas de la América continental, reflexiones y consideraciones”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año IV (30 noviembre, 15 de diciembre de 1892); año V (15 y 31 de enero, 15 y 28 de febrero, 15 y 31 de marzo, 30 de abril, 15 de mayo, 15 de agosto de 1893), año VI (31 de enero, 30 de abril, 15 y 31 de mayo de 1894); año VII (15 de agosto de 1895).
- . 1894. “Filipinas y las ideas separatistas”. *La Política de España en Filipinas*, año VI, n.º 143, 144–145.
- Boas, Franz. 1940. *Race, Language and Culture*. Nueva York: Macmillan.
- Bonoan, Raúl J. S. J. 2015. “Spanish Kraussism and Rizal”. En *More Hispanic Than We Admit 2*, editado por Glòria Cano, 109–208. Quezon City: Vibal Foundation.
- Borque, Emilio. 2020. “La Sociedad de los teléfonos de Manila / First Philippines telephone company”. *Historias de la Telefonía en España* (Web). 7 de enero de 2020. <https://historiatelefonía.com/2020/01/07/la-sociedad-de-los-telefonos-de-manila/>
- Cabrero Fernández, Leoncio. 1973–1974. “Orígenes y desarrollo del teatro en Filipinas”. *Anales de literatura hispanoamericana* 2–3: 83–96.
- Camagay, María Luisa. 1995. *Working Women of Manila in the 19th Century*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Campa, Buenaventura. 2016. “Una visita a las rancherías de los ilongotes”. En *Entre las tribus del Luzón Central*, editado por Jorge Mojarro, 29–94. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Cañamaque y Jiménez, Francisco. 1877. *Recuerdos de Filipinas*. 1ª parte. Madrid: Librería de Anilo y Rodríguez.
- . 1879. *Recuerdos de Filipinas*. 2ª parte. Madrid: Librería de Simon y Osler y Librería de Juan Rodríguez.
- Cañas de Pablos, Alberto. 2005. “Citizenship Rights in 1837 and 1869 Spanish Constitutions”. En *Los embates de la modernidad. Debates en torno a la ciudadanía, el liberalismo, el republicanismo, la democracia y los movimientos sociales. Actas del*

- V Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea. Volumen 4, coordinado por Oriol Luján Feliu y Laura Canalias, 61–76. Barcelona: Bellaterra.
- Cano García, Glòria. 2005. “The ‘Spanish Colonial Past’ in the Construction of Modern Philippine History: A Critical Inquiry into the (Mis)Use of Spanish Sources”. Tesis doctoral, National University of Singapore.
- . 2012. “Cataluña y el movimiento de propaganda filipino”. *Humanidades Diliman* 9, n.º 2: 58–88.
- Caudet, Francisco. 1983. “José Rizal: *Noli me tangere* y la Filipinas colonial”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 396: 581–589.
- Chápoli Navarro, Antonio. 1892. *Pepín*. Madrid: Librería de Fernando Fé.
- . 1894. *Siluetas y matices (Galería filipina)*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- Chirino, Pedro. 1969. *Relación de las Islas Filipinas: The Philippines in 1600*. Traducido por Ramón Echevarría. Manila: Bookmark.
- Cole, Fay-Cooper. 1922. “The Tinguian: Social, Religious and Economic Life of a Philippine Tribe”. *Field Museum of Natural History* 14: 231–493.
- Colin, Francisco S.J. 1904. *Labor evangelica e los obreros de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas*. Barcelona: Heinrich y Compañía.
- Constantino, Renato. 1975a. *A History of the Philippines: From the Spanish Colonization to the Second World War*. Nueva York: Monthly Review Press.
- . 1975b. *The Philippines: A Past Revisited*. Quezon City: Tala Publishing Services.
- Del Castillo y Tuazon, Teofilo. 1937. *A Brief History of Philippine Literature*. Manila: Progressive Schools.
- Del Castillo y Tuazon, Teofilo y Medina, Buenaventura S. 1964. *Philippine Literature: From Ancient Times to the Present*. Quezon City: Del Castillo and Sons.
- Delgado, Martín. 2015. “Catalonia and the Philippines”. En *More Hispanic than We Admit* 2, editado por Glòria Cano, 181–187. Quezon City: Vibal Foundation.
- De Llobet, Ruth. 2009. “El poeta, el regidor y la amante. Manila y la emergencia de una identidad criolla filipina”. *Istor. Revista de Historia Internacional* 38: 65–92.
- . 2011. *Orphans of Empire: Bourbon Reforms, Constitutional Impasse and the Rise of the Filipino Creole Consciousness in an Age of Revolution*. Tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison.
- . 2018. “Luis Rodríguez Varela: literatura panfletaria criollista en los albores del liberalismo en Filipinas, 1790–1824”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 44, n.º 88: 131–154.
- De los Reyes y Florentino, Isabelo. 1887. “El Tinguian”. *Filipinas artículos varios: de Isabelo de los Reyes y Florentino sobre etnografía, historias y costumbres del país; con un prólogo crítico de d. Cesareo Blanco y Sierra*. Manila: J. A. Ramos.
- . 1889a. “Diputados a Cortes por Filipinas (1)”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año I, 15 de agosto de 1889.
- . 1889b. *El Folk-lore Filipino*. Manila: Tipo-Litografía de Chofre y Cia.
- . 1890. *Historia de Ilocos*, 2 vols. Manila: Establecimiento tipográfico La Opinión.
- . 1909. *La Religión antigua de los Filipinos*. Manila: Imprenta de El Renacimiento.
- De Mas, Sinibaldo. 1843. *Informe sobre el estado de las islas Filipinas en 1842*. Tomo I. Madrid: s.d.
- Del Pan, José Felipe. 1882. *Los pretendientes de Carmen o Perfiles de novios*. 2ª ed. Manila: Imprenta de La Oceanía Española.

- . 1883. *Cinco horas en el limbo o Nuestras tataranietas*. Manila: Imprenta de La Oceanía Española.
- . 1884. *Hay que vivir o Quien la enredó que la desenrede*. 2ª ed. Manila: Imprenta de La Oceanía Española
- . 1886. *Idilio entre sampaguitas o ¿Ni canto, ni aroma, ni amor?*. 2ª ed. Manila: Imprenta de La Oceanía Española.
- . 1887. *El aderezo de Paquita*. 3ª ed. Manila: Imprenta de La Oceanía Española.
- Del Pilar, Marcelo. 1894. “Tratado Hispano-Japonés”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año VI, 31 de octubre de 1894: 209–212.
- De Veyra, Jaime C., y Mariano Ponce. 1914. *Efemérides Filipinas*. Vol. 1, n.º 1. Manila: Imprenta y Librería de I. R. Morales.
- . 1998. *Efemérides Filipinas*. Traducción al filipino de Edgardo Tiamson, Teresita Alcantara y Erwin Bautista. Quezon City: UP, ORC.
- Diario de Manila. 1850. “Sociedad de recreo”. *Diario de Manila* (Manila), año II, n.º 34, 9 de enero de 1850: 135.
- Díez Collantes, Domingo. 1822. *El cementerio*. Manila: Imprenta filipina.
- Dizon, Lino L. 2023. *Imprenta de Ramírez y Giraudier, A Story of Late Nineteenth-Century Philippine Intellectuality*. Quezon City: Vibal Foundation.
- Domingo, Luis Zuriel P. 2021. “Reinventing the Philippine Revolution”. *Tala* 4, n.º 1: 217–225.
- Donoso Jiménez, Isaac. 2008. “W. E. Retana y la crítica al modernismo: De la evolución de la literatura castellana en Filipinas [1909]”. *Revista Filipina* XII (08).
- . 2011. “Estética de Jose Palma”. *Humanities Diliman* 8, n.º 1: 1–17.
- . ed. 2012a. *José Rizal. Prosa Selecta, narraciones y ensayos*. Madrid: Verbum.
- . 2012b. “La lengua de José Rizal”. En *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*, coordinado por Isaac Donoso, 253–303. Madrid: Verbum.
- . 2012c. *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*. Madrid: Verbum.
- . 2014. “Makamisa: historia textual y edición de la tercera novela de José Rizal”. *Transmodernity* 4, n.º 1: 127–135.
- Dozier, Edward. 1966. *Mountain Arbiters: The Changing Life of a Philippine Hill People*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Dumol, Paul. 2016. “Reading the foundation dates of Spanish-era parishes on a different Key”. En *Reexamining the History of Philippine-Spanish Relations: selected papers, Philippine-Spanish Friendship Day Conference (2013–2015)*, 53–67. Manila: National Historical Commission of the Philippines.
- Elio, Vicente. 1910. “Poetas hispano filipinos”. *Cultura Filipina*. Manila, año 1, núm. 2, mayo de 1910: 129–131.
- Elizalde, María Dolores. 2017a. “Interacciones empresariales entre las élites urbanas Filipinas: barcos, tranvías, cervezas y aceites”. En *Filipinas, siglo XIX: Coexistencia e interacción entre comunidades en el imperio español*, editado por María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lemps, 63–98. Madrid: Polifemo.
- . 2017b. “Navegando entre comunidades: el caso del español-filipino Pedro P. Roxas y su entorno”. En *Filipinas, siglo XIX: Coexistencia e interacción entre comunidades en el imperio español*, editado por María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lemps, 249–294. Madrid: Polifemo.
- . 2018. “Gobierno colonial y órdenes religiosas en Filipinas en las últimas décadas del siglo XIX”. En *Gobernar colonias, administrar almas. Poder colonial y órdenes religiosas en los imperios ibéricos (1808–1930)*, editado por Xavier Huetz de

- Lemps, Gonzalo Álvarez Chillida y María-Dolores Elizalde, 115–147. Madrid: Casa de Velázquez.
- Elizalde, María Dolores y Xavier Huetz de Lemps. 2017. “Introducción. Imperios, comunidades e historia social filipina”, editado por María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lemps. *Filipinas, siglo XIX: Coexistencia e interacción entre comunidades en el imperio español*. 9–39. Madrid: Polifemo.
- Entrala, Francisco de Paula. 1874. *Las bienaventuranzas*. Manila: Imprenta de El porvenir filipino.
- . 1881a. *Narraciones filipinas: Olvidos de Filipinas*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Ramirez y Giraudier.
- . 1881b. *Sin título: Novela de costumbres*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Ramirez y Giraudier.
- Feced, Pablo [seud. Quioquiap]. 1888. *Filipinas: Esbozos y pinceladas*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Ramírez y Compañía.
- Feria Vázquez, y Miguel Ángel. 2018. “El modernismo hispanofilipino ante la crítica española (1904–1924)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n.º 88: 241–266.
- Fernandez Doreen, G. 1982. “The Theaters of Manila”. *Philippine Studies*, 30, 2: 231–226.
- Fernández, Pablo. 1991. “The Eruption of Mayon Volcano in 1814”. *Philippiniana Sacra*, 26, n.º 76 (enero – abril): 103–112.
- Flannery, Kristie. 2019. “The Impossible Colony: Piracy, The Philippines, and Spain’s Global Empire”. Tesis doctoral, University of Texas.
- García Castellón, Manuel. 2008. «Miguel Zaragoza, el primer poeta hispano-filipino.» *Revista Filipina XII* (2).
- . 2011. “Lengua y letras hispánicas en Filipinas. Síntesis histórica y elegía”. En *Entre España y Filipinas: José Rizal, escritor*, editado por María Dolores Elizalde, 149–170. Madrid: AECID.
- . 2012. “Intertextualidad hispanoamericana en las letras hispanofilipinas”. *Revista Filipina XVI* (3).
- García del Canto, Antonio. 1859. *Misterios de Filipinas*. Madrid: Imprenta La Balear.
- Garvida, Mignette M. 2006. “José Felipe del Pan, un escritor costumbrista recuperado del olvido en la literatura filipino-hispana del siglo XIX”. *Siglo diecinueve* 12: 139–154.
- . 2022. “Filipinas, a través de la mirada de los costumbristas peninsulares y filipinos”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 33–47. Leiden: Brill.
- Gealogo, Francis A. 2010. “Time, Identity, and Nation in the ‘Aglipayan Novenario ng Balintawak’ and ‘Calendariong Maanghang’”. *Philippine Studies* 58, n.º 1–2: 147–168.
- . 2021. “Isabelo de los Reyes and the Formulation of the Early Ideas of the Iglesia Filipina Independiente”. Ponencia en National Historical Commission of the Philippines Conference on the Quincentenary of the Coming of Christianity.
- Gellner, Ernest. 1983. *Nations and Nationalism*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Gies, David T. 2004. “El reto imposible de la historia literaria: el caso Cambridge”. En *Historia literaria-historia de la literatura*, editado por Leonardo Romero Tobar, 273–283. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- González Fernández, Ramón, y Federico Moreno Jeréz. 1875. *Manual del viajero en Filipinas*. Manila: Establecimiento tipográfico de Santo Tomás.

- Guerrero, Fernando María. 1914. *Crisálidas (Poesías)*. Manila: Philippine Education Foundation.
- . 1970. *Aves y flores*. Manila: Ediciones Fil-Hispanas.
- Guillén Arnáiz, Cristina. 2021. “The Bago and the Matandá: Representations of the Colonizer in Spanish Narratives about the Philippines in the Late Nineteenth Century”. *Kritika Kultura* 37, “Forum Kritika on Spanish Literature on the Philippines”: 286–320.
- Gurrea, Adelina. 1967. *Rizal en la literatura hispanofilipina, Discurso leído con motivo de su ingreso en la Academia Filipina, Correspondiente de la Real Academia Española, en la sesión pública celebrada el 27 de noviembre de 1966*. Manila: Imprenta de la Universidad de Santo Tomás.
- Gutiérrez Gay, Juan P. 1881. *Manila en el bolsillo. Indicador para el forastero*. Manila: Imp. de Amigos del País.
- Harris, Marvin. 1968. *The Rise of Anthropological Theory: a History of Theories of Culture*. Nueva York: Crowell.
- Hernández, Miguel Roland. 2019. “Translating the Idiom of Oppression: A Genealogical Construction of Filipinization and the Nineteenth-Century Construction of the Modern Philippine Nation”. Tesis doctoral, Ateneo de Manila University.
- Hernández-Chung, Lilia. 1975. “Race Relations in ‘Peninsular’ Prose Fiction of the Philippines”. *Hispanic Review* 43, n.º 2: 155–167.
- . 1998. *Facts in Fiction. A Study of Peninsular Prose Fiction: 1859–1897*. Manila: De La Salle University.
- Hidalgo Nuchera, Patricio. 2018. *La fidelidad premiada. La entrada del retrato de Fernando VII en Manila el 18 de diciembre de 1825*. Madrid: Asociación Cultural y Científica Iberoamericana.
- Isabel, Carlos. 2014. “El plan de instrucción primaria para Filipinas de 1863 y sus orígenes en la legislación educativa española”. *Revista Filipina* 2: 1.
- Jularbal, Io M. 2017. “A Rhetorical Analysis of Isabelo de los Reyes’ *El Tinguian*”. *Humanities Diliman* 14, n.º 2: 91–120.
- Laconico-Buenaventura, Cristina. 1979. “The Theaters of Manila: 1846–1896”. *Philippine Studies* 27, n.º 1: 5–37.
- Lakoff, George. 2004. *Don’t Think of an Elephant!* White River Junction: Chelsea Green Publishing.
- Laso Prieto, José María. 2003. “Paralelismo entre José Rizal, héroe nacional de Filipinas, y José Martí, héroe nacional de Cuba”. *El Catoblepas* 12: 6.
- Lee, Emily. 2017. “Identity-in-difference to avoid indifference”. En *Feminist Phenomenological Futures*, editado por Helen A. Fielding y Dorothea A. Olkowski, 313–327. Bloomington: Indiana University Press.
- Legarda Jr., y Benito J. 1999. *After the Galleons: Foreign Trade, Economic Change and Entrepreneurship in the Nineteenth-Century Philippines*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- López Jaena, Graciano. 1891. *Discursos y artículos varios*. Barcelona: Imprenta Ibérica de Francisco Fossas.
- López-Calvo, Ignacio. 2019. “From Self-Orientalization to Revolutionary Patriotism: Paterno’s Subversive Discourse Hidden in Romances”. *Unitas* 92, n.º 1: 143–166.
- Lumbera, Bienvenido, y Cynthia Nograles Lumbera. 1997. *Philippine Literature: A History & Anthology*. Pasig City: Anvil.

- Luna, Antonio [Taga-ilog, seud.]. 1889. “Impresiones madrileñas de un filipino”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año I, 31 octubre de 1889: 210–212.
- Luque Talaván, Miguel. 2021. “Las artes escénicas en Filipinas durante el siglo XIX”. En *En, desde y hacia las Américas. Músicas y migraciones transoceánicas*, editado por Victoria Eli Rodríguez, Javier Marín López, y Belén Vega Pichaco, 543–560. Madrid: Publicaciones de la Comisión de Trabajo “Música y Estudios Americanos”.
- Lytard, Jean François. 1984. *The Postmodern Condition: a Report on Knowledge*. Traducido por Geoff Bennington y Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- . 1988. *The Differend: Phrases in Dispute*. Traducido por Georges Van Den Abbeele. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mallat, Jean. 1846. *Les Philippines: histoire, géographie, moeurs, agriculture, industrie et commerce des colonies espagnoles dans l’océanie*, dos volúmenes. París: Arthus Bertrand editeur.
- Manuud, Antonio G. 1967. “Toward a theory concerning the development of Filipino poetry in Spanish”. En *Brown heritage: essays on Philippine cultural tradition and literature*, editado por Antonio G. Manuud, 457–482. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- Manzano Cosano, David. 2016. “Filipinas en la historia del constitucionalismo español y su representación en las cortes españolas”. *Revista española de Derecho Constitucional*, n.º 106: 273–302.
- Mariñas, Luis. 1974. *Literatura filipina en castellano*. Madrid: Editora Nacional.
- Martín de la Cámara, Eduardo. 1922. *Parnaso filipino. Antología de poetas del archipiélago magallánico*. Barcelona: Maucci.
- Martinell, Emma. 1998. “Conciencia lingüística de José Rizal en *Noli me tangere*”. *Revista española del Pacífico* 9: 181–190.
- Matibag, Eugenio. 2010. “The Spirit of Ninay. Pedro Paterno and the First Philippine Novel”. *Humanities Diliman* 7, n.º 2: 34–59.
- McManus, Stuart y Dana Leibsohn. 2018. “Eloquence & Ethnohistory: Indigenous Loyalty, Chinese Treachery & the Making of a Tagalog *Letrado*”. *Colonial Latin American Review* 27 (abril): 522–574.
- Mendoza, Lily L. 2002. *Between the Homeland and the Diaspora: The Politics of Theorizing Filipino and Filipino American Identities*. Nueva York: Routledge.
- Mojares, Resil B. 1983. *Origins and Rise of the Filipino Novel*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- . 2006. *Brains of the Nation: Pedro Paterno, T.H. Pardo de Tavera, Isabelo de los Reyes, and the Production of Modern Knowledge*. Quezon City: Ateneo de Manila University.
- . 2011. “José Rizal y la invención de la una literatura nacional”. En *Entre España y Filipinas: José Rizal, escritor*, editado por M.^a Dolores Elizalde, 89–104. Madrid: AECID.
- . 2013. *Isabelo’s Archive*. Manila: Anvil.
- . 2017. “Filipinos y españoles en el mundo colonial de la imprenta”. En *Filipinas, siglo XIX: Coexistencia e interacción entre comunidades en el imperio español*, editado por María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lempis, 549–569. Madrid: Polifemo.
- Mojarro, Jorge. 2014. “Literatura Epistolar Dominica de Filipinas en ‘El Correo Sino-Annamita’: un índice comentado”. *Philippiniana sacra*, vol. XLIX, n.º 148: 401–418.

- . 2017. “Rizal y las novelas fundacionales de Hispanoamérica”. *Transpacific Exchanges* 1: 95–102.
- . 2018a. “El estudio de la literatura hispanofilipina durante el siglo XX”. *Nueva revista de filología hispánica* 66 (2): 651–681.
- . 2018b. “La literatura hispanofilipina en el contexto hispanoamericano”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 44, n° 88: 9–11.
- . 2021. “Remembering Manuel María Rincón, a casualty of holocaust of Manila”. *The Manila Times*. 26 de enero de 2021. www.manilatimes.net/2021/01/26/opinion/columnists/remembering-manuel-maria-rincon-a-casualty-of-the-holocaust-of-manila/832599
- . 2022. “Desencuentros con la modernidad en la temprana literatura hispanofilipina de viajes (1870–1906)”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 155–171. Leiden: Brill.
- . 2024. “The publication policy of the Universidad de Santo Tomás printing press in Manila (1850–1872)”, en *Books and Press in the Philippines Under Different Regimes of Power (1850–1950)*, B. Rial Costas y Marlon J. Sales. Leiden: Brill.
- Montero y Vidal, José. 1876. *Cuentos filipinos*. Madrid: Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.^a
- Montesinos, José F. 1960. *Costumbrismo y novela: Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Madrid: Castalia.
- Moreno Garbayo, Justa. 1977. *Fiestas en Manila año 1825*. Madrid: Patrimonio Nacional.
- Morga, Antonio de. 1961. *Sucesos de las Islas Filipinas por el doctor Antonio Morga, obra publicada en Méjico el año de 1609, nuevamente sacada a la luz y anotada por José Rizal y precedida por un prólogo del Prof. Fernando Blumentritt*. Manila: Comisión Nacional del Centenario de José Rizal.
- Muñoz Cortés, Manuel. 1957. “El humanismo de Menéndez Pelayo desde la perspectiva de la Filología moderna”. *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras* 15, n° 4: 493–519.
- Museo-Biblioteca de Filipinas. 1892. *El Catálogo de las obras existentes en la biblioteca de este establecimiento en el día 24 de octubre de 1891*. Manila: Tipo-litografía de Chofré y Cía.
- Ocampo, Ambeth R. 1992. *Makamisa. The Search for Rizal's Third Novel*. Metro Manila: Anvil.
- . 2011. “Noli revisado”. *Perro Berde. Revista Cultural Hispano-Filipina* 2: 111–119.
- Ortiz, David. 2000. *Paper Liberals: Press and Politics in Restoration Spain*. Westport, CT: Greenwood Publishing.
- Ortiz Armengol, Pedro. 1999. *Letras en Filipinas*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Ortuño Casanova, Rocío. 2015. “Dime a quién incluyes y te diré quién eres: antologías de literatura filipina en español en el régimen de Ferdinand Marcos”. En *Literatura política y política literaria en España: del Desastre del 98 a Felipe VI*, editado por Laín Corona, Guillermo y Oaknín, Mazal, 65–94. Londres: Peter Lang.
- . 2021. “A Journey through Spanish Literature on the Philippines: From the Late Nineteenth Century to the Twenty-first Century”. *Kritika Kultura* 37, “Forum Kritika on Spanish Literature on the Philippines”: 220–236.
- Palma, José. 1912. *Melancólicas. Colección de poesías*. Manila: Librería Filatélica.

- Palma, Rafael. 1949. *Biografía de Rizal*. Manila: Bureau of Printing.
- Panguilinan, Leoncio Bernardo. 1821. *El Indio Agraviado. Contra el Noticioso Filipino N. 2, 5 de agosto de 1821*. Manila: National Library of the Philippines, Rare Manuscripts.
- Pellicena Camacho, Joaquín. 1908. “Prólogo”. En *Bajo el cielo de Manila* de Felipe A. de la Cámara. Manila: Tipografía de “El Mercantil”, v–xx.
- . 1910. “Poetas hispano filipinos. Anselmo de Jesús”. *Cultura Filipina*. Manila, año I, núm. 1, abril de 1910: 7–25.
- Perkins, David. 1992. *Is literary history possible?* Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Pilar, Santiago Albano. 1992. *Pamana: The Jorge B. Vargas Art Collection*. Manila: Committee on Arts and Culture, Vargas Centennial Celebrations.
- La Política de España en Filipinas. 1891. “Nuestros propósitos”. *La Política de España en Filipinas*, año I (número prospecto), 30 de enero de 1891. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, imp.
- Radaíć, Ante. 1961. *José Rizal: romántico realista (Anatomía literaria de Noly y Fili)*. Manila: Novel Publishing.
- Rafael, Vicente L. 2005. *The Promise of the Foreign: Nationalism and the Technics of Translation in the Spanish Philippines*. Durham: Duke University Press.
- Renan, Ernest. 1882. “What is a Nation?”. En *Qu’est-ce-qu’ une nation?* Traducido por Ethan Rundell. 1992. París: Presse Pocket.
- Retana, Wenceslao E. [seud. Desengaños] 1889. *Transforismo (Diálogos con un bago)*. Manila: Tipo-Litografía de Chofré y C.^a.
- . 1892. *Avisos y profecías*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1893. *Cosas de allá (Páginas literarias)*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1896. *Fiestas de toros en Filipinas*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1897. *La imprenta en Filipinas*. Adiciones y observaciones a ‘La imprenta en Manila’ de D. J. T. Medina, Madrid.
- . 1904. *Catálogo sistemático e ilustrado de la biblioteca filipina reunida y puesta en venta por P. Vindel*. Madrid: s.d.
- . 1906. *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas*. 3 vols. Madrid: Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1907a. “La censura de imprenta en Filipinas”. *Nuestro tiempo. Revista mensual de ciencias y artes, política y hacienda* (Madrid), año VII, noviembre de 1907, n^o 107: 192–231
- . 1907b. *Vida y escritos del Dr. José Rizal*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.
- . 1908. *Tablas cronológica y alfabética de imprentas e impresores de Filipinas (1593–1898)*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.
- . 1909. *De la evolución de la literatura castellana en Filipinas; los poetas*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.
- . 1910. *Noticias histórico-bibliográficas de El Teatro en Filipinas*. Madrid: Lib. General de Victoriano Suárez.
- . 2018. *El Periodismo Filipino: The First Century of Philippine Journalism*. Traducido por Jaime M. Marcó. Quezon City: Vibal Foundation.
- Reyes, Maria Louisa Torres. 2014. “Modernity/Modernism in Philippine Literature”. *Journal of Language and Literature* 14, n^o 1: 20–33.

- Reyes, Portia L. 2002. “*Pantayong Pananaw and Bagong Kasaysayan in the New Filipino Historiography: A History of Filipino Historiography as a History of Ideas*”. Tesis doctoral, Universität Bremen.
- Rincón, Manuel María. 1896. *Romances de ciego: Galería humorística de tipos populares*. 1ª serie. Manila: Tipolitografía de Chofré y Compañía.
- . 1897. *Cháchara: páginas de la vida manileña*. Manila: Establecimiento Tipolitográfico de Chofré y Compañía.
- Rizal, José. 1889a. “La verdad para todos”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año I 31 de mayo de 1889: 81–85.
- . 1889b. “Excmo. Señor Don Vicente Barrantes”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año I, 15 de junio de 1889: 96–98; 30 de junio de 1889: 107–110.
- . 1889–1890. “Filipinas dentro de cien años”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año I, 30 de septiembre de 1889: 178–180; 31 de octubre de 1889: 202–207; 15 de diciembre de 1889: 239–243; año II, 1 de febrero de 1890: 15–16.
- . 1890a. “Sobre la indolencia de los filipinos”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año II, 15 de julio de 1890; 31 de julio de 1890; 15 de agosto de 1890; 31 de agosto de 1890; 15 de septiembre de 1890.
- . 1890b. “Sobre la nueva ortografía de la lengua tagalog (Carta a mis paisanos)”. *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año II, 15 de abril de 1890.
- . 1912. “Madrid”. *French Composition Exercises*. Manila: Philippine Education Company, 62–65.
- . 1930. *Epistolario Rizalino. Tomo 1: 1877–1887*. Manila: Bureau of Printing.
- . 1931. *Epistolario Rizalino, Tomo 2: 1887–1890*. Manila: Bureau of Printing.
- . 1933. *Epistolario Rizalino, Tomo 3: 1890–1892*. Manila: Bureau of Printing.
- . 1938. *Epistolario Rizalino. Tomo V, 1ª parte*. Manila: Biblioteca Nacional de Filipinas.
- . 1960. *Dos diarios de juventud (1882–1884)*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- . 1961a. *Cartas entre Rizal y sus colegas de la propaganda (1882–1889)*, primera parte. Manila: Comisión Nacional del Centenario de José Rizal.
- . 1961b. *Poesías*. Tomo III. *Obras literarias*. Libro primero. Manila: Comisión Nacional del Centenario de José Rizal.
- . 1961c. *Sucesos de las Islas Filipinas por el doctor Antonio Morga, obra publicada en Méjico el año de 1609, nuevamente sacada a la luz y anotada por José Rizal y precedida por un prólogo del Prof. Fernando Blumentritt*. Manila: Comisión Nacional del Centenario de José Rizal.
- . 1992. *Noli me tangere*. Madrid: ECH-AECI.
- . 1997. *El filibusterismo*. Madrid: ECH-AECI.
- . 2011. *Noli me tangere*. Editado por Isaac Donoso, traducido al inglés Charles E. Derbyshire. Quezon City: Vibal Foundation.
- . 2014. *Poesía Completa. Ensayos escogidos*. Editado por José Francisco Ruiz Casanova. Madrid: Cátedra.
- . 2021. *El filibusterismo*. Editado por Isaac Donoso, traducido al inglés Charles E. Derbyshire. Quezon City: Vibal Foundation.
- Rodao, Florentino. 2018. “The salvational currents of emigration: Racial theories and social disputes in the Philippines at the end of the nineteenth century”. *Journal of Southeast Asian Studies* 49, n° 3: 426–444.

- Rodrigo, Martín Alharilla. 2015. "Catalonia and the Philippines". En *More Hispanic Than We Admit 2*, editado por Glòria Cano, 181–187. Quezon City: Vibal Foundation.
- Rodríguez Sánchez, Jessica. 2011. "José Rizal, mártir y poeta de Filipinas". *Cuadernos Hispanoamericanos* 738: 53–70.
- Rodríguez Varela, Luis. 1809a. *El Parnaso Filipino. Título que se da a esta obra que es un breve compendio del valor de los españoles castigando la osadía de Napoleón de Buonaparte, emperador de los franceses que quiso usurpar la corona de España de las sienes de nuestro amantísimo monarca Fernando VII*. [Seguramente: Impreso en la Imprenta de Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesús, Lavajos].
- . 1809b. *La Proclama Historial*. [Seguramente: Impreso en la Imprenta de Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesús, Lavajos].
- . 1813. *Glorias de España y de Filipinas*. Impreso bajo la libertad de la Imprenta por D. Carlos Francisco de la Cruz, en Santo Thomas de Manila.
- . 1814. *El Parnaso Filipino. Obras poéticas de Don Luis Rodríguez Varela. Conde Filipino. Extraídas de la mitología y de toda la erudición de la historia de las Diosas. Primera parte. Dedicada al Señor Don Fernando VII*. Sampaloc: s.d.
- Rosaldo, Michelle. 1980a. *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self and Social Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosaldo, Renato. 1980b. *Ilongot Headhunting, 1883–1974: a Study in Society and Culture*. Stanford: Stanford University Press.
- Salazar, Danica. 2008. "Elementos costumbristas en *Ninay*". *Linguae et Litterae* 6: 109–115.
- Salazar, Zeus. 1983. "A Legacy of the Propaganda: The Tripartite View of Philippine History". En *The Ethnic Dimension: Papers on Philippine Culture, History, and Psychology*, editado por Zeus Salazar, 89–106. Colonia: Counselling Center for Filipinos, Caritas Association for the City of Cologne.
- Sánchez, María J. 2004. "La novela realista al servicio de 'La Propaganda': *Noli me tangere* de J. Rizal y *Doña Perfecta* de B. Pérez Galdós". En *El español, puente de comunicación. Actas del XXXIX Congreso Internacional de la AEPE*, editado por Sara M. Saz, 183–216. Madrid: AEPE.
- Sánchez Fuertes, Cayetano. 1988. "Literary Sources of *Noli me tangere*". En *Understanding the Noli: Its Historical Context and Literary Influences*, editado por José S. Arcilla, 57–112. Manila: Phoenix.
- Sanchez Pons, Jean-Noël. 2015. "Philippines: María Clara ou l'invention de la Femme nationale". *Raison présente* 193: 53–66.
- . 2017. "Mujeres de Filipinas, mujer filipina: la fábrica discursiva de figuras de género en el siglo XIX". En *Filipinas: siglo XIX: coexistencia e interacción entre comunidades en el Imperio español*, coordinado por María Dolores Elizalde y Xavier Huetz de Lempis, 459–482. Madrid: Polifemo.
- Santiago, Fernando A. Jr. 2015. "Manners of Resistance: Symbolic Defiance of Colonial Authority In Nineteenth-Century Philippines". *Philippine Sociological Review* 63: 137–168.
- Santiago, Luciano P. R. 2012. "The First Filipino Woman Printer-Publisher in the Spanish Period: Doña Remigia Salazar Talusan viuda de López (c1800–c1860)". *Philippine Quarterly of Culture & Society* 40, n.º 1/2: 1–33.

- Schlegel, Stuart A., y Helen A. Guthrie. 1972. "Diet and the Tiruray Shift from Swidden to Plow Farming". *Ecology of Food and Nutrition* 2, n.º 3: 181–191.
- Schumacher, John N. 1972. *Father Jose Burgos, Priest and Nationalist*. Quezon City: Ateneo de Manila University.
- . 1991. *The Making of a Nation. Essays on Nineteenth-Century Filipino Nationalism*. Manila: Ateneo de Manila University Press.
- . 1996. "Historical Introduction". *La Solidaridad, Quincenario Democrático, 1889–1895*, iii–ix.
- . 1997. *The Propaganda Movement, 1880–1895*. Revised edition. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- . 2011. "The Cavite Mutiny: Toward a Definitive History". *Philippine Studies* 59, 1: 55–81.
- Scott, William Henry. 1982a. *Cracks in the Parchment Curtain*. Quezon City: New Day Publishers.
- . 1982b. "A Minority Reaction to American Imperialism: Isabelo de los Reyes". *Philippine Quarterly of Culture and Society* 10, n.º 1/2: 1–11.
- . 1992. *The Union Obrera Democrata: First Filipino labor union*. Quezon City: New Day Publishers.
- Sierra de la Calle, Blas. 2003. *Ilustración Filipina, 1859–1860*. Valladolid: Museo Oriental.
- Sociedad de los teléfonos de Manila. 1893. *Lista alfabética de los señores abonados que tienen comunicación con la estación central de Intramuros y la sucursal de San Jacinto en 20 de enero*. Manila: s.d.
- La Solidaridad. 1889. "Nuestros propósitos". *La Solidaridad, Quincenario Democrático*, año I, 15 de febrero de 1889: 1.
- . 1891. "Discursos pronunciados en el banquete dado por la Asociación Hispano-Filipina el 23 de diciembre último en honor del señor Becerra". *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año III, 28 de febrero de 1891 y 15 de marzo de 1891.
- . 1893. "Ateneo Barcelonés". *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año 5, n.º 97: 72–74.
- . 1895. "Relación entre las Cortes y el archipiélago filipino". *La Solidaridad: Quincenario Democrático*, año VII, 15 de febrero de 1895.
- Thomas, Megan C. 2006. "Isabelo de los Reyes and the Philippine Contemporaries of *La Solidaridad*". *Philippine Studies* 54, 3: 381–411.
- . 2007. "K Is for De-Kolonization: Anti-Colonial Nationalism and Orthographic Reform". *Comparative Studies in Society and History* 49, n.º 4: 938–967.
- . 2012. *Orientalists, Propagandists, and Ilustrados: Filipino Scholarship and the End of Spanish Colonialism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tianero, Rafael O.M.I. 2002. "Direct violence and Christianity among Manobo converts". Tesina de Máster, Ateneo de Manila University.
- Tiongson, Nicanor. G. 1982. "Juan Atayde y Los teatros de Manila", *Philippine Studies* 30, n.º 1: 59–69.
- Tolliver, J. 2021. "Outsiders on the Inside: Mestizaje and the Economics of Colonial Desire in Sinibaldo de Más and Francisco de Paula Entrala". *Kritika Kultura* 37 "Forum Kritika on Spanish Literature on the Philippines": 321–340.
- Tylor, Edward. 1958a. *The Origins of Culture*. Nueva York: Harper and Row.
- . 1958b. *Primitive Culture*, 2 vols. Nueva York: Harper.

- Valmaseda, Carlos. 2014. “La imagen de Filipinas en la literatura española del siglo XIX”. *Perro Berde. Revista Cultural Hispano-Filipina* 5: 25–29.
- Vázquez de Aldana, Antonio 1883. *Trastos viejos*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Ramírez y Girandier.
- Velada verificada por el Casino Militar de Manila en honor al príncipe de los ingenios D. Miguel de Cervantes Saavedra. 1887. *Revista del Ejército y Armada de Filipinas* IV: 77–104. Manila: Establecimiento tipo-litográfico M. Pérez, hijo.
- Veloso, Alfredo S. 1960. *Anguish, fulness, nirvana; a collection of famous poems in Spanish written by Filipino writers, and corresponding translations into English*. Quezon City: Asvel.
- . 1966. *Poética. Antología de poetas filipinos*. Quezon City: Asvel.
- Veyra, Jaime C. de. 1961. *La hispanidad en Filipinas*. Madrid: Publicaciones del Círculo Filipino.
- Vibal, Gaspar A. 2021. “Index of *La Solidaridad*, 1889–1895”. Manuscrito. Quezon City: Vibal Foundation.
- Vila, Francisco. 1882. *Escenas filipinas: Narraciones de costumbres de dichas islas*. Madrid: Librería de Fernando Fé.
- VV.AA. [1889–1895] 1996. *La Solidaridad. Quincenario democrático*. Madrid y Barcelona: Fundación Santiago.
- Yang, Shu-yuan. 2011. “Headhunting, Christianity and History among the Bugkalot (Ilongot) of Northern Luzon, Philippines”. *Philippine Studies* 59, n.º 2: 155–186.
- Yuste López, Carmen. 2016. *Emporios Transpacíficos: Comerciantes mexicanos en Manila, 1710–1815*. México D. F.: Universidad Autónoma de México.
- Zaragoza, Manuel. 1826. *Pequeño poema a la entrada pública del magnífico retrato de S. M. C. el Sr. D. Fernando VII en la ciudad de Manila capital de las islas Filipinas*. Impreso en Sampaloc, Filipinas.
- Zialcita, Fernando N. 2005. *Authentic Though not Exotic. Essays on Filipino Identity*. Quezon City: Ateneo de Manila University.



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

PARTE III

De la ocupación
estadounidense a la
ocupación japonesa.
1902–1942



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

LA “EDAD DE ORO” DE LAS LITERATURAS FILIPINAS EN ESPAÑOL

Emmanuelle Sinardet

En 1898, tras la guerra hispano-estadounidense y la venta a través del tratado de París de Filipinas a Estados Unidos que buscaba extender su influencia en el Pacífico, se observa un auge de la literatura en español íntimamente relacionado con la subida radical en el número de publicaciones periodísticas en español durante la primera década de ocupación estadounidense. Esto se debe a los cambios efectuados en el sistema de censura que, si bien no la eliminan, como evoca Claro Mayo Recto en su drama *La ruta de Damasco* (1914), abren la puerta a que los filipinos seculares posean imprentas y editen sus propios periódicos. Hubiera cabido esperar que dicho auge se revirtiera a partir de la década de 1910 con la consolidación de la presencia estadounidense, el establecimiento de instituciones políticas y administrativas que favorecían el inglés y la activa descastellanización de la educación. Sin embargo, como se explicará en esta sección, la publicación de periódicos en español siguió siendo dinámica, con títulos importantes como *El Debate*, *La Voz de Manila* o el *Renacimiento*, entre otros. Estos periódicos eran espacios de debate intelectual y político que también permitían la visibilización de la producción literaria en español, en particular en sus páginas culturales, en las que solían aparecer numerosos cuentos, poesías, columnas editoriales o piezas de crítica literaria. Algunos de dichos textos fueron después reunidos en libros, como fue el caso de los poemas satíricos y humorísticos de la columna “Vida Manileña” de Jesús Balmori en el diario *La Vanguardia* (*El libro de mis vidas manileñas*, 1928) o de varios artículos y cuentos de Guillermo Gómez Windham (*La carrera de Cándida*, 1921).

Así pues, el periodo de ocupación estadounidense se caracterizó por una vasta producción literaria en español de todo tipo de géneros: desde los ensayos a las obras de teatro, desde las novelas a los libros de viaje, desde las operetas a

las *sarswelas*, los fox trots o los *kundimanes*, que son composiciones musicales románticas de tradición tagala que, en ocasiones, contaban con letras en español. Sin ir más lejos, la letra de uno de los kundimanes más famosos de la época, “Pakiusap”, fue compuesta por Jesús Balmori junto con José Corazón de Jesús en 1921 y dio título al clásico del cine filipino *Pakiusap* (1940), en el que aparecía cantándolo la estrella filipina de cine Rudy Concepción. Todo esto fue gracias a la emergencia de una nueva generación de prolíficos escritores que incluyen, entre muchos otros, a Antonio Abad, Manuel Bernabé, Cecilio Apóstol, Fernando María Guerrero, Evangelina Guerrero, Jaime de Veyra, Adelina Gurrea, Rafael Palma y Enrique Laygo. Tanto es así que Luis Mariñas (1974) se refiere a una “Edad de oro” de la literatura filipina en español.

El español en el contexto de recomposición colonial

A la guerra filipino-estadounidense (1899–1902) le siguió una fuerte represión política y cultural. Las nuevas autoridades coloniales justificaron su presencia en el archipiélago como una tutela provisional destinada a preparar a los filipinos para su autogobierno. William Howard Taft –presidente de Estados Unidos entre 1909 y 1913– promovió una *policy of attraction* (política de atracción) con el fin de ganarse el apoyo filipino, indispensable para la pacificación definitiva del archipiélago. La nueva tutela reorganizó la administración y creó nuevas instituciones políticas a la vez que procuró difundir el uso del inglés que, en 1910, se decretó como medio de instrucción en todas las escuelas y colegios del país. Si bien en 1918 había todavía tres millones de hispanohablantes en las Islas filipinas, el número fue decreciendo rápidamente como efecto de la descastellanización (García, en Abad 2013, xiii).

Durante la ocupación estadounidense, se retrasó la independencia hasta en dos ocasiones: se prometió en el *Jones Act* en 1916 y en la ley *Tydings-McDuffie* de 1934, también conocida como *The Philippine Independence Act*. En 1935, el archipiélago ganó algo más de autonomía con la transformación jurídica de “colonia” a “país miembro de una Mancomunidad de Naciones” dirigida por los Estados Unidos (*Commonwealth*) que, sin embargo, todavía carecía de soberanía. El primer presidente bajo esta nueva situación fue Manuel Luis Quezón. La independencia se presentaba como el principal horizonte político y cultural para las élites filipinas de las que formaban parte los escritores que nos ocupan. Esta independencia se pensaba todavía en español en las primeras décadas del siglo XX, siguiendo la estela del surgimiento de la conciencia nacional filipina a finales del siglo XIX, cuyo proceso se escribió igualmente en español. No obstante, a partir de los años 30, los escritores filipinos en español comenzaron a ser tachados despectivamente de “hispanistas” como sinónimo de nostálgicos, conservadores, elitistas y retrógrados por parte de una mayoría de la sociedad. Estos escritores concebían la hispanidad como uno de los elementos constitutivos de la identidad filipina sin dejar de insistir

simultáneamente en los componentes asiáticos, como lo muestran los versos de Evangelina Guerrero, "A España", en *Kaleidoscopo espiritual*, obra galardonada con el Premio Zóbel en 1959:

Al levantar su vuelo del polvo de la vida
 aquellos hombres idos que de mi sangre fueron,
 al legarme esta santa pobreza no sentida,
 dejáronme un tesoro: ¡tu lengua que aprendieron!

Hoy a tí me aproximo, cogida al lazo que une
 a la tuya nuestra alma, y al cantar tus proezas,
 ¿cómo mejor hacerlo que en la voz que reúne
 todas las armonías y todas las bellezas?

(1959, 16)

Escribir en español en esta época suponía cierta voluntad de resistir el modelo cultural promovido por la nueva tutela colonial o, por lo menos, de distanciarse de ella (Peña 2008). Apoyando el bando hispanohablante en esta batalla cultural, se crea en 1920 el Premio Zóbel, un prestigioso galardón literario concedido por el influyente y poderoso empresario Enrique Zóbel de Ayala. En sus primeras épocas, el premio Zóbel recompensaba anualmente una obra escrita exclusivamente en español, en un contexto en el que el inglés había ganado gran parte del terreno cultural y educativo, y la producción literaria en español ya era minoritaria. El premio Zóbel fue otorgado por primera vez en 1922 a Guillermo Gómez Windham por su obra *La Carrera de Cándida*, y por última vez en 2001 a Lina Obieta Sevilla. Durante el periodo de ocupación estadounidense, contribuyó a diseñar oficiosamente un canon literario y recompensó a la flor y nata de la intelectualidad de la época: Antonio Abad, Jesús Balmori, Manuel Bernabé, Enrique Laygo, María Paz Mendoza, Evangelina Guerrero y Benigno del Río, entre otros.

Con esta misma voluntad de promover y consolidar el uso del español en el archipiélago, se funda en 1924 la Academia Filipina de la Lengua Española (hasta hoy una de las instituciones correspondientes de la Real Academia de la Lengua Española, junto con las academias de América y de Guinea Ecuatorial). De hecho, Enrique Zóbel de Ayala, impulsor del premio que lleva su nombre, fue uno de los miembros fundadores de la Academia con otras ilustres figuras de las letras hispanofilipinas, como Jesús Balmori, Fernando María Guerrero y Guillermo Gómez Windham, quien fue director de la Academia a partir de 1939. Si bien la influencia de esta institución fue limitada, su aparición revela el dinamismo de la sociabilidad en español entre las élites filipinas: la Academia, que hoy se encuentra en Makati, se ubicaba entonces en el Casino Español de Manila, la más prestigiosa institución de recreo de la capital, fundada en 1893. Tanto en Manila como en las capitales de las provincias, los casinos y

clubes representaron espacios de densa vida social y cultural, donde también se presentaban, leían y comentaban las obras escritas en español.

Así pues, en cierta forma, el uso del español permitía conservar la cohesión y exclusividad de un grupo privilegiado amenazado por las múltiples mutaciones económicas y sociales relacionadas con el proceso de modernización y democratización del archipiélago. Todo esto, sin embargo, no impidió a los miembros de la élite hispanofilipina, simultáneamente, insertarse en este sistema, dominar la lengua inglesa y tener brillantes carreras en las nuevas instituciones. Estos fueron los casos, por ejemplo, de Claro M. Recto (senador), Teodoro Kálaw (secretario del presidente Quezón y director de la Biblioteca Nacional), Enrique K. Laygo (candidato a diputado y jefe de publicaciones de la Biblioteca Nacional), Rafael Palma (senador, Ministro de Interior y rector de la Universidad de Filipinas) y Guillermo Gómez Windham (administrador de aduanas y subsecretario de Hacienda).

El horizonte de la independencia

La literatura hispanofilipina de la “Edad de oro” contribuyó a forjar esa “comunidad imaginada”, en palabras de Benedict Anderson (1991), que debía permitir pensar la unidad de la nación filipina a pesar de sus notables fragmentaciones –tres archipiélagos y unas 7.000 islas pluriculturales y multiétnicas–, en el contexto de recomposición colonial y frente a las profundas transformaciones que significaba la nueva dinámica modernizadora. En las ciudades, la vida cultural se hacía más densa y variada con la multiplicación de espacios de diversión, teatros, cines y bailes. Numerosos autores en español denunciaban estas transformaciones en las que veían una sajonización que desvirtuaba los valores filipinos, como Jesús Balmori expresa en “Miusic to Mister Rait” [Música para Mister Right] en *El libro de mis vidas manileñas* (1928, 7). En este poema satírico, Balmori se burla de los filipinos de habla hispana cuando intentan imitar a los americanos, transcribiendo ortográficamente la forma como pronuncian el inglés e inventado una “traducción híbrida que no es ni inglés ni castellano” (Sales 2019, 36):

¡Di finis of di pleys,
Mast bi uan big estrait,
For naw Guevara seys
Yu ar Rait, bat not ol rait!

Al mismo tiempo, los autores hispanofilipinos moldearon una imagen idealizada de España, en particular en la poesía, en la que presentaban a la antigua potencia colonizadora como a una figura maternal, benevolente y generosa. Con nostalgia, describían una simetría entre Filipinas y España que nunca había existido en la relación colonial. Además, oponían a una España

que pintaban como femenina, noble y dulce, la representación de la tutela estadounidense como la de un invasor masculino, duro y cruel. El mundo hispano estaba vinculado así con la belleza, las artes, el idealismo, elevados valores morales, mientras que el mundo sajón significaba el materialismo frío, el cálculo mercantil, el productivismo pragmático y egoísta, destructor de la belleza (Ortuño Casanova 2014), lo que suponía una oposición similar a la de Ariel y Calibán que se da en torno a la misma época en la literatura latinoamericana. Asimismo, varios poemas asociaron a España con la figura del Quijote, idealista y valiente, contrastándola con la de Estados Unidos como la de un Sancho prosaico (Ortuño Casanova 2019), como en estos versos de “A Hispania” de Fernando María Guerrero (1952, 74), publicados en 1913:

Mi raza adoró la gloria
 del bello idioma español,
 que parlan aun los Quijotes
 de esta malaya región,
 donde quieren nuevos Sanchos
 que parlemos en sajón!

La literatura hispanofilipina durante la ocupación estadounidense representó en realidad un espacio para intentar anticipar aquel horizonte diferido de la independencia y procurar definir los contornos de la identidad de una nación por construir todavía. Eran frecuentes las temáticas relacionadas con la idea de un “alma filipina”, de una idiosincrasia o de una “raza” filipina, como se puede ver en títulos como *Los heraldos de la raza*, novela corta de Pedro Paterno publicada en *Aurora social* en 1911, o en el cuento de José Sedano Calonge, “Soy de tu raza, castila”, que le da su título al volumen publicado en 1936, *Soy de tu Raza, Castila; recopilación de novelas relámpago*. Por su parte, Claro Mayo Recto también explora la personalidad filipina en el poemario *Bajo los cocoteros (almas y panoramas)* de 1911, asociándola con el espíritu noble de José Rizal, que se había convertido en una figura central de toda la literatura de la época, como lo muestran estos versos de “El alma de la raza”, poema de 1909:

Hermanos en la Idea... Nuestra Raza es divina.
 ¡Es grande y sacrosanta el alma filipina!...
 Díganos, pues, un himno por su gloria inmortal!
 Y tú ¡oh Fama! recorre del mundo los confines,
 y al son de tus clarines pregonas las grandezas del pueblo de Rizal...
 (Recto 1909, 9)

Ciertamente abundaban los textos nacionalistas, sobre todo en la primera década de presencia estadounidense. Otros, por su parte, no descalificaban

necesariamente los valores asociados con la modernidad americana, pero se distanciaban de ella para proponer otra modernidad compatible con los valores presentados como tradicionalmente filipinos. Contaban como “valores tradicionalmente filipinos” aquellos heredados de las culturas malayas del archipiélago, pero también del legado cultural hispano que defendía, en particular, el catolicismo como aporte a la cultura filipina, además del idioma español. Al respecto, los autores hispanofilipinos no conformaron un grupo homogéneo y existió una gran variedad de posicionamientos para intentar imaginar la nación en ciernes. Algunos fueron muy críticos con el modelo estadounidense, como Manuel Bernabé o Jesús Balmori, autor de dos novelas, *Bancarrota de Almas. Novela filipina* (1910) y *Se Deshojó la Flor* (1915), que describen los efectos corruptores del modelo cultural americano en las familias y en la moralidad de las jóvenes generaciones. Otros autores asumían con melancolía y tristeza que iba llegando un mundo nuevo destructor de los antiguos modelos y valores, como expresa Guillermo Gómez Windham en su crónica “Mundo nuevo, nueva vida”, insertada en el volumen *La carrera de Cándida*:

Y de pronto vino la guerra; la humanidad apresuró el paso desmesuradamente, alcanzando a la velocidad loca y ciega de esas estampidas de rebaños aterrorizados de que nos hablan los historiadores del “Far West” americano, y en los cuatro años saltó al abismo tráfico cuyas profundidades estaban teñidas de rojo.

El salto fué tan brusco, que se rompieron todas las antiguas normas, y ahora la humanidad desorientada parece que no sabe qué hacer a punto fijo. Unos tratan de componer las roturas para que puedan utilizarse otra vez los antiguos moldes; otros quieren desechar los pedazos rotos y construir moldes enteramente nuevos.

(Gómez Windham 1921, 165–166)

Por su parte, el protagonista de la novela de Antonio Abad, *El campeón* (redactado en 1940, pero inédito hasta su publicación en la Biblioteca Clásicos Filipinos en 2013) es un gallo de combate que puede ser considerado una figura alegórica de Filipinas: viejo ya, amenazado por gallos oriundos de otros lugares, consciente de los nuevos mestizajes que se van produciendo, procura valorar sus raíces múltiples e híbridas, tanto orientales como occidentales (García, en Abad 2013, xli). En cuanto a los relatos de viaje, tanto *Hacia la tierra del zar* de Teodoro M. Kalaw (1908) como *Notas de viaje* de María Paz Mendoza-Guazón (1930) describen realidades lejanas siempre con el propósito de compararlas con la realidad filipina y distinguir prácticas y modelos que podrían ser provechosos para la nación en gestación. Ciertamente es que podemos observar una matriz hispana en la reflexión colectiva sobre la

"filipinoness" –un término forjado por Filomeno Aguilar (2005) para describir el nacionalismo cultural de los ilustrados de finales del siglo XIX–, pero la literatura escrita en español durante la ocupación estadounidense procuró pensar un proyecto nacional genuino, compatible con lo que se iba definiendo como el "genio filipino". De esta exploración de lo genuino, participan las evocaciones de tradiciones, fiestas y leyendas populares, especialmente en la narrativa: se rememora el pasado prehispánico como una herencia milenaria que modelaba la personalidad filipina y sus valores culturales, morales y espirituales. De hecho, incluso muy entrado el siglo XX, seguía existiendo una marcada influencia costumbrista.

Por otro lado, los cuentos, novelas y obras de teatro tendían a ambientarse en espacios domésticos: contaban dramas familiares rurales y urbanos, tanto en hogares pobres como acomodados. La intimidad de la familia permitía poner en escena la superioridad de modelos filipinos tradicionales, como es el caso del drama *Solo entre las sombras* de Claro M. Recto (1917), en el que Andrés, un joven médico, rechaza la moral y la educación de su medio por antiguas y caducas, y mantiene una relación adúltera con Marina, la joven enfermera con la que trabaja, quien es también su cuñada y ha recibido una educación moderna y práctica. Cuando la delicada Gabriela descubre la traición de su esposo y de su hermana, muere de un infarto que precipita la dislocación de la familia y condena tanto a los amantes como a su hijo por nacer. Otra obra de teatro propone un título programático, *Filipinizada a los filipinos!* (Balmori 1940), para denunciar los estragos de la americanización en una familia manileña a través del egoísmo y depravación del hijo educado en Estados Unidos. Como recalca Doris Sommer (1991) acerca de las novelas latinoamericanas del siglo XIX, estas obras filipinas pueden ser consideradas textos "fundacionales" de un imaginario nacional en construcción: en el espacio del hogar como espacio metafórico de la nación, se iban enfrentando concepciones, representaciones, proyectos de sociedad y modelos de familia que permitían reflexionar sobre qué podía y debía ser la nación filipina. Como consecuencia de ello, otra característica de la literatura hispanofilipina de la "Edad de oro" fue la construcción de tipos femeninos emblemáticos. Estas figuras arquetípicas personificaban la idiosincrasia nacional, con sus valores y su moralidad, mediante modelos y contramodelos. Era así constante la valoración del arquetipo de la *dalaga* –"la joven" en tagalo–, pura, honesta, respetuosa de la religión y de sus padres y fiel a las tradiciones, que se inspiraba en María Clara, el personaje protagonista de la novela de José Rizal *Noli me tangere*, y encarnaba la figura de un ángel del hogar, moralmente superior incluso a los hombres. Esta figura se oponía a la figura de la joven corrompida por los valores de la modernidad norteamericana y sus falsas promesas de emancipación, como la campesina Cándida en la novela breve *La Carrera de Cándida* de Gómez Windham (1921), que acaba prostituyéndose, o a la figura de la mujer

vanidosa, coqueta y superficial, que acaba destruyendo su hogar y, por ende, metonímicamente, la sociedad filipina. Tales representaciones idealizadas de lo filipino se encontraban también en las pinturas de Fabián de la Rosa y Fernando Amorsolo, quienes retrataban la belleza filipina a través de *dalagas* captadas en sus actividades cotidianas, en paisajes pastorales y románticos, y en el cine, arte en la que es representativa *Dalagang Bukid* (La campesina) de José Nepomuceno (1919), considerada la primera película filipina (que no sobrevivió los estragos de la II Guerra Mundial). Uno de los retratos más famosos de Amorsolo, por cierto, se titula precisamente *Dalagang Bukid* (1927).

Estas figuras femeninas no eran incompatibles con la idea de una mujer filipina moderna. Pedro Paterno dedicó *Aurora social* (colección de novelas cortas) a las “*girls* filipinas, muy dulces y graciosas señoritas” (1911a, I), en particular la novela corta “Boda a la moderna”, en la que retrata a la joven Judit, bella, educada, culta y amable, como una síntesis lograda de las influencias occidentales con los valores orientales. En el cuento de Enrique K. Laygo “La vida es así”, publicado en el *Philippines Free Press* del 12 de diciembre de 1931, aparece –no sin ambivalencia– la figura de una *flapper* filipina, una mujer de clase media urbana, educada, independiente y perfectamente insertada en el mercado laboral (Laygo 2015, 233–237). Por su parte, las mujeres sufragistas de la época promovieron la ruptura con el estereotipo de la María Clara, para ensalzar el perfil de la mujer educada y activa, ciudadana involucrada en el desarrollo del país y comprometida con su progreso (Sánchez 2015).

Una literatura en tiempo prestado

Aunque el español siguió siendo oficial durante el periodo de ocupación estadounidense, su uso pasó a ser cada vez más limitado frente a la promoción del inglés y, a partir de 1935, del tagalo como lengua nacional. En lo que concierne a la literatura, hubo un efecto generacional: los autores más jóvenes pasaron a escribir en inglés. Es el caso, entre otros, de Wilfrido María Guerrero, quien redactó en español su primera obra de teatro, *No todo es risa* (1926), y varios artículos para *La Vanguardia*, para pasar después a escribir en la prensa anglófona y llevar a cabo una brillante carrera como dramaturgo en inglés después de la II Guerra Mundial.

El conservadurismo mayoritario de los autores filipinos en lengua española se puso definitivamente de manifiesto durante la Guerra Civil española, cuando numerosos intelectuales hispanofilipinos como Jesús Balmori apoyaron al bando de los militares sublevados, lo que contribuyó a desprestigiar a este grupo entre la sociedad demócrata del país tras la II Guerra Mundial. Con la ocupación de Filipinas en 1942 por parte de los japoneses, aliados del régimen franquista, y con los estragos de la guerra, el uso del español se hizo más minoritario todavía, marcando el fin de la edad de oro de la literatura filipina

en español (Rodao 2012a). Las etapas de este declive del español y de su literatura lo muestran los avatares del Premio Zóbel, suspendido durante la guerra. Si bien fue restablecido en 1952, en adelante ya no recompensaría necesariamente obras literarias, sino obras que defendieran la cultura hispánica y, a partir de 1976, acciones muy genéricas en defensa de la lengua española. El premio desaparecería en el año 2000.

16

PRENSA Y LITERATURA

Espacios de diálogo y de intersección

Emmanuelle Sinardet y Rocío Ortuño Casanova

La vasta producción literaria que se dio en los primeros años del siglo XX en Filipinas está ligada a la proliferación de la prensa periódica hasta la invasión de las islas por Japón al final de 1941. En 40 años se editaron en Filipinas más de 220 títulos de prensa en español. De ellos, más de 30 fueron diarios, pero cabe recalcar numerosos periódicos obreros o religiosos y revistas culturales, científicas o recreativas (Checa Godoy 2015, 23). Además de periódicos exclusivamente en español, hubo también un número parecido de títulos en dos o incluso tres idiomas, incluyendo el español. Esta amplia e inédita producción periodística respondía a diversos objetivos. Si bien ciertos títulos buscaron defender los intereses de los españoles radicados en Filipinas, como es el caso de *El Mercantil*, otros procuraron poner de relieve, en el contexto de reconfiguración colonial, la singularidad de una idiosincrasia filipina reivindicada como prueba de la existencia de un pueblo filipino *sui generis*. Finalmente, otros muchos sencillamente utilizaron el español como una lengua vehicular en un archipiélago vasto, multicultural y muy fragmentado.

El compromiso de la prensa en el fomento de la literatura se dio desde varios ángulos: por un lado, desde finales del siglo XIX, periódicos como *La Oceanía Española* se habían encargado de publicar traducciones de novelas europeas al español, ya fuera por entregas en el propio periódico o, posteriormente, en formato libro (Jurilla 2010). La prensa hispanofilipina continuó esta labor después de 1898. Por otro lado, los periódicos y revistas finiseculares incluían con frecuencia textos de las figuras literarias más destacadas del momento y dedicaban artículos a comentar el panorama literario nacional y sus conexiones internacionales. Asimismo, en la primera mitad del siglo XX, los escritores filipinos de la llamada “Edad de oro” publicaron sus obras en la

prensa –poemas, cuentos, novelas y obras de teatro por entregas–, cuando no colaboraron directamente escribiendo editoriales, reportajes o noticias. Esto nos invita a considerar el auge de la prensa de las primeras décadas del siglo XX como un factor clave para entender el dinamismo de las literaturas filipinas y, en particular, de la literatura filipina en español.

Panorama de la prensa hispanofilipina entre 1902 y 1942: del auge al declive

Tras la guerra filipinoestadounidense, entre 1902 y 1910 aumenta el ritmo de publicación: el fin definitivo de la censura católica, la liberalización de la prensa y las campañas de alfabetización amplían el público lector y favorecen la proliferación de imprentas y periódicos en español, inglés y tagalo, así como en otras lenguas del archipiélago. Checa Godoy observa que en 1903, y solo en Manila, se editaron una docena de diarios, de los cuales 7 se escribieron en español, 3 en inglés y 2 bilingües (2015, 30); para 1910 seguían siendo media docena los diarios en español de los cuales destacaba *El Mercantil*, que dirigía Romero Salas y que se publicó hasta su muerte en 1931, como el título más leído por los miembros de la colonia española en Manila (Rodríguez y Santonja Gómez-Agero 2018, 6).

Muchos de los periódicos en español de estos primeros años del siglo XX tenían simpatías nacionalistas. Algunos de ellos son: en Manila, *La Aurora* en 1899, *La Fraternidad* en 1900 y *La Luz* en 1900 (Checa Godoy 2015, 29); en Dagupán, *El Instructor* en 1899; en Aparri, *El Porvenir de Aparri*, bilingüe (español y cagayan), en 1900; y en Cebú, en 1899, *La Justicia* y *El Nacional*, y en 1900, *El Pueblo*. Estos tres últimos fueron lanzados por los hermanos periodistas nacionalistas Vicente y Filemón Sotto y clausurados por las autoridades estadounidenses (Checa Godoy 2015, 29). Por otra parte, también aparecieron títulos menos críticos, cuando no abiertamente favorables a la intervención estadounidense, como *La Democracia* en 1899, publicado hasta 1917 e impulsado por Trinidad H. Pardo de Tavera, o *La Unión* en 1901, que publicó el manifiesto de fundación del Partido Federal, partidario de la integración de Filipinas a Estados Unidos como un estado más de la Unión (Rodríguez y Santonja Gómez-Agero 2018, 5). Con todo, de forma general, las publicaciones en español se caracterizaron por una línea nacionalista o por la defensa de la herencia hispana en la cultura y/o en la religión, con movilizaciones en ocasiones (especialmente en torno a 1905) para que el español fuera la lengua franca en Filipinas (Cano 2011, 413).

La década de 1910 confirmó el dinamismo de la prensa hispanofilipina en un contexto económico favorable y de mayor estabilidad política. Entre 1910 y 1920, el número de periódicos en el archipiélago llegó al centenar, siendo diarios en su mayoría redactados en español (Checa Godoy 2015, 37). Fueron siete los diarios en español en Manila, entre los cuales *El Comercio*, *El*

Mercantil y *Libertas*. También siguió publicándose *La Democracia*, animado por Manuel Bernabé, quien había ido evolucionando hacia un posicionamiento nacionalista moderado (Checa Godoy 2015, 37). Siguieron participando en el auge periodístico destacados escritores de la Edad de oro hispanofilipina, como Fernando María Guerrero y Jesús Balmori en *La Vanguardia*, o del político, poeta y dramaturgo Claro Mayo Recto que, junto con el cuentista Enrique K. Laygo, colaboró en *El Filipino*. En 1918–1919 nacieron *El Debate* y *La Defensa*. Para 1920, las publicaciones en español seguían caracterizándose por una línea nacionalista y/o por la defensa de la herencia cultural hispana (Checa Godoy 2015, 38).

En la década de 1920, según Florentino Rodao, se vendían diariamente en Filipinas 800 mil copias de periódicos (Rodao 1997, 99). Las dos mayores editoriales tenían periódicos en inglés, español y tagalo. La circulación en Manila del periódico en inglés *Philippines Herald* era de unas 23.000 copias, la del periódico en tagalo *Mabuhay* de unas 21.000, mientras que los periódicos en español *La Vanguardia* y *El Debate* vendían 18.000 y 13.000 copias diarias, respectivamente (Rodao 1997, 99).

Sin embargo, comenzaba ya el declive de la prensa en español: Checa Godoy indica que entre 1920 y 1930 tanto el número de títulos como de lectores en español tendió a disminuir, aunque diez de la veintena de diarios existentes en Filipinas estaban todavía redactados exclusivamente en español. La desaparición de títulos como *El Ideal* y *La Democracia* en 1922 o *La Nación* en 1923 certifican dicho declive (Checa Godoy 2015, 41). Además, el español progresivamente dejó de ser el idioma principal de las publicaciones, al compartir cada vez más el espacio textual con el inglés y con lenguas autóctonas (Checa Godoy 2015, 42). En la década de 1930, esta tendencia se aceleró de tal forma que, en vísperas de la II Guerra Mundial, de las 300 publicaciones existentes en Filipinas solamente 25 se editaban exclusivamente en español – entre las cuales 5 eran diarios (Checa Godoy 2015, 47).

La guerra civil en España (1936–1939) impactó en el sector de la prensa en español dividiéndolo netamente. Aparecieron nuevos periódicos y revistas como instrumento de propaganda que apoyaron el fascismo español y el régimen de Francisco Franco, como *Yugo* (y su suplemento infantil *Flechas*), *Hispanidad* y *¡Arriba España!*. Estos tenían la particularidad de publicar textos de escritores españoles franquistas o clásicos de los siglos XVI y XVII, época del esplendor imperial de España (Rodao 2012a; 2012b). El diario *¡Arriba España!*, que se publicó entre 1938 y 1939 para informar sobre la evolución de la guerra civil española desde una perspectiva franquista, rompió en ocasiones su crónica para insertar trabajos de literatos. Por ejemplo, en 1938 reprodujo todos los discursos pronunciados en su visita a Manila por el escritor valenciano Federico García Sanchiz (1886–1964), autor de varias novelas y libros de viajes y ferviente defensor de los sublevados franquistas (García

Sanchiz 1938).¹ Por su parte, la mayoría de la comunidad hispanohablante en Filipinas apoyó el régimen fascista, incluidos escritores como Jesús Balmori o Manuel Bernabé, quienes colaboraron con *Hispanidad* y, muy especialmente, con *Excelsior* (la principal revista cultural en español en los años treinta), desde donde se lanzaron en una batalla cultural para integrar a Filipinas en un ideal de comunidad hispánica liderada por España (Ortuño Casanova 2022a). Defendieron el proyecto del general Franco de restaurar la influencia mundial de España en nombre de las supuestas ventajas que el imperio español había dejado en sus antiguas colonias –incluyendo Filipinas– y abogaron por reconocer y recrear la hermandad entre todos estos territorios. El decenal *Democracia española*, fundado en 1937, fue uno de los pocos periódicos filipinos en defender al bando republicano (Rodao 2012b, 479–483).

A partir de 1942, la ocupación nipona del archipiélago acabó de fragilizar una prensa en español que declinó y se dividió, de modo que después de la II Guerra Mundial, el inglés y el tagalo se impusieron en las revistas y la prensa diaria.

Literatura y prensa: numerosos espacios de intersección

Aunque tradicionalmente se suele distinguir entre literatura y periodismo, en el caso filipino, el trasvase entre escritura literaria y trabajo periodístico fue constante: la prensa solía significar para muchos de los autores a la vez un oficio, el primer espacio para la publicación de los textos literarios y un agente del reconocimiento de estos. De hecho, el dinamismo de la prensa en español nutrió el éxito de la literatura hispanofilipina, de la misma forma que su declive señaló su fragilización. A partir de 1902, el público accedía a la literatura a través de los periódicos, que solían incluir todo género de obras en sus páginas, más allá de las formas híbridas de ensayo periodístico como son el editorial o el reportaje. De hecho, la prensa en español jugó un papel decisivo en la difusión de nuevas corrientes literarias, en particular latinoamericanas, que influyeron en la nueva generación de escritores filipinos. Así, por ejemplo, encontramos poemas latinoamericanos en la sección “Pasatiempos” del diario católico y nacionalista *Libertas*, publicado por la Universidad de Santo Tomás (Ortuño Casanova 2022a). No es casualidad que estos poemas se publicaran en un periódico nacionalista: la mayoría de las repúblicas latinoamericanas habían conseguido la independencia sin romper los lazos culturales con la metrópoli española, manteniendo la religión y la lengua, lo que era la aspiración y el modelo de muchos intelectuales filipinos de habla hispana de aquella época. Los poemas publicados también trataban de temas relacionados con la libertad y remitían al deseo de independencia de la élite hispanofilipina, como estos versos del poeta ecuatoriano José Trajano Mera (1862–1919), aparecidos el 17 de agosto de 1899, en los que pequeñas y frágiles gotas de agua, a fuerza de

caer, acaban atravesando la roca, una metáfora de la necesaria constancia para conseguir la independencia:

“Las gotas de agua”
La primera gota de agua
que cayó sobre la roca,
se deslizó y fué á perderse
silenciosa.
Siguiendo el mismo camino
cayó la segunda gota,
y se perdió la segunda
como la otra.
Y vino otra, y otra... y lentas...
tejieron siglos las horas,
y las gotas resbalaban
en la roca.
Y otra más, y otra... incesantes
y temerarias las gotas
ya abren surco, y su paso
marcar osan.
El surco es ya una caverna
que la ardua roca devora;
pronto habrá desaparecido
tal vez toda.
¿Cuál ha sido la más fuerte
y potente de las gotas,
la que á la nada redujo
la ardua roca?
No ha sido, no, la primera,
ni la segunda, ni la otra,
ni ésta, ni aquélla... ¡Ninguna!
¡Fueron todas!

(Trajano Mera 1899)

La revista literaria *Domus Aurea*, creada en 1908 y dirigida por Sixto Roses con la colaboración de intelectuales relevantes como Fernando María Guerrero, Teodoro M. Kalaw, Rafael Palma o Jaime de Veyra, publicó tanto obras literarias originales como estudios críticos y ensayos sobre literatura, arquitectura, arte y cultura de América Latina y Filipinas. Se destacó por contribuir activamente a la difusión de la estética modernista en Filipinas mediante la publicación de poemas al estilo del peruano José Santos Chocano o del nicaragüense Rubén Darío, escritos por la nueva generación de autores que triunfará en las letras filipinas a lo largo de la primera mitad del siglo XX: Fernando María Guerrero,

Cecilio Apóstol, Jesús Balmori, Manuel Bernabé o Pacífico Victoriano. Valga como ejemplo esta “Oración del mediodía” de Fernando María Guerrero, publicada en el número 3 de la revista:

Padre y Señor: Tú, Mitra, el del ojo sanguíneo,
 Gran arquero celeste,
 que lo penetras todo con tu dardo lumíneo;
 Tú, el de la roja veste
 con orlas y con flecos de eternas igniciones;
 Tú, Helios, y tú, Osiris,
 por quien vive el imperio de las constelaciones
 y se hace en las alturas el milagro del iris;
 Tú, bello Emperador,
 envíanos tus dones,
 tus púrpuras de gloria y tu vital calor:
 derrite en tus brasas todos los corazones,
 para que, al fin, Señor,
 salgan del frío ártico de su inercia y desdén,
 y en su nuevo Ecuador
 reciban el espíritu del arte nuevo. Amén.

(Guerrero 1908)

En el mismo número de *Domus Aurea* aparece una disertación de Sixto Roses sobre el modernismo en el arte (1908), en la que rastreaba los orígenes del modernismo latinoamericano hasta la escuela parnasiana francesa, citando en el camino a los escritores modernistas Enrique Gómez Carrillo y Rubén Darío. Asimismo, comentaba una tertulia del Club Euterpe –uno de los numerosos espacios de sociabilidad de las élites filipinas donde se solían presentar conferencias, poemas y piezas musicales– y mencionaba la conferencia del entonces joven poeta Jesús Balmori, titulada “El modernismo en el arte”, que, según Roses:

Fué una amalgama de erudición y de elegancia, el modernismo que nos dió el poeta. Habló de las tendencias, de la novedad y del futuro triunfo de esta escuela. Más que una disertación contra los dogmas arcaicos, y una visión soberbia de la libertad en el arte, con su estilo tan sugestivo, fué una lírica charla. (Roses 1908)

Paralelamente, el diario *El Renacimiento* también se convirtió en un espacio de debate sobre el modernismo. En sus páginas se enfrentaban modernistas, como Kalaw, Balmori y Bernabé, y antimodernistas, como Adriático y Palma (Mojarro 2019, 237). Los involucrados en las polémicas solían ocultarse tras seudónimos, pero la selecta sociedad manileña identificaba sin dificultad a los

autores de los diferentes artículos. Un ejemplo bastante significativo del papel de la prensa en la vitalidad de la poesía modernista filipina es precisamente la agria polémica en verso en la que se enzarzaron Jesús Balmori y Cecilio Apóstol –quien firmaba como Aristarco– a cuenta de un premio literario fallado en 1908, en el que el segundo ridiculizó la poesía del primero (Mojarro 2019, 235–237). A lo largo de la primera mitad del siglo XX, la prensa diaria y las revistas permitieron la visibilización de los escritores filipinos, quienes en ocasiones reunieron *a posteriori* en poemarios su producción diseminada entre varios periódicos, como es el caso de Manuel Bernabé en *Cantos del trópico* (1929) y Jesús Balmori en *Mi casa de nipa* (1941).

La prensa en español también permitió la publicación de textos narrativos de ficción, en particular del cuento, sin duda el género predilecto de la literatura hispanofilipina de la edad de oro. Por su formato breve, el cuento tenía gran popularidad en revistas y diarios, donde captaba la atención del lector con historias cortas y simples y situaciones sentimentales ambientadas en la vida cotidiana con una patente influencia modernista, aun ya entrado el siglo XX (Gasquet 2018, 325). En la década de 1920, Enrique Laygo fue un cuentista productivo, que publicó sobre todo en *El Debate* donde también colaboró como columnista. Manuel Bernabé publicó, por citar solo algunos cuentos de los primeros años de la década 1930, “El caso de Pedro Gasmonte” en *Philippine Free Press*, y en *Excelsior* “Gesto de mujer”, “El Amor que hizo divina la pobreza” o “La aldeana que no vendió su corazón” (Gasquet 2022). Asimismo, Evangelina Guerrero Zacarías, además de poemas, publicó muchos de sus cuentos, como “Espejo Sentimental”, “Hastío” y “Frivolidad”, en *Excelsior* y en *La Vanguardia* “Como las aguas dormidas”. Algunos de estos cuentos los compilaría más tarde en un volumen titulado *Primicias*.

En 1940, Benigno del Río presentó al concurso narrativo del *Commonwealth* una antología de cuentos titulada *Prejuicio de raza*, en la que solamente siete de los veintidós cuentos que conforman el volumen eran inéditos: los restantes ya habían sido publicados en la prensa de Manila durante la década de 1930 (Gasquet 2018, 323). Al respecto, cabe notar que los concursos literarios eran entonces muy comunes y tenían gran éxito. Muchos eran promovidos por periódicos e incluían el cuento entre los géneros considerados. Sin ir más lejos, en 1937 *La Vanguardia* lanzó su propio concurso de relatos cortos. Sus varias secciones nos informan sobre los géneros más populares en los cuentos de la época: orientación social; psicológicos; costumbristas o folclóricos; de fondo moral, de vida animal (Ortuño Casanova 2022b).

La publicación de novelas también se realizaba muy a menudo en periódicos de manera serializada. Por ejemplo, la novela *Primero, el Corazón* de Enrique Laygo “fue publicada por entregas en *El Debate* y después presentada al premio Zóbel en 1930” (Álvarez Tardío 2015, xli).

Un género que aparece frecuentemente en la literatura filipina y, por supuesto, también en la prensa (y que suele crear polémica en su adscripción literaria) es

la biografía. Los textos biográficos filipinos de la época solían versar sobre los héroes de la independencia, y combinaban literatura e historia. En la primera mitad del siglo XX, Rizal se convirtió en la figura central del nuevo panteón nacionalista, ocupando un espacio privilegiado en los artículos biográficos publicados en la prensa de la época. Asimismo, es frecuente encontrar en los periódicos poemas laudatorios a figuras ilustradas y revolucionarias como Marcelo Hilario del Pilar, Apolinario Mabini o Tandang Sora.

Por otro lado, el editorial, la crítica literaria y teatral, la columna o la crónica son subgéneros del ensayo propios de la prensa a los que se dedicaron también muchos escritores. Es el caso de Enrique Laygo, quien bajo el seudónimo “Roberto del Val”, escribió desde mayo de 1926 una columna diaria (si bien intermitente a partir de 1927) titulada “Matices del día” en *El Debate* dedicada a comentar los sucesos de actualidad. En las más de doscientas columnas que escribió, Laygo expuso ideas que también permearon sus relatos (Álvarez Tardío 2015, xxvii).

La prensa no fue, por tanto, solo un espacio de difusión para las producciones literarias o una actividad profesional para muchos intelectuales filipinos de habla hispana, sino que constituyó todo un universo de palabras inspirado, en gran medida, por cánones y matrices literarias en la redacción y formalización de la información periodística. A la inversa, numerosas obras asumidas como literarias se caracterizan por tener un estilo eminentemente periodístico. Las esferas del periodismo y de la literatura remiten a prácticas escriturarias que resultan inseparables: el ya citado Teodoro Kalaw, adolescente todavía, se inició en la escritura en 1900 mediante las colaboraciones periodísticas con un semanario provincial de Lipá, *Columnas Volantes de la Federación Malaya* (Mojarro 2019, 234). La porosidad entre periodismo y literatura también es visible en la escritura del narrador Guillermo Gómez Windham, quien colaboró con numerosas revistas en español y cuyos cuentos recibieron “el influjo de una prosa periodística al estilo de las *detective stories*” (Gallo 2014, 148). Asimismo, su crónica “Mundo nuevo, vida nueva”, insertada en *La carrera de Cándida* en 1921, se asemeja a un *billet d’humeur*, el editorial en el que el periodista expone, con estilo esmerado y libremente, reflexiones personales con relación a la actualidad. Por su parte, *Notas de viaje*, el relato del viaje realizado por María Paz Mendoza-Guazón publicado en 1930, es una reelaboración a partir de textos sueltos publicados en *La Vanguardia*, *El Debate*, *Free Press* y *The Independent*, lo cual influye en el estilo, alerta y vivo.

Los textos satíricos son otra muestra de las estrechas relaciones entre periodismo y literatura en las Filipinas bajo ocupación americana. Sobre todo a finales del siglo XIX y durante la primera década del siglo XX surgieron varias publicaciones periódicas, por lo general de corta duración, de las que dan cuenta Retana y Artigas Cuerva en los índices de prensa que confeccionaron (Retana 1895; Artigas y Cuerva 1909). Algunos títulos son *Té Kon Leche* o *Manililla* antes de la independencia –*Manililla* de más duración: se publicó

semanalmente entre 1887 y 1896–, *El Hisopo* en 1906, que introducía textos en chabacano, o *Chispazos* en 1907–1908, dirigida por José Sedano Colange (Checa Godoy 2015, 39). Más adelante, entre los años 1920 y 1930 destacaron en la sátira periodística los poemas humorísticos que respondían a noticias escritas por Jesús Balmori, celebrado por su pluma acerba y humor corrosivo por la intelectualidad manileña de habla española. El volumen *El libro de mis vidas manileñas* (1928) reunió las sátiras en versos escritas por Balmori bajo el seudónimo Batikuling en su columna de *La Vanguardia*. A veces, las críticas les valieron a los periodistas, columnistas y satiristas profundas enemistades y odios que, en el caso de Enrique Laygo desembocaron en su muerte: fue asesinado de un disparo por Juan Dimayuga, hermano y secretario del congresista José Dimayuga que se sintió afrentado por varios artículos periodísticos atribuidos a Laygo, entre los cuales una columna publicada en agosto de 1926 en *El Debate* (Álvarez Tardío 2015, ix). Este suceso evidencia de nuevo el compromiso político de los escritores filipinos de habla española desde y mediante las actividades periodísticas.

Las autoras y la prensa femenina

En la prensa en español se debatió airadamente la realidad del país y los grandes problemas que, según los periodistas, obstaculizaban la construcción de la joven nación en busca de su independencia. Uno de los grandes objetos de disputa fue el papel de la mujer en una sociedad en mutación e influenciada por los valores estadounidenses. De ello da fe, por ejemplo, el artículo “¡Masculinismo!” del abogado conservador Macario Adriático y el discurso “¿Se americaniza la mujer filipina?” de Rafael Palma, ambos publicados en *Renacimiento* y que denuncian como uno de los aspectos más dañinos de la americanización cultural del archipiélago la llegada del feminismo (Mojarro 2019, 250). Por su parte, autoras como Rosa Sevilla de Alvero, Pura de Kalaw y María Paz Mendoza-Guazón empezaron a tener más presencia en los medios, donde reivindicaron sus puntos de vista y los de la liga de mujeres, que defendía el sufragio universal. Estos escritos en prensa reflejaban la preocupación que las élites manileñas tenían respecto al papel de la mujer. Esta preocupación también fue tratada en obras literarias como las novelas de Jesús Balmori *Bancarrota de almas: novela filipina* (1910) y *Se Deshojó la Flor: novela filipina* (1915) o en las obras de teatro *Prisionera de amor* (1922) de Rosa Sevilla de Alvero y *Solo entre las sombras* (1917) de Claro Mayo Recto.

Por otro lado, el protagonismo creciente de las mujeres filipinas en la vida pública y asuntos políticos se reflejó, además de en la prensa genérica, en la prensa femenina, donde se reclamaban derechos para las mujeres por medio de voces que abogaban por una mayor agencia femenina. Dichas voces evolucionaron a lo largo del siglo XX. El origen de las revistas “femeninas” en Filipinas lo hallamos, sin embargo, a finales del siglo XIX, cuando algunas

españolas residentes en Filipinas comenzaron a escribir en revistas dedicadas a mujeres (si bien fundadas por hombres), como *El Bello Sexo*, y en las secciones de los periódicos dedicadas a la mujer y el hogar. Publicaron obras de ficción y poesía en las que defendían sus ideas sobre el papel de la filipina en la sociedad. Casi todos los números de *El Bello Sexo*, por ejemplo, incluían relatos, fragmentos de novelas o artículos de la escritora conservadora española Pilar Sinués de Marco, pionera en el uso del término “ángel del hogar” en el ámbito hispano, y cuyos cuentos morales eran de lectura obligatoria en las escuelas primarias de Filipinas (Ortuño Casanova 2022a). Si bien estas narrativas retrataban una visión cristiana del papel social de la mujer y seguían reproduciendo una mentalidad colonial, su discurso también se desviaba de la sexualización colonial y patriarcal de la mujer filipina (McClintock 1994; Pratt 1992). La presencia de estas ficciones en las primeras revistas femeninas y su circulación en los centros educativos hasta los primeros años del siglo XX influyeron en la conformación de una nueva generación de escritoras filipinas y en su participación en actividades periodísticas. A partir de 1902 se desarrollaron los movimientos asociacionistas femeninos, lo que propició un contexto favorable para la multiplicación de las secciones dirigidas a las lectoras en los periódicos y revistas y a la creación de revistas femeninas como *La Mujer* y *The Woman’s Outlook* (Encanto 2004; Villaescusa Illán 2022). Estas revistas femeninas incluían editoriales de opinión sobre educación, derechos políticos u obras sociales y abogaban por la inserción de las mujeres filipinas en la esfera pública desde el compromiso político y el servicio a la comunidad: insistían en su implicación en la lucha por la independencia y, en la década 1930, apoyaron el movimiento sufragista. Asimismo, se hicieron eco de las numerosas obras de beneficencia llevadas a cabo por las asociaciones femeninas, insistiendo en el necesario e ineludible rol social, cultural y moral de las mujeres en el progreso del país.

The Woman’s Outlook, la revista de la Federación Nacional de Clubes Femeninos, se publicó en la década de 1920 en inglés y español, dirigida por Trinidad Fernández Legarda y con Pura Villanueva de Kalaw como encargada de la sección española, en la que redactaba ella misma la mayoría de los textos. La revista incluía textos educativos para mujeres –escritos, muchos de ellos, por hombres–, artículos sobre las tareas del hogar y biografías ejemplares, como la de Francisca Tiróna de Benítez, pedagoga, líder cívica y cofundadora de la Universidad Femenina de Filipinas en 1919 (Ortuño Casanova 2022c). *The Woman’s Outlook* también publicaba obras literarias, a menudo de autoras internacionales como Margaret Culkin Banning, una de las primeras defensoras de los derechos de la mujer en Estados Unidos, cuyo cuento “De puertas Adentro” aparece en traducción al español el 6 de abril de 1926, en la “Sección castellana” (Culkin Banning 1926).

A partir de la década de 1930, comenzamos a encontrar más autoras filipinas publicando obras literarias en la prensa. La “Sección del hogar” de

La Vanguardia dedicaba “Nuestras prosistas del presente y del porvenir” del 9 de julio de 1932 a distinguir numerosas mujeres relevantes de las letras filipinas en español, como Rosa Sevilla de Alvero, Alicia Palma, Celia Canseco, Natividad Almeida de López, María Paz Mendoza-Guazón o Evangelina Guerrero Zacarías (Ocampo 1932). Estas escritoras comenzaron a recibir premios literarios en concursos nacionales. Es el caso, por ejemplo, de María Paz Mendoza-Guazón, una de las primeras mujeres médico del país, feminista que militaba por los derechos cívicos de las filipinas y una de las fundadoras de la Liga Nacional de Damas (Filipinas National League of Filipino Women) (Villaescusa Illán 2018), y que en 1930 recibió el Premio Zóbel. Por su parte, en sus cuentos publicados en la revista *Excelsior*, Evangelina Guerrero promovió una imagen de la filipina que se alejaba del estereotipo femenino de María Clara como la mujer sumisa y pasiva de la novela de José Rizal, *Noli me tangere* (Villaescusa Illán 2022).

Nota

- 1 El artículo de García Sanchiz, así como muchos más de los referidos en este capítulo, se pueden consultar en el archivo digital *PhilPeriodicals* (<https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/>), donde además integran diferentes exposiciones virtuales, como “Literature and the newspapers” o “Women and journalism”. Ver Ortuño Casanova (2022a, 2022b, 2022c).

17

LITERATURA DE VIAJES HISPANOFILIPINA

Matthew Nicdao y Paula Park

El género de la literatura de viajes ocupa un lugar prominente en la producción textual hispanofilipina en la primera mitad del siglo XX. Viajar en este periodo responde a la necesidad de hacer circular los mecanismos de la modernidad en el escenario global al que Filipinas estaba siendo invitada, supuestamente, por Estados Unidos. Como los autores de estos textos escriben para un público mayormente nacional, resulta inevitable que Filipinas –su geografía, historias, culturas, etc.– sea el principal punto de referencia. Esto nos recuerda al “demonio de comparaciones” que persigue al protagonista de *Noli me tangere*, novela de José Rizal publicada en 1887: en su regreso a Manila de un viaje por Europa, Ibarra no puede evitar comparar todo en Manila con lo que ha visto en el extranjero (Rizal 1995, 43).¹ Pero es un demonio o afán comparatista a la inversa: estos escritores viajeros no pueden dejar de pensar en Filipinas cuando observan el mundo más allá del archipiélago filipino. Este seductor demonio provoca diferentes comparaciones, observaciones y afectos. Por un lado, la comparación no se da solo entre colonia y metrópoli, entre periferia y centro, como en el caso de Ibarra (es decir, una comparación entre Filipinas y Europa), sino que es una comparación verdaderamente global, muchas veces entre periferias. Por otro lado, si bien las comparaciones provocan consternación por las supuestas carencias de Filipinas, también suscitan una esperanza de que podrá progresar, dadas las riquezas y la diversidad de sus recursos, el carácter de su gente y su potencial para el desarrollo industrial.

De la Rama y Corpus en Estados Unidos

De Filipinas a América: Impresiones de viaje (1907) de Esteban de la Rama (1868–1947) es una colección de crónicas de viaje escritas originalmente para

El Tiempo. Al igual que los ilustrados de la primera generación, De la Rama estudió en Europa durante las últimas décadas del siglo XIX (Mojarro 2022, 167). A la vuelta se hizo empresario (de producción azucarera y transporte marítimo) y, más adelante, político. Fue senador durante dos mandatos, de 1941 hasta 1947. El texto documenta los viajes realizados entre noviembre de 1905 y agosto de 1906. Contrariamente al título del volumen, el autor realiza una circunnavegación. Hacia el principio, De la Rama destaca el carácter excepcional de su viaje al extranjero que, a diferencia de los anteriores, motivados “por placer, por divertirme” (8), está impulsado por el solemne deber de “convencer a los representantes de aquella gran nación [Estados Unidos] adonde voy, de las grandes necesidades de nuestro infortunado suelo” (8): en definitiva, convencer al Congreso de la revocación de la Tarifa Dingley aplicada a los bienes y productos filipinos, incluido el azúcar (Mojarro 2022, 167). A pesar de tener intereses personales en tal reforma de la política arancelaria, De la Rama intenta convencer a sus compatriotas de que los intereses privados se alinean con los intereses más amplios de la nación. Según él, se trata de una nueva ruta moderna para el desarrollo futuro de Filipinas, arraigada en los ideales estadounidenses (individualismo, autosuficiencia y una ética de trabajo protestante).

Un tono nacionalista impregna todo el discurso del autor, quien busca “ejemplos de modernidad aplicables a una Filipinas en construcción” (Ortuño Casanova 2021, 371). El texto está marcado por un didactismo y De la Rama opina tajantemente que Filipinas necesita competir mejor a nivel mundial y convertirse en una nación próspera según los índices occidentales de desarrollo industrial y comercial. Pero dirige su mirada no solo a Estados Unidos, Francia e Inglaterra, sino también a Japón tanto como a territorios y colonias (Hawái, Hong Kong y Colombo). Abundan las críticas sobre el estado actual de Filipinas, sus culturas, sus *modus operandi*. Aunque quizás no explícitamente, De la Rama recomienda una reeducación y transformación de la cultura y los hábitos, de la política y la industria: recomendaciones formuladas por una élite influenciada por España, pero que reflejan cada vez más las orientaciones de la nueva tutela colonial.

Fuera de Filipinas: lo observado y lo juzgado (Corpus 1909) de Partridge, seudónimo del economista y político Rafael Corpus (1880–1960), ofrece un contrapunto a la visión proestadounidense de De la Rama. Se trata de una compilación de artículos publicados previamente en *El Renacimiento* con el motivo de un viaje realizado por el autor a Estados Unidos desde octubre del 1905 a octubre del 1906. En lugar de detenerse a apreciar la productividad de los estadounidenses, Corpus no ve más que una afición individualista por el lucro. “Cobrar y pagar” (19), así resume su impresión de Estados Unidos. Le parece inquietante la centralidad que ocupan el dinero, la necesidad de lucrar y el ideal del “self-reliance” (62), del cual surge el excepcionalismo estadounidense. El americano –se burla el autor– no halla suficientes ocasiones

para declarar obsesivamente que “el país más libre y más grande del mundo es MI Estados Unidos de América del Norte” (22, énfasis del autor). Aquel fervor patriótico que se entremezcla con presunción de grandeza es, a su vez, sospecha Corpus, lo que los conduce a creerse modelos a seguir en el mundo y poseedores de un “triple orgullo”: “el orgullo que le es innato, el orgullo de ser colonizador y el orgullo de superioridad de raza” (125). Le sorprende que haya tantas mujeres que trabajen en Estados Unidos. Estas han logrado ocupar diversos puestos profesionales y participar así en lo que Corpus llama el “duro bregar por la vida” (48). No obstante, teme que sus aspiraciones no se distinguen de los ideales (y delirios) de grandeza del pueblo americano. “Como buena americana”, concluye al respecto, “ama su libertad y se siente morir dentro de la jaula” (48).

Kalaw en Asia y Europa

Hacia la Tierra del Zar (1908), del abogado y periodista Teodoro Kalaw (1884–1940), fue escrito en el mismo año de su publicación, durante un viaje que realizó rumbo a la Rusia prerrevolucionaria, junto a otros intelectuales filipinos como el fundador del Partido Nacionalista de Filipinas y futuro presidente de la Mancomunidad Filipina, Manuel Quezón, a quien Kalaw dedica el libro. El propósito del viaje era asistir a un congreso mundial de navegación en San Petersburgo, al que no llegaron a tiempo (Mojarro 2014, 237). El texto profundiza en observaciones sociopolíticas de los diferentes territorios por los que pasa en un estilo decididamente modernista. La influencia del modernismo hispanoamericano se ve no solo en el lenguaje sensorial y en las constantes menciones de *De Marsella a Tokio* (1906a) y *La Rusia actual* (1906b) del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo –a quien Kalaw admira profundamente (véase Mojarro 2019)–, sino también en el afán cosmopolita de Kalaw. Hong Kong, por ejemplo, le parece una ciudad “semi-cosmopolita” (Kalaw 2014, 47) por su comercio libre y sus buenos hoteles.

El hecho de que Kalaw es un viajero privilegiado resalta especialmente cuando llega a Formosa y se detiene a describir a las mujeres inmóviles que (como asume) tienen los pies vendados. “[E]stas chinas, estas pobres chinas, con sus pies aprisionados, muy diminutos” (54), lamenta Kalaw. Dramatiza la aflicción que según él las arrebata: “Una ráfaga de melancolía corre por sus rostros, y la Virgen de la Misericordia necesita, entonces, una oración por tantas divinidades abandonadas. ¡Pobre mujeres!” (54). El brutal contraste entre la habilidad de movimiento de Kalaw y las mujeres revela la visión imperialista que Kalaw ha asimilado del gobierno estadounidense en Filipinas. Es una visión capacitista, según Sony Coráñez Bolton (2014), ante los territorios colonizados: “La aparición de la Mujer China opera como un símbolo engullido por la espectacularización de su discapacidad salvaje” [The appearance of the Chinese Woman operates as symbol engulfed by the

spectacularization of her savage impairment] (143). Kalaw está rodeado de lujos y comodidades que le permiten hablar desde una posición de observador. Llama la atención su falta de solidaridad con Formosa, que estaba bajo el poder imperial de Japón. Resulta deslumbrante también su sinofobia. Los chinos en Hong Kong, según él, son “enigmáticos”, como “sombras dolientes” (Kalaw 2014, 46). Hay momentos en los que lamenta la explotación que sufren, pero, por lo general, los ve como una amenaza al progreso social y los deshumaniza quejándose de los comerciantes.² A fin de cuentas, “sus simpatías no se dirigen hacia lo asiático, por quienes no muestra un atisbo de identificación, sino a lo europeo” (Mojarro 2019, 245).

Al llegar al destino final, Rusia, el discurso de Kalaw adquiere un tono más sociológico. Como propone Jorge Mojarro (2019), “Kalaw cree en la función social de la literatura y en la importancia de dejar testimonio en los momentos cruciales de la historia de un país para contribuir a su construcción” (244). Se dedica a comentar los problemas que sufren los obreros de fábrica y los campesinos, identificando así los brotes iniciales de lo que se convertiría en la Revolución Rusa en 1917. Impera casi siempre un tono de lástima. Siberia le parece “un refugio de vagabundos” (Kalaw 2014, 105) y Moscú le parece detenido en el tiempo, muy diferente del resto de Europa. Sus críticas a la expansión rusa en Manchuria, el despotismo cosaco y el poder absoluto del zar confirman que Kalaw no solo viaja en busca de modelos culturales y políticos a seguir, sino también de los que quiere que se eviten para Filipinas.

Impresiones de Altavás y Rávago

Impresiones de viaje (1920) del abogado Enrique Altavás (1879–?) relata el viaje del autor como parte de lo que sería la primera Misión Filipina enviada a Estados Unidos para exponer ante el Congreso argumentos a favor de la independencia prometida a las Filipinas por la Ley Jones de 1916. Pero según Altavás, más que dar un relato oficial del viaje de la delegación a la ciudad de Washington, “nuestra Meca” (35), su humilde objetivo es dar cuenta de:

lo que h[a] visto en las calles, jardines y parques; en los barcos, tranvías y trenes; en los edificios, monumentos, torres, iglesias y hoteles; en los teatros, salones y cabarets; en los museos y estudios cinematográficos; en los restaurantes y subterráneos, y en los pintorescos paisajes que se extienden a ambos lados de las vías férreas en Estados Unidos, Canadá y Japón. (Altavás 1920, xvi)

Cumpliendo con su palabra, el texto ofrece detalles de experiencias cotidianas de su viaje transpacífico a San Francisco y de ahí a Washington. Constantemente evoca monumentos, maravillas naturales y costumbres de Filipinas: Market Street en San Francisco se compara con la Escolta de Manila (14) y Riverside

Drive de Nueva York se convierte en un modelo de cómo podrían ser las avenidas Rizal y Taft en el futuro (133–134). Las numerosas referencias a la apariencia o el comportamiento de las mujeres observadas, así como los consejos proporcionados sobre el atuendo masculino para las diferentes ocasiones sociales y las recomendaciones de Altavás de “procurarse siempre ir con pasaje de primera clase tanto en vapores como en trenes” o “alojarse siempre en el mejor hotel” (319–320) presuponen un lector masculino y de clase privilegiada.

El viaje del periodista filipino Manuel Rávago (1870–1937) sigue antiguos recorridos que recuerdan a las primeras expresiones de la literatura de viajes: la peregrinación. Su *Peregrinando... impresiones de un viaje a Tierra Santa*, el cual se basa en una serie de crónicas que aparecieron de febrero 1922 a diciembre de 1923 en el mensual católico *Cultura Social*, se publicó en 1927 en Manila y ganó el Premio Zóbel al año siguiente. A pesar del título de la serie, más que meras impresiones de los lugares históricos y sitios religiosos visitados, sus crónicas proveen mucha información geográfica e histórica (eclesiástica y secular) tomada prestada de las obras de otros peregrinos, escritores, periodistas, clérigos y eruditos, tanto contemporáneos como anteriores a Rávago, así como oraciones, himnos religiosos, referencias y versos de la Biblia.

En varias entradas, el texto adquiere un tono orientalista, costumbrista y etnográfico al detallar a grandes rasgos las poblaciones locales con sus respectivas costumbres, culturas y/o creencias y prácticas religiosas. Ocasionalmente, hay fotografías de personas anónimas representativas de un tipo racial o étnico particular descrito en el texto. Rávago aprovecha para detenerse en temas de actualidad relativos a Palestina. Informa al lector sobre las noticias y la política en Palestina durante el Mandato Británico, incluidas las respuestas locales y globales a los planes británicos que apoyan la creación de un Estado judío, es decir, la Declaración Balfour de 1917. De las escasas menciones de Filipinas en las crónicas de Rávago, hay una en particular que llama la atención. Se trata de su visita al llamado Muro de los Lamentos de los judíos, lugar donde “[t]odos los hijos de Israel, sin distinción de edad, sexo, ni condición social, lloran, gimen, suplican, leyendo versículos de lamentaciones lúgubres con ritmo monótono” (Rávago 1922, 175). La escena sombría lo conmueve sobremanera. Se siente incluso identificado con aquellos suplicantes. “Nuestro corazón de patriotas”, señala “nuestro corazón de filipinos, se sentía: igualmente congojado en presencia de aquella inmensa desventura” (Rávago 1922, 176).

Recorridos de Mendoza

Notas de viaje (1930) de María Paz Mendoza (1884–1967), una de las primeras mujeres filipinas en graduarse de la facultad de Medicina de la Universidad de Filipinas, trata de un periplo por Estados Unidos, Cuba, Alemania, España, Italia, Argelia y Egipto. El objetivo del viaje, según Kalaw, quien prologa

el libro de Mendoza, es el “afán continuo” de observar y “deducir o sacar conclusiones locales para nuestra propia enseñanza” (Mendoza 1930, v). Durante el viaje, Mendoza se enfrenta con el poco conocimiento que se tiene de Filipinas en el mundo. Recalca el deseo de los filipinos radicados en Estados Unidos de ver a Filipinas independiente; da cuenta de las posibles amenazas bélicas que representa Japón y del diario vivir de los filipinos. Cuando en una ocasión le preguntan en Estados Unidos sobre las tensiones entre diferentes tribus en Filipinas, ella responde: “parece que nos confunden ustedes con los de África. [...] En mi país no existen más de 750,000 que, como vuestros Indios, pertenecen a una raza primitiva” (Mendoza 1930, 35). Su visión general sobre el progreso social en su nación es, sin duda, desarrollista.

En Cuba, Mendoza se siente en un ambiente familiar, “como si llegase a la casa de una hermana a quien no había visto desde su boda” (7). Le impresiona la eficacia del sistema de salud y lo describe en detalle gracias a los encuentros que tiene con médicos cubanos. Al referirse al hecho de que gran parte del comercio, como la producción del azúcar, está en manos de compañías extranjeras (sobre todo estadounidenses y españolas), se percata de que casi toda la indumentaria de los cubanos es importada y le enorgullece que en Filipinas, a la inversa, haya una preferencia por las telas nacionales, como los tejidos de piña y sinamay o el algodón de los igorotes. No obstante, señala que la industria textil filipina se encuentra todavía en “estado primitivo de desarrollo” (20) y lamenta que los empresarios filipinos no se dediquen a fomentarla para la exportación.

Según Irene Villaescusa Illán (2014), “Mendoza anima a los filipinos a competir en el mercado global no sólo con sus propios productos [...], sino también mediante la exportación de su capital cultural” (280). Al observar cómo la gastronomía china en Londres compite con la local, tiene un despertar de conciencia para la sociedad filipina. Se le ocurre que las carinderías (puestos de comida filipina) bien podrían conocer el éxito de las proliferantes panciterías, locales donde se sirven fideos chinos que los filipinos llaman *pansit* (Mendoza 1930, 52). Pero como en el caso de Kalaw, se percibe una actitud sinofóbica: “Mendoza alienta a los filipinos a no dejarse vencer en la carrera a la internacionalización, pero más curiosamente alertando a sus compatriotas de la asimilación de la comida china en Filipinas como una ‘invasión’” (Villaescusa Illán 2018, 281). Hay un vaivén en la postura de Mendoza hacia la presencia china en Filipinas. Por un lado, ve un modelo en ella, pero, por otro, la considera un asalto a la cultura y sociedad filipinas.

Al visitar Viena y Copenhague, Mendoza se acuerda de Intramuros. No deja de pensar en Manila, de querer elevarla al nivel de las grandes ciudades que recorre por Europa. Tal es su ansiedad por identificar modelos culturales europeos para Filipinas que llega a enaltecer a Mussolini, con la esperanza de que logre “unificar a todos los de civilización latina” (Mendoza 1930, 169). Por último, justifica la colonización de “pueblos más débiles y primitivos” que

gozan de “una influencia bienhechora y civilizadora” (264) e implora al lector que “no se olvide de la labor civilizadora de España” (281).

Sotto y la búsqueda de apoyo internacional para la independencia filipina

Una rápida vuelta al mundo (1929) del político Vicente Sotto (1877–1950), representante del segundo distrito de Cebú de 1922 a 1925, tiene como objetivo difundir la causa independentista de Filipinas a nivel mundial. Al comienzo, sin embargo, Sotto se esfuerza en ofrecer información práctica al turista filipino (el clima, ropas recomendadas, requisitos de visas y posibles excursiones e itinerarios) y, de vez en cuando, sugiere que el filipino debe prepararse para ser testigo de situaciones discriminatorias. Por ejemplo, advierte que en un hotel en particular en Penang se prohíbe a mestizos anglo-indios en la pista de baile. Encolerizado por esto, Sotto se pregunta: “¿Todavía hay pobres de espíritu que sueñan en la superioridad de la raza blanca sobre la raza de color?” (13).

Las críticas anticoloniales que hace Sotto no se limitan a Filipinas. Cuando se encuentra en Colombo, observa cómo el colonialismo inglés “ha puesto en práctica la política del desarrollo económico para beneficio de unos cuantos capitalistas ingleses y en perjuicio de los pobres isleños” (14). Más adelante, en un debate en Viena sobre la prosperidad económica de Hawái luego de la anexión estadounidense, Sotto aclara: “Los que prosperan son los cuatro capitalistas americanos que explotan aquel país: pero los indígenas son unos simples braceros o colonos [...] Y ese es el desarrollo económico que el Secretario Stimson quiere para mi país!” (149–150). Estando en Washington, se entera de un escándalo en torno a una resolución racista que prohíbe la entrada de personas afroamericanas a la Casa Blanca. En solidaridad con ellos, Sotto afirma: “Nosotros, los filipinos, somos de la raza de color [...] Convivimos con una raza blanca que odia a sus conciudadanos negros. Esperamos justicia de nuestros dominadores. Demandamos nuestra libertad, por medio de misiones, memoriales, resoluciones, discursos, etc. ¿Nos escucharán estos racistas?” (216). En suma, *Una vuelta rápida al mundo* critica el colonialismo y su legado en todas sus formas y aboga por la dignidad del sujeto colonizado, una causa que el autor filipino conoce de primera mano.

Pardo de Tavera y Balmori en América Latina

Cabe destacar las crónicas de dos autores que, aunque no llegaron a compilarse en un libro, se publicaron en revistas de gran alcance. “Recuerdos de Argentina”, del intelectual Trinidad H. Pardo de Tavera (1857–1925), publicado en *The Philippine Review* en 1916, cuenta de un viaje a Buenos Aires realizado en 1914 desde Europa, con escalas en Río de Janeiro y Montevideo. Este viaje

que realiza en principio para visitar a su hermano menor, el escultor Félix Pardo de Tavera, quien residía en Buenos Aires, le permite considerar el estado en que se encuentra Filipinas en comparación con Argentina. A diferencia de Montevideo y Río de Janeiro, Buenos Aires le parece muy europea, tanto por su paisaje urbano como su composición racial y cultural. Le sorprende que predomine el castellano en una ciudad de inmigrantes; esto lo interpreta como un éxito de la asimilación e identifica un modelo social: “el origen de todo progreso argentino es su puerta abierta a la inmigración” (46). Otros aspectos que le interesan son la industria de la carne y la diversificación de los cultivos, pero vuelve a recalcar que el enriquecimiento económico se debe a la masiva inmigración europea. A lo largo del artículo, Pardo de Tavera se interesa por las acciones de las élites argentinas, con las que se identifica: “Dicha identificación recurrente constituye no sólo un reflejo clasista de filipino encumbrado, sino una identificación con un modelo de hispanidad exitoso y moderno, que a sus ojos representa ‘el camino’ a seguir por su propio país” (Gasquet 2019, 130).

La serie “De Manila a México”, escrita por Jesús Balmori (1887–1948) a raíz de su viaje a México a finales del año 1930, se publicó en la revista filipina *Excelsior* en 1932 y 1933. La primera mitad de la serie consiste en crónicas dedicadas a las diferentes escalas del viaje realizado por el Pacífico y la otra mitad son poemas sobre la estancia de Balmori en México. Llama la atención el tono orientalista de Balmori cuando evoca su tiempo en Japón. Al ver a las mujeres japonesas en Moji, dice desilusionado: “¿es esta, acaso, esta mujercita peinada y vestida y calzada a la manera de Los Ángeles y París, la Madame Crisantemo de Pierre Loti, la Madama Butterfly de Puccini?” (1932a). En su temor a la occidentalización de Japón, prefiere que las mujeres sean delicadas muñecas, haciendo eco de un orientalismo rubendariano. En Hawái, Balmori queda impresionado por la arquitectura e incluso parecieran seducirle las ventajas que podrían disfrutar los territorios bajo tutela americana. Pero termina su crónica lamentando el destino de la princesa Liliuokalani luego del derrocamiento del Reino de Hawái, y añora su legado: “en las noches de luna, cuando el ukulele llora y se derrama el perfume en las copas de las flores, parece vagar su alma atormentada, blanca como los nardos, blanca como la espuma, blanca como la nube” (1932b, np).

De manera similar, cuenta en versos el destino de la china poblana, una princesa del imperio mogol que fue secuestrada, vendida en Manila y llevada como esclava doméstica a México en el siglo XVII (véase Seijas 2015, 8–31). Balmori se la imagina como una “triste princesa” con un “trono perdido” (1933, np). Aquí impera un tono melancólico característico del modernismo hispanoamericano. Le decepciona que, lejos de los paisajes descritos por los modernistas, México esté tan militarizado. Le desilusiona también el habla mexicana, que estima inferior al de los filipinos. No obstante, impera un sentimiento de familiaridad con los mexicanos tanto como un sentido de añoro

por el “palpitante puente” (Balmori 1934, np) que habría sido el Galeón de Manila (véase Gasquet 2020).

Conclusión

Lo que se percibe en esta literatura de viajes hispanofilipina no es solamente un deseo de mundo, sino el deseo de visibilizar a Filipinas en el mundo. Ciertamente es que el discurso tiende a tener un carácter eurocéntrico y civilizatorio, pero esto en muchas ocasiones se debe al ansia de afirmar que Filipinas no necesita la ayuda de Estados Unidos para autogobernarse y formar parte de la economía mundial. Una y otra vez, los autores de estos libros, crónicas y poemas de viaje confirman que el pueblo filipino tiene mucho que ofrecer al mundo. Surgen así destellos de una voz propia sobre lo que es (o puede llegar a ser) la filipinidad en un contexto global. Como señala Vicente Sotto (1929),

Sólo deseamos que se nos brinde la oportunidad de demostrar a los demás pueblos que nuestro país se dispone a acoger en su fecundo suelo capitales, iniciativas, conocimientos, experiencias por los cuales sea nuestro territorio campo dilatadísimo donde propios y extraños apliquen sus energías a la producción, al progreso material y al adelanto intelectual y al bien común. (330)

Notas

- 1 Este “demonio de las comparaciones”, según Benedict Anderson (1998), persigue al protagonista de la novela haciéndolo ver Filipinas a través de un “telescopio invertido” (2). Es decir, la frase refleja la experiencia de visualizar lo familiar desde la perspectiva distante de un *Otro* extranjero.
- 2 Cabe notar que más tarde Kalaw articulará una gran admiración por China en el prólogo a la biografía de Sun Yat-sen de Mariano Ponce, publicada en 1912. Véase al respecto Ortuño Casanova 2021, 383–386.

18

POESÍA

Modernismo, modernidad y tradiciones prehispánicas

Rocío Ortuño Casanova

La llegada del modernismo

Si la época que nos ocupa se ha dado en llamar “Edad de oro de la literatura hispanofilipina”, esta será especialmente dorada en el terreno de la poesía, que es el género más transitado. Los y las poetas de estas tres primeras décadas del siglo XX podrían ser llamados “segunda generación de ilustrados” por compartir con la primera la proyección artístico-literaria de sus preocupaciones políticas, su cuidada formación académica y, la mayor parte de las veces, su pertenencia a las clases políticas, a profesiones liberales y, en su mayoría, a la alta burguesía del país (Ortuño Casanova 2017)¹. Además, tenían como objetivo, de alguna manera, continuar la labor de los revolucionarios de 1896 –ilustrados de primera generación–, convertidos tras la ocupación estadounidense en héroes de la patria. Imitaban de ellos incluso el uso literario de la lengua española, lo cual, al poco de la llegada de los norteamericanos, se había convertido ya en un acto de resistencia frente a la lengua de la nueva potencia invasora. Desde esta nueva estética modernista continuaron también la exploración de la identidad nacional, que incluía la descripción de paisajes bucólicos, de mujeres filipinas y la idealización del amor infatuado del filipino (la mayor parte de los poetas analizados son hombres) por alguna dalaga (Ortuño Casanova 2014), pero como vemos en los tópicos o temas 0 y 5 de la tabla 1, la resistencia está muy presente.

El tópico 1 se circunscribe sobre todo al libro de Balmori *Libro de mis vidas manileñas*, que se sale de la tónica general al ser una compilación de poemas satíricos publicados en el diario *La Vanguardia* junto a las noticias a las que hace referencia. De ahí que aparezcan como términos frecuentes “Quezon”, “Wood” y “Guevara”. Los tópicos 0 y 5, especialmente patentes en los textos

TABLA 1 *Palabras que aparecen juntas frecuentemente y etiquetas de temas en los que agrupan (modelado de tópicos) de poemarios de la Edad de oro de la literatura filipina en español. Análisis de tópicos realizados con Mallet. La lista de stopwords y el script se pueden consultar en <https://github.com/DigiPhiLit>*

Número	Palabras frecuentes en el tópico	Nombre del tópico
0	patria sangre alma pueblo gloria ideal frente aurora cielo sol tierra raza victoria flores vida pecho libertad triunfo mundo luz	Resistencia nacionalista revolucionaria
1	don cosa usté manila señor pobre policía casa diez quezon wood pasa osmeña caso señores falta señora puesto turquesa guevara	Sátira política de actualidad
2	alma amor triste ojos corazón noche dolor pecho cielo quiero luz voz pena camino manos mano sueño silencio penas canción	Melancolía
3	vida corazón vivir destino dolor beso fuego boca poeta cuerpo quimera sed pasión belleza loca versos existencia anhelo herida muerte	Amor y pasión
4	amor flor luna flores vida dios ilusión dulce oro azul sol madre mujer rosa hombre luz manos frente corazón pobre	Amor romántico por la mujer
5	alma patria gloria dios nombre paz bella historia corazón amor oro libertad hijos grande amada rizal vida importa bandera dulces	Patriotismo
6	aguas mil materia hombres raro color leyenda laguna verás lago colores ciencia inmenso aparece raros rocas barca viajero gigantes dando	Leyendas y vida acuática
7	mundo españa mano hermano hombres mujer vano humana fiesta paso volver sabios don miel vista cuento siglo quijote caballero hermana	Quijotismo
8	rosas labios almas mil beso sombra lágrimas besos sueños luz muerto ensueño tristes llora noches ensueños virgen filipinas misterio suave	Romanticismo idealizado
9	raza pueblo tierra mar fuerte noble pueblos sol españa honor grandeza lanza guerra hermanos cielo brazo lucha cumbre mundo genio	Hispanidad

de Pacífico Victoriano y de Zoilo Hilario, son similares y evidencian el carácter reivindicativo de estos cinco poemarios. Mientras, como adelantan los títulos, en los libros de Valdés Pica *Íntimas*, *La electa*, el de Irureta Goyena *Rosas de amor*, y el *Emocionario* de Francisco Zaragoza predomina el tema del amor melancólico, que enlaza el Romanticismo persistente en las islas de manera paralela a la consolidación del modernismo.

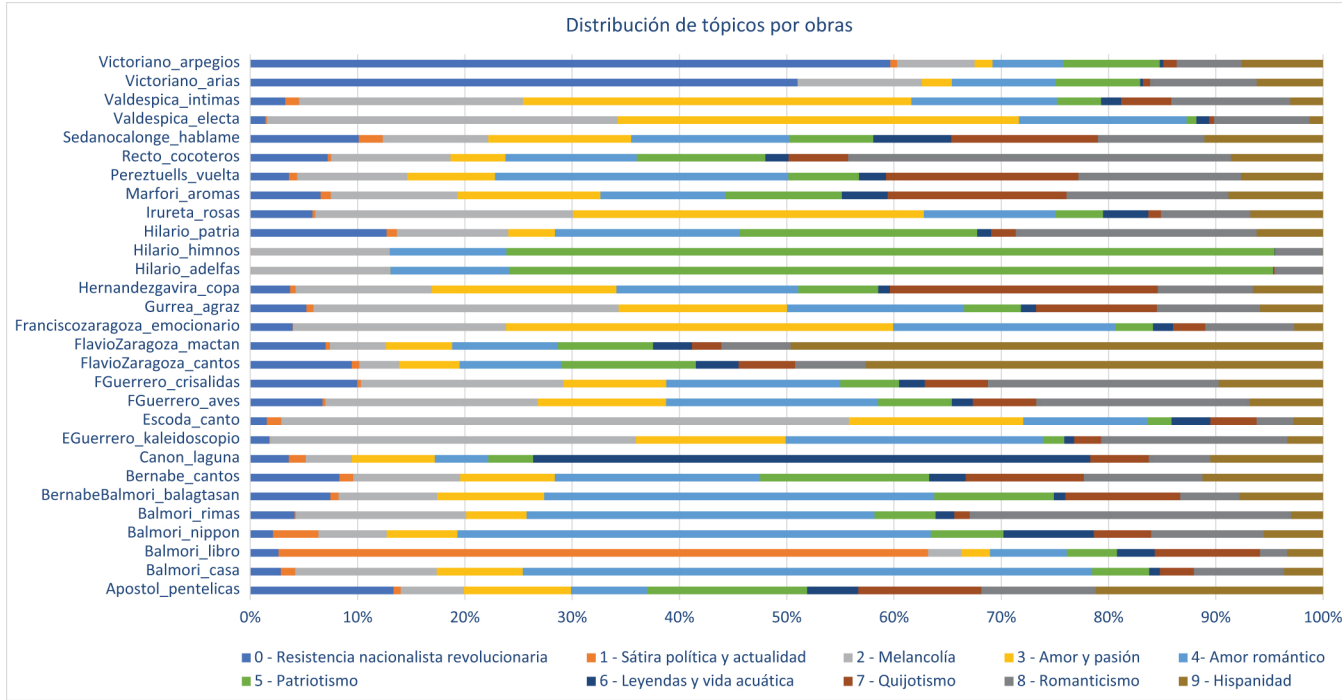


GRÁFICO 1 *Distribución de los temas en cada obra.*

Autores como Luis Mariñas Otero (1974, 60) y Erwin Bautista (2008, 119) responsabilizan de la llegada del modernismo al archipiélago a la visita del escritor malagueño Salvador Rueda en 1915. Esta visita, realizada cuando en el resto del mundo el modernismo estaba ya de capa caída, fue, si no fundacional, sí importante para la literatura filipina: los principales literatos hispanohablantes del momento recibieron a Rueda con entusiasmo y compusieron poemas en su honor en los que reivindicaban una unión espiritual hispánica. El Casino Español de Manila recogió los discursos y poesías y los publicó en un pequeño volumen (*Salvador Rueda en Filipinas. Jornadas de poesía y patriotismo* 1915). Sin embargo, está de sobra probado que el movimiento había llegado bastante antes: la revista *Libertas* publicaba con regularidad poesías latinoamericanas de estética modernista en 1899² y la revista *Domus Aurea*, de la cual se publicaron cuatro números, se dedicaba a publicar conferencias y poemas modernistas escritos por filipinos de renombre ya en 1908, como son los textos de Fernando María Guerrero, Jesús Balmori o Manuel Bernabé,³ además de hacer disquisiciones teóricas sobre el movimiento,⁴ publicar reseñas biográficas de Rubén Darío y Santos Chocano e informar sobre las actividades del “Club Euterpe”, una tertulia literaria que seguía el ejemplo de aquellas organizadas por la bohemia parisina (Donoso Jiménez 2013). El propio autor Fernando María Guerrero escribió en 1918 una nota autobiográfica y autobibliográfica en la que reflexiona sobre el movimiento y sobre la transición del romanticismo al modernismo (1971, 1–9):

[...] Mi titubeante lira no tenía, a decir verdad, más que dos cuerdas; la mística y la amorosa, y así mi inspiración de entonces, como alocada mariposa, vagaba de Fray Luis de León a Espronceda, y del “divino” Herrera a Zorrilla. [...] Mi tercera fase lírica puede calificarse de un simple ensayo o escaqueo modernista. Fuente primordial de esta nueva influencia – Rubén Darío. Con él cooperaron los poetas franceses modernísimos, los “raros”, que diría el malogrado maestro. (Guerrero 1971, 4–5)

Debido a esta tercera fase lírica y a la influencia modernista, tanto Guerrero como toda su generación fueron muy criticados por el filipinista español Wenceslao Retana (1862–1924), quien ya en 1909 consideraba una aberración que los escritores filipinos se alejaran culturalmente del ejemplo de España y tomaran el de Francia y América Latina, como se desprende de su texto *De la evolución de la literatura castellana en Filipinas: los poetas*:

[...] [E]n ninguno de estos [poetas] se observa la uniformidad que predomina en Guerrero; de quien es de temer, sin embargo, que si sigue cultivando el *modernismo* á que ahora se ha dado desenfrenadamente, acabe por malograrse: Guerrero va perdiendo poco á poco su personalidad, á fuerza de imitar á Rueda, Rubén Darío, Santos Chocano y demás revolucionarios...

no de la Poesía, sino de la metrificación. [...] [Y poeta] no lo será quien se limite á hacer juegos malabares con el verso, juegos de tira y afloja, epilepsis métricas de las que tanto gustan esos calamitosos hispanoamericanos degenerados en París, que, exentos de corazón componen con el cerebro. (Retana 1909, 19)

Este tipo de crítica no era raro, por otro lado, por parte de intelectuales españoles, que tomaron con acritud el giro copernicano que se dio en la centralidad cultural, de pronto trasladada a América Latina, como argumenta Mejías López en su libro *The Inverted Conquest* (Mejías-López 2009; Feria 2018). Tanto Retana respecto a la literatura filipina como el escritor español Juan Valera respecto a la latinoamericana en el prólogo a la segunda edición de *Azul...* de Rubén Darío –por poner un ejemplo–, deploran la falta de influencia española en la poesía modernista, y la presencia, sin embargo, de influencias francesas (Darío y Valera 1890).

El exotismo

A pesar de las críticas de Retana a lo “extranjerizante” de las obras filipinas del momento y las acusaciones de que imitaban otras literaturas y que tenían poco de autóctono, lo cierto es que el modernismo filipino se aleja del latinoamericano creando sus propios tropos para hablar de Filipinas. De este modo, el exotismo escapista que se achaca a una parte de la obra de Darío y de escritores y escritoras afines al referirse al Oriente deja de ser escapista –al menos geográficamente– en Filipinas, cuando se identifican a sí mismos con dicho *Oriente*. Es lo que, aplicado a los poemas de Jesús Balmori, Irene Villaescusa ha llamado *Transcultural Orientalism* (Villaescusa Illán 2021, 45–74). La autora afirma que Balmori, por un lado, simplifica la diversidad racial de Filipinas reduciéndola a herencia malaya y herencia hispánica y, por otro lado, exotiza esta herencia inventada. Esto se percibe con facilidad en su poema “Blasón”, cuyo título remite al escudo de armas como metáfora de las señas de identidad del autor:

Soy un bardo indo-hispano. En mi pecho cristiano
 Mi corazón es vaso donde mezclada está
 La sangre de Legazpi, el Capitán hispano
 Con la sangre tagala de la hija del Rajá.

Con el talón hundido en olas y en espumas,
 Esperé sobre el mar el galeón español,
 Y España, al encontrarme, besó las áureas plumas
 Que en mi frente temblaban como rayos de sol.

Era hermosa, era buena, era plena de amores;
 Puse a sus pies mis lanzas, mis espigas, mis flores;
 La di mi corazón salvaje y oriental;

Y desde entonces va en mi pecho desnudo
 Sirviéndome de férreo y de glorioso escudo
 Con su idioma divino y su sangre inmortal.
 (Balmori 1941, 27–28)

En esta ocasión lo exótico no es distante en espacio, sino en tiempo: se habla de una unión de razas que se da en un pasado idealizado y que se opone y, a la vez, excluye al nuevo invasor estadounidense. Es difícil pasar por alto las similitudes con el poema del mismo título del peruano José Santos Chocano, que también desgrana las señas de identidad del autor como mestizo entre la cultura inca y la española (Chocano 1906, 35).⁵ “Blasón”, sin embargo, es el título también de otros sonetos, en ocasiones dedicados a exaltar el linaje idealizado de personas admiradas o ejemplares para el pueblo filipino. El “Blasón” de José Hernández Gavira, por ejemplo, está dedicado al que sería el primer presidente de Filipinas dentro de la Mancomunidad Filipina, Manuel L. Quezon:

Cual si en tu sangre hubiese la grandeza
 del fiero Don Rodrigo de Vivar,
 sabes tender la mano con nobleza
 y sabes las injurias perdonar.

Blasón de bravo y noble caballero,
 de aquel que fué jinete del Rocín,
 al filo de tu estoque justiciero
 tiembla el alma cobarde del ruin.
 (Hernández Gavira 1937, 78–79)

Vemos rasgos similares a los del poema de Balmori en el sentido de que también se simplifica la herencia filipina y la estirpe ibérica, destilada en las figuras cristianas del Cid Campeador y Don Quijote (“aquel que fue jinete del Rocín”).

Los ejemplos de conexión con el exotismo del modernismo latinoamericano van más allá de los sonetos y las declaraciones identitarias más o menos explícitas hacia terrenos más sutiles y, digamos, más claramente autoexotizantes. Tenemos como ejemplo la transformación del poema *Sonatina* de Rubén Darío en una representación teatral ambientada en un pasado idílico filipino de mano de Jesús Balmori, que la titula con el primer verso del poema de Darío “La princesa está triste” (1919, 195–199). El mismo autor adapta un cuento oriental al contexto filipino en el poema “Éxtasis”, en el que encontramos

versos como “Do duerme la princesa/ como en los bosques la malaya flor” (1904, 29). José Hernández Gavira realiza una adaptación similar en su poemario *Mi copa bohemia*. Así comienza su poema “A la vera del camino”, con muchos ecos de “A Margarita Debayle” de Rubén Darío:

A la vera del camino
el amplio mar por vecino,
habita un Rey del ensueño
de un blanco palacio dueño.

Es el Brujo de la Ermita
–dice la rubia Clarita–
tiene fuego en las miradas
y guarda fieras aladas.

(Hernández Gavira
1937, 170)

Más adelante aparece un hada madrina y, aún más adelante, se refiere literalmente a los “[...] cuentos orientales/ de hadas y reinas banales”. El tono de ensueño es propio también de los poemas modernistas orientalistas latinoamericanos. Lo destacable en este caso es que, junto a estos elementos totalmente ajenos a la realidad de la sociedad industrializada y propios, por tanto, del escapismo presente en los poemas americanos, aparecen elementos reconocibles de la cultura filipina, como “Clarita” o “María Clara”, la protagonista de la novela *Noli me tangere* de José Rizal (1887), que se ha interpretado a menudo como alegoría de Filipinas, o como “la Ermita”, con mayúscula, que es un barrio de Manila cercano a Intramuros.

El fenómeno de autoorientalización lleva incluso a que Lorenzo Pérez Tuells escriba en 1919 una casida –una forma poética árabe famosa en la literatura en español por haber sido utilizada más tarde por Federico García Lorca (1949)– alegórica de la separación de caminos entre España y Filipinas, que entronca en la forma y en la temática con géneros filipinos como el moro-moro, que refleja las luchas entre cristianos y musulmanes en el sur de Filipinas. En el poema de Pérez Tuells llamado “El alma de la raza”, España está representada por un rey cristiano que tiene a una morisca cautiva. La morisca representa a Filipinas. Tras varias estrofas de tensión en las que se compadece a la morisca por el sometimiento que le impone el cristiano, el cristiano le dice a la morisca:

Vuelve a tus tierras, cuitada,
que es duro verte angustiada
como una rosa arrancada
del más gallardo rosal;
y cuando, en ímpetu osado,

hayas el sol eclipsado
 de mi escuadrón destrozado
 sobre tu suelo natal,
 venme a encontrar desarmado
 cabe el blasón leonado
 de mi castillo feudal.
 (Pérez Tuells 1973, 19–21)

La plasmación de las preocupaciones patrias por medio de formas orientales u orientalizadas es interesante, en parte, porque una de las críticas que Wenceslao Retana realizaba a los modernistas filipinos era que, según él, se despegaban de la realidad de su país y hablaban de temas extranjeros. Lo que no pudo o no le dio tiempo a ver a Retana es que, a menudo, estos autores estaban dando nombre a ese Oriente difuso de los poemas latinoamericanos y ubicándolo en Filipinas mediante la inserción de pinceladas culturales e históricas autóctonas.

Cuestiones sociales: contra la invasión estadounidense

El énfasis del tema patriótico y la reivindicación de figuras icónicas de la cultura española como El Cid o Don Quijote que veíamos en los sonetos filipinos conectan con una reevaluación del pasado español que también se da en Latinoamérica a partir de 1898, cuando, según Isidro Sepúlveda, los intelectuales de allá dejan de ver a España como un potencial agresor y pasan a identificar a Estados Unidos como un peligro contra su independencia y su esencia identitaria. La decadencia de España tras la pérdida de las colonias percute en una empatía hacia el antiguo colonizador y una identificación con la antigua metrópoli en valores, lengua y religión (Sepúlveda Muñoz 2005, 77), lo cual también ocurre en Filipinas tras la invasión estadounidense. Este cambio de enemigo se refleja en América Latina en textos como el discurso “El triunfo de Calibán” de Rubén Darío, que se publicó en la prensa argentina en 1898, en el que el poeta nicaragüense expresa su disgusto frente a la expansión estadounidense llamándolos, precisamente, calibanes: “El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones” (Darío 1998, 451).

La sociedad filipina del momento se divide entre los defensores de la modernidad que trae Estados Unidos y los que oponen resistencia a la nueva ocupación cultural mediante el uso de la lengua española. Estos últimos⁶ proceden de manera similar a como lo hicieron los latinoamericanos con el antagonismo alegórico entre *Ariel*, el espíritu puro que simboliza la esencia latinoamericana, y *Calibán*, el gigante voraz y estúpido que solo responde a impulsos, vicios y estímulos terrenales (Rodó 1900). La alegoría filipina antagoniza a *Quijote*, que refiere a la herencia hispánica ya integrada en la identidad filipina, y *Sancho Panza*, el poco cultivado intelectualmente, cobarde, identificado con

lo terrenal y lo corpóreo (Ortuño Casanova 2019). 1905 es un momento clave para esta oposición: la conmemoración del centenario del Quijote supone uno de los últimos alientos para mostrar fuerza por parte de la comunidad española en Filipinas y los hispanohablantes filipinos en el pulso que mantienen con los anglófonos y anglófilos. A partir de este contexto surgen varias composiciones de temática quijotesca, entre las que podemos destacar el poema de Pacífico Victoriano que ganó el concurso organizado por el periódico *El Mercantil* para celebrar la efeméride:

Goza vida inmortal en las edades
 El libro bello que tu fama afianza.
 En todas las humanas sociedades
 Sueña Quijote y ríe Sancho Panza...
 [...]
 Vive aún Sancho con vida depravada
 Y el pundonor con su ambición se junta;
 ¡No está la sociedad regenerada,
 Y la aurora social aún no despunta!
 (Victoriano 1905)

La crítica más o menos velada a Estados Unidos, camuflada en el personaje de Sancho Panza, se vuelve más evidente en los versos de algunos poetas como Cecilio Apóstol, autor del poema “El yankee” (1950, 73–74). Por su parte, Zoilo Hilario dedica un libro casi al completo a la crítica del colonialismo estadounidense, el poemario *Adelfas (de la lira)* de 1913,⁷ donde encontramos una carta abierta a Estados Unidos en el poema “Oración del día”:

Celeberrima Señora
 Que ostentas una oriflama de muchas rayas y estrellas
 Y tienes rubias doncellas;
 Ave augusta, seductora
 Que con cantos melodiosos trasplantaste tus reales
 A esta tierra de los Burgos y Zamoras y Rizales:
 [...]
 Es una sentida súplica que en estas frases se encierra:
 ¡Quítanos de lo que odiaste bajo el control de Inglaterra!
 (Hilario 1913, 7–8)

La protesta de los hispanohablantes filipinos se basa en, por un lado, afirmar que la herencia hispánica es ya parte de la identidad filipina, lo que les da legitimidad para escribir poemas anticoloniales en lengua española, la lengua del antiguo colonizador convertida ahora en lengua de resistencia

antihegemónica, y, por otro lado, en solicitar que se detenga el sinsentido de que un país que ha sido colonizado y que ha luchado por su libertad, como es Estados Unidos, reproduzca el abuso colonial sobre otro país, en este caso Filipinas.

Cuestiones sociales: la mujer moderna

Otro de los debates de actualidad que también aparece en la poesía es la cuestión del modelo de mujer en esa sociedad cambiante entre el catolicismo y conservadurismo español, y el sufragismo y liberalidad estadounidense. Por lo general, las mujeres en la poesía amorosa escrita por hombres son el prototipo de la dalaga: mujer joven virtuosa, objeto de admiración y deseo, que sigue el modelo de la María Clara de José Rizal. De hecho, a menudo se menciona a María Clara como símbolo de todas las mujeres o de aquellas que sufren por amor, como en el poema de Claro Mayo Recto “¡No llores!” dedicado a una colegiala:

¿Por qué la maya agreste que en el azul volara
no ensaya en estos días su tropical canción?
— Porque entre viejos muros gime María Clara,
por la ausencia de Ibarra, su dulce ensoñación.
(Recto 1911, 100)

El mismo Recto dedica un poema a “Las dalagas filipinas” que culmina resumiendo el tópico:

Quien dice que no es bella la mujer filipina,
que visite estas tierras de Burgos y Rizal,
y verá que es más mística, más dulce y más divina
la hija de los rajás, la niña tropical...
(Recto 1911, 27)

Conforme la realidad social se moderniza, el modelo de la María Clara va quedando atrás para muchas mujeres, lo que crea una tensión entre crítica y añoranza de los viejos modelos por parte de algunos poetas que tienden al conservadurismo, como se ve en la sátira de Balmori “La puput de mis amores”:

No tiene estudio alguno, es grosera en su trato,
Como ella está sin tacha, no hay virtud que no tache,
Se dice reticulta, y escribe asesinato
¡Con hache!
Critica a todo el mundo. Es la única elegante,

La única popular, la única distinguida;
Odia la morisqueta de un modo horripilante,
¡Desde recién nacida!
[...]

(Balmori 1928, 234)

A pesar de las críticas a la superficialidad de los nuevos modelos de mujer, también observamos, en ocasiones, reconocimiento de sus logros sociales y, sobre todo, profesionales y educativos, como en el poema “Mujer moderna” dedicado a “las U.P. Girls”, las estudiantes de la universidad fundada por los estadounidenses en Manila a principios del siglo XX. En este poema, Bernabé aprecia el potencial de la mujer filipina que, sin perder el carácter soñador que el poeta atribuye a las dalagas/María Claras, despliega un sinfín de habilidades en diversos ámbitos, entre las clases de matemáticas, las charlas y los deportes, y la considera el porvenir de la nación:

Mujer: sigue tu senda, o como tú quieras.
Tienes el sortilegio de todas las quimeras,
¡mariposas del alma que no pueden morir!

Como hiedra simbólica la Historia se te enlaza...
Eres el encantado compendio de una raza
que, atada a su pasado, conquista el porvenir.
(Bernabé 1929, 181)

Podemos decir que debates semejantes a los que se estaban dando en prosa en la prensa, en las narrativas de ficción y en el teatro, se están dando también en la poesía que, por su propia idiosincrasia, acaba siendo un lugar ideal para la definición condensada y certera de las mujeres que admira cada poeta, mientras las propias mujeres prefieren expresar sus propias opiniones en los periódicos y en prosa.

Lo autóctono filipino

La nueva situación colonial con la invasión estadounidense no frena el proceso comenzado en el siglo XIX de exploración de la identidad nacional del archipiélago, que se centra en gran medida en la integración de rasgos de la literatura prehispánica en la poesía. Como Bienvenido y Cinthya Lumbea aseveran, estas composiciones ejercieron una influencia sobre la literatura posterior en cuestión de apariencia, técnica y tema (Lumbea y Nograles Lumbea 1997, 2). Vamos a dividir esta posible influencia en tres tipos de poesía: la épica, la poesía satírica y las poesías biográficas.

Épica

Los poemas épicos son uno de los géneros cultivados durante la época prehispánica. E. Arsenio Manuel los describe como narrativas largas, basadas en la tradición oral, que tratan de eventos supernaturales o hazañas heroicas, escritas en verso, por lo general cantadas, y con el serio propósito de representar o validar las creencias, costumbres, ideales y valores populares (Manuel en Lumbra y Nograles 1997, 5). Entre la poesía en español de principios del siglo XX, podemos identificar algunos poemas épicos que comparten ciertas características con estas composiciones prehispánicas. Por ejemplo, *A la laguna de Bay: Fantasía filipina* (1921), obra de Fernando Canon, comienza con la voz poética en una barca que, a raíz de una tempestad, es arrastrada en un viaje onírico o supernatural y llevada a plantearse cuestiones sobre la identidad filipina y la posibilidad de combinar el conocimiento de los pueblos nativos con la tecnología y la modernidad occidentales (véase Álvarez Tardío 2013). La idea del viaje y el cambio que este implica es uno de los argumentos que predominan en ciertas épicas prehispánicas. Al texto de Canon le antecede “El terror de los mares Índicos” de Cecilio Apóstol, publicado en prensa y después en la recopilación de los poemas de Apóstol titulado *Pentélicas* (1950), que reescribe la historia del pirata chino Limahong. A pesar de la inspiración romántica (Ortuño Casanova 2024, 129), el poema también comparte la temática heroica, la escritura en verso y la longitud. Sin embargo, en lugar de validar creencias, este poema contradice el conocimiento asentado por parte de los españoles sobre este pirata para, en cambio, idealizarlo. En el mismo libro, el poema “El cerro de Cotabato” (Apóstol 1950, 39–43), escrito en 1896, narra las hazañas del sultán Kuralat (o Corralat, como lo llaman en las crónicas) en el evento del cerro de Cotabato que tuvo lugar en Mindanao en el siglo XVII. Tras las primeras estrofas, cambia el punto de vista y pasa a alabarse la valentía española y la victoria en el enfrentamiento final con el sultán, que había frenado la expansión del cristianismo en el sur de Filipinas.

Poesía satírica

La poesía satírica es otra temática desarrollada en la poesía filipina de esta época que conecta con la literatura prehispánica de dos maneras: por un lado, por la vertiente de la literatura oral, y por otra, por la vertiente estilística en el uso de las metáforas. El recurso original prehispánico recibía el nombre de *talinghaga*, que se podría traducir como “analogía”, “metáfora” o “figura” (Lumbra y Nograles Lumbra 1997, 4). Ambos rasgos de la literatura prehispánica, la ironía y la metáfora, desembocan en el género de los balagtasan, o justas poéticas de improvisación celebradas en teatros, que se venían realizando en tagalo desde 1924. Estas justas poéticas

procedían de varias tradiciones prehispánicas de debates improvisados en verso, llamados en Panay *banggianay*, los cuales derivaron, ya en época de la colonización española, en composiciones/debate de carácter lúdico (Lumbera 1994, 228). En el caso de los balagtasán en español, Jesús Balmori y Manuel Bernabé fueron los triunfadores absolutos del género, llegando a ser galardonados en 1926 con el prestigioso premio Zóbel por su justa poética “El hombre y la mujer”. Otros como Zoilo Hilarario también se atrevieron con el balagtasán.

En estas composiciones poéticas tienen bastante importancia las metáforas centrales. Los balagtasán en español parten de un ejemplo que recoge metafóricamente el valor que defiende, y luego se explica la moraleja de este *exemplum* en la conclusión. En el caso de “El hombre y la mujer”, Manuel Bernabé, para defender al hombre frente a la mujer, relata una historia apócrifa sobre la creación del mundo según la Biblia y concluye su metáfora extendida, que emparenta su poema con la *talinghaga* de la siguiente manera:

El hombre es, pues, el sueño de Dios acariciado,
 jardinero que cuida el jardín del Señor;
 nació con alma limpia de mancha de pecado
 y para él no se hicieron la muerte ni el dolor.

(Balmori y Bernabé 1927, 62)

Los debates literarios no fueron exclusivamente orales: es icónica la disputa poética que sostuvieron Jesús Balmori y Cecilio Apóstol en los periódicos a tenor del fallo del premio del “Rizal Day” de 1908 a favor de tres poemas de Balmori, presentados con seudónimos distintos, en tres categorías diferentes. Al más experimentado Cecilio Apóstol, que también optaba al premio, no le sentó bien el resultado del concurso y publicó un poema satírico en el periódico *Lipang Kalabaw* titulado “Dardos en verso”:

De la feliz sesera que vuestro coco encierra
 maravilloso invento, que os hace justo honor,
 es saber abrir surcos sin remover la tierra
 y abrir en canal almas sin producir dolor.

No cayó en saco roto vuestra palabra osada,
 la cantarán los niños (¡INRI de vuestra cruz!)
 también los seis jurados la llevarán pesada:
 cien pesos de petróleo para tan poca luz.

Y bien les hace falta a las estrofas todas
 del “tara para lara” de vuestro ruín cantar.

Mejor quinque os depare la suerte en vuestras bodas
si el himno (;ay hado triste!) no lo ha de reventar.

[...]

(Geed Ibaso 1973, 11–13; Alinea 1964, 111–117)

La disputa siguió con idas y venidas de insultos más o menos solapados entre ambos poetas hasta que intervino Fernando M. Guerrero poniendo paz.

Por su parte, Balmori es el autor de un libro completo de poesías satíricas escritas como respuesta a noticias que iban apareciendo en el diario *La Vanguardia*. Los poemas, recogidos posteriormente en el *Libro de mis vidas manileñas* (1928), se fueron publicando a menudo con referencia a la noticia específica a la que se referían.

Poesías biográficas

El género biográfico fue muy desarrollado tanto en prosa como en poesía. Para comprender esta proliferación hay que tener en cuenta diversos factores, entre ellos la tradición literaria. Según Damiana Eugenio (1987), los romances metrificados filipinos, los llamados *awit* y *korydo* o “corridos”, tendían a describir las vidas de los héroes de manera épica. Esta temática de los romances se conocía como *buhay* (“vida”). Ciertamente era útil en un contexto en que se estaban buscando trazos identitarios comunes a la hora de conformar una nación. De este tipo de poemas hemos visto en este capítulo ya algunos ejemplos, como sonetos dedicados a otros escritores o a personas destacadas de la sociedad filipina del momento –recordemos el dedicado a Luis M. Quezón– o a personajes históricos, como es el caso del romance que dedica Cecilio Apóstol al pirata Limahong. Son también muy frecuentes las loas, largas o breves, a los héroes de la revolución de 1896 y en especial a José Rizal. Pero si hablamos de conexiones con el mundo prehispánico, son especialmente interesantes los poemas que se dedican a caudillos nativos, como estos dos de Fernando M. Guerrero que destaca Edgardo Tiamson en su artículo sobre los elementos nativos en la poesía de Guerrero: “A Kalipulako” de 1908 (Guerrero 1952, 154–155) y “A Magat-Salamat”, escrito en 1910 (Guerrero 1952, 156–157; Tiamson 2008). Ambos son poemas que combinan heptasílabos y versos con el doble de sílabas, es decir, versos alejandrinos de 14 sílabas, tan utilizados durante el modernismo.

Conclusión

A pesar de que en un principio en el siglo XX se adoptan tendencias procedentes de otras tradiciones hispanohablantes (de España, el Romanticismo, y de América Latina, el modernismo), es importante destacar, frente a las críticas previas que se ha hecho a esta poesía, su individualidad y sus características propias, que incluyen una autoexotización y una autoorientalización a raíz de identificarse

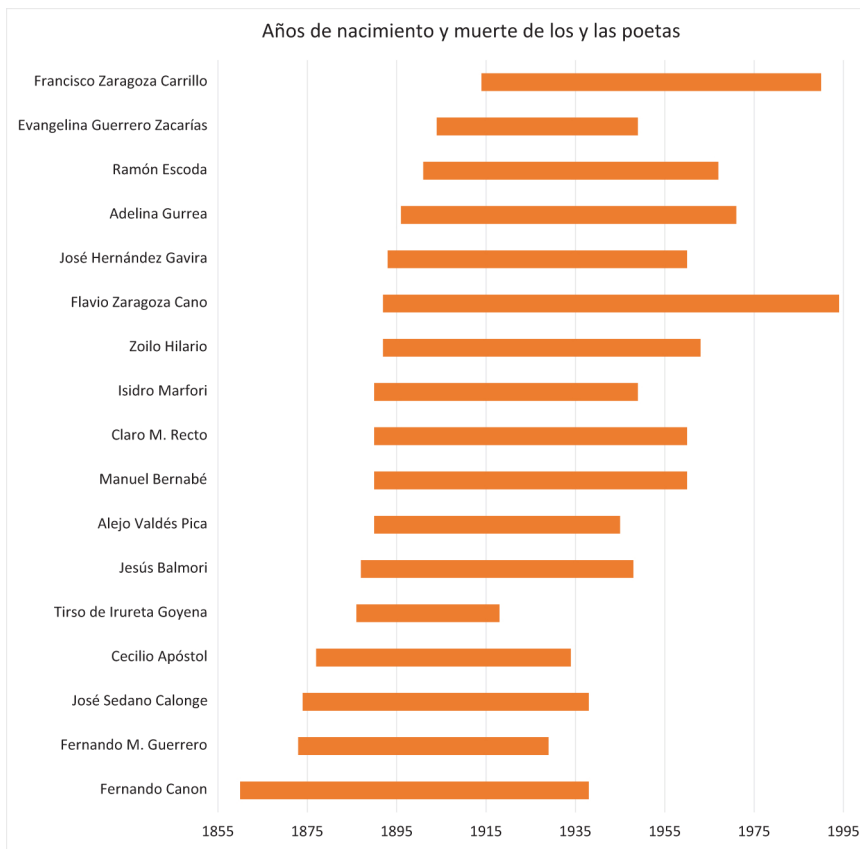


GRÁFICO 2 *Poetas que publican la mayor parte de su obra entre 1902 y 1942. Del más joven al más mayor.*

con el Oriente, pero plasmando las circunstancias sociales de su país. Además, y como fruto de estas circunstancias de tránsito entre dos colonizaciones, también se recuperan algunos rasgos y temas de la literatura prehispánica.

Anexo: obras analizadas para obtener los resultados expuestos

En este capítulo se han analizado las obras de una serie de poetas que desarrollaron la mayor parte de su producción en verso entre 1902 y 1942.⁸

Puede llamar la atención que solo aparezcan dos mujeres poetas en el elenco. Son las nacidas en Filipinas de las que hemos encontrado que hayan compilado sus poemas en libros. Dentro de los periódicos se mencionan los nombres de algunas otras poetas como Úrsula Villanueva (Benemerito 1931) o Rosario Lam, pero ha sido difícil encontrar más información o textos de estas autoras.

TABLA 2 *Corpus de las obras que se han analizado digitalmente*

	POETA	TÍTULO	AÑO
1	Apóstol, Cecilio	<i>Pentélicas</i>	1941
2	Balmori, Jesús	<i>Rimas malayas</i>	1904
3	Balmori, Jesús	<i>Mi casa de nipa</i>	1941
4	Balmori, Jesús	<i>El libro de mis vidas manileñas</i>	1928
5	Balmori, Jesús	<i>Nippon</i>	1932
6	Bernabé, Manuel ⁹	<i>Cantos del Trópico</i>	1929
7	Bernabé, Manuel y Jesús Balmori	<i>Balagtasán. Justa poética</i>	1927
8	Canon, Fernando	<i>A la laguna de Bay. Fantasía filipina</i>	1921
9	De Irureta Goyena, Tirso	<i>Rosas de amor</i>	1917
10	Escoda, Ramón	<i>El canto del solitario</i>	1936
11	Guerrero Zacarías, Evangelina	<i>Kaleidoscopio espiritual</i>	1959 ¹⁰
12	Guerrero, Fernando M.	<i>Aves y flores</i>	1971 ¹¹
13	Guerrero, Fernando M.	<i>Crisálidas</i>	1914 ¹²
14	Gurrea, Adelina ¹³	<i>En agraz</i>	1968 ¹⁴
15	Hernández Gavira, José	<i>Mi copa bohemia</i>	1937
16	Hilario, Zoilo	<i>Patria y redención</i>	1914
17	Hilario, Zoilo	<i>Himnos y arengas</i>	1968 ¹⁵
18	Hilario, Zoilo	<i>Adelfas (de la lira filipina). Tomo I</i>	1913
19	Marfori, Isidro	<i>Aromas de ensueño</i>	1915
20	Pérez Tuells, Lorenzo	<i>La vuelta de Don Quijote</i>	1973 ¹⁶
21	Recto, Claro M.	<i>Bajo los cocoteros</i>	1911
22	Sedano Calonge, José	<i>Háblame en español. Versos y prosas</i>	1935
23	Valdés Pica, Alejo	<i>Electa</i>	1915
24	Valdés Pica, Alejo	<i>Íntimas</i>	1919
25	Victoriano, Pacífico	<i>Arpegios</i>	?
26	Victoriano, Pacífico	<i>Arias de primavera</i>	1916
27	Zaragoza, Francisco	<i>Emocionario</i>	1929
28	Zaragoza Cano, Flavio	<i>De Mactán a Tirad</i>	1939
29	Zaragoza Cano, Flavio	<i>Cantos a España</i>	1936

Así pues, las obras consideradas en los estudios cuantitativos y cualitativos mostrados son las siguientes:

Notas

- 1 Debido a que en este capítulo realizaremos algunos análisis de lectura distante y cuantitativos, es importante declarar con qué obras y autores/as hemos trabajado. El corpus se describe en la tabla 2 y el gráfico 2, en la sección “Anexo”.
- 2 En el archivo digital de prensa histórica filipina *PhilPeriodicals*, hay acceso a un ejemplo de estos poemas modernistas y una pequeña explicación sobre el tema: <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/items/show/48>
- 3 En el mismo archivo reseñado en la nota anterior hay una copia de una serie de poemas contextualizados de Fernando María Guerrero publicados en *Domus Aurea*: <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/items/show/55>
- 4 Finalmente, en *PhilPeriodicals* encontramos una reflexión teórica titulada “El modernismo en el arte” publicada en *Domus Aurea* y escrita por Sixto Roses en 1908: <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/items/show/49>
- 5 En CorpusDisco, una aplicación para comparar sonetos en español, pueden verse juntos y contrastar la métrica de los sonetos llamados “Blasón” de Santos Chocano, Jesús Balmori y Hernández Gavira. La búsqueda exacta se encuentra en este enlace <https://prfl.org/disco/showpoem.php?id=25,276,156>
- 6 En los años treinta ya se consideraba a estos escritores anticuados y nostálgicos de un pasado colonial elitista e idealizado que ensalzaba los valores de la religión, la hispanidad y la tradición (de la Peña 2008, 105).
- 7 Sobre la poesía anticolonial de Zoilo Hilario merece la pena leer el artículo de Isaac Donoso “Crónica de Filipinas en la poesía de Zoilo Hilario” (2013).
- 8 Los poetas seleccionados, que aparecen en la tabla que hay a continuación, comprenden solo aquellos que han publicado libros que hemos podido digitalizar. De todos estos autores y de sus obras se puede encontrar más información en la base de datos *Filiteratura*, donde también se encontrará la ubicación de sus libros <https://filiteratura.uantwerpen.be/database/>. La fecha de muerte de Sedano Calonge se ha calculado por las últimas publicaciones suyas que hemos encontrado en *La Vanguardia* (Sedano Calonge 1938).
- 9 *Perfil de Cresta*, su otro poemario, se publica en 1957 y, por tanto, entra en la sección sobre literatura entre 1943 y 1965.
- 10 Premio Zóbel de 1935.
- 11 El autor murió en 1929.
- 12 2ª ed. 1952.
- 13 *A lo largo del camino*, su otro poemario, se publica en 1954, por lo que hemos decidido pasarlo a la sección sobre literatura entre 1943 y 1965.
- 14 Poemas escritos entre 1916 y 1926.
- 15 La mayor parte de poemas fechados se escribieron entre 1932 y 1942. Hay uno de 1917 y, luego, algunos dedicados a personalidades y héroes o a su hijo, fechados en 1943, 1944, 1946, 1948, 1950 y uno a Elano D. Roosevelt de 1955. Por no romper el poemario, incluimos en este corpus todos ellos.
- 16 Se edita póstumamente. La mayor parte de los poemas pertenecen al periodo que nos ocupa.

19

NARRATIVAS DE FICCIÓN

Alianzas soñadas y almas locas

Sony Coráñez Bolton y Ernest Rafael Hartwell

Era una guerra triste. Los hombres blancos, los que tenían a gala y orgullo pertenecer a esa raza superior, se habían olvidado súbitamente de su cultura y de su civilización, matándose como los primitivos guerreros, suprimiendo a cañonazos los progresos acumulados durante siglos como una riqueza inamovible.

Antonio Abad, *La oveja de Nathán*, 1922

He aquí una mujer que está lavando su pecado en la piscina del bien.

Manuel Bernabé, “La que lavó su pecado”, 1932

La prosa de la llamada “Edad de oro”, nutrida del desarrollo burgués de una clase ilustrada en el siglo XIX e informada por una relación ambivalente con los nuevos colonos norteamericanos, representa un archivo robusto y fértil de reflexiones sobre la identidad nacional, debates sobre el colonialismo y meditaciones sobre transformaciones sociales, culturales y morales. Este capítulo se centra en los prosistas filipinos que deciden explorar y cuestionar la identidad nacional, las trayectorias de la modernidad y los lazos culturales y políticos. ¿Es Filipinas malaya, hispana o anglosajona? ¿Qué significa la independencia para los filipinos? ¿Hay espacio en la modernidad para los filipinos? ¿Cómo participan en ella los hombres junto con –o a diferencia de– las mujeres? ¿Cómo utilizan la literatura con el fin de negociar dimensiones de diferencia como raza, género, sexualidad y discapacidad durante un período de soberanía frustrada? Estas son las preguntas en torno a las cuales giran las prosas de José Mariño, Buenaventura Rodríguez, Jesús Balmori, Guillermo Gómez Windham, Evangelina Guerrero, Antonio Abad, José Reyes, Pedro Paterno y Manuel Bernabé, entre otros.

Continuaciones del costumbrismo

Frente al afán reivindicativo de la hispanidad y de resistencia ante el invasor estadounidense que presenta la poesía de los primeros años tras la descolonización hispana, la narrativa se aferra al “costumbrismo de Rizal, [y] sabe mejor que la poesía acercarse a la circunstancia social propia” del país (García Castellón 2001, 22). John D. Blanco define el costumbrismo filipino como la descripción detallada de personas y grupos típicos, de pasiones y eventos que tiene la meta de entretener o conmover a un público y que, en el contexto de España y Filipinas, son representaciones organizadas en “álbumes” que buscan desmentir las representaciones de esos países realizadas por extranjeros (2009, 161–163).

Uno de esos escritores que revisita modelos costumbristas es Buenaventura Rodríguez, un cebuano cuyo cuento “El *aswang*”, publicado en *The Independent* en 1915, captura de manera elocuente la tensa relación entre los ilustrados y los sectores populares. Narrado en primera persona desde la perspectiva del protagonista, un autoproclamado “ilustrado”, el cuento relata el suceso de una aldeana supuestamente poseída por un espíritu demoníaco, o *aswang*, instalado en su vientre, cuya familia ha tratado de extraer sin éxito mediante todo tipo de remedios. Ante los sucesivos fracasos, piden ayuda al narrador, que se da cuenta, usando su capacidad de razonamiento científico, de que está embarazada. El giro final de la trama es que, al parecer, el padre de la criatura no es el prometido de la madre. El cuento mezcla el humor con cierta condescendencia mostrada por el narrador hacia los más pobres y menos educados, mostrando una división que continúa en cierto sentido las frustraciones con el pueblo desplegadas en las novelas de Rizal y otros textos filipinos finiseculares (Buenaventura Rodríguez 2001).

Sin embargo, no todos los textos costumbristas revelan división y condescendencia. José Mariño, por ejemplo, publica “Leyenda de los cinco hermanos” en *El Renacimiento Filipino* en 1910, en el que afirma la fraternidad entre el narrador de la capital y los llamados “moros” de Mindanao. El cuento emplea una narrativa de marco, es decir que usa una forma de narrar común en el medievo ibérico, en la que el narrador comienza el relato contándole al lector sobre un personaje que a su vez relata otra historia. El narrador principal suspende su propia voz narrativa hasta el final del relato, cuando ofrece una moraleja o reflexión sobre el relato interior. Así, en el cuento se comparten las responsabilidades de narración entre el narrador, un viajero ilustrado cuya misión es “de alianza y de paz” (Mariño 2001, 194), y el jefe o “Apó” de una tribu de los alrededores de Marawi, que cuenta una fábula sobre cinco hermanos que colaboran mágicamente para rescatar a una princesa. El propósito del cuento es desmentir la representación de estos moros como “una legión de salvajes” (2001, 195) que algunos “detractores” (2001, 200) quisieran aniquilar. De todos modos, este cuento afirmador de una “solidaridad pan-filipina” y de

una defensa de la “integridad territorial” (2001, 202) según Manuel García Castellón, también adquiere un tono indirectamente condescendiente y orientalista cuando presenta a los “moros” como “ingenuos” y “pueriles”, insistiendo en la moralidad de su sencillez.

En estas novelas cortas y cuentos, a menudo publicados en las secciones literarias de periódicos filipinos en castellano como *La Vanguardia* o *El Debate*, autores como Rodríguez y Mariño buscan aplicar modelos literarios del siglo al comentario de su propia época y sociedad para retratarla, juzgarla y redefinirla. Este es también el caso y la intención de “Almas locas” de Jesús Balmori (1987, 2-7), un cuento estilo “ráfaga” aparecido en 1908 en *La Voz de Manila* que gira en torno al tema de la modernidad y retrata el violento fin de una pareja casada para advertir sobre los peligros de la infidelidad y el capricho. “Almas locas” entra en el grupo de textos literarios que intervienen en los debates sobre el divorcio que está teniendo lugar a principios del siglo XX, incluso tras la aprobación del Act 2710 de la ocupación norteamericana que permitía el divorcio en casos de adulterio (Cruz 2016, 288).

En otro orden de retrato social, *Tía Pasia*, publicado en 1924 por Guillermo Gómez Windham mezcla el costumbrismo con el género picaresco y critica de manera jocosa la burocracia, la americanización, los espiritistas fraudulentos, el creciente deseo entre las mujeres de lograr la igualdad de derechos, la corrupción y la inmigración (Gómez Windham 2001). Por su parte, “Como las aguas dormidas”, cuento publicado en 1937 por Evangelina Guerrero, hija del poeta Fernando María Guerrero, siembra la semilla de la esperanza dentro de un relato de fraternidad frustrada entre amigos que se distancian cuando el uno no le cuenta al otro sobre la infidelidad de su novia, pero que acaban reconciliándose para, al menos, convivir como vecinos. No es difícil ver a Filipinas y España en los amigos de este cuento, países que logran reconciliarse al alejarse de la clásica y jerárquica representación de ambos como madre e hija (Guerrero Zacarías 2001).

A pesar de que la mirada de estos prosistas costumbristas oscila entre el desdén y la simpatía, y el desencanto y el optimismo, todos estos textos coinciden en ilustrar la urgencia de tener una voz filipina –y no extranjera– para decidir a quién incluir, a quién excluir y a quién reformar en el proceso de concretar una identidad nacional. A diferencia de la escritura imperialista española sobre Filipinas, como los textos de Pablo Feced o Wenceslao Retana, pero también divergiendo de los modelos eurocéntricos de los ilustrados decimonónicos que pasaron tanto tiempo en Europa como en Filipinas, estos son textos escritos sobre Filipinas, en Filipinas, por autores filipinos y dirigidos a lectores filipinos. De esta manera, buscan con la prosa definir y defender una identidad filipina en formación y al mismo tiempo frustrada por la perpetuación del sistema colonial bajo el poder estadounidense. A dicha frustración nos aproximamos en la siguiente sección.

Ambivalencia hacia Estados Unidos

A primera vista, la novela corta *Los heraldos de la raza* (1911) de Pedro Paterno parece otro texto costumbrista más. Trata de dos amigos pobres que estudian juntos, se enamoran de la misma mujer y siguen caminos típicos y divergentes: uno se hace abogado y político y el otro, maestro. De esta manera, parece esbozar arquetipos, como afirma Megan Thomas sobre el costumbrismo, que representan personas y escenas típicas de manera exagerada y satírica, de modo que el lector pueda, a un tiempo, criticarlas y sentir empatía hacia ellas (Thomas 2012, 104). Pero una lectura más detenida revela que esta obra articula una alegoría de dos modelos culturales a través de Luis el abogado y Ramón el maestro, una alegoría que acaba por mostrar su escepticismo hacia las promesas del modelo cultural norteamericano: la electricidad, la industrialización, el abandono de las letras y el *get-rich-quick*.

Este doble sentido no debería resultar demasiado inesperado, ya que, como afirma Adam Lifshy, Paterno tiene la costumbre de incluir mensajes sediciosos sobre Estados Unidos en obras de teatro y textos que no se presentan *a priori* como antiamericanos. Tómese, por ejemplo, *La alianza soñada* (1902), una obra de teatro escrita en español y llevada al escenario en tagalo. Curiosamente, durante una representación de la obra estuvo en el público William Taft, director de la Taft Commission que gobernaba el archipiélago en aquel entonces y futuro presidente de Estados Unidos y magistrado del Tribunal Supremo de Justicia del mismo país. Esta obra, que tiene lugar en Filipinas y cuyo argumento discurre entre los siglos XVI y XX, se presenta como un homenaje a la ocupación norteamericana incluyendo, por ejemplo, una escena final en la que se mezclan los himnos nacionales de Filipinas y Estados Unidos, con todos los filipinos, muertos y vivos, cantando: “Brille eterna nuestra alianza fraternal con la gran República democrática” (Lifshy 2016, 24). Ahora bien, al mismo tiempo que se cantan las alabanzas de EE. UU., también se establece un patrón que promueve el rechazo a las fuerzas invasoras (Lifshy 2016, 26). Del mismo modo, *Los heraldos de la raza* describe un triángulo amoroso entre dos amigos con principios diferentes: Luis quiere “sueldos y honores” y por eso construye una carrera como abogado y político, y Ramón prefiere estudiar y ser profesor, aunque no gane mucho. Los dos adoran a Leonor, que representa el ideal de belleza, pero ella decide irse con Luis que se hace diputado. Después de una carrera marcada por la honradez y la humildad, Ramón acaba como líder de la República independiente de Filipinas, mientras que su amigo Luis acaba “cayendo en el desprestigio” (39). Una lectura detenida permite percibir que esta novela corta mide las posibilidades de los diferentes modelos culturales, a través de su proyección sobre las vidas y los cuerpos filipinos. Luis, desafiando el idealismo de Ramón, le dice: “Todo el mundo celebra el triunfo. Los caminos honrados y humildes son para los

tontos” (19). De esta manera, Luis se presenta como el prototipo de un nuevo funcionario filipino americanizado, cuyas metas están arraigadas en una serie de promesas efímeras asociadas con el sueño americano. Entretanto, Ramón toma el camino de las letras, donde la fama vale menos que la erudición, y el dinero menos que el patrimonio cultural. De esta manera se plantea la oposición entre el modelo estadounidense y el modelo ilustrado que está quedando desfasado, lo que encarna un Ramón sin dinero y sin la atención de su amada Leonor. Sin embargo, el último capítulo tiene lugar en una deseada y, en 1910, aún utópica Filipinas libre, en la que se da lo que el modelo estadounidense impide: el éxito del maestro humilde y desinteresado, el reconocimiento de la importancia de la erudición y la centralidad de la cultura, arraigada en su conexión con tradiciones clásicas para el bienestar del filipino.

De manera similar a *Los heraldos de la raza*, “El candidato”, el cuento de 1931 de Enrique Laygo, relata cómo la ambición política emponzoña la felicidad doméstica, representando la administración colonial como algo inaccesible para el filipino y, a la vez, corruptor de la simplicidad romántica de la vida en la casita de nipa de donde procede el protagonista, Guillermo. Por su parte, el cuento de Manuel Bernabé “El maestro que paró en la cárcel”, publicado en el suplemento sabatino de *La Vanguardia* en 1936, critica las prioridades norteamericanas y los arbitrarios y opresivos estatutos municipales (2001, 286).

Otro ejemplo ilustre de narración en la que se oponen los dos modelos culturales contendientes en el momento es la novela *La oveja de Nathan* de Antonio Abad (1922), en la que se narra el conflicto interior de un patriota pobre pero ambicioso de Cebú, que se encuentra en un momento luchando con las fuerzas armadas norteamericanas en la I Guerra Mundial y, en otro, escribiendo para *The Madrid Daily Chronicle*, un diario imperialista y sensacionalista. Esta obra antiimperialista cuestiona implícitamente los discursos de civilización y progreso que emplea Estados Unidos en defensa de su misión colonizadora en Filipinas y más allá: “Era una guerra triste. Los hombres blancos, los que tenían a gala y orgullo pertenecer a esa raza superior, se habían olvidado súbitamente de su cultura y de su civilización, matándose como los primitivos guerreros, suprimiendo a cañonazos los progresos acumulados durante siglos como una riqueza inamovible” (2001, 228). Abad incluso admite, de manera indirecta, la ironía de la declaración anterior, afirmando que el control colonial norteamericano y la participación filipina en la guerra deben entenderse como una gran ironía cósmica:¹

¡Oh, sarcasmo de los sarcasmos! A los filipinos se les negaba incluso la capacidad de regirse por sí mismos, alegando que no podrían establecer un gobierno estable, y ya ellos, alucinados con la palabreja de fabricación aliada, se metían a combatir por la causa de una civilización que Estados Unidos se empeñaba en negarles. (Abad 2001, 236)

Aquí hallamos una conexión con las notas de Rizal en su edición de 1889 de las crónicas de Antonio Morga (publicadas inicialmente en 1609): Rizal introduce lo que llama la función “irónica” de las historias oficiales (Morga 1958, 12), consistente en la práctica de los cronistas de decir algo que implicaba exactamente lo contrario a lo enunciado. De esta manera, sospecha que, por ejemplo, cuando usan el verbo *pacificar*, realmente quieren decir “entrar en guerra” (1958, xxxiv). Abad continúa, pues, la tradición de Rizal de emplear la ironía en críticas antiimperiales, pero también la de afirmar que hay que identificar y combatir ciertas ironías que estructuran las matrices de poder de España y Estados Unidos en Filipinas.

En estos textos narrativos, la representación de Estados Unidos adopta varias formas: la de un redentor falso e hipócrita, un modelo cultural dañino, una fuerza corruptora, una administración arbitraria e incapaz. La resistencia que ofrecen los escritores varía entre, por una parte, la crítica optimista de Paterno, quien sueña con un futuro cercano en que Filipinas podrá ser libre y conservar sus referentes culturales hispanos, y, por otra parte, el comentario tan mordaz como resignado de Abad en *La oveja de Nathan*, que describe la administración colonial como el catalizador de una serie de repetidas tragedias personales. Si bien la literatura filipina en castellano potencia una resistencia anticolonial, también cabe entender cómo representa una vertiente moralista de disciplina y negociación identitaria con respecto a género, raza y cuerpo.

La moralidad en crisis: intersecciones de raza, género y discapacidad

Las preocupaciones en torno a los roles de género y su intersección con la identidad racial fueron un tema sobresaliente en la literatura de esta época. Los lectores se enfrentaron a un núcleo textual cuyos temas, tramas y personajes intentaban fortalecer una moralidad católica arcaica en una sociedad filipina que estaba experimentando tremendos cambios políticos. De hecho, a menudo esta moralidad y sus conceptualizaciones coincidían con la (re)formulación de ideas sobre la identidad de la mujer filipina o sobre cómo debía ser esta mujer. Las líneas con las que Pedro Paterno abre su novela *El alma filipina* (1910) ilustran tal reflexión sobre el ideal femenino: el primer capítulo, “Filipina, flor de virtud”, presenta a Elena con una “cara de Virgen, blanca y alta, y toda armoniosa en triunfo de líneas y morbideces” (9). Para cuidar de sus padres enfermizos, Elena, o “Nena”, trabaja laboriosamente como cigarrera en “La Fábrica”, una apelación que refleja los cambios industriales y económicos de las Filipinas durante la ocupación americana.² Otros espacios remiten a la modernidad. Por ejemplo, en la *Novela de la vida real* (1930), la institución del hospital con una medicina moderna surge como elemento fundamental de la vida moderna filipina. En esta misma novela, José Reyes propone dos versiones de la feminidad filipina, caracterizadas por divisiones raciales. Rosarito es una

“trigueña”³ que se encuentra en el hospital en espera de tratamientos médicos, evidentemente por tuberculosis. Se dedica a escribir poesía en castellano, reactivando la cultura hispana en un momento en que parece concretizarse la promesa de la independencia mediante la Tydings-McDuffie Act de 1934. Por un lado, la protagonista, que se presenta como una guardiana cultural, es la “convaleciente” que va recuperándose al mismo tiempo que recupera la voz filipina en castellano; por el otro, su cuerpo enfermo es una metáfora del estatus de “discapacitado” de las letras hispanas. Tal discapacidad parece requerir una infusión de vitalidad para mantenerse como parte vigente de la cultura filipina. El cuerpo de la trigueña filipina se convierte en metáfora del estatus de las letras y la cultura hispanas del país: requiere recuperación. Aunque está debilitada por su enfermedad, Rosarito demuestra con claridad las destrezas literarias que tiene: muestra no solo la función didáctica del castellano, sino también que esta lengua en sí representa un mecanismo de recuperación para la sociedad filipina. Sin embargo, el cuerpo de la filipina morena tiene primero que sufrir para desarrollar esta lección.

La angustia por la pérdida del castellano está también presente en el prefacio de *Novela de la vida real* escrito por Teodoro Kalaw: “He leído esta novela con interés y la recomiendo a los que en Filipinas leen el castellano o quieren aprenderlo, que son desgraciadamente pocos en número cada día” (Reyes 1930, 1). Kalaw continúa comentando sobre el rol que la ficción en castellano puede desempeñar para apoyar a una sociedad cuya moralidad estaba, según él, en peligro de desvanecerse: “Ahora que abundan libros que aunque brillantemente escritos son de tendencias y valor moral discutibles para nuestra juventud, la lectura que nos proporcionan las obras del Sr. Reyes constituye una excepción muy saludable” (Reyes 1930, 1). La identificación racial del cuerpo incapacitado (la “trigueña” Rosarito) coincide con la tarea de continuar la vida del corpus “discapacitado” de las letras hispanofilipinas.

La articulación de raza y género ilustra cómo las ideas sobre el mestizaje estaban cambiando en la primera mitad del siglo XX. Rosarito, la poetisa discapacitada de Reyes, representa un modelo de virtud moral —una moralidad que se asocia con la continuación de las letras filipinas en castellano—. Estas virtudes se demuestran en las representaciones de otras figuras femeninas en la novela de Reyes. A “Ángela [quien] era una beldad medio amestizada” se la considera “menos atractiva que la otra,” es decir, Rosarito, la “trigueña” (Reyes 1930, 1): Reyes enfatiza la parte indígena del mestizaje, cuando veinte años antes, Pedro Paterno describía a la mestiza como eminentemente blanca, “bella y virginal”, y asociaba la pureza con la blancura. Reyes modifica esta asociación y apunta cambios en las obsoletas jerarquías raciales que ensalzaban lo blanco. Mientras que el arquetipo de la hija diligente y solícita, servidora de la nación filipina, era idealmente mestiza-blanca en 1910, para Reyes, en 1930, debe tener una belleza “típicamente filipina” (1), lo que muestra una revalorización del estatus de la “raza malaya” en la literatura.⁴

La discapacidad física y mental aparece también a menudo en la ficción filipina de la época. En ocasiones, la mujer filipina se presenta como la “causa” de la misma discapacidad que luego ella tiene que resolver para cumplir con su deber nacional. Como ya se mencionó, el personaje de Reyes, Rosarito, es una poeta trigueña que convalece en el hospital, bajo el cuidado de una *nurse* filipina a quien Reyes dedica una Oda intercalada para elogiar sus esfuerzos casi sobrenaturales (1930, 59–60):

Sencilla y humilde, como esa tímida flor que oculta su perfume entre el silencio de los altos muros, cuando el deber la llama y la coloca junto al lecho de dolor de los que sufren, prodigándoles el bálsamo espiritual de su ternura y solicitud, la nurse, con su albo traje y nívea toca graciosamente prendida sobre su cabecita, cual blanca y enorme mariposa, es dulcemente seductora. Pero también, en los paréntesis de ensueño a que tan bella y discretamente sabe ella entregarse de cuando en cuando, es ferviente devota de lo bello y lo sublime, y su alma, sedienta de luz, se abre como un capullo a la expansión. ... fué para nosotros una revelación del alma delicada y paradójica de estas modernas hijas del presente, que llenan humildemente una necesidad social, con su noble y humanitaria misión. (Reyes 1930, 59–60)

Esta “oda” a la feminidad filipina presenta algunos de los roles de género a los que, a juicio de los intelectuales hispanohablantes, debían plegarse las mujeres filipinas. Aunque Rosarito se presenta como una autora que contribuye a las letras hispanas en Filipinas, el médico es realmente el autor, en la medida en que él manda con autoridad y está en posición de curar el cuerpo de la trigueña. Por otro lado, la protagonista de *El Alma Filipina* (1910), Elena, cuida de su padre enfermo. En ambos casos se detecta un patrón en que tanto la discapacidad como los cuidados se asocian a la mujer filipina.

Paterno insiste en el motivo de la discapacidad con el personaje de Trínig en *La fidelidad* (1911b), novela en la que la infidelidad de la protagonista causa la pérdida de juicio de su prometido. Le toca a ella volver a su “Paquito” para cuidar de él hasta su muerte, abandonando a su amante, quien amenaza con suicidarse. La mujer sin honor no solo causa inestabilidad mental, sino que la fomenta aún más cuando trata de rescatar ese honor.

En otros cuentos, como “La que lavó su pecado” de Manuel Bernabé, también se evidencian las dimensiones negativas de la independencia femenina moderna. Como si se tratase de un manual de buena conducta, los autores filipinos (masculinos) construyen figuras femeninas sobre las que plasman sus lecciones de moralidad y que se dirigen particularmente a la mujer filipina, definiendo los roles que tiene que desempeñar a fin de mejorar tanto la sociedad como la salud física y mental de la nación en construcción.

Notas

- 1 O'Connor define el concepto de *cosmic irony* como “seeing human affairs not as they appear to human participants but from great distances of time and space” (1958, 250).
- 2 Esta “fábrica” es la tabacalera. El tabaco fue introducido en Filipinas por los españoles en el siglo XVI.
- 3 Según el Diccionario de la Real Academia Española, *trigueño* se define como un color “Amarillo oscuro, como el de trigo maduro”. También se puede referir a las características físicas y raciales de una persona: “De raza negra o de piel muy oscura”.
- 4 Varios trabajos ensayísticos filipinos de cariz más bien científicista tienden a verificar esto. El historiador filipino Filomeno Aguilar sugiere que autores como Paterno aceptan e integran ficciones raciales inspiradas en las categorías generadas por la etnología sobre Filipinas, como la de Ferdinand Blumentritt, un habitual colaborador de Paterno. Los imaginarios raciales que se impulsan a través de los mundos ficticios literarios resultan tener un carácter global, tanto europeo como estadounidense. De ello da fe Paterno en su trabajo analítico *Los itas* (1915), cuando menciona que tanto esta tribu como los “igorrotos, guinanes y tinguanes” poseen “caracteres étnicos [que] recuerdan las tribus de América” (85). Lo cual indica que las ideas colonialistas sobre un origen norteamericano de los pueblos autóctonos filipinos influyeron en el proceso discursivo de la “tribalización” del filipino. Paterno, quien inicialmente propone a la mestiza filipina y virginal como sinécdoque de la virtud nacional, cambia de parecer e invita a sus “lectores á dejar las costas y riberas, en que la vista limitada no se puede extender más allá de los valles, pululando y predominando en ellas las razas de los últimos invasores del Archipiélago: los europeos y los malayos” (1915, 9–10). Así, alinea el desarrollo civilizacional del malayo filipino con las narrativas de conquista europeas. Si tenemos en cuenta este fenómeno de interacciones de las ideas científicas sobre la raza con los mundos ficcionales de la literatura, no debemos sorprendernos de que una filipina con belleza “típica” y autóctona empezara a tener más valor que una mestiza: la autóctona es de una “raza” conquistadora, es decir, la malaya, la cual conquistó a las tribus evocadas por Paterno durante el período prehispánico.

20

EL TEATRO HISPANOFILIPINO DURANTE LA OCUPACIÓN ESTADOUNIDENSE

Eugenio Matibag

La fase revolucionaria y la “Ley de sedición”, 1898–1907

En vísperas de la invasión americana, los dramaturgos hispanofilipinos, inmersos todavía en la lucha por la independencia del imperio español, se entregaron a una labor de militancia literaria y teatral. En la obra *La mártir de su destino*, drama en verso ambientado en el siglo XVI y publicado en 1896, Eduardo Castañer introduce el personaje de la madre perjudicada y desterrada en que representa simbólicamente una “Madre España” que descuida a sus hijos. Sin embargo, a partir de 1899, los dramaturgos hispanohablantes cargaron tintas contra el nuevo invasor y reflejaron en sus obras los llamados de los revolucionarios propagandistas a tomar las armas para seguir defendiendo la soberanía filipina. Luis Mariñas, de hecho, distingue en la primera década del siglo XX esta tendencia hacia un teatro más politizado que expresa el sentir patriótico de los filipinos y denuncia la ocupación afirmando los valores considerados nacionales (Mariñas 1974, 56).

Por su parte, Nicanor Tiongson aporta una clasificación diferente de las obras de la época y las divide en tres categorías: el *drama romantiko* o social, al que llama melodrama; el *drama komiko*; y el *drama simboliko*, que define como un “drama alegórico”. Tiongson sitúa la aparición del *drama simboliko* en el primer lustro del siglo XX, identificándolo como un “vehículo de protesta política contra la colonización americana del archipiélago” (Tiongson 1992, 38). Por su parte, Amelia Lapeña-Bonifacio aporta la noción de “obra camaleónica” o *chameleon play* para describir el cambio de objetivo de la crítica antiimperialista del *drama simboliko* al cambiar de invasor: “Las obras de teatro antiamericanas que aparecieron después de promulgada la Ley de Sedición

de 1901 se caracterizaban por su aproximación indirecta, por su oblicuidad en comunicar su mensaje subversivo, por circunloquios ‘simbolikos’ cifrados para el público” (Lapeña-Bonifacio 1974, 30–31, citada por Rodell 1974, 98–99). Amelia Lapeña-Bonifacio explica estas estrategias al denominarlas con el concepto categórico del *chameleon play*: la obra camaleónica disimulaba su mensaje de la exhortación a la resistencia recurriendo a la alegoría mitopoética o a la sustitución del enemigo imperialista por personajes representativos de otros conquistadores (1974, 35–36, citada por Rodell 1974, 98–99). El *chameleon play*, concluye Paul A. Rodell,

requiere sólo una simple alteración de vestimenta, escenario o maquillaje para cambiar completamente el objeto dramático de escarnio. Así que el *Walang Sugat* de Reyes, el que originalmente se presentó en 1902 como obra anti-española, devino antiamericana debido a la necesidad de la causa de la independencia filipina. (Rodell 1974, 98–99)

Un ejemplo de “obra camaleónica” es el drama *Katipunán* (1902) de José Cruz Rivera. Escrita por un general revolucionario, la obra representa la oposición antagónica entre la bondad del pueblo filipino, representado por la familia de don Andrés, y la corrupción y venalidad de los frailes españoles, pintados como dos sacerdotes lascivos. Los padres Pablo y Pedro remiten a las figuras clericales descritas por Rizal en *Noli me tangere* de los padres Dámaso y Salvi, que cometen todo tipo de arbitrariedades –denuncias, arrestos, batacazos y encarcelamientos– contra los pueblerinos filipinos, a cuyos representantes acusan, de manera nada casual, de “filibusteros”. Los protagonistas del drama no solo son familiares de don Andrés, sino también oficiales del ejército respetados por el pueblo. Dice el teniente Ramírez: “¡Y qué remedio! ¡Si un fraile provincial manda hoy más que el Capitán General del Archipiélago!” (Cruz Rivera 1902, 12). El drama concluye con la invocación a “nuestro honorable señor presidente” (Cruz Rivera 1902, 82), a Rizal y a Burgos, seguida por los gritos de “¡Viva el Katipunán!” y “¡Fuera los frailes!” (Cruz Rivera 1902, 88). La obra se estrenó en 1902, y a pesar de la crítica explícita al régimen español, se entendió la demanda de libertad y la crítica de los abusos de las autoridades coloniales como una crítica a la ocupación estadounidense. Otras obras que continúan esta estrategia de reivindicación independentista aparentemente dirigida hacia los españoles pero que critican la nueva imposición colonial son *Con la Cruz y la Espada* de Manuel Xeres-Burgos (Medina 1974, 127), presentada primero en español en 1900 y publicada en inglés en 1901 con una dedicatoria al presidente estadounidense William McKinley (Lapeña-Bonifacio 1972, v), así como *Malaya* de Tomas Remigio (1867–1916), escrita en 1898 y estrenada en la sala Dulaan Luzon del barrio de Santa Cruz de Manila en 1902 (Fernandez 2020a).

En 1901, el gobierno estadounidense promulga en Filipinas la *Sedition Law*, que pena con multas de hasta 5.000 dólares y penas de prisión de hasta 10 años las manifestaciones proindependentistas. Como afirma Buenaventura Medina, en esta época los dramaturgos pueden evitar la censura y las sanciones continuando el desarrollo del “teatro camaleónico”, gracias a su creatividad, al no cargar contra el régimen americano. Defienden la revolución de 1896 dando un aspecto benigno a sus obras que camufla su mensaje social (Medina 1974, 130). Esta transformación implica, por ejemplo, que la gran zarzuela ceda la escena al género chico del melodrama de un acto del teatro costumbrista, de aspecto más inocente. Sin embargo, a pesar de tratar a menudo asuntos cotidianos como las peleas de gallos, el comercio monopolizado por los chinos y hasta “los defectos del teatro filipino” (Hontiveros-Avellana 1967, 673), enmascara una intención crítica de potencial subversivo (Medina 1974, 131).

Aurelio Tolentino es uno de los dramaturgos que considera primordial mantener vivo el deseo revolucionario entre los filipinos. Con el fin de burlar la censura, recurre, una vez más y como había sucedido en los años anteriores, a la denuncia simbólica, muchas veces efectuada en los gestos y la actuación en escena. Un ejemplo emblemático es la presentación de su obra *Kahapon, Ngayon, at Bukas* (*Ayer, hoy y mañana*) de 1903, cuando el propio Tolentino aparece en escena para degollar un águila, símbolo de los Estados Unidos en muchas obras pictórica y literarias de la época. En esta misma producción, los actores visten los colores de la bandera filipina y configuran en escena la imagen de la bandera. Estos gestos prohibidos por la ley antiseditiosa provocaron un tumulto, cuando la veintena de americanos presentes en el auditorio tomaron el escenario para destruir el decorado (Rodell 1974, 96). Como consecuencia, Tolentino fue condenado a prisión, sentencia que fue revocada unos años después.

Más suerte tuvo el eminente ilustrado Pedro Paterno (1857–1911), artífice de discursos proindependentistas, con *La alianza soñada*, libreto operístico publicado en 1902 y estrenada el 2 de agosto. Adam Lifshay explica que, aunque esta obra asume un mensaje explícito de sentimiento proamericano, aprobando así una relación cooperativa con los ocupantes, oculta un llamado a la repulsión a los invasores, por lo que, si no hubiera disimulado las identidades de los protagonistas ni escenificado el libreto en tiempos míticos, le habría valido a Paterno arresto y prisión —especialmente cuando fue presentada ante el entonces gobernador general William H. Taft (Lifshay 2016, 16–43).

La fase de reconciliación, 1907–1934

La reacción dramaturgica a la realidad imperialista no es una simple cuestión maniquea de resistencia contra o de acomodación con la ocupación. Resil

Mojares acierta en señalar que, durante los años de ocupación, el discurso intelectual filipino se caracterizó, efectivamente, por la resistencia al invasor. Pero también hubo múltiples aproximaciones:

El tema de la resistencia anticolonial persistió en las décadas que siguieron [al fin de la guerra filipinoamericana]. Sin embargo, conforme los americanos consolidaron su gobierno, la relación entre arte y poder asumió formas diversas. En este periodo se dio un juego complejo y dinámico de motivos, géneros y prácticas artísticas, que no se puede caracterizar con una simple dicotomía entre resistencia y sumisión. El nuevo orden colonial no solo ofreció oportunidades y recompensas a los artistas e intelectuales, sino que también los sedujo con el reto y la aventura de la construcción nacional. (Mojares 2006, 14)¹

El proyecto de construcción nacional bajo el nuevo orden colonial dio un giro significativo cuando, tras los años bélicos de militancia nacionalista, el discurso dio paso al nacionalismo cívico y “racional” de los años siguientes (Mojares 2006, 14). La idea de *Filipinizar a los Filipinos*—retomando el título de la obra de Balmori (1940)— había surgido durante la época represiva en la que se impusieron las leyes de Sedición (1901) y de la Bandera (1907), pero a partir de 1907 y hasta finales de la segunda década del siglo, este proceso de filipinización de la administración tiene un verdadero empuje, logrando que los filipinos lleguen a ocupar la mayoría de puestos del servicio civil nacional (71 %), el gobierno municipal (99 %) y las administraciones provinciales (>90 %) (Mojares 2006, 16). El fervor de aquel teatro provocador y antiautoritario de años anteriores se enfría bastante después de que se convoque la primera Asamblea Nacional Filipina en 1907. Aun así, en 1908, se presenta la obra teatral de Pascual Poblete (1857–1921) titulada *El amor patrio* (1908), cuya reivindicación nacionalista enfurece a las autoridades americanas (Mariñas 1974, 56).

Para la segunda década del siglo XX ya se había consolidado la hegemonía estadounidense en el archipiélago. Entretanto, los ilustrados iban conformándose como un grupo oligárquico al que Sergio Osmeña llama “la clase dirigente” de la sociedad filipina (Cullinane 2005, 339). Dramas como los de Claro Mayo Recto (1890–1960) plasman a la vez que modelan el papel de liderazgo de esta “principalía” —sector generalmente pudiente, formalmente educado o “ilustrado” y típicamente hispanoparlante—, legitimando así su pretensión de hablar en nombre de una nación en el campo político por su conexión con el *antiguo régimen colonial*, su cultura y su prestigio. Los dramaturgos hispanofilipinos ilustrados de segunda generación centran la acción en el conflicto familiar y la intriga romántica (Fernandez 1980, 409). La resistencia ante la ocupación, tras su momento sedicioso, recurre en adelante a una estrategia cultural, en la que la familia ilustrada representa,

a manera de sinécdoque, a la nación entera. Al mismo tiempo se puede vislumbrar la ambivalencia de estos autores: están familiarizados con la lengua y las maneras de la colonia española, pero tienen que adaptar su ideario a la ocupación norteamericana. El dilema tanto intelectual como político de este grupo lo describe Medina como una ambivalencia nacida de la tensión entre sus “lealtades gemelas a su pasado español y su tradición filipina”, por un lado, y su liderazgo en el nuevo orden promovido por Estados Unidos por otro (Medina 1974, 138, 139), lo cual es claramente perceptible en los dramas de Jesús Balmori y Claro Mayo Recto o en las obras posteriores a *Walang Sugat* de Severino Reyes.

En *Alma filipina* (1911), Severino Reyes abandona la denuncia alegórica de *Walang Sugat* y recurre a otros medios para reivindicar la causa filipina. *Alma Filipina* estudia las interacciones en una familia pudiente y acomodada, en la que el *pater familias* Rafael se ha casado en segundas nupcias con Carmen. Carmen sufre el maltrato de las hijas ya crecidas de don Rafael que la tachan de madrastra perezosa, derrochadora y adicta al *panguingue*, un juego de azar. La figura central del drama es Eduardo, el hijo de Carmen, recién llegado de pasar unos años estudiando en Estados Unidos. Decide sacar a su madre de la casa para salvarla de los tormentos y privaciones impuestos por aquellas hijastras. Eduardo afirma que, a pesar de los años que ha pasado vivir fuera del país, “el alma de un filipino no se sajóniza jamás”: su acto de devoción filial demuestra que su alma de filipino “es la misma, sigue siendo filipina, y como tal, es muy noble y generosa” (Reyes 2007, 31). Sin embargo, el personaje que mejor personifica la filipinidad popular e irredenta es Momoy, el criado de la familia, que habla chabacano, una lengua criolla que deriva del español. Momoy le dice a su ama: “Ya jablá pa yo con niña Belen que usté no pa ta desayuná eh, ya contestá conmigo: ‘deja bos con ella morí de jambre; camarón que ta dormía ta se llevó el corriente’” (Reyes 2007, 1). Con los solecismos y apócopos, con el voceo y refrán de Momoy, el dramaturgo captura el sabor del criollo arraigado en Zamboanga, Cotabato y Cavite.

Las asociaciones y tertulias teatrales que patrocinan la producción de estas obras importan mucho durante esta fase. En la segunda década del siglo se forma la sociedad Talía, dirigida por Julio González Díaz, que pone en escena *La flor de un día*, éxito del español Francisco Camprodón. También se representan durante estos años *Vida filipina*, primera obra teatral de Severino Reyes, y *Lágrimas del corazón*, del mismo autor (De Veyra 1961, 102), además de *La ruta de Damasco* de Claro Mayo Recto, estrenada por la misma sociedad Talía en 1913 (Alinea 1964, 101).

La ruta de Damasco (1913) supone, en palabras del crítico Joaquín Pellecina Camacho, “un alegato nacionalista” y marca un hito en la literatura filipina (Alinea 1964, 102). Está ambientada en una realidad social dominada por la ocupación estadounidense y recalca la presión que esta ejerce sobre la vida doméstica de los protagonistas, pertenecientes a una familia ilustrada de

periodistas que se ve obligada a enfrentarse a la censura de la administración, cuando esta les exige que desistan de sus demandas independentistas. *Solo entre las sombras* (1917), la segunda obra de Recto, escenificada por la sociedad Talía, muestra la decadencia de la moral filipina durante el periodo estadounidense a través de la relación adúltera de Marina con su cuñado, el doctor Andrés. Tras sorprenderlos en un encuentro íntimo, la esposa enfermiza de Andrés y hermana de Marina, Gabriela, sucumbe a su aflicción y muere (Cailles Unson 1969, 289).

Flor del Carmelo (1914) de Jesús Balmori es a la vez barroca en su forma poética y modernista en el preciosismo de su imaginería sacramental. Tal y como anuncia su subtítulo, se trata de un “poema dramático en cuatro jornadas, verso y prosa”. Todos sus personajes son religiosas del convento de las Madres Carmelitas que muestran, mediante su oración, su amor a toda belleza creada y su adoración a la Virgen “María Estrella del Mar y Flor del Carmelo”. El motivo remite a precedentes literarios como *La primer flor del Carmelo* (1650), el auto sacramental de Pedro Calderón de la Barca. Sin embargo, las palabras y las acciones de la Teresa de Balmori evocan la vida de Thérèse de Lisieux (1873–1894), santa venerada con especial ardor en Filipinas, y en particular en los altares dedicados a Santa Teresa repartidos por Pasay, Antipolo y Santa Teresitas en Batangas. Teresa, fallecida de tuberculosis a los 24 años, representa el arquetipo de la carmelita descalza, el modelo de la santidad más ilustre de los tiempos modernos y la guía en el camino sencillo y puro hacia la unión con Dios. En *Flor de Carmelo*, el lenguaje modernista y la mística ultracatólica apuntan hacia una felicidad que no solo nace del perfeccionamiento del arte, sino también de la santidad, por lo que Balmori despliega toda una iconografía y liturgia católica para intentar captar algo que consideraba esencial en el “alma filipina”, amenazada por el protestantismo y por un secularismo que ya estaba realizando grandes avances. Balmori insinúa, además, una protesta antiamericana *sotto voce*: la hermana Teresita, enfermiza y moribunda, le confía a Inés que “Este mundo no es el nuestro, ni es esta nuestra patria querida” (Balmori 2014, II.10).

Pertenece también a esta época de auge literario hispanofilipino *Lili*, una comedia estrenada en el Teatro de Oriente de Cebú en 1916, del también periodista, cuentista, novelista, actor y futuro gobernador de Cebú, Buenaventura Rodríguez (1893–1940), quien suele escribir sus piezas primero en español para luego traducirlas al vernáculo sugbuanon (Gonzaga 1961, 22; citado en Pérez 2011, 1). En *Lili*, la protagonista epónima se resiste a la presión de su tío, don Jaime, que quiere casarla lo antes posible con Ramón, el “caballerete” que ha retornado a Filipinas. La insistencia del tío remite a la costumbre cebuana del *pagminyo ug* (o *pamalayeng*) *tinuyo*, que prescinde del noviazgo, al contrario de la tradición hispana del compromiso (Ramas 1982, 38; citado en Pérez 2011, 5). A lo largo de su extendida discusión sobre el amor y la pareja ideal, los dos jóvenes acaban enamorándose y, al final,

comprometidos, personifican la reconciliación de la costumbre hispánica con la indígena.

El cablegrama fatal (1916) de Severino Reyes está ambientada en 1896 y se estrenó el 30 de diciembre de 1915 en el Teatro Zorrilla de Manila, en conmemoración del decimonoveno aniversario de la muerte de José Rizal. En el frontispicio de la versión impresa se dedica la obra “AL PUEBLO FILIPINO”. El argumento de la obra, un “apropósito” de Reyes, resulta sencillo por la poca actividad desplegada en la escena. Se desarrolla en torno a los diálogos y discusiones de los “notables” del reparto, reunidos en el despacho del ministro de Guerra en Madrid. Estos “honorables” son los ministros de Guerra y de Ultramar, el Marqués de Peña Plata, “un viejo general”, y el representante de los curas en Filipinas, el Padre Labarriga. A todos ellos les llega un cablegrama informando de la ejecución de José Rizal en el Bagumbayan de Manila. Tras la noticia, se abre un debate entre el cura y los oficiales sobre la manera en la que España va perdiendo Filipinas. Hacia el final del drama, el Marqués concluye evocando la muerte de Rizal como un “imperdonable error”: “Ah!... Nuestro imperdonable error, ha matado al único hombre que podría servirnos de valioso puente para que España, nuestra sana España, pueda llegar al corazón de ese digno pueblo, que sólo nos pide un poco de justicia” (Reyes 1916, 24). Así reconoce el legado de Rizal como prócer de la nación.

Rosa Sevilla de Alvero (1879–1954), sufragista, fundadora del Centro de Señoritas y dramaturga, escribe *La mejor ofrenda* (1917) cuando trabaja como directora de un “Centro Educativo e Instructivo de Señoritas y Niños de Ambos Sexos”. Su “melodrama fantástico” es una obra montada para honrar la memoria de José Rizal. Presenta a un coro de colegialas disfrazadas de flores nativas: gumamela, sampaguita y miosotis, que es una planta de la familia del “nomeolvides”. Recordando a Rizal, una colegiala declama su poema “Último Adiós”. El melodrama es un musical cruce de zarzuela y de *talent show* que sirve para escenificar declamaciones de Zorrilla o de Fernando María Guerrero, y canciones patrióticas. Por otro lado, en otra de sus obras, *Prisionera de amor* (1922), Sevilla de Alvero se centra en el conflicto que surge entre dos mujeres filipinas en torno a la crianza y educación de los hijos: la una es la madre tradicional, cariñosa y cuidadora, mientras que la otra, como madre “moderna”, permite que las profesoras americanas eduquen a sus hijos. La madre “moderna” es acusada de descuidar a sus hijos, y se la representa como una madre egoísta y ausente que, además, mantendrá una relación adúltera con el esposo de la otra mujer. Abordando la cuestión del cambiante papel de la mujer filipina en una sociedad en transición, pero en una vena cómica, *Mi mujer es candidata* (1932) de Francisco Liongson (1896–1965) se burla del empeño de las mujeres que se animan a postularse para cargos públicos.

También destaca la figura de la mujer, pero alejándose de la temática filipina, el drama *Salomé* (1929) de Alejo Valdés Pica (1890–1944), ganador del Premio Zóbel en 1934. Es una adaptación de la obra de Oscar Wilde de

1891, que originalmente estaba escrita en francés y sirvió como base para la ópera de Richard Strauss de 1905. En el *Salomé* de Pica también se escenifica el encuentro del personaje epónimo, la hijastra de Herodes Antipas, con Yoanán, Juan el Bautista, quien rechaza los intentos de seducción de Salomé. Por “despecho amoroso”, Salomé pide a su padrastro, como recompensa por bailar la lasciva danza de los “siete velos” (Pica 1931, 34), la cabeza de Yoanán. En la versión de Pica, Salomé es la encarnación de la belleza, la feminidad y la lujuria. Se perciben, en la poesía del diálogo y de las mismas didascalias, la esplendorosa y suntuosa ambientación escénica y la preciosidad sensual del lenguaje modernista. El despliegue de opulencia en la decadente corte romana de Judea apunta hacia la amoralidad extranjera, pero la provocación de Salomé choca con el heroico rechazo de Juan el Bautista, quien, entre la “caterva de beodos” (70) que ocupan su patria, en la corte de Herodes, anuncia la venida del Mesías, y, con él, de una nueva moral para la humanidad.

La fase de la Mancomunidad, 1935–1942

En los años de la Mancomunidad, el teatro hispanofilipino fue perdiendo asistencia y patrocinio debido al creciente dominio del inglés como idioma de poder y prestigio y a la ya inmensa popularidad del cine, especialmente de las películas hollywoodenses. Frente a esta marea americanizadora, surgieron de nuevo obras dedicadas a eventos de la historia filipina previa a 1902 o a la exploración de la psicología filipina, para así proponer y convalidar la redefinición de una auténtica identidad nacional, relacionada con el patrimonio hispano de la patria.

La búsqueda de la identidad filipina es visible en *Fortalezas* (1936), de la filipina expatriada Adelina Gurrea (1896–1971), una comedia mecanografiada e inédita en tres actos cuya acción se desarrolla en un espacio que no está especificado y que no es necesariamente filipino. *Fortalezas*, a través de un triángulo amoroso, examina las distintas actitudes y relaciones íntimas entre hombres y mujeres. Amelia, la protagonista, enfrenta un dilema: debe decidir entre su jefe, un hombre soltero que se muere de amor por ella, y el hombre casado a quien adora y quien la adora a ella. La obra cuestiona la honra como valor sagrado o como mera convención social. *Fortalezas* es un drama de vivencias subjetivas con implicaciones sobre la visión que la autora tiene de la sociedad y sus valores: la “voltereta” de Amelia representa una caída moral y la pérdida de la inocencia, lo cual supondría también la pérdida de la entereza que se asocia con lo filipino y según la cual las mujeres que se dejan vencer por el amor dejan de ser “fortalezas inexpugnables” para convertirse en “esqueletos de piedra” (Gurrea 2016b, 56).

Por otro lado, la obra *El pasado que vuelve* (1937) de Francisco Liongson es un drama en tres actos más un epílogo, de temática más explícitamente filipina, ya que se basa en las obras de José Rizal. El título se refiere a la ambientación

en la Revolución de 1896, en la que se desarrolla un argumento que evidencia el arraigo hispano de las costumbres y valores filipinos, de manera que acaba exponiendo la degeneración de la sociedad filipina sujeta a la americanización. Otra obra teatral de rememoración histórica es *Dagóhoy* del escritor polímata Antonio M. Abad (1894–1970), un drama histórico en tres actos sobre el héroe de la rebelión de 1744–1829. *Dagóhoy* fue galardonada con la mención “honorífica” del concurso de la Mancomunidad Filipina en 1939 (De Veyra 1961, 103; Alinea 1964, 101).

Presentada a vísperas del ataque a Pearl Harbor y de la vertiente de la II Guerra Mundial que se desarrollará en el Pacífico, la comedia titulada *Filipinizada a los filipinos* (1940) de Jesús Balmori presenta otro conflicto en una familia ilustrada adinerada, esta vez entre un padre, don Rafael, que afirma su amor por la patria y sus tradiciones, y su hijo Polding, un joven “educado en el extranjero” desde niño (Balmori 1940, I.7). De predilección extranjerizante, con menosprecio por lo filipino, Polding le dice a sus padres que Filipinas lo “está ahogando” y les pide dinero para poder regresar al extranjero (Balmori 1940, I.20). Al negársele la financiación para poder salir del país, el desesperanzado Polding se suicida, dejando atrás a su novia embarazada, Rosy. Los padres de Polding, en su luto, resuelven criar a su nieta. Después de lamentar la extrema “americanización” de la sociedad filipina, el tío Ramón se esfuerza por levantar los ánimos de su hermano y cuñada preconizando un futuro puramente filipino e invocando a los próceres de la patria, Quezon, Rizal, Mabini, Gregorio del Pilar: “Filipinizaros! clama Quezon desde la tribuna y Rizal desde Bagumbayan y Luna desde Cabanatuan!” (Balmori 1940, III.17). De esta manera, logra que los abuelos llamen a la futura nieta “Filipinas” (Balmori 1940, III.18).

Epílogo: el abrazo de la familia reunida

En respuesta a la colonización estadounidense, los escritores y escritoras filipinos se valieron de varias estrategias para resistir la imposición política, económica, cultural y lingüística, en las que la hispanofilia o el hispanismo se convirtió en un ingrediente integral del “alma filipina”. En un párrafo que condensa la respuesta que los dramaturgos dan a dichas imposiciones, Wystan de la Peña interpreta la afirmación hispana como una faceta de la negación antiamericana:

Es desde este marco que se debería ver la escritura filihispánica sobre la invasión cultural americana. Para los ilustrados, todo lo que España había dejado en el país les parecía apropiado y lo etiquetaban como filipino. De un plumazo, lo hispano en suelo filipino –desde instituciones como iglesias y fiestas, hasta conceptos como palabra de honor y amor propio– pasó a formar parte del patrimonio cultural filipino. (De la Peña 2001, 10)²

Los mismos intelectuales “filhispanos” que asumieron un discurso antihegemónico, al recriminar la implantación de cultura americana, se vieron como los salvaguardas de la auténtica tradición cultural e intelectual filipina, una tradición forjada en las escuelas españolas coloniales (De la Peña 2001, 22).

Así se propuso, pero la historia dispuso: a raíz de la intervención estadounidense en la II Guerra Mundial, los americanos fueron vistos bajo una luz más favorable, como libertadores e, incluso, como portadores del progreso. En su obra humorística *Filipinas* (1954), Adelina Gurrea ofrece un diálogo entre personajes alegóricos como España y la Historia. En este “auto histórico-satírico”, Filipinas le manifiesta al Tío Sam con irónica ternura su afecto por todo lo que él le ha regalado: Coca-Cola, Chiclés, automóviles, películas, televisión (citado en Jolipa 1996, 27). Según indica la página del reparto, el papel de *Filipinas* es interpretado en el estreno por la propia dramaturga. El personaje de Filipinas acaba dándoles las gracias a ambos colonizadores: a su “madre España” por el cristianismo, la “nobleza humana”, las costumbres y la sangre; a América por “su dinamismo y su músculo”, y también porque “me hizo libre después de enseñarme normas de democracia que garantizaran mi libertad” (Gurrea 1954a, 31). La alegoría cómica de Gurrea se presenta así como el libro de los dones obsequiados por la madre España y el Tío Sam, que incluyen un registro de maltratos, contados en clave de humor sardónico. Al final, a Filipinas “la rodean con sus brazos” España y América (Gurrea 1954a, 31).

Notas

- 1 “The theme of anticolonial resistance would persist in the decades that followed. As the Americans consolidated their rule, however, the relationship of art to power assumed many forms. There is a complex, dynamic play of artistic motives, genres, and practices in this period, one that is not adequately captured by a simple bipolarity of resistance and submission. The new colonial order not only offered opportunities and rewards for artists and intellectuals, it enticed them with the challenge and adventure of ‘nation-building’”. Traducción del autor.
- 2 “It is from this framework [with a view of the “reconfiguration of linguistic make-up”] that one should view Filhispanic writing on the American cultural “invasión.” For the ilustrados, everything Spain had left in the country became appropriated and labelled Filipino. In one fell swoop, things Hispanic on Philippine soil – from institutions like churches and fiestas, to concepts like *palabra de honor* and *amor propio* – became part of the Filipino cultural patrimony”. Traducción del autor.

21

LITERATURA EN ESPAÑOL, TEATRO LÍRICO, CINE Y MÚSICA

Mario Roger Quijano Axle y Miguel Ángel Feria

En lo que concierne al ámbito musical hispanofilipino de las primeras décadas del siglo XX, las manifestaciones puramente estéticas vivieron una supeditación a algunos condicionantes políticos, éticos y raciales. Desde antiguo, las élites españolas habían estado familiarizadas con la tradición europea clásica y romántica. Tras décadas de dominio español en la escritura y la producción teatral y musical en Filipinas, a partir de la década de 1880 son autores nacidos en las islas los que comienzan a tomar el liderazgo en el campo escénico y musical, realizando, sin embargo, obras a imagen y semejanza de las europeas en su formato. Es decir, aunque estas obras tenían a menudo contenidos que planteaban una reflexión sobre la identidad nacional en cuestiones musicales, tanto los literatos modernistas que seguían el ejemplo de Rubén Darío como los dramaturgos vivían aún en pleno siglo XIX, apegados a las formas europeas del concierto, la polka, el vals y el *vaudeville*, sin olvidar géneros folclóricos provenientes de la Península Ibérica (Feria 2022, 205). Con la llegada y recepción de sonidos y bailes de origen norteamericano, como el *ragtime*, el *cake-walk* o el *two-steps*—estilos de moda entre 1903 y 1914— el choque cultural no tardaría en revelarse (Feria 2022, 205). Por más que estos géneros, en cuanto a mera técnica pianística se refiere, aún correspondieran a las prácticas decimonónicas y a los paradigmas impuestos por Chopin y Liszt, la novedosa y desenvuelta concepción rítmica y expresiva de la música afroamericana sellaba el acta de defunción del wagnerismo y del impresionismo; es decir, del modernismo musical. Así lo habían percibido ya —y celebrado sin ambages— ciertos compositores y escritores europeos de impulso vanguardista, como Erik Satie o Jean Cocteau.

Teatro lírico

En las artes escénicas de consumo inmediato y popular, las lenguas vernáculas se perfilaron como un factor de unificación ante la intervención estadounidense. Esto se percibe en los repertorios y relación de piezas para la escena desde el estreno en pampangano de *Ing Managpo* (1900) de Mariano Proceso Pabalan (1863–1904) (Javillonar-Marquez 1964, 323). Sin embargo, a pesar del predominio en los títulos de las lenguas vernáculas, la práctica teatral lírica mantuvo formas europeas, como la zarzuela española de finales del siglo XIX o la opereta vienesa de los primeros años del siglo XX.

Con el fin del gobierno español surgió la *sarswela*, versión filipina de la zarzuela peninsular, caracterizada por temas nacionalistas y situaciones locales, y que incluía géneros musicales propios del país, como el kundimán –canción popular de carácter sentimental–, y, sobre todo, por la utilización del tagalo. De todas las *sarswelas* de la época, sobresalen dos que marcaron la ascendencia de esta línea de creación, aunque mantuvieron la conformación y el espíritu de la zarzuela española: *Walang Sugat* (Sin herida), compuesta en 1902 con libreto de Severino Reyes (1861–1942) y música de Fulgencio Tolentino (1872–1940), y *Dalagang Bukid* (La doncella del campo, 1917), con libreto de Hermógenes Ilagan (1873–1943) y música de Leon Ignacio (1882–1967).

Debido a la presencia de artistas de otros países y a la aceptación de la música estadounidense, como el *jazzy* y otros ritmos foráneos, hacia la segunda década del siglo XX se estableció el *bodabil*, término indigenizado de la palabra *vaudeville*. Como este último, el *bodabil* consistía en un espectáculo que integraba piezas breves de teatro ligero, canto, bailes, actos de magia, acróbatas, payasos y todo lo que podía entretener y llamar la atención del público (Keppy 2019, 27). Dada su versatilidad, y que no representaba un factor de subversión, el *bodabil* tuvo un gran auge durante la ocupación norteamericana y japonesa. De esta época y dentro de este género sobresale Luis Borromeo (ca. 1879–?)¹, mejor conocido como Borromeo Lou, quien después de formarse musicalmente en EE. UU. y desarrollarse en el *jazz*, regresó a Filipinas a inicios de los años veinte. Destacables son sus composiciones *Jazzy Jazzy Sound in all Chinatown* (1920), *My Beautiful Philippines* (1920) y *Manila Mia* (1922).

En los años de la denominada “Edad de oro” de la literatura filipina en español (1902–1942) apenas hubo producción de teatro lírico (entendido como teatro musical) en ese idioma. Ante este panorama, resulta notable que Isabelo de los Reyes (1864–1938) comenzara a publicar en 1903 el libreto de una zarzuela tradicional en las páginas de su periódico *La Redención del Obrero*.² *Pobres y ricos*, una “zarzuela filipina en tres actos”, denunciaba las situaciones de los agricultores filipinos, los sirvientes y la clase acomodada, y tuvo por “único objetivo conseguir una confraternización sincera entre ricos y pobres, satirizando nuestras abusivas costumbres, para que se corrijan y para que así los pobres no odien a los ricos” (De los Reyes 1903, 18). Dentro

del formato de la zarzuela, Isabelo de los Reyes expuso las ideas proletarias que planteaba en su semanario y manifestó la tendencia de incluir folclore filipino. Para la parte musical, especificó el tipo de piezas, como señala al inicio de la obra. Cabe mencionar que era común denominar “sinfonía” a la parte meramente instrumental:

SINFONÍA: empieza con una breve introducción grandiosa, quiero decir, nutrida y robusta instrumentación. Enseguida irán apareciendo como chispazos que rompan la monotonía, trozos brevísimos del kumintang, kulang kutang, kundiman, la pasión, balitaw, dal-leng ilocano y otros aires filipinos, intercalados con golpes del pasodoble del general Luna y de la marcha filipina. Terminará la sinfonía preparando y preludiando el siguiente coro de labradores [...]. (De los Reyes 1903, 18)

A pie de página anunció que “abrimos un concurso musical y ofrecemos cien pesos al autor de la música que escojamos, para todas las partes musicales de esta zarzuela, y un diploma o dinero, a la mejor traducción tagala que se nos presente: la publicaremos con su nombre”. De hecho, en el sexto número de la revista, señaló que el coro de labradores debería ser en tagalo. En el segundo acto, aparecido en el séptimo número, y subtítulo “La esclavitud de criados”, indicó que el personaje femenino de Quicay cantaría el texto “en tono de kumintang u otro aire filipino del tono menor”. Al parecer, la obra no tuvo música ni estreno.

Cine

Las primeras películas mudas se exhibieron en 1897 en el Salón de Pertierra de la calle de Escolta. Para 1898 se empezaron a hacer tomas en las islas gracias al español Antonio Ramos (1875–1944), usando un cinematógrafo Lumière. Dada la necesidad de generar más material, Ramos empezó a filmar escenas cotidianas de la vida manileña. Es así como se convirtió en el primer realizador de cine en Filipinas (Toro Escudero 2017, 24). La influencia norteamericana propició el desarrollo del comercio de materiales cinematográficos. Las películas silentes eran acompañadas de un gramófono, un piano o un reducido grupo de músicos. Sobresale una filmación en 1912 sobre Rizal realizada por dos norteamericanos, cuyo título original estaba en español: *La vida de José Rizal*.

Dalagang Bukid, estrenada en 1919 y dirigida por José Nepomuceno (1893–1959), fue la primera película filipina de largo metraje, también silente. En ella se retoma al elenco protagonista de la exitosa *sarswela* del mismo título para asegurar su éxito. Fue así como Honorata de la Rama-Hernández (1902–1991), mejor conocida en el medio artístico como Atang de la Rama y proveniente del medio zarzuelístico, pasó a ser una de las artistas más notorias del teatro y del cine insulares a nivel nacional e internacional. Similar

situación corrieron diferentes intérpretes y cantantes procedentes de los teatros filipinos, que pasaron luego a ser célebres artistas de cine. Las primeras películas filipinas tomaban libretos y caracterizaciones del teatro popular y de la literatura nacional, lo que trajo consigo un cierto recelo de las autoridades norteamericanas.

Nepomuceno filmó otras obras en español, como *Un capullo marchito* (1920), *La venganza de Don Silvestre* (1920), *La mujer filipina* (1927) o la adaptación, de 1930, del *Noli me tangere* de José Rizal (1887); no obstante, fue mayoritariamente en tagalo. Fuera ya del cine mudo, *Secreto de confesión* (1939) de Fausto Galauran (1904–1971) fue “la primera película hablada y cantada en español producida en Filipinas”. Tuvo un buen recibimiento tanto en las islas como en el extranjero. Otros filmes en español fueron *Las dulces mestizas* (s/f), *Muñecas de Manila* (s/f) y *El milagro del Nazareno de Quiapo* (1937) (Co 2013, 104). Muchas de estas películas se perdieron durante el bombardeo de Manila en la II Guerra Mundial.

El descenso de la presencia del teatro en español no solamente se debió al cambio en el idioma de los libretos, sino de igual manera al dominio del cinematógrafo, una actividad de entretenimiento más rentable y popular que convirtió los teatros en salas cinematográficas en Manila y en otras ciudades, como en el caso del Teatro Junquera de Cebú, que pasó a llamarse Cine Oriente (Southeast Asia Digital Library 1913).

Letras de canciones en español

En el aspecto de la música doméstica y privada, donde la aceptación del *jazz* y los ritmos norteamericanos empezaron a dominar, se pueden encontrar musicalizaciones de textos y poemas importantes en el periodo. Dichas obras de salón fueron compuestas por una nueva generación filipina que había sido formada en las tradiciones occidentales por músicos en su gran mayoría españoles. La postura identitaria la reforzaban con títulos en tagalo, aunque en su hechura fueran piezas de estilo europeo. Sin embargo, dentro de los títulos se puede notar cierta presencia de la lengua hispánica.

Con texto de José Rizal (1861–1896), *Recuerdo a la Patria* (ca. 1892) es una serenata para voz y piano de Ladislao Bonus (1854–1908). Sus versos corresponden al “Canto de María Clara” de Rizal. Años después, en la velada del 29 de diciembre de 1906 con motivo del X aniversario de la muerte de Rizal y en el teatro homónimo, se presentó una composición de Juan de Sahagún Hernández (1881–1945) titulada *Canto Patriótico de María Clara* (ca. 1905), danza filipina en ritmo de habanera, que utilizó la misma letra.

Dulces las horas en la propia patria, / Donde es mi amigo cuanto alumbra el sol, / Vida es la brisa que en sus campos vuela, / Grata la muerte y más tierno el amor.

Ardientes besos en los labios juegan, / De una madre en el seno al despertar, / Buscan los brazos a ceñir el cuello / y los ojos sonríense al mirar.
 Dulce es la muerte por la propia patria, / Donde es amigo cuanto alumbra el sol, / Muerte es la brisa para quien no tiene / Una patria, una madre y un amor.

(Bonus 2020)

Por la calidad de su creación musical, sobresale Nicanor Abelardo (ca. 1892–1934) cuya obra contiene dos piezas significativas por el uso del español. La primera es el kundimán *Nasaan Ka, Irog!* (¡Dónde estás, mi amor!, ca. 1920), con texto de Narciso S. Asistio, que se publicó juntamente con su versión al español por parte de Jesús Balmori (1887–1948), como lo indica el encabezado “Salin sa Kastila ni” (esto es, “traducido al castellano por”):

¡Dónde estás, mi vida! ¡Dónde estás, mi vida! / Que te estoy cantando entre blancas flores. / Y mi alma dolida suspira por tu amor. / Dónde estás mi vida que yo no te encuentro entre mis amores. / ¡Amores de mi amor, de mi doliente amor!

Dónde estás que no oyes mi kundimán triste, vida de mi vida, / Si cuando te busco no encuentro en tu alma mi amor / Y en tus huellas únicas tan solo tú me dejas / Suspiros de dolor, suspiros de dolor, suspiros de dolor.

Ay, mi divino amor, si muriera yo por ti, moriría yo en dolor / Besándote los labios de rosa y de rubí, / Y después, después, después con gusto moriría por besar tus blancos pies, / Locura de alma y de mi amor.

¡Dónde estás mi vida, ay mi divino amor! / Y después, después, después, con gusto moriría por besar tus blancos pies. / Locura de alma y de mi amor.

¡Dónde estás mi vida, dónde estás mi amor! (Abelardo ca. 1920)

La segunda pieza relevante publicada en 1929 en versión bilingüe fue *Ikaw Rin!* (¡Sola tú!), letra y música de Nicanor Abelardo, siendo que su “At sa Wikang Kastila ni” (“Y en idioma español por”, como dice la partitura) correspondió ahora a Manuel Bernabé (1890–1960):

Mía, huyo la alegría de mi esclavo corazón, en mi canción. / Lloro mi mejor tesoro que fue para no volver; / Y es tanto mi dolor que empieza ya mi amor a languidecer. / Por los caminos voy diciendo mi penar, / Aves y flores oyen mi cantar, cantar; / Mas sabe Dios que no es eterno mi dolor que es inmortal, / ¡Pues eres “sola tú” [*sic*] mi amor! (Abelardo ca. 1929)

Lo que sobresale de esta pieza de salón es su tempo de habanera, ritmo de acendrada presencia en los escenarios desde el siglo XIX, como es el caso de “Ay, yo soñando venturas” de la zarzuela de costumbres filipinas en un

acto y en verso *El viaje redondo* (1878) de Regino Escalera (1849–1915) y Federico Casademunt con música de Ignacio Massaguer (1846–1906). En correspondencia a las modas de la época, Abelardo compuso un foxtrot titulado *Amorosa* (ca. 1917) con letra de Jesús Balmori:

Cuando aladamente por en medio del salón, / Triunfas arrastrada por las rosas de tus pies, / Dejas en las almas tu aroma embriagador, / Y ese no nos deja después. / Flor del salón que dulcemente así vas levantando olas de pasión, / Mi corazón quiere prenderse a ti / Y en ti vibrar como una ilusión. / No sé por qué tras de tu blanco pie / Que es mariposa de viva luz, / La adoración que al verte a ti formé, / Dios de mi vida se muere en cruz. (Abelardo ca. 1917)

Otras obras musicales destacadas con textos en español son las canciones de Francisco Buencamino (1883–1952): *Amor, Ensueños y El collar de sampaguita* (sin fecha), esta última con letra de Alberto Campos, editor de la sección en español del *Philippines Free Press*, editor asociado de *El Mercantil*, profesor de español en el Centro Escolar de Señoritas (ahora Centro Escolar University) y traductor de los editoriales del *Manila Daily Bulletin* a la lengua hispana. Campos llegó a Filipinas como mayor del ejército español. Tras su retiro del servicio, permaneció en Manila y se dedicó al trabajo periodístico y educativo. Otra pieza en colaboración con Campos fue el himno en ritmo de *one-step* *Mi bandera* (Buencamino, ca. 1920). Y como un último ejemplo, está *Vida y Amor, canzonetta* del músico Antonio G. Escamilla (ca. 1870–1943) que contó con un texto de Fernando María Guerrero (1873–1929):

Sentir el roce de las alas de una quimera celestial, / Y ver cual pasan nuestros sueños / Al son de un cántico triunfal / Coger la flor de la ventura / Y entre las sombras del jardín / Emborracharse de cariño / Como en un vértigo sin fin. / Eso es saber, saber vivir la vida / Eso es vivir, eso es vivir.

La vida es un beso muy dulce y muy santo / La vida es un canto, la vida es amor / Quien nunca ha sentido de amor su alma herida / ¡Ni sabe qué es vida! ¡ni qué es alma en flor!

Mientras las rosas juveniles den a las frentes su rubor / Y en los románticos abrilés soñemos muertos de langor / Alcen las manos temblorosas / Las copas llenas de licor / Y nuestras bocas cariñosas digan la gloria del amor. / Eso es saber, saber vivir la vida / Eso es vivir, eso es vivir.

La vida es un beso muy dulce y muy santo / La vida es un canto, la vida es amor / Quien nunca ha sentido de amor su alma herida / ¡Ni sabe qué es vida! ¡ni qué es alma en flor! (Escamilla s.f.)

Por su parte, ya en los años 30, José Hernández Gavira (1893–1960) se anima a traducir letras de canciones en inglés –no necesariamente filipinas en

origen– y escribir letras nuevas para diversos géneros musicales, como el tango. Las publica en el periódico *La Vanguardia*, como vemos en el ejemplo de este tango titulado *Bonita*, con música de José L. Cortes, que fue grabado por El Ideal Music Store Co.:

Vente a mis brazos mujer mi bien.
 Vente conmigo para cantar
 esta tierna canción
 Del pobre corazón,
 y al son del ritmo de mi amor
 Oh, Bonita olvida tu dolor
 Cantemos niña Ay!
 De mi pasión.

CORO

Oh! Bonita tú eres linda,
 Como una rosa del dulce aroma embriagador
 Oh! bonita, linda y graciosa
 Yo soy tu triste y sincero trovador [sic].
 (Hernández Gavira 1933)

Referencias a la música en la poesía

Las relaciones interdisciplinarias entre música y poesía durante la “Edad de oro” de la cultura hispanofilipina (1898–1942) están fuertemente marcadas por el desarrollo del modernismo, la llegada del *jazz* y la reivindicación de formas musicales nativas. Desde la invasión norteamericana hasta la II Guerra Mundial, la literatura hispanofilipina estuvo regida, en la praxis, por el modernismo literario de raigambre hispanoamericana y, en la teoría y la crítica, por un acendrado nacionalismo y casticismo de signo muy conservador.

En este sentido, explorando a partir de la veta indigenista del modernismo hispano y del nacionalismo filipino, Teófilo del Castillo y Tuazón considera las canciones folclóricas prehispánicas como un enlace entre la tradición antigua y los poemas filipinos de la primera mitad del siglo XX (Del Castillo y Tuazón y Medina 1964, 64). A pesar de que el origen musical no es un rasgo exclusivo de la poesía filipina prehispánica, es cierto que en las obras poéticas de esta época hay varios ejemplos de la interacción con la música. En las *Rimas malayas* de Jesús Balmori (1904), por ejemplo, se intercalan canciones en arte menor (5 o 7 sílabas) en medio de poemas narrativos en arte mayor. Las canciones suelen corresponder a la intervención oral de un personaje, como vemos en *La familia de Nazaret* (30–33) o en *Noche de luna*, en que un amante canta así sus amores:

Nací en la cumbre
 de una montaña
 vibrando el rayo
 crecí en el fondo
 de una cabaña
 y hoy que soy hombre
 ¡Muero de amor!
 [...]
 (Balmori 1904, 69)

En cuanto al *jazz*, como ocurrió también en Europa, fue realmente durante la I Guerra Mundial cuando –aún bajo la etiqueta de “fox-trot”– terminó por imponerse, sobre todo en aquellos círculos manilenses más americanizados (Feria 2022, 205). Con el paso del tiempo, un sector de las clases más acomodadas comenzó a enviar a sus hijos a educarse a Estados Unidos y, a su regreso, estos jóvenes contribuyeron a difundir el *jazz* fuera del ámbito estrictamente militar (Feria 2022, 203). Este es el caso de una de las figuras señeras de la cultura filipina del siglo XX, el pianista y compositor Federico “Fred” Elizalde (1907–1979), que se convirtió en el faro musical de su país hasta bien entrados los años 1970 (Feria 2022, 203). No obstante, para los intelectuales más apegados aún a la tradición europea de concierto y al folclore peninsular, el *jazz* contenía una serie de elementos que resultaban disonantes, cacofónicos o incomprensibles, comenzando por la formación del tono y el fraseo, basada en criterios emocionales a despecho de las estandarizaciones propias de los sistemas de notación sonora característicos del mundo europeo. Desde sus orígenes, el *jazz* apeló a la pura expresividad humana a través de las voces terrosas y los vibratos, los desplazamientos acentuales del ritmo sincopado y las disminuciones microtonales propias del *blues*, elementos musicales de ascendencia africana. Por encima de la pureza abstracta y del *bel canto* europeos, la expresividad desacomplejada e indómita del *jazz* acabó por representar, en el ideario de la prejuiciosa Filipinas blanca, católica y española, una suerte de demonio moderno al que temer y conjurar. Bien por su ideología reaccionaria, bien por su apego a la estética modernista, no tardó en aparecer en el sistema literario hispanofilipino todo un corpus de textos con un deliberado tono inquisitorial.

Uno de los primeros autores en abordar la llegada de la música afroamericana a Filipinas fue Claro Mayo Recto (1890–1960) en su libro *Bajo los cocoteros*, donde escribía:

Óyense de vales las aladas quejas
 de *two-steps* de América los jocundos sonos,
 mientras atraviesan amantes parejas,
 en rítmicos giros, los regios salones.
 (Recto 1911, 127)

En la poesía de Recto conviven todavía, sin demasiadas desavenencias, ambas tradiciones musicales, el vals europeo y el *two-step* americano, aunque todo lo invade ya un sentimiento de nostalgia por una época que comienza a mostrar los primeros síntomas de decadencia. Ese mismo sentimiento de pérdida está presente también en Manuel Bernabé, cuyo último libro, *Perfil de cresta* (1957), entona una suerte de elegía de la cultura hispana en Manila, representada por el Club Filipino y por las serenatas de origen español que allí se entonaban. En la acera opuesta, el poeta situaba los *dancing halls*, cuyos sonidos afroamericanos calificó, sin tapujos, de “blasfemias” (Bernabé 1957, 40–42). Una posición que también sostuvo Jesús Balmori en buena parte de su último libro, *Mi casa de nipa* (1941), si bien en uno de sus poemarios más celebrados, *El libro de mis vidas manileñas* (1928), había apelado al buen humor de sus lectores equiparando la música norteamericana con el ruido de las máquinas de la imprenta (Balmori 1928, 122).

Con mucha mayor agresividad abordó el asunto Fernando María Guerrero, al que Retana considera el mayor de los poetas hispanofilipinos. Alrededor de 1926, Guerrero escribió “Mi anatema”, una durísima exhortación contra la música moderna afroamericana en boca de un autor educado en el romanticismo y en el modernismo. A Guerrero, que dedicó varios poemas a la música clásica, como “Marcha fúnebre de Chopin”, y que escribió letras para vales, kundimanes y *canzonettas*, el *jazz* le parecía una “música loca” y “orgiástica” (Guerrero 1971, 93). El desagrado venía marcado, en primer lugar, por el carácter extranjero del *jazz*, ajeno a la tradición hispánica (que no se consideraba extranjera). También Jesús Balmori, en el precitado *Libro de mis vidas manileñas* (1928), criticó el empleo de la música como medio de adoctrinamiento de la población filipina en los valores “yanquis” (Balmori 1928, 122).

Al nacionalismo y la xenofobia se sumaba, a continuación, una serie de cuestiones de índole racial y moral. Para Guerrero, el *jazz* era poco menos que una cosa propia de antropófagos y herejes:

procedes del fondo de chozas caníbales,
de parches tundidos por manos vesánicas,
de címbalos broncos,
de pífanos hechos con tibias humanas,
de fauces de brujas
en un aquelarre de síncopas bárbaras...

(Guerrero 1971, 93)

En este poema, el significado y la forma se fusionan mediante ritmos asimétricos en un texto con métrica cambiante, plagado de reticencias y esdrújulas y sin un esquema rítmico regular. Contrasta con el poema “Kundimán” (1952, 27), un soneto a la canción tradicional filipina y a su arraigo en la cultura de

las islas, que aprovecha para protestar contra la colonización. Este segundo poema de Guerrero está inmerso en la ambivalencia entre la métrica europea y el contenido que lauda a la canción tagala.

Conclusión

Como tantos otros aspectos de la vida local, tras la II Guerra Mundial el *jazz* tardó en recuperar el pulso, viéndose suplantado, con el paso de las décadas y tal como sucedió en buena parte del resto del mundo, por otras músicas populares de procedencia norteamericana, como el *rhythm and blues*, el *soul* y el *rock and roll*.

Las letras filipinas en español, por su parte, subsistieron escasamente en los géneros artísticos con texto que incluían música, ya fueran públicos como el teatro lírico y el cine, o domésticos como las canciones. Estas fueron sustituidas por letras en lenguas vernáculas. Además, con la profesionalización, los creadores musicales se acogieron a las tendencias de composición que llegaban del extranjero, respondiendo a los nuevos gustos de la sociedad.

Notas

- 1 Keppy (2019, 18) señala que Borromeo nació alrededor de 1879, pero se desconoce la fecha de su fallecimiento debido a la destrucción de documentos durante la II Guerra Mundial.
- 2 Se publicaron solo veinte números del semanario *La Redención del Obrero* (del 08/10/1903 al 18/02/1904). El objetivo del semanario era “contribuir a la educación del obrero filipino, [...] un intento por explicar los principios que había tratado de poner en marcha al crear la Unión Obrera Democrática” (Jimena 2022, 110).

22

AUTORAS HISPANOFILIPINAS

Contribuciones literarias y aspiraciones políticas

Irene Villaescusa Illán

Se puede afirmar que la contribución al pensamiento intelectual del siglo XX de las mujeres filipinas hispanohablantes es significativa tanto por su valor literario como por su compromiso político. Los géneros de expresión literaria más comunes son el cuento corto, la poesía, el teatro, el ensayo y otros géneros textuales como el diario de viaje y los libros de cocina. Hasta ahora no se tiene constancia de la existencia de ninguna novela escrita por una autora hispanofilipina durante el periodo americano. En las siguientes secciones se ofrece una panorámica de obras y autoras dividida de acuerdo a los temas principales del imaginario cultural hispanofilipino: el nacionalismo, la identidad filipina y el feminismo.

Los personajes femeninos en las alegorías nacionales

Una de las grandes preocupaciones que las autoras filipinas en lengua española comparten con sus contemporáneos es el devenir de la nación. La inevitable diferencia con otros autores contemporáneos se encuentra en su intento de entender el papel de la mujer en la nación filipina, especialmente cuando esta se encuentra en plena transición entre dos imperios, el español (en decadencia) y el estadounidense (en auge). Esto no quiere decir que solo las mujeres inventaran personajes femeninos, pero a menudo, el papel de los personajes femeninos en obras canónicas quedaban relegados a un segundo plano, como, por ejemplo, a la construcción de personajes arquetípicos, y a menudo secundarios, junto al del héroe protagonista, o bien, se centran en la mujer para formular una alegoría de la nación. Los personajes de Natalia en *Los Pájaros de Fuego* (1946) de Jesús Balmori o la propia María Clara en *Noli Me Tangere* (1887) de José Rizal son, por ejemplo, arquetipos de feminidad y virtud que ostentan

papeles secundarios. Su ultraje (a manos del clero y de los soldados japoneses respectivamente) constituye, sin embargo, el motor del argumento de la novela. La novela corta de Guillermo Gómez Windham titulada *La Carrera de Cándida* (1921) cuenta con una protagonista femenina, Cándida, cuyo drama personal refleja la ansiedad del discurso conservador de las élites filipinas frente a las posibles transformaciones que el modelo liberal progresista americano podrían causar en el país. Dichas élites temían que la educación mixta y laica, las nuevas formas de entretenimiento urbano (como el cine y los salones de baile) y el movimiento sufragista incentivarán a las mujeres a abandonar el hogar y a desestimar el matrimonio y la maternidad.¹ Como contrapunto a ese personaje femenino que es víctima de su propia emancipación (Cándida se queda embarazada, es abandonada por su pareja y se ve obligada a prostituirse) abundan en la poesía filipina modernista metáforas de corte nacionalista que cumplen con otras funciones, como las de ensalzar a la mujer filipina virtuosa y la familia, comparar el amor a la patria con el amor a la mujer, y feminizar el paisaje filipino comparando la belleza femenina con la naturaleza. La mujer filipina (la *dalaga*) es a menudo descrita como una joven mestiza que es hija de España, la madre patria, o bien como el icono de belleza y virtud derivado de la diversidad de naciones existentes en Filipinas. Aquí vemos un ejemplo de estas funciones en la poesía de Jesús Balmori y Claro Mayo Recto:

Cantar a la mujer es alzar la bandera
 ¡En las cimas más altas!
 Cantar a la mujer es amar a los niños,
 ¡Es amar a las flores y adorar a la patria!
 [...]
 Por eso yo te canto, mujer que eres mi madre
 ¡Y mi esposa y mi hija y mi musa y mi hermana!
 ¡Mujer que eres mi amor!
 ¡Mujer que eres mi patria!

(Balmori 1941, 211)

Todo un conjunto armónico y grato que envidiara
 Dalagas del terruño, el poeta os saluda,
 Coronado de flores, de ensueño
 La ardiente castellana y la impasible “miss”,
 La princesa que el cielo de Rusia cobijara
 Y la dama que siente la fiebre de París.

(Recto, en Farolán 2002)

En estos fragmentos se combina una florida lírica modernista con elementos orientalistas, es decir, con una exaltación del exotismo filipino. Varias autoras filipinas también utilizan estas metáforas en su poesía, pero abandonan la

dimensión sensual y el cortejo a la mujer que caracterizan la mirada masculina hacia las mujeres y hacia una Filipinas feminizada. Adelina Gurrea Monasterio, por ejemplo, también escribe sobre la identidad nacional como resultado del encuentro entre Filipinas, Estados Unidos y España, pero utiliza otras metáforas. En el siguiente fragmento de un tríptico de sonetos titulado *España, América y Filipinas* (1918) publicado en la colección *En agraz* (1968), Filipinas se representa encarnada en un cuerpo humano constituido por la fuerza de América (el músculo) y el amor de España (el corazón):

[...] te dieron, como premio y galardón,
como herencia y unión de lazos rotos,
músculo América, y España corazón.

(Gurrea 1968, 35)

Siguiendo con la metáfora filial de Filipinas como hija de su historia colonial, la misma autora escribió una obra de teatro titulada *Filipinas: auto histórico-satírico* (1951), en la que, a diferencia del poema, ofrece una mordaz sátira de las relaciones coloniales entre estos países a través de caricaturas de estereotipos nacionales: Estados Unidos es un hombre pragmático y preocupado por mejorar la economía y las infraestructuras del país; España es la madre cariñosa, paciente, espiritual y honrosa; y Filipinas es una joven, hija y sobrina de los otros personajes, que hereda las mejores cualidades de ambos. La obra no abandona el paradigma colonial de masculinizar al colonizador –aquí Estados Unidos como el tío Sam–, infantilizar a Filipinas y representar a España como una generosa (aunque decadente) madre patria (Álvarez Tardío 2009; Villaescusa-Illán 2020). Este juego de símbolos nacionales y roles de género hacen de esta obra de teatro un trabajo ejemplar para entender la historia y la identidad filipina y la necesidad de autores y autoras hispanofilipinos de reescribir esta historia con Filipinas en el centro de su narración, y en muchos casos, como protagonista.²

A diferencia de las alegorías nacionales/familiares que aparecen en los ejemplos mencionados más arriba de poesía y teatro, varias autoras utilizan el cuento corto para recrear las condiciones de vida que afectaban a las mujeres de su clase en los años 20 y 30. A menudo, el grupo más representado es el de mujeres de clase acomodada que se enfrentan a dilemas sociales y dramas personales relacionados con la vida doméstica (el matrimonio, los hijos, el manejo de la casa o de la hacienda) y la vida en sociedad. Este es el contexto al que pertenece la élite urbana que representa (y también critica) Evangelina Guerrero Zacarías en cuentos como “Hastío” (1932) (Figura 1), “Frivolidad” (1932) y “Como las aguas dormidas” (1937), publicados en los periódicos *El Excelsior* y *La Vanguardia*. La narradora de “Hastío” banaliza del siguiente modo las ansiedades que afectan a las protagonistas en la primera conversación que aparece en el cuento: “Bah, aquel cuento ya lo había ella oído repetidas

HASTIO

por
Evangelina Guerrero Zacarías



FIGURA 1 Ilustración de la portada del cuento “Hastío” en *Excelsior*, 10 de junio de 1932. p. 17.

veces: el eterno problema de la vida conyugal, con sus discrepancias, divergencias más o menos graves, la indispensable incompatibilidad de caracteres y de temperamentos.” (Guerrero Zacarías 1989, 135). Luisa, una de las protagonistas, expresa su deseo de acabar con el aburrimiento que le produce quedarse en casa soñando con cosas materiales:

Si al menos tuviese con qué seguir mis caprichos de mujer, me divertiría rodando de almacén en almacén, rodeándome de todas las cosas bonitas que mi cuerpo anhela. Así al menos, tendría en qué ocupar mis horas ociosas, mis días hueros. (Guerrero Zacarías 1989, 135)

A través de estos cuentos, se puede decir que Evangelina Guerrero Zacarías cuestiona la conformidad de estas mujeres con su rol de ángel del hogar. Más concretamente, Guerrero Zacarías expresa un sentir femenino afectado por el desencanto de la vida doméstica de la mujer burguesa acomodada. Villaescusa-Illán (2022) ofrece dicha interpretación tras analizar varios personajes creados por Guerrero y que, según esta autora, no solamente encarnan el hastío femenino del ama de casa burguesa aburrida de la vida doméstica, sino también el de la *flapper* aburrida de la vida moderna y el de la campesina aburrida de la vida en el campo.³

En relación con la vida en el campo, Adelina Gurrea, en la colección *Cuentos de Juana. Narraciones Malayas de las Islas Filipinas* (1943), se centra en lo rural, recreando las relaciones entre propietarios y trabajadores de las haciendas azucareras de Visayas. A través del propio personaje de Juana, la niñera de una familia hacendera hispanofilipina, y de las historias mitológicas que cuenta a los niños, Gurrea nos familiariza con su infancia en una Filipinas rural:

A nosotros [Juana] parecía querernos y –bien o mal– cuidó de todos los hermanos. Por las noches, antes de acostarnos, o en las siestas cálidas y soporíferas, mientras planchaba la blancura de las ropas tropicales, nos contaba cuentos de reyes y princesas españolas o los terroríficos de duendes malayos. (Gurrea 2009, 50)

En uno de los cuentos más originales de la colección, *El Talisay*, Gurrea describe la compleja y poco explotada relación entre dos mujeres que habitan la misma casa: la hija de los propietarios de la hacienda (la propia Gurrea de niña) y su niñera de origen malayo (Juana).⁴

El protagonismo de las mujeres como personajes y también como agentes culturales se aprecia dentro y fuera de las obras literarias, a través de editoriales, columnas y entrevistas que se publicaban en revistas femeninas y en prensa. Estas publicaciones son un espacio donde apreciar el incipiente discurso femenino sobre el sufragio y la educación, por ejemplo. Asimismo, en las revistas femeninas de la época también se encuentran consejos de belleza, recetas de cocina e, incluso, participaciones de las lectoras que podrían parecer frívolas, pero que reflejan el humor, el sarcasmo y la crítica a lo que significa ser madre, esposa y mujer. Al respecto de esto último, recomendamos leer el análisis que hace Quirós Cañiza (2022) de las opiniones de mujeres sobre el ideal masculino que aparecen en la revista *El Bello Sexo*.

La identidad filipina a través de la historia, la cultura y la educación

En 1932, Inés Villa Suico, una joven filipina becada en España, escribe una tesis doctoral, *Filipinas hacia el camino de la cultura*, en la que construye una historia de la educación en Filipinas bajo la supervisión del catedrático de sociología de la Universidad de Madrid, Severino Aznar. El objetivo del estudio es discernir cuáles deberían ser los preceptos de una educación propiamente filipina, que Villa Suico formula a base de principios político-filosóficos heredados de la razón instrumental, que ella divide en tres aspectos “racionalización”, “socialización” e “individualización” (1932, 158–162). Además del énfasis que la tesis pone en encontrar un modelo educativo ajustado a la realidad de Filipinas, Villa Suico insiste en demostrar que la historia del archipiélago ha contribuido a su riqueza y adaptabilidad cultural. Dicha

historia abarca el periodo prehispánico, caracterizado por un intenso comercio con “Japón, India, Java y Malasya” (1932, 21) y por un nivel de desarrollo, que según Suico, es superior al de dichos pueblos vecinos (1932, 21). Esto, en opinión de la autora, justifica las aptitudes energéticas de los filipinos para asimilarse posteriormente a las culturas colonizadoras, y demuestra la creencia dominante en el darwinismo como teoría social. La tesis está salpicada de paradojas derivadas de un deseo de reconocimiento de la nación filipina en sí misma (y no como producto colonial) a la vez que de la visión positivista del desarrollo de Filipinas gracias a relaciones históricas con países asiáticos y a las colonizaciones española y estadounidense.

En sus *Notas de Viaje* (1930), Paz Mendoza Guazon pone de relieve la misma idea: que la mejora de los pueblos se produce a través del contacto con civilizaciones más avanzadas o “colonizadoras”, como lo son, para esta autora, Roma y España (1930, 260). Su diario de viaje, que es sin duda un manual de saber cosmopolita, tiene como objetivo compartir con el pueblo filipino (incluidas las instituciones de gobierno y educación) el conocimiento que adquiere la autora a través del viaje sobre los modelos sociales, económicos y culturales que se observan en otros países. La autora espera que ese conocimiento, adaptado al contexto del archipiélago, convierta a Filipinas en un país moderno. De esta manera el avance cultural de Filipinas justificaría varias demandas políticas: la de independencia de la tutela norteamericana, la de sufragio universal y la de mejora del sistema educativo vigente. (Villaescusa Illán 2018).

La mejora en educación y el acceso garantizado a la misma para todas las mujeres son medidas esenciales para Paz Mendoza Guazon y para muchas intelectuales filipinas de este periodo, quienes fueron las primeras en beneficiarse de una educación reglada, regentaron instituciones educativas (como es el caso de Rosa Sevilla de Alvero) y, algunas de ellas, disfrutaron de una formación universitaria.

Las políticas lingüísticas en educación formaban parte del debate nacional y regían discursos a veces enfrentados. Para algunas personas, la incorporación de una nueva lengua y cultura (el inglés norteamericano) a las ya existentes (la española y las diversas culturas y lenguas filipinas) se entendía, con desconfianza, como un proceso de nueva colonización y de “alienación colonial”, como lo denominó en los años ochenta Ngūgĩ wa Thiong’o (1985). Rosa Sevilla de Alvero, en la obra de teatro *Prisionera de Amor*, se acerca al debate sobre las repercusiones que podría tener el implementar una educación “local” o “extranjera” en las escuelas mediante las perspectivas antagonistas de los personajes principales de la obra. María Luisa, que tiene un discurso más conservador y proteccionista, defiende la necesidad de tener profesoras “filipinas, como nosotras; con los mismos modos de sentir y simpatizar”, en vez de extranjeras, aquellas que trabajan en los “colegios [...] más aristócratas” (Sevilla de Alvero 19221, 33). Esta afirmación no deja de ser curiosa al

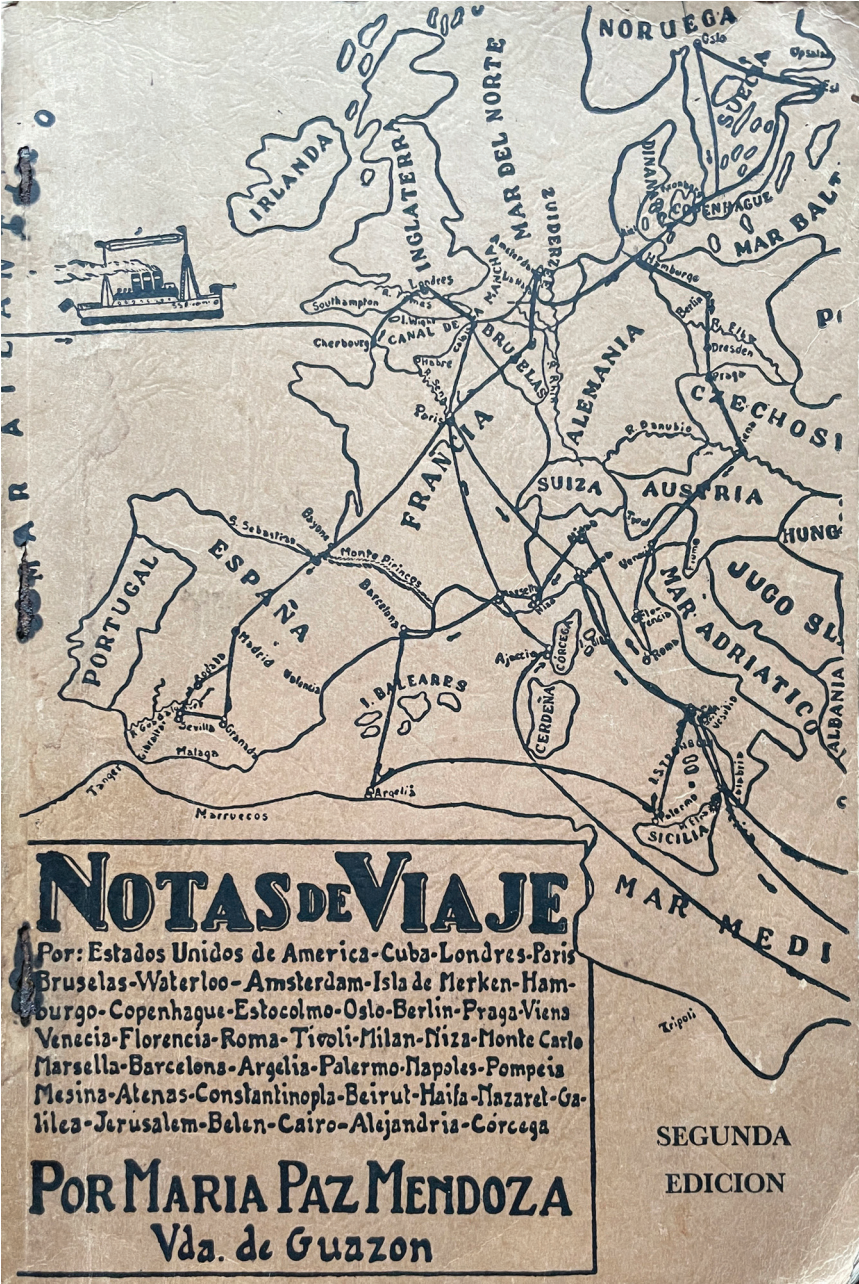


FIGURA 2 Portada de la segunda edición de Notas de Viaje, 1949.

respecto de quiénes son las “filipinas como nosotras”, ¿las hispanohablantes? ¿las bilingües en español y tagalo, por ejemplo? ¿Son los colegios aristócratas aquellos que enseñan en inglés? El discurso contrario a este sería el de los filipinos más progresistas para los que una educación en inglés (y en un colegio “aristócrata”, probablemente) es la mejor forma de aceptar la realidad y subirse al tren del progreso. El debate que introduce aquí Sevilla de Alvero revela el multilingüismo y la transculturación filipina, que desestabiliza el significado de lo que es *local*. Es decir, plantea una compleja pregunta sobre la identidad filipina en este momento partiendo del debate sobre la(s) lengua(s) de la nación. También refleja un dilema que afectaría a la propia Sevilla de Alvero, la que regentaba un establecimiento escolar, el Instituto de Mujeres de Manila, fundado inicialmente en 1900 como una escuela católica para mujeres con clases en español (Gardinier y Sevilla-Gardinier 1989) y que debe adaptar su currículo (incluyendo la lengua de instrucción) a la nueva realidad de Filipinas.

La base de la nación: indigenismo y transculturación

La literatura indigenista que surge en América Latina a principios del siglo XX se entiende como una literatura social que tiene como objetivo exponer las condiciones de explotación y abuso de las poblaciones indígenas (Martínez Hoyos 2018). Sin embargo, hablar de textos (o de un movimiento) indigenista en el contexto de la literatura hispanofilipina se debe comprender en otro sentido: se trata de obras que, en su afán nacionalista propio del momento, recobran las tradiciones, el folclore del pasado, así como las lenguas locales originales y transculturadas. El primer ejemplo que se podría dar de un texto de aspiraciones indigenistas es, de nuevo, el libro de Adelina Gurrea que mencionaba más arriba, *Cuentos de Juana*. La representación de la vida cotidiana en la hacienda azucarera de su familia, situada en la Isla de Negros (Visayas), es testimonio del entrelazamiento entre la cultura extranjera (española y católica) y la cultura local expresada a través de la cosmovisión malaya, de sus seres mitológicos y creencias animistas. Pero, además, en los cuentos, la autora recrea el castellano filipino (como un ejemplo de lengua transculturada y de translingüismo) que se hablaba en esta zona en la que filipinismos y castellanismos se mezclaban de manera sincrética, sobre todo en el habla de los sirvientes y campesinos.

En otros textos aparece una forma de heteroglosia y de translingüismo (el empleo de varias lenguas a modo de *code switching*) sintomática de la diversidad lingüística y sociocultural filipina. Por ejemplo, la obra teatral *La mejor ofrenda* (1916) de Rosa Sevilla de Alvero abre con una escena en el patio de un colegio donde los niños y niñas están cantando fragmentos de canciones en inglés, mientras que la lengua base de la obra es el español. En otra obra de teatro de la misma autora titulada *Prisionera de Amor* (1922), Sevilla de Alvero incorpora el chabacano ermitaño (una variedad de chabacano que se

habla en el barrio manileño de Ermita) en boca de dos personajes que tienen el rol de burlones, Pedro y Juan:

Juan: Naku! Mira vos el mujel de Ñol Montojo! Guapang guapa! Ansina ya no mas aquel reina del Carnaval. ¡Joy! ¡Pedro! Agora el mundo esta guillao; mira vos aquel mana casadas mas pusturang pustura pa que el mana solteras.

Pedro: ¡Jay! no sabe ba vos? Este el mana fruto del Sanlibulcio.

Juan: ¡Joy! cosa ba yo ta jabla? Debolsio hombre debolsio.

Pedro: Oy sabihondo, pa este, no mas nga vos, miti conmigo.

(Sevilla de Alvero 1922, 50)

Otra muestra del espíritu nacionalista/indigenista y otro ejemplo curiosísimo de translingüismo se encuentra en dos libros de cocina: *Condimentos indígenas* (1918) de Pura Villanueva Kalaw y, sobre todo, en el recetario bilingüe (inglés y español) titulado *Every day cookery for the home. (Choice recipies for all tastes and all occasions)* (1934) de Sofía de Veyra y María Paz Zamora Mascuñana.⁵

Ambos recetarios cumplen con varios objetivos. En primer lugar, sus autoras desean promocionar una alimentación más sana (a base de productos locales, frescos, de temporada y baratos) como base de la regeneración social nacional basada en el bienestar y la salud de la población. En segundo lugar, estos libros de recetas entienden la producción y consumo de comida como un proceso de regulación social, que se ocupa, por ejemplo, de ordenar las rutinas diarias (de compra, preparación de comida, limpieza de la cocina y etiqueta social) conforme a cuestiones de género y clase. Por último, el tercer objetivo de este recetario es profesionalizar el trabajo del ama de casa, reconfigurándolo como una ciencia doméstica que se convierte en objeto de enseñanza y estudio en las instituciones educativas. El periódico *La Vanguardia* publica en 1934 el discurso que Villanueva Kalaw dio en el departamento de Ciencia Doméstica en la *Philippine Women's University* donde ella misma obtuvo el título de Máster (*Master of Arts Honoris Causa* en 1953; Kalaw Katigbak 1985, 252). El título del artículo es: “La utilidad de saber coser, saber cocinar, y sobre todo, saber preparar un buen ‘budget’ para la familia” (Villanueva Kalaw 1934, 15). En el artículo, la periodista utiliza la cocina para concienciar a la población de la gran responsabilidad que puede ser una tarea tan aparentemente banal. Para Villanueva Kalaw, el uso de ingredientes filipinos y la adaptación de recetas extranjeras a los recursos locales contribuye a la conservación de la cultura local y a la mejora de la economía filipina:

Sirvamos ensalada americana, pero confeccionemos nuestra ensalada con hojas de ‘paco’, ‘patani’, ‘sincanas’ y pepino etc. Aceptemos el ‘lumpia’ chino y el ‘sukiaki’ japonés pero hagamos nuestra ‘limpia’ y nuestro ‘susaki’ con repollo local, con huevos filipinos, con el cogollo de nuestras palmeras, con

todos los ingredientes en fin de producción local. Y de esta obra, al parecer humilde e insignificante, puede venir la prosperidad económica de nuestro país. (Villanueva Kalaw 1934, 22)

Asimismo, en dicho artículo, así como en el decálogo de costumbres para la cocina que incluye Villanueva Kalaw en *Condimentos Indígenas*, la autora revaloriza el trabajo doméstico al presentarlo como un saber hacer y una ciencia. El texto interpela exclusivamente a las mujeres y contribuye a definir un espacio desde el cual las mujeres pueden contribuir a la regeneración social filipina.

Sufragismo y feminismo

En 1935 se celebró el plebiscito sobre la Ley de Independencia Tydings-McDuffie que aprobaba el derecho al voto femenino en Filipinas y que se implementaría dos años más tarde. El movimiento sufragista estuvo liderado por Pura Villanueva Kalaw, la autora de *Condimentos Indígenas*, de la que hablamos más arriba. Villanueva Kalaw era una joven de la provincia de Visayas y la única periodista en el diario *El Tiempo* de Iloilo, en el que escribía una columna llamada “Pluma Femenina”. En 1906 organizó la *Asociación Feminista Ilonga* desde la que empezó a promover la igualdad de género y la participación de las mujeres en la vida pública. Ella misma afirma que, al no tener hermanos, sus padres la criaron como a un niño, dándole todos los privilegios y la educación que habrían dado a un varón. Por eso adoptó, como eslogan feminista, la frase: “Lo que puede hacer un hombre, también lo puede hacer una mujer” (in *How the Filipinas Got the Vote*, 7). Con este deseo de igualdad, Villanueva Kalaw se mudó a Manila y conoció a otras sufragistas filipinas, como la ya mencionada Paz Mendoza Guazon además de una larga lista entre las que se encuentran Sofía de Veyra, Concepción Félix de Rodríguez, Constancia Poblete, Aurora Quezón, Trinidad Fernández Legarda, Pilar Hidalgo Lim, Josefa Llanes Escoda, Asunción A. Pérez o Josefa Jara Martínez. Estas sufragistas eran editoras de revistas, figuras públicas y hasta miembros del parlamento. Además de esta nómina de colegas filipinas, Villanueva Kalaw conoció a la sufragista estadounidense Carry Chapman Catt y a la neerlandesa Aletta Jacobs, quienes visitaron las islas en 1912. A propósito de este encuentro, y del proceso legal que llevó a las sufragistas filipinas a conseguir el voto, se recomienda leer el panfleto autopublicado por Villanueva Kalaw en 1952 con el título *How the Filipinas Got the Vote*.

Para conocer una versión feminista de la historia de la mujer filipina, se recomienda leer el ensayo *The Development and Progress of the Filipino Women* (1951) escrito y presentado por Mendoza Guazon en el primer congreso de mujeres del Pacífico, celebrado en Honolulu en 1922. Unos años después, en 1931, Mendoza Guazon recoge, en una antología editada

por ella misma bajo el título *My Ideal Filipino Girl*, una serie de publicaciones en prensa, discursos públicos y notas de viaje escritas en español, inglés y tagalo, que reflexionan sobre el ideal de mujer filipina. En línea con el ideal nacional-católico español, la mujer ocupa un papel central como reproductora biológica e ideológica de la emergente nación filipina. A los discursos nacionalistas/independentistas/feministas de Villanueva Kalaw y Mendoza-Guazón, se añade el católico, mediante el cual se glorifica la maternidad y la transmisión de los valores religiosos y culturales a los nuevos hijos de la patria. Así lo explica ella: “Cultura es el perfeccionamiento de los dones que Dios nos ha dado tendentes a mejorarlos. Nadie está llamada a hacer este trabajo como la madre” (“La madre y la patria” en Mendoza Guazon 1931, 65).

Los reclamos políticos de estas intelectuales filipinas coinciden con los de los movimientos sufragistas europeos y norteamericanos pertenecientes a la primera ola (en España tuvo lugar justo antes de la Guerra Civil). Es decir, se trata de las demandas de un movimiento burgués –aunque no blanco, debido al mestizaje existente en Filipinas– que reclama derechos civiles y acceso a la educación principalmente y surge en las zonas urbanas (Nash 2012). No obstante, los escritos subrayan la necesidad de adaptar los principios extranjeros a las necesidades del país sin caer en reproducciones incoherentes y, sobre todo, antipatrióticas. Así lo expresa Mendoza Guazon apelando a traducir el conocimiento científico de la medicina (que es la disciplina que ella conoce) al ámbito político:

¿Por qué ese afán de imitar todo lo extranjero aunque no pegue ni con cola? Será verdad lo que un caballero me dijo, que para civilizarnos es necesario de nacionalizarnos? Yo no puedo creer en semejante sofisma. El gran patólogo Welch, al despedirse de sus colegas filipinos, dejó este encargo: “Estudad las enfermedades propias de vuestro país [sic] y no apliqueis [sic] la medicina de los países [sic] templados en el vuestro”. ¿Por qué no nos aprovechamos de este consejo y lo aplicamos en muchos aspectos de nuestras relaciones sociales si es que aspiramos a vivir vida independiente? (Mendoza Guazon 1931, 68)

En el ensayo sobre el desarrollo y el progreso de la mujer en Filipinas mencionado más arriba, Mendoza Guazon presta atención a la condición de las mujeres casadas pertenecientes a las clases pobres subrayando el hecho de que ellas, además de ocuparse de la casa, participan en las tareas del campo (Mendoza Guazon 1951, 33). Se puede decir que el reconocimiento de las necesidades específicas de la mayoría de la población femenina, y no solo de la minoría rica, sí formaba parte de las preocupaciones políticas de las sufragistas hispanohablantes y las diferenciaba del movimiento anglosajón y europeo.

Conclusiones

Este brevísimo recorrido por algunas obras escritas por mujeres hispanofilipinas revela la notable diversidad de géneros así como la hibridez existente dentro de ellas. Las obras señaladas aquí ayudan a entender los intereses políticos del momento (independencia y sufragio), la historia colonial filipina (a través de su herencia transcultural y lingüística) y su visión del futuro (como nación moderna) poniendo a las mujeres como protagonistas. Estas son representadas en algunas obras como amas de casa desencantadas y aburridas (en los cuentos de Guerrero Zacarías) y en otras como participantes activas en debates sobre la educación en el país (el teatro de Sevilla de Alvero). En *Cuentos de Juana*, Gurrea explora la compleja relación entre las niñas de las haciendas y sus empleadas domésticas, y en los recetarios de cocina se atisba un impulso por reconocer el valor social y cultural de la comida, no solo como un trabajo doméstico, sino también como un fenómeno que bien se podría denominar gastronacionalista. En varias obras de teatro, la identidad filipina se pone en cuestión a través de la reconstrucción histórica y del rol de la lengua en el país y en la educación. Es innegable el valor de la prensa y de las revistas para la promoción del pensamiento político y la acción social de las intelectuales filipinas que escribían en español, así comola necesidad de explorar dicho archivo en futuros estudios.

Debido al énfasis en mejorar la educación, conseguir el voto femenino y proponer una regeneración social que incluyera la profesionalización del trabajo femenino y la aplicación de modelos de éxito extranjeros, las autoras hispanofilipinas se unen a la nómina de feministas, activistas, periodistas y pioneras en los movimientos de mujeres de América Latina y España. De este modo se puede afirmar con más rotundidad que el dinamismo de estas autoras choca con el estereotipo de la mujer hispánica dominante, que ha estado eclipsado por la imagen de la frágil María Clara, el personaje ficticio de Rizal.

Notas

- 1 Al respecto de esta obra se recomienda leer el trabajo de Emmanuelle Sinardet (2022) incluido en la bibliografía.
- 2 Adelina Gurrea es, sin duda, la autora más prolífica de la tradición hispanohablante. Además de los textos mencionados en este artículo, se conocen otras dos obras de teatro, *Fortalezas* (1936), *Brumas y voces: tres actos* (1952), un ensayo feminista titulado *La mujer filipina* (sin fecha) y otra colección de poesía, *A lo largo del camino*, publicada en 1954.
- 3 Además de estos cuentos cortos publicados en prensa, la obra de Guerrero Zacarías cuenta con una colección de cuentos cortos titulada *Primicias* (1935) y una antología poética, *Kaleidoscopio espiritual* (1935), por la que recibió un premio Zóbel, un reconocimiento literario a las letras filipinas en español. Otra autora filipina destacable por su obra poética fue Nilda Guerrero Barranco que publicó *Capullos* (1982), y una colección de prosa lírica titulada *Nostalgiyas* (1968). Donoso

(2020) la coloca en una etapa posterior a las autoras mencionadas aquí que él designa como “edad de plata” de las letras hispanofilipinas.

- 4 En esta línea de literatura que entronca con las mitologías prehispánicas filipinas, Leonor de los Reyes Agrava y Araceli Pons García publicaron en Madrid un libro llamado *Leyendas Filipinas* (1955).
- 5 María Paz Zamora Mascuñana publicó además dos recopilaciones de cuentos cortos: *Mi obolo: colección de cuentos filipinos* (1924), *Cuentos cortos, 1919–1923 y Recuerdos de la liberación*, 1945 –entre los que se encuentra el diario que escribió durante la ocupación japonesa “Nuestros cinco últimos días bajo el yugo nipón”.

Bibliografía Parte III

- Abad, Antonio M. 2001. Seleccionos de *La oveja de Nathán*. En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón, 227–236. Madrid: Clan Editorial.
- . 2013. *El campeón*. Manila: Instituto Cervantes de Manila, col. Clásicos Hispanofilipinos.
- Abelardo, Nicanor. Ca1920. *Nasaan ka irog?*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web). [https://imslp.org/wiki/Nasaan_ka_irog%3F_\(Abelardo%2C_Nicanor\)](https://imslp.org/wiki/Nasaan_ka_irog%3F_(Abelardo%2C_Nicanor))
- . Ca1917. *Amorosa*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web). [https://imslp.org/wiki/Amorosa_\(Abelardo%2C_Nicanor\)](https://imslp.org/wiki/Amorosa_(Abelardo%2C_Nicanor))
- . 1929. *Ikaw Rin!*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web), editado por Matt Burkett. [https://imslp.org/wiki/Ikaw_Rin!_\(Abelardo%2C_Nicanor\)](https://imslp.org/wiki/Ikaw_Rin!_(Abelardo%2C_Nicanor))
- Agrava, Leonor de los Reyes, y Araceli Pons Garcia. 1955. *Leyendas filipinas*. Madrid: Imprenta Dosan.
- Aguilar, Filomeno V., Jr. 2005. “Tracing Origins: Ilustrado Nationalism and the Racial Science of Migration Waves”. *Journal of Asian Studies* 64, n.º 3: 605–637.
- Alinea, Estanislao B. 1964. *Historia analítica de la literatura Filipino-hispana desde 1566 hasta mediados de 1964*. Quezon City: Imprenta los Filipinos.
- . 1967. “Philippine literature in Spanish: from the literature of protest to efflorescence”. En *Brown Heritage: Essays on Philippine Cultural Tradition and Literature*, editado por Antonio G. Manuud, 508–517. Quezon City: Ateneo de Manila. Institute of Philippine Literature.
- Anderson, Benedict. 1988. “Cacique Democracy and the Philippines: Origins and Dreams”. *New Left Review* 169: 3–31.
- . 1991. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso Books.
- . 1998. *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia and the World*. Londres: Verso Books.
- . 2007. *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*. Londres: Verso Books.
- Altavás, Enrique. 1920. *Impresiones de viaje*. Manila: La Comercial.
- Álvarez Tardío, Beatriz. 2009. *Writing Athwart Adelina Gurrea’s Life and Works. La escritura entrecruzada de Adelina Gurrea*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- . 2013. “¡Hay un caimán!”: Una aproximación al estudio del poema *A la Laguna de Bay* de Fernando Canon”. *Kritika Kultura* 20, febrero: 129–171.
- . 2015. “Introducción”. en Enrique K. Laygo *Relatos* Manila: Instituto Cervantes, vii–lxvii.
- Apóstol, Cecilio. 1950. *Pentélicas: (poesías)*. Manila: Editorial Hispano-Filipina.
- Artigas y Cuerva, Manuel. 1909. *Los periódicos filipinos: la más completa bibliografía publicada hasta la fecha acerca de los papeles públicos filipinos*. Manila: Biblioteca Nacional Filipina.
- Bagulaya, Jose Duke. 2020. “The Filipino Drama”. *CCP Encyclopedia of Philippine Art Digital Edition*. (Web). <https://epa.culturalcenter.gov.ph/accounts/signup/?next=/7/59/713/>
- Balmori, Jesús. 1904. *Rimas malayas*. Manila: Tip. Lit. Germania.
- . 1910. *Bancarrotta de almas: novela filipina*. Manila: Librería Manila Filatélica.

- . 1915. *Se Deshojó la Flor: novela filipina*. Manila: s. d.
- . 1919. “La princesa está triste”. *The Philippine Review* Vol. IV, n. 3, pp. 195–199.
- . 1928. *El libro de mis vidas manileñas*. Manila: Gráfica Biblioteca Nacional de Filipinas.
- . 1932a. “De Manila a México: Capítulo I”. *Excelsior. Revista Decenal Ilustrada* 938.
- . 1932b. “De Manila a México: Capítulo V”. *Excelsior. Revista Decenal Ilustrada* 942.
- . 1933. “De Manila a México: China poblana”. *Excelsior. Revista Decenal Ilustrada* 981.
- . 1934. “De Manila a México: Acapulco”. *Excelsior. Revista Decenal Ilustrada* 988.
- . 1940. *Filipinizada a los filipinos: alta comedia en tres jornadas original de Jesus Balmori*. Manila: [texto mecanografiado].
- . 1941. *Mi casa de nipa: poesías*. Manila: Manila Grafica.
- . 1987. *Cuentos de Balmori*. Edición de Edgardo Tiamson Mendoza. Quezon City: Kalayaan Press.
- . 2014. *Flor del Carmelo*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Balmori, Jesús, y Manuel Bernabé. 1927. *Balagtasan, justa poética*. Manila: Manila Grafica.
- Bañas, Raymundo C. 1969. *Pilipino Music and Theater*. Quezon City: Manlapaz Publishing Co.
- Bautista, Erwin Thaddeus L. 2008. “Modernismo in 20th Century Filhispanic Poetry: Continuing the European Literary Tradition”. En *Encuentro: Philippine-Spanish Friendship Day*, editado por María Luisa T. Camagay, 114–131. Quezon City: Spanish Programme for Cultural Cooperation.
- Benemerito, Nazario. 1931. “Las católicas de Vigan por Sta. Teresita”. *La Vanguardia: diario filipino independiente*, 29 de agosto de 1931.
- Bernabé, Manuel. 1929. *Cantos del trópico: poesías*. Manila: San Juan Press.
- . 1957. *Perfil de cresta*. Manila: Imprenta Carmelo & Bauerman.
- . 2001. “La que lavó su pecado”; “El maestro que paró en la cárcel”. En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, 283–294, editado por Manuel García Castellón. Madrid: Clan Editorial.
- Blanco, John D. 2009. *Frontier Constitutions Christianity and Colonial Empire in the Nineteenth-Century Philippines*. Berkeley: University of California Press.
- Bonus, Ladislao. Ca1892. *Recuerdo a la Patria (Serenata)*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web), editado por Paul Earvin Bibal. [https://imslp.org/wiki/Recuerdo_a_la_Patria_\(Bonus%2C_Ladislao\)](https://imslp.org/wiki/Recuerdo_a_la_Patria_(Bonus%2C_Ladislao))
- Buencamino, Francisco. Ca1920. *Mi bandera*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web). [https://imslp.org/wiki/Mi_Bandera_\(Buencamino_Sr.%2C_Francisco\)](https://imslp.org/wiki/Mi_Bandera_(Buencamino_Sr.%2C_Francisco))
- Cailles Unson, Ben. 1969. “La literatura hispanofilipina”. *Archivum* 19: 275–291.
- Calderón de la Barca, Pedro. 2020. *La primer flor del Carmelo*. København, Dinamarca: Saga Egmont. www.lrdigital.dk/en/La-primer-flor-del-Carmelo-9788726499605
- Calizo, Victoria S. 2020. “Audiences of Literature”. *CCP Encyclopedia of Philippine Art Digital Edition*. (Web). <https://epa.culturalcenter.gov.ph/9/74/1561/>
- Cano, Gloria. 2011. “Filipino Press between Two Empires: *El Renacimiento*, a Newspaper with Too Much *Alma Filipina*”. *Southeast Asian Studies* 49, n.º 3: 395–430.

- Castañer, Eduardo. 1896. *La mártir de su destino: drama en un acto*. Manila: Imprenta “Amigos del País”.
- CCP. 1994. *CCP Encyclopedia of Philippine Art*, Vol. IX, Philippine Literature. Manila: Cultural Center of the Philippines.
- . 1996. *CCP Encyclopedia of Philippine Art*, Vol. XI, Philippine Literature. Manila: Cultural Center of the Philippines.
- Checa Godoy, Antonio. 2015. “La prensa filipina en español entre dos guerras (1899–1941)”. *RIHC. Revista Internacional de Historia de la Comunicación* 1, n.º 4: 22–51.
- Chocano, José Santos. 1906. *Alma América, poemas indo-españoles*. París: Vda. de C. Bouret.
- Co, Teddy. 2013. “Influencias – España en el cine de Filipinas”. *Perro Berde: Revista Cultural Hispano-Filipina* 4 (Diciembre): 103–106.
- Comisión de Independencia. 1919. *La Misión Filipina: Documentos relacionados con su origen, su desarrollo y su actuación en los Estados Unidos*. Manila: Bureau of Printing.
- Constantino, Renato. 1966. “The Miseducation of the Filipino”. *The Filipinos in the Philippines and Other Essays*. Quezon City: Malaya Books.
- Constantino, Renato 1992. “Uncritical adoration”. *History: Myths and Reality*. Quezon City: Karell, Inc.
- Coráñez Bolton, Sony. 2016. “Crippling the Philippine Enlightenment: Ilustrado Travel Literature, Postcolonial Disability, and the ‘Normate Imperial Eye/I’”. *Verge* 2, n.º 2: 138–162.
- Corpus, Rafael. 1909. *Fuera de Filipinas: lo observado y lo juzgado*. Manila: Librería Manila Filatélica.
- Cruz, Denise. 2016. “The Case of Felicidad Ocampo: A Palimpsest of Transpacific Feminism”. En *Filipino Studies: Palimpsests of Nation and Diaspora*, editado por Martin F. Manalansan and Augusto Espiritu, 274–296. Nueva York: NYU Press.
- Cruz, Isagani R. 1971. *A Short History of Theater in the Philippines*. Manila: Cultural Center of the Philippines.
- Cruz-Lucero, Rosario. 2020. “Hispanic Traditions and Transformations in Philippine Literature 1565 Onward”. *CCP Encyclopedia of Philippine Art Digital*. (Web). https://epa.culturalcenter.gov.ph/accounts/signup/?next=/9/72/1538/#the_continuingtradition
- Cruz Rivera, José. 1902. *Katipunan: drama histórico filipino. En tres actos y en prosa*. Barcelona: Pedro Toll.
- Culkin Banning, Margaret. 1926. “De puertas adentro”. *The Woman’s Outlook* 4, 6 de abril de 1926: 35–36.
- Cullinane, Michael. 2005. *Ilustrado Politics: Filipino Elite Responses to American Rule*. Manila: Ateneo de Manila University Press.
- Darío, Rubén. 1890. *Azul*. 2. ed. aumentada. Ciudad de Guatemala: Imprenta de La Unión.
- . 1998. “El Triunfo de Calibán (1898) (Ed. y notas de Carlos Jáuregui)”. *Revista Iberoamericana* 64, n.º 184: 451–455.
- De la Peña, Wytan. 2000. “Fil-hispanic Literary Studies: Current Trends and Challenges in the 21st Century”. *Philippine Humanities Review/Rebyu ng Arte at Literatura ng Pilipinas* 4: 8–34.
- . 2001. “The Spanish-English Language ‘War’”. *Linguae et Litterae* 4–5: 6–28.
- . 2008. “‘Filipino’ vs. ‘Fil-hispanic’: The Politics of Appropriation and Assimilation in Philippine Cultural Identity Construction”. En *Encuentro: Philippine-Spanish*

- Friendship Day*, editado por María Luisa T. Camagay, 101–113. Quezon City: Spanish Programme for Cultural Cooperation.
- . 2011. “Philippine Literature in Spanish”. En *World Literature in Spanish: An Encyclopaedia*, editado por Maureen Ihrie y Salvador Oropesa, 761–766. Santa Barbara: ABC CLIO.
- De la Rama, Esteban. 1907. *De Filipinas a América: impresiones de viaje*. Manila: El Tiempo.
- De los Reyes, Isabelo. 1903. “Pobres y ricos. Zarzuela filipina en tres actos”. *La Redención del Obrero. Periódico defensor de los trabajadores de Filipinas*. Manila, año I, n.º 5, 5 de noviembre de 1903.
- De Veyra, Jaime C. 1961. *La hispanidad en Filipinas*. Madrid: Círculo Filipino.
- Del Castillo y Tuazon, Teófilo, y Buenaventura S. Medina Jr. 1964. *Philippine Literature from Ancient Times to the Present*. Quezon City: Del Castillo and Sons.
- Del Rosario Castrillo, Pamela. 1994. “Philippine Political Theater: 1946–1985”. *Philippine Studies* 42, n.º 4: 528–538.
- Diamond, Catherine. 1996. “Quest for the Elusive Self: The Role of Contemporary Philippine Theatre in the Formation of Cultural Identity”. *TDR* 40, n.º 1: 141–169.
- Dizon, Alma Jill. 1995. “False Vision in Two Plays by Aurelio Tolentino”. *Philippine Studies* 43, n.º 4: 666–680.
- Donoso Jiménez, Isaac. 2013. “Crónica de Filipinas en la poesía de Zoilo Hilario”. *Kritika Kultura* 20: 205–231.
- . 2020. “La Edad de Plata de la literatura hispanofilipina (1946–1987)”. *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas* 38: 119–137. <https://dx.doi.org/10.5209/dice.70155>
- During, Simon. 2000. “Post-Colonialism and Globalization: Towards a Historisation of their Inter-Relation”. *Cultural Studies* 14, n.º 3–4: 385–404.
- Encanto, Georgina R. 2004. *Constructing the Filipina: A History of Women’s Magazines, 1891–2002*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Escamilla, Antonio G. s/f. *Vida y Amor*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web). [https://imslp.org/wiki/Vida_y_Amor_\(Escamilla%2C_Antonio_G.\)](https://imslp.org/wiki/Vida_y_Amor_(Escamilla%2C_Antonio_G.))
- Eugenio, Damiana H. 1987. *Awit and Corrido. Philippine Metrical Romances*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Excelsior*. 1907. “El maestro Hernández”. *Excelsior. Revista Decenal Ilustrada* 29, 10 de febrero de 1907: 552.
- Farolán, Edmundo. 2000. “El teatro hispanofilipino”. *Revista Filipina* 4, n.º 2, otoño. <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/ot00.htm>
- . 2002. “Literatura hispanofilipina del s.XX”. *Tonos Digital. Revista electrónica de estudios filológicos* 3. https://www.um.es/tonosdigital/znum3/estudios/LiteraturaFilipina%20del%20S_%20XX.htm
- Feria, Miguel Ángel. 2018. “El modernismo hispanofilipino ante la crítica española (1904–1924)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 44, n.º 88: 241–266.
- . 2022. “‘El pentagrama ultrajado’: irrupción del Jazz en la cultura hispanofilipina”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 202–215. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Fernandez, Doreen G. 1980. “From Ritual to Realism: A Brief Historical Survey of Philippine Theater”. *Philippine Studies* 28, n.º 4: 389–419.

- . 1996. *Palabras: Essays on Philippine Theater History*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- . 2020a. “Drama”. *CCP Encyclopedia of Philippine Art Digital Edition* (online). <https://epa.culturalcenter.gov.ph/7/55/449/>
- . 2020b. “Kahapon, Ngayon at Bukas”. *CCP Encyclopedia of Philippine Art Digital Edition* (online). <https://epa.culturalcenter.gov.ph/accounts/signup/?next=/7/58/578/>
- Foster, David William, y Daniel Altamiranda. 1997. *From Romanticism to Modernismo in Latin America*. Nueva York y Londres: Garland Publishing
- Francia, Luis H. 2010. *A History of the Philippines: From Indios Bravos to Filipinos*. Nueva York: The Overlook Press, Peter Mayer Publishers.
- Gallo, Andrea. 2010. “Guillermo Gómez Windham: líneas bio-bibliográficas y unos poemas”. *Humanities-Diliman* 7, n.º 2: 1–33.
- . 2014. “La Novelística de Guillermo Gómez Windham: Una ‘Comedia Humana’ Filipina”. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 136–153
- García Castellón, Manuel, ed. 2001. *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*. Madrid: Clan Editorial.
- García Lorca, Federico. 1949. *Divan de Tamarit: Odas; Poemas póstumos; Canciones musicales*. Madrid: Gestetner.
- García Sanchiz, Federico. 1938. “Las banderas solitarias. Última charla en Manila de Don Federico García Sanchiz”. *¡Arriba España!*. 31 de diciembre de 1938. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/arriba-espana-manila-num-284-31-de-diciembre-de-1938-1145262/>
- Gardinier, David E. y Josefina Sevilla-Gardinier. 1989. “Rosa Sevilla de Alvero and the Instituto de Mujeres of Manila”. *Philippine Studies* 37, n.º 1: 29–51.
- Gasquet, Axel. 2018. “La narrativa de Benigno del Río”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 88: 315–336.
- . 2019. “La hispanidad periférica en las antípodas el filipino T. H. Pardo de Tavera en la Argentina del Centenario”. *UNITAS* 92, n.º 1: 113–142.
- . 2020. “Filipino Poet Jesús Balmori: Testimonials of his His Mexican Journey Passing Through Japan (1932–1934)”. *Transpacific Literary and Cultural Connections: Latin American Influence in Asia*, editado por Jie Lu y Martín Camps, 45–66. Cham: Palgrave Macmillan.
- . 2022. “La modernidad agónica en los cuentos de Manuel Bernabé”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 172–201. Foro Hispánico 67. Ámsterdam: Brill.
- Gavino, Pacita C. 2014. “A History of Scene Design for Philippine Theater 1846–1969”. En *A Reader in Philippine Theater: History and Criticism*, editado por Jonathan Chua y Rosario Cruz-Lucero, 3–25. Diliman, Quezon City: The University of the Philippines Press.
- Geed Ibaso, Amalia. 1973. “Vida y obras poéticas de Jesús Balmori”. Madrid: s.d.
- Gómez Carrillo, Enrique. 1906a. *De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón*. París: Garnier.
- . 1906b. *La Rusia Actual*. París: Garnier.
- Gómez Windham, Guillermo. 1921. *La carrera de Cándida*. Iloilo: Islas Filipinas. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcsj3c2>

- . 2001. “Selecciones de *Tía Pasia*”. En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón. 217–224. Madrid: Clan Editorial.
- Guerrero Barranco, Nilda. 1968. *Nostalgias*. Manila: Ediciones Fil-Hispanas.
- . 1982. *Capullos*. Manila: Rain Fair Enterprises.
- Guerrero, Fernando María. 1908. “Antifonario”. *Domus Aurea. Revista mensual de Literatura, artes y sociología*, n.º 3, agosto de 1908: 6–9.
- . 1952. *Crisálidas (Poesías)*. Manila: Philippine Education Foundation.
- . 1971. *Aves y flores: poesías*. Manila: Ediciones Fil-Hispanas.
- Guerrero Zacarías, Evangelina. 1935. *Primicias*. S.I. S.n.
- . 1959. *Kaleidoscopio espiritual: colección de poesías*. Quezon City: Phoenix Press.
- . 1989. “Hastío”, “Cuando los dioses lloran”, “Como las aguas dormidas”, “Espejo Sentimental”, “Frivolidad”. En *Philippine Short Stories in Spanish: 1900–1941*, editado por Pilar Eugenia Mariño. 135–137; 341–344; 365–367; 541–542; 245–246. Quezon City, Philippines: Office of Research Coordination, University of the Philippines.
- . 2001. “Como las aguas dormidas”. En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón. 275–281. Madrid: Clan Editorial.
- Gurrea Monasterio, Adelina. 1954a. *Filipinas. Auto histórico-satírico*. Valladolid: Imprenta Augustiniana. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/filipinas--auto-historico-satirico--original/>
- . 1954b. *A lo largo del camino*. Madrid: Círculo filipino. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/a-lo-largo-del-camino--poesias-/>
- . 1968. *En agraz (poesías)*. Madrid: s.d. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/en-agraz-poesias/>
- . [1943, 1955] 2009. *Cuentos de Juana: Narraciones Malayas de las Islas Filipinas*, editado por Beatriz Álvarez Tardío. Manila: Instituto Cervantes de Manila. www.cervantesvirtual.com/obra/cuentos-de-juana-narraciones-malayas-de-las-islas-filipinas-incluye-el-relato-inedito-el-talisay/
- . [1952] 2016a. *Brumas y voces: tres actos*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com/obra/brumas-y-voces--tres-actos/
- . [1936] 2016b. *Fortalezas*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/fortalezas/>
- . [s.f.] 2016c. *La mujer filipina*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-mujer-filipina/>
- Hau, Caroline S. 2004. *On the Subject of the Nation: Filipino Writing from the Margins, 1981 to 2004*. Ateneo de Manila University Press.
- Hernández, Josué. 2014. “Reseña de *La oveja de Nathan* de Antonio Abad”. *Perspectives in the Arts and Humanities Asia* 4, n.º 1: 95–98.
- Hernández, Juan de Sahagún. Ca1905. *Canto Patriótico de María Clara*. En *IMSLP. Biblioteca Musical Petrucci*. (Web). [https://imslp.org/wiki/Canto_Patriotico_de_Maria_Clara_\(Hernandez%2C_Juan_de_Sahagun\)](https://imslp.org/wiki/Canto_Patriotico_de_Maria_Clara_(Hernandez%2C_Juan_de_Sahagun))
- Hernández Gavira, José. 1933. “Bonita. Tango”. *La Vanguardia: diario filipino independiente*, 15 de julio de 1933.
- . 1937. *Mi copa bohemia: poesías*. Manila: s.n.
- Hernandez, Tomas C. 1976. *The Emergence of Modern Drama in the Philippines 1898–1912*. Honolulu: Philippine Studies Working Paper No. I Asian Studies Program, University of Hawaii.

- Hilario, Zoilo J. 1913. *Adelfas (De la lira filipina)*. Primer tomo. Pampanga: Cornelio A. Palabán Byron.
- Hontiveros Avellana, Daisy. 1967. "Philippine Drama: A Social Protest". En *Brown Heritage: Essays on Philippine Cultural Traditions and Literature*, editado por Antonio G. Manuud, 668–686. Quezon City: Ateneo de Manila University Press.
- Javillonar-Marquez. Ely. 1964. "The First Vernacular Zarzuela". *Philippine Studies* 12, n.º 2: 323–324.
- Jimena, Álvaro. 2022. "La Redención del Obrero, Isabelo de los Reyes y la introducción del socialismo en Filipinas". En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño y Axel Gasquet, 104–117. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Joaquin, Nick. 2004. *Culture and History*. Pasig City: Anvil Publishing.
- Jolipa, Nora T. 1996. "Lost Paradise: American Colonialism and the Filipino Writer in Spanish". En *Nationalist Literature: A Centennial Forum*, editado por Elmer A. Ordoñez, 24–32. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Jurilla, Patricia. 2010. *Bibliography of Filipino Novels, 1901–2000*. Quezon City: University of the Philippines.
- Kalaw, Teodoro M. 1908. *Hacia la tierra del Zar*. Manila: Librería Manila Filatélica.
- . 1930. "Carta de don Teodoro M. Kalaw". En *Notas de viaje* de María Paz Mendoza, v–viii. Manila: Benipayo Press.
- . 2014. *Hacia la Tierra del Zar*. Editado por Jorge Mojarro. Sevilla: Renacimiento.
- Kalaw Katigbak, María. 1983. *Legacy, Pura Villanueva Kalaw: Her Times, Life, and Works, 1886–1954*. [Manila?]: Filipinas Foundation.
- Kalifa, Dominique, Régnier Philippe, Marie-Ève Thérenty, y Alain Vaillant. 2011. *La Civilisation du journal*. París: Nouveau Monde éditions.
- Kaplan, Amy. 2002. *The Anarchy of Empire in the Making of U.S. Culture*. Convergences. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Kaplan, Amy, y Donald E. Pease, eds. 1993. *Cultures of United States Imperialism*. Durham: Duke University Press.
- Karnow, Stanley. 1990. *In Our Image: Spain's Empire in the Philippines*. Nueva York: Ballantine Books.
- Keppy, Peter. 2019. *Tales of Southeast Asia's Jazz Age. Filipinos, Indonesians and Popular Culture, 1920–1936*. Singapur: National University of Singapore Press.
- Kramer, Paul A. 2006. *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, & the Philippines*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Lacónico-Buenaventura, Cristina. 1994. *The Theater in Manila 1846–1946*. Manila: De La Salle University Press.
- Lapeña-Bonifacio, Amelia. 1972. *The "Seditious" Tagalog Playwrights: Early American Occupation*. Manila: Zarzuela Foundation of the Philippines.
- Laygo, Enrique K. 2001. "El candidato". En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón. 253–266. Madrid: Clan Editorial.
- Lifshey, Adam. 2012. *The Magellan Fallacy*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- . 2016. *Subversions of the American Century: Filipino Literature in Spanish and the Transpacific Transformation of the United States*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Liongson, Francisco A. 1937. *El pasado que vuelve. Drama en un prólogo, tres actos y un epílogo. El primero y tercer actos divididos cada uno en tres cuadros*. Manila: s.n.

- . 2018. *El pasado que vuelve*. En *Antología del Teatro Filipino* (Tomo II), editado por Edmundo Farolan. Rakuten Kobo.
- Lumbera, Bienvenido. 1994. "Philippine Literature. The Ethnic Tradition". En *Cultural Center of the Philippines Encyclopedia*. Vol. IX *Philippine Literature* 9: 24–30.
- . 1996. "The Nationalist Literary Tradition". En *Nationalist Literature: A Centennial Forum*, editado por Elmer A. Ordoñez, 1–16. Quezon City: University of the Philippines Press and PANULAT / Philippine Writers Academy, with the assistance of the National Commission for Culture and the Arts.
- . 2000. *Writing the Nation/Pag-akda ng Bansa*. Manila: University of the Philippines Press.
- . 2007. "Splintering Identity: Modes of Filipino Resistance Under Colonial Repression" (Conferencia plenaria, "Performing Ethnicity" Congreso City College of the City University of New York octubre de 2004). *Usapang Kultura* (blog), 24 de junio de 2004. <http://avhrc-kultura.blogspot.com/2007/06/splintering-identitymodes-of-filipino.html>
- Lumbera, Bienvenido, y Cynthia Nograles Lumbera, eds. 1997. *Philippine Literature: A History & Anthology*. Pasig City: Anvil Publishing.
- Manlapaz, Edna Z., ed. 1975. *Selected Writings of Aurelio Tolentino*. Quezon City: University of the Philippines Library.
- Manuel, E. Arsenio. 1955 y 1970. *Dictionary of Philippine Biography*, volúmenes I y II. Quezon City: Filipiniana Publications.
- Manuud, Antonio G., ed. 1967. *Brown Heritage: Essays on Philippine Cultural Tradition and Literature*. Quezon City: Institute of Philippine Literature, Ateneo de Manila.
- Mariñas, Luis. 1974. *Literatura filipina en castellano*. Madrid: Editora Nacional.
- Mariño, José. 2001. "Leyenda de los cinco hermanos". En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón, 193–200. Madrid: Clan Editorial.
- Martín de la Cámara, Eduardo. 1910. *Parnaso filipino: Antología de poetas del Archipiélago Magallánico*. Barcelona: Casa editorial Maucci.
- Martínez Hoyos, Francisco. 2018. *El indigenismo: desde 1492 hasta la actualidad*. Madrid: Cátedra.
- Matibag, Eugenio D. 2013. "Staging the Nation: Claro M. Recto's Domestic Dramas". *Kritika Kultura* 20: 172–203.
- McClintock, Anne. 1994. *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*. Nueva York: Routledge.
- McCoy, Alfred. 1992. "Sugar Barons: Formation of a Native Planter Class in the Colonial Philippines". *Plantations, Proletarians and Peasants in Colonial Asia*, editado por E. Valentine Daniel, Henry Bernstein y Tom Brass, 106–141. Londres: Routledge.
- . 2000. "A Dying Dreamer – Jose Nava and the Drama of Class Struggle". En *Lives at the Margin: Biography of Filipinos Obscure, Ordinary, and Heroic*, editado por Alfred McCoy, 279–336. Madison: University of Wisconsin Press.
- Medina, Buenaventura S., Jr. 1974. *Confrontations: Past and Present in Philippine Literature*. Manila: National Book Store.
- Medina, Isagani R., y Myrna S. Feliciano, eds. 1990. *The Complete Works of Claro M. Recto. Vol. 1 Literary Works 1909–1918*. Pasay City: Claro M. Recto Memorial Foundation.
- Mejías-López, Alejandro. 2009. *The Inverted Conquest: The Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Mendoza-Guazón, María Paz. 1930. *Notas de viaje*. Manila: Benipayo Press.

- . 1931. *My Ideal Filipino Girl*. Manila: s/n.
- . 1951. *The Development and Progress of the Filipino Women*. 2nd ed. Manila: Kiko Printing Press.
- Mojares, Resil. 2002. “The Hills Are Still There, in Vestiges of War: The Philippine-American War and the Aftermath of an Imperial Dream, 1899–1999”. En *Vestiges of War: The Philippine-American War and the Aftermath of an Imperial Dream, 1899–1999*, editado por Angel Velasco Shaw y Luis H. Francia, 81–86. Nueva York: New York University Press.
- . 2006. “The Formation of Filipino Nationality under U.S. Colonial Rule”. *Philippine Quarterly of Culture and Society* 34, n.º 1: 11–32.
- Mojarro Romero, Jorge. 2014. “Prólogo: Teodoro Kalaw o el curioso observador burgués”. *Hacia la Tierra del Zar de Teodoro M. Kalaw*, editado por Jorge Mojarro, 7–26. Madrid: Renacimiento.
- . 2018. “El estudio de la literatura hispanofilipina durante el siglo XX / The Study of Spanish-Filipino Literature during the XXth Century”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 66, n.º 2: 651–682.
- . 2019. “Teodoro Kalaw lee a Gómez Carrillo: *Hacia la Tierra del Zar* (1908), un ejemplo de crónica modernista filipina”. *UNITAS* 92, n.º 1: 229–255.
- . 2022. “Desencuentros con la modernidad en la temprana literatura hispanofilipina de viajes”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 155–171. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Molins del Pando, Angelina. 1920. *Siempre vivas*. Barcelona: Maucci.
- Morado, Guillermo Juan. 2009. “Flor del Carmelo”. *La puerta de Damasco* (blog), 3 de marzo de 2009. www.infocatomica.com/blog/puertadedamasco.php/flor_del_carmelo
- Morga, Antonio. 1958. *Sucesos de las Islas Filipinas (1609)*. Editado por José Rizal. Quezon City: R. Martínez and Sons.
- Nash Mary. 2012. *Mujeres en el mundo: Historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ngũgĩ wa Thiong’o. 1985. “The Language of African Literature”. *Decolonising the Mind. The Politics of Language in African Literature*. Londres: James Currey.
- Ocampo, Marceliano. 1932. “Nuestras prosistas del Presente y del Porvenir”. *La Vanguardia: diario filipino independiente* XXIII, n.º 137, 9 de julio de 1932: 11, 12.
- O’Connor, William Van. 1958. “Cosmic Irony in Hardy’s ‘The Three Strangers’”. *The English Journal* 47, n.º 5: 248–254; 262.
- Office of the Historian. s.f. “The Philippine–American War, 1899–1902”. *Milestones in the History of U.S. Foreign Relations*. s.l.: United States Department of State. <https://history.state.gov/milestones/1899-1913/war>
- Ortuño Casanova, Rocío. 2014. “La representación de España en la poesía filipina en castellano de la época de ocupación americana: idealización, exotización y diferenciación”. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 154–167.
- . 2016. “Espino Licsi vs. Licsi Espino: cantos a la cultura española desde Filipinas”. *Bulletin of Hispanic Studies* 93: 63–80.
- . 2017. “Philippine Literature in Spanish: Canon Away from Canon”. *Iberomania* 85: 58–77.
- . 2019. “Quijote-Sancho y Ariel Caliban: La introducción de Filipinas en la corriente hispanoamericanista por oposición al ocupador yankee”. *Unitas* 92 (mayo): 256–287.

- . 2021. “Panasiatismo y resistencia al discurso occidental en la literatura filipina en español: China como Asia por antonomasia a lo largo de dos colonizaciones”. *Revista de Estudios Hispánicos* 55, n.º 2: 369–394.
- . 2022a. “Literature and the newspapers. Foreign literature in the Filipino press”. Exposición online. *PhilPeriodicals* (web), octubre de 2022. <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/exhibits/show/literature-and-newspapers/foreign-literature>
- . 2022b. “Literature and the newspapers. The Boom of Fiction”. Exposición online. *PhilPeriodicals* (web), octubre de 2022. <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/exhibits/show/literature-and-newspapers/boom-of-fiction>
- . 2022c. “Literature and the newspapers. Women Writers”. Exposición online. *PhilPeriodicals* (web), octubre de 2022. <https://philperiodicals-expo.uantwerpen.be/exhibits/show/literature-and-newspapers/women-writers>
- . 2024 “China Was No Longer the Enemy: The Reassessment of Limahong in Hispanofilipino Literature”. En *Transnational Philippines*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 126-151. Ann Arbor: Michigan University Press. <https://www.fulcrum.org/concern/monographs/t148fk757>
- Pardo de Tavera, Trinidad H. 1916. “Recuerdos de Argentina”. *The Philippine Review* 1, n.º 2: 42–59.
- Park, Paula C. 2022. *Intercolonial Intimacies Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Paterno, Pedro. 1902. *La alianza soñada*. Manila: Estab. Tipográfico de M. Paterno y Comp.
- . 1910. *El alma filipina*. Manila: Imprenta La República.
- . 1911a. *Aurora social (colección de novelas cortas)*. Manila: Imprenta La República.
- . 1911b. *La fidelidad: (novela filipina)*. Manila: Imprenta La República.
- . 1911c. *Los heraldos de la raza*. Manila: Imprenta La República.
- . 1915. *Los Itas*. Manila: Tip. linotype del Colegio de Santo Tomás.
- . 1917. *Sampaguitas y poesías varias*. Manila: Imprenta de Santo Tomás.
- Paz, Octavio. 1990. *Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona: Seix Barral.
- Pedrosa, Carmen N. 2014. “A Small ‘Correction’ Reveals an Important Detail”. *The Philippine Star*, 1 de junio de 2014. www.philstar.com/opinion/2014/06/01/1329687/small-correction-reveals-important-detail
- Pérez, María Vanessa Afonso. 2011. “Lili. Comedia en un acto (1916)”. *Revista Filipina* 15, n.º 4: 1–13. <http://revista.carayanpress.com/lili.html>
- Pérez Tuells, Lorenzo. 1973. *La vuelta de Don Quijote: poesías*. Manila: Imprenta de Santo Tomas.
- Pica, Alejo Valdes. 1915. *Electa*. Manila: s.n.
- . 1919. *Intimas*. Manila: De Pedro De Guzman.
- . 1931. *Salomé, drama en dos actos y en verso. Antología del teatro filipino*, editado por Edmundo Farolán. S. I., s. f. 32–106.
- . 2018. *Salomé, drama en dos actos y en verso*. En *Antología del teatro filipino (Tomo IV)*, editado por Edmundo Farolan Romero. Rakuten Kobo, 32–106. www.kobo.com/gr/en/ebook/antologia-del-teatro-hispanofilipino-tomo-iv
- Portal Adelina Gurrea. 1952. “Noticia en prensa sobre Adelina Gurrea Monasterio”. *Portal Adelina Gurrea Monasterio (web)*, dirigido por Beatriz Álvarez Tardío. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/portales/adelina_gurrea_monasterio/imagenes_prensa/

- Pratt, Mary Louise. 1992. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Nueva York: Routledge.
- Quirós Cañiza, Cecilia. 2007. “La historia de la escena filipina: fragmentos”. *Revista Filipina* 11, n.º 1. www.revista.carayanpress.com/escenafinal.html
- . 2022. “*El Bello Sexo y La Ilustración Filipina*: la mujer en los periódicos filipinos del siglo XIX”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Axel Gasquet y Rocío Ortuño Casanova, 136–154. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Ramas, Wilhelmina Q. 1982. *Sugbuanon Theater: from Sotto to Rodríguez and Kababar*. Quezon City: Asian Center, University of the Philippines.
- Ramos, Julio. 2003. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Rávago, Manuel. 1922. “Peregrinando: Impresiones de un viaje a Tierra Santa”. *Cultura Social: Revista Católica Filipina* (abril), ANO 10, n.º 112, 173–181.
- . 1927. *Peregrinando... impresiones de un viaje por Tierra Santa*. Manila: Catholic Trade School.
- Recto, Claro Mayo 1911. *Bajo los cocoteros (almas y panoramas)*. Manila: Manila Filatélica.
- . 1913. *La ruta de Damasco (drama en un acto)*. Manila: J. P. Camacho.
- . 1917. *Solo entre las sombras: drama en un acto y en prosa*. Manila: s.n.
- . 1979. “El castellano como factor de nuestra nacionalidad”. En *Florilegio hispanofilipino*, editado por Remigio Jocson, 8–15. Manila: Manlapiz Publishing Co.
- Retana, Wenceslao E. 1895. *El Periodismo Filipino: noticias para su historia (1811–1894)*. Madrid: viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- . 1909. *De la evolución de la literatura Castellana en Filipinas: los poetas, apuntes críticos*. Madrid: Lib. General de Victoriano Suárez.
- Reyes, José G. 1930. *Novela de la vida real*. Manila: San Juan Press.
- Reyes, Severino. 1911. *Alma filipina. Comedia en un acto y en prosa*. Manila: Imprenta de I. R. Morales.
- . 1916. *El Cablegrama Fatal. Intermedio histórico en un acto*. Manila: Imprenta de J. R. Morales.
- . 2007. *Alma Filipina* (fragmentos). *Revista Carayan* 11, n.º 2: 1–3. <http://revista.carayanpress.com/alma.html>
- Reyes de Veyra, Sofía, y María Paz Zamora Mascuñana. 1930. *Everyday Cookery for the Home (Choice Recipes for All Tastes and All Occasions)*. Manila: Ilaya Press.
- Riggs, Arthur Stanley. 1904. “The Drama of the Filipinos”. *The Journal of American Folklore* 17, n.º 67: 279–285.
- . 1951. “Seditious Drama in the Philippines”. *Current History* 20, n.º 116 (abril): 202–207.
- . 1981. *The Filipino Drama, 1905*. Manila: Ministry of Human Settlements Intramuros Administration.
- Rizal, José. 1887. *Noli me tângere: novela tagala*. Berlín: Berliner Buchdruckerei-Actien-Gesellschaft.
- . 1909. *Noli me tângere (novela tagala)*. 2. ed., Barcelona.
- . 1995. *Noli me tângere: novela tagala*. Manila: Instituto Nacional de Historia.
- Rodao, Florentino. 1997. “Spanish Language in the Philippines: 1900–1940”. *Philippine Studies* 45, n.º 1: 94–107.
- . 2012a. *Franquistas sin Franco*. Granada: Comares.

- . 2012b. “El español durante la guerra civil: las revistas ideologizadas”. En *Historia cultural de la lengua española en Filipinas*, editado por Isaac Donoso, 459–510. Madrid: Verbum.
- Rodell, Paul. 1974. “Philippine ‘Seditious’ Plays”. *Asian Studies* 12, n.º 1: 88–118.
- Rodó, José Enrique. 1900. *Ariel*. Montevideo: Impr. de Dornaleche y Reyes.
- Rodríguez, Buenaventura. 2001. “El aswang”. En *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, editado por Manuel García Castellón, 203–208. Madrid: Clan Editorial.
- Rodríguez, Dylan. 2019. *Suspended Apocalypse: White Supremacy, Genocide, and the Filipino Condition*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rodríguez, José R., y Gonzalo Santonja Gómez-Agero. 2018. *La prensa española de Filipinas (siglo XX)*. Burgos: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- Roses, Sixto. 1908. “El modernismo en el arte”. *Domus Aurea. Revista mensual de Literatura, artes y sociología*, Vol. 3, agosto de 1908: 25–32.
- Sales, Marlon James. 2019. “Translation (in/of/as) History: Toward a Model for Historicising Translation in Hispanic Filipino literatura”. *Translation & Interpreting* 11, n.º 2: 32–44.
- Salvador Rueda en Filipinas. *Jornadas de poesía y patriotismo*. 1915. Manila: Casino Español de Manila; Imp. Vda. de E. Bota.
- Sanchez, Jean-Noël. 2015. “Philippines: Maria Clara ou l’invention de la Femme Nationale”. *Raison Présente* 193, “La fabrique des imaginaires nationaux”, coordinado por R. Pfefferkorn y J. N. Sanchez: 55–68.
- Sedano Calonge, José. 1936. *Soy de tu Raza, Castilla; recopilación de novelas relámpago*. Manila: J. Ma Lascano.
- . 1938. “Augurios y amoríos”. *La Vanguardia: diario filipino independiente*, 22 de septiembre de 1938.
- See, Sarita Echavez. 2009. *The Decolonized Eye: Filipino American Art and Performance*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- . 2017. *The Filipino Primitive: Accumulation and Resistance in the American Museum*. Nueva York: New York University Press.
- Seijas, Tatiana. 2015. *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chino to Indians*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro. 2005. *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.
- Sevilla de Alvero, Rosa. 1917. *La mejor ofrenda: fantástico melodrama en dos actos*. Manila: Imprenta Sevilla.
- . 1922. *Prisionera de amor: drama lírico en tres actos*. Manila: Imprenta sevillana.
- Sinardet, Emmanuelle. 2022. “La carrera de Cándida de Guillermo Gómez Windham: crónica de la desaparición del mundo hispanofilipino”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Axel Gasquet y Rocío Ortuño Casanova, 256–266. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Sommer, Doris. 1991. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Sotto, Vicente. 1929. *Una rápida vuelta al mundo*. Manila: Benipayo Press.
- Southeast Asia Digital Library. 1913. “Cine Oriente”. *Southeast Asia Digital Library* (Web). DeKalb, IL: Northern Illinois University, Historical Archives and Photographs <https://sea.lib.niu.edu/islandora/object/SEAImages%3ASCLPH034>
- Tayag, Claude. 2022. “The Biggest Little Filipino Cookbook of Pura Villanueva Kalaw”. *The Philippine Star*, 19 de mayo de 2022. <https://philstarlife.com/living/515362-filipino-cookbook-pura-villanueva-kalaw?page=3>

- Thomas, Megan C. 2012. *Orientalists, Propagandists, and Ilustrados: Filipino Scholarship and the End of Spanish Colonialism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tiamson Mendoza, Edgardo. 1987. "Introduction". En *Cuentos de Balmori*, editado por Edgardo Tiamson Mendoza, ix. Quezon City: National Book Store.
- . 2008. "The Indigenous in Fernando María Guerrero's Poems". *Linguae et Litterae*, n.º 0. www.journals.upd.edu.ph/index.php/lel/article/view/1777.
- Tiongson, Nicanor G. 1992. *Dulaan: An Essay on the Spanish Influence on Philippine Theater*. Manila: Cultural Center of the Philippines.
- . 1993. "What is a Sarswela?". *Pilipinas Circa 1907*. (Program notes for *Pilipinas Circa 1907*), 8–9.
- . 2003. "Nicanor Tiongson on Philippine Theater | Project Vircurso Lecture Series". *Project Vircurso* (YouTube recording). Manila: Literature Department of De La Salle University www.youtube.com/watch?v=7BxPovkRNj0
- . 2020. "Philippine Theater". *CCP Encyclopedia of Philippine Art* Digital Edition. <https://epa.culturalcenter.gov.ph/accounts/signup/?next=/7/54/431/#hispanictraditionsandtransformations>
- Tolentino, Aurelio. 1975a. *Boda Maldita. Drama lírico en un acto*. En *Aurelio Tolentino: Selected Writings*, editado por Edna Zapanta-Manlapaz, 319–336. Quezon City: University of the Philippines.
- . 1975b. *¡Hilat!...¡Aray!*. En *Aurelio Tolentino: Selected Writings*, editado por Edna Zapanta-Manlapaz, 337–361. Quezon City: University of the Philippines.
- Toro Escudero, Juan Ignacio. 2017. *Del burdel al emporio cinematográfico: el papel fundamental, olvidado, principal y pionero del soldado español Antonio Ramos Espejo en el nacimiento del cine chino*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Trajano Mera, José. 1899. "Las gotas de agua". *Libertad* 34, 17 de agosto de 1899: 3.
- Victoriano, Pacífico. 1905. "Excelsior". *El Mercantil (Por Cervantes y su "Quijote")*. 28 de mayo de 1905.
- . 1916a. *Arias de primavera*. Manila: Imprenta filipina.
- . 1916b. *Arpegios Coleccion de Poesias por Anak-Araw*. Manila: N.p.
- Villa Suico, Inés. 1932. *Filipinas hacia el camino de la cultura*. Madrid: Imprenta de Leoncio Rubio.
- Villaescusa Illán, Irene. 2018. "Un paseo por la modernidad: reflexiones de Paz Mendoza en sus *Notas de viaje* (1929)". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 88: 267–290.
- . 2020. *Transcultural Nationalism in Hispano-Filipino Literature*. Londres: Palgrave Macmillan.
- . 2022. "Mujer modelo y modelos de mujer: el discurso femenino y feminista en la modernidad hispanofilipina". En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por Rocío Ortuño Casanova y Axel Gasquet, 235–255. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Villanueva, Honesto A. 1971. "The Independence Mission 1919: Independence Lies Ahead". *Asian Studies* 9, n.º 3: 282–306.
- Villanueva Kalaw, Pura. 1934. "Que la ciencia doméstica enseñada en las escuelas se pueda llamar 'domestic science na talagang napapakina bañgang'". *La Vanguardia: diario filipino independiente*, año 25, n.º 200, 22 de septiembre de 1934, 15–22.
- . 1952. *How the Filipina Got the Vote*. Manila: Crown Printing Press.
- Villaraza, Lily Ann B. 2017. *Yesterday, Today, and Tomorrow: A Study of Aurelio Tolentino's Articulation of Nationalism and Identity through Theatre in the*

- Philippines during the American Colonial Period*. Tesis doctoral, Northern Illinois University.
- Xeres-Burgos, Manuel. 1972. *Con la cruz y la espada*. En *The "Seditious" Tagalog Playwrights: Early American Occupation*, editado por Amelia Lapeña-Bonifacio, 67–87. Manila: Zarzuela Foundation of the Philippines.
- Zamora Mascuñana, María Paz. 1924. *Mi obolo: colección de cuentos filipinos*. Manila: El Debate Printing Press.
- . 1960. *Cuentos cortos, 1919–1923 y Recuerdos de la liberación, 1945*. Manila: N.p., n.d.
- Zapanta-Manlapaz, Edna, ed. 1975. *Aurelio Tolentino: Selected Writings*. Quezon City: University of the Philippines.

PARTE IV

De la ocupación japonesa
al final del premio Zóbel
(1942–2001)



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>

OCASO DE LA CULTURA HISPÁNICA

Ocupación y emancipación

Axel Gasquet

El inevitable declive del español

La literatura hispanofilipina publicada entre el inicio de la ocupación japonesa (1942) y el comienzo de la dictadura de Ferdinand Marcos (1965), se inscribe en un periodo fundamental de la historia filipina contemporánea. Son poco más de veinte años excepcionales en donde el archipiélago sufre la primera invasión de una potencia imperial asiática, conoce una dramática campaña de liberación militar de los Estados Unidos (la segunda potencia colonizadora del país) y, en un plazo muy breve, obtiene su independencia poco después de finalizada la guerra. La tan ansiada independencia soñada por los patriotas filipinos desde la década de 1860, se concretizó en poco menos de un siglo en circunstancias excepcionales y, en realidad, poco auspiciosas: el país se encontraba devastado tras la guerra, con amplios sectores de la sociedad filipina sumidos en la miseria, los resortes de la economía nacional estaban destruidos, las instituciones debilitadas, la élite gobernante dividida y, por último, el mismo Estado nacional se hallaba en fase de reconstrucción.

Asistimos en este periodo a una franca decadencia de la literatura filipina en español, que algunos críticos han identificado como la “Edad de plata” en relación a la “Edad de oro” que la precede. Múltiples factores participan y acentúan esta decadencia notable de la producción cultural y literaria filipina en lengua española, y las explicaciones varían según los analistas. Estanislao B. Alinea considera que este periodo de “mediocridad literaria” se produce por un definitivo cambio de época, que modifica los valores centrales de la sociedad filipina, producto de los cataclismos bélicos y coloniales de las décadas anteriores, y las condiciones políticas y culturales que se habían modificado radicalmente al inicio de la independencia (Alinea 1964, 128–129). Alinea

subraya en primer lugar la “desaparición de las bellas costumbres y tradiciones filipinas” (129) de fondo hispánico, la marcada corrupción moral y política de la nueva era, que yergue prácticas oportunistas en todas las esferas de la sociedad y “aplaudirá con entusiasmo a los tramposos y los erigirá en Zares y Genios de la economía moderna” (129), la dislocación generalizada de la honestidad y la instauración “(del falso) pundonor” de las “mujeres de dudosa reputación” (129). A esto se añaden factores objetivos, materiales y sociales que refuerzan esta decadencia: la desaparición de gran parte de la prensa escrita en español (*La Vanguardia*, *El Debate*, etc.), pilares de la industria cultural hispánica en el archipiélago, de emisoras radiales, de teatros, de asociaciones culturales y de beneficencia, entre una nebulosa de entidades que no reanudaron sus actividades tras la guerra; asimismo, la desaparición generacional de los hispanohablantes –que marginaliza el uso público del español y reduce la transmisión oral de la lengua castellana al seno familiar–, o la marcada ambigüedad del apoyo institucional (tras la independencia) para la enseñanza del español en todos los niveles educativos.

A estos factores también se suma el fallecimiento de grandes adalides de la cultura y literatura hispanofilipina, con figuras como Jesús Balmori (†1948), Manuel Bernabé (†1960) o Claro Mayo Recto (†1960), cuya desaparición priva al hispanismo de encumbrados referentes y defensores indiscutibles dentro de la sociedad filipina. La nueva era marca un cambio copernicano y generacional en la política y la cultura filipina: tras la emancipación en 1946, las jóvenes generaciones aspiraban a acomodarse a un mundo que había cambiado por completo. La independencia refuerza una tendencia ya observable antes de la guerra: la hegemonía de la lengua tagala como lengua nacional filipina, junto a la vitalidad de la miríada de lenguas vernáculas y la adopción oficial del inglés como segunda lengua. Muchos intelectuales y políticos de las generaciones mayores también siguen este movimiento: Claro Mayo Recto y otros pasan a escribir y publicar en inglés, escogiendo los beneficios de una lengua en alza en desfavor de una lengua declinante y moribunda.

Otro factor político de peso, cuya incidencia fehaciente resulta hoy difícil de cuantificar, es que la lengua castellana, magnificada en la posguerra por las antiguas generaciones, estaba identificada con una idea pretérita de la hispanidad –defendida oficialmente por la España franquista–, cuyos numerosos agentes y epígonos filipinos habían quedado (no sin razón) popular y socialmente identificados como colaboradores activos o pasivos de la ocupación japonesa. Una parte sustancial de la comunidad hispanohablante en Filipinas quedó mal parada con la ocupación nipona, fundamentalmente la élite que ocupaba puestos destacados en la administración o en la economía del país; y aunque varios procuraron cambiar rápidamente de casaca y deslindarse como corresponsables de esta historia reciente, presentándose ahora como víctimas de la ocupación antes que como colaboradores, la pervivencia del uso del español como lengua pública se hacía complicada de

asumir y formaba parte del lote de bagajes culturales que convenía ocultar o moderar. La lengua castellana, reservada a la élite o aristocracia filipina, era vista como “no democrática”, pues era un atributo de las clases privilegiadas. La adopción prioritaria y urgente del tagalo y el inglés entre grandes adalides del hispanismo filipino, era una vía expeditiva para inventarse una virginidad política en la nueva etapa histórica que experimentaba la nación filipina. Pocas figuras públicas hispanofilipinas, como fue el caso del escritor Benigno del Río, podían reivindicar una hispanidad que no conllevara la sospecha de la colaboración con los japoneses. Otro tanto resultaba con el oficial apoyo de los primeros presidentes filipinos al régimen dictatorial de Franco en España, por demás embarazoso cuando la democracia filipina daba sus primeros pasos.

Es plausible que estos factores estrictamente políticos hayan tenido su peso en la marginalización de la lengua castellana, rebajando su perfil público, en las primeras décadas de la vida nacional independiente. La agenda internacional y la Guerra Fría reforzaban dicha tendencia: las Filipinas, aunque emancipadas de la tutela oficial de los Estados Unidos, estaban claramente alineadas internacionalmente con la antigua metrópoli. La España franquista posterior al conflicto 1939–1945 recién comienza a salir lentamente del ostracismo aliado y estadounidense (concomitante a la independencia filipina) a mediados de la década de 1950. Sin embargo, esto no hizo mella dentro del *establishment* político filipino tras la independencia. Todos los presidentes filipinos a partir de 1946 realizarán visitas de Estado en la España de Franco, y numerosos hijos e hijas de ministros y figuras políticas destacadas de los años 1950 y 1960 se beneficiaron de holgadas becas para estudiar en la Península Ibérica. La España franquista buscó fortalecer esta colaboración en momentos en que pocos países mantenían intercambios oficiales con el régimen y cuando muchos países habían reducido sus visitas protocolares al mínimo.

La salvaguarda lingüística y el combate legislativo

El poder legislativo filipino aprobó entre 1949 y 1957, en apenas ocho años, tres leyes sucesivas reglamentando la enseñanza del español en la educación media y superior del país. Estas leyes fueron impulsadas por senadores que fueron acérrimos defensores del hispanismo y la lengua de Cervantes (Cailles Unson 1969, 291): la Ley n.º 343 (26 febrero de 1949), elevada por el senador Vicente Sotto (Cebú) a favor de la enseñanza del español en la educación pública secundaria filipina; la Ley n.º 709. (5 de junio de 1952), elevada por el senador Enrique Magalona (Negros Occidental), que hace obligatoria la enseñanza de doce unidades de español en los estudios secundarios y superiores, en instituciones privadas y públicas; y la Ley n.º 1881 (22 de junio de 1957), elevada por el senador Miguel Cuenco (Cebú), que aumenta a veinticuatro unidades los planes de estudios de enseñanza del español en los colegios y universidades públicos y privados. Sin embargo, estas disposiciones, que debían mantener la vigencia

del español en las jóvenes generaciones de adolescentes y universitarios y que suscitaron la adhesión y entusiasmo de los hispanohablantes, amén de incorporar un profesorado específico, fueron parcial y deficientemente aplicadas en la práctica por las instituciones educativas. Los deseos de Vicente Sotto, impulsor de la primera ley en 1949, se quedarán en letra muerta: “Por fin, después de muchas dificultades y obstáculos veo realizado uno de los sueños de mi vida. Siempre he creído que la conservación del castellano en Filipinas es una necesidad para mantener nuestra civilización occidental. Con la conservación del castellano tendremos siempre a nuestro lado a las 21 repúblicas hispanoamericanas de habla española” (citado por Alinea 1964, 134). En resumen, la aplicación deficiente de la nueva normativa no pudo frenar el inexorable deterioro de la lengua española en Filipinas, sino apenas ralentizarlo. El aprendizaje del castellano fue incluso resistido año tras año por varias asociaciones estudiantiles que pedían por su revocación. La creación de la “Sociedad de Escritores Filipinohispanos” en 1962, el sindicato de profesores de castellano y su prensa gremial, la revista *El Maestro* (dirigida por Guillermo Gómez Rivera) y la creación de la “Solidaridad Filipinohispana” fueron iniciativas que, pese a la voluntad por reflotar el renacimiento del español en el archipiélago, serán todos esfuerzos limitados que no lograrán modificar el rumbo de la historia. La nueva Constitución filipina de 1987, elaborada y votada por el gobierno de Corazón Aquino, elimina por completo la lengua española como una de las lenguas oficiales de la república de Filipinas; dicha decisión condena al español a un ostracismo definitivo dentro de la cultura nacional.

Edgar Knowlton Jr., profesor de la Universidad de Hawái, realiza en aquella época frecuentes estancias en Filipinas y publica en *Books Abroad* reseñas críticas de la producción literaria en español e inglés del archipiélago. Tras un viaje realizado a fines de 1961, advierte que aún subsiste cierto interés por la lengua española, pero constata lo siguiente:

Sin embargo, no todos los filipinos tienen entusiasmo por el estudio del español. Particularmente resentido por algunos es el requisito del idioma español en todos los planes de estudios universitarios. El español ha sido una lengua de prestigio y de élite, cualidades que a veces implican esnobismo o aristocracia antidemocrática. Gran parte de la literatura escrita para filipinos en español no es de fácil acceso debido a la devastación de las bibliotecas en la Segunda Guerra Mundial y al hecho de que gran parte de esta literatura apareció en periódicos y revistas efímeros. No toda la literatura producida por generaciones anteriores atrae a la juventud de hoy. (Knowlton Jr. 1962, 380)¹

Observa además que un número considerable de escritores y profesores universitarios filipinos (cita, entre otros, a Antonio M. Abad, Antonio María Cavanna, Alfredo Roa, Alfredo S. Veloso y el padre Joaquín Lim

Jaramillo –director de *Nueva Era*–) realizan una encomiable labor de edición y rescate de textos literarios en español, pero que estos se traducen mayormente al inglés para garantizar la difusión de los mismos. Knowlton incluso resalta el hecho de que escritores cuya obra primaria está escrita en inglés son muy versados en lengua española y asumen la importancia capital que tiene la tradición cultural hispánica para el país (381). Para finalizar, el crítico estadounidense resume el estado de la lengua castellana en Filipinas con palabras que intuyen la profundidad vertiginosa de la tragedia histórica y cultural experimentada por los filipinos en el plazo de pocas décadas:

Es probable que el uso del español como medio literario continúe declinando gradualmente. Los problemas que plantea el resentimiento por la exigencia del idioma y las tensiones creadas por el prestigio y las cualidades antidemocráticas del español se complican por la amistad hacia otras naciones hispanas y por la importancia del español como fuente de la más importante literatura nacionalista e independentista. Los estadounidenses no tienen este problema. El inglés es el idioma de la Declaración de Independencia y el primer idioma de la mayoría de nosotros a lo largo de la historia de nuestro país. (Knowlton Jr. 1962, 381–382)²

Las vicisitudes sufridas por el Premio Zóbel –máximo galardón anual destinado a los escritores filipinos por su producción literaria en español– atestiguan el declive inevitable de la lengua cervantina en Filipinas. La interrupción de los premios con motivo de la guerra persistirá durante una década, reanudando la atribución de los mismos en 1953. La segunda época, ya con una producción alicaída de obras (en el año 1959 el premio fue declarado desierto), durará hasta 1966. El premio fue nuevamente suspendido entre 1967 y 1973, reanudándose en 1974; pero para entonces este premio literario había perdido todo sentido vital, pues el español como lengua literaria era de uso confidencial y la producción de obras era ocasional, miscelánea o puramente nostálgica. Un hecho resulta elocuente: la obra de referencia de Lourdes Castrillo Brillantes (2006) sobre los 81 años de historia de los Premios Zóbel se publica exclusivamente en inglés.

Notas

- 1 “Not all Filipinos have enthusiasm, however, for the study of Spanish. Particularly resented by some is the Spanish language requirement in all university curricula. Spanish has been a language of prestige and of the elite, qualities which sometimes imply snobbishness or un-democratic aristocracy. Much of the literature written for Filipinos in Spanish is not readily accessible, because of the devastation of libraries in the Second World War, and the fact that much of this literature appeared in ephemeral newspapers and journals. Not all of the literature produced by earlier generations appeals to today’s youth”. Traducción del autor.

- 2 “It is likely that the use of Spanish as a literary medium will gradually continue to decline. Problems raised by resentment of the language requirement and by tensions created by the prestige and non-democratic qualities of Spanish are complicated by the friendship towards other Hispanic nations and by the importance of Spanish as the source of the most important nationalistic and independence-seeking literature. Americans do not have this problem; English is the language of the Declaration of Independence and the first language of most of us throughout our country’s history”. Traducción del autor.

23

LITERATURA Y POLÍTICA

Los contactos con el fascismo

Emilio Vivó Capdevila

Introducción y antecedentes

Las relaciones entre los escritores filipinos en castellano y el fascismo, especialmente el español, se retrotraían a las décadas de 1920–1930 y habían estado marcadas por la expansión del discurso político del hispanismo en España y en Filipinas (Ortuño Casanova 2019). Muchos de los intelectuales españoles que entonces entablaron lazos con los intelectuales filipinos hispanohablantes apoyarían luego la sublevación del ejército español y la movilización fascista en 1936 que dio inicio a la guerra civil española (1936–1939) (Ortuño Casanova 2018a). Esta tuvo un impacto enorme en la comunidad hispanohablante de Filipinas y, especialmente, en las grandes familias como los Zóbel de Ayala, los Roxas o los Soriano. Sus simpatías por el bando sublevado eran ostensibles, hasta el punto de que el apoyo de estas familias fue crucial para la victoria franquista (Rodao 2013). Tras esta victoria, el general Francisco Franco estableció en España una dictadura totalitaria cuyo partido único era heredero del partido fascista Falange Española, que había tenido una enorme presencia en Filipinas (Rodao 2012).

La propaganda exterior franquista fue muy activa en el archipiélago, recibiendo una buena acogida y estableciendo los canales por los que discurrirían posteriormente las relaciones entre filipinos hispanohablantes y fascistas españoles. En 1940, España envió una “misión cultural” capitaneada por Conrado Blanco y Antonio Pérez de Olaguer (Ortuño Casanova 2021), que resultaría en diversas publicaciones españolas y filipinas en prensa, y con la novela *Mi segunda vuelta al mundo* (1943), de Pérez de Olaguer, que noveliza esta visita y recoge diversas referencias a la literatura hispanofilipina.

En un soneto que Manuel Bernabé dedica en esta obra a Pérez de Olaguer, lo llama “el mejor español de Filipinas”, de “piel de craso Don Quijote” y “panza de lego conventual”. Por su parte, Olaguer evoca al crítico de teatro filipino Enrique de Mesa, hace una semblanza del dramaturgo Francisco Liongson e incluye una reflexión sobre las figuras de Rizal y de Manuel Quezón con versos del *Último Adiós*. En el capítulo 25 de este libro que escribe Rocío Ortuño Casanova sobre poesía y teatro en el periodo 1942–1965, se encuentran muchos ejemplos de lo que comentamos. Uno de los ejemplos más destacables fue la revista *Hispanidad*, asociada a la Universidad de Santo Tomás, donde publicarían numerosos autores españoles y filipinos de ideología conservadora.

Sin embargo, al avanzar la II Guerra Mundial en Europa, el fascismo explícito del franquismo y de sus agentes generó recelos hacia el régimen español entre la población filipina no hispanohablante, aislando a los hispanofilipinos en su apoyo a Franco (Rodao 1997, 102–3). Aunque España no se alió oficialmente con el régimen nazi, mostró claras sintonías con este y era evidente que, de darse una victoria alemana en el conflicto, la Falange daría rienda suelta a sus ansias imperialistas (Delgado Gómez-Escalonilla 1988, 47–53). Las simpatías con el Eje y las luchas internas en las que se enzarzaron las facciones franquistas en Filipinas minaron la capacidad de influencia de España en el archipiélago y la apuesta de las élites hispanohablantes por hispanizar el país tras la independencia (Rodao 2013).

Una apuesta de la propaganda falangista en el archipiélago fue intentar canonizar la literatura hispanofilipina en España, ofreciéndole así un público pese a su creciente falta de lectores. Esta literatura, creada mayoritariamente por una élite filipina hispanohablante conservadora, heredaba rasgos decimonónicos y de principios de siglo XX relacionados con los valores de patriotismo, religión, importancia de la lengua española, valentía e idealismo que se ajustaban al discurso y la estética de la literatura franquista (Ortuño Casanova 2017, 2021). Un buen ejemplo de intento de canonización es el número homenaje que *Vértice* –una de las más importantes revistas falangistas españolas– le dedicó a Filipinas en enero de 1942, fruto de los esfuerzos de cooperación cultural y literaria que tuvieron lugar en torno a 1940 entre España y Filipinas. *Vértice* unió así las plumas de escritores filipinos como Manuel Bernabé –con su poema “Mi casa es tu casa”– a poetas como Gerardo Diego –con su “Santo Niño de Cebú”– a las de la plana mayor del régimen franquista, cuya valoración de la literatura hispanofilipina era, no obstante, esencialista e hispanocéntrica, pues para estos la conquista había hecho que Filipinas dejara de ser Asia para ser Hispanidad y, por tanto, la independencia del archipiélago debía restaurar su verdadero ser, el “alma de España” (Aznar 1942, 17).

Las relaciones con el fascismo

La ocupación japonesa de Filipinas (1942–1944)

En 1941, mientras el número 52 de *Vértice* estaba en preparación, la invasión japonesa de Filipinas modificó radicalmente las relaciones entre los intelectuales filipinos y el régimen franquista. La ocupación reforzó las divisiones del periodo anterior entre anglófilos e hispanófilos e hizo que los rasgos de identidad hispánica se asociaran al fascismo y a Japón, debido a que los ocupantes nipones respetaron y privilegiaron a la colonia española y sus instituciones por deferencia al gobierno afín de Madrid, provocando de forma colateral el rechazo filipino a estos rasgos (Rodao 2009, 12–22).

Las autoridades japonesas llevaron al archipiélago filipino, además, un modelo de fascismo alternativo al español a través del gobierno títere de la Segunda República filipina dominado por Japón y su partido único, el KALIBAPI, inspirado en la japonesa Asociación de Apoyo al Régimen Imperial (Jose 2001). Parte de la élite vio aquí una oportunidad de modernizar Filipinas siguiendo el modelo nipón para “asiatizar” el archipiélago y lograr la ansiada independencia dentro de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental (Matthiessen 2015). El KALIBAPI produjo una literatura vinculada a las juventudes del partido, donde se promocionaban unos valores “orientales”, proyectados sobre las supuestas virtudes de Rizal y otros iconos nacionalistas filipinos (Matthiessen 2019, 576). Al mismo tiempo, el presidente de la Segunda República filipina, José P. Laurel, y su ministro de Educación y Sanidad, Claro Mayo Recto, hablaban castellano y sentían la cultura hispánica como propia, y opusieron la cultura hispanohablante como alternativa tanto a la identidad norteamericana como a la japonesa (Rodao 2009, 15–16).

Con la liberación norteamericana del archipiélago en 1945 se abriría un proceso irreversible de deshispanización que marcaría las relaciones entre filipinos hispanohablantes y franquistas hasta 1965. La Batalla de Manila, la guerrilla antijaponesa y el colaboracionismo dañaron mortalmente la identidad hispánica y el tejido comercial e institucional que la sostenía (Rodao 1997; 2009), provocando la desaparición de la prensa en castellano (Checa Godoy 2015, 49) y una caída en picado del volumen de publicaciones (Ortuño Casanova y Gasquet 2022), pero a la vez una línea de novelas y libros testimonio en castellano escritos tanto por filipinos como por españoles. Paradójicamente, el gobierno de Manila llegaría a ser uno de los principales defensores de Franco durante el periodo de aislamiento internacional, entre 1946 y 1953 (Rodao 2009, 25).

La posguerra mundial y el aislamiento diplomático de la España franquista (1944–1953)

Tras la rendición del Eje, España fue excluida del nuevo orden internacional por su vinculación con el fascismo (Pardo Sanz 1999). Esto llevaría a que, a partir de 1946, la propaganda exterior española pasara a estar controlada por católicos más tradicionalistas que fascistas (Delgado Gómez-Escalonilla 1988, 98–118), quienes, como sugiere María Escudero (1994, 146), estuvieron dispuestos a colaborar con cualquier antigua colonia que asumiera como suya la ilusión de una España histórica, civilizadora y voluntarista, cuyo legado habría sido una esencia nacional católica e hispanocéntrica común. Esta ideología de la “Hispanidad” legitimaba un paternalismo político e intelectual atractivo para las élites poscoloniales herederas del orden social tradicional (Faber 2005, 67, 82). Esto, sumado a que en Filipinas las tensiones sociales se dispararon durante la Guerra Fría, especialmente con los violentos conflictos contra las guerrillas comunistas, pudo facilitar la reconciliación de los franquistas con sus antiguos aliados en el archipiélago, más reticentes al falangismo, pero favorables al anticomunismo y al gobierno oligárquico tradicional (Woods 2020).

El franquismo contaba además con poderosos aliados dentro de la comunidad hispanofilipina. Algunos, como Claro Mayo Recto, José Laurel y otros colaboracionistas con los japoneses, fueron amnistiados tras la victoria de Manuel Roxas en las primeras elecciones tras la independencia filipina en 1946 (Rodao 2009, 21–22). Por su parte, las órdenes religiosas, aún bajo el control de España, fueron también grandes aliadas del franquismo que, además, tuvieron como misión formar a la curia filipina (Aguilar 2018, 175–77). Hasta el Concilio Vaticano II, la iglesia católica filipina defendió tanto el castellano como cierto integrista tradicionalista nostálgico del pasado español (Schumacher 2009, 247–260). En el caso de los dominicos, a través de la Universidad de Santo Tomás de Manila (UST), que contaba con las prensas académicas y el teatro de Santo Tomás, se continuó cierta tradición cultural en castellano vinculada al franquismo. El Círculo Escénico, del cual se hablará más en el capítulo sobre poesía y teatro de esta sección, representaba en este teatro obras de autores españoles marcadamente reaccionarios, como *Julieta y Romeo* de José María Pemán (s.a. 1950a).

El franquismo desplegó además una fuerte acción institucional en el archipiélago a través del Instituto de Cultura Hispánica (ICH) creado en 1945 y dominado por miembros del Opus Dei. El ICH se apoyó en las élites católicas y prohispanistas para legitimar la supervivencia ideológica y diplomática del régimen empleando instrumentos como el reparto de becas de asistencia universitaria e intercambio académico a través del ICH y la Iglesia (Escudero 1994, 107–110; 205–207). Entre 1948 y 1965 unos 89 filipinos recibieron becas del ICH para estudiar en el Madrid franquista (Escudero 1994, 287–289, España 1953; Mundo hispánico 1952, 55, 70). El ICH editó también revistas

como *Mundo Hispánico*, que dio a conocer y sirvió de plataforma para la literatura filipina, reseñando las obras de Rizal (Molina 1950), y la producción del periodista, escritor y diplomático Carlos. P. Rómulo (Mundo Hispánico 1949), cuya obra *Yo vi la caída de Filipinas* (1945) se tradujo al castellano apenas dos años después de su publicación en inglés.¹ El ICH también se vinculó con revistas filipinas como *Semana* (Van Gehuchten 2019), donde se anunciaba precisamente *Mundo Hispánico*. *Semana* publicaba noticias y poesía española y reeditaba obras publicadas por el ICH. Gracias a estos esfuerzos, en torno a 1953 numerosos escritores e intelectuales filipinos hispanohablantes ya eran miembros del ICH en Madrid o de su filial en Manila, el Instituto de Cultura Hispanofilipino (Instituto de Cultura Hispánica 1953, 40).

Al mismo tiempo que se reforzaban estos vínculos, Filipinas recibió enorme visibilidad en la España del periodo (Ortuño Casanova, 2021). El mediatizado viaje de los buques Plus Ultra y Haleakala a Filipinas en 1946, que repatriaron a los españoles supervivientes de la II Guerra Mundial, llevó a España el poema “Saludo a España” de Jesús Balmori (Cifra 1947). En estos buques viajó Antonio Pérez de Olaguer, que recogería de Filipinas los testimonios sobre los que se construirían *El Terror amarillo en Filipinas* (1947), de la que habla Axel Gasquet en este mismo volumen, y *Hospital de San Lázaro* (1953).

En este contexto de vínculos religiosos, geopolíticos y personales, en septiembre de 1947, durante los momentos álgidos del aislamiento de la España fascista, la República de Filipinas firma un Tratado de amistad con Franco, y en marzo de 1949, otro tratado de cooperación cultural (Ortuño Casanova 2021, 89). Elpidio Quirino visitaría durante su presidencia (1948–1953) la España franquista (NO-DO 1951), siendo el segundo jefe de estado en visitar el país desde el final de la guerra civil española. Con él viajaría Manuel Bernabé (Gasquet 2022, 172–173), que declamó en el Teatro Lara de Madrid su soneto “La fe de Cristo y el amor a España”,² donde se afirma que:

bajo el ojo de Dios, la boca de Rizal
 comulga con la hostia del Cid y de Cervantes.
 [...]
 la gloria aventurera de los Conquistadores:
 hispano el gesto, hispano el impulso, e hispana
 el alma de los indios alzados en señores.
 (Bernabé 1957, 68–71)

Con motivo de la visita de Bernabé, el diario monárquico español *ABC* publicaría su poema “Mi casa es tu casa” (1951) que Bernabé le había dedicado a Conrado Blanco en 1940 (Ortuño Casanova 2021). Tras este recibimiento triunfal, muchos de los académicos de la lengua y escritores filipinos participarán en el monográfico de *Mundo Hispánico* (1952) dedicado al archipiélago para conmemorar la visita de Quirino. Aquí volverían a ver la luz “La fe de Cristo y

el amor a España” de Bernabé, titulado esta vez “Soneto”, el ensayo “Jauja que se esfuma” de Guillermo Gómez Windham o el cuento “El tic-tic” de Adelina Gurrea, proveniente de su obra *Cuentos de Juana* (1943). Así, los vínculos ya no literarios sino personales entre escritoras y escritores filipinos e intelectuales bajo el régimen franquista no solo se mantuvieron, sino que se reforzaron tras la II Guerra Mundial.

La Guerra Fría y la entrada de España en el bloque occidental (1953–1965)

1953 fue un año clave en la política franquista y en las relaciones con los filipinos. El barcelonés de padres filipinos Antonio Pérez de Olaguer publicaría su obra *Hospital de San Lázaro* (1953), centrada en los enfermos de lepra de Barcelona y de Manila cuyo *Prólogo* en verso fue escrito por Manuel Bernabé (Pérez de Olaguer 1953, 7–11) con el siguiente exordio titulado “Ofertorio”:

Mi libro es mariposa que visita un jardín;
y al ver cómo se mueren la rosa y el jazmín,
suplica al sol que se vuelva al mísero vergel
el trino de los pájaros y el dulzor de la miel.
La parábola esconde su verdad. Español
filipino, quienquiera que me leas, mantén
el surco siempre abierto, para que el rubio sol
nos tueste las espigas de caridad. Amén.

(Pérez de Olaguer 1953, 11)

Además, en la obra se hace mención a José Lauchengco (300–303) y a Benigno del Río (344), quien había acudido a despedir al autor antes de su vuelta a España. También se incluye un poema de Bernabé dedicado a Pérez de Olaguer (47) y otro a la difunta esposa del senador Vicente J. Francisco, titulado *El Embrujado de tu memoria* (304–5), donde el poeta se lamentaba de que “el pobre vive muriendo / embrujado en tu memoria / hasta la hora en que la muerte / de ese embrujo le despierte / para buscarte en la gloria”.

En febrero de 1953 el ministro de exteriores español Alberto Martín Artajo (1945–1957) viajó a Manila, donde condecoró a importantes defensores de la hispanidad en Filipinas y homenajeó a José Rizal (La Vanguardia 1953). Con la firma de los Pactos de Madrid el 23 de septiembre, que preveían la apertura de bases militares norteamericanas en España, la España franquista fue aceptada en el bloque occidental, abriendo paso a su entrada en la ONU (1955), y, por tanto, a su supervivencia internacional. Tras esta normalización diplomática, filipinos hispanohablantes como José P. Laurel o Adelina Gurrea participaron

en actividades del Círculo Filipino de Madrid junto con personalidades falangistas como Ernesto Giménez Caballero (EFE 1954a; 1954b).

Posteriormente, coincidiendo con la presidencia del nacionalista y conservador Carlos P. García (1957–1961), el ministro de Asuntos Exteriores español Fernando María Castiella (1957–1969) lanzaría una campaña en defensa de la presencia cultural española en Filipinas con ayuda de la Iglesia y el Nuncio de Filipinas (Pardo Sanz 1999, 29). Blas Piñar, director del ICH desde 1956, haría de esta campaña un asunto personal, preparando la obra *Filipinas, país hispánico* (1957), donde ponía a Rizal como ejemplo de patriotismo, hispanidad y la supuesta esencia hispánica de la nación filipina (1957, 20–22), y viajando al archipiélago en diciembre de 1958. A través del escritor y fundador de Falange, Agustín de Foxá, entonces agregado cultural de la embajada española, Piñar pudo conocer al escritor filipino Benigno del Río, con quien se cartearía durante años (Piñar López 2000, 55), y conocer al general Aguinaldo (La Vanguardia 1958). Esto le serviría para elaborar en 1959 un informe reservado sobre el castellano en Filipinas (Cantera Montenegro 2021, 249) y desarrollar una estrategia de intervención a través del apoyo a periódicos y publicaciones en castellano y, sobre todo, el aprovechamiento del próximo centenario de Rizal (Cantera Montenegro 2021, 362–363).

El ICH puso en marcha esta estrategia en 1960 con una serie de lecturas de Rizal (Gurrea) y con una gira española de Claro Mayo Recto, suspendida tras su repentina muerte en Roma días antes de volar a España (Piñar López 2000, 65). La muerte de Recto desató varios homenajes en España: el ICH colocó un busto de Recto en un lugar preferente de su sede (Piñar López 2000, 65) y en noviembre de 1960 se declamó allí su poema *Elogio del castellano* (Pelegrín y García Nieto 1960), que había ganado un premio del Casino Español en 1917 y que comienza identificando el castellano con la identidad de Filipinas:

Arca santa inviolable de la raza
 arca santa de próceres y leyendas
 que a tu prestigio espiritual vinculas
 la gloria de las magnas epopeyas [...]

Ya en 1961, año del centenario del nacimiento de Rizal, el ICH organizaría una Semana Rizaliana en Madrid, que incluyó una Exposición en la Biblioteca Nacional, y una serie de conferencias de diplomáticos españoles y filipinos (ABC 1961). Después de esto, el gobierno de Carlos P. García invitaría a Piñar a participar en el Congreso Internacional por el centenario del nacimiento de Rizal en Manila en junio de 1961 (Piñar López 2000, 56–57). Su intervención, esencialista e hispanocéntrica, se tituló *El sentimiento hispanista de los poetas filipinos* y sería radiada (1961a) y publicada como libro (1961b) en España.

Posteriormente, con el ascenso a la presidencia de Diosdado Macapagal en noviembre de 1961, la actitud hacia la España de Franco desde Malacañán pareció incluso mejorar, hasta el punto de que el presidente filipino visitó España del 30 de junio al 6 de julio de 1962, también con una enorme repercusión mediática (NO-DO 1962). Macapagal visitaría personalmente la sede del ICH, siendo nombrado miembro de honor y alabando a Franco como “Caudillo de España” y de quienes, como Filipinas, “[luchan] contra la amenaza y la tiranía comunista [y] defienden la libertad” (Macapagal Pangan 1962, 20). El diario monárquico *ABC* (1962) celebraría la visita con un número extraordinario en homenaje a Filipinas, destacando la labor evangelizadora y colonizadora de España en Filipinas, que la hizo “una comunidad superior” (*ABC* 1962, 1), y publicando fragmentos del poema “Último Adiós” de Rizal.

En esta atmósfera de solidaridad ideológica, León María Guerrero, embajador de Filipinas en España (1962–1966) daría varias conferencias en el ICH (1963b; 1966), publicaría *El sí y el no; estudios histórico-sociales* (1963a), prologada por el ministro franquista Manuel Fraga, y editaría en formato libro un ciclo de conferencias organizado en la sede del ICH en homenaje al general Aguinaldo que incluía las intervenciones de Piñar, *Aguinaldo: Héroe de la Hispanidad*, y del propio Guerrero, *Las dos muertes de Emilio Aguinaldo* (Ballesteros 1964). Incluso el político filipino Carlos P. Rómulo, que había luchado contra Japón y defendido a los EE. UU., visitaría España y daría conferencias tanto en 1962 (Rómulo 1962) como en 1966 (Rómulo 1966b). Producto de estas, el ICH publicaría *Filipinas y la cultura española* (1966a), la última obra publicada por un filipino en colaboración con los franquistas, donde Rómulo reivindicaba la literatura hispánica y llamaba a luchar contra la propaganda norteamericana y antifilipina.

En 1965, una misión española que incluía, entre otros, a Castiella, Giménez Caballero, Cristóbal Martínez-Bordiú y su esposa Carmen Franco (hija del dictador), viajó a Manila por el IV centenario de la evangelización de Filipinas, un viaje que se plasmaría en la última serie de obras sobre el archipiélago publicadas por el ICH: *España y Filipinas* (Castiella 1965), *Impresiones de Filipinas* (Martínez Bordiú 1965) y *Reportaje a Filipinas* (Calvo Hernando 1965), donde se repetían los tópicos esencialistas ya señalados.

Sin embargo, desde 1965 esta historia de turbulentas pero constantes relaciones entre el fascismo y la cultura hispanofilipina entraría en su recta final a medida que Franco perdió sus apoyos en el archipiélago. La clausura del Concilio Vaticano II en 1965 puso en marcha la definitiva filipinización de las órdenes, arrebatando al franquismo el control de la UST (Aguilar 2018, 177–79) mientras sus aliados filipinos dejaban de estar activos, sin un relevo generacional en castellano ni entre escritores (Ortuño Casanova 2021) ni en el clero (Schumacher 2009, 256–259).

Notas

- 1 Su obra *Los unidos* (1954) sería editada por la prestigiosa Ediciones Destino poco después.
- 2 El acto fue organizado por el grupo Alforjas para la poesía, que consagraría a Bernabé como miembro honorífico del grupo (*Hoja Oficial del lunes* 1951). A Bernabé le respondió en ese acto José María Pemán con su poema “Salutación a Filipinas en el poeta Manuel Bernabé”. El grupo, dirigido entonces por Conrado Blanco, incorporaría al poeta filipino en la antología preparada por Pemán en 1969 (Ortuño Casanova 2021; Pemán 1969).

24

TESTIMONIOS EN ESPAÑOL DE LA OCUPACIÓN JAPONESA EN FILIPINAS

Axel Gasquet

Dos autores insoslayables

De este conjunto testimonial en lengua castellana, dos escritores filipinos destacan singularmente: Jesús Balmori (1897–1948) y Benigno del Río (1906–1970). Ambos autores han suscitado recientemente el interés de la crítica (Donoso 2010, vii–lxii; Lifshy 2016, 135–157; Gasquet 2020, Villaescusa Illán 2020, 155–193, López-Calvo 2020; Gasquet 2023a, xv–xliv). El primero escribe la novela *Los pájaros de fuego* durante la ocupación y la termina tras la liberación de Manila. El manuscrito dactilografiado fue comprado por el gobierno filipino más para ayudar al poeta que se hallaba en la miseria tras la guerra que con criterio patrimonialista; la edición príncipe recién se realiza en 2010. La novela narra las vicisitudes de la aristocracia filipina a través de la parábola de la familia Robles, que pasa de los fastos anteriores a la guerra a la más profunda indigencia, conoce el infortunio material y el oprobio moral con la ocupación nipona, hasta su desintegración trágica. El patriarca, Don Lino Robles, admirador de Japón (como una parte considerable de la élite filipina), será humillado y exterminado; su hija Natalia será vejada colectivamente por una tropa de soldados nipones; su hijo Fernando se convertirá en un soldado fantasmal hasta que sucumbe; Sandoval, el yerno de Don Lino, venderá su alma al invasor y se hará colaboracionista. Esta novela es mucho más que una mera parábola de la guerra y su cohorte de infortunios, o una novela antibelicista. Es con mucho una suerte de autocrítica del escritor, pues se reconoce en múltiples pasajes la decepción personal del autor, quien, habiendo sido desde su adolescencia un intelectual filojaponés y más tarde – durante y tras la guerra civil española– devoto franquista, sufrió la brutalidad del invasor nipón –su casa en Ermita es dinamitada por el ocupante–.

La aristocracia filipina se consideraba a sí misma como la élite más altamente civilizada de aquella parte de Asia, y su patriotismo los había llevado a mirar con suma admiración el despliegue del Mikado en todo el teatro regional. Los japoneses parecían encarnar la alta cultura asiática frente al neocolonialismo estadounidense – denostado por los nacionalistas–. Jesús Balmori no era un caso aislado, sino antes bien representativo.

En los años 1920 tuvo lugar un rudo debate sobre lo que se denominó la doctrina del *monroísmo asiático*, esto es, “Asia para los asiáticos” (consagrada en las fórmulas “Asia para Japón” o “Asia para China”). Según esta idea, los nipones eran los líderes naturales en la región Asia-Pacífico, y los Estados Unidos ejercían una hegemonía y dominación indiscutida sobre el continente americano. Entre julio y diciembre de 1927 se produjo un encendido debate sobre el monroísmo asiático en la prensa manileña, entre Claro Mayo Recto y Teodoro Kalaw, respectivamente en contra y a favor de dicha doctrina. Kalaw bregaba por la exclusión en Asia de cualquier injerencia del imperialismo europeo y estadounidense (Recto 1946, 131–154). Recto, en cambio, sostenía que las potencias occidentales podían desempeñar una función reguladora para frenar el expansionismo nipón. Sus textos fueron reunidos en un volumen titulado *Monroísmo Asiático* (Recto 1929). Las ideas de Recto no le impidieron desempeñarse bajo la ocupación y el gobierno títere de la Segunda República filipina, presidido por José P. Laurel, como ministro de Relaciones Exteriores del régimen.

Benigno del Río ocupa un lugar menos consagrado que Balmori, pero sus testimonios constituyen hoy el corpus más denso de la ocupación japonesa, totalizando unas 514 páginas publicadas: *Siete días en el infierno, en manos de la Gestapo japonesa* (Del Río 1950) y *Estampas de la ocupación, fragmentos de mi diario de guerra y liberación* (Del Río 1953, I y II). La militancia liberal y republicana de Benigno del Río y su familia durante la guerra civil española, y sus diatribas antifascistas, antinazis y contra el Eje (Berlín-Roma-Tokio) convierten a Del Río en un blanco prioritario de la represión instaurada por el ocupante nipón, con la colaboración activa de la falange española en Manila, liderada por el cónsul José del Castaño. Benigno del Río debe quemar sus archivos y buena parte de su biblioteca la víspera de la toma de Manila por los japoneses. El resto perecerá en las llamas en febrero de 1945 cuando los japoneses incendien intencionalmente el hogar familiar en Binondo (Del Río 1950, 80).¹ Benigno será arrestado dos veces por la *Kentempai* nipona, en enero-marzo de 1942 y en diciembre de 1944 (por casi tres semanas); en la segunda ocasión será torturado y las secuelas físicas persistirán hasta su muerte. Tras la liberación, reescribe algunas de las crónicas que hoy disponemos, publicadas como sueltos en la prensa manileña en 1946 (Del Río 1953, I, 5). *Estampas de la ocupación* recoge además del folletín publicado en el semanario *Nueva Era*, entre el 12 de junio y el 30 de octubre de 1950, nuevos capítulos inéditos y otros fragmentos añadidos (Del Río 1950, 138).

Los dos meses del primer arresto de 1942 están consignados en *Estampas de la ocupación* (1953); y el testimonio del segundo arresto de 1944 es narrado en *Siete días en el infierno* (1950). La fecha de las publicaciones es, por lo tanto, inversa a la cronología de los hechos. Ambos volúmenes tienen numerosas secuencias que alteran la diacronía histórica. Estos escritos son una crónica detallada de la represión nipona de aquellos años, de las dificultades cotidianas de la población, de la resistencia al ocupante y, asimismo, de la lucha encarnizada durante la batalla de Manila, que deja una ciudad devastada y una sociedad dislocada. Describen además las inmensas dificultades sociales y políticas de la posguerra, y de los obstáculos para llevar adelante una justicia reparadora.

Panorama de otros relatos de la ocupación

Repasemos otros textos, procurando delinear una primera cartografía intelectual de estos escritos,² cuya importancia es dispar, tanto por su densidad testimonial como por su mérito literario. Los escritos de los padres dominicos Juan Labrador (1894–1967) y Cirilo Gutiérrez Velasco (1904–1970) constituyen diarios muy detallados de la ocupación; el primero fue exclusivamente publicado en traducción inglesa (1989) y el segundo permanece inédito (1945).³

Los testimonios de María Paz Zamora Mascuñana (1884–1967) son modestos a pesar de la celebridad de la autora como científica –fue la primera médica filipina–. La narración, titulada “Nuestros cinco últimos días bajo el yugo nipón”, fue publicada en anexo al volumen *Cuentos cortos 1919–1923* (1960), obra tardía dedicada a sus nietos “para que no olvidaran el español” (Ortuño Casanova 2018, 295). En estas pocas páginas, la autora prioriza las sensaciones auditivas y visuales durante el desenlace de la batalla de Manila: las percepciones sonoras, durante la permanencia en los refugios –donde las clases sociales manileñas se mezclan y solidarizan ante la amenaza nipona–, y las visuales, con las efusivas imágenes de la victoria estadounidense. La vida recobrada fuera de los refugios contrasta con la amenaza experimentada en ellos. El triunfo aliado sobre los japoneses restablece paulatinamente la condición jerárquica entre las clases sociales. Esta breve crónica de los días postreros de la batalla de Manila constituye el único testimonio publicado de una mujer filipina, junto con las memorias más reciente de María Dolores Tapia del Río (2004) y Carmen Güell (escrība de Nena Lizárraga; 2004), ambas españolas entonces residentes en Manila.

José G. Reyes (1947) y Alfredo Roa (1947) publican textos redactados a mano alzada en la inmediata posguerra; establecen un catálogo de las atrocidades y vejámenes cometidos por los ocupantes entre la población civil. El texto de Reyes enumera las exacciones sufridas por individuos y familias de su entorno social, junto a otros hechos remitidos por terceros. Numerosos testimonios pertenecen a familias de la élite manileña que tuvieron en los

primeros tiempos cierta simpatía por el Mikado (esto el autor no lo menciona) y otros que profesaron con el franquismo o el falangismo (esto se deduce cotejando información con los relatos de Benigno del Río y de Antonio Pérez de Olaguer). No casualmente varios testimonios se centran en el período septiembre de 1944–marzo de 1945, pasando por alto los primeros años de la ocupación nipona, cuando la represión recayó fundamentalmente sobre la resistencia filipina o los extranjeros que los japoneses sospechaban ser agentes naturales de los aliados. Esto se observa en los diarios de los españoles Manuel del Val [alias “Madval”] (*Las estrellas vencen al sol*, 1947) y de Antonio Pérez de Olaguer (*El terror amarillo en Filipinas*, 1947). Volveremos en detalle más adelante sobre José G. Reyes.

Interesante resulta la entrega de Raymundo Kagahastian, que se presenta como una novela histórica. Se trata en realidad de un *racconto* histórico nada novelado, excepto por el hecho de que se presenta como un relato apócrifo de las memorias de Don Sixto, un patriota de provincias que relata las complejas alternativas políticas de la empresa independentista filipina, desde la guerra de Katipunan hasta la emancipación efectiva de 1946 tras la ocupación nipona. El último capítulo XII, “La invasión japonesa” relata las vicisitudes de la ocupación y la campaña de liberación de Douglas MacArthur. Don Sixto es patriota y execra la invasión nipona. El narrador retrata la situación vivida por todos los filipinos, en donde la delación era regla generalizada:

En aquellos días, para cualquier filipino que mantenía en el corazón sincera lealtad a los ideales de su propio país, era sumamente peligroso exponer con cualquiera su opinión, ya en privado, sobre los acontecimientos que se desarrollaban en las islas; antes tenía que reconocer y examinar la persona con quien hablaba, pues era un hecho probado que entonces existían compatriotas aparentemente ya entregados cuerpo y alma a los ideales del Imperio Japonés y que por tanto se consideraban enemigos voluntarios de los americanos. Si hablase, por un descuido, en contra de aquellos se exponía al momento de ser detenido y llevado al cuartel y allí abofeteado, inclusive fusilado sin previa investigación; y si por el contrario hablase en contra de los últimos, también había el peligro [sic] en manos de los guerrilleros en las montañas que mantenían espías en todas partes, y era por tanto imposible descubrir quienes eran los leales y quienes eran los traidores. (Kagahastian 1950, 149–150)

Con la creación de la Segunda República Filipina en 1943 por los japoneses, la clase política que había secundado al presidente títere José P. Laurel es cuestionada por los patriotas, calificándola de entreguista y traidora. Pero Don Sixto viaja a Manila con el propósito de esclarecer ideas y fidelidades. Allí se entrevista con un militante independentista que afirma que los miembros del gobierno no son meros títeres de los intereses nipones, sino que actuaban

tomando la responsabilidad de saber que, sin ellos, los japoneses actuarían sin disimulo, ejerciendo una represión abierta aún más brutal de la que ya mostraban. El patriotismo no estaba tan solo en manos de los dirigentes políticos exiliados en América (Quezón, Osmeña, Rómulo, Valdez, Nieto, etc.), ni en manos de la guerrilla, sino también de los líderes que mostraban cierto entendimiento o colaboración con el ocupante, para mejor defender los intereses patrios y limitar las exacciones cometidas por los nipones en el marco de la nueva y estrecha legalidad institucional de la “mutua prosperidad” (*co-prosperity*). Concluye el narrador:

Don Sixto regresó a provincia firmemente convencido de que el Presidente Laurel, Vargas, Recto, Aquino, Osías, Guinto y otros compañeros eran patriotas dignos colaboradores de Rizal, Bonifacio, Mabini, Jacinto, Quezón y otros héroes filipinos en la defensa de libertad completa y absoluta de la Madre Patria. (Kagahastian 1950, 152)

Desde luego, el argumento expuesto era por demás falaz y cuestionable, pero evidencia una estrategia posible de recuperación memorial de la ocupación nipona, en la época turbia de los primeros pasos de una Filipinas emancipada.

Con la excepción de Jesús Balmori, Mariano de la Rosa y Benigno del Río, pocos textos son de tenor literario, siendo la mayor parte de tenor periodístico o estrictamente testimoniales. Pero de conjunto arrojan no solo una evaluación vívida de la amarga experiencia de la ocupación nipona de Filipinas, sino también trasuntan las complejas y contradictorias condiciones posbélicas cuando el archipiélago, junto con las ciclópeas tareas de reconstrucción, debió afrontar el desafío de su independencia política nacional –concedida por los Estados Unidos el 4 de julio de 1946–. En efecto, la inmediata posguerra coincide con la independencia; diez de estos testimonios se publican entre 1945 y 1953, durante los primeros años de entusiasmo patriótico e inestabilidad; seis se editan ocasionalmente desde 1954 hasta el presente, permaneciendo uno de ellos completamente inédito.

Dos jueces en el fragor de la utopía y la historia

Mariano L. de la Rosa ejerció como magistrado del Tribunal de Apelaciones durante casi toda su vida profesional y fue favorable a la administración estadounidense; tras la independencia llegará a ser magistrado de la Corte Suprema de Justicia. *FIAME (Filipinas-América)* es su primera novela, terminada en la inmediata posguerra y publicada en 1946. Es la historia de dos parejas mixtas filipino-americanas, descritas desde la creación de la Mancomunidad de Filipinas el 15 de noviembre de 1935 hasta la liberación del yugo japonés en 1945 y la posterior declaración oficial de independencia el 4 de julio de 1946. El autor narra las peripecias de la amistad binacional, de

cooperación social y de entendimiento racial entre estas dos parejas americano-filipinas (el filipino Max y la enfermera norteamericana Rosy, y el militar estadounidense Harry y la bella filipina Nena). Dichas parejas atraviesan las vicisitudes de esta década álgida, que comienza con la esperanza de los primeros pasos del gobierno autónomo y concluye con los horrores de la guerra y la ignominiosa ocupación nipona, coronados por la independencia un año después. Los protagonistas logran sortear las dificultades gracias a su firme creencia en los valores (utópicos) de la fraternidad universal. Aunque el esmero literario de la novela es honorable –sin ser descollante–, el atractivo mayor de la obra reside en el despliegue quimérico de la confraternidad universal a lo largo de once años claves de la vida filipina contemporánea. El último tercio de la novela describe las atrocidades cometidas por los nipones y el entusiasmo suscitado por el triunfo aliado, que permite avizorar la inminente independencia. La promesa cumplida por parte de los Estados Unidos sella la definitiva confraternidad entre los dos países y sus respectivos pueblos. Ambas parejas son la encarnación de una parábola: el entendimiento superador de los pueblos por encima de los prejuicios raciales y los credos políticos. La novela *FIAME* encierra una visión teleológica positiva sobre el pasado y el provenir de la nueva nación filipina, en momentos en que esta comienza a marchar sin tutela extranjera (Lifshey 2016, 113–134). Desde luego, dicha expresión utópica es más una expresión de deseo que la constatación de una realidad efectiva. Situada entre el realismo histórico y la quimera de la fraternidad universal, esta obra se prolonga en cierto punto con la segunda entrega del autor, *La creación* (1959), una novela de ciencia ficción (Lifshey 2016, 158–182), pero que en realidad es una utopía histórica. Aunque la última obra desarrolla un argumento en nada semejante a la primera, ambas constituyen una suerte de díptico, pues esbozan la desiderata política del autor que le asignaba a la nación filipina un futuro venturoso. Las dos novelas constituyen un voto de confianza en que Filipinas logre superar la tormentosa historia reciente, procurando vislumbrar un porvenir dichoso para la nación filipina.

José G. Reyes reúne en la inmediata posguerra una serie de testimonios sobre la ocupación nipona cuyo título puede malinterpretarse, pero cuyo subtítulo aclara: *Terrorismo y redención. Casos concretos de atrocidades cometidas por los japoneses en Filipinas* (1947). Amén de su labor como magistrado, Reyes fue un reconocido escritor, ensayista y periodista de temas internacionales, ganador *ex aequo* del premio Zóbel en 1935 junto con Evangelina Guerrero Zacarías, por su obra literaria *En aras del Ideal: mosaico literario* (1936). De convicciones católicas, conservadoras e hispánicas, publicó obras de ficción y ensayos antes de la guerra.⁴

Terrorismo y redención tiene la virtud de recoger numerosos testimonios manileños de primera mano. Con fluido estilo periodístico, Reyes transcribe una extensa retahíla de declaraciones pormenorizadas de individuos y familias manileñas que sufrieron muertes, vejámenes, incendios, destrucción,

expropiaciones, arrestos, hambrunas, torturas y atropellos bajo el yugo nipón, calificado de auténtico “azote apocalíptico” (1947, 24), que cometieron “crímenes y más crímenes”, con el propósito de “matar el espíritu de resistencia del pueblo” (81). Con el inicio de la ofensiva aliada en octubre de 1944, los japoneses asestan a los nativos esta sentencia perversa: “verdad es que llegarán los americanos, pero no los veréis” (28). Muchas de las familias cuyos testimonios son compendiados eran del distrito sur de Manila, sobrevivientes de las matanzas y la destrucción generalizada. Reyes también establece una lista parcial de las víctimas civiles y de funcionarios (33–37), añadiendo una nómina de padres y monjas de las congregaciones religiosas fallecidos en iglesias, conventos, hospicios, colegios y universidades (34–41). En la contienda,

el filipino quedó entonces emparedado entre varios fuegos: por un lado, el japonés que le asechaba, por el otro, el Iscariote que estaba al lado del japonés, y por otro lado, las pseudo-guerrillas en las provincias, que estaban poseídos del deseo de dar rienda suelta a sus sentimientos malvados de matar, porque han sacado a relucir las cuentas de luchas políticas, en otras provincias, las cuentas de animosidad personal, y en algunas provincias por simples problemas sociales. Por parte del pueblo, no estaba para defenderle más que el genuino guerrillero, el que siempre ha sido leal para con América, el guerrillero en su mayor parte remanente de los defensores de Bataan y Corregidor. (Reyes 1947, 82)

Reyes pinta el retrato caótico de una sociedad que, desbordando los límites de una guerra de liberación contra el invasor nipón, se halla en una verdadera guerra civil.

Reyes transcribe integralmente un poema “¿Qué nos dieron?” (83–90) de Guillermo Gómez Windham (1880–1957), fechado el día de la capitulación japonesa,⁵ cuyos versos resumen la experiencia aciaga de la ocupación nipona. El volumen de Reyes concluye con una cronología histórica detallada de la guerra en Filipinas (107–124), entre el 8 de diciembre de 1941 y el 2 de septiembre de 1945, fecha en que se firma la capitulación japonesa en la bahía de Tokio.

En resumen, Reyes expone en su libro dos argumentos. El primero concibe la guerra como un castigo moral, no exento de aires inquisitoriales: el flagelo de la guerra es una condena impuesta por dios a los hombres por su desvío moral y la pérdida de valores tradicionales. De entrada, Reyes afirma:

Hay tanta corrupción de costumbres en la sociedad actual y en todas las clases, que Dios se ve obligado a destruir poblaciones enteras por medio de la guerra y el hambre, su más temible secuela. [...] Contribuyamos todos con nuestros nobles esfuerzos en la sublime tarea de purificar el ambiente moral de los pueblos [...]. La ira de Dios y su justicia divina desencadena

a veces esas tempestades para sanear la envilecida atmósfera social en que se desenvuelve la humanidad. [...] Un juicio maduro nos lleva a la conclusión de que Europa tenía que llegar al estado de postración en que ahora se encuentra por sus excesos y desvíos lamentables [...], insania [que] cundía, antes de estallar la segunda guerra mundial, como una epidemia por el mundo entero, destruyendo a su paso, por culpa del egoísmo y la ambición de países sin Dios, todo lo que es caballeroso, decente y noble en la civilización humana. [...] Este colapso moral sobrevino al mundo por el abandono de la religión. (Reyes 1947, 4–5)

De entre este campo de ruinas morales y espirituales se yergue el liderazgo de los Estados Unidos, “campeona de la democracia en el mundo” por quien “la civilización es ahora susceptible de abrirse paso para un nuevo camino que conduzca a algo mejor” (5).

El volumen concluye con la exposición del segundo argumento, por igual recusable: el arma nuclear de la bomba atómica como una sentencia divina. “Dios quiso que el perfeccionamiento de esta invención y su secreto se hallen ahora en manos de América, país cristiano, que por la magnífica e insuperable posición en que le han colocado las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial, está ahora llamado, más que ninguna otra potencia del mundo, a ser el supremo dirigente en la tierra de los destinos de la humanidad” (105). El mal absoluto se erige como un designio para llegar al bien. En fin, la lectura moral y religiosa de la guerra mundial y del cruento capítulo de la guerra del Pacífico resulta un trágico derrotero para colocar a la humanidad en el recto camino de la espiritualidad, de la que no hubiera debido apartarse. La guerra no fue otra cosa que un escarmiento divino para con las civilizaciones que, tentadas por la modernidad, el poder de la ciencia y la razón, habían perdido su fe y toda posibilidad de salvación.

Conclusión

Si exceptuamos a Benigno del Río, que había tomado posición contra los nipones y las fuerzas del Eje desde los años 1930, además de haber combatido el franquismo en su prolongación filipina, y a Mariano de la Rosa, cuya filiación política liberal se alineaba resueltamente con los Estados Unidos y procura desde allí imaginar un destino nacional para su país, casi todos los testimonios restantes pertenecen a personalidades filipinas o españolas que habían tenido cierto compromiso (pasivo o activo) con las fuerzas ocupantes por distintos motivos: familiaridad ideológica, conservadurismo antimoderno o militancia católica radical. La liberación aliada de Filipinas, el establecimiento de la *Pax Americana* en la posguerra y la independencia de 1946 precipitaron una suerte de reconversión de antiguos simpatizantes y aliados de los japoneses que, en la inmediata posguerra, se hacían pasar por víctimas. Era una manera apresurada

de lavar culpas y pecados previos, en un contexto nacional e internacional que había cambiado por completo. Cuantiosos miembros de la élite letrada hispanofilipina buscaron reposicionarse dentro del nuevo esquema de poder, subiéndose al carro de la victoria. Un gran número de testimonios de la ocupación, incluyendo el de los eclesiásticos, pertenece a personalidades que tuvieron por su adhesión ideológica al franquismo fuertes ambigüedades frente al ocupante. Los juicios por crímenes de guerra se limitaron con mucho a las autoridades militares japonesas en Filipinas. José P. Laurel, presidente títere de la Segunda República de Filipinas, es enjuiciado por traición en la posguerra, pero nunca purga su pena pues Manuel Roxas, primer presidente de Filipinas independiente, firma una amnistía general en 1948. Pocos colaboradores o responsables políticos filipinos fueron traducidos ante los tribunales y tuvieron sentencia efectiva: Claro Mayo Recto, ministro de relaciones exteriores de Laurel, es sobreseído; el propio Roxas fue acusado no sin fundamento de haber colaborado con los japoneses. El cónsul español José del Castaño y Cardona, agente de la Falange Exterior franquista y activo colaborador del Mikado⁶, junto a varios de sus secuaces, obtienen rápidamente salvoconductos y abandonan Filipinas.

Notas

- 1 “La casa de mis padres, donde yo viví por más de diez años, fue rociada con gasolina y quemada por los malditos ‘monos amarillos’. Perdí todos mis efectos personales, y las llamas deshicieron en humo mi biblioteca, que contaba con más de cuatro mil volúmenes” (Del Río 1950, 80).
- 2 La siguiente nómina de 17 testimonios en castellano incluye a ocho autores filipinos, siete españoles y un portorriqueño (Virgilio Norberto Cordero); los extranjeros tuvieron larga residencia en Filipinas antes y después de la guerra. Jesús Balmori, *Los pájaros de fuego (novela filipina de la guerra)*, Manila, Instituto Cervantes, col. Clásicos Hispanofilipinos, 2010; Juan P. Labrador, *A Diary of Japanese Occupation: December 7, 1941–May 7, 1945 [Conquista y reconquista de Manila, 1945]*, Manila, Santo Tomas University Press, 1989; Cirilo Gutiérrez Velasco, *Bajo las alas yanquis y las garras niponas en la ciudad de Baguio*, 1945, inédito, 177 folios; Belarmino Celis de la Hera, *Historia de lo ocurrido en San Agustín e Intramuros durante el mes de febrero de 1945*, Madrid, *Revista Misionera*, Vol. III, n. 9, 1946, 124–136; Mariano L. De la Rosa, *FIAME (Filipinas-América)*, Manila, n.s., 1946; Madval [Manuel del Val], *Las estrellas vencen al sol*, Manila, National Print, 1946; Monseñor José María Cuenco, *Memorias de un refugiado*, Jaro, Iloilo City, Catholic Publishing House, 1947; José G. Reyes, *Terrorismo y redención: casos concretos de atrocidades cometidas por los japoneses en Filipinas*, Manila, Cacho Hermanos, 1947; Alfredo Roa, *De aquella tragedia: episodios de la última guerra en Filipinas*, Manila, A.T.O., 1947; Antonio Pérez de Olaguer, *El terror amarillo en Filipinas*, Barcelona, Editorial Juventud, 1947; Raymundo Kagahastian, *¿Idealismo o patriotismo? (Acontecimientos políticos-socio-económicos de 1896 a 1946, tomados de las Memorias de Don Sixto)*, Manila, s.n., 1950; Benigno del Río, *Siete días en el infierno: en manos de la Gestapo nipona*, Manila, Nueva Era

- Press, 1950; Benigno del Río, *Estampas de la ocupación: fragmentos de mi diario de guerra y liberación*, Vol. 1 y 2, Manila, Nueva Era Press, 1953; Virgilio Norberto Cordero, *Bataan y la marcha de la muerte*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1957; María Paz Zamora Mascuñana, *Cuentos cortos 1919–1923, y Recuerdos de la liberación 1945*, Manila, s.n., 1960, 57–75; María Dolores Tapia del Río, *Mis memorias de la guerra de Filipinas*, Barcelona, Parnass, 2004; Carmen Güell, *La última de Filipinas* [transcripción del relato verídico de Nena Lizárraga], Barcelona, Belacqua, 2004.
- 3 Las ediciones castellanas de ambos textos están en curso de elaboración.
 - 4 *Arte y educación* (1929), *Novela de la vida real* (1930), *Ideales de humanidad* (1933), *En aras del ideal: mosaico literario* (1936), *Granos de oro* (1940). Tras la independencia fue redactor de planta en materia internacional y asuntos morales en *Semana*, revista ilustrada hispano-filipina.
 - 5 Desconocemos la procedencia de este poema de Gómez Windham, de la que Reyes no da noticia. Dos hipótesis resultan plausibles: o bien fue publicado previamente en algún periódico y Reyes lo compila o el autor del poema se lo remite directamente a Reyes.
 - 6 El gobierno de Franco reconoció oficialmente al gobierno títere de José P. Laurel, generando lo que se llamó el “incidente Laurel” entre España y los Estados Unidos (Rodao 2023, 216–224).

25

LA HISPANIDAD Y LA GUERRA EN LA POESÍA Y EN EL TEATRO (1942–1965)

Rocío Ortuño Casanova

Poesía filipina en español

Aunque Isaac Donoso considera que entre 1946 y 1987 se da una “edad de plata de la literatura hispanofilipina” (Donoso 2020), en el campo poético, entre 1942 y 1965, apenas hubo relevo generacional para los escritores filipinos clásicos en español. El cierre de la mayoría de periódicos y revistas durante la ocupación japonesa, la destrucción de los barrios céntricos de Intramuros y Ermita durante la batalla de Manila, el desafecto hacia España por la alineación del régimen franquista con el eje en la II Guerra Mundial (Rodao 2009, 20–22) y la efectividad de la implantación del inglés en el archipiélago son algunas de las razones que se suelen aducir para esta falta de relevo (Donoso 2012, 337–339). Al no ser desplazados del centro del sistema por nuevos movimientos literarios o por jóvenes autores, ya que las nuevas generaciones estaban escribiendo en inglés y lenguas vernáculas, las viejas glorias de la época anterior seguían vigentes (Ortuño Casanova 2017b). De esta forma, escritores como Manuel Bernabé (1890–1960), que participaba en concursos poéticos desde al menos 1913, o Flavio Zaragoza Cano (1862–1964), que publicó su primer poema en *El nuevo heraldo* en 1876, continuaban escribiendo y siendo parte del elenco canónico de la poesía filipina en español –ya de por sí muy marginal– a fecha de su muerte. De hecho, algunos libros importantes de poetas pertenecientes al periodo anterior se publican después de la independencia, como *Perfil de cresta* de Manuel Bernabé (1957) y *A lo largo del camino* de Adelina Gurrea (1954), este último publicado en España. Por su parte, Paz Zamora Mascuñana, que había publicado su primer libro de cuentos en 1924 –el primer volumen de cuentos publicado por una mujer filipina (Lifshey 2017, 5)– también compila sus poesías en estos años, aunque

tuvieran menos repercusión que los poemarios de épocas anteriores (Zamora Mascuñana 1924; 1969).

Muchos de estos escritores estuvieron participando asiduamente en algunas revistas que se publicaron durante los años 40 en español, como son *Hispanidad* y *Excelsior* y en la ya posterior *Semana*, que se comenzó a publicar en 1948 y que estuvo a cargo del sevillano Manuel López Flores (Van Gehuchten 2019). Gracias a él y a algunas otras figuras como Alfredo S. Veloso, hubo cierta revitalización de la escena literaria en español. López Flores fundó la Editorial Hispano-Filipina (1948–1957) para publicar obras literarias en español y combatir el descenso en el uso de la lengua en el archipiélago. Por su parte, Alfredo S. Veloso se encargó de recopilar, traducir al inglés y publicar por su cuenta bajo el sello “Asvel” textos de los ilustrados y los escritores de la primera parte del siglo XX. Entre ellos edita dos volúmenes de poesía: uno de poemas sobre Rizal (Veloso 1962) y otro de poemas escritos por Rizal (Rizal 1961), además del poemario de Claro M. Recto (1890–1960) *Bajo los cocoteros* (1963) que se había publicado por primera vez en 1911, y algunas antologías bilingües de poesía filipina en español (Veloso 1963; 1960).

Este renovado interés en la literatura hispanofilipina, ya herida de muerte, lo podemos cuantificar con un vistazo a la base de datos *Filiteratura*¹ donde, si buscamos poemarios escritos por filipinos, se muestran seis volúmenes publicados entre 1943 y 1965 que de poemas rizalinos, además de una segunda edición de *Crisálidas* (1952) de Fernando M. Guerrero (1873–1929) y una segunda edición de *Pentélicas* (1950) de Cecilio Apóstol (1877–1938). Por otro lado, algunos autores clásicos publican sus obras escritas en parte en épocas previas, como Benigno del Río (1906–1970), que publica *Yo, aprendiz a poeta* en 1954, compilando poemas escritos desde los años 1930 hasta el año de publicación (Del Río 1954).

Entre los que escriben textos completamente nuevos, encontramos la reutilización de viejos metros y formas. Podemos fijarnos en las poesías reminiscentes del romanticismo que escriben Remigio Jocson y Evangelina Guerrero (1909–1949), haciendo un remedo de la famosa rima LIII de Gustavo Adolfo Bécquer:

Volverá la radiante y bella aurora
 sus tintes de oro y grana a derramar;
 y otra vez sobre el palio de los cielos
 sus rayos brillarán.

Pero aquella embriagada de rocío
 que en tu balcón vertía al despuntar
 el derroche de luz de un bello día,
 esa..... ¡no volverá!
 (Jocson 1953, 77–78)

Tanto Jocson como Guerrero publicaban con frecuencia en algunas de las revistas mencionadas, que tenían un sesgo conservador y afín a la dictadura franquista. Jocson parece aludir en estas estrofas al renacer de la nación española imperial –se entiende que después de la guerra civil española– al hablar de los “tintes de oro y grana” de una nueva aurora, en referencia a los colores de la bandera de España. Por su parte, el poema de Evangelina Guerrero hace la variación del poema de Bécquer quizás algo menos fiel al original, pero con una alusión igualmente explícita al renacer español en una última estrofa:

[...]
 Gemirá en tus noches la galante guitarra,
 y al balcón, asomado, el clavel se erguirá.
 El jazmín, otra vez, a tus rejas se agarra
 y soñando, soñando, la aurora esperará.

De nuevo tus campiñas tendrán en sus entrañas
 la simiente aventada por la dulce esperanza.
 La quimera, hecha nube, encinta tus montañas
 y ya el sol se presiente, para ti, en lontananza.

[...]
 ¡Arriba tu bandera, oh católica España!
 que si partió un cuchillo feral tu corazón,
 rasgando despiadado tu maternal entraña,
 ¡así en honor y en gloria, llevarás tu blasón!
 (Guerrero Zacarías 1940)

Este renacer español conecta con el apoyo al bando sublevado en la guerra civil española y al primer franquismo que se extendió entre la inmensa mayoría de la población filipina hispanohablante y que, a su vez, entronca con valores decimonónicos relacionados con la hispanidad, que recupera el régimen franquista (Park 2022). De hecho, aunque los temas que trata Bernabé en *Perfil de cresta* (1957) no difieren mucho de los que había tratado años antes en *Cantos del trópico* (1929), se añade un poema que dedicó al empresario teatral español y destacada figura de la cultura del franquismo Conrado Blanco (Ortuño Casanova 2021), e incluye poemas que le dedican a él y a Filipinas literatos españoles afines, en principio, al régimen del dictador Francisco Franco, como José María Pemán o José García Nieto.

Los temas en *Perfil de cresta*, como decía, suelen seguir remitiendo a cuestiones como el amor, la exaltación de la Filipinas rural y de antaño como los tres primeros poemas: “Mujer de pueblo”, “Aquella buena estirpe” y “Semblanza del capitán tagalo”; poemas dedicados a temas y personajes religiosos como “Al Sagrado Corazón de Jesús” y a la idealización de la relación

con España que vemos en toda la sección “España metida en el alma”. Sin embargo, y a pesar de la persistencia de algunos temas, se van abandonando los metros y la estética modernista, simplificando la retórica y el vocabulario que se vuelve más ensimismado, y utilizando metros de arte menor, como vemos en “Es así”, poema en el que se observa cierta resignación y melancolía, así como una vuelta a la poesía íntima que aparece recurrentemente en el poemario:

Yo la amé,
me amó a mí:
la gocé,
la perdí.
Aspid fué
que cogí:
no lloré...
... Es así.
(Bernabé
1957, 114)

Otros autores también se dedicarán a recuperar temas de la literatura filipina de antaño. Si miramos un corpus de poesía filipina publicado entre 1943 y 1965 que contiene los libros *Perfil de cresta* (Bernabé 1957), *Kaleidoscopio espiritual* (Guerrero Zacarías 1959), *Mi bandera* (Hernández Gavira 1945), *A lo largo del camino* (Gurrea 1954), *Luciérnagas* (Jocson 1953), *Inquietudes* (J. Reyes 1954), *Al pie del Mayón* (García 1963) y *Rimas filipinas* (Barcelon y Barcelo-Soriano y Zaragoza Carrillo 1964) que componen un total de 71,334 palabras, veremos que las palabras más repetidas son alma (287); amor (266); vida (239); corazón (180); sol (138).

Como vemos en la nube (figura 1), les siguen de cerca en frecuencia palabras como “patria”, “pueblo”, “madre”, “camino”, “sangre” y “noche” que apuntan a un tema relacionado con el patriotismo. Por otro lado, podemos comprobar que la palabra “Filipinas” suele ir acompañada de las palabras “España” (la más frecuente), “amor”, “patria”, “gloria”, “voz”, “canto” y “fe”. Esto nos sugiere precisamente una recuperación de temas nostálgicos como los que aparecían antes de la ocupación japonesa y de la democracia, relacionados con el amor, la mística, y la exaltación de la patria y lo hispánico (Ortuño Casanova 2014). De hecho, saliendo de ese corpus y entrando en los poemas que se publicaban en la prensa periódica, encontramos en *Semana* los poemas “Cuatro sonetos con gracejo” de Joaquín Sola, dedicados al día de la Independencia filipina de los Estados Unidos –significativamente, el autor toma el 4 de julio, día en que Filipinas logró la autodeterminación definitiva, y no el de la celebración actual del 12 de junio, que rememora la fecha de la declaración de la independencia de



FIGURA 1 Las 55 palabras más frecuentes del corpus indicado procesadas con la herramienta “Wordcloud” de Voyant Tools, tras extraer las palabras vacías de contenido semántico (stopwords) incluidos nombres propios. No se ha lematizado.

Filipinas de España en 1898-. Entre sus versos, se ven algunos extemporáneos refiriendo a una relación maternofilial entre España y sus antiguas colonias:

[...]
La lira filipina y la española,
igual que la armonía de primera,
se animan como airosa primavera,
en tanto el sol del cielo se arrebola.
[...]
La patria con América se abraza
en los palacios como en las casetas,
Y España, entre las rosas y violetas,
como Madre, la senda nuestra traza.
[...]

(Sola 1950)

Por otra parte, también en poesía, como pasa con el resto de géneros y como se adelantaba al hablar de *Perfil de cresta*, irrumpe un tema nuevo a partir de los años 40: el de la II Guerra Mundial y el trauma que causó al pueblo filipino. Además de los de Bernabé, hay varios poemas dedicados a este evento terrorífico que conectan con la épica y con el testimonio, pero desde la versificación. Uno de ellos es el poema construido por veinte décimas espinelas de Guillermo Gómez Windham que aparece en el libro palimpsesto *Terrorismo y redención* (Reyes 1947, 83–90). En él, el autor desgrana la tragedia que supuso la batalla de Manila tomando incluso recursos del romancero viejo español. Veamos este ejemplo del “Romance del rey don Rodrigo” en el que la diosa Fortuna avisa a Rodrigo de los desastres que están por venir, y una de las décimas de Gómez Windham en que describe la derrota final de los japoneses:

Si duermes, rey don Rodrigo,
despierta por cortesía.
y verás tus malos hados,
tu peor postrimería,
y verás tus gentes muertas,
y tu batalla rompida,
y tus villas y ciudades
destruidas en un día,
tus castillos fortalezas
otro señor los regía.

(Menéndez Pidal y Goyri
1957, 43)

Sus soldados desarmados,
sus talleres destruidos,
sus buques de guerra hundidos,
sus aviones confiscados,
sus negocios arruinados,
forzada su aristocracia
a tragar con la democracia.
Y encima oír con dolor
Al divino emperador
Anunciarles su desgracia.

(Gómez Windham, en Reyes
1947, 89)

La referencia al romancero conecta con prácticas llevadas a cabo durante la ocupación española, cuando a menudo se adoptaron temáticas del romancero viejo como en la serie de Bernardo el Carpio o del Cid y los Siete Infantes de Lara para componer romances en tagalo llamados *awit*.²

TABLA 1 *Las palabras más frecuentes con contenido semántico en 8 poemarios de la época, destacando las que aparecen en el poemario Mi bandera de José H. Gavira (1945)*

1.	Barcelo_zaragoza_rimas: rezar (6), lengua (10), fiel (5), recto (7), vasallaje (3).
2.	Bernabe_Perfil_De_Cresta: lobo (26), veterano (10), club (8), rosario (13), piel (6).
3.	EGuerrero_Kaleidoscopio: tristezas (12), tibio (7), pasaré (7), florecido (6), alma (68).
4.	Garcia_mayon: jardín (12), tristemente (7), temblar (6), aria (6), viaje (8).
5.	Gavira_mi_bandera: verdugo (4), samuray (4), nipón (4), japon (5), quebrantar (3).
6.	Gurrea_a_lo_largo_del_cam...: seguía (11), duele (6), angustia (15), naves (5), fè (10).
7.	Jocson_Luciérnagas: beda (4), surgir (3), congreso (3), bienvenida (3), volverán (4).
8.	Reyes_inquietudes: diario (6), plena (6), realidad (4), inspirado (4), doquier (4).

Otro poema sobre la II Guerra Mundial de carácter más triunfal y épico es *Mi bandera. Poema de la victoria*, de José Hernández Gavira (1945). Podemos ver el contraste temático de esta obra con el resto del corpus en las palabras específicas que utiliza [Tabla 1].

A pesar de la novedad temática, en realidad, Hernández Gavira vuelve a varios tópicos recurrentes en la literatura filipina en español: Filipinas como paraíso, Filipinas como parte de un imperio caído (el español), los valores cristianos de la sociedad filipina y el salvajismo de los infieles japoneses, que son animalizados, como ocurre a menudo en las escrituras de la guerra. En la penúltima estrofa conecta con la pregunta de Theodor Adorno sobre la posibilidad de escribir literatura tras la barbarie de Auschwitz, y certifica con tono apocalíptico la muerte de la poesía ante la barbarie de la batalla de Manila:

Del bello alcázar de marfil y de oro,
 Arca divina que encerró poesía.
 De mis escritos, lírico tesoro,
 Nada dejó la soldadesca impía.
 (Hernández Gavira 1945, 11)

Es interesante que Hernández Gavira describa su poesía en términos de lo que fue la poesía modernista: esa poesía escapista y preciosista creada desde la torre de marfil, distanciada del mundo real y sus penurias, conectando una vez más con el modernismo de los escritores y escritoras del periodo de ocupación estadounidense. Esto nos hace pensar que, en poesía en español, la separación cronológica por periodos resulta artificial, ya que no hay tantos cambios en el campo, debido a que, como se ha dicho, muchos de los escritores que publican



FIGURA 2 Selección en Filiteratura de ediciones, de libros de poesía (género), en español (lengua), publicadas entre 1902 y 1965 por autores nacidos en Filipinas (autor > país de nacimiento).

en esta época ya lo hacían durante la ocupación filipina y, además, no hay relevo generacional. Quizás el gran cambio sea el pronunciado declive en la publicación y la lectura de textos en español [figura 2].

Las nuevas influencias del *modernism* anglosajón y las posvanguardias, incluidas aquellas españolas como la generación del 27, se vieron reflejadas en la escritura de autores que decidieron expresarse en inglés, como José García Villa o Nick Joaquin, o algunos que escribieron en tagalo como Ricardo Mangahas o Bienvenido Lumbera. Así, encontramos, por ejemplo, poemas con una clara influencia de Federico García Lorca pero que no están escritos en español, como “Verde, yo te quiero verde” de Nick Joaquin que, con ese título tan lorquiano procedente del “Romance sonámbulo” y escrito en español, arranca sin embargo con unos colores rojos en inglés que recuerdan más bien al inicio de “Grito hacia Roma desde la torre del Chrysler Building” (Ortuño Casanova 2024):

Red assaults; rains fire, blood; excites,
devours. Red, our terror aloud,
cried out, of death. (Green is the night’s luxuriant waters jeweled thick
with islands.)

(Joaquin 1963, 19)³

La influencia lorquiana también llegó a los escritores en español. Como ejemplo podemos destacar el pastiche que escribió Benigno del Río del “Romance de la

Guardia Civil española” de Lorca, y que publicó en 1940 en *España Libre*, un diario de la comunidad española exiliada en Nueva York, y después recuperó en *Yo aprendiz a poeta* (Del Río 1954, 60). Del Río conocía perfectamente la obra de Lorca, al que leyó durante su estancia en España. El conocimiento de las obras de autores más contemporáneos no equivale siempre, sin embargo, a que influyan o se les imite en español, como podemos ver en el poema que le dedica Enrique Ferraz en *Semana* a Gabriela Mistral en 1949, que retoma la retórica y las referencias de la poesía filipina de las primeras décadas del siglo XX:

Sacerdotisa que elevas tu copón maravilloso
sobre el anages donde APOLO luce en todo su esplendor
que un lugar te ha prometido en el su Olimpo glorioso
cual trofeo a tu Victoria, por tu valía y labor.

Mi frente altiva se inclina a tu paso y tu grandeza,
te perfuma mi incensario y te ofrece un rico olor
de sampaguitas, jazmines y camias de alba pureza,
de mis lares filipinos, ensalzando tu loor.

En la sublime contienda del saber y el pensamiento
tú resurgiste escogida por galardón de NOBEL
y la Patria de Cervantes aplaudió tu advenimiento
pues tus sienes coronaron el más preciado laurel.

Tú has plantado sobre el polo de la cumbre del planeta
la oriflama del lenguaje castellano, sin rival...
con cadencias y armonías y sonos de poeta
entonaste tu romanza y cantaste al IDEAL.

(Ferraz 1949, 17)

A pesar de que para entonces Mistral había ya ganado el Nobel, había publicado su obra *Tala* y estaba ya muy alejada de la sonoridad altisonante del modernismo y apelaba más bien a una intimidad dolorida, el poema de Ferraz no se despega del tono y los tópicos de la poesía modernista hispanofilipina, dirigiéndola a Mistral exclusivamente por ser parte de esa hispanidad idílica que siguen soñando algunos hispanohablantes en Filipinas y que azuzaban desde el régimen franquista.

La escena teatral

El teatro en Filipinas ha sido tradicionalmente un género combativo. Las muchas formas de teatro callejero sirvieron durante la época de ocupación

española –y luego la americana– como vehículo de difusión de ideas, por lo general subversivas, que escapaban al conocimiento de las autoridades por varios motivos por la lengua utilizada (Ortuño Casanova 2017a). Esto, como se explica en la sección anterior de este mismo libro, se plasma en la *sarswela* y el *drama simboliko* que desarrollan autores como Severino Reyes (1861–1942), Claro M. Recto (1890–1960) y Aurelio Tolentino (1869–1915), entre otros. Con la obra *Filipinas* de Adelina Gurrea, estrenada en Valladolid en 1954, se retoma –en cierta manera y en español– el género del *drama simboliko* desarrollado en el periodo de la *Commonwealth*, al utilizar personajes alegóricos en una obra de carácter social, aunque más bien cómico (Gurrea Monasterio 1954b).

Por otro lado, en este periodo continúan otras estrategias para evadir la censura al teatro social, como las *chameleon plays*, obras teatrales que, como se indicaba en el capítulo anterior sobre teatro, trataban sobre un conflicto pasado –pongamos la revolución filipina– y aprovechando los puntos en común con la situación contemporánea de Filipinas, criticaban la ocupación estadounidense –pensemos en el deseo de libertad e independencia que inevitablemente va a ser el *leit motiv* de una obra filipina sobre la revolución como es *Del odio al amor* de Severino Reyes (Reyes 1940)–. *Del odio al amor* se ambienta en las “Postrimerías de la soberanía española en Filipinas”. En esta obra, a diferencia de en *El cablegrama fatal* (1916), españoles y filipinos están aliados y planean qué será de su futuro en amistad “en cuanto pase todo este barullo, porque, no hay mal ni bien que cien años dure” (Reyes 1940, 32). Aprovechan los personajes para criticar también de manera más directa la ocupación estadounidense y los maltratos derivados de las colonizaciones, al retratar los días finales de la Primera República filipina y poner en boca de Don Manuel, uno de los personajes, algunas reflexiones finales:

Los americanos quieren quedarse con Filipinas por puro altruismo. America (*sic*) no necesita espacionarse (*sic*), le sobra tierra y dinero.

Que (*sic*) ventaja sacaria (*sic*) America (*sic*) con quedarse con este pobre país (*sic*); sería (*sic*) ganar un rompecabezas. Lo que America (*sic*), no puede consentir, es, que estas esclabizen (*sic*) a los filipinos. Sabe America (*sic*) que las naciones grandes del mundo no saben colonizar; esas naciones no quieren que los colonos sean tratados como individuos semejantes á ellos; siempre ellos; siempre ellos se consideran seres superiores; y nunca pretenden ilustrar a los colonizados.

(Reyes 1940, 30)

La técnica continúa después de la independencia durante la dictadura de Ferdinand Marcos, otro régimen opresivo para el que fue necesario recurrir a estrategias de crítica indirecta del sistema. La obra *Tres amores y un solo amor* (Fuensanta 1970), publicada durante este régimen, está ambientada en

la misma época que la de los Reyes. Se subtitula *Poema dramático en tres actos* y es una recreación idealizada de la vida de Gregorio H. del Pilar. Del autor solo sabemos el lema con el cual entregó la obra—nunca publicada—a concurso: Fuensanta. Los personajes tienen la particularidad de no ocultarse bajo alegorías o ficciones, sino que se trata de personajes históricos: Gregorio del Pilar, Antonio Luna, Emilio Aguinaldo e Isidoro Torres, entre ellos. En la obra, se alude directamente a las técnicas para publicar y leer libros subversivos bajo un gobierno opresor como era en esa época el de Ferdinand Marcos. Leemos esto sobre la publicación de las novelas de Rizal en Filipinas:

Al recordarlo río de contento.
 El cura se sentía
 feliz en su convento,
 leyendo folletines adversos a la raza:
 mi gente de aquel día,
 pasando por la plaza
 entró en la sacristía.
 El golpe fue sonado. Nadie advirtió la treta.
 Con malicia secreta
 comprando o malburlando a intensos sacristanes,
 hicieron el milagro del vino y de los panes;
 colocando en las páginas de la Revolución
 las pieles de los libros de oración,
 con tan veraz y fuerte realismo
 que en aquel día mismo,
 —regalo espiritual a multitudes tantas,—
 circularon el “Noli” y el “Filibusterismo”
 con cubiertas de santos y de santas.

(Fuensanta 1970, 29–39)

Sin embargo, previamente al gobierno de Marcos, a partir de 1936, la fuerte vinculación de las figuras clave de la literatura filipina en español con el bando sublevado de la guerra civil española primero, y luego con el gobierno franquista, obstaculiza la publicación y representación de obras de crítica política que se harán más raras, en favor de obras sobre temas triviales y de costumbres (Rodao 2013; Ortuño Casanova 2021). Esta vinculación con el franquismo se da a través del asentamiento de españoles en la sociedad manileña —algunos de los cuales acaban dirigiendo o colaborando activamente en revistas publicadas en Filipinas— o sus visitas reiteradas. A diferencia de lo que ocurre en América Latina, donde los españoles que se asientan después de la guerra civil suelen ser exiliados republicanos o de ideas contrarias a la dictadura que se instituyó a partir de 1939, a Filipinas llegaron sobre todo personas afines al régimen franquista o a alguna de sus familias. Es el caso de personajes

como el valenciano García Sanchiz, que visita Manila en 1938, el barcelonés carlista de ascendencia filipina Antonio Pérez de Olaguer (George 2023), el burgalés Conrado Blanco en 1937 y 1940 (C.A. 1940; *La Revolución* 1937, 1–3) o Carlos Blanco Soler en 1949 (Ortuño Casanova 2021, 85; *Semana* 1949). De Conrado Blanco precisamente representó en 1940 la sociedad Talía la obra *La virtud de esperar* en 1940, una comedia en cuatro actos escrita en su juventud. A estas alturas del siglo, las representaciones teatrales en español no eran ya frecuentes y constituían todo un evento de reunión de la comunidad hispanohablante, a menudo en honor de visitantes destacados, y se solían reseñar en revistas como *Hispanidad* o, más tarde, *Semana*.

El director de *Semana*, como se ha mencionado más arriba, fue uno de estos personajes españoles que se colaron en la sociedad manileña. López Flores fue un novelista y dramaturgo sevillano que desde finales de los años 40 se instaló en Manila y llevó a cabo diferentes labores de revitalización del teatro y en general de la cultura en español. Para empezar, fundó la Editorial Hispano-Filipina (Van Gehuchten 2019), en la que publicó obras en español, en especial suyas, como es la obra de teatro *Alcornoque y compañía* (Lopez Flores 1950), con ocasión de su estreno en el Auditorium de la Far Eastern University de Manila en agosto de 1950. Los actores que la interpretaron pertenecían al *Círculo escénico* de Manila, una de las sociedades teatrales que estuvo vigente entre 1923 y 1955 y que representaba obras teatrales en español de manera aficionada. La sociedad se reunía cada mes, además de para los espectáculos teatrales, para ofrecer un espacio a los hispanohablantes para el intercambio cultural. En ocasiones invitaban a conferenciantes y funcionaba como un club con estrecha relación con la legación española en Filipinas (*Semana* 1950).

Otra de estas sociedades era “Talía”. Talía había representado también de manera *amateur* obras en español, a menudo de autores españoles desde principios del siglo XX, en teatros como el Grand Opera House o los teatros de las grandes universidades de Manila. Como consecuencia de la despolitización de las obras teatrales a la que aludía antes y que se acentuará tras la independencia, Talía representó en 1940 la obra del granadino Emilio Mario (hijo) y de Domingo de Santoval *Los gansos del capitolio* (1897; D. Lava 1940). El título alude dentro de la ficción a una obra de teatro que, según la trama, está escribiendo el personaje de Don Frutos sobre un episodio de la guerra de los galos contra los romanos. Según este, los gansos sagrados del templo de Juno se pusieron a graznar cuando oyeron a los galos escalar las murallas del capitolio de Roma y, de esta manera, despertaron al ejército y evitaron la invasión. La obra, sin embargo, habla de la escritura e interpretación del propio teatro y ofrece una disquisición sobre la moralidad o amoralidad del mismo. Su título también podría interpretarse como una crítica velada al gobierno estadounidense, teniendo en cuenta que el ganso es tomado como un animal estúpido y el Capitolio es la sede de las dos cámaras del Congreso

estadounidense. Por otra parte, en 1940 el Círculo Hispánico de la Universidad de Santo Tomás representó en el Opera House los días 27 de junio y 13 de agosto de 1940 *El rayo* de Pedro Muñoz Seca (1917; C. A. 1940). Muñoz Seca fue un dramaturgo conocido por el sentido del humor que imprimía a sus obras. Fue asesinado por el bando republicano en 1936 en Paracuellos del Jarama al principio de la guerra civil española, lo que lo convirtió en uno de los mártires del bando sublevado y, después, del franquismo.

Las pocas oportunidades de representación llevaron a que algunas obras teatrales se publicaran en revistas como *Hispanidad*, donde encontramos que entre noviembre y diciembre de 1940 se publica la obra religiosa *Vocación*, que vuelve al objetivo inicial del teatro filipino de diseminar creencias e ideas por medio del texto dramático (De Luna 1940). Esta veta había sido ampliamente explorada, en especial por los jesuitas, durante la época de colonización española (Fernández 1996).

Esas ya escasas representaciones fruto del también escaso público que podía entender a partir de la independencia el teatro en español llevan a que varias obras de la época o guiones cinematográficos queden como manuscritos sin publicar, ni estrenarse ni grabarse, o a que se estrenaran en España. Al menos dos guiones en español quedan en esta situación: el primero es *Los mellizos* de Francisco de Cuerva Félix (1957). En la portada se advierte que el guion será traducido al inglés y al tagalo, aunque tras la presentación de los personajes en la primera página se dice que el guion está “escrito para hacer una película filipina, hablada en español, para fines de exportación a España y los 20 países Hispano-americanos, y algunos Estados de Norteamérica” (De Cuerva Félix 1957). Se trata de una tragicomedia romántica con algo de enredo entre dos mellizos enamorados de la misma mujer.

El otro guion es el de la película *Del primero al último héroe*, de Virgilio Centenera (1947), que está ambientada en la II Guerra Mundial en Manila y conecta con narrativas de testimonio como *Fiame* de Mariano de la Rosa (1946).

En conclusión, aunque se siguen escribiendo obras teatrales, la ausencia de público que comprenda las representaciones en español y la falta de motivo reivindicativo a partir de la democracia dejan este teatro relegado a algo anecdótico propio de grupos nostálgicos de aficionados, a pesar de los esfuerzos principalmente de españoles por revertir esta situación.

Notas

- 1 <https://filiteratura.uantwerpen.be>
- 2 Consultar a este respecto la sección sobre literatura colonial de este mismo libro.
- 3 “Asaltos rojos, llueve fuego, sangre, excita / debora. Rojo, nuestro terror estruendoso, / gritó, un grito de muerte. / (verdes son las aguas lujuriosas / de la noche perladas de islas)”. Traducción de la autora.

26

UNA APROXIMACIÓN A LA NARRATIVA ESENCIAL ENTRE 1946 Y 1965

Axel Gasquet y Philippine Martin

Fulgores en el ocaso

La limitación asignada a este capítulo panorámico dificulta el examen pormenorizado de toda la narrativa de ficción de esta época, liderada por Adelina Gurrea Monasterio (1896–1971),¹ con *Cuentos de Juana* (1943), obra redescubierta recientemente por la crítica (Álvarez Tardío 2009, 7–39; Villaescusa Illán 2020, 77–117). De otros autores apenas quedan registros, pues sus novelas son inhallables: es el caso de *El Super-Economista* del Dr. César Mercader y de *Oleada o Realidad* del juez Anastacio Teodoro (Alinea 1964, 141). Varios autores desarrollan una producción narrativa ocasional: Juan Martínez Cucullú, con su volumen de cuentos *Flaquezas* (1961) (Castrillo Brillantes 2006, 218), y María Paz Zamora Mascuñana (1888–1978), con *Cuentos cortos 1919–1923* (1960), que reedita relatos de juventud.²

Nos abocaremos seguidamente a estudiar la producción significativa de dos autores esenciales de este período, Mariano L. de la Rosa y Antonio M. Abad. Los abordaremos siguiendo la cronología de redacción o publicación. El primero es un escritor discreto (aunque significativo por sus interrogantes sobre la cultura filipina tras la independencia), y el segundo tiene, en cambio, una aquilatada trayectoria dentro de la literatura filipina. Junto con *La vida secreta de Daniel Espeña* (1960) de Antonio M. Abad, *La Creación* (1959) es una de las dos últimas novelas publicadas en castellano entre 1942 y 1965. El escritor, crítico y profesor Estanislao B. Alinea denominó este período de posguerra como la fugaz etapa del “Resurgimiento”, breve fase que corresponde a la agonía final de la literatura hispanofilipina (Alinea 1964, 139–144).

Las novelas de Mariano L. de la Rosa

FIAME (Filipinas-América) (1946), primera novela publicada tras la independencia, fue analizada en sus aspectos esenciales en el capítulo 24 en esta sección, correspondiente a los relatos testimoniales sobre la ocupación japonesa, por lo que no abundaremos en su estudio. Vale insistir sobre sus rasgos generales: a través de las múltiples vicisitudes experimentadas por dos parejas filipino-estadounidenses en 1935 y 1946, el autor despliega un discurso por demás utópico y optimista sobre el porvenir multirracial de Filipinas. El título de esta novela histórica es un voto elocuente hacia la relación de confianza que debe imperar entre filipinos y norteamericanos, apenas iniciada la independencia nacional.

Una vez consolidada la independencia filipina, después de la guerra de Corea (1950–1953) se inicia la etapa de la Guerra Fría entre el bloque occidental capitalista y el bloque soviético-comunista. En este contexto, Mariano L. de la Rosa publica un osado emprendimiento narrativo, *La Creación* (1959), su última obra. Aunque la misma no pertenece a la llamada Edad de oro de la literatura hispanofilipina, el autor pertenece a los intelectuales que mantienen una posición ambigua respecto a su identidad híbrida –compartida entre España y Estados Unidos–, su identidad asiática y la identidad filipina. De la Rosa ejerció toda su vida profesional como juez y, según afirma Ramón Velayo en la noticia sobre el autor que acompaña la novela, se jubiló en 1953 como miembro de la Cámara de Apelaciones [“Associate Justice of the Court of Appeals”] (citado por Lifshy 2016, 204).

La recuperación de la lengua española se convierte en una herramienta de emancipación para afirmar una identidad filipina frente a la administración estadounidense que había hecho todo lo posible para erradicar el uso del castellano en el archipiélago. La enseñanza, la difusión y la práctica del castellano desaparecen paulatinamente tras la guerra por una política voluntarista de los nuevos gobiernos independientes a partir de 1946, aunque de la Rosa y otros intelectuales siguen escribiendo en castellano como un acto de resistencia al presente y por una fehaciente nostalgia cultural para con el mundo de la preguerra. Según señala el crítico Adam Lifshy, “*La Creación* roza la inexistencia o, su corolario, la invisibilidad” (Lifshy 2016, 159), debido al hecho de que solo hay un ejemplar disponible de la obra, y podemos suponer que la difusión de la misma entre los lectores de lengua española fue casi confidencial. Según Velayo, de la Rosa comienza a redactar su novela tras su retiro como juez, inspirado por el eclipse lunar total visible en Manila el 26 de julio de 1953 (Lifshy 2016, 159); la redacción de la novela duró seis años.

Ciencia ficción y anticipación utópica

La Creación es una novela de anticipación única en su género. Su argumento es asombroso e incluso algo descabellado (la carrera espacial, observada con una

mirada humanista, antropológica, científicista y espiritual), siendo en realidad una proyección imaginaria sobre la centralidad que Filipinas debería ocupar en el contexto de la posguerra, dentro de las complejas circunstancias establecidas por la Guerra Fría. Asimismo, la novela constituye una exploración de la identidad multiétnica y multicultural de Filipinas, decodificada en términos telúricos e internacionales, pudiendo observarse en ella una matriz de las acuciantes contradicciones que acechan la cultura filipina contemporánea. Su contenido se basa en logros científicos y tecnológicos, reales e imaginarios. En el epígrafe, el autor insiste sobre el hecho de que es una ficción, es decir, “puramente, un producto de la imaginación [que] no se funde en una labor científica o histórica que de alguna manera garantice exactitud” (De la Rosa 1959, 3). El lector se sumerge en la historia de una delegación internacional de científicos que llega a Manila para observar el mencionado eclipse lunar. La estructura de la narración sigue con mucho el procedimiento experimental de la ciencia: desde la formulación de la hipótesis hasta las conclusiones, pasando por la experiencia científica y la demostración. *La Creación* es, de esta manera, una novela filosófica-científica que, a través de la reflexión acerca del origen del hombre, refutando las teorías hoy normalmente aceptadas por la sociedad, sea por la religión o la teoría de la evolución de Darwin, se convierte en un medio de concebir de otra manera el mundo en el que vivimos “con la imaginación por única generadora” (3).

El narrador omnisciente relata el encuentro de un comité de cuatro científicos en Manila acompañados por sus respectivas familias. Se trata de Dr. Astor Legrín (su esposa Maite e hija Lisa), una familia blanca; el Profesor Elías Uganda (junto con su esposa Miria e hijo Pretorio), una familia negra; el filósofo Pee Nam (junto con su esposa Ming e hija Shiva), una familia asiática; y el geólogo Miguel Lapulapu (junto con su esposa Melinda e hijo Baltazar), de linaje malayo, originario de la isla de Mactán (Cebú). Al observar a los jóvenes reunidos, siendo todos de orígenes tan diversos, física y culturalmente, el filósofo Mr. Pee hace una hipótesis que llama “Teoría de la Diversidad del Origen del Hombre” (7), según la cual es imposible que el hombre tenga un origen único. Los científicos deciden separarse y viajar por el universo durante un año para buscar el origen de la humanidad en la Tierra, pero al cabo de este plazo, no lo encuentran. El hombre tiene, al parecer, un probable origen cósmico gracias al intercambio de materia entre planetas. Cada raza humana terrestre tendría su origen en un planeta diferente del sistema solar, vinculando el aspecto físico del astro y la morfología racial del ser humano. Los cuatro jóvenes entablan entonces un viaje interplanetario, pero lo que van a encontrar en cada ocasión que visiten un planeta será algo muy diferente a lo preconcebido por el imaginario colectivo. El autor propone a su lector un relato de viaje, semejante al que las élites administrativas filipinas solían escribir durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, excepto que ahora es el relato de un viaje por el sistema solar.

La expedición espacial visita diferentes planetas con el propósito de hallar en cada uno una civilización concordante con una raza terrestre y, de este modo, reflexionar sobre lo que se podría cambiar o mejorar en la Tierra (a nivel económico, político, social o religioso). En Venus, los jóvenes promueven el establecimiento de líneas interestelares para el intercambio entre la Tierra y Venus: el objetivo es lograr la fraternidad universal. Podemos preguntarnos: ¿en qué medida el autor transpone, dentro del argumento fantástico, elementos de la historia mundial, regional o filipina, dentro del contexto de la Guerra Fría?

La utopía racial como sustrato de la fraternidad

En una primera parte, estudiaremos la elaboración de una utopía racial promovida a lo largo de la novela que se revela bastante ambivalente por la ascendencia hegemónica de un punto de vista neocolonial occidental y proamericano. En una segunda parte, nos aproximaremos a la definición de la identidad filipina, entre modernismo y tradición, que se percibe a lo largo de la obra.

La Creación propone al lector un discurso racial utópico con el fin de promover la fraternidad universal. Los científicos se consideran mutuamente “como hermanos en la ciencia” a pesar de pertenecer a diferentes culturas, lenguas y tradiciones. En cada continente de la Tierra y en cada planeta, los jóvenes serán recibidos con gran ovación popular porque Lishi (nombre de la aeronave) es un avión terrestre en viaje de turismo por las estrellas, cuyo fin es realizar una visita de cortesía y amistad. Los científicos expedicionarios son también condecorados con medallas por su heroísmo. La princesa La hace de los cuatro jóvenes científicos ciudadanos ilustres de Venus. En la Tierra, la princesa La llega como huésped y recibe una ovación espectacular e intercambios con fraternidad y respeto mutuo con los diferentes soberanos de nuestro planeta. A lo largo de la novela, las bromas y el humor burlón que desprenden entre los cuatro expedicionarios deja entrever a La –la princesa de Venus– la posibilidad de un verdadero lazo de amor entre Lisa y Baltazar y entre Shiva y Pretorio. Las nupcias de ambas parejas de jóvenes de diferentes razas contrastan con el contexto de la Guerra Fría. La utopía racial es un retablo casi ingenuo en este período histórico de confrontación mundial, entre Occidente y Oriente, entre territorios coloniales y colonizadores, entre Norte y Sur.

Esta utopía racial, de carácter científico, se construye con los complejos fragmentos de las representaciones territoriales propias del período de posguerra. A lo largo de la obra, el autor nos ofrece una visión con un ligero acento asiático de la Guerra Fría, conflicto que tuvo una base geográfica vital euroatlántica, pero con una repercusión mundial en todos los continentes. El fin del colonialismo, típico de este período histórico, caracterizado por las luchas de emancipación nacional y guerras anticoloniales, junto con la política de los países desarrollados que elaboran nuevas formas de dominio

sobre estados independientes del tercer mundo sobrevuela toda la novela. Esta estrategia de dominación neocolonial consolida (en lugar de deshacerlos) los estereotipos culturales y raciales preexistentes.

Los nombres y linajes de los científicos y sus familias son simbólicos, y su significación denota ya un cierto mestizaje arraigado en la historia humana. El geólogo Miguel Lapulapu, su esposa Melinda e hijo Baltazar son filipinos y acogen a los demás científicos. Este apellido malayo hace referencia al rey filipino de la isla de Mactán, Lapu-Lapu (1491–1542), considerado como héroe nacional por ser el primer habitante del archipiélago que resistió a la colonización española y lideró a los nativos en la batalla de Mactán, donde murió Magallanes. El nombre de su hijo, por su parte, remite al rey mago, lo que muestra la fidelidad a la fe católica en la cultura filipina. El filósofo Mr. Pee Nam, su esposa Ming e hija Shiva son originarios de Mongolia, a pesar de que su apellido tiene consonancia vietnamita. El nombre de su hija remite a la deidad del hinduismo, religión mayoritaria en India –y no en Mongolia– donde se practica mayoritariamente el budismo. El astrónomo Dr. Astor Legrín, su esposa Maite e hija Lisa son franceses. Por último, al naturalista Elías Uganda, su esposa Miria e hijo Pretorio vienen de África. Con su apellido Uganda, el científico encarna a la raza negra. Los nombres tienen una carga simbólica que abre pistas de interpretación; los personajes encarnan clichés, estereotipos propios de una época colonial que se acaba y de una modernidad poscolonial que se anuncia mestiza. Lisa, “blanca, rosácea, de líneas faciales ligeramente arqueadas” (7), representa la raza caucásica, que sería originaria de Marte y Mercurio. Pretorio, “pigmentariamente negro y de abultadas facciones” (7), pertenece a la raza negroide y sería oriundo del Sol. Baltazar, “de rostro cobrizo y pronunciados rasgos” (7), de raza malaya, sería oriundo de Júpiter. Shiva, “blanca con tinte amarillento, suaves curvas de semblante” (7), pertenece a la raza mongoloide y sería originaria de Plutón. Del mismo modo, el uso del término “raza” es sumamente simbólico porque remite, por analogía con las razas de animales, a clasificaciones internas a la especie humana según criterios morfológicos, étnico-sociales, políticos o culturales difundida hasta mediados del siglo XX, cuando los estudios científicos demostraron que era una división absurda.

En su deseo de informar personalmente a todos los representantes de los Estados del mundo terrestre, la princesa La convoca a tres reuniones: en la ciudad de Washington para los pueblos de toda América; en París para los pueblos de Europa, África y Medio Oriente; y en Manila para Asia, Australia y Oceanía. La se dirige en primer lugar a los Estados Unidos, hecho muy simbólico pues testimonia su hegemonía y su poder de decisión a nivel mundial; y en este caso, también su preponderancia a nivel interplanetario. En la Tierra, al contrario de lo que sucede en Plutón, explican que existe una gran variedad de razas que hablan el inglés para comunicarse entre ellas; este hecho traduce la hegemonía y liderazgo mundial de los Estados

Unidos en el contexto de la posguerra. Después La llega a París, capital representativa de Europa, África y Medio Oriente. Aquí el autor trasluce una visión neocolonial insoslayable en esta conferencia. Francia aparece como la potencia colonizadora de África. La novela nos da otro ejemplo de ello: se realizan numerosos intercambios comerciales entre el Sol y Mercurio, respectivos planetas originarios de las razas de Pretorio y de Lisa. Es una alegoría de la relación colonial y comercial entre Europa y África: el designio de una “misión civilizadora” es inefable, porque los “marte-mercurianos” siguen las recomendaciones de la ciencia (“blanca”) en lo que hace a la alimentación, higiene y sanidad. La tercera y última reunión de La con las naciones del mundo se realiza en Manila. De la Rosa, henchido de un inefable orgullo posindependencia, convierte a Manila en capital de Asia, izándola al mismo rango que París y Washington.

La historia mundial también se filtra a través de lo no dicho, de aquello tácito, de los pesados silencios que terminan siendo ausencias elocuentes. Entre los cuatro científicos, no hay ningún ruso ni ningún chino. Cuando la princesa La presenta la carta escrita por su padre a las naciones del mundo, nunca se habla de los soviéticos o los comunistas. La negación de los países comunistas como componente esencial de la bipolaridad propia a la Guerra Fría es flagrante, sobre todo cuando Filipinas conoció desde la invasión japonesa una guerrilla comunista que, en 1942, se alzó contra el ocupante. Del mismo modo, Washington representa no solo a América del Norte, sino también a Sudamérica, que no aparece con voz propia por ser una región parcialmente bajo influencia comunista. De la Rosa publica su novela en 1959, justo después de la guerra de Corea (1950–1953), conflicto mayor de la Guerra Fría en el que participa un cuerpo armado filipino compuesto por 1.468 soldados, el *Philippine Expeditionary Forces to Korea* (PEFTOK). Según el *Seoul War Memorial*, un total de 7.420 soldados filipinos tomaron parte en el conflicto, o sea el séptimo contingente más importante y cuya participación fue más numerosa que la de Francia. Todos los elementos políticamente conflictivos – los factores de disolución social– desaparecen como por arte de magia en la novela. En *La Creación*, la diversidad humana se reduce a las razas, las culturas y las tradiciones; esta utopía de ciencia ficción evacúa la diversidad política, ideológica e, incluso, religiosa tras un discurso humanista de la fraternidad universal.

En la configuración político-ficcional de *La Creación*, la hegemonía de los Estados Unidos es una pieza maestra imprescindible. En esta novela de ciencia ficción humanista, la raza blanca deriva del mestizaje entre los naturales de Marte y de Mercurio, cruce posibilitado gracias a las aeronaves de transportes entre ambos planetas que permiten el desarrollo de un continuo intercambio comercial, cultural y social. Para el autor esta imagen sería una alegoría de las relaciones entre los países occidentales. Asimismo, resulta relevante el campo semántico de los planetas aludidos con la significación mitológica de los dioses

romanos de Marte y Mercurio. Baltazar, el hijo del geólogo filipino Miguel Lapulapu, propone a los reyes de Venus el establecimiento de aeronaves entre Venus y la Tierra, lo que permitirá estrechar los nexos económicos y culturales entre ambos planetas. La princesa La propone viajar a la Tierra como enviada de buena voluntad de Venus, investida de todos los poderes reales. La princesa La quiere instaurar una paz universal, o sea entre todos los habitantes del universo, sin diferencias de razas o creencias. Su objetivo es federar a los hombres de diferentes procedencias en una comunidad universal de mutua estimación entre hermanos que “acabarán por comprender la inutilidad de destrozarse mutuamente” (217). La princesa de Venus encarna la buena voluntad de los Estados Unidos dentro del esquema de la Guerra Fría. La escisión del mundo en dos bloques opuestos puede estallar en cualquier parte del globo. En cuanto escritor filipino, Mariano de la Rosa ha escogido su campo: adhiere y promueve el liderazgo de los Estados Unidos.

La delicada ecuación de la identidad filipina

De la Rosa define la identidad filipina a partir de esta influencia norteamericana; la independencia nacional filipina acepta con docilidad la tutela militar estadounidense, sobre todo cuando China, el gigante vecino, vio triunfar la revolución comunista liderada por Mao Zedong en 1949, muy poco después de su independencia. Igualmente veremos que, a lo largo de la novela, dentro de la compleja ecuación de la identidad filipina son también tangibles la cultura hispánica y las culturas vernáculas.

De la Rosa redactó *La Creación* con simultaneidad al inicio de la carrera por la conquista espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La historia de la exploración espacial estuvo fuertemente marcada por el prestigio nacional durante la Guerra Fría. Tres eventos mayores se destacan: el primer vuelo orbital de la historia por el satélite soviético Sputnik 1, el 4 de octubre de 1957; el primer vuelo orbital habitado por el astronauta soviético Yuri Gagarin, el 12 de abril de 1961; y por último, el primer viaje del hombre a la Luna, con la caminata lunar del astronauta Neil Armstrong, el 20 de julio de 1969. *La Creación* es así una novela de anticipación de ciencia ficción porque fue escrita justo antes del primer vuelo humano. Los hechos de la novela se desarrollan en 1953, como si el autor quisiera mostrar que la URSS no fue la primera nación en lograr la conquista espacial, sino que la iniciativa de esta conquista espacial se originó en el encuentro de los cuatro científicos en Filipinas (obsérvese de paso, la entusiasta y desmedida equiparación de Filipinas con los Estados Unidos en esta obra de fantaciencia).

Mientras todos los miembros de la cohorte científica viajan por el mundo, la familia Lapulapu permanece en Filipinas. En el laboratorio de su padre geólogo, Baltazar estudia un mineral olvidado y descubre que es una fuente de energía inagotable que podría ser un combustible para

viajar muy lejos sin tener nunca la necesidad de reabastecer la aeronave. Baltazar se ilusiona con la idea de construir su propia aeronave “que se eleve y descienda verticalmente, y marche hacia todas las direcciones, sin vueltas ni retrocesos” (46), inspirado por los “flying saucers”, platillos voladores que se han observado en diversos sitios del mundo en aquella época y dejan suponer la existencia de una aviación intersidereal extraterrestre. Baltazar se lanza a la conquista del espacio construyendo un avión con fines científicos. Se encuentra con Allen, el aviador y mecánico que la familia Pee ha traído de regreso a Filipinas. El piloto se convierte en colaborador de Baltazar, ayudándole en la realización práctica del proyecto: le enseña su aeroplano, detalla las piezas, los aparatos innovadores de navegación, cómo pilotarlo y maniobrarlo. Baltazar se inspira y aplica estos consejos para realizar los planos de su aeronave; viaja a América para producir las piezas, en las mismas fábricas que han construido la aeronave de Allen. A lo largo de su expedición, la aeronave espacial, bautizada “Lishi”, suscitará gran curiosidad por su innovación, maniobrabilidad y destreza. La cooperación entre filipinos y estadounidenses es muy estrecha y exitosa. Se verifica en el viaje a Júpiter, donde viven las razas originarias de Baltazar y Allen, entre las que existen intercambios interregionales e interplanetarios.

Por su condición de juez miembro de la Cámara Nacional de Apelaciones, Mariano de la Rosa forma parte del *establishment* filipino y es claramente pronorteamericano. Para él, todos los aspectos positivos traídos por la colonización de los Estados Unidos en Filipinas son imprescindibles para el desarrollo de esta joven nación. Filipinas se ha americanizado en su identidad y una sólida alianza política, económica y militar con los Estados Unidos traerá muchos beneficios para Filipinas. Sin embargo, De la Rosa mantiene una postura ambivalente respecto a los Estados Unidos: entre una marcada euforia por su emancipación y la necesidad de proseguir una relación de tutelaje para continuar progresando.

La mujer filipina, según aparece en esta novela, debe reunir dos características: ser moderna, decidida y curiosa y, a la vez, ser una católica ferviente que garantice la supervivencia de la tradición y el respeto de las buenas virtudes. Lisa y Shiva insistieron en volar con los pilotos de la aeronave, como navegante y radiotelefonista, para asegurar respectivamente el rumbo y la comunicación con la Tierra durante el periplo espacial. Lisa y Shiva quieren tomar parte en la gran expedición espacial, pero al principio, Baltazar las rechaza por los peligros que han de correr: según él, sus oraciones bastan como protección. Para Lisa, los hombres son demasiado egoístas para compartir la victoria. Baltazar informa a los padres que las jóvenes quieren puestos permanentes en la aeronave espacial. Las mujeres de la vieja generación, Maite y Ming, al principio desaprobaban la iniciativa de sus hijas; pero las chicas insisten en que se sienten sanas, fuertes, acostumbradas a viajar por el mundo, útiles a los hombres con sus conocimientos y capaces de hacer

un sacrificio en nombre de la ciencia para fortalecer el cuerpo y el espíritu. Gracias a su tenacidad, ambas van a participar de la expedición. La francesa Lisa y la mongol Shiva encarnan, de este modo oblicuo, el ideal cosmopolita y moderno de la feminidad filipina.

De la Rosa pone de realce el feminismo vanguardista de las mujeres filipinas, quienes obtuvieron plenos derechos políticos y cívicos en 1935, en un referéndum reservado a las filipinas. Pero también las mujeres son quienes salvaguardan la tradición católica, heredada de la cultura hispánica. Esto se verifica durante la cena de despedida, cuando se dan cuenta de que el día previsto para su partida es la fiesta de la Naval de Manila, en la que se realiza la procesión de la imagen de la Virgen del Rosario, desde la capilla de la Universidad de Santo Tomás de Manila a la basílica de Santo Domingo, recientemente construida en Quezón. Lisa y Shiva deciden lanzarle flores aromáticas desde la aeronave. La expedición se realizará bajo los auspicios de la Virgen del Rosario, por la ofrenda de estos “jóvenes de diferentes sexos, razas y nacionalidades, pero unidos por el trabajo y la ciencia, el respeto y la consideración a sus respectivas creencias políticas, sociales y religiosas” (124). Las flores son el símbolo del archipiélago, son una representación cultural y mental de lo que sería el genio y alma filipinos. Las madres organizan el bautismo del avión en el hangar de Baltazar: la madrina es Maite, se cantan himnos y se arrojan sobre la aeronave puñados de tierra. A la hora de partir, el narrador omnisciente describe el modernismo de la ciudad de Manila y el esplendor de la ceremonia religiosa, como un intento de definición de la identidad filipina en este contexto de inicio de una vida política nacional independiente. La última palabra de la novela es “DIOS” en mayúsculas, como para asegurarse de que el lector ha entendido qué es lo más importante en todos los ámbitos y que la realización de la expedición es la realización de su voluntad.

Último aspecto de la identidad plural filipina: la cultura filipina prehispánica y vernácula

La excursión al Pico de Santo Tomás, que emprenden los científicos para observar la puesta y la salida del sol, es una buena ocasión para retratar la belleza de los paisajes filipinos y su bucólica diversidad, entre bosques, islas del golfo y pequeños pueblos. Visitan el Crystal Cave de Baguio y las leyendas a propósito de su creación son fuentes de imaginación y de progreso para los científicos. De la Rosa recupera así en su novela el sentido vital de la identidad vernácula prehispánica.

En síntesis, a pesar de la insoslayable influencia norteamericana, la identidad filipina, múltiple, vernácula y cosmopolita, se define también a través de la tradición católica heredada de España, de su orgullosa vanguardia feminista y de una identidad telúrica imprescindible, signada por el terruño filipino,

su paisaje y la diversidad de sus habitantes. Puede afirmarse que esta novela de ciencia ficción –amén de ciertos elementos de anticipación tecnológica– es, en primer término, una novela que explora la desiderata de una utopía nacional filipina con aspiraciones universalistas. *La Creación* fue redactada con el entusiasmo de la independencia poco antes obtenida y bajo las complejas condiciones históricas de la Guerra Fría, cuando el país debía enfrentarse a desafíos internos de magnitud (a nivel social, político y económico), y cuando su inserción regional e internacional resultaba todavía brumosa e imprecisa sin el tutelaje de los Estados Unidos.

La postrera producción de Antonio M. Abad

Abordaremos ahora las dos últimas novelas de Antonio M. Abad (1894–1970), *La vida secreta de Daniel Espeña* (1960) y la inédita *La Aventura de Li Ma-Hong* (1963).³ El prolífico escritor cebuano Antonio Abad publicó lo esencial de su producción en los años 1920 y 1930, antes de la guerra, destacando *El último romántico* (accésit del Premio Zóbel de 1927), *La oveja de Nathán* (1928), ganadora del Premio Zóbel de 1929, y *El campeón* (1940), galardonada por el Concurso de la Mancomunidad Filipina e inédita hasta el 2013.

La vida secreta de Daniel Espeña (1960) es considerada la última novela filipina publicada en castellano, por lo que conviene detenernos un instante. La acción tiene lugar en las Islas Visayas (al norte de Cebú) y se despliega entre aproximadamente 1860 (unos treinta y cinco años antes del estallido de la revolución de Katipunan liderada por Andrés Bonifacio) y 1902 cuando se inaugura la administración estadounidense. El tema esencial de la novela es de tipo espiritual, se interroga sobre la capacidad de redención del hombre, en este caso, encarnada por la alocada historia de vida del personaje Daniel Espeña. Se pregunta Estanislao Alinea sobre esta novela de corte realista y naturalista, con elementos costumbristas y psicológicos: “¿Puede salvarse de la condenación eterna un hombre después de haber cometido horribles crímenes que gritan al cielo?” (Alinea 1964, 141). ¿Puede redimirse un hombre que ha cometido graves crímenes? David Evangelista, el protagonista principal de la obra, es un criminal que ha cometido todo tipo de delitos (robo, estafas, asesinato) y, para cubrir sus fechorías y escapar a la justicia, cambia su nombre por el de Daniel Espeña. La familia del protagonista la componen su esposa, Eleuteria Mangubat, su único hijo, Miguel, su esposa Luisa de Guzmán y sus tres hijos. Criminal irrecuperable, Daniel Espeña halla, sin embargo, el camino de Dios e inicia una nueva vida de salvación, convirtiéndose en un hombre piadoso que procura enmendar su pasado criminal. Perdona a sus enemigos, practica la caridad para con el prójimo y se sacrifica ayudando a conocidos y desconocidos durante la epidemia de cólera

y las inundaciones. En definitiva, esta novela obedece a un interrogante moral pues, a través de la vida bifronte de David Evangelista/Daniel Espeña, se vislumbra el combate entre el bien y el mal, siguiendo la delgada línea de una teoría de la salvación estrictamente católica.

Desde luego, pueden establecerse a través del análisis sociocrítico ciertos parangones entre la época descrita por la novela y el momento de la independencia efectiva de Filipinas y sus nuevos desafíos, que aquí no podemos desarrollar. En efecto, la novela puede también leerse como una parábola histórica. Según nuestro autor, las alternativas que se presentan al hombre son siempre de tipo moral: escoger entre obrar desafiando abiertamente a Dios (hacer el mal), en confrontación con la virtud cristiana, u obrar con rectitud (hacer el bien), en conformidad con la virtud cristiana. Antonio Abad parece anclado en los límites y preconizaciones del humanismo cristiano, y aunque su lector tiene entre sus manos el veredicto final sobre Daniel Espeña, Abad se inclina claramente por la redención de su alma mediante su obrar piadoso. Cuando el protagonista fallece,

un resplandor vivísimo se desprendió de la Suprema Luz, hendiendo la última capa de nube sobre el alma de Daniel. [...] Todo se hizo aceptable y placativo a la Divinidad al ser ofrecido en olor de suavidad como holocausto de amor. Una luz blanca se juntó a las incandescencias del cielo. La luz blanca tenía un nombre: DAVID. (Abad 1960, 402)

La salvación divina había operado. El otrora criminal David Evangelista, que había cambiado su nombre por la falaz cobertura de Daniel Espeña para escapar a sus crímenes, es redimido por Dios y llamado al cielo con su nombre original.

En realidad, su novela previa, *El campeón* (1940), construida como una fábula (pues sus protagonistas son gallos y gallinas), podía también interpretarse como una parábola histórica de las Filipinas y el lugar que la sociedad le asignó –bajo la administración estadounidense– a los héroes vencidos de las dos guerras de independencia (Villaescusa Illán 2020, 195–234). La última producción narrativa de Abad, la obra inédita *La Aventura de Li Ma-Hong* (1963), es una reconstitución novelada de la biografía del pirata chino Li Mahong (siglo XVI), otro de los héroes que el imaginario popular filipino identifica como uno de los precursores asiáticos de la resistencia frente a los colonizadores occidentales y, por ende, deviene una figura simbólica precursora de la independencia (Ortuño Casanova 2021). Aunque resulta improbable, el dictador Ferdinand Marcos decía que sus ancestros chinos por el lado materno descendían de Li Mahong. En cualquier caso, la ascendencia de las comunidades chinas en Filipinas, denominados *sangleyes*, llegados al archipiélago desde épocas anteriores a la colonización española y mestizados

con la población nativa, han participado con mucho en la construcción de la identidad nacional filipina contemporánea (Tan 1986).

Conclusión

El inicio de la era de Ferdinand Marcos (1965–1986) marcará una etapa funesta para la pervivencia de la literatura filipina en castellano, ciclo dictatorial en donde las mejores expectativas por recobrar cierta vitalidad se desvanecen y resultan un espejismo (por decreto, Marcos reduce a la mitad las horas de enseñanza obligatoria del castellano). El profesor Knowlton Jr. advierte en otra recensión crítica una situación agravada respecto a los años anteriores: “En este artículo se intentará llamar la atención de los lectores interesados en los desarrollos y figuras de la literatura hispano-filipina que, por diversas razones, esta no ha florecido en la Nueva Sociedad del presidente Ferdinand Marcos” (Knowlton Jr. 1985, 37).⁴

En efecto, densos y amenazadores nubarrones se acumulan sobre el destino de la lengua española en el archipiélago. La declaración del estado de emergencia ante la doble insurgencia comunista e islámica, y la imposición de la ley marcial realizada por Ferdinand Marcos el 21 de septiembre de 1972, que clausura todos los medios de comunicación filipinos, sentencia el cese repentino y definitivo de la última prensa filipina en castellano –los periódicos *El Sur* y *El Debate*–. Esto significó un tiro de gracia para la subsistencia de la lengua española en el país. Si la fragilidad del castellano se acentúa entre 1946 y 1965, tras la ley marcial de 1972 su desaparición pública resulta irreversible. Knowlton Jr. resume las palabras del padre Ángel Hidalgo sobre la dramática situación filipina, en el informe elevado al Congreso Mexicano de la Lengua de 1975:

El idioma español habrá desaparecido del uso público en Filipinas a finales de este siglo [veinte]. Esto significa, por supuesto, no solo que los escritores en español son cada vez menos, sino que la posible audiencia de publicaciones en español también está disminuyendo rápidamente. (Knowlton Jr. 1985, 38)⁵

Notas

- 1 Afincada en España desde muy temprano, publica allí lo esencial de su obra.
- 2 Diana Villanueva reeditará próximamente los cuentos completos de Zamora Mascuñana en la editorial Vibal.
- 3 *La aventura de Li Ma-Hong* (1963) lleva por subtítulo “Mitad novela, mitad historia”. El manuscrito mecanografiado permanece inédito y está conformado por 245 folios. Ignacio López-Calvo y Rocío Ortuño Casanova preparan una edición príncipe.

- 4 “In this article an attempt will be made to call to the attention of interested readers developments and figures in Hispano-Philippine literature, which, for a variety of reasons, has not flourished in the New Society of President Ferdinand Marcos”. Traducción de los autores.
- 5 “...The Spanish language will have disappeared from public use in the Philippines by the end of this [Twentieth] Century. This means, of course, not only that writers of Spanish are becoming fewer and fewer, but that a possible audience for publications in Spanish is rapidly decreasing as well”. Traducción de los autores.

27

LITERATURA EN ESPAÑOL

de Ferdinand Marcos al fin del premio
Zóbel (2001)¹

Rocío Ortuño Casanova

El contexto

El 4 de julio de 1946 Estados Unidos concedió la independencia a Filipinas. Después de 377 años de ocupación española, estadounidense y japonesa, llegó la oportunidad de desarrollar un país independiente y democrático, así como de iniciar el proceso de construcción de una identidad nacional. La democracia, sin embargo, no duraría mucho. En 1965 Ferdinand Marcos ascendió al poder y, tras ser reelegido en 1969, en 1972 declaró la ley marcial y se erigió como dictador. La familia Marcos, encabezada por Ferdinand e Imelda, impuso un régimen de terror y represión. El matrimonio Marcos saqueó los fondos estatales y llevó una vida de ostentación marcada por las extravagancias y los caprichos de la primera dama. Fue un tiempo aciago para las arcas filipinas y para la literatura en español: en esa época se dejó de editar la última prensa periódica en español como el periódico *El Sur* de Zamboanga y *El Debate* de Manila (Knowlton 1985, 38) y entre 1967 y 1973 se suspendió también la entrega del Premio Zóbel, que resurgiría en 1974 como reconocimiento, ya no a las mejores obras filipinas escritas en español, sino a los esfuerzos por el mantenimiento del idioma en Filipinas (Castrillo de Brillantes 2000, 249).

Durante la dictadura de Marcos se combatió ideológica y físicamente el comunismo y la presencia de potencias extranjeras en Filipinas (Ortuño Casanova 2015, 66–67; 2017a). Este anticolonialismo llevó a denostar el término “hispanista” en lenguas vernáculas y en estudios en inglés –como ocurre en el artículo de Domingo Abella incluido en *Brown Heritage: Essays on Philippine Cultural tradition and literature* de 1967 (Mojarro 2018)– mientras se ensalzaba en el ámbito hispanohablante.

Intelectuales progresistas y escritores del momento sufrieron persecución y censura y criticaron en sus obras directa o indirectamente la falta de libertad de expresión. Aunque esto se hizo sobre todo en inglés y en tagalo, poetas como Federico Espino Licsi lo hicieron en español. Licsi fue admirador de la obra de Federico García Lorca, al igual que otros escritores no hispanohablantes como Bienvenido Lumbea, quien le dedicó el poema “Tagulaylay kay Federico García Lorca” (1975).

En 1983 el mayor opositor del régimen de Marcos, Ninoy Aquino, fue asesinado cuando volvía de su exilio en Estados Unidos mientras bajaba por la escalerilla del avión en el aeropuerto que hoy tiene su nombre. En 1986 y, tras una revuelta en Metro Manila que se llamó “People Power Revolution” o “EDSA Revolution” por tener su epicentro en esta avenida,² Marcos fue expulsado del poder y se exilió en Hawái donde murió en 1989. Le sucedió en el cargo, tras unas elecciones democráticas, Corazón “Cory” Aquino, la esposa del difunto Ninoy Aquino. El hijo de ambos, Benigno Aquino III, también fue presidente de Filipinas entre 2010 y 2016. Imelda Marcos volvió a Filipinas en 1991 y ocupó varios puestos políticos entre 1995 y 2019. En 2022 su hijo, Bongbong Marcos, fue elegido presidente.

Biografías, textos ensayísticos y prosas misceláneas

En 1965 la literatura filipina en español ya no era ni sombra de lo que había sido: quedaban pocos hablantes autóctonos de español y muchos de ellos se dedicaban a la docencia del idioma, con lo que en esa época encontramos varias antologías y textos biográficos dedicados a fines didácticos.³ Estos textos están casi siempre escritos con un claro afán nacionalista propio de la política impulsada durante la era de Ferdinand Marcos (Ortuño Casanova 2015, 68). Podemos ver dicho afán, por ejemplo, en la segunda parte del libro de texto *Antorchas de la patria*, coordinado por la profesora y escritora Rosario Valdés-Lamug, en la que se dedican textos biográficos tanto a Marcelo Hilario del Pilar, Apolinario Mabini o Tandang Sora, como a personalidades del ámbito político más reciente como los presidentes Manuel L. Quezon (Valdés-Lamug 1968, 46–48) o José P. Laurel (Valdés-Lamug 1968, 54). En estos textos didácticos se idealiza a los personajes biografiados y se exalta su papel como próceres de la patria con comparaciones ocasionales con mártires como Rizal, como podemos ver en este ejemplo:

Manuel Luis Quezon. El magnífico caudillo de los filipinos.

Ningún hombre sirvió mejor a su país y a su pueblo que nuestro ilustre Presidente Manuel Luis Quezon. Se puede decir que, como otros patriotas, vivió y murió por nosotros. Llevó una vida útil y tuvo una muerte gloriosa – al servicio de su pueblo.

[...]

Los primeros cañonazos en la bahía de Manila en mayo de 1898 le abrieron los ojos al deber de servir a la patria en los campos de batalla. Quezon se unió al movimiento revolucionario bajo el general Emilio Aguinaldo. Fué enviado al campo de batalla, y en Bulacán tuvo su bautismo de fuego. (Valdés-Lamug 1968, 46–47)

El gusto por el texto biográfico viene dado, por un lado, por la necesidad de asentar un origen de la patria y de dar ejemplos de nacionalismo filipino, y por otro, por la tradición prehispánica y de la primera colonización, durante la que se escribían textos épicos sobre las vidas de caudillos filipinos en tagalo, ilocano y otras lenguas del país. Más allá del ámbito exclusivamente docente, aparecen textos biográficos dentro de otros géneros. Por ejemplo, León María Guerrero impartió en 1964 un discurso sobre Emilio Aguinaldo, presidente de la Primera República Filipina, con el título “Las dos muertes del general Aguinaldo” en un evento que él mismo organizó en honor al fallecimiento del expresidente y al que invitó a personalidades de la época como Blas Piñar (Fernandez 2017, 207). Por su parte, Edmundo Farolán Romero le dedica al héroe nacional el drama histórico titulado *Rizal, el mártir* en 1996 (Farolán Romero 2009).

Puede resultar extraño que en un libro sobre literatura tengamos en cuenta textos biográficos. El caso es que tanto en esta época como en épocas anteriores de la literatura filipina y de otras literaturas poscoloniales (recordemos que en 1965 hacía solo 19 años de la independencia de Filipinas), se publican textos que a veces son difíciles de clasificar según los géneros literarios clásicos. Me refiero a biografías, por supuesto, pero también a cuentos folclóricos, libros de viaje, ensayos, editoriales periodísticos o, incluso, discursos. Hay libros de prosas misceláneas de lo más variopinto que se compilan, como son el volumen *Leyendas y evocaciones* de Conchita Huerta que obtuvo un accésit del Premio Zóbel en 1965 y que fue publicado por Ediciones Fil-Hispanas en 1972 (Castrillo de Brillantes 2000, 243–244), o el libro de Nilda Guerrero llamado *Nostalgias*, ganador del Premio Zóbel de 1964 que incluye también, entre otras prosas sueltas de no ficción y más bien testimoniales, y textos biográficos, por ejemplo sobre su hermana Evangelina Guerrero Zacarías (Guerrero Barranco 1968).

Ambas, junto con Domingo Ponce que publica el volumen *Cogonales: colección de cuentos, crónicas de viajes y artículos varios* (1966), siguen una tradición anterior gestada ya desde principios del siglo XX, cuando ilustres escritores filipinos publicaban libros misceláneos, como *Algo de prosa* de Epifanio de los Santos (1909) o *Efemérides filipinas* de Jaime de Veyra y Mariano Ponce (1914). Todos ellos, De los Santos, Ponce y De Veyra, compilan en sus volúmenes artículos que ya habían sido publicados con anterioridad en prensa y que trataban sobre diversos temas relacionados con la historia o la cultura de Filipinas. *Nostalgias* toma un cariz más personal e incluye biografías de la hermana de la autora,

Evangelina Guerrero, y de su padre, Fernando María Guerrero, mientras que los otros dos, *Cogognales* y *Leyendas y evocaciones* incluyen también pequeños cuentos y narraciones que conectan más con el folclore.

Relaciones culturales con México y España y discursos derivados

Además de la cuestión nacionalista poscolonial y la dictadura de Marcos, hay dos eventos políticos externos que marcan la producción de literatura filipina en español en esta época: por un lado, la dictadura de Francisco Franco en España (1939–1975) y, por otro, el interés que los presidentes mexicanos Adolfo López Mateos (presidente entre 1958 y 1964) y Gustavo Díaz Ordaz (presidente de 1964 a 1970) mostraron por Filipinas. Las proclamas de amistad y hermanamientos entre Filipinas y ambos países hispanohablantes explotan la nostalgia de un tiempo pasado asentado sobre las ideologías del americanismo y la hispanidad que enmarcan los homenajes que se realizan a uno y otro lado de los océanos: en 1962 López Mateos viajó a Filipinas para inaugurar con Ferdinand Marcos el monumento al Escuadrón 201, un grupo del ejército del aire mexicano que luchó en Filipinas en la II Guerra Mundial. En 1964 tienen lugar los festejos de conmemoración del cuarto centenario de la expedición de Magallanes a Filipinas a los que acuden dignatarios tanto mexicanos como españoles. En este contexto se publica *Filipinas y México: colección de discursos y conferencias pronunciados con ocasión de la celebración del Año de Amistad México Filipina en el cuarto centenario de la llegada de la expedición mexicana en Filipinas*, con múltiples discursos pronunciados por dignatarios de uno y otro país y breves ensayos ensalzando la historia común de ambos (Comité del Año de Amistad Filipino-Mexicana 1965). Una de las periodistas que participaron de la redacción y en la edición fue Rosalinda Orosa, que ganaría el Premio Zóbel en 1989. A lo largo del libro se repiten dos consignas: que México es el hermano mayor de Filipinas y que Filipinas no fue una colonia española, sino mexicana (Park 2022, 138–139).

Más tarde, en 1969, el secretario de Relaciones Internacionales de Filipinas, Carlos P. Rómulo, viajó a México para entregar al presidente Gustavo Díaz Ordaz la condecoración de Sikatuna en nombre también de Ferdinand Marcos.

En cuanto al caso español, desde el franquismo se abrazó e impulsó en los años 1940 y 1950 la idea de la hispanidad como una hermandad de las antiguas colonias con la preeminencia espiritual y cultural de España, lo que casaba con el ideal imperial del falangismo. Estas aspiraciones nostálgicas solo tenían correlato en los pocos territorios extrapeninsulares que conservaba España en el Norte de África y en Guinea Ecuatorial (Ortuño Casanova 2021a). Por su parte, Filipinas fue la única antigua colonia que, desde un principio, se posicionó mayoritariamente a favor del golpe militar que tuvo lugar en España en julio de 1936 (Rodao García 2012), lo que redobló el interés y las visitas bilaterales entre personalidades de la cultura y de la política, entre las cuales

tuvo lugar la del presidente filipino Diosdado Macapagal a España en 1960, y el envío de una delegación española que fue en 1961 a Manila junto a la mexicana, a conmemorar el centenario del nacimiento de José Rizal.

Dado que Rizal era masón y muy crítico con la Iglesia católica en el archipiélago, en España hubo un cambio en el relato sobre su vida y su fusilamiento, de manera que casara con los valores tradicionalistas que heredó el régimen franquista. A esta empresa contribuyeron intelectuales filipinos, que pronunciaron discursos, después publicados en España, para reinventar un pasado y enfatizar el componente cultural común de ambas naciones. Así, en 1950 Antonio M. Molina publicaba el artículo “Rizal y el amor de España” (1950). Molina colaboró en múltiples números monográficos de revistas sobre Filipinas, impartió charlas en el Instituto de Cultura Hispánica sobre los vínculos entre España y Filipinas y publicó una *Historia de Filipinas* (1984).⁴ La trayectoria de León María Guerrero, quien fue embajador de Filipinas en España entre 1962 y 1966, también es prolífica e incluye discursos pronunciados como “La fe forjadora de la unidad nacional filipina” en abril de 1965 (*Libertad: diario nacional-sindicalista* 1965). Asimismo, Belén Santos de Argüelles, otra receptora del Premio Zóbel (1982), pronuncia en el Instituto de Cultura Hispánica en 1966 su conferencia “Recuerdos cariñosos de España en Filipinas” (1966). Por su parte, José María Delgado, embajador de Filipinas en la Santa Sede, publica su volumen titulado significativamente *Fe y Patria. Discursos, conferencias y artículos* en 1966, y Carlos P. Rómulo, Ministro de Educación de Filipinas, publica en ese mismo año en Madrid el discurso allí impartido *Filipinas y la cultura española* (1966). No eran discursos pronunciados con un afán académico, sino con un afán político y poético, trufado de citas literarias, como podemos ver en el discurso de Belén Santos, quien arranca citando el poema “España” de Borges:

Podría decir como Jorge Luis Borges a la Madre España, metida hasta la médula del *tao* que es la gente filipina: “podemos profesar otros amores. / Podemos olvidarte / como olvidamos nuestro propio pasado, / porque inseparablemente estás en nosotros, / en los íntimos hábitos de la sangre, / en los Acevedo y los Suárez de mi linaje, / España, / madre de ríos y de espadas y de multiplicadas generaciones, / incesante y fatal”. Como un broche flameante de diamantes, perlas y rubias, la cultura filipina surge en el ámbito universal incrustada de preciosos legados de España. (Santos de Argüelles 1966)

Estas exaltaciones proespañolas irán reduciéndose conforme avanzan las décadas de 1960 y 1970 debido, entre otros factores, a los cambios en la política filipina que, a partir de la declaración de la ley marcial, se replanteará la relación con España y Estados Unidos (Ortuño Casanova 2017a).

Cuentos

La exaltación de la herencia compartida entre España y México dista de ser, por parte de Filipinas, una nostalgia ciega que quiera replicar la situación colonial anterior: los escritores y escritoras hispanohablantes en el archipiélago reivindican también el legado autóctono prehispánico a través de la publicación de ficciones tradicionales llamadas “leyendas” o “cuentos folclóricos”, a imagen y semejanza de lo que hicieran algunos ilustrados del siglo XIX como Isabelo de los Reyes (1889) o, en época más reciente, Adelina Gurrea con sus *Cuentos de Juana* (1943). Obras como las *Leyendas filipinas* de Leonor Agrava y Araceli Pons (1955) o los siete cuentos folclóricos que Conchita Huerta incluye en su obra *Leyendas y evocaciones* han pasado desapercibidas para la crítica literaria (Castrillo de Brillantes 2000, 244). Sin embargo, este interés por la tradición oral y la mitología prehispánica discurre en paralelo al que se da en estos mismos años en América Latina, donde las mitologías y el folclore se integrarán en las narrativas de la llamada literatura del *boom*, de gran éxito en Europa.

En cuanto a la ficción no folclórica, encontramos dos situaciones. Por un lado, la novela nunca fue un género demasiado popular entre los escritores filipinos. En cualquier caso, las últimas novelas en español de la época clásica se escribieron a principios de los años sesenta: *La vida secreta de Daniel Espeña* (Abad 1960) y la nunca publicada *La Aventura de Limahong*, ambas de Antonio Abad. Por otro lado, los cuentos, que sí que fueron un género muy popular, van desapareciendo conforme desaparecen los periódicos en español, ya que era su primer lugar de publicación. Por tanto, en los años que nos ocupan, encontramos solo dos volúmenes de cuentos: el de Carmen Herrera Acosta *La carta redentora y otros cuentos* (1972) y el de Nilda Guerrero Barranco –quien también había incluido relatos en su volumen *Nostalgias–, El gato negro* (1984) (Donoso 2020, 129). Las autoras recuperan temas ya transitados por otras filipinas, como Evangelina Guerrero y Rosa Sevilla de Alvero, sobre la caducidad del amor inicial y los peligros de no casarse adecuadamente con alguien aprobado por los progenitores, y manteniendo fidelidad a pesar de las adversidades. Es el eje, por ejemplo, del cuento principal del volumen de Herrera Acosta “La carta redentora”, que comienza su segundo capítulo exaltando la felicidad inicial de una pareja que más tarde irremediabilmente se marchitará:

Caía la tarde. Los últimos rayos del sol bañaban la cumbre de las montañas.

En el balcón de una hermosa y elegante morada situada hacia el norte de la ciudad, hallábase asomada una mujer simpática que apenas tendría veinticinco años, teniendo en sus brazos a un chiquillo de tierna edad. Era Evangelina, la esposa de Armando, que pertenecía a la acaudalada familia de los Espina en un pueblo limítrofe. Se casó a los diez y siete años con Armando Martínez, cuando este no se había aún doctorado en la Universidad

en que estudiaba medicina. Hasta que su esposo obtuvo su título y antes de ejercer su profesión, ella fue demasiado feliz. Cuando Armando velaba estudiando en casa, ella tampoco dormía y permanecía dichosa al lado de su esposo, para estimularle, para infundirle bríos en la difícil carrera que estaba emprendiendo. (Herrera Acosta 1972)

Poesía

La poesía sigue siendo el género dominante en la literatura entre 1965 y 2000, aunque en ocasiones lo que encontramos son poemarios escritos años antes que se publican en esta época, como parece ser el libro *Emocionario* de Francisco Zaragoza (s. f.), quien ganó un premio Zóbel por el poemario *Castalia íntima* en 1961 (Knowlton 1965, 167) y que consigna como única fecha en la portada 1929, cuando tendría él 15 años, reclamando que son versos de adolescencia. En el volumen encontramos efectivamente poemas de inspiración rubendariana como los que estaban en boga en Filipinas en las primeras tres décadas del siglo XX, que evidencian poemas como el titulado “Juventud, Divino Tesoro”, con versos como estos:

¡Juventud! ¡Hora de armiño
Y de generosa entrega
En que se vuelve hombre el niño
Y en que el corazón se anega
De insospechado cariño!
(Zaragoza, s. f., 228)

También son publicaciones de poemas escritos años antes la compilación póstuma de la poesía de Lorenzo Pérez Tuells, *La vuelta de Don Quijote* (1973), y *En agraz* de Adelina Gurrea (1968), que recoge poemas escritos entre 1916 y 1926. La misma autora había publicado un año antes otro poemario, *Más senderos* (1967). En este mismo año escribe un particular soneto “desrimado” dedicado al aniversario de la muerte de Darío en que se evidencia la persistencia del gusto por el nicaragüense en Filipinas:

Romero en pie de báculo ganando jubileos
verbales para el alma de poesías puras;
astronauta en libélula peregrinando estrellas
donde encender estrofas que fulguren sus luces.

Espeleólogo en simas de negror tenebroso
convulsionando engendros de delirios alcohólicos;
buceador con numen de comprimido oxígeno
que segó, sin asfixias, el fondo de los siglos.

Es tuyo lo divino de la palabra exacta,
 el Olimpo pagano que recamó tus cielos,
 la alucinante estrofa de lo ultraterrenal,

la caracola helena, lo ingravido y lo grave,
 y un rutilar de luces que se fraguó en estrella
 para guiar la nueva poética del mundo.

(Gurrea 2016)

Pero no son Darío y la poesía modernista la única inspiración. Tras la guerra, empieza a fraguarse un cambio que se consolidará en esta época en que surgen poesías de inspiración mística con una forma más pura y sencilla como las de *Cumbre y abismo* de Fernando de la Concepción (1973). En otra línea de inspiraciones, Benito Valdés Vaccani optará por la écfrasis, tratando el cuadro de Carlos “Botong”, *Tinapan*, en este soneto de su obra *Latidos* (1966) titulado “La cita”:

Es eclosión de ritmo y donosura
 En fiel remedo del Edén perdido;
 Se siente palpitar todo el latido
 Solemne y misterioso de Natura.

Cromatismo de Flora, que perdura
 Desde la Creación, no interrumpido.
 Suprema concepción de colorido,
 Brujo pincel en plástica aventura.

El agua, iridiscente pedrería,
 Se vierte, herida, por un sol de oro,
 Aspirando a ser mar fecundo luego...

Y ella, atenta, se bebe la ambrosía,
 Que, de los labios de él, –panal sonoro,–
 Brota vibrante de pasión y ruego

(Inspirado en el cuadro de Carlos “Botong” V. Francisco, *Tinapan*)
 (Knowlton 1985, 39)

Otros autores de la época son Arturo R. Calsado, que publica *Cascada de ensueños* en 1979, Edmundo Farolán con libros como *Lluvias filipinas* (1967) o *Tercera primavera*, publicado en Bogotá en 1981, Nilda Guerrero con *Capullos* (1982), uno de los últimos poemarios filipinos del siglo XX, o el políglota y experimental Federico Espino Licsí (1939–2011). Licsí, quien ganó el premio Zóbel en 1978 y el premio Ramón de Bastera en Bilbao en 1977, ofrece en sus poemas en español una relectura de clásicos españoles de todos

los tiempos, con cierto gusto por la generación del 27, “a la luz de la identidad nacional y la experiencia personal” (Ortuño Casanova 2016, 73). Así transita por San Juan de la Cruz, Góngora, Bécquer, Manrique o Unamuno, a los que equipara a los clásicos filipinos Rizal o Balmori, por ejemplo, en el poema que incluyó en el discurso de aceptación del premio Zóbel:

Unánime oración. Mirra votiva.
 Murmullo de la sangre de Espronceda.
 Bandada becqueriana en romería.
 Romancero lorquiano del idioma.
 Fable de Rizal. Canto de Clarita.
 Clavicordio de letras de Balmori.
 Tambor de sangre. Sangre percusiva.
 Remanso azul. Castalla de liróforos.
 De la ubérrima raza filipina.
 (Castrillo de Brillantes 2000, 254)

Espino Licsí repiensa y moderniza la poesía filipina en español gracias a sus lecturas frescas de autores en tagalo, inglés y español, y condensa esta nueva visión de la poesía filipina, que conecta con la literatura española, pero que dialoga continuamente con la literatura filipina en otros idiomas en cinco poemarios: *Ave en jaula lírica* (1970a), *Caras y caretas de amor: nuevas y escogidas poesías* (1970b), *Latigazos de luz* (1974), *Tambor de sangre* (1977) y *Pararrayos* de (1980).

Teatro

La ausencia de público que comprendiera el español lastra evidentemente el teatro que, sin embargo, Edmundo Farolán persiste en escribir y representar, eso sí, fuera de Filipinas. Escribirá las obras *El sueño* y *¿Diálogo?* en Madrid en 1965 y 1966 respectivamente, la farsa *Manicomio* en 1985 y la comedia *Los burócratas* en 1995 (Farolán Romero 2011; Sampedro, Ortuño Casanova, y Nieto del Villar 2014).

Notas

- 1 Una parte de este capítulo fue base del guion del cuarto bloque del MOOC en literatura hispanofilipina creado en el marco del proyecto DigiPhiLit.
- 2 Epifanio de los Santos Avenue, una de las carreteras de Circunvalación de Metro Manila, se llama habitualmente EDSA.
- 3 El artículo de Isaac Donoso “La Edad de Plata de la literatura hispanofilipina (1946-1987)” ofrece un muy interesante panorama de la convivencia de la literatura en español con la literatura en otras lenguas en la época que nos ocupa (2020).
- 4 En 1968 había publicado Rafael Palma otra *Historia de Filipinas* en dos volúmenes e íntegramente en español (Donoso 2020, 124)

Bibliografía Parte IV

- Abad, Antonio M. 1960. *La vida secreta de Daniel Espeña*. Manila: Phoenix Press.
- . 2013. *El campeón*. Manila: Instituto Cervantes de Manila, col. Clásicos Hispanofilipinos.
- ABC. 1961. “El embajador de Filipinas en Londres habla sobre ‘El hispanismo de Rizal’”. *ABC* (Madrid), 25 de mayo de 1961, sec. Vida cultural.
- . 1962. Homenaje a Filipinas: número extraordinario. *ABC* (Madrid).
- Agrava, Leonor, y Araceli Pons García. 1955. *Leyendas filipinas*. Madrid: Imprenta Dosan.
- Aguilar, Filomeno V. 2018. “Las relaciones Iglesia-Estado en la Constitución de Malolos de 1899: Filipinización y visiones de la comunidad nacional”. En *Gobernar colonias, administrar almas: Poder colonial y órdenes religiosas en los imperios ibéricos (1808–1930)*, editado por Xavier Huetz de Lempes, Gonzalo Álvarez Chillida, y María Dolores Elizalde, 149–179. Colección de la Casa de Velázquez. Madrid: Casa de Velázquez.
- Alinea, Estanislao B. 1964. *Historia analítica de la Literatura Filipinohispana (desde 1566 hasta mediados de 1964)*. Quezon City: Imprenta Los Filipinos.
- Álvarez Tardío, Beatriz. 2009. “Estudio preliminar”. En *Cuentos de Juana*, de Adelina Gurra Monasterio, 7–39. Manila: Instituto Cervantes.
- Apóstol, Cecilio. 1950. *Pentélicas: poesías*. 2ª. Manila: Editorial Hispano-Filipina.
- Aznar, Manuel. 1942. “Dolor de hoy y gozo futuro de las islas filipinas”. *Vértice*, enero de 1942.
- Ballesteros, Manuel. et al. 1964. “Homenaje al General Aguinaldo” (grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.do?id=3263>
- Balmori, Jesús. 2010. *Los pájaros de fuego: novela filipina de la guerra*. Editado por Isaac Donoso Jiménez. Colección Clásicos Hispanofilipinos. Manila: Instituto Cervantes de Manila.
- Barcelón y Barceló-Soriano, Emeterio, y Francisco Zaragoza Carrillo. 1964. *Rimas filipinas*. Manila: Imprenta de Santo Tomas.
- Bernabé, Manuel. 1929. *Cantos del trópico poesías; con “pórtico” de Claro M. Recto*. Manila: The San Juan Press.
- . 1951. “Mi casa es tu casa”. *ABC* (Madrid), 30 de septiembre de 1951, sec. Periódicos.
- . 1957. *Perfil de Cresta / Manuel Bernabé; frontispicio por Claro M. Recto*. Manila: Imprenta Carmelo & Bauermann.
- C. A. 1940. “El teatro español en Filipinas”. *Hispanidad*, año I, n.º 8, agosto de 1940, agosto de 1940: 30–31.
- Cailles Unson, Ben. 1969. “La literatura hispanofilipina”. *Archivum*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo, Tomo 19, 275–291.
- Calvo Hernando, Manuel. 1965. *Reportaje a Filipinas*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Cantera Montenegro, Margarita. 2021. *Blas Piñar y la Hispanidad*. Fuenlabrada, Madrid: Fuerza Nueva Ediciones.
- Castiella, Fernando María. 1965. *España y Filipinas*. S.l.: s.d.
- Castrillo Brillantes, María Lourdes. 2000. *80 Años del Premio Zóbel*. Manila: Instituto Cervantes – Fundación Santiago.
- . Lourdes. 2006. *81 Years of Premio Zobel. A Legacy of Philippine Literature in Spanish*. Manila: Georgina Padilla y Zóbel – Filipina Heritage Library.

- Centenera, Virgilio. 1947. *Del primero al último héroe*. Manila: National Library of the Philippines.
- Checa Godoy, Antonio. 2015. “La prensa filipina en español entre dos guerras (1899–1941)”. *RIHC. Revista Internacional de Historia de la Comunicación* 1, n.º 4: 22–51.
- Cifra [pseud.]. 1947. “Los españoles que han sido repatriados de Filipinas”. Guadalajara, 14 de abril de 1947, 5.
- Comité del Año de Amistad Filipino-Mexicana, ed. 1965. *Filipinas y México: colección de discursos y conferencias pronunciados con ocasión de la celebración del Año de Amistad México Filipina en el cuarto centenario de la llegada de la expedición mexicana en Filipinas*. Manila: Comité del año de Amistad Filipino-Mexicana.
- D. Lava, Mir. 1940. “La última función de ‘Talía’”. *Hispanidad*, año I, n.º 2, febrero de 1940: 23.
- De Cuerva Félix, Francisco. 1957. *Los mellizos*. Manila: National Library of the Philippines.
- De la Rosa, Mariano L. 1946. *FIAME (Filipinas-América)*. Manila: s.d.
- . 1959. *La Creación*. Quezon City: Novel Publishing [U.S.T. Press].
- De Luna, Baldo. 1940. “Vocación”. *Hispanidad*, diciembre de 1940. Filipinas Heritage Library.
- Delgado, Jose M^a. 1966. *Fe y patria: discursos, conferencias y artículos*. Manila: s.d.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. 1988. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939–1953*, vol. 6. Madrid: CSIC-CSIC Press.
- Del Río, Benigno. 1950. *Siete días en el infierno: en manos de la Gestapo nipona*. Manila: Nueva Era Press.
- . 1953. *Estampas de la ocupación: fragmentos de mi diario de guerra y liberación*, vol. 1 y 2. Manila: Nueva Era Press.
- . 1954. *Yo, aprendiz a Poeta: (colección de obras más o menos poéticas)*. Manila: Nueva Era Press.
- Del Val, Manuel (pseud. Madval). 1946. *Las estrellas vencen al sol*. Manila: National Print.
- Donoso, Isaac. 2012. *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*. Madrid: Verbum.
- . 2010. “Introducción”. En *Los pájaros de fuego: novela filipina de la guerra*, Jesús Balmori, vii–lxii. Instituto Cervantes de Manila.
- . 2020. “La Edad de Plata de la literatura hispanofilipina (1946–1987)”. *Dicenda. Estudios de lengua y literatura españolas* 38 (septiembre): 119–137.
- EFE. 1954a. “Visita del ex presidente Laurel al Museo del ejército”. *ABC* (Madrid), 30 de diciembre de 1954.
- . 1954b. “Homenaje a Rizal en el círculo filipino de Madrid”. *ABC* (Madrid), 31 de diciembre de 1954.
- Escudero, María A. 1994. *El Instituto de Cultura Hispánica*. Editorial MAPFRE.
- España: Boletín Informativo. 1953. “Peña Hispano-Filipina”. *España: Boletín Informativo*, septiembre de 1953.
- Espino Licsí, Federico. 1970a. *Ave en jaula lírica / Bird in the lyric cage: poesías hispano-filipinas traducidas al inglés*. Manila: Solidaridad Filipino-Hispana.
- . 1970b. *Caras y caretas del amor versos: prólogo por Benigno del Río*. Quezon City: Bustamante Press.
- . 1974. *Latigazos de luz: poesías*. Makati (Filipinas): Fil-Hispanas.
- . 1977. *Tambor de sangre*. Brújula (Comunicación Literaria de Autores) 2. Bilbao: Comunicación Literaria de Autores.

- . 1980. *Lightning-Rods / Pararrayos*. Quezon City: Soller Press and Publishing House.
- Faber, Sebastiaan. 2005. “La hora ha llegado?: Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish/American Glory (1938–1948)”. *Ideologies of Hispanism* 30: 62.
- Farolán Romero, Edmundo. 1967. *Lluvias filipinas*. Madrid: Imprenta Murillo.
- . 1981a. *Tercera primavera*. Bogotá: Editoriales Cabrera.
- . 2009. “Rizal, el mártir (Drama histórico en dos actos)”. *Tonos. Revista electrónica de Estudios filológicos*, julio de 2009. www.um.es/tonosdigital/znum17/secciones/tintero-5-Rizal.htm
- . 2011. *Hexalogía Teatral*. Sevilla: Wanceulen.
- Fernandez, Doreen. 1996. *Palabras: Essays on Philippine Theater History*. Ateneo University Press.
- Fernandez, Erwin S. 2017. *The Diplomat-Scholar: A Biography of Leon Ma. Guerrero*. ISEAS-Yusof Ishak Institute.
- Ferraz, Enrique. 1949. “Salmos de púber a Gabriela Mistral”. *Semana: Revista Ilustrada Hispano Filipina*, vol. 2, n.º 38, 8 de septiembre de 1949.
- Fuensanta. 1970. *Tres amores y un solo amor. Poema dramático en tres actos; dramatización de la vida esplendorosa (de) Gregorio del Pilar*. Manuscrito.
- García, Bernardo P. 1963. *Poesías: Al pie del Mayón*. Manila.
- Gasquet, Axel. 2020. “Filipino Poet Jesús Balmori: Testimonials of His Mexican Journey Passing Through Japan (1932–1934)”. En *Transpacific Literary and Cultural Connections, Latin American Influence in Asia*, editado por Jie Lu y Martín Camps, 45–66. New York: Palgrave Macmillan.
- . 2022. “La modernidad agónica en los cuentos de Manuel Bernabé”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, editado por 172–201. *Foro Hispánico* 67. Leiden: Brill.
- . 2023a. “La narrativa de Benigno del Río, entre tragedia y modernidad”. En *Cuentos filipinos. Relatos y dramas breves (Manila, 1930–1941)*, editado por xv-xliv. Toulouse: Presses Universitaires du Midi.
- . 2023b. “Benigno del Río’s Testimonies on the Japanese Occupation (1941–1945)”. En *More Hispanic Than We Admit*, Vol. 4, editado por Jorge Mojarro. Quezon City: Vibal Foundation.
- Güell, Carmen. 2004. *La última de Filipinas*. Barcelona: Belacqua.
- Guerrero, Fernando María. 1952. *Crisálidas; poesías*. Manila: Philippine Education Foundation.
- Guerrero, León María. 1963a. *El sí y el no; estudios histórico-sociales*. Madrid: C. Bermejo.
- . 1963b. “Conferencia Filipinas e Iberoamérica. 05-04-1963” (grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.cmd?id=2427> .
- . 1966. “Conferencia recuerdos cariñosos de España en Filipinas” (grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.cmd?id=4316> .
- Guerrero Barranco, Nilda. 1968. *Nostalgias*. Manila: Ediciones Fil-Hispanas.
- . 1982. *Capulllos (poesías)*. Manila? s.d.
- Guerrero Zacarías, Evangelina. 1940. “Nueva primavera”. *Hispanidad*, mayo de 1940.
- . 1959. *Kaleidoscopio espiritual: colleccion de poesias*. Quezon City: Phoenix Press.

- Gurrea, Luis. 1960. "Lectura de poema de José Rizal" (grabación). *Altavoz de Cultura Hispánica*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/i18n/consulta/registro.do?control=ES-MAAEC20200011378>
- Gurrea Monasterio, Adelina. 1943. *Cuentos de Juana: (narraciones malayas de las Islas Filipinas)*. Madrid: Prensa Española.
- . 1954a. *A lo largo del camino: poesías*. Madrid: Publicaciones del Círculo Filipino.
- . 1954b. *Filipinas: auto histórico-satírico, original Estrenado el 13 de junio de 1954, en el Aula Magna de la Universidad de Valladolid, España, con motivo de la Peregrinación Filipina al Altar de la Virgen de Antipolo, en el Santuario Nacional de la Gran Promesa*. Valladolid: Imprenta Agustiniiana.
- Gurrea, Adelina. 1967. *Más senderos*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira.
- . 2016. "Soneto dedicado a Rubén Darío. Homenaje a Rubén Darío en Filipinas". Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchh8j2
- Hernández Gavira, José. 1945. *Mi bandera: poema de la victoria*. Manila: Bureau of Printing.
- Herrera Acosta, Carmen S. 1972. *La carta redentora y otros cuentos*. Manila: Herrera Acosta.
- Hoja Oficial del Lunes. 1951. "Homenaje a la poesía filipina". Hoja Oficial del Lunes, época tercera, n.º 658, 29 de octubre de 1951: 3.
- Instituto de Cultura Hispánica. 1953. *El Instituto de Cultura Hispánica al servicio de Iberoamérica*. Madrid: Imprenta de Rivadeneira.
- Joaquin, Nick. 1963. *Prose and Poems*. Manila: Alberto S. Florentino.
- Jocson, Remigio S. 1953. *Luciérnagas. Colección de poesías*. Manila: s.d.
- Jose, Ricardo T. 2001. "The Association for Service to the New Philippines (KALIBAPI) during the Japanese Occupation: Attempting to Transplant a Japanese Wartime Concept to the Philippines". *The Journal of Sophia Asian Studies* 19 (diciembre): 149–185.
- Kagahastian, Raymundo. 1950. *¿Idealismo o patriotismo? (Acontecimientos político-socio-económicos de 1896 a 1946, tomados de las Memorias de Don Sixto)*. Manila: s.d.
- Knowlton Jr., Edgar C. 1962. "Hispano-Philippine Literature, A Recent View". *Books Abroad* 36, n.º 4: 380–382.
- . Edgar C. 1965. "Latest Zóbel Prize Winners". *Books Abroad* 39, n.º 2: 166–68.
- . 1985. "Hispano-Philippine Literature in the Marcos Era". *World Literature Today* 59, n.º 1: 37–40.
- La Revolución. 1937. "Habla volando y vuela cuando habla...". *La Revolución* (Cebú), año XXVIII, n.º 30, 9 de septiembre de 1937.
- Libertad: diario nacional-sindicalista*. 1965. "Cuarto centenario de la evangelización de Filipinas", 30 de abril de 1965, sec. Nuestra ciudad.
- Lifshey, Adam. 2016. *Subversions of the American Century. Filipino Literature in Spanish and the Transpacific Transformation of the United States*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- . 2017. "Recipes for Revision: Digesting American Empire in the Philippines via Filipina Literature in Spanish". *Kritika Kultura* 29: 3–50.
- López-Calvo, Ignacio. 2020. "A Peripheral, South-South Literary Exchange: Balmori and the Reception of Latin American *Modernismo* in the Philippines". En *Transpacific Literary and Cultural Connections, Latin American Influence in Asia*, editado por Jie Lu y Martín Camps, 21–43. Cham: Palgrave Macmillan.

- Lopez Flores, Manuel. 1950. *Alcornoque y compañía*. Quiapo: Editorial Hispano-Filipina.
- Lumbera, Bienvenido. 1975. "Tagulaylay kay Federico Garcia Lorca/ Lament for Federico Garcia Lorca". En *Art and Culture of the Philippines 2: New Poems in Pilipino*, editado por Federico Licsi Espino Jr., 56–57. Manila: Bureau of National and Foreign Information, Department of Public Information.
- Macapagal Pangan, Diosdado. 1962. *El Excmo. Sr. Presidente de la República de Filipinas, doctor Diosdado Macapagal Pangan, Miembro de Honor del Instituto de Cultura Hispánica: Madrid*, 4 de julio de 1962. Madrid: Altamira.
- Mario, Emilio, y Domingo de Santoval. 1897. *Los gansos del capitolio: comedia en tres actos y en prosa*. Madrid: R. Velasco.
- Martínez Bordiu, Cristóbal. 1965. *Impresiones de Filipinas: Conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, el día 4 de mayo de 1965*. Madrid: Cultura Hispánica.
- Matthiessen, Sven. 2015. *Japanese Pan-Asianism and the Philippines from the Late Nineteenth Century to the End of World War II. Going to the Philippines Is Like Coming Home?* Leiden: Brill.
- . 2019. "Re-Orienting the Philippines: The KALIBAPI Party and the Application of Japanese Pan-Asianism, 1942–45". *Modern Asian Studies* 53 n.º 2: 560–581.
- Menéndez Pidal, Ramón, y María Goyri, eds. 1957. *Romanceros del rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio*. Madrid: Gredos.
- Mojarro, Jorge. 2018. "El estudio de la literatura hispanofilipina durante el siglo XX". *Nueva revista de filología hispánica* 66, n.º 2: 651–681.
- Molina, Antonio M. 1950. "Rizal y el amor de España". *Mundo hispánico*, junio de 1950.
- Mundo Hispánico. 1952. *Mundo hispánico* (Madrid) año V, n.º 55, octubre 1952.
- Muñoz Seca, Pedro. 1917. *El rayo: juguete cómico en tres actos y en prosa*. Madrid: Mundo Latino.
- NO-DO. 1951. "El presidente Quirino en España". Noticiarios y Documentales cinematográficos. Madrid. www.rtve.es/play/videos/documentales-b-n/presidnte-quirino-espana/2847623
- . 1962. *FILIPINAS Y ESPAÑA*. Noticiarios y Documentales cinematográficos. Madrid. www.rtve.es/play/videos/documentales-b-n/filipinas-espana/2847608/
- Ortuño Casanova, Rocío. 2014. "La Representación de España en la poesía filipina en castellano de la época de ocupación americana: idealización, exotización y diferenciación". *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 154–167.
- . 2015. "Dime a quién incluyes y te diré quién eres: antologías de literatura filipina en español en el régimen de Ferdinand Marcos". En *Literatura política y política literaria en España: del Desastre del 98 a Felipe VI*, editado por Guillermo Laín Corona et al., 65–94. Londres: Peter Lang.
- . 2016. "Espino Licsi vs. Licsi Espino: cantos a la cultura española desde Filipinas". *Bulletin of Hispanic Studies* 93, n.º 1: 63–80.
- . 2017a. "Are All Tyrannies the Same? Rebellion against Spanish Oppression as a Re-enactment of Resistance to Totalitarianism in Marcos' Philippines". En *Theatre and Dictatorship in the Luso-Hispanic World*, editado por Diego Santos Sánchez. Abingdon: Routledge.
- . 2017b. "Philippine Literature in Spanish: Canon Away from Canon". *Iberoromania: Revista Dedicada a Las Lenguas y Literaturas Iberorrománicas de Europa y América* 85: 58–77.

- . 2018a. “Los sonidos de la II Guerra Mundial en Manila: ruido y autorrepresentación en ‘Nuestros cinco últimos días bajo el yugo nipón’ de María Paz Zamora-Masculana”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 88: 291–314.
- . 2018b. “Embajadores culturales: recepción y trascendencia del viaje de Gerardo Diego a Filipinas en el archipiélago asiático”. *Revista de literatura* 80, n.º 159: 223–243.
- . 2019. “Quijote-Sancho y Ariel-Calibán: la introducción de Filipinas en la corriente hispanoamericanista por oposición al ocupador yankee”. *Unitas* 92, n.º 1: 256–287.
- . 2021. “Nostalgia del imperio: literatura filipina y franquismo”. En *Poéticas y cánones literarios bajo el Franquismo*, editado por Diego Santos y Fernando Larraz, 81–108. Berlín: Vervuert.
- . 2021a. “Nostalgia del imperio: literatura filipina y franquismo”. En *Poéticas y cánones literarios bajo el franquismo*, editado por Fernando Larraz y Diego Santos Sánchez, 81–108. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- . 2024. “Federico García Lorca in the Philippines”. En *More Hispanic Than We Admit*, Vol. 4, editado por Jorge Mojarro. Quezon City: Vibal Foundation.
- Ortuño Casanova, Rocío y Axel Gasquet. 2022. “La cultura letrada hispanofilipina y el desafío de la modernidad”. En *El desafío de la modernidad en la literatura hispanofilipina (1885–1935)*, 67:1–30. Foro Hispánico 67. Leiden: Brill.
- Pardo Sanz, Rosa María. 1999. “La política exterior del franquismo: aislamiento y alineación internacional”. En *El franquismo: visiones y balances*, editado por Francisco Sevillano Calero y Roque Moreno Fonseret, 93–117. Alicante: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Park, Paula C. 2022. *Intercolonial Intimacies Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
- Pelegrín, Ana María, y José García Nieto. 1960. “Lectura de poemas de Claro M. Recto. 09-11-1960”. (Grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.do?id=10999>
- Pemán, José María, ed. 1969. *Alforjas para la poesía española: primera antología*. Madrid: Fundación Conrado Blanco.
- Pérez de Olaguer, Antonio. 1943. *Mi segunda vuelta al mundo*. Colección Tierras y Mares. Barcelona: Juventud.
- . 1947. *El terror amarillo en Filipinas*. Barcelona: Editorial Juventud.
- . 1953. *Hospital de San Lázaro autobiografía novelesca*. Barcelona: Juventud.
- Pérez Tuells, Lorenzo. 1973. *La vuelta de Don Quijote: poesías*. Manila: UST Press.
- Piñar López, Blas. 1957. *Filipinas, país hispánico*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- . 1961a. “[Conferencia El sentimiento hispanista de los poetas filipinos]”. Altavoz de *Cultura Hispánica*. Madrid: ICH. <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/i18n/consulta/registro.do?id=10943>
- . 1961b. El sentimiento hispánico en los poetas filipinos. Zaragoza: Cátedra “Fernando el Católico”. <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.do?id=10943>
- . 2000. *Escrito para la historia*. Madrid: FN Editorial.
- Ponce, Domingo. 1966. *Cogonales: colección de cuentos, crónicas de viajes y artículos varios, algunos ya publicados y otros aún inéditos*. Manila: Nueva Era.
- Recto, Claro Mayo. 1929. *Monroísmo asiático (artículos de polémica) y otros ensayos*. Manila: Imprenta de Juan Fajardo [Edición en inglés: Claro M. Recto. 1930. *Asiatic Monroeism and others essays: Articles of debate*. Manila: General Printing Press].

- . 1963. *Bajo los cocoteros / Beneath Coconut Palms*. Traducido por Alfredo S. Veloso. Quezon City: Asvel.
- . 1946. *Three Years of Enemy Occupation. The Issue of Political Collaboration in the Philippines*. Manila: People's Publishers.
- Reyes, José G. 1936. *En aras del Ideal: mosaico literario*. Manila: San Juan Press.
- . 1947. *Terrorismo y redención. Casos concretos de atrocidades cometidas por los japoneses en Filipinas*. Manila: Cacho Hermanos.
- Reyes, Juan. 1954. *Inquietudes: poesías*. Manila: Nueva Era Press.
- Reyes, Severino. 1916. *El cablegrama fatal: intermedio histórico*. Manila: Impr. librería y papelería de I.R. Morales.
- . 1940. *Del Odio al amor: drama histórico en tres actos*. Manila.
- Reyes y Florentino, Isabelo de los. 1889. *El folk-lore Filipino*. Manila: Imp. de Sta. Cruz.
- Rizal, José. 1961. *Where Slaves There Are None. The Complete Poems of Jose Rizal in Spanish*. Traducido por Alfredo S. Veloso. Manila: Far Eastern University.
- Roa, Alfredo. 1947. *De aquella tragedia: episodios de la última guerra en Filipinas*. Manila: A.T.O.
- Rodao García, Florentino. 1997. "Spanish Language in the Philippines: 1900–1940". *Philippine Studies* 45, n.º 1: 94–107.
- . 2009. "La ocupación japonesa en Filipinas y etnicidad hispana (1941–1945)". *Gerónimo de Ustariz* 25: 9–26.
- . 2012. "El español durante la guerra civil: las revistas ideologizadas". En *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*, editado por Isaac Donoso, 459–509. Madrid: Verbum
- . 2013. *Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra civil*. Granada: Comares.
- . 2023. *From Allies to Enemies. Spain, Japan and the Axis in World War II*. Singapore: Palgrave Macmillan.
- Rómulo, Carlos P. 1962. "Conferencia España y Filipinas, de Cavite a las Naciones Unidas 11-05-1962" (grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/i18n/consulta/registro.cmd?id=2287>.
- . 1966a. *Filipinas y la cultura española*. Madrid: Cultura Hispánica.
- . 1966b. "Conferencia La Lengua española en Filipinas". (Grabación). Madrid: Instituto de Cultura Hispánica. AECID. <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/i18n/consulta/registro.cmd?id=4208>.
- Sampedro, Benita; Rocío Ortuño Casanova; y Juan Ramón Nieto del Villar. 2014. "Tríptico sobre las últimas publicaciones literarias filipinas en español". *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 273–286.
- Santos Cristóbal, Epifanio de los. 1909. *Algo de prosa*. Madrid: Imprenta de Fortanet.
- Santos de Argüelles, Belén. 1966. *Conferencia Recuerdos cariñosos de España en Filipinas*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica.
- Schumacher, John N. 2009. *Growth and Decline: Essays on Philippine Church History*. Manila: Ateneo de Manila University Press.
- Semana*. 1949. "El Dr. Blanco Soler viene a iniciar un intercambio cultural Hispano-Filipino". *Semana: Revista Ilustrada Hispano Filipina* I, n.º 9, 17 de febrero de 1949.
- Semana*. 1950a. "La magnífica y simpática reunión del Círculo Escénico". *Semana: Revista Ilustrada Hispano Filipina* 3, n.º 66, 23 de marzo de 1950.

- Semana*. 1950b. “Una nueva aurora para el idioma castellano”. *Semana: Revista Ilustrada Hispano Filipina* 4, n.º 81, 6 de julio de 1950.
- Sola, Joaquín. 1950. “Cuatro sonetos con gracejo”. *Semana: Revista Ilustrada Hispano Filipina* 4, n.º 81, 6 de julio de 1950.
- Tan, Antonio S. 1986. “The Chinese Mestizos and the Formation of the Filipino Nationality”. *Archipel* 32: 141–162.
- Tapia del Río, María Dolores. 2004. *Mis memorias de la guerra de Filipinas*. Barcelona: Parnass.
- Valdés-Lamug, Rosario. 1968. *Antorchas de La Patria*. Manila: Association of the Philippines.
- Van Gehuchten, Elien. 2019. “Editorial Hispano-Filipina (Manila, 1948–1957) [Semblanza]”. *Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX–XXI) – EDI-RED* (Online). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com/portales/editores_editoriales_iberoamericanos/obra/editorial-hispano-filipina-manila-1948-1957-semblanza-952813/
- La Vanguardia. 1953. “Otra cordial jornada hispano-filipina”. *La Vanguardia* (Manila), 1 de marzo de 1953.
- . 1958. “Manifestaciones del director del Instituto de Cultura Hispánica”. *La Vanguardia* (Manila), diciembre de 1958, Edición del jueves.
- Velayo, Ramon M. [1959]. “El autor”. En *La creación*, de Mariano L. de la Rosa.
- Veloso, Alfredo S. 1960. *Anguish, Fullness, Nirvana; a Collection of Famous Poems in Spanish Written by Filipino Writers and Corresponding Translations in English*. Manila: Asvel.
- , ed. 1962. *Return from Oblivion: Selected Poems to José Rizal*. Asvel Filipiniana Series. Manila: Asvel Publications.
- . 1963. *Poetry: Anthology of Filipino Poets*. Quezon City: Asvel.
- Veyra, Jaime C. de; Mariano Ponce; y Epifanio de los Santos. 1914. *Efemérides Filipinas*. Manila: Imprenta y Librería de I.R. Morales.
- Villaescusa Illán, Irene. 2020. *Transcultural Nationalism in Hispano-Filipino Literature*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Woods, Colleen. 2020. *Freedom Incorporated: Anticommunism and Philippine Independence in the Age of Decolonization*. Ithaca: Cornell University Press.
- Zamora Mescuñana, María Paz. 1924. *Mi óbolo: colección de cuentos filipinos*. Manila: El Debate.
- . 1960. *Cuentos cortos, 1919–1923 y recuerdos de la liberación, 1945*. Manila: s.d.
- . 1969. *Recopilación de poesías*. Manila: s.d.
- Zaragoza, Francisco. s. f. *Emocionario versos de la adolescencia (1929)*. Manila: s.d.

CODA. LITERATURA HISPANOFILIPINA CONTEMPORÁNEA

Andrea Gallo

La expresión literaria en lengua española persiste y resiste más allá de la eliminación definitiva del español de la Constitución promulgada en 1987. A pesar de su expulsión del sistema escolar, administrativo y jurídico filipino y la progresiva pérdida –por razones anagráficas– de las últimas generaciones hispanohablantes, podemos observar que, al asomarse el nuevo milenio, la producción literaria se refuerza con respecto a las décadas anteriores.

Por lo tanto, con la etiqueta “contemporáneo” me refiero aquí a la inmediata actualidad, es decir, los últimos veinte años. Propondré, a modo de manual didáctico, un panorama de la producción literaria filipina en español escrita a partir del año 2000 con alguna referencia, cuando sea necesario, a lo publicado en los noventa.¹

Hace algunos años publiqué un artículo sobre la poesía de Edmundo Farolán Romero (Gallo 2007a). En realidad, la finalidad del estudio pretendía ir más allá del simple análisis de la obra de un autor filipino de nuestros días que se “obstina” en escribir en español, y trataba de plantear la existencia de una literatura filipina contemporánea escrita en ese idioma. Utilizando como título una pregunta, “¿Literatura hispanofilipina contemporánea?”, quería señalar al público académico lo que para mí era una evidencia: la existencia de una obra, reducida pero no esporádica, escrita por más de un autor filipino en español. Como se documentó en estudios sucesivos (como Donoso y Gallo 2010), existe una pequeña galaxia de autores y autoras que para su expresión artística escogen el español en cuanto elemento precipuo de una continuidad histórico-cultural-literaria que atañe a toda la comunidad nacional.

Dicho esto, y antes de seguir con nuestro discurso, habrá que eliminar un frecuente equívoco: hoy en día no cabe duda de que el español en Filipinas es tan minoritario que ya ha dejado definitivamente de ser lengua vehicular y, a

pesar de que gozó de un estado de semioficialidad hasta 1986 y que recientes propuestas de ley hayan intentado reincorporarlo en el sistema educativo, Filipinas seguirá utilizando otros idiomas que justamente siente como propios, entre ellos el filipino y el inglés. No obstante, el español pervive como importante elemento cultural. Donoso escribió que el español en Filipinas es como el latín en Europa (2012). Sin rechazar del todo esta afirmación, también está claro que el español no se puede considerar una lengua muerta: es una lengua viva que, si por un lado reconecta al filipino con su pasado colonial, por otro le abre hacia la comunicación internacional. En este cuadro, la función de la literatura hispanofilipina –debido a la casi extinción de la comunidad hispanohablante que, hace todavía unas décadas, animaba la vida social y cultural de Manila, Iloilo, Cebú y otras ciudades del archipiélago– es expresar el alma filipina, manteniendo y transmitiendo la peculiaridad del español filipino recibido por los antepasados, sacando esta lengua de los angostos ámbitos de una minúscula comunidad, para, en cambio, conectarla con el mundo.

Si la vigencia de la tradición cultural hispanofilipina hasta el presente ha sido señalada por la persistencia, si bien intermitente, de prestigiosas instituciones como la Academia Filipina de la Lengua Española y el Premio Zóbel (lamentablemente durmiente desde el año 2000), hoy en día surgen también iniciativas que demuestran la vitalidad de la cultura hispanofilipina. El español se enseña, a nivel básico, en algunas universidades y centros de enseñanza tanto de la capital como de provincias; profesores filipinos y extranjeros estudian y publican ensayos sobre su literatura en español y sobre aspectos de la cultura filipina relacionados con la herencia hispánica; las actividades de la AECID y el Instituto Cervantes intentan dar a conocer la herencia hispánica de Filipinas; van surgiendo emisoras de radio y revistas, algunas de vida efímera y otras de consolidada experiencia y de indiscutible valor, así como grupos y páginas de Facebook que difunden el valor del español como lengua filipina y acogen y fomentan las producciones crítica y literaria.

Desde 1997 existe el periódico digital *Revista Filipina*. Fundado por Edmundo Farolán Romero, desde 2017 es dirigido y coordinado por Edwin Agustín Lozada e Isaac Donoso (subdirector). Se trata de una revista de lengua y literatura hispanofilipina que actualmente publica un volumen anual en dos números semestrales con ensayos, artículos y notas, reseñas y comentarios bibliográficos y biblioteca. Dedicó espacio a la actualidad del filipinismo mundial, a la bibliofilia filipina y a la lengua chabacana y atiende cuatro objetivos principales: es foro de reflexión y expresión filipino en lengua española; ofrece estudios académicos de filipinismo, con especial atención a la lengua española en Filipinas y la literatura hispanofilipina; es revista de bibliografía filipina y repositorio histórico y actual de literatura y crítica filipinas. Desde 2019, *Revista Filipina* publica los *Cuadernos Palmianos* donde se recogen los trabajos más significativos presentados al certamen literario Rafael Palma, del que se hablará detenidamente más adelante. Finalmente,

cabe señalar que la revista fomenta, patrocina o colabora con varios proyectos literario-culturales, como el Proyecto Libro, cuyo fin es la publicación de obras de creación literaria filipina en español, el ya mencionado Premio Palma, el Premio Rizal o el Premio Abad.

Otra revista surgida en tiempos muy recientes que merece una mención es *La Jornada Filipina*. Se trata de una publicación periódica en línea con doble versión: en español y en inglés. La revista se define como “una revista de noticias hispanas que cubre Filipinas” y cuya misión es:

explorar cómo el pasado colonial español sigue influyendo en el presente y hacer que el patrimonio sea más representativo de la historia, saliendo de las perspectivas eurocéntricas. El objetivo de la revista es elevar las voces de aquellos que han sido marginados y cuyas historias nunca han sido contadas a través de noticias y comentarios justos y equilibrados. (La Jornada Filipina 2023)

Junto a las revistas, como se ha mencionado, están surgiendo otras iniciativas de promoción cultural y literaria que, asentadas en Filipinas, pueden convertirse en nuevas instituciones que promuevan la lengua y las letras, si sobreviven. Es este el caso de los nuevos premios literarios: el José Rizal de las Letras Filipinas, el Rafael Palma y el Antonio M. Abad.

El Premio José Rizal de las Letras Filipinas fue instituido en 2015 y es sostenido, a través de la Biblioteca Humanismo-Europa, por el Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, con la colaboración del Grupo de Investigación Humanismo-Europa de la Universidad de Alicante y *Revista Filipina*. Se otorga anualmente a una obra editada en el año correspondiente. Hasta la fecha se ha premiado a Guillermo Gómez Rivera (2015), por su novela *Quis ut Deus*; a Luis Eduardo Aute (2016) por *El sexTo animal*; a Edmundo Farolán Romero (2017) por su novela *El diario de Frankie Aguinaldo*; a Virgilio Almario (2018) por la antología bilingüe tagalo/español *Sa oras ng tindera't kriminal*; a Macario Ofilada Mina (2019) por la colección de los tres poemarios *Salmos heridos*, *Algunos pecados de juventud* y *Gymnopédies astrales*; a Gilbert Luis R. Centina III (2020) por el poemario *Recovecos / Crevices*; a Edwin Agustín Lozada (2021) por su poemario *Recuerdos*; a Daisy López (2022) por su poemario *Momentos e instantes* y finalmente a Elizabeth Medina (2023) por su poemario *Torbellinos en lo claroscuro*. El juicio del tribunal siempre especifica que el premio se concede “por el conjunto de su obra literaria y artística, con motivo de la publicación del volumen...” señalando, *de facto*, que el Premio Rizal se configura como un premio a la trayectoria literaria de un determinado artista.

El Premio Rafael Palma fue instituido en 2019 y es promovido por el Colegio de Artes y Letras (CAL) de la Universidad de Filipinas, Diliman y por *Revista Filipina*. Promueve y fomenta la creación literaria en español entre los

jóvenes filipinos, así como el interés hacia las letras hispanofilipinas. Se otorga anualmente en UP Diliman a tres estudiantes por una obra corta (poema, cuento o ensayo) inédita y original (tabla 1).

El Premio Antonio M. Abad se instituyó en 2020 por la Universidad de Extremo Oriente–Far Eastern University (FEU)– de Manila y la Editorial Hispano Árabe de Barcelona, la misma que lleva la Colección Oriente. Es un concurso literario para escritores y escritoras de nacionalidad y cultura filipina, residentes en cualquier parte del mundo que premia una obra inédita con su publicación. La primera edición, en 2020, premió la colección de relatos *Vetusta rúa. De dalagas, frailes e ilustrados* de Guillermo Gómez Rivera. La segunda edición galardonó el poemario *Anámnesis y otras anáforas de la memoria* de Macario Ofilada Mina. El jurado concedió el premio con la siguiente justificación: “Por la innovación poética, recursos artísticos y profundidad temática de un texto ciertamente rico y complejo, obra de un gran valor literario que refuerza algunos elementos estéticos, como el neobarroquismo y la intuición intimista, dentro del panorama actual de las letras filipinas”. En 2022 se abrió el certamen a una segunda categoría: la lengua chabacana en todas sus variantes reconocidas (caviteño, cotabateño, davaoëño, ermitaño, ternateño y zamboanguëño): ganó el certamen en esta nueva sección el poemario *Hermoso palabra* de Daisy López, escrito en la variante ermitaña y con traducción castellana a cargo de la misma autora; la novela breve *La Girondelle* de Elizabeth Medina fue premiada en la sección de lengua castellana. En 2023 se premiaron el poemario *Soy* de Marra

TABLA 1 Ganadores del premio Rafael Palma

<i>Año</i>	<i>1.º clasificado</i>	<i>2.º clasificado</i>	<i>3.º clasificado</i>
2019	<i>23 de febrero de 1945</i> (cuento), de Vincent del Castillo	<i>Máquina del tiempo de Marco</i> (cuento), de Diane Amor T. García	<i>Memorias y solicitudes</i> (poema), de Sheen Don Derrick Lampaya y Costa
2020	<i>Neblina</i> (poema), de Sheen Don Derrick C. Lampaya	<i>Peligro inminente</i> (poema), de Joshua J. Cabal Sim	<i>Existencia esperanzadora</i> (poema), de Keziah Gwen C. Dulay
2021	<i>Ala</i> (cuento), de Francisco del Rosario III	<i>La máscara</i> (poema), de Joshua J. Cabal Sim	<i>Un juego de tronos: la lluvia del terror</i> (cuento), de Clarisse R. Patricio
2022	<i>El indio</i> (poema), de Joshua J. Cabal Sim	<i>Mano a Manu</i> (cuento), de Joshua J. Cabal Sim	<i>El hechizado</i> (poema), de Iván A. Buenaventura
2023	<i>Adiós (No te alejes)</i> (cuento), de Shella Laine V. Ocampo	<i>Oscuro</i> (cuento), de John Patrick Meneses Castillo	<i>La encrucijada</i> (poema), de Iván A. Buenaventura

PL. Lanot para la categoría lengua española y el poemario *Un voz caviteño* de Arnel Barrera Beruete en la sección de lengua chabacana, variante caviteña.

Si las revistas y los premios se configuran como la sede o el motor que impulsa la creación y la difusión de nuevas obras, es verdad también que, en los últimos veinte años, y a menudo de forma independiente, se han ido multiplicando publicaciones literarias en español tanto autónomas como dentro de un plan editorial más orgánico. Se trata de trabajos distintos entre sí: contamos con relatos, ensayos, memorias, teatro, textos periodísticos, alguna que otra novela, pero sobre todo poesía. Esta producción se edita tanto en Filipinas como, con cierta frecuencia, también fuera del país, esencialmente en España y los Estados Unidos.

A este respecto he de mencionar la Colección Oriente dedicada a autores filipinos contemporáneos en español: fundada en Sevilla en 2009, esta experiencia ha sido retomada y llevada adelante por el sello editorial barcelonés Editorial Hispano Árabe del abogado y escritor Jordi Verdaguer Vila-Sivill. Desde su nacimiento, la colección estuvo bajo la dirección del autor de este ensayo, quien la concibió al ver cómo agonizaba la producción contemporánea. Hace unos veinte años, las letras hispanofilipinas sufrían, no ya por falta de manuscritos o aspirantes escritores, sino por el descuido total que les reservaban las instituciones dedicadas a la protección y promoción de la lengua española. La Colección Oriente, concluida en 2023, ha querido dar voz a quienes, tanto dentro Filipinas como en la diáspora, siguen cultivando hoy en día las letras hispánicas. “Oriente”, que ha dado el nombre a la colección, no designaba el tópico eurocéntrico que connota un exótico mundo lejano y desconocido al borde de lo fantástico, sino que se configuraba, en cambio, como uno de los términos que han definido la adquisición de una identidad propia por parte de quienes, debido a su especificidad insular, se sentían parte a la vez del amplio universo cultural hispano. Las portadas de los volúmenes se han ilustrado siempre con obras de artistas filipinos. Con el objeto de ir creando un corpus crítico, cada autor es presentado por el prólogo de un reconocido escritor de lengua española miembro de alguna academia correspondiente e introducido por un análisis crítico-literario de un filipinista. En la Colección Oriente se han publicado nueve poemarios, una novela y una colección teatral. Los autores representados son, en orden de publicación, Daisy López, Guillermo Gómez Rivera, Edmundo Farolán Romero, Macario Ofilada Mina, Edwin Agustín Lozada y Wystan de la Peña. Algunos de ellos aparecen con más de un título.²

Fuera de dicha colección también se ha dado y sigue existiendo una producción literaria significativa y relativamente abundante que suele editarse en parte en versión bilingüe español/inglés, en donde la versión castellana casi siempre representa el texto original, mientras que la traducción al inglés tiene como objetivo el hacerse comprensible a todo el público nacional: la exigencia artística de componer en español contrasta con el deseo de comunicarse con todo filipino, lo cual demuestra que estos autores, aunque elijan el español,

no se dirigen primariamente al público hispanohablante, sino, ante todo, a sus compatriotas.

Los escritores actualmente activos se podrían dividir en dos grupos: los que viven en Filipinas y los que, por distintas razones, emigraron al extranjero. Entre los que viven en Filipinas habrá que mencionar a Guillermo Gómez Rivera, Macario Ofilada Mina, Daisy López, Wistan de la Peña, Marra PL. Lanot y Rocky Cabral Cabañes. Todos ellos escriben esencialmente poesía, pero con importantes incursiones en el cuento (Gómez Rivera), la novela (Gómez Rivera y Ofilada Mina, de quien es significativa su novela *Abad de Dios* publicada en 2017) y la traducción literaria. Otros, como Noel Guivanni Ramiscal, autor de *Noelses* (2005), un poemario en cuatro idiomas, Jervi Gabriel López, autor de sonetos y églogas a la manera antigua (no solo en español, sino también en latín) o el joven Joshua J. Cabal Sim o han publicado esporádicamente o están al principio de una carrera que les deseamos prometedoras. Entre los ensayistas se recuerda a Fernando Zialcita, a Lourdes Castrillo de Brillantes, autora del imprescindible *80 años del Premio Zóbel* (2000) y traductora de *Un retrato del artista como filipino* (2000) de Nick Joaquin, a Emmanuel Luis Romanillos, Erwin Thaddeus Bautista y Salvador Malig. Este último, junto con Mario Aguado, Ramón Guevara y Biel, Emmanuelle Perlas A. Andaya, Amador Rey A. Bellocillo y otros ya mencionados, está incluido en la antología poética *Lo último de Filipinas* (2001) a cargo del español Jaime B. Rosa. Traductor de textos literarios y autor de poemas es Marlon James Sales. Un último ensayista asentado en Filipinas, pero “viajero” por su cargo diplomático es Virgilio Reyes Alcántara, quien, en 2000, publicó en Chile el volumen *La Revolución Filipina, 1896–1898. El nacimiento de una idea* sobre la historia filipina.

Entre los que residen fuera de Filipinas, destacan Edmundo Farolán Romero, fundador de *Revista Filipina* y autor de una novela, varios cuentos, muchos ensayos y un sinnúmero de poesías; Edwin Agustín Lozada, autor de los poemarios *Sueños anónimos* (2001), *Bosquejos* (2002), *Recuerdos* (2021), director de la editorial Carayan Press, director de *Revista Filipina* y presidente de la PAWA, la Asociación Filipino-Americana de Escritores y Artistas; Benigno Bueno, que ha escrito la novela *Ang Kastila* (2013); Elizabeth Medina, cuya autoetnobiografía *Sampaguitas en la cordillera* (2006) es imprescindible; María Dolores Tapia del Río, autora de la autobiografía *Mis memorias de la guerra de Filipinas* (2006), Paulina Constanza, pintora y escritora, y finalmente Ricardo de Sotto, que ha publicado sus cuentos en *Revista Filipina*.

Una mención especial es debida a cuatro autores contemporáneos fallecidos recientemente. Dos poetas que siempre han vivido en Filipinas son Hilario Zialcita Legarda, miembro de la Academia Filipina, el cual ha sido autor de poesía en español en parte publicada en el volumen *La Nao de Manila y demás poesía* (2004); y el recién fallecido Agustín T. Misola, prolífico poeta ilongo que ha cultivado versos en hiligaynon, inglés y español, idioma en el que ha publicado unos veinte poemarios. Filipina de adopción y “de corazón” ha sido

Esperanza Lázaro Baxter. Española asentada en Manila y, luego, residente en San Francisco, recibió el premio Zóbel en 1957 por su actividad cultural y literaria entrañablemente relacionada con Filipinas; Lázaro Baxter editó en tiempos recientes en California una pequeña parte de su obra poética (que sigue en su mayoría manuscrita) en dos publicaciones distintas: *Romancero sentimental* y *Homenajes*. Tampoco podemos olvidar al también recién fallecido Gilbert Luis R. Centina III. Padre recoleto que ha recorrido el mundo, además de a su ministerio dedicó tiempo y energías a la escritura tanto en inglés como en español, ganando varios premios literarios, como el Premio Palanca (en 1974 en la sección de poesía en inglés), el Catholic Authors Award (1996) y, póstumamente, el VI Premio José Rizal de las Letras Filipinas 2020. Su hermano, Pierce R. Centina, desarrolla una importante labor editorial a favor de la producción hispanofilipina. A estas cuatro plumas filipinas, aunque fallecido hace más de veinte años (2000), creo que es debido incorporar la figura monumental de Antonio M. Molina, autor, entre otros textos, de *Historia de Filipinas* (1984, 2 vols.) y su biografía de Rizal *Yo José Rizal* (1998).

El breve recorrido propuesto señala que, hoy en día, no solamente existe un corpus considerable de literatura filipina escrita en español –corpus que cada día aumenta y se renueva– sino que también atestigua la presencia de una sensibilidad difundida en la comunidad filipina, nacional y en la diáspora, que considera el español como lengua propia de la expresión artística nacional.

Notas

- 1 Evito, por tanto, notas bibliográficas y disquisiciones críticas que no interesan a un público de estudiantes o de neófitos.
- 2 Los libros publicados son: *En la línea del horizonte* de Daisy López, *Con címbalos de caña*, *La Nueva Babilonia*, *Anntipoemario íntimo* y *Antipoemario político* de Guillermo Gómez Rivera, *Hexalogía teatral* de Edmundo Farolán Romero, *Adand de Dios*, *Salmos heridos*, *Algunos decado de juventud* y *Gymonpedies astrales* de Macario Ofilada Mina, *Recuerdos* de Edwin Agustín Lozada, *Líneas copiadas del cuaderno de un poeta muerto joven* de Wytan de la Peña.

Bibliografía primaria y secundaria del periodo

- Almarío, Virgilio S. 2018. *Sa oras ng tindera't kriminal / En tiempos de la vendedora y del criminal*. Traducción de Salvador Malig. Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización.
- Álvarez Tardío, Beatriz. 2018. “La literatura infantil de Virgilio S. Almarío: Isang mayang uhaw. Paano siya makaiiom ng tubig sa baso?”. *Revista Filipina* 5: n.º 2, 11–12. <https://revista.carayanpress.com/page16/page135/page44/literaturainfantil.html>
- . 2021. “La recreación de la vida a través del arte: el recuerdo de la felicidad”. En *Recuerdos*, de Edwin Agustín Lozada, 13–19. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.

- Aute, Luis Eduardo. 2016. *El sexTo animal: poemigas y otras iconografías*. Madrid: Espasa.
- Bolekía Boleká, Justo. 2016. "Prólogo". En *Abad de Dios*, de Macario Ofilada Mina, 7–9. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Bueno, Benigno. 2013. *Ang Kastila*. El Ejido: Círculo Rojo.
- Cabal, Joshua John S. 2021. Últimos días en cuarentena. *Revista Filipina* 8: n.º 2, s.p. <https://revista.carayanpress.com/page16/page288/page283/cuarentena.html>
- Centina, Gilbert Luis R. III. 2017. *Díptych / Díptico*. Nueva York: Centiramo.
- . 2019a. *Madre España and Illustrated Love Poems*. Nueva York: Centiramo.
- . 2019b. *Plus Ultra y otros poemas / Plus Ultra and Other Poems*. Nueva York: Centiramo.
- . 2020. *Recovecos/ Crevices*. Nueva York: Centiramo.
- Constancia, Paulina. 2003. *Brazos abiertos/ Open Arms*. New Westminster, Vancouver: World Poetry Publishing.
- De la Concepción, Fernando. 1973. *Cumbre y abismo: Poésías*. Manila: Lawin Publishing House.
- De la Peña, Wytan. 2021. *Líneas copiadas del cuaderno de un poeta muerto joven*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Domínguez Hernández, Franklin. 2016. "El teatro de Edmundo Farolán Romero: innovador, desconcertante, atrevido". En *Hexalogía teatral*, de Edmundo Farolán Romero. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Donoso, Isaac, ed. 2008. *More Hispanic than We Admit: Insights into Philippine Cultural History*. Quezon City: Vibal Foundation Inc.
- . 2009a. "Dramatización de *Generalísimo Emilio Aguinaldo*, obra de Edmundo Farolán". *Tonos Digital* 17: s.p. <https://www.um.es/tonosdigital/znum17/secciones/tintero-4-AGUINALDO.htm>
- . 2009b. "Palali: En tu nombre mi solaz". En *Cuentos Hispanofilipinos*, de Edmundo Farolán Romero y Paulina Constancia, 8–11. Quezon City: Central Books.
- . 2009c. "Poesía hispanofilipina actual". *Serta: Revistaiberorrománica de poesía y pensamiento poético* 10: 145–184.
- . 2009d. "Voces del cosmos filipino: Canciones populares y de arte filipinas". *El collar de sampaguitas*, de Guillermo Gómez Rivera. Manila: NCCA & Vibal Foundation.
- Donoso Isaac y Andrea Gallo. 2010. *La literatura hispanofilipina actual*. Madrid: Verbum.
- . 2010a. "La formación de la historiografía literaria filipina". *Perro Berde. Revista hispano-filipina* 1: 107–111.
- . 2010b. "La actualidad hispánica en el estudio de las lenguas filipinas: El chabacano en la región de Cavite". *Analecta Malacitana. Revista de la sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras* 33, n.º 1: 195–205.
- , ed. 2011. "Poesía y prosa. Alumnos de *The Philippine Normal University*, con preámbulo de Isaac Donoso". *Yo te diré...* 2: 40–93.
- . 2011a. "Quijote asiático con címbalos de caña". *Con címbalos de caña*, de Guillermo Gómez Rivera, 11–18. Sevilla: Moreno Mejías-Wanceulen.
- . 2011b. "Nueva Era: Último hebdomad ario de la prensa filipina en español". *Revista Filipina* XV, n.º 3: s.p. <https://revista.carayanpress.com/nuevaeradoso.html>
- , ed. 2012. *Historia cultural de la lengua española en Filipinas*. Madrid: Verbum.
- . 2012a. "Crónicas de la heterodoxia. Medios de expresión filipinos en lengua española". *Perro Berde. Revista hispano-filipina* 2: 67–69.

- . 2012b. “Intracomparatismo literario: El paradigma filipino”. En *Metodologías comparatistas y Literatura comparada*, editado por Pedro Aullón de Haro, 527–533. Madrid: Dykinson.
- . 2013. “Filipinas vis-à-vis Hispanidad”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Lingüística* 19: 7–8.
- . y Conrado M. Lancion Jr. 2013. “The Use of Spanish Language in the Philippine Current Diplomacy”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Lingüística* 13: 193–201.
- . 2014. “Ensayo historiográfico de las letras en Filipinas”. *Transmodernity. Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1: 8–23.
- . 2015. “Historiografía comparatista de las Letras Filipinas”. En *Historiografía y teoría de la historia del pensamiento, la literatura y el arte*, editado por Pedro Aullón de Haro, 689–706. Madrid: Dykinson.
- . 2016a. “Guillermo Gómez Rivera en el contexto de la literatura filipina actual”. *Revista Filipina* 3, n.º 1: 41–52.
- . 2016b. “Lo Quimérico: notas de estética gomezriveriana”. *Revista Filipina* 3, n.º 1: 65–92.
- . 2016c. “Guillermo Gómez Rivera. *Obra dispersa*”. *Revista Filipina* 3, n.º 1: 96–322.
- . 2016d. “Luis Eduardo Aute y Filipinas”. *Revista Filipina* 3, n.º 2: 15–43.
- . 2017a. “La relatividad de lo Clásico en la literatura: los casos árabe y filipino”. En *La idea de lo Clásico*, editado por Pedro Aullón de Haro y Emilio Crespo, 237–250. Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización y Fundación Pastor de Estudios Clásicos.
- . 2017b. “La novela filipinista: Filipinas en la novela española actual”. *Revista Filipina* 4, n.º 1: 65–71. <https://revista.carayanpress.com/page16/styled-6/pagee84/index.html>
- . 2017c. “Edmundo Farolán y la literatura neofilipina”. *Revista Filipina* 4, n.º 2: 9–13. <https://revista.carayanpress.com/page16/styled-7/page92/index.html>
- . 2018a. “La literatura neofilipina y los dilemas de una nación archipelágica”. *Perro Berde. Revista hispano-filipina* 6: 107–111.
- . 2018b. “Introducción a la lexicología hispanofilipina y al filipinismo léxico”. *Revista Filipina* 5, n.º 1.
- . 2018c. “El proyecto bibliográfico filipino de Virgilio Almario”. *Revista Filipina* 5, n.º 2: 26–44.
- . 2019. “Las literaturas de Filipinas y la historia crítica”. *Revista Filipina* 6, n.º 1: 10–26. <https://revista.carayanpress.com/page16/page153/page137/literaturasfilipinas.html>
- . 2020a. *Spanish in Modern Philippines. Essays in Recovering the Classical Language of the Philippines*. Beau Bassin: Lambert.
- . 2020c. “The *Ilustrado*’s Orphan: Generational Misrecognition and the Filipino Self”. *Humanities Diliman* 17, n.º 2: 1–40.
- . 2020d. “Los últimos tres poemarios de Gilbert Luis R. Centina III”. *Revista Filipina* 7, n.º 1: 68–78.
- . 2021. “Gómez Rivera: epidemia alegórica y colonialismo en ‘Quis ut Deus’”. En *Pandemia y cultura*, coordinado por Daniel-Henri Pageaux, 279–284. Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización.

- . 2023. “La novela hispanofilipina en el siglo XXI”. En Rafael Rodríguez Ponga y Miguel Ángel Barbero (eds) *Quinientos años de un océano llamado Pacífico*. Madrid: Dykinson. 261–290.
- Farolán Romero, Edmundo. 1979. *Gramática y Práctica*. Manila: Nuevo Horizonte.
- . 1980. *Literatura filipino-hispana: una breve antología*. Manila: Versman.
- . 1981a. *Tercera primavera*. Bogotá: Editoriales Cabrera.
- . 1981b. *Español para universitarios filipinos*. Manila: Nuevo Horizonte.
- . 1983. *Antología del Teatro Hispano-filipino*. Manila: Universidad de Filipinas.
- . 1997. *Nostálgica*. Manila: Nuevo Horizonte.
- . 2006. *Itinerancias*. San Francisco, CA: Carayan Press.
- . 2009. “Rizal, el mártir (Drama histórico en dos actos)”. *Tonos. Revista electrónica de Estudios filológicos*, julio de 2009. www.um.es/tonosdigital/znum17/secciones/tintero-5-Rizal.htm
- . y Paulina Constanca. 2009. *Cuentos Hispanofilipinos*. Quezon City: Central Book.
- . 2011. *Hexalogía Teatral*. Sevilla: Wanceulen.
- . 2016. *El diario de Frankie Aguinaldo*. San Francisco, CA.: Carayan Press.
- . 2017. “Una muerte en Tianjín”. *Revista Filipina* 4, n.º 2: 36–44. <https://revista.carayanpress.com/styled-7/page100/index.html>
- Galilea, Segundo. 1994. *Ascent to Freedom*. Traducción de Wystan de la Peña. Quezon City: Claretian Publications.
- Gallo, Andrea. 2003. “Reseña: Sueños anónimos de Edwin Agustín Lozada”. *Rassegna Iberistica* 8: 125–127. <https://phaidra.cab.unipd.it/api/object/o:458764/diss/Content/get>
- . 2006. “Reseña: Sampaguitas en la cordillera de Elizabeth Medina”. *Tonos Digital* 12: s.p. <https://www.um.es/tonosdigital/znum12/secciones/Rese%F1as%20C-SAMPAGUITAS.htm>
- . 2007a. “¿Literatura Hispano-Filipina Contemporánea? Un ejemplo en la poesía de Edmundo Farolán Romero”. *Humanities Diliman* 4, n.º 1: 150–174.
- . 2007b. “La herencia hispánica en dos autoras filipinas del siglo XX: Adelina Gurrea Monasterio y Elizabeth Medina”. En *Escritoras y Pensadoras Europeas*, editado por Mercedes Arriaga Flórez et al., 297–320. Sevilla: ArCiBel.
- . 2007c. “Un poeta hispanofilipino contemporáneo: Edmundo Farolán Romero”. *Cuadernos Internacionales de Estudios Humanísticos y Literatura (CIEHL)* 7: 85–112.
- . 2007d. “Arte visual y poesía: ‘Brazos abiertos’ de Paulina Constanca”. *Revista Filipina* 10, n.º 3: s.p. <https://revista.carayanpress.com/constancia.html>
- . 2007e. “Una voz hispana de Filipinas: Edwin Agustín Lozada”. *Tonos Digital* 13: s.p. https://www.um.es/tonosdigital/znum13/secciones/estudios_K_lozada.htm
- . 2007f. “Entrevista a la escritora hispanofilipina Elizabeth Medina”. *Destiempos* 8: s.p.
- . 2007g. “Conversación con Elizabeth Medina”. *Revista Filipina* 11, n.º 1. <https://revista.carayanpress.com/libromedina.html>
- . 2007h. “Nota a Sampaguitas en la cordillera de Elizabeth Medina”. *Rassegna Iberistica* 86: 75–78. <https://phaidra.cab.unipd.it/api/object/o:458775/diss/Content/get>
- . 2007i. “Entrevista al académico filipino Don Guillermo Gómez Rivera”. *Destiempos* 11: s.p. <https://www.um.es/tonosdigital/znum16/secciones/entrevistas-1-Entrevista%20a%20Guillermo%20Gomez%20Rivera.htm>

- . 2008a. “Memorias de la guerra de Filipinas en los recuerdos de María Dolores Tapia del Río”. *Revista Filipina* 11, n.º 3: s.p. <https://revista.carayanpress.com/memorias.html>
- . 2008b. “Reseña: Mis memorias de la guerra de Filipinas de María Dolores Tapia del Río”. *Tonos Digital* 14: s.p. <https://www.um.es/tonosdigital/znum14/secciones/resena-5-filipinas.htm>
- . 2008c. “Reseña: *Chabacano Studies. Essays on Cavite’s Chabacano language and literature* de Emmanuel Luis A. Romanillos”. *Revista Filipina* 12, n.º 1: s.p. <https://revista.carayanpress.com/romanillos.html>
- . 2008d. “Contemporary Hispanophilippine Literature”. En *More Hispanic than We Admit: Insights into Philippine Cultural History*, editado por Isaac Donoso, 363–381. Manila: Vibal.
- . 2008e. “El premio Zóbel: dos publicaciones de Lourdes Brillantes”. *Revista Filipina* 12, n.º 2: s.p. <https://revista.carayanpress.com/brillantes.html>
- . 2008f. “Reseña: Itinerancias/comings and goings de Edmundo Farolán Romero”. *Tonos Digital* 12: 113–115. <https://www.um.es/tonosdigital/znum12/secciones/Rese%F1as%20D-ITINERANCIAS.htm>
- . 2008g. “La inspiración religiosa en la poesía de Adelina Gurrea Monasterio”. *Annali di Ca’Foscari. Sezione occidentale* 47, n.º 1: 27–42.
- . 2008h. “Entrevista con el escritor filipino Don Edmundo Farolán Romero”. *Destiempos* 13: s.p.
- . 2008i. “Entrevista con el escritor puertorriqueño José E. Santos”. *Destiempos* 14: s.p.
- . 2008j. “¿Existe una literatura hispanofilipina contemporánea?”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Literatura* 19: 167–186.
- . 2008k. “Entrevista a la poetisa filipina Marra Lanot”. *Destiempos* 16.
- . 2008l. “La pérdida del español para el filipino ha comportado el desarraigo de su propia cultura. Entrevista a Guillermo Gómez Rivera de la Academia Filipina”. *Letralia. Tierra de letras* 195, 15 Septiembre 2008.
- . 2008m. “Dos poemas de Marra Lanot y una breve entrevista”. *Revista Filipina* 12, n.º 3: s.p. <https://revista.carayanpress.com/mlanot.html>
- . 2008n. “Recuerdos de Filipinas. Entrevista a Brooke Cadwallader de la AEEP”. *Destiempos* 17: s.p.
- . 2009a. “Recuerdos de Filipinas. Entrevista a Brooke Cadwallader”. *Revista Filipina* 12, n.º 4: s.p. <https://revista.carayanpress.com/recuerdosbrooke.html>
- . 2009b. “Introducción: Anécdotas visayas”. En *Cuentos Hispanifilipinos*, editado por Edmundo Farolán y Paulina Constancia. Quezon City: Central Books.
- . 2009c. “Entrevista a la artista filipina Paulina Constancia”. *Destiempos* 20: s.p.
- . 2009d. “Entrevista al académico y escritor filipino Macario Ofilada y Mina”. *Destiempos* 21: s.p.
- . 2009e. “Noelses, un poemario plurilingüe de Noel Guivani Ramiscal”. *Revista Filipina* 13, n.º 3: s.p. <https://revista.carayanpress.com/noelses.html>
- . 2010. “Nota a unos cuentos de Paulina Constancia”. *Revista Filipina* 13, n.º 4: s.p. <https://revista.carayanpress.com/pconstancianotas.html>
- . 2012. “Voces hispanas de la Filipinas de hoy”. *Perro Berde: Revista Cultural Hispano-Filipina* 3: 51–57.
- , ed. 2014. “Special Issue. Philippines”. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 4, n.º 1.
- . 2018a. “Entrevista con Fernando Zialcita”. *Revista Filipina* 5, n.º 1.

- . 2018b. “¿Pilipinas o Filipinas?: nota sobre el nombre del país según Virgilio Almarino”. *Revista Filipina* 5, n.º 2.
- . 2018c. “Reseña: *Dyptich/Díptico* de Gilbert Luis R. Centina III”. *Revista Filipina* 5, n.º 1.
- . 2019. “Entrevista con el padre Sebastiano d’Ambra”. *Revista Filipina* 6, n.º 1.
- Gil de Biedma, Jaime. 2016. *Jaime Gil de Biedma in the Philippines: prose and poetry: the persons of the verb/ Jaime Gil de Biedma en Filipinas: prosa y poesía: las personas del verbo* (título original: *Retrato del poeta en 1956*). Traducción de Wystan de la Peña y Alice M. Sun-Cua. Quezon City: Vibal Foundation.
- Gómez Rivera, Guillermo. 1973. *La literatura filipina y su relación al nacionalismo filipino*. Manila: s.d.
- . 1975. *El Caserón*. Manila: Nueva Era Press.
- . 1984. *El conflicto de las islas Malvinas*. Manila: s.d.
- . 2011. *Con címbalos de caña*. Sevilla: Moreno Mejías.
- . 2015. *Quis ut Deus o El teniente Guimo, el brujo revolucionario de Yloilo*. Manila: s.d.
- . 2018. *La Nueva Babilonia*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- . 2020. *Vetusta rúa. De dalagas, frailes e ilustrados*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- . 2021. *Flor que del oro bárbaro deriva*. Nueva York, Centiramo.
- Guerrero Barranco, Nilda. 1984. *El gato negro*. Manila: Universidad de Santo Tomás.
- Gurrea, Adelina. 1967. *Más senderos*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira.
- . 1968. *En agraz (poesías)*. Madrid: s.n.
- Hernández, Natalio. 2018. “El poeta que clama justicia”. En *La nueva Babilonia*, de Guillermo Gómez Rivera, 7–14. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Herra, Rafael Ángel. “El poeta filipino se reinventa a sí mismo en español”. En *Líneas copiadas del cuaderno de un poeta muerto joven*, de Wystan de la Peña, 7–9. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Joaquin, Nick. 2000. *Un retrato del artista como filipino: una elegía en tres escenas*. Traducción de Maria Lourdes Castrillo de Brillantes. Quezon City: Universidad de Facultad de Artes y Letras, Departamento de Lenguas Europeas.
- La Jornada Filipina. 2023. “Acerca de” (Web). <https://lajornadafilipina.com/es/acerca-de/>
- Lanot, Marra PL. 2000. *Witch’s Dance*. Manila: Anvil.
- . 2008. *Riding the Full Moon and other poems in English and Spanish*. Manila: Anvil.
- . 2017. *Cadena de amor New and Selected Poems in English, Filipino, and Spanish*. Quezon City: University of the Philippines Press.
- Lanzas, Irma. 2016. “Itinerario íntimo”. En *En la línea del horizonte*, de Daisy Lopez, 11–12. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Lázaro Baxter, Esperanza. 2010a. *Romancero sentimental*. Petaluma: Wordrunner Press.
- . 2010b. *Homenajes*. Petaluma: Word runner Press.
- López, Daisy. 2016. *En la línea del horizonte*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- López, Jervi Gabriel. 2020. “Dos sonetos”. *Revista Filipina* 7, n.º 2.
- Lozada, Edwin Agustín. 2001. *Sueños anónimos*. San Francisco, CA.: Carayan Press.
- . 2002. *Bosquejos*. San Francisco, CA.: Carayan Press.
- . 2021. *Recuerdos*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Medina, Elizabeth. 2006. *Sampaguitas en la cordillera. Reencuentro con Filipinas en Chile*. Santiago de Chile: RIL.

- Misola, Agustín T. 1992a. *Las flores nativas*. Iloilo: Misola Press.
- . 1992b. *La voz de las alturas*. Iloilo: Misola Press.
- . 1996. *Gritos de un soñador*. Iloilo: Misola Press.
- . 1997a. *Chispas del pensamiento*. Iloilo: Misola Press.
- . 1997b. *Rosas del Corazón*. Iloilo: Misola Press.
- . 1998. *Tierra adorada*. Iloilo: Misola Press.
- . 1999a. *Al mundo con amor*. Iloilo: Misola Press.
- . 1999b. *Un canto por los campos verdes*. Iloilo: Misola Press.
- . 2000. *Bajo el cielo filipino: ensayos literarios y artículos*. Iloilo: Misola Press.
- . 2005. *Filipinas la hermosa*. Iloilo: Misola Press.
- Molina, Antonio M. 1984. *Historia de Filipinas. Tomo I*. Madrid: Cultura Hispánica.
- . 1998. *Yo José Rizal*. Madrid: AECL.
- , y Edmundo Farolán Romero. 2009. *Cuentos Hispanofilipinos*. Quezon City: Central Book.
- Mora-Anda, Eduardo. 2019. “La mística y el amor a España en la poesía de Macario Ofilada Mina”. En *Salmos heridos, Algunos pecados de juventud y Gymnopédies astrales*, de Macario Ofilada Mina, 7–10. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Ofilada Mina, Macario. 2002. *San Juan de la Cruz: el sentido experiencial del conocimiento de Dios: claves para un acercamiento filosófico a San Juan de la Cruz*. Burgos: Monte Carmelo.
- . 2008. *Filosofía, lenguaje, mística: Desde las entrañas del espíritu*. Quezon City: Giraffe Books.
- . 2016. *Abad de Dios*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- . 2018. *Camino de la verdad. Historia, contemplación, mistagogía desde Santa Teresa de Jesús*. Roma: Edizioni Carmelitane.
- . 2019. *Salmos heridos, Algunos pecados de juventud y Gymnopédies astrales*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- . 2020. “Narraciones parañaqueñas”. *Revista Filipina* 7, n.º 2: 67–71.
- . 2021. *Anámnesis y otras anáforas de la memoria*. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Ortuño Casanova, Rocío. 2021b. “Amor y melancolía en el agua salada de la literatura archipelágica”. *Líneas copiadas del cuaderno de un poeta muerto joven*, de Wylan de la Peña, 11–18. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Paravati, Catalina. “Intramuros, el interior de un alma”. En *Abad de Dios*, de Macario Ofilada Mina, 11–16. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Park, Paula C. 2018. “Guillermo Gómez Rivera y su visión de Hispanidad”. En *La nueva Babilonia*, de Guillermo Gómez Rivera, 15–21. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Ponce, Mariano. 1997. *Cartas sobre la Revolución*. Traducción de Wylan de la Peña y María Luisa T. Camagay. Quezon City: Sentro ng Wikang Filipino, Unibersidad ng Pilipinas.
- Quijano Axle, Mario Roger. 2016. “De la mar ha venido un navío...”. En *En la línea del horizonte*, de Daisy Lopez, 15–22. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Ramiscal, Noel Guivanni. 2005. *Noelses*. Manila: UST Press.
- Reyes Alcántara, Virgilio. 2000. *La Revolución Filipina, 1896–1898. El nacimiento de una idea*. Santiago de Chile: LOM.
- Rosa, Jaime B., ed. 2001. *Lo último de Filipinas*. Madrid: Huerga y Fierro.
- Rubín Vázquez de Parga, Isabel. 2016. “Un teatro histórico y apelativo”. *Hexalogía teatral*, de Edmundo Farolán, 13–21. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.

- Tapia del Río, María Dolores. 2006. *Mis memorias de la guerra de Filipinas*. Barcelona, Parnass.
- Valis, Noél. 2021. “Donde habiten los sueños”. En *Recuerdos*, de Edwin Agustín Lozada, 7–12. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Vega, José Luis. 2011. “Una mirada de carbón encendido: la poesía de Guillermo Gómez Rivera”. En *Con címbalos de caña*, de Guillermo Gómez Rivera, 7–10. Sevilla: Moreno Mejías.
- VV.AA. 2019. “Cuadernos Palmianos. Textos premiados y presentados al primer certamen de creación literaria en lengua española para estudiantes filipinos Rafael Palma”. *Revista Filipina* 6, n.º1: 71–94. <https://revista.carayanpress.com/page/e16/page214/page164/CuadernosPalmianos2020.html>
- VV.AA. 2020. “Cuadernos Palmianos. Textos premiados y presentados al primer certamen de creación literaria en lengua española para estudiantes filipinos Rafael Palma”. *Revista Filipina* 7, n.º1: 126–158.
- VV.AA. 2021. “Cuadernos Palmianos. Textos premiados y presentados al primer certamen de creación literaria en lengua española para estudiantes filipinos Rafael Palma”. *Revista Filipina* 8, n.º 2: s.p. <https://www.carayanpress.com/revista/page/e16/page288/page284/palmianos2021.html>
- VV.AA. 2022. “Cuadernos Palmianos. Textos premiados y presentados al primer certamen de creación literaria en lengua española para estudiantes filipinos Rafael Palma”. *Revista Filipina* 9, n.º1: 60–70.
- Zarzo, Esther. 2019. “Estética de la expresión filipina en español”. En *Salmos heridos, Algunos pecados de juventud y Gymnopédies astrales*, de Macario Ofilada Mina, 11–29. Barcelona: Editorial Hispano Árabe.
- Ziálcita Legarda, Hilario. 2004. *La Nao de Manila y demás poesías*. Manila: s.d.

A MODO DE EPÍLOGO

Daisy López, University of the Philippines Diliman

Se cierra el presente volumen, lo cual es un trabajo excepcional –¡un verdadero tesoro!– sobre la literatura hispanofilipina. Efectivamente y sin duda, las páginas precedentes son un homenaje a los estudiosos, muchos de ellos extranjeros, que en un momento dado se sintieron atraídos y que a lo largo del tiempo siguen mostrando interés por nuestra cultura filipina, nuestra literatura... En concreto, la literatura escrita en español por filipinos. Y eso, a pesar del hecho de que el español se dejó de hablar en el archipiélago hace 50 años –por no decir “hace medio siglo”–, ya que este último suena un tiempo demasiado largo, si no dramático.

Las personas detrás del proyecto DigiPhiLit (Rocío Ortuño Casanova, Beatriz Álvarez Tardío, Emmanuelle Sinardet y Axel Gasquet, entre otros) se dedican a la difusión de dicha producción literaria, desde rescatar las obras olvidadas y documentar la escasa colección escrita en el pasado, hasta cazar obras nuevas y escondidas. Es una suerte que podamos contar con ellos y con otros colaboradores. Su interés por el tema y su aportación adquieren doble mérito, ya que deben realizar así verdadera magia en un país donde ya no se habla el idioma por varias razones fuera de nuestro control, pues forman parte inevitable de la evolución de un proceso paulatino. No obstante, esta historia es para otro ensayo.

El trabajo asiduo de un grupo de filipinistas amantes de la literatura hispanofilipina hace que se frene la nostalgia. En su tarea de cazar plumas contemporáneas, me siento afortunada de haber sido señalada entre los de la edad actual. Me es gratificante y me llena de humildad figurar entre los que han encontrado una salida para expresarse en la lengua de Cervantes.

Mi itinerario como autora de poemas en español empezó, por supuesto, con el aprendizaje del español, lengua que estudié y adquirí poquito a poco,

como cuarta lengua. El tagalo fue mi primera o lengua materna; el inglés, que estudié desde la escuela primaria, fue mi segunda lengua; la tercera, el chabacano que nos hablaba nuestra abuela en casa; y la cuarta, el español, que cursé como carrera en la Universidad de Filipinas. Al graduarme, el gobierno español me concedió una beca para estudiar en Madrid, donde permanecí cinco años, hasta que terminé mi tesis de Máster.

Estando en España, si bien no puedo fijar el momento exacto porque fue algo espontáneo, me vi escribiendo versos en español.

Un cajón juega un papel importante en el nacimiento de mi primera colección de poemas. Un simple cajón de una mesa donde iba guardando hojas sueltas: páginas arrancadas de un viejo cuaderno, viejos anuncios y memorándums con su cara en blanco bien aprovechada, incluso facturas de compra de tamaño diminuto. En estas hojas sueltas había escrito mis pensamientos cuando brotaban... y los había escrito en verso... y los escribí en español.

Para mí el cajón era un refugio ideal, una válvula de escape que se podía abrir fácilmente cuando mi temperamento de persona colérica-melancólica se soltaba y daba un poco de guerra. A este momento de desatarse, muchos lo llaman “inspiración”, pero yo lo llamo una necesidad.

Cuando una siente algo grande, un acontecimiento que la afecta profundamente, una emoción inabarcable que la trasciende, ve la necesidad de recurrir a la palabra para curar esa angustia, para poner ese sentimiento inexplicable (o invisible) por escrito (la expresión visible). Se escribe, se siente aliviada: y por eso es un refugio.

A modo de ejemplo, uno de los primeros poemas que entró en el cajón se titulaba “Despedida... para una bienvenida”, un poema que dediqué a una muy buena amiga zaragozana que inesperadamente contrajo una enfermedad desconocida que eventualmente ocasionó su fallecimiento. Los versos son el resultado de un sentir fuerte, de una inspiración.

En realidad, no tenía idea de lo que era la inspiración, hasta que un día hubo que extraer del cajón estas hojas sueltas. Al releer las páginas desenterradas, yo misma exclamé, llena de asombro o incredulidad, y un poco de repelús: “¿¡He escrito todo esto!?” Y hasta me vi preguntándome a mí misma: “¿Seguro que no los he copiado de algún sitio?” Pero las dudas de autoría iniciales se disiparon enseguida con un glosar rápido de los manuscritos. Estaban escritos con mi caligrafía inconfundible, con mis propias tachaduras y borrones, con los signos de intercalación, y con flechas e inserciones de palabras o líneas enteras... Me percaté entonces de que los poemas –algunos irreconocibles con el transcurrir del tiempo– se habían escrito en un *momento de inspiración*. Y estaban escritos en español porque no podía haber salido de otra forma.

Cuando saqué las hojas sueltas del cajón fue para enseñárselas al profesor Andrea Gallo, un atinado filólogo e investigador italiano cuyo campo de especialización es la literatura hispanofilipina. Vino a Manila hace unos años

para hacer su propia investigación sobre el tema y pasó por mi universidad. Yo era entonces Jefa del Departamento de Lenguas Europeas. Fue el Prof. Gallo el que un día me había preguntado “si tenía algo escrito”, aunque fuera en papeles sueltos. También fue él quien, tras una lectura de mis versillos –que le había dado con cierto recato–, me animó: “¿Por qué no los publicas?” Y yo, como represalia por esta sola pregunta suya, tuve tres o cuatro preguntas más, ya que había permitido que me adelantara una actitud de escepticismo: “Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Tú sabes que ya nadie lee poesía, ¿verdad? Y, mucho menos tratándose de Filipinas. ¿Poesía en español...?” En Filipinas, nadie lo habla. Nadie lo lee.

La gente tiene varias razones para escribir. Hay quienes lo hacen para ganar un salario y llegar bien al final del mes. Están los que aspiran a ser famosos como blogueros y parecen decir: “Escuchadme. Mirad lo que soy capaz de escribir”. Y los hay que escriben para inspirar, como un *influencer* que dice: “Aprended de mí”. En mi caso, yo no quería ni imponer ni influir ni nada. No quería escribir para que se me leyera. No. Además, si escribo poesía, ¿para quién? ¿Para los filipinos? No. ¿Para los españoles? Tampoco. Eso sería “vender miel al colmenero”.

Nunca me había planteado lo de escribir... pero luego surgió la oportunidad.

Mucho menos me planteé ni soñé con publicar. Pero... para abreviar una larga historia, publiqué la primera edición de *En la línea del horizonte*, una antología de 28 poemas, en 2009 en Sevilla y la segunda edición en 2016 en Barcelona.

El tema de cada poema es grande: la amistad, la enfermedad, la muerte inminente, la ansiedad, el desasosiego. Un poema puede ser aparentemente corto, pero encapsula todo un tema colosal en pocas palabras. En una poesía, no debe faltar ni sobrar ni una sola palabra. De todas formas, consciente de que escribía en un idioma que no es el mío, un par de veces pedí que otros hispanohablantes leyeran mi texto, antes de su próxima publicación. No era por querer saber qué opinión tenían de mí, sino porque quería saber cómo sonaba lo que había escrito, preguntar si el léxico era adecuado o si lograba la deseada carga semántica, ya que a lo mejor una palabra no cuajaba o una expresión ya no se usaba. Simplemente, deseaba confirmar si sonaba español.

Tras la impresión en libro encuadernado de los garabatos en papel en sucio, comprendí que vale la pena seguir escribiendo. Y escribir en español... porque, repito, no podía ser de otra forma.

Me sirve de aliciente el participar en algunos concursos literarios en el extranjero (en Toledo, España; Buenos Aires, Argentina; Santo Domingo, República Dominicana) y ser premiada o, al menos, incluida en una antología de poesías selectas. Llegué a la conclusión de que, si no me leen en Filipinas, quizás me leerán en otro sitio.

Escribir poesía es una tarea atrevida. De hecho, toda poesía es un acto de audacia y de fe. Pero se escribe porque sí. Porque estamos enamorados

y vivimos del amor. Porque somos vulnerables y podemos sufrir. Todo eso la poesía puede plasmar, ya que es un canto a la vida, un canto a la amistad, a la libertad, al arte, a la capacidad de crear. Tal vez yo la siga escribiendo, involuntariamente para conectar con el lector... Acaso siga metiendo hojas sueltas en un cajón en mi mesa para sacarlas un día y llenarme de pasmo. Lo más seguro, seguiré componiendo versos por otros motivos convincentes, a saber: por amor a la cultura hispanofilipina; en el nombre del desafío y la aventura, a pesar de que no esté de moda producirla; en defensa de y homenaje al ser humano pensador; y, por supuesto, para dar cabida a los ratos esporádicos y necesarios de inspiración. En español.

LISTA DE FIGURAS, TABLAS E IMÁGENES

Cap. 4, figura 1.	Inicio de Loa. En <i>Anales eclesiásticos de Filipinas</i> , vol. I, fol. 190r (1)	59
Cap. 18, tabla 1.	Palabras que aparecen juntas frecuentemente y etiquetas de temas en los que agrupan (modelado de tópicos) de poemarios de la edad de oro de la literatura filipina en español.	241
Cap. 18, gráfico 1.	Distribución de los temas en cada obra.	242
Cap. 18, gráfico 2.	Poetas que publican la mayor parte de su obra entre 1902 y 1942. Del más joven al más mayor.	254
Cap. 18, tabla 2.	Obras que se han analizado digitalmente.	255
Cap. 22, figura 1.	Ilustración de la portada del cuento “Hastío” en <i>Excelsior</i> .	289
Cap. 22, figura 2.	Portada de la segunda edición de <i>Notas de Viaje</i> .	292
Cap. 25, figura 1.	Las 55 palabras más frecuentes del corpus indicado procesadas con la herramienta “Wordcloud” de <i>Voyant Tools</i> , tras extraer las palabras vacías de contenido semántico (<i>stopwords</i>) incluidos nombres propios. No se ha lematizado.	344
Cap. 25, tabla 1.	Las palabras más frecuentes con contenido semántico en 8 poemarios de la época, destacando las que aparecen en el poemario <i>Mi bandera</i> de José H. Gavira (1945)	346
Cap. 25, figura 2.	Selección en <i>Filiteratura</i> de ediciones, de libros de poesía (género), en español (lengua), publicadas entre 1902 y 1965 por autores nacidos en Filipinas (autor > país de nacimiento).	347

ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO

Note: Page numbers in italic refers to Figures. Endnotes are indicated by the page number followed by “n” and the note number e.g., 298n4 refers to note 4 on page 298.

- A lo largo del camino* (Gurrea) 256n13, 297n2, 340, 343, 346
- Abad, Antonio: *La Aventura de Li Ma-Hong* 362, 363, 371; *El campeón* 216, 362, 363; *Dagóboy* 274; *La oveja de Nathan* 261–262, 362; *La vida secreta de Daniel Espeña* 353, 362–363, 371; véase también Premio Antonio M. Abad
- ABC (periódico) 325, 328
- Abelardo, Nicanor 280–281
- Academia Devota* (colección poética) 36–37, 72, 81
- Academia Filipina de la Lengua Española 213, 384
- aculturación 7, 45
- acta 56, 57, 62
- África 2, 236, 357–358
- Aglipay, Gregorio 161, 165
- Agoncillo, Teodoro 152–153
- Agrava, Leonor 4, 298n4, 371
- En agraz* (Gurrea) 288, 372
- agricultura 164
- Aguilar, Filomeno 217, 265n4
- Aguinaldo, Emilio 327, 328, 350, 368
- agustinos 20, 27, 34, 79, 80, 82–83, 133
- La alianza soñada* (Paterno) 260, 268
- Alimuddin (sultán de Joló) 61, 93–94
- Alinea, Estanislao B. 170, 179, 315–316, 353, 362; *El alma filipina* (Paterno) 262, 264
- Alma filipina* (Reyes) 270
- Almario, Virgilio 43, 44, 47, 52, 54n12, 54n13, 385
- Altavás, Enrique 234–235
- Álvarez Tardío, Beatriz 8n5, 170, 179, 185–186, 288, 353
- América Latina 75, 148, 223–224, 237–238, 243, 247, 293
- americanización 217, 228, 259, 273–274, 360
- amor 240, 241–242, 248–249, 254, 342, 343, 371
- Amorsolo, Fernando 218
- Anderson, Benedict 153, 172–173, 174, 214, 239n1
- anticlericalismo 119, 145–148, 152–153, 162, 267
- anticolonialismo 154, 172–173, 237, 248, 260–262, 269, 366
- antifilipinismo 152
- Antipolo 38, 56–57, 63
- antologías de poesía 177–184, 226, 341
- antropología 159, 164

- Apóstol, Cecilio: distribución de tópicos por obras 254; *Pentélicas* 183, 341; poesía biográfica 253; poesía satírica 252; publicación en antologías de poesía filipina 178; publicación en la revista *Domus Aurea* 225; sobre la originalidad de Palma 183; sobre la poesía de Balmori 226; “El terror de los mares Índicos” 251; “El yankee” 248
- apóstrofes 46, 47, 48, 51
- apropiación cultural 43, 45–46
- Aquino de Belén, Gaspar 47–48, 60, 62, 79–80
- Arighi, William 168, 186
- Arroceros (teatro) 134–135, 139–140, 143
- arte 169, 174, 180, 181, 218, 224–225
- Artigas y Cuerva, Manuel 74, 152, 181, 227
- asimilación cultural 90, 145, 146, 168
- Asociación Hispano-Filipina 144, 147, 149
- Atayde, Juan 136, 181–182
- Aurora social* (colección de novelas cortas) (Paterno) 215, 218
- autoorientalización 3, 246, 253
- La Aventura de Li Ma-Hong* (Abad) 362, 363, 371
- awit* (poema) 49, 66, 73–74, 253, 345
- Azim ud-Din véase Alimuddin
- Bagongbanta, Fernando 44
- Bajo los cocoteros* (almas y panoramas) (Recto) 215, 283–284, 341
- Balaciart, Daniel 180
- balagtasán 251–252
- Balmori, Jesús: “Almas locas” 259; apoyo al bando sublevado y el régimen fascista 218, 223; balagtasán 251; crónicas de viajes 238–239; “De Manila a México” 238–239; distribución de tópicos por obras 254; exoticismo 244–245; fallecimiento 316; *Filipinizada a los filipinos!* 217, 269, 274; *Flor del Carmelo* 271; franquismo 330; kundimanés 212, 280; *Libro de mis vidas manileñas* 211, 214, 252, 284; *Mi casa de nipa* 226, 284; miembro fundador de la Academia Filipina de la Lengua Española 213; modernismo 225, 226, 242, 243; *Los Pájaros de Fuego* 286, 330; participación en el auge periodístico 222, 223; poemas satíricos 211, 214, 228, 240–241, 249, 251–252; *Rimas malayas* 282–283; “Saludo a España” 325; sobre el papel de la mujer 228, 238, 286, 287; sobre la ocupación estadounidense 216, 270, 271, 284
- Baltazar, Francisco 42, 52
- Barcelona 146, 157, 160, 174, 327
- Barlaam y Josafat* 35, 37, 47, 80–81, 82
- Barrantes, Vicente 95, 133, 137–138, 140, 151
- Barroco 21, 35, 36–37, 66, 67–75, 155n9
- Batalla de Manila 279, 323, 332, 345, 346
- Bautista, Erwin 242, 388
- baybayin* (sistema de escritura) 29, 30, 52n2, 53n3, 77, 150
- El Bello Sexo* (revista) 229, 290
- Bernabé, Manuel: apoyo al régimen fascista 223, 322, 325; balagtasán 251–252; *Cantos del trópico* 226, 342; crítica del modelo cultural norteamericano 216, 261; distribución de tópicos por obras 254; fallecimiento 316; “La fe de Cristo y el amor a España” 325–326; letras de canciones 280; “Mi casa es tu casa” 322, 325; modernismo 225–226, 243, 343; “Mujer moderna” 249–250; nacionalismo 222; y Pérez de Olaguer 326; *Perfil de cresta* 284, 340, 342–343, 345, 346; sobre la independencia femenina 249–250, 264; sobre Pérez de Olaguer 322; traducción de piezas de teatro 280
- Bernad, Miguel A. 176, 178
- Bernal, Rafael 5, 67
- Biblia 19, 33, 44, 235, 252
- bibliotecas 1–2, 111, 186, 318
- bícol (idioma) 77, 79, 86n3
- Binondo (Manila) 21, 61, 125–126, 137–138, 139, 331
- biografía 226–227, 239n2, 253, 367–369
- Bisayas (archipiélago) 26, 156–157, 164; véase también lenguas bisayas
- Blancas de San José, Francisco 30–31, 37, 43–44
- Blanco, Conrado 321, 325, 329n2, 342, 351

- Blanco, John D. 258
 Blumentritt, Ferdinand: colaboración en *La Política de España en Filipinas* 151; correspondencia con Rizal 112, 171, 175n5; defensa de los propagandistas 147; etnología 159, 265n4; sobre *Noli Me Tangere* 172; y *La Solidaridad* 150
 bodabil 277
 Bonus, Ladislao 279–280
 Borromeo, Luis 277
 Buencamino, Francisco 281
 Bueno, Benigno 388
 Buenos Aires 237–238
 Burgos, José 110, 145, 147, 267
- Cabal Sim, Joshua J. 386, 388
El cablegrama fatal (Reyes) 272, 349
 Cabral Cabañes, Rocky 388
 cagayan (lengua) 77, 221
 Calamba 172, 174, 181
El campeón (Abad) 216, 362, 363
 Campos, Alberto 281
 Canal de Suez 110, 115, 133, 189
 Cañamaque y Jiménez, Francisco 186–187, 191
 canciones 43, 49, 73, 272, 279–282, 284–285
 Cano García, Glòria 152
 Canon, Fernando 180, 242, 250–251, 254
 cantos 49, 53n4, 57, 121
Cantos del trópico (Bernabé) 226, 342
 capitalismo 153, 157, 160, 237
Capullos (Guerrero Barranco) 297n3, 373
La Carrera de Cándida (Gómez Windham) 211, 213, 216, 217–218, 227, 287
Carta Hydrographica y Chorographica de las Yslas Filipinas (Murillo Velarde) 31
 Casademunt, Federico 140, 281
 castellano (lengua): acceso universal en Filipinas 153, 180; actividad teatral 57, 132, 133–135, 137, 141; como acto de resistencia 7, 240, 248, 263, 354; como lengua vehicular 220–221, 383–384; desaparición pública tras la ley marcial de Marcos 364–365; descastellanización 211, 212, 218–219, 263, 316–319, 341, 347; eliminación definitiva de la Constitución de 1987 318, 383; *Elogio del castellano* (Recto) 327; enseñanza 44–45, 73, 78, 110–111, 180, 317–318, 383–384; gramática 37, 44; y hispanidad 316–317; la ley Cuenco 178–179, 182, 184, 317; manuales de instrucción 44–45, 78, 110–111, 178–179; poesía como herramienta pedagógica para la enseñanza de léxico castellano 73; premios literarios 213, 219, 319, 366, 384, 385–387; en la régimen franquista 218–219, 316–317; traducción 42, 44, 50
 Castillo Gómez, Antonio 66, 75n1
 Castrillo Brillantes, Lourdes 319, 388
 catecismos 77–78, 116
 catolicismo: censura 45, 78, 80, 176, 221; como “valor tradicionalmente filipino” 216, 271, 283; en *La Creación* (De la Rosa) 361; y De los Reyes 161–162, 165; el libro como instrumento de 37; y el franquismo 324; introducción en Joló y Mindanao 93; y moralidad 262; y las mujeres 248, 293, 296; oscurantismo 148; y el teatro chino 61; traducción de catecismos 78; en *La vida secreta de Daniel Espeña* (Abad) 363
El Católico Filipino (periódico) 118, 122
 Cavite 74, 115, 145, 171, 387
 Cebú: fundación 6; lengua cebuana 77, 79, 85; periódicos 221; teatros 56, 271, 279
 censura: bajo la ocupación estadounidense 211, 271, 349–350; católica 45, 78, 80, 176, 221; en la dictadura de Marcos 367; y el liberalismo 118–119; recurso del anonimato 148; y la secularización de la literatura 110, 116; y teatro 138–139, 268, 349–350
 Centina, Gilbert Luis R. III 385, 389
 Cervantes, Miguel de 69, 181, 325
 chabacano (lengua) 228, 294, 384, 386, 387
chameleon plays 267, 349
 Chápuli Navarro, Antonio 187, 190
 Checa Godoy, Antonio 221, 222
 China 20, 21, 30, 239n2, 359
 chino (lengua) 30, 66, 77
 chinos: identidad 192; mestizos 125–127; representaciones en la literatura de viajes 233–234, 236, 238;

- teatro chino 61–62, 64, 133; *véase también* sangleyes
- Chirino, Pedro 33, 55, 62, 75n2, 87, 156
- ciencia ficción 7, 335, 354–359
- cine 212, 218, 273, 278–279
- Círculo Escénico 324, 351
- ciudadanía 127–128
- Clain, Pablo 31
- clase social 129, 153, 160, 165, 193, 288–289, 296, 332
- Clavería, Narciso 110, 135–136, 137
- Cobo, Juan 30, 61
- cocina 286, 290, 294–295, 297
- Cogonales: colección de cuentos, crónicas de viajes y artículos varios* (Domingo Ponce) 368, 369
- colaboracionismo 317, 323–324, 328, 330, 338
- Colección Oriente 387
- Colín, Francisco 33, 62, 75n2, 87, 156
- colonialismo: carácter “colonial” de la literatura tagala bajo España 43; críticas anticoloniales 154, 172–173, 237, 247–248; el español como instrumento de resistencia 7; nostalgia colonial 5, 7, 188–189, 212, 214–216, 343, 369, 371; obligación a *españolizarse* 44–45; y el panasianismo 149; periodización tripartita “luz-oscuridad-luz” 154; raíces endémicas 160–161
- colonización: “alienación colonial” 291; apropiación cultural 43, 45; expropiación del tagalo nativo como instrumento 44; justificación de Mendoza 236–237; resistencia a 357
- Combés, Francisco 37, 89–92, 93
- comedias: censura 138–139; de costumbres filipinas 140, 141; ‘españolas’ 49–50, 135; fiestas civiles 59–61, 133–135; en lenguas vernáculos 49, 57, 61–63, 139; de magia 138; religiosas 33, 55–59
- El Comercio* (periódico) 141, 183, 190, 221
- Commonwealth* *véase* Mancomunidad Filipina
- comunismo 324, 328, 354, 358, 359, 365, 366
- conservadurismo 148, 218, 248–249
- Constancia, Paulina 388
- Constantino, Renato 153, 155n13
- Constitución de Cádiz (1812) 112, 115, 118–119, 125–131, 134, 138, 148, 179
- Coráñez Bolton, Sony 233–234
- Corpus, Rafael 232–233
- costumbres tradicionales 158–160, 163–165, 186
- costumbrismo 185–194; definición 258; y la literatura de imaginación 120; en la literatura de viajes 235; en la literatura del siglo XX 217, 258–260; en el *moro-moro* 133; en la obra de Paterno 168; en la obra de Rizal 171
- La creación* (De la Rosa) 335, 353, 354–361
- criollos 112, 126
- Crisálidas* (Guerrero) 182, 341
- cristianismo: aceptación 53n8; conversión 61, 88, 93; y el evolucionismo cultural 163–164; festividades 133; humanismo 363; indigenización 158; llegada a Filipinas 38; “madre España” como metáfora 275; en la narrativa nacionalista 157, 164
- cristianización 42–43, 45, 76, 78, 251
- crítica literaria 8n2, 16, 31, 211, 227
- crónicas de conquista 25–27
- crónicas de viaje 227, 231, 235, 237–239, 291–293
- crónicas eclesiásticas 81, 82–83, 116, 235
- Cruz Rivera, José 267
- Cuba 147, 154n5, 176, 236
- Cubero, Alejandro 141–143
- cuentos: costumbristas 185, 187–188, 226, 258–259; folclóricos 368, 369, 371–372; indigenismo y transculturación 293–295; morales 229; el papel de las mujeres 288–290; publicación en periódicos 190, 211, 221, 226; temas y géneros 217–218, 226
- Cuentos cortos* (Zamora Mascuñana) 298n5, 332, 353
- Cuentos de Juana* (Gurrea) 3, 290, 293, 297, 326, 353, 371
- culto a los muertos 83–85
- Dagóboy* (Abad) 274
- Dalagang Bukid* (película) 218, 277, 278
- dalit* (versos monorrimos octosílabos) 42, 44, 46–48, 53n4

- danza 50, 55–58, 63, 138, 279
- Darío, Rubén: y la autoorientalización 3; inspiración para poetas filipinos 7, 177, 224, 225, 243–245, 276, 372–373; *Sonatina* 245; “El triunfo de Calibán” 247
- Dasalan at Tocsohan* (Del Pilar) 78
- De Ávalos, Melchor 89
- El Debate* (periódico) 211, 222, 226, 227–228, 316, 364, 365
- debates literarios 251–252
- De Cuerva Félix, Francisco 352
- De Herrera, Pedro 43, 46, 52, 243
- De Irueta Goyena, Tirso (?) 241, 242, 254, 255
- De la Concepción, Fernando 373
- De la evolución de la literatura castellana en Filipinas; los poetas* (Retana) 177, 243
- De la Peña, Wystan 274–275, 387, 388
- De la Rama, Atang 278
- De la Rama, Esteban 231–232
- De la Rosa, Mariano L. 334–335, 337, 352, 353–363
- Del Castillo y Tuazón, Teófilo 178, 282
- De Llobet, Ruth 112, 179
- Del odio al amor* (Reyes) 349
- De los Reyes, Isabelo: costumbrismo 158–160, 165; discípulo de Del Pan 111, 113, 187; *El Folk-lore filipino* 113, 160, 371; nacionalismo 112–113, 156–165; *Religión antigua de los filipinos* 157, 162; sobre la religión 161–162; sobre tribus aisladas 112–113, 156–157, 164; y la raza 162–165; y *La Solidaridad* 149, 150; zarzuela 277–278
- De los Santos, Epifanio 109, 368
- Del Pan, José Felipe 111, 113, 118, 187, 190–191
- Del Pilar, Marcelo Hilario: en Barcelona 146; biografías 367; *Dasalan at Tocsohan* 78; poemas laudatorios 227; y *La Solidaridad* 144–145, 148–150
- De Plasencia, Juan 26–27, 30, 77, 156
- De Mas, Sinibaldo 119–120, 191
- De Puga, Ricardo 118, 120, 179
- De Rada, Martín 20, 27
- de Rueda y Mendoza, Diego 32, 59, 61, 66–69
- Del Río, Benigno: correspondencia con Piñar 327; *Estampas de la ocupación* 331–332; hispanidad 317; en la obra de Pérez de Olaguer 326; pastiche de Lorca 347–348; *Prejuicio de raza* 226; *Siete días en el infierno* 331–332; testimonios de la ocupación japonesa 331–333, 337; *Yo, aprendiz a poeta* 341, 348
- De Salazar, Domingo 19, 27, 77
- De San Agustín, Gaspar (?) 34, 52n1, 53n11, 62, 72, 81
- Del Superior Gobierno* (periódico) 115, 117
- Del Valle, Alonso 60, 70
- democracia 144, 151, 157, 214, 275, 317, 343
- La Democracia* (periódico) 221, 222
- derechos civiles 160, 296
- derechos de los obreros 157, 160–161
- derechos políticos 127–128, 129–131, 146, 361
- De Santa Cruz, Baltasar 33, 34, 35, 58
- desarrollo económico y industrial 110, 231, 232, 237
- descastellanización 211, 212, 218–219, 263, 316–319, 341, 354
- descolonización 41, 151
- desigualdad social 160–161
- De Veyra, Jaime C. 109, 175n7, 182, 183, 368
- devociones 29, 31, 77, 79–81
- Deza, Francisco 32, 71–72
- Diario de Manila* 117–118, 120, 137, 187, 188, 190
- Díaz del Castillo, Bernal 18
- diccionarios 31, 42, 76, 77, 111
- Díez Collantes, Domingo 34, 82, 121
- discapacidad 264
- Doctrina Christiana en lengua española y tagala, Doctrina Christiana en letra y lengua china* 30, 77–78
- doctrinas 20, 30
- dominicos: crónicas 82; cruzada por los derechos de los indígenas 27; devociones 79; diarios de la ocupación japonesa 332; encuentros interreligiosos 94, 95; evangelización de los sangleyes 21; y el franquismo 324; historiografía 34; imprenta 30, 32, 73, 77, 116–117; novelas 35, 37, 47, 80–81, 82; panfletos polémicos 119; periódicos 122; poesía 121; relaciones de martirios 32; teatro misionero y escolar 33, 57–59

- Domus Aurea* (revista literaria) 224–225, 243
- Donoso Jiménez, Isaac 8n2, 171, 173, 174, 177, 181, 183, 256n7, 297n3, 340, 374n3, 384, 385
- drama simboliko* 266–267, 349
- dramaturgia 132, 134, 137
- “Edad de oro” 212, 214, 217–218, 220–222, 226, 240–241, 257
- educación: acceso a 110, 127–128, 129–130, 132, 217, 291–293, 296; campañas de alfabetización 221; Decreto de Instrucción pública (1863) 110; derecho de 127–128, 131, 150; descastellanización 211, 212, 316–319; discurso femenino 290–293, 297; durante la ocupación estadounidense 287; en la obra de Rizal 171, 173; enseñanza de la lengua castellana 44–45, 73, 78, 110–111, 180, 317–318, 383–384; y la identidad filipina 290–293; políticas lingüísticas 291–293, 297; teatro escolar 57–59, 134, 137; y participación política 127–128, 129–131, 151
- Efemérides filipinas* (De Veyra & Ponce) 109, 368
- Elio, Vicente 178
- élites nativas 126–127, 130, 131, 132, 145, 160
- Elogio del castellano* (Recto) 327
- Enrala, Francisco de Paula 118, 142, 186, 191
- entremeses 33, 57–58
- épicas 69, 250–251, 368
- Ermita (Manila) 80, 81, 245–246, 294, 330, 340, 386
- Escalera, Regino 140, 281
- Escoda, Ramón 242, 254
- Escudero, María 324
- España en Filipinas* (periódico) 146
- España: aislamiento diplomático 324; antiespañolismo 151–152; colonización de Filipinas 15–17, 88–89, 193–194; Constitución de Cádiz 112, 115, 118, 119, 125–131; decadencia poscolonial 247; entrada en el bloque occidental 326–328; imitación de formas literarias importadas de 42–43, 49, 57; intelectuales filipinos en 6, 147, 180; metáforas y alegorías 259, 266, 275, 287–288, 370; nostalgia colonial 5, 188–189, 212, 214–215, 247; patriotismo 191–192; periódicos 6, 112, 122, 144–145, 147–154; polémicas antiislámicas 88–89; publicación de poesía filipina 180; simpatizantes de la causa filipina 147; teatro peninsular 57, 132, 133–134, 137–138, 140, 143; véase también franquismo; Guerra Civil española español (lengua) véase castellano (lengua)
- Espino Licsí, Federico 367, 373–374
- Espronceda, José de 7
- Estados Unidos: críticas antiamericanas 237, 247–248, 260–262, 266–271, 273–274, 351–352; derechos de la mujer 229; desigualdad social 160; leyes de Sedición 266–268, 269; liberación de Filipinas 315, 323, 330, 331, 333–334, 336–337; en la literatura de viajes 231–233, 234–235, 236; metáforas 275, 288; música 277, 279, 283–285; neocolonialismo 331, 356–360; en la obra de Guerrero 215; en la obra de Paterno 260–261; en la obra de Rizal 151; política de atracción 212; en la prensa filipina 221; véase también americanización; guerra filipino-americana; guerra hispano-estadounidense; ocupación estadounidense
- Estampas de la ocupación* (Del Río) 331–332
- etnia 158, 164, 165
- etnografía 26–27, 34, 83, 147, 149, 150, 235
- etnología 159, 166, 265n4
- Eugenio, Damiana 54n18, 253
- evangelización 21, 27, 30, 43, 55–57, 87–91
- De la evolución de la literatura castellana en Filipinas; los poetas* (Retana) 177, 178, 243
- evolucionismo cultural 159, 163–164, 165
- Excelsior* (revista) 223, 226, 230, 288, 341
- exotismo 175n1, 244–247, 287
- expediciones transpácificas 17, 18, 24–25, 369
- falangismo 4, 321, 322, 324, 327, 331, 333, 369
- familia 216, 217, 270, 274

- Farolán Romero, Edmundo 287, 368, 373, 374, 383–385, 387, 388
 fascismo 222–223, 321–328
 Feded, Pablo 151–152, 187–188, 190, 191–192, 259
 feminismo 228–230, 295–296, 361
 Feria, Miguel Ángel 179
 Fernández de Oviedo, Gonzalo 18, 25
 Fernandez, Doreen 143
 Ferraz, Enrique 348
FIAME (Filipinas-América) (De la Rosa) 334–335, 352, 354
 fiestas: crónicas impresas 81; libros de fiesta 32–33, 58, 116; en Manila 64, 91–92, 93–95, 134, 179; número anual 78–79; poesía de festejo 32, 64–72, 179; públicas y civiles 59–61, 64, 69–74, 134; y el teatro evangelizador 56, 133
 filibusterismo 150, 152, 162, 267
El filibusterismo (Rizal) 172–173, 174
De Filipinas a América: Impresiones de viaje (De la Rama) 231–232
Filipinas (Gurrea) 275, 349
Filipinas y la cultura española (Rómulo) 4, 328, 370
Filipinización a los filipinos! (Balmori) 217, 269, 274
Filiteratura (base de datos) 7, 256n8, 341
Flor del Carmelo (Balmori) 271
 folclore 156, 276, 278, 282, 283, 293, 368, 369, 371–372
El Folk-lore filipino (De los Reyes) 113, 160, 371
 folletines 120, 123
Fortalezas (Gurrea) 273, 297n2
 francés (lengua) 24, 117–118, 120, 135, 137
 Francia 157, 243–244, 357–358
 franciscanos: crónicas 34, 82; devociones 79; imprenta 36, 38, 77, 82, 116; teatro misionero y escolar 55–59
 Franco, Francisco 222–223, 317, 321–322, 323, 325, 328
 franquismo/régimen franquista: aislamiento diplomático 324–326, 340; apoyo de población filipina hispanohablante 342, 350–351; catolicismo 324; en la Guerra Fría 326–328; y la hispanidad 316, 322, 324, 326–327, 342, 348, 369; y la ocupación japonesa de Filipinas 218, 323, 333, 337, 338; propaganda 321–322, 324–326, 328; relaciones bilaterales con Filipinas 4–5, 317, 326–328, 369–370; uso del castellano 218–219, 316–317
 Fuensanta 349–350
Fuera de Filipinas: lo observado y lo juzgado (Corpus) 232–233
 galeón de Manila/Acapulco 21, 84, 110, 115, 118, 126, 189, 239
 García, Bernardo P. 343, 346
 García Castellón, Manuel 180, 259
 García del Canto, Antonio 120, 185, 186, 189, 191, 193
 García Lorca, Federico 246, 347–348, 367
 García Sanchiz, Federico 222–223, 351
 Garvida, Mignette M. 186
 Gasquet, Axel 325
 Generación del 27 347, 374
 género 262–264, 286–290, 294, 295–297
 Giménez Caballero, Ernesto 4–5, 327
 Gómez Rivera, Guillermo 318, 385, 386, 387, 388
 Gómez Windham, Guillermo:
La Carrera de Cándida (Gómez Windham) 211, 213, 216, 217–218, 227, 287; carrera política 214; “Jauja que se esfuma” 326; “¿Qué nos dieron?” 336; en Reyes 345; *Tía Pasia* 259
 Góngora, Luis de 68, 71, 72, 74, 374
 gramáticas 31, 37, 77, 110–111, 116
 grupos étnicos 27, 113, 120, 126, 129, 146, 184
 Güell, Carmen 332
 Guerra Civil española: apoyo de los intelectuales hispanofilipinos a los bandos sublevados 218, 321, 342, 350; impacto en el sector de la prensa en español 222; mártires 352; militancia liberal y republicana de Benigno del Río 331
 Guerra del Pacífico 337
 guerra filipino-americana 183, 221, 269
 Guerra Fría 317, 324, 326–328, 354–359, 362
 guerra hispano-estadounidense 182–184, 211, 221
 Guerrero, Fernando María: biografía 369; colaboración en la revista *Domus*

- Aurea* 224–225, 243; como poeta de la revolución 176; *Crisálidas* 182, 341; criticado por Retana 243; distribución de tópicos por obras 254; “A Hispania” 215; intervención en la disputa entre Balmori y Apóstol 252; “Kundimán” 284–285; letras de canciones 281; y la ley Cuenco 178, 182; miembro fundador de la Academia Filipina de la Lengua Española 213; “Mi patria” 182; modernismo 243, 253; sobre la música moderna afroamericana 284; y *La Vanguardia* 222
- Guerrero, León María 328, 368, 370
- Guerrero Barranco, Nilda 297n3, 368–369, 371, 373
- Guerrero Zacarías, Evangelina: biografía 368–369; cuentos 226, 230, 259, 288–289; distribución de tópicos por obras 254; *Kaleidoscopio espiritual* 213, 254, 297n3, 343, 346; romanticismo 341; sobre el renacer español 342
- Gurrea, Adelina: *A lo largo del camino* 256n13, 297n2, 340, 343, 346; *En Agraz* 288, 372; *Cuentos de Juana* 3, 290, 293, 297, 326, 353, 371; distribución de tópicos por obras 254; *Filipinas* 275, 349; *Fortalezas* 273, 297n2; participación en el Círculo Filipino 326–327; sobre la identidad nacional 288; *El Talisay* 290
- Gutiérrez Velasco, Cirilo 332
- Hacia la Tierra del Zar* (Kalaw) 216, 233–234
- Los heraldos de la raza* (Paterno) 215, 260
- Hernández Gavira, José 242, 245–246, 254, 281–282, 343, 346
- Herrera Acosta, Carmen 371
- Hilario, Zoilo 241, 242, 248, 251, 254, 255
- hiligaynon (lengua) 388
- hinduismo 157, 357
- hispanidad: como tema en poemarios de la Edad de oro 241, 254; y el costumbrismo 258; descentralizada 8n8; y el franquismo 316, 322, 324, 326–327, 342, 348, 369; y identidad filipina 212–213; latinoamericana 238; y la lengua castellana 316–317; y nostalgia 256n6, 369
- Hispanidad* (periódico) 222, 223, 322, 341, 351, 352
- hispanización 45, 52, 156, 164
- Historia de Filipinas* (Palma) 4, 370
- Historia de Ilocos* (De los Reyes) 162
- Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* (Murillo Velarde) 34, 82, 87
- Historia de Mindanao y Joló* (Combés) 90–92, 93
- historiografía 17–18, 24–25, 34
- hojas volantes 76
- Holanda 15–16
- Hong Kong 146, 174, 232, 233–234
- Hospital de San Lázaro* (Pérez de Olaguer) 325, 326
- Huerta, Conchita 368, 371
- Huseng Sisiv (José de la Cruz) 50–51
- ibanag (idioma) 77, 79
- ICH véase Instituto de Cultura Hispánica (ICH)
- identidad filipina: “alma filipina” 215; el concepto de “filipino” 125–131, 192; en *La Creación* (De la Rosa) 355–362; y la educación 290–293; femenina 262–263, 286–288, 297; “filipinoness” 217; y la herencia hispánica 248; y la hispanidad 212–213; idiosincrasia filipina 220; *kami* y *tayo* 111–112; y el nacionalismo 131, 215–216; participación de los sangleyes 363–364; en la poesía del siglo XX 250–253; políticas lingüísticas 291–293; en la prosa costumbrista 259; en el teatro de los años de la Mancomunidad 273–274; tras la independencia 354
- identidad nacional: en los años de la Mancomunidad 273; y el colonialismo 250, 257, 259; en De los Reyes 157–158, 159–160, 165; y el exoticismo 244–245; y la generación del 27 374; y la hispanidad 212–213; metáforas 288; y el modernismo 240; en la obra de Gurrea 288; y el panasianismo 149; participación de los *sangleyes* 363–364; en la prosa costumbrista 259; y el teatro hispanofilipino 273; tras la independencia 366
- identidad política 126, 131, 151

- identidad racial 262
 Iglesia filipina independiente 157, 158, 161, 163, 165
 igorrotos 113, 116, 146, 162
 ilocano (idioma) 77, 79, 156, 368
 ilocano (pueblo) 159, 160, 163, 164–165
 Ilocos 156–157, 158, 162
 ilongo (idioma) 77, 79, 80, 85
 ilongotes (pueblo) 163–164
Ilustración Filipina 118, 120, 181
 Ilustrados 5, 119, 144–154, 172, 180, 217, 240, 258
 imperialismo occidental 41, 154, 159, 233, 259
 imprenta(s): libertad de 117, 129, 134, 138, 151; manileñas 17, 30–34, 79, 82, 113, 115; mexicana 33, 34, 81–82, 84; monopolio de las órdenes religiosas 6, 17, 29, 31, 38, 167; privadas 115–116; xilografía 20, 30; *véase también* prensa escrita
Impresiones de viaje (Altavás) 234–235
La Independencia 182–184
 independencia de 1946 316, 324, 334–335, 337, 343–344, 359, 366
 indigenismo 293–295
 indigenización 153–154, 158
El Indio Agraviado (Panguilinan) 127–128, 129–130
 inglés (lengua): adopción oficial como segunda lengua 316–317; como idioma principal de las publicaciones 222, 223, 340; división generacional 218; en la educación filipina 291–293; efecto en el teatro hispanofilipino 273; instituciones políticas y administrativas 211, 212; producción literaria bilingüe 387–388; y la élite hispanofilipina 214
 Instituto de Cultura Hispánica (ICH) 4, 324–325, 327–328, 370
 Intramuros (Manila) 94, 136, 236, 246, 340
 ironía 17, 251
 Irving, David R. M. 54n20, 75n7
 islam 88–89, 91–93, 95, 157, 365
 japonés (lengua) 66, 77
 Japón: imperialismo 234, 236, 331, 333; misioneros jesuitas 15; movimientos expansionistas 149, 154; occidentalización 238; relaciones de martirios 31–32; *véase también* ocupación japonesa
 Javellana, René 48, 54n15
jazz 277, 279, 282, 283–284
 jesuitas: crónicas 33–34, 82–83; devociones 79; expulsión 38, 95; imprenta 31, 71, 77, 79–80, 85; misioneros 15, 20, 38, 44, 94; poesía colonial 65, 67; relaciones hispanomusulmanas 89–91, 94, 95; teatro misionero y escolar 49, 56, 57–59, 62–63, 133, 352
 Joaquin, Nick 3, 347, 388
 Jocson, Remigio 341–342, 343, 346
 Joló 35, 61, 87–95, 120, 121, 136, 140
La Jornada Filipina (revista) 385
 Kagahastian, Raymundo 333
 Kálaw, Teodoro M.: carrera 214; *Hacia la tierra del zar* 216, 233–234; periodismo 225, 227; sobre el monroísmo asiático 331; sobre el objetivo del viaje 235–236; sobre la pérdida del castellano 263
Kaleidoscopio espiritual (Guerrero Zacarías) 213, 254, 297n3, 343, 346
 Katipunan (grupo nacionalista armado) 151, 267
 Knowlton Jr., Edgar 318–319, 364
komedya 49–50, 63
korido 42, 49–51, 253
 krausismo 152, 171, 180, 181
 kundimán 212, 277, 280, 284–285
 Labrador, Juan 332
 Lanot, Marra PL. 386–387, 388
 Lapeña-Bonifacio, Amelia 266–267
 latín 31, 32, 37, 38, 66, 77
 Laurel, José P. 323, 324, 326, 331, 333, 338, 367
 Laygo, Enrique K. 214, 218, 222, 226, 227, 228, 261
 Lázaro Baxter, Esperanza 388–389
 lenguas bisayas 31, 56, 62, 77, 79, 83–84
 lenguas indígenas 77–78, 85, 116; *véase también* lenguas individuales
 ley Cuenco 178–179, 182, 184, 317
Leyendas Filipinas (Agrava & Pons) 4, 298n4, 371
Leyendas y evocaciones (Huerta) 368, 369, 371
 liberación de Filipinas 315, 323, 330, 331, 333–334, 336–337

- liberalismo 38, 115, 117, 118–119, 123, 126, 130–131
Libertas (periódico) 222, 223, 242
 librerías 31, 117
Libro de mis vidas manileñas (Balmori) 211, 214, 252, 284
 libro(s): censura 138; de cocina 286, 294–295, 297; de fiesta 32–33, 58, 116; implantación en Filipinas 29, 31–32; importación 111, 138; de viaje 122–123, 216, 231–239, 368
 Lifshay, Adam 8n2, 260, 268, 354
Lili (Rodríguez) 271–272
 Limahong (pirata chino) 5, 122, 190, 251, 253, 362, 363
 Liongson, Francisco 272, 273–274, 322
 literatura colonial: adopción de formas poéticas nativas 42, 44, 46–47, 53n4; contribuciones de escritores nativos 43–45; criterios para la inclusión de textos 16–17; literariedad de los textos coloniales 17–20; relaciones de sucesos 34, 87–88, 91, 116; en territorios multilingües 15–16
 literatura contemporánea 383–389
 literatura cristiana: catequismos 77–78; crónicas 81, 82–83, 116, 235; devociones 29, 31, 77, 79–81; idiomas locales 77, 79; manuales y guías 31, 42, 44, 77–79; pasiones 38, 42, 47–48, 79–80, 84; sermones 82, 84, 122; *véase también* literatura misionera
 literatura de imaginación 120
 literatura del siglo XIX: censura 110, 116, 118–119, 138–139, 148; el concepto de “filipino” 112, 125–131; escasez de estudios literarios 114; lenguas vernáculas 177; patriotismo 178–179; secularización 110–111; términos poblacionales 112–113; *véase también* costumbrismo; nacionalismo; poesía del siglo XIX
 literatura del siglo XX: ciencia ficción 7, 335, 354–359; contacto con el fascismo 321–328; descastellanización 211, 212, 218–219, 263, 316–319; en la dictadura de Marcos 364, 366–374; discapacidad 264; “Edad de oro” 212, 214, 217, 218, 220–222, 226, 240–241, 257; feminismo y el papel de la mujer 228–230, 262–264, 286–290, 294; y la Guerra Fría 317, 324, 326–328, 354–359; indigenista 293–295; influencia costumbrista 217, 258–260; intersección con la prensa 220–230; literatura de viajes 216, 227, 231–239, 291–293; y la lucha por la independencia 214–218, 223–224, 227–228, 229; y la ocupación estadounidense 211–218, 221–230, 257–264, 286–297; y la ocupación japonesa 315–317, 321–323, 330–338; patriotismo 179; popularidad de cuentos 226, 371–372; posguerra 334–335, 340–364; raza 262–264; textos satíricos 211, 214, 227–228, 240–241, 251–252, 254; traducción al inglés 341; *véase también* modernismo; poesía del siglo XX
 literatura de viajes 231–239; autoras femeninas 227, 291–293; comparación con la realidad filipina 216; desilusión con la modernidad europea 155n9; encrucijada de culturas 21; modernismo 233; primeros textos 23–24, 122–123; raza 233, 236, 237; representaciones de mujeres 233–235, 238
 literatura iberoasiática 20–21
 literatura misionera: culto a los muertos 83–85; y los derechos de los indígenas 27; desaparición 116; disertaciones histórico-políticas 35–36; experiencia del primer contacto cultural 17; hojas volantes 76; perspectiva general 20; relaciones de martirios 31–32, 85, 116–117; *véase también* literatura cristiana; órdenes religiosas
 literatura modernista *véase* modernismo; poesía del siglo XX
 literatura nacionalista 169–174, 177, 178–179, 217, 232
 literatura política 112, 125–131
 literatura prehispánica 42, 44, 74, 250–252
 loas 38, 56, 57, 58–60, 121
 López, Daisy 385, 386, 387, 388
 López de Legazpi, Miguel 18, 25–26, 151, 244
 López, Jervi Gabriel 388
 López-Calvo, Ignacio 168, 364n3
 López Flores, Manuel 341, 351
 López Jaena, Graciano 144, 146
 Lozada, Edwin Agustín 384, 385, 387, 388

- Lumbera, Bienvenido: modernismo 347; sobre el sentimentalismo 51; sobre la hispanización y la resistencia a ella 52; sobre la identidad nacional 250; sobre Pinpín 75n8; *Tagalog Poetry 1570-1898: Tradition and Influences in its Development* 41-43, 47; “Tagulaylay kay Federico García Lorca” 367
- Luna, Antonio 148, 149-150, 182, 183, 350
- Luzón 26, 27, 164, 179
- Mabini, Apolinario 145, 161, 227, 274, 334, 367
- Macapagal, Diosdado 328
- Madrid: Círculo Filipino 327; clase social 160; espacios escénicos 136, 138; “Impresiones madrileñas de un filipino” (Luna) 149-150; periódicos 144, 148; publicación de literatura misionera 35, 83, 92, 116, 122; Rizal como estudiante en 147; veladas literarias 180
- magpapahesus* (ritual paralitúrgico) 48-49
- Malig, Salvador 388
- Mallat, Jean 135
- Malolos 146, 178, 180, 183-184
- Mancunidad Filipina 212, 226, 273-274, 334, 349
- Manila: apoyo a Franco 323; catedral 85, 122; Círculo Escénico 324; Comité de Propaganda 146; conquista 26; Constitución gaditana 125-126; diversidad étnica y lingüística 30, 61, 66-67; élite criolla 115; escena cultural 115-116, 136-143, 213-214; escena teatral 132-143, 267, 272, 351; fiestas públicas 59-61, 64, 81, 91-92, 93-95, 134; fundación 6; gusto literario moderno 120, 123, 242; imprentas 17, 30-34, 79, 82, 113, 115; institucionalidad literaria 64; ocupación británica 38, 39; periódicos y revistas 117-119, 120, 187-188, 221-222, 226, 227-228, 316, 364, 366; poesía colonial 64-68, 70-71, 74-75; poesía del siglo XIX 181-182; en la Segunda Guerra Mundial 279, 323, 332, 336, 340, 345, 352; teatro evangelizador 50, 57, 59; terremotos 122, 138, 139, 141
- Manililla* (periódico) 188, 227
- manuales 31, 42, 44, 77-79, 84, 85, 111, 178
- Manuud, Antonio G. 179
- Marcos, Ferdinand 179, 349-350, 363, 364, 366, 367
- Marfori, Isidro 242, 254
- Mariñas, Luis 5, 212, 242, 266
- Mariño, José 258-259
- Martín de la Cámara, Eduardo 178
- Martínez, Miguel 75n6
- Martínez de Zúñiga, Joaquín 39, 53n11, 54n19, 62
- mártires 31-32, 85, 116-117, 352
- masonería 8n9, 147, 152, 162
- Matibag, Eugenio 169
- matrimonio 156, 163, 287, 288-289
- Maximilianus Transylvanus 16, 18, 23
- Medina, Buenaventura 268, 270
- Medina, Elizabeth 385, 386, 388
- La mejor ofrenda* (Sevilla de Alvero) 272, 293-294
- melodrama 266, 268, 272
- Mendoza-Guazón, María Paz: escritos en prensa 228, 230; *Notas de viaje* 216, 227, 235-237, 291-292; sufragismo y feminismo 228, 230, 295-296
- El Mercantil* (periódico) 220, 221, 222, 247, 281
- mestizaje 216, 263, 296, 357
- mestizos 8n9, 21, 74, 94, 112, 126-127, 130, 192-193
- metáforas 42, 46, 74, 251-252, 288
- México: “De Manila a México” (Balmori) 238-239; imprenta 33, 34, 81-82, 84; relaciones con Filipinas 5, 72, 110, 115, 369, 371
- México en Filipinas* (Bernal) 5
- Mi bandera. Poema de la victoria* (Hernández Gavira) 343, 346
- Mi casa de nipa* (Balmori) 226, 284
- Mignolo, Walter 16
- Mindanao 35, 60-61, 63, 70, 87-93, 120, 156-157, 251, 258
- misioneros *véase* literatura misionera; teatro misionero
- Misola, Agustín T. 388-389
- Mistral, Gabriela 348
- mitología 3, 290, 293, 371
- modernismo: y la conciencia hispánica 7; críticas 183, 243, 244, 246-247; en la literatura de viajes 233; y exotismo 244-247; Generación del 27 347; hispanoamericano 225, 233, 238,

- 242–243, 245–246, 348; influencia de la literatura de imaginación 120; influencia en la prensa escrita 226; llegada al archipiélago 242–243; musical 276, 282, 284; rechazo de los metros y la estética modernista 343; transición de un sistema literario colonial 123; *véase también* poesía del siglo XX
- Mojares, Resil B. 111, 154n1, 157, 158, 169, 184, 268–269
- Mojarro, Jorge 21, 28n2, 63n1, 110, 155n9, 177, 179, 186, 234
- Molina, Antonio M. 175n7, 325, 370, 389
- Molucas 20, 62, 91
- monroísmo asiático 331
- Montero y Vidal, José 187, 192
- moralidad 216–217, 259, 262–264, 271, 362–363
- Morayta, Miguel 144, 147
- Morga, Antonio de 33, 55, 156, 174, 262
- moro-moro* 49–50, 62–63, 133
- “moros” 88–90, 92, 93, 135, 258
- movimiento reformista 145–146, 152–154
- mujeres: acceso a la educación 217, 291–293; catolicismo 248, 293, 296; en *La Creación* (De la Rosa) 360–361; estereotipos 218, 230, 288, 297; feminismo 228–230, 295–296, 361; igualdad de derechos 259, 295, 361; en la literatura hispanofilipina de la “Edad de oro” 217–218; en las novelas de Del Pan 187; en la poesía modernista 240, 241, 248–250; prensa femenina 228–230, 250, 290, 295, 297; (re)formulación de la identidad 262–264, 286–290, 294, 295–297, 360–361; representaciones en la literatura de viajes 233–235, 238; en Rizal 217, 230, 286; servidumbre doméstica 95, 238, 288–289, 296; sufragismo 218, 228, 229, 248, 287, 290, 295–296; en el teatro 137, 228, 272–273, 288
- multilingüismo 291–293, 297
- Mundo Hispánico* (revista) 325
- Muñoz Seca, Pedro 352
- Murillo Velarde, Pedro: *Carta Hydrographica y Chorographica de las Yslas Filipinas* 31; comedias 58–59; crónicas 33, 34, 82–83; *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* 34, 82, 87; libros de fiesta 33, 56–57; manuales para tener una buena muerta 84
- música 59, 72, 140, 211–212, 276–285
- musulmanes 35–36, 87–95, 120, 146
- nacionalismo: alegoría de la nación a través de la mujer 286–290; bajo la ocupación estadounidense 269–270; y la desigualdad social 160–161; y identidad filipina 131, 215–216; en Isabelo de los Reyes 112–113, 156–165; orígenes 153, 157–158; periódicos 144–154, 221, 222, 223; poscolonial 367–368; propaganda 8n9, 144, 154; y raza 157–158; y la Revolución Filipina 151; *véase también* literatura nacionalista; poesía nacionalista
- narrativas de ficción 31, 250, 257–264
- neocolonialismo 4, 331, 356–360
- Nepomuceno, José 218, 278–279
- Ninay* (Paterno) 167–169, 171
- Noli Me Tangere* (Rizal): adaptación cinematográfica 279; comparación de Manila con el extranjero 231; “En la última página del *Noli me tangere*” (Palma) 183; feminidad y el papel de la mujer 217, 230, 286; figuras clericales 267; en *La Solidaridad* 122; María Clara como alegoría de Filipinas 246, 286, 297; motivos centrales 173; recepción crítica 170, 172, 174; trama 171
- nostalgia: y costumbrismo 188–189; en la ocupación estadounidense 212–216, 284; poscolonial 5, 7, 188–189, 212, 214–216, 343, 369, 371; en Rizal 181; y el uso del castellano 319, 324, 352, 354
- Nostalgias* (Guerrero Barranco) 297n3, 368, 371
- Notas de viaje* (Mendoza-Guazón) 216, 227, 235–237, 291–292
- Novela de la vida real* (Reyes) 262–264
- novelas: costumbristas 120, 168–174, 186–188, 190–191, 258–260; *exemplar* 35, 251; folletines 120; religiosas 35, 37, 47, 80–81, 82; serialización en periódicos 120, 123, 167, 187,

- 190, 220, 226; traducción de novelas europeas al español 120, 167, 220
Nueva Era (periódico) 319, 331
- Oceania Española* (periódico) 111, 187, 188, 190, 220
- ocupación estadounidense: ansiedad de las élites filipinas 287; censura 211, 271, 349–350; descastellanización 218–219; educación 287; liberalidad 248–250; literatura de viajes 231–239; y el modernismo 346–347; nacionalismo 269–270; nostalgia 212–216, 284; poesía hispanofilipina 182, 240–255; políticas lingüísticas 291–293; prensa hispanofilipina 211, 221–230; producción literaria en español 211–218, 221–230, 257–264, 286–297; resistencia 247–248; teatro hispanofilipino 266–275, 277; véase también Estados Unidos
- ocupación japonesa: alianza con el régimen franquista 218, 323, 333, 337, 338; desaparición de la prensa escrita 223, 316, 318, 323, 340, 347; “Edad de plata” de la literatura hispanofilipina 297n3, 340, 374n3; hispanidad 316–317; música 277; nacionalismo 331; “Nuestros cinco últimos días bajo el yugo nipón” (Zamora Mascuñana) 298n5; poesía hispanofilipina 340–348; producción literaria en español 316–319, 330–338, 354; *Terrorismo y redención* (Reyes) 335–336, 345; testimonios 330–338
- Ofilada Mina, Macario 385, 386, 387, 388
- ópera 134, 139
- órdenes religiosas: aliadas del franquismo 324; encuentros interreligiosos 87–95; filipinización 328; monopolio impresor 6, 17, 29, 31, 38, 167; redacción de crónicas 33–34, 82–83; redespigüe de la literatura tagala 43, 45; teatro evangelizador 55–59, 137; tratadística 119–120; véase también agustinos; anticlericalismo; dominicos; franciscanos; literatura misionera; poesía colonial
- orientalismo 235, 238, 244–247
- ortografía 29, 30, 52n2, 53n3, 150
- Ortuño Casanova, Rocío 8n1, 8n5, 9n11, 179, 186, 230, 322, 346n3
- Osmeña, Sergio 241, 269
- La oveja de Nathan* (Abad) 261–262, 362
- pabasa* (lectura en voz alta) 48–49
- Los Pájaros de Fuego* (Balmori) 286, 330
- Palma, José 178, 183
- Palma, Rafael 4, 374n4, 384–385; Premio Rafael Palma
- pampango (idioma) 27, 77, 79, 277
- panasianismo 149, 154
- Panay 77, 251
- panegírico 38, 60, 70, 82, 84, 183
- panfletos polémicos 117–119, 123, 134
- pangasinense (idioma) 77, 79
- Panguilinan, Leoncio Bernardo 119, 127–128, 129–130
- parábolas 326, 330, 335, 363
- Pardo de Tavera, Trinidad 150, 156, 158, 237–238
- París 84, 243, 357–358
- Park, Paula 8n8
- El Parnaso Filipino* (Rodríguez Varela) 39, 127, 128–129, 179
- pasyon* 38, 42, 47–48, 79–80, 84
- Paterno, Pedro Alejandro: *La alianza soñada* 260, 268; *El alma filipina* 262, 264; *Aurora social* 215, 218; director del Museo Biblioteca de Filipinas 111; *Los heraldos de la raza* 215, 260; en Madrid 147, 180; *Ninay* 167–169, 171; *Sampaguitas* 167, 180; sobre el ideal femenino 218, 262–263; sobre el mestizaje 263; sobre el nacionalismo 158; sobre la discapacidad 264
- patrimonio cultural 261, 273, 274
- patriotismo: americano 233; y el costumbrismo 191–192; *El Parnaso Filipino* (Barrios) 39; español 191–192; y poesía 177, 178–179, 182, 183, 241, 247, 254; posguerra 333–334, 343; *Ramillete Patriótico Manilense* (periódico) 117, 119; Rizal como ejemplo 327; y teatro 140
- Peláez, Pedro 118, 122, 123, 145
- películas 218, 273, 275, 277, 278–279, 352
- Pellicena Camacho, Joaquín 177–178, 182, 270
- Pemán, José María 324, 329n2, 342

- Peregrinando... impresiones de un viaje a Tierra Santa* (Rávago) 235
- Pérez Galdós, Benito 111, 174
- Pérez de Olaguer, Antonio 321–322, 325, 326, 333, 351
- Pérez Tuells, Lorenzo 246, 254, 372
- Perfil de cresta* (Bernabé) 284, 340, 342–343, 345, 346
- periódicos: cierre durante la ocupación japonesa 340; circulación 222; folletines 120, 123; manileños 117–119, 120, 187–188, 221–222, 226, 227–228, 316, 364, 366; nacionalistas 144–154, 221, 222, 223; primeros periódicos filipinos 115, 117–118; publicación de cuentos 190, 211, 221, 226; publicación de poesía hispanofilipina 182–184; tagalos 221, 222, 223; véase también *periódicos individuales*; censura; prensa escrita
- periodismo 118, 123, 185, 187, 190, 223, 227
- personificación 46, 48, 51
- Pigafetta, Antonio 16, 18, 24
- Piñar, Blas 4–5, 327, 328
- Pinpín, Simón 70, 71, 73
- Pinpín, Tomás 44–45, 73–74, 78
- piratas 5, 122, 136, 190, 251, 253
- poesía barroca 36–37, 67–75
- poesía circunstancial 121
- poesía colonial: de autoría local 38–39; como herramienta pedagógica 73–74; dimensión política 72; diversidad étnica y lingüística 66–67; festiva 32, 64–72, 179; en Manila 64–68, 70–71, 74–75; panegírica 70
- poesía contemporánea 385–389, 397–400
- poesía del siglo XIX: antologías 177–184; censura 176; de guerra 182–184; y la guerra hispano-estadounidense 182–184; de ocasión 179; publicada en España 180; publicada en Manila 181–182; en *La Solidaridad* 180–181
- poesía del siglo XX: amor 240, 241–242, 248–249, 254, 342, 343, 371; autoorientalización 3, 246, 253; biográfica 253; como acto de resistencia 240–241, 254; contacto con el fascismo 325–327; épica 250–251; exotismo 244–247; Generación del 27 347, 374; y la identidad 250–253, 254; inspiración mística 373; latinoamericana 223, 242–243, 372; y la lucha por la independencia 177, 178, 223–224; el modelo de mujer 240, 241, 248–250; modernista 177–183, 224–226, 240–256, 343, 346–348, 372–373; nostalgia colonial 214–215; patriotismo 241, 247, 254, 343; quijotismo 215, 241, 245, 247–248, 254; recuperación de temas y formas nostálgicos 341–344; referencias a la música 282–285; rubendariana 372; satírica 211, 214, 228, 240–241, 251–252, 254; de la Segunda Guerra Mundial 345–346; traducción al inglés 341
- poesía nacionalista 177, 178–179, 241, 254, 287
- poesía religiosa 43–44, 121–122, 179, 182
- poesía satírica 211, 214, 228, 240–241, 251–252, 254
- poesía tagala: *awit* 49, 66, 73–74, 253, 345; *dalit* 42, 44, 46–48, 53n4; en la literatura misionera 43–44; Lumbera 41–43, 47, 51, 52, 75n8; prehispánica 42, 44, 45; del siglo XIX 177
- polémicas 31, 41–42, 89, 117–119, 123
- La Política de España en Filipinas* (periódico) 151–152, 175n3
- política: del colonialismo 7, 41, 44–45, 89–90, 93, 148–150; derechos civiles 160, 296; falangismo 4, 321, 322, 324, 327, 331, 333, 369; fascismo 222–223, 321–328; participación de la población filipina 125–131; representación 118, 127–128, 129–131, 144–146, 148–149; véase también censura; literatura política; nacionalismo
- Ponce, Mariano: biografía de Sun Yat-sen 239n2; correspondencia con Rizal 175n5; *Efemérides filipinas* 109, 368; y *La Solidaridad* 144, 146, 148, 149, 150, 154
- Pons, Araceli 4, 298n4, 371
- Portugal 15–16, 20–21
- portugués (lengua) 15, 66, 77, 81
- El Porvenir Filipino* (periódico) 118, 188, 190
- posguerra mundial 316, 324–326, 332–338
- Prejuicio de raza* (Del Río) 226

- Premio Antonio M. Abad 386
 Premio José Rizal 385
 Premio Rafael Palma 385–386
 Premio Zóbel 213, 219, 319, 366, 384
 prensa escrita: censura 45, 78, 80, 110, 116, 118–119, 148, 211; como lugar de encuentro intelectual y creativo 111; compromiso en el fomento de la literatura 220–221; desaparición bajo la ocupación japonesa 223, 316, 318, 323, 340, 347; desarrollo 113; femenina 228–230, 250, 290, 295, 297; imposición de la ley marcial por Marcos 365; liberalización 221; libertad de 117, 129, 134, 138, 151; en el periodo de ocupación estadounidense 211, 221–230; publicación de cuentos 226, 288–289; serialización de novelas 120, 123, 167, 187, 190, 220, 226; uso de seudónimos 148, 225–226, 252
 Primera República 109, 349, 368
Del primero al último héroe (película) 352
 principalía 53n7, 80, 145
Prisionera de amor (Sevilla de Alvero) 228, 272, 291–294
 propaganda: antifraileluna 78; Comité de Propaganda (Manila) 146; franquista 321–322, 324–326, 328; de la guerra civil en España 222; jesuita 90; nacionalista 8n9, 144, 154
 propagandistas 144, 146–149, 153, 156, 181
 protestantismo 53n6, 161, 232, 271
 Quevedo, Francisco de 68, 71
 Quezón, Manuel Luis 212, 233, 245, 253, 274, 322, 367–368
 Quiapo (Manila) 139, 141
 Quijote/quijotismo 215, 241, 245, 247–248, 254
 Quirós Cañiza, Cecilia 290
 racismo 151, 159, 237
 Rafael, Vicente 43, 52n2, 53n3, 74, 75n8, 153
 Raguer, Elisea 141–143
 Ramiscal, Noel Guivani 388
 Ramos, Antonio 278
Una rápida vuelta al mundo (Sotto) 237
 Rávago, Manuel 235
 raza: en Balmori 244; en De los Reyes 162; y la identidad “filipina” 192, 215; intersección con el género 262–264; en la literatura de viajes 233, 236, 237; y nacionalismo 157–158; *Prejuicio de raza* (Del Río) 226; en Retana 177; utopía racial en *La Creación* (De la Rosa) 356–359
 realismo 32, 150, 172, 335
 Recto, Claro Mayo: *Bajo los cocoteros* (*almas y panoramas*) 215, 283–284, 341; carrera política 214, 323; colaboración en *El Filipino* 222; colaboracionismo 324, 338; distribución de tópicos por obras 254; *drama simboliko* 349; *Elogio del castellano* 327; fallecimiento 316, 327; publicación en inglés 316; *La ruta de Damasco* 211, 270–271; sobre el monroísmo asiático 331; sobre el papel de los “ilustrados” 269; sobre la mujer moderna 249, 287; sobre la ocupación estadounidense 270–271; *Solo entre las sombras* 217, 228, 271
Recuerdo a la Patria (Rizal) 279
 Reformistas 126, 127
Relación de las Islas Filipinas (Chirino) 33, 87
 relaciones de fiestas 70, 71, 73–74
 relaciones de sucesos 34, 87–88, 91, 116
 relaciones de viaje 21, 23–24, 155n9
Religión antigua de los filipinos (De los Reyes) 157, 162
 religión austronesia 157, 159–160, 163, 165
 Renacimiento 17, 21, 155n9
Renacimiento (periódico) 211, 225, 228, 232
 representación política 118, 127–128, 129–131, 144–146, 148–149
 republicanismo 146, 147, 148, 152, 223
 Retana, Wenceslao E.: campaña de prestigio hacia los Ilustrados 147; crítica del modernismo 183, 243, 244, 246–247; *De la evolución de la literatura castellana en Filipinas; los poetas* 177, 243; discípulo de Del Pan 187; imperialismo 259; índices de prensa 227; periodista y literato 188; *La Política de España en Filipinas* 151–152; sobre el periodismo 118; sobre la *Academia Devota* 36; sobre la actividad teatral en castellano 133–134, 138–140; sobre la censura 138–139; sobre la obra de Rizal 167,

- 170, 173; sobre la Sociedad de Recreo 136, 137; sobre Manuel M.^a Rincón 188
- Revista Filipina* 384–385, 388
- revistas 110, 115, 117–118, 143, 177, 223–226, 229, 290
- Revolución filipina (1896): Katipunan 151; participación de De los Reyes 157, 160, 162; poesía hispanofilipina 178, 182–183, 240–241, 253; y *La Solidaridad* 152–154; y el teatro 268, 274, 349
- Reyes, José G. 262–264, 332, 335–337, 343, 345, 346
- Reyes, Severino 267, 270, 272, 277, 349
- Reyes Alcántara, Virgilio 388
- Reyes de Veyra, Sofía 294, 295
- Ribadeneira, Marcelo de 55–56
- Rimas malayas* (Balmori) 282–283
- Rincón, Manuel María 188
- Rizal, José: actitud de condescendencia hacia el pueblo 258; afiliación al Liceo Artístico-Literario 141; biografías 368, 389; conciencia lingüística 173; destinatarios de la obra de 171; ejecución 110, 181, 183, 272, 370; exilio 181; exposiciones 8n5; *El filibusterismo* 172–173, 174; fuentes literarias 174; legado 109, 215, 227, 253, 272, 327, 370; nacionalismo 170, 177, 226; nostalgia 181; recepción crítica coetánea 167, 170; recopilación de poemas 341; *Recuerdo a la Patria* 279; “Último Adiós” 181, 272, 322, 328; uso de la ironía 262; *La vida de José Rizal* (película) 278; y *La Solidaridad* 112, 144–145, 147, 148–152, 181; véase también *Noli me tangere*; Premio José Rizal
- Roa, Alfredo 332
- Rodao García, Florentino 222
- Rodell, Paul A. 267
- Rodríguez, Buenaventura 258–259, 271–272
- Rodríguez Varela, Luis 38–39, 112, 125–130, 179
- romancero viejo 49–50, 253, 345
- romanticismo 7, 120, 137, 138, 168, 172, 241, 242, 254, 341
- Rómulo, Carlos 4, 325, 328, 369, 370
- Rosaldo, Michelle 163–164
- Roses, Sixto 224, 225, 256n4
- Roxas, Manuel 324, 338
- Rueda, Salvador 7, 242, 243
- Rusia 233–234
- La ruta de Damasco* (Recto) 211, 270–271
- Saguinsín, Bartolomé 38, 72
- Salomé* (Pica) 272–273
- Sampaguitas* (Paterno) 167, 180
- Sampaloc (imprensa) 31, 36, 116, 123n3
- Sánchez Fuertes, Cayetano 32, 56
- sangleyes (comerciantes chinos) 21, 30, 34, 56, 62, 63, 74, 94, 363–364
- San Pedro, Nicolás de 37–38, 60
- Santos Chocano, José 7, 178, 224, 243, 245
- Santos de Argüelles, Belén 4, 370
- saraos 33, 57, 58, 134
- sarswela 212, 277, 278, 349
- sátira 40n8, 150, 174, 188, 227–228; véase también poesía sátira
- Schumacher, John N. 147, 152, 154n1, 154n2, 170
- Scott, William Henry 158, 159
- secularización 110–111, 132, 135–136, 145, 271
- Sedano Calonge, José 215, 228, 242, 254, 256n8
- Segunda Guerra Mundial: alineación del régimen franquista con el eje 340; batalla de Manila 279, 323, 332, 345, 346; destrucción del patrimonio cultural 1–2, 130, 218, 318; narrativas de ficción 261, 274, 275; poesía 345–346; repatriación de españoles supervivientes 325; testimonios 4, 337–338
- Segunda República filipina 323, 331, 333
- Semana* (revista) 325, 339n4, 341, 343, 348, 351
- sentimentalismo 51–52
- El Serafín Custodio* 36
- serialización de novelas 120, 123, 167, 187, 190, 220, 226
- sermones 82, 84, 122
- seudónimos 148, 225–226, 252
- Sevilla de Alvero, Rosa 228, 230, 272, 291, 293–294
- Siete días en el infierno* (Del Río) 331–332
- Sinardet, Emmanuelle 297n1
- sistemas de escritura 29, 30, 77

- sociedades recreativas 136–137, 138, 139
- Sola, Joaquín 343–344
- La Solidaridad* (periódico) 6, 112, 122, 144–145, 147–154, 180–181
- Solo entre las sombras* (Recto) 217, 228, 271
- Sotto, Vincente 221, 237, 239, 317–318
- sufragismo 218, 228, 229, 248, 287, 290, 295–296
- El Sur* (periódico) 364, 366
- Taft, William Howard 212, 260, 268
- Tagalog Poetry 1570–1898: Tradition and Influences in its Development* (Lumbera) 41–43, 47
- tagalo (lengua): adopción como lengua nacional 218, 316–317; afirmación de una “tradición formalizada” de la literatura tagala 52; apropiación por los misioneros 43, 45–47; carácter “colonial” de la literatura tagala 43; cine 278–279; literatura cristiana 30, 77–80, 83–84; manuales 42; música 279, 285; noticias 149; y la obra de Rizal 173, 174; periódicos 221, 222, 223; primeros libros 30; pronombres 111–113; reformas ortográficas 150–151; romances 37, 49; *sarswelas* y *kundimanes* 212, 277, 280, 284–285, 349; textos épicos 368; tradiciones orales 48–49; traducción 44, 62, 77–78, 174, 278; *véase también* poesía tagala; teatro tagalo
- tagalo (pueblo) 27, 165, 169
- Talía (sociedad teatral) 270–271, 351
- Tandang Sora 227, 367
- talinhagâ 42, 43, 44, 46, 251, 252
- El Talisay* (Gurrea) 290
- Tapia del Río, María Dolores 332, 388
- teatro tagalo 55–57, 62, 133–135, 139, 151, 277
- teatro: americanización 217–218; en los años de la Mancomunidad 273–274; antiamericano 260–262, 266–271, 273–274, 349, 351–352; bodabil 277; censura 138–139, 268, 349–350; *chameleon plays* 267, 349; chino 61–62, 64, 133; como vehículo de protesta política 266–275, 349; despolitización tras la independencia 351; *drama simboliko* 266–267, 349; en lenguas vernáculas 55–57, 62–63, 133–135, 139, 151, 277; en Manila 132–143, 267, 272; entremeses 57–58; escolar 57–59, 134, 137; evangelizador 55–59, 137; femenino 137, 228, 272–273, 288; fiesta civil 59–61; *komedya/moro-moro* 49–50, 62–63, 133; en lenguas vernáculas 277; lírico 137, 138, 139–140, 277–278; loas 57, 58–60; melodrama 266, 268, 272; misionero 55–59, 133, 134, 352; en la ocupación estadounidense 266–275, 277; peninsular 57, 132, 133–134, 137–138, 140, 143; primeras obras 33, 37–38; provincial 143; y revolución 268, 274, 349; romántico 137, 138; saraos 33, 57, 58; secularización 132, 135–136, 271; zarzuela 134, 135, 140, 141, 143, 268, 272, 277–278, 280; *véase también* comedias
- términos poblacionales 112–113, 192
- terremotos 122, 138, 139, 141
- El Terror amarillo en Filipinas* (Pérez de Olaguer) 325, 333
- Terrorismo y redención* (Reyes) 335–336, 345
- tertulias 225, 243, 270
- testimonios 4, 174, 234, 323, 330–338, 345, 352, 354
- Thomas, Megan C. 151, 153, 260
- Tiamson, Edgardo 253
- Tía Pasia* (Gómez Windham) 259
- tinguianes (pueblo) 113, 116, 156, 162, 164
- Tiongson, Nicanor G. 54n18, 266
- Tolentino, Aurelio 268, 349
- Tondo (teatro) 135, 138, 139, 143
- Torrubia, José 35–36, 92–94
- tradición oral 48–49, 250, 251, 371
- traducción 30, 55, 62
- Trajano Mera, José 223–224
- transculturación 75, 293–295, 297
- transformación cultural 42, 136–137, 232
- translingüismo 293–294, 297
- tratadística 119–120
- Tres amores y un solo amor* (Fuensanta) 349–350
- Tylor, Edward 160, 162

- “Último Adiós” (Rizal) 181, 272, 322, 328
- Universidad de Santo Tomás (Manila) 2, 31, 76, 82, 116, 223, 322, 324, 352, 361
- Valdés Pica, Alejo 241, 242, 254, 272–273
- Valdés-Lamug, Rosario 367–368
- valores tradicionales 214–217, 250, 274
- La Vanguardia* (periódico): circulación 222; desaparición 316; letras de canciones 282; obras de autoras filipinas 229–230, 288, 294; participación de Balmori 211, 222, 240, 252; publicación de textos narrativos de ficción 226–228, 259, 261
- Vázquez de Aldana, Antonio 118, 188
- Veloso, Alfredo S. 178, 318, 341
- Vértice* (revista) 322, 323
- Vibal, Gaspar A. 180
- Victoriano, Pacífico 225, 241, 247–248, 254
- La vida de José Rizal* (película) 278
- La vida secreta de Daniel Espeña* (Abad) 353, 362–363, 371
- Vila, Francisco 188
- Villaescusa Illán, Irene 236, 244, 289
- Villafranca, Faustino 122–123
- Villanueva Kalaw, Pura 228, 229, 294–296
- Villa Suico, Inés 290–291
- Visayas 146, 290, 293, 295, 362
- La Voz de Manila* (periódico) 211, 259
- Walang Sugat* (Reyes) 267, 270, 277
- White, Hayden 17–18
- The Woman’s Outlook* (revista) 229
- Woods, Damon 45, 53n9, 75n8
- xilografía 20, 30
- Yo, aprendiz a poeta* (Del Río) 341, 348
- Zamboanga 36, 88, 90, 92–94, 364
- Zamora Mascuñana, María Paz 294, 332, 340–341, 353
- Zaragoza Cano, Flavio 242, 254
- Zaragoza Carrillo, Francisco 241–242, 254, 343, 372
- zarzuela 134, 135, 140, 141, 143, 268, 272, 277–278, 280
- Zialcita, Fernando N. 113, 388
- Zialcita Legarda, Hilario 388
- Zorrilla, José 111, 137, 243, 272



Taylor & Francis

Taylor & Francis Group

<http://taylorandfrancis.com>